Saga «Encadenados» I

ENCADENADA A TI

Beatriz Ballestero

Saga “Encadenados” I

ENCADENADA A TI

Beatriz Ballestero

Título: Encadenada a ti
© Beatriz Ballestero, 2020.

Corrección: Laura Bellido.
Maquetación: Laura Bellido
Diseño de la cubierta: Roma García
Imagen de la cubierta: @ fisher.photostudio https://sp.depositphotos.com
Ilustraciones interiores: © Freepik. https://www.freepik.es

Primera edición: abril de 2020
Impreso en España por Romeo Ediciones.

ISBN-13: 978-84-18213-30-4
Deposito legal: M-8691-2020

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor.
La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

«Hazlo,
y si te da miedo,
hazlo con miedo».
RACHEL BELS

Prólogo

NEAL

Me llamo Neal Cafreey y soy el mejor ladrón de guante blanco de los últimos 50 años. De acuerdo, es verdad, me pillaron. Pero os aseguro que nunca más lo harán, sobre todo porque no quiero volver a la cárcel.

Estuve encerrado cinco años con una condena de doce y, si os lo confieso, salí antes por buen comportamiento. Os digo que fueron los peores años de mi vida.

Lo admito, soy un mujeriego. Me encantan las mujeres, pero una cosa os digo; solo lo soy cuando estoy soltero. Todo el mundo que me conoce sabe que si estoy con alguien la respeto al máximo.

¡Ah! Me encantan los trajes, son mi perdición. Nunca pierdo la oportunidad de tener uno en mi armario.

Los años que estuve encerrado en una celda no se los deseo a nadie. Cuando lo recuerdo se me pone la piel de gallina, aunque dentro de lo que cabe allí me respetaban.

Tardaron diez años en pillarme. No está mal, sobre todo porque tengo treinta años y empecé a robar a los nueve. Así que tan mal no me ha ido. A causa de todos estos años robando me he hecho con una pequeña fortuna. Ventajas y solo ventajas, chicos, porque lo más importante en este mundo es una buena reputación.

Me costó lo mío, no os creáis, no todo es de color de rosas.

Desde los nueve años tuve que buscarme la vida. Me quedé solo a esa edad y no me quedó más remedio que hacerme ladrón si quería sobrevivir, pero, oye, dentro de lo que cabe no me ha ido tan mal. ¿No creéis? Vale, ahora me diréis: Pero, Neal, estuviste en la cárcel. Si, es cierto, pero de lo bueno se aprende. ¿No?

No he estado siempre solo. Mi mejor amigo Mozzy me ha ayudado

muchísimo, le considero un hermano para mí. Por él podría decir que estoy vivo porque en varios de mis problemas he podido contar con él. Cuando digo problemas os podéis imaginar que no son tonterías, muchos eran con gente chunga, muy chunga, a la que robé.

Muchas veces he tenido que ingeniármelas para que no me pillaran. Una vez tuve que estar horas escondido en el conducto de la ventilación porque estaba el museo lleno de policías. ¡Y eso era lo mínimo que me podía pasar! Pero adoro la adrenalina recorriendo cada rincón de mi cuerpo debido a la excitación del robo.

Os digo que una de las cosas que más me gusta de esta profesión es poder disfrazarme. Podía ser lo que yo quisiera un adorable anciano, un borracho, un mujeriego (aunque esto no es del todo disfrazarme)… Hacer el papel que quisiera me divertía de lo lindo. En más de una ocasión el disfrazarme me ayudó a huir.

Llevo dos años fuera de la cárcel y en todo este tiempo he intentado no meterme en líos porque tengo al comisario como si fuera mi sombra. Joder, paso que doy paso que le tengo detrás. Es cierto que el primer año y medio llevaba una tobillera, no podía salir de casa si no iba acompañado. Ahora llevo medio año sin ella, esa libertad de poder ir a donde quiera es indescriptible. La verdad es que yo con mis pinturas puedo decir que soy feliz, dinero no me falta porque nunca han conseguido averiguar de dónde lo saco.

No os voy a engaña, en la cárcel hice buenos colegas. Lo confieso solo era para poder estar mejor allí dentro. Allí es cómo la ley de la selva, gana el más fuerte. Hay dentro gente muy peligrosa, pero yo los tenía comiendo de la palma de mi mano. La reputación que formé en la calle llegó dentro y no me soplaba nadie. En más de una pelea he tenido que meterme para que me tomaran en serio, el de enfermería podía ser perfectamente mi colega. También os digo me lo pasaba pipa tomando el pelo a los guardias. Cuando me aburría, para divertirme, me convertía en un hombre invisible. Se tiraban horas buscándome. Cómo me podía reír viéndolos desesperados buscándome, pero cuando me encontraban me castigaban con trabajos cómo la lavandería. Sin embargo, me daba igual porque para ser un buen ladrón debes ser invisible y sigiloso. Y esas son mis cualidades. Mozzy siempre me dice: *«Joder, tío, has nacido para hacer esto»*.

Muchas veces pienso que hubiera pasado si no hubiera estado solo desde los nueve años. ¿Hubiera sido diferente mi vida? Nunca lo sabré, aunque quiero pensar que sí porque no sé qué es tener una familia. ¡Dios! Cómo deseo poder tener una, pero me tendré que conformar con esta vida por el momento ya que ser un ladrón de guante blanco no es sinónimo de no querer tener una vida familiar o encontrar a esa persona especial con la que afrontar el futuro.

La vida te cambia en un segundo, por eso nunca digas de esta agua

no beberé.

Ya entenderéis porque digo esto.

ELSA

Es tan difícil creer que una chica de treinta años pueda ser policía… pues lamento comunicaros que lo soy. Me llamo Elsa Ruiz mi trabajo me ha costado llegar a ser policía. Estamos en pleno siglo XXI y aún quedan muchos cavernícolas que piensan que una mujer no puede ser policía. Solo espero no cruzarme con ninguno de ellos. Aún no puedo entender cómo pueden mirarte por encima del hombro solo por ser mujer. Que yo sepa, las mujeres podemos hacer perfectamente el trabajo de los hombres, tenéis un ejemplo muy claro.

Yo.

Os aseguro que intentaron que renunciara, pero no lo consiguieron ni lo conseguirán.

En mi promoción fuimos solo cinco chicas de quince cadetes, por narices tuvimos que ser las mejores. O eso es lo que yo pretendí. Fue duro, la verdad, eran burlas constantes para las cinco, no había excepción. Pero ¿sabéis? Os voy a contar un secreto. Reté al mejor de los chicos a una prueba, ya harta de tantas vejaciones y averiguad quién ganó.

El muy idiota pensaba que me iba a achantar.

Esperad, ¿cómo me llamaba?

¡Ah, sí! ¡Bombón!

Me sacaba de mis casillas porque se burlaba de nosotras y luego pretendía que me metiera a la cama con él a espaldas de los compañeros. Puto colgado, ni en sus sueños. Era guapo, pero tenía el cerebro de un mosquito.

Me esforcé mucho para ser una de las mejores. Se lo debo a mi padre adoptivo, por él soy quien soy. A él le debo mi vida.

Gracias, papá, de todo corazón.

Joder, ¡cómo le echo de menos!

Sí, habéis leído bien, padre adoptivo. Soy adoptada porque me abandonaron cuando era un bebé. Nunca me entrará en la cabeza que alguien puede hacer eso, solo espero que algún día me encuentre a mis padres biológicos y me digan porque me abandonaron. Aunque no sé cómo reaccionaría, la verdad me gustaría averiguarlo, pero oye, gracias a eso tuve los mejores padres que nadie puede tener.

Mi infancia la recuerdo feliz, éramos una familia humilde y nunca faltaba un plato en la mesa para comer. Mi padre era un buen trabajador, decía que a sus mujeres no les iba a faltar de comer y lo cumplió. Trabajaba de sol a sol, hoy por hoy no sería quien soy si no fuera por él, por ver la buena persona que era y por enseñarme sus valores.

No fue fácil tomar la decisión de ser policía, os la cuento por encima cuando tenga fuerzas, prometo que lo sabréis, pero aún no puedo. Es una herida que aún me duele.

A mi padre y a mí nos atracaron y, bueno, imaginaros el final. Mi padre ya no está. ¡Joder, duele! Algún día os lo contaré, de momento solo puedo decir esto. Por ello decidí hacerme policía. Debía evitar que volviera a pasar lo que nos pasó ese terrible día.

Mi adolescencia, supongo que, como todas... amores, desamores, de todo. Para ser sinceros creo que nunca me he enamorado. Sí, me han gustado y he estado con chicos, pero llenarme lo que es decir las típicas mariposas en el estómago, ¡qué va! Será que no he encontrado a la persona que me llene en todoslos sentidos.

En la comisaría hay chicos guapos, cómo no, pero en realidad ninguno me llama la atención. Me he cansado de aguantar a tíos que van a lo que van. Es cierto que a veces apetece algo de cariño, pero dejémonos de tristezas, estoy en una comisaría que me encanta con unos compis geniales y, bueno, he luchado por llegar a donde estoy. Cómo dice mi comisario, soy unas de las mejores que tiene en ese momento, así que con eso me quedo.

Tengo muy buenos compañeros, estamos muchas horas de patrulla juntos, así que no hay más remedio que ser una piña entre todos, pero como en todos lados hay gente y “gente”.

No puedo quejarme de la comisaría, ahora mismo soy oficial. No quiero quedarme ahí, quiero llegar a inspectora cómo mínimo. Es decir, no quedarme estancada sino superarme a mí misma.

No creáis que todo lo que soy es ser policía, soy una chica normal que le gusta salir de vez en cuando con sus amigos y pasarlo bien. La música me encanta, cuando estoy alegre canto y bailo, no puedo evitarlo.

Por cierto, ¿habéis visto la película de Frozen? Y no, no soy como ella, a veces puede parecer que soy una mujer de hielo, pero nada a la realidad. Me gustaría encontrar al hombre que haga derretir mi corazón. Sé que anda por algún lado.

¿Lo encontraré?

1. Incriminar

NEAL

Es una tarde tranquila, de las pocas que he podido tener desde que salí de la cárcel. Estoy pintando cuando llaman a la puerta. En realidad, aún no me acostumbro a estar fuera y cualquier mínimo ruido me sobresalta. Sigo sin entender cómo pudieron pillarme. Hice todo del mismo modo que lo hacía siempre. Nada estaba fuera de lugar. Todo estaba bajo control, pero de repente, esa sirena cambió mi vida. En un segundo, me habían pillado. Unos nuevos golpes en la puerta me devuelven a la realidad y dejo a un lado mis pensamientos. Miro por la mirilla y veo que es el comisario que me metió en la cárcel.

¿En serio? ¿Qué hace este tío aquí?

—Hola, Aitor —digo, abriendo la puerta y recargándome en el marco de la puerta.

—Hola, Neal.

¿Hola, Neal? ¿De verdad?

—Pasa, pasa. ¿Qué tal?

—Gracias, pero no tengo buenas noticias. —La cara de Aitor me lo dice todo, algo no anda bien —. Neal, tengo que llevarte a comisaría —dice tratando de disimular que está inspeccionando cada rincón de mi piso mientras entra en el piso.

—¿Por qué? Ahora estoy limpio, llevo dos años sin meterme en líos.

Soy consciente de que mis explicaciones sobran. Aitor me ha estado vigilando día tras día durante estos dos últimos años. Sabe perfectamente cuáles han sido todos mis movimientos. Se sienta en mi sofá. Ese aire de suficiencia que se trae me está exasperando. Supongo que pillarme fue uno de los mayores logros en su carrera profesional

porque haberse tirado a su superiora cuando apenas era un novato no cuenta, ¿no? Reprimo la sonrisa que, tímida, asoma por mis labios al recordar el día en el que un compañero de la cárcel me contó todos sus trapos sucios.

—Han robado unos cuadros en el museo y es el mismo modus operandi que tenías tú. Yo lo sé, son las órdenes de arriba. Lo siento, eres uno de los sospechosos. —En el fondo lo está disfrutando, lo sé. Sabe que no he podido ser yo, apenas tengo ya relación con mis antiguos contactos.

—¿Y si no quiero? Sabes perfectamente que no he podido ser yo. ¿No tenéis a otra persona a la que echarle el muerto?

—Es el procedimiento, Neal. Tus antecedentes te preceden. No lo pongas más difícil.

—Pues vamos, cuanto antes vayamos mejor, ¿no crees? —le digo cogiendo las llaves de casa. Quizá está esperando que me ponga nervioso y darle así motivos para encerrarme de nuevo.

¿Quiere jugar? Juguemos.

Bajamos y nos dirigimos al coche que está aparcado justo en la puerta del portal. Mientras nos dirigimos a comisaría intento ir lo más tranquilo posible para que Aitor no vea que estoy muy nervioso.

Neal no tienes motivos de estar nervioso, relájate.

Después de un viaje de veinte minutos, llegamos a comisaría. Entramos y vamos por un pasillo con varios despachos. Cuando pasamos por delante de uno de ellos veo que la puerta abierta, me fijo interesado en las personas que hay dentro. Me ha llamado la atención una agente de policía morena que está sentada viendo unos papeles. Nos encaminamos hacia la sala de interrogatorios. Allí dentro, Aitor me explica el robo de tal forma que me doy cuenta que es una réplica de los robos que yo mismo había cometido.

ELSA

Estoy en mi despacho viendo unos papeles y veo algo importante en ellos.

Creo que Aitor debería ver estos papeles.

Salgo del despacho y me dirijo a uno de mis compañeros.

—Perdona, Luis, ¿sabes dónde está Aitor? Tengo que darle estos papeles —digo sonriendo, noto cómo me mira de arriba abajo y espero que me conteste lo antes posible.

—Claro, Elsa, está en la sala de interrogatorios. Creo que tiene a uno de los gordos allí. —Me guiña el ojo y sonríe.

—Gracias Luis.

Salgo inmediatamente, no quiero estar ni un segundo más en ese sitio, de verdad que no entiendo cómo algunos tíos no se cortan ni un cacho. Me dirijo a la sala de interrogatorios.

NEAL

—Que sí, que será mi *modus operandis*, pero yo no lo hice —insisto.

Joder, Neal, no te alteres, tranquilo, no has hecho nada. Vamos respira que no te vea nervioso, si no pensara que es cosa tuya.

La oficial que antes había visto llama a la puerta, entra y nos ve a Aitor y a mí hablando. Al verme noto cómo nos mira a los dos como si nos comparara. Me gustaría estar en su cabeza para saber qué está pensando.

—Perdona, Aitor, tienes que ver esto.

Le da los papeles y, mientras Aitor observa los documentos, me mira. Cuando me doy cuenta levanto la mirada y me quedo embobado por la mujer que tengo delante. Su pelo es largo y ondulado. Lo lleva recogido en una coleta más bien baja, pero sin duda, lo que más me llamaba la atención a primera vista era su cuerpo. *Es perfecta*, pienso mientras le sonrío. Ella se da cuenta, se pone roja y me sonríe tímidamente.

—¿Señor, de qué se le acusa? —nos mira a los dos.

Sigo mirando a la morena. Yo la conozco de algo, pero no sé de qué. No puedo dejar de mirarla, es preciosa. *Tiene que ser mía cueste lo que cueste*, pienso una y otra vez. Sé que la he tenido que ver en algún lado, pero ahora mismo no sé dónde. Solo puedo fijarme en esos preciosos ojos marrones.

—Gracias, agente Ruiz, se le acusa del robo del museo de hace dos días. Creo que los documentos del caso los tengo por aquí.

Aitor busca los papeles, la preciosa chica y yo nos quedamos mirándonos. Es impresionante.

Joder, Neal, céntrate que te quieren acusar de un robo que no hiciste.

Noto que esta preciosidad tampoco puede dejar de mirarme, eso hace que algo dentro de mí se remueva.

—Eso es imposible, le puse yo una multa por aparcar mal en la otra punta de la ciudad justo hace dos días.

—¡Coño, es verdad!

De eso te conozco.

—Usted me puso una multa.

—Sí, fui yo. —Me mira con el ceño fruncido para luego desviar la mirada a Aitor—. Por eso es imposible que haya sido el señor Cafreey —le dice.

—¿Ves cómo no fui yo, Aitor? Soy el mejor, pero aún… —Hago hincapié en el aún para picarlo, sé que ese tipo de cosas le ponen de los nervios. —No puedo estar en dos sitios a la vez. Además, ¡ya me acuerdo! Fui a ver... mierda, Aitor, no te va hacer ni puta gracia. ¿Te acuerdas de mí pasante de arte? ¿Mozzy?

—Sí, claro que sí.

A Aitor no le hace mucha gracia que me junte con mis antiguos amigos porque piensa que algo estoy tramando y, entre nosotros, puede que tenga razón. No es que quiera volver a la cárcel, Joder, es que Mozzy es como el hermano que nunca he tenido y no pienso dejar de verlo porque un policía del tres al cuarto me lo diga.

Aitor se pone nervioso al oírme decir eso, pero en el fondo me da igual. Yo pagué ya mi condena, aunque por lo que veo, a esta gente le da igual. Aitor se remueve en su silla.

—Cuéntamelo todo, Neal. —Veo que se apoya inquieto.

—Solo he tomado un café con un viejo amigo. Además, eso de no poder ver ni hablar con gente de mi mundo ya terminó.

—Vale, pero tienes que tener cuidado. Neal, no quiero volver a encerrarte.

¡En serio! Ahora viene de amiguito, aunque la verdad le noto algo preocupado por mí. ¿Me habrá cogido cariño? No, eso es casi imposible.

—Tranquilo, no quiero volver ahí dentro.

Eso sí es verdad, no pienso volver a estar encerrado en un lugar así.

Miro a la morena, ella me sonríe y por varios segundos dejo de respirar.

¡Dios, es preciosa! ¿Creéis en el amor a primera vista? ¿En los flechazos? Pues creo que he tenido uno.

—Bueno, pues ya que tienes una coartada. —Aitor se queda callado unos segundos—. Ayúdanos a pillar al que robó el museo —me propone Aitor un tanto impaciente.

Lo miro estupefacto. ¿Yo? ¿Ayudar a la policía? Creo que Aitor se ha tenido que fumar algo de la redada que hubo el otro día… Aún que, pensándolo bien, saber que tengo un imitador que crea cierta incertidumbre. Cómo se suele decir, la curiosidad mató al gato.

—Me lo has quitado de la boca, quiero ver si es tan bueno cómo parece. O si podría ser mejor que yo. Sabes que no quiero perder el puesto número uno.

—Anda que… no cambiarás nunca, Neal. —Se ríe.

—Soy el mejor ladrón de los últimos cincuenta años. —Me encojo de hombros—. Quiero llegar a los cien. —Pongo un tono chulo—. Tú mismo tardaste diez años en cogerme.

—No seas tan chulo, *jodío*, pero necesitamos tu ayuda. —Ríe Aitor mientras sigue viendo los papeles.

—¿Me imagino que las grabaciones y demás sistemas de seguridad no dirán nada? —pregunto curioso, es lo primero que hubiera hecho yo.

—Nada en absoluto —me responde Aitor.

—Tampoco huellas, nada de nada. ¿Mirasteis las grabaciones de las cámaras de tráfico que dan a la puerta del museo?

—Sí, nada, no se pudo averiguar nada —comenta Aitor frustrado.

Es bueno, pero no tanto, algo habrá hecho mal y yo lo encontraré. El número uno tiene que ser mío durante mucho más tiempo.

—Perdón, Aitor —dice la agente Ruiz que ha estado todo este tiempo callada—. Creo que debería irme, no tendría que escuchar esto.

Se dirige a la puerta. No puedo dejar que se vaya e intento pensar algo rápido para que se quede con nosotros. De repente, se me ocurre algo para pasar más tiempo con ella. A ver si Aitor piensa lo mismo que yo cuando diga esto.

—Aitor se me ocurre una cosa, pero... —Me quedo callado, no sé muy bien cómo reaccionará.

—Dime, Neal, ¿qué tienes en mente?

—Quiero ir al museo, pero cómo sabes tengo prohibida la entrada a no ser que vaya acompañado de un policía.

—Sí, lo sé, te lo puse yo. ¿Recuerdas? —me lo dice con orgullo mientras no deja de mirar los documentos.

—Pues llévame al museo y decidme cómo creéis que fue el robo. —Espero que Aitor diga que vaya con ella, aunque no las tengo conmigo, es un viejo cabezón.

—Yo ahora mismo no puedo, pero si quieres te acompañará un agente, a ver si conseguís pruebas.

Me brillan los ojos, no puedo creer la suerte que tengo.

—Que me lleve ella —inclino la cabeza, señalándola.

Ella me mira sorprendida, con los ojos abiertos de par en par. Espero ansioso la respuesta de Aitor. ¡Dios, que me diga que sí!

—Muy bien, acompáñale al museo a ver si encontráis algo —habla a la agente mirándola muy seriamente.

—Vale, Sr. Le acompañaré —dice un tanto confundida.

Me mira y no puedo evitar guiñarle un ojo, ella desvía la mirada un tanto sonrojada. ¡Qué mona es!

Venga, Neal, sal de la comisaría de una vez y conoce a ese bombón.

—Bueno, Aitor, si encontramos algo te llamamos. —No veo la hora de estar a solas con ella.

—De acuerdo, tenedme informado por favor. Elsa, si se porta mal detenlo sin dudarlo.

¡Ay, Aitor!

Precisamente con ella me portaría de todo menos bien.

—Vámonos entonces, no perdamos tiempo —dice impaciente ella —. Así acabaremos antes.

—Por supuesto, señorita —digo abriendo la puerta y dejándola pasar, sale y Aitor me mira—. Guau, ¡qué pibón! —se ríe.

Cierro la puerta y sigo a la agente Ruiz hasta el ascensor.

Bajamos al aparcamiento y no podemos dejar de lanzarnos

miraditas, hay una gran atracción entre nosotros. Salimos del ascensor y nos dirigimos al coche de policía, me pongo a su lado. Tengo que saber su nombre, bueno no solo su nombre. Quiero saberlo todo de este bombón.

—Bueno, agente Ruiz, ya que vamos a trabajar juntos, ¿cuál es su nombre de pila?

Le digo con una voz suave sin dejar de mirarla.

Neal que te está pasando, hace muchísimo que no te pasa una cosa así.

—Me llamo Elsa, ¿y tú? —pregunta ella curiosa.

Precioso nombre, sí señor.

—Yo soy Neal.

—Encantada, Neal.

—Igualmente, Elsa, si me persiguieras tú creo que me dejaría coger. —Rio.

Vamos que, si me dejo coger, por ti nena ya ves.

—Anda, sé bueno si no quieres que lo haga —dice guiñándome un ojo.

Tengo que saber más cosas de ella.

—¿Cómo lleva tu novio que seas poli? —digo mirándola y devolviéndole el guiño.

—No puede decir nada porque no tengo novio. —Sonrío al escuchar eso.

Menos mal. Menuda suerte, Neal, que no te se escape.

—No me creo que un bellezón cómo tú no tenga novio.

—Pues es la verdad. ¿Y tu novia?

—Me dejo al entrar en la cárcel y al enterarse que no era banquero.

Tengo que mentir, si no todo acabaría antes de empezar.

—Vaya por Dios, lo siento. Bueno muchas veces es mejor solo que mal acompañado. Aunque… me dices a mí una mentira así y no te dejo, te corto los huevos.

Guapa y carismática, mi tipo de chica.

—Ya, pero bueno, a veces se echa de menos un poco de cariño.

Entramos en el coche patrulla y nos dirigimos al museo, la noto muy nerviosa. No entiendo qué me pasa, no había sentido algo así desde hace mucho tiempo. Llegamos al museo, aparcamos y salimos. Vamos a las escaleras de la entrada. Entramos dentro, tiene una entrada preciosa y luminosa llena de ventanas con grandes cristales que le hace dar un toque moderno. Es uno de los museos más importantes y antiguos de la ciudad. En este museo pasan muchos visitantes a lo largo del día, podían pasar entre 1000 o 2000 personas al día si no más ya que se encuentra en el centro de la ciudad.

—Bueno, ¿qué me puedes contar del robo, Elsa?

Mientras miro por todos lados a ver si encuentro alguna pista, Elsa

mira el informe que le dio Aitor.

—Pues según el informe entró por aquí —dice señalando una puerta.

Miro por todos lados y, cómo suponía, es bueno, pero no tanto. Tendrás que hacerlo mejor, si quieres parecerte a mí. De repente, encuentro por donde han entrado.

—¿Por la puerta? No, mira, parece que entraron por la ventana —digo señalando hacia allí, pero sigo mirando por si algo se me escapa.

—Luego, según el informe, tuvieron que pasar por aquí. Pero no hay ninguna huella, lo que es extraño. También tuvieron que desactivar la alarma de esta sala.

—Ok, pero perdona que te interrumpa…

—Sí, dime Neal.

—No, entraron por la ventana —afirmo convencido.

—Ah, no, entonces, ¿por dónde? Es lo que pone en el informe. —Señala los papeles exasperada.

—Mira, fíjate, ves esa ventana, ¿no?

—Sí. —Mira hacia la ventana para fijarse bien.

—Hay un hueco abierto en el cristal, pero es muy pequeño. No entra una persona con el equipo necesario, además los láseres de esa zona no están desactivados.

—Entonces, ¿por dónde dices que entró? ¿O puede que estuviera ya aquí dentro?

—No, dentro imposible. Después de que yo lo robara se hacen rondas de dos personas cada quince minutos. Además, lo único que está desactivado son los sistemas de la sala que robaron.

Sí, nena, conozco este museo muy bien. Lo he robado en varias ocasiones, pero no soy tan torpe como al que estamos buscando.

—Pero podía tener un cómplice aquí dentro ¿no? —Veo que ella mira por todos lados en busca de pistas.

—Tendría que tener a más de uno —me quedo pensando unos segundos—. Uno de los guardias podría ser, no sería la primera vez que se tiene ayuda desde dentro. Llama para que vayan a buscar en el conducto de la ventilación.

Elsa llama para que lo haga un agente, el agente se dirige al conducto de ventilación.

—Pero es un hueco pequeño, no todos entran —me dice mirándome a los ojos. La gente a nuestro alrededor parecía estar demasiado ocupada para concentrarse en nuestra conversación, que era más bien en voz baja.

—Seguro que hay pruebas, es más, si las hay acepta cenar conmigo. —Espero que acepte, me muero de ganas de cenar con esta preciosidad.

La miro, le noto en la cara que duda en aceptar.

Nena, vamos, acepta. Me muero por cenar contigo.

—Claro que sí, pero solo si hay pruebas. —Me sonríe pensando que perdería nuestra especie de apuesta. Elsa tiene una sonrisa preciosa.

—Pues vete pensando dónde quieres cenar.

—Donde tú quieras, eres tú el que has apostado. —Elsa me guiña un ojo.

De repente, nos interrumpe un agente.

¡Joder, qué inoportuno!

Le miro con cierta rabia, pero nos comunica que ha encontrado una huella.

—Ganaste —susurra Elsa con cierto arrepentimiento.

No puedo dejar de sonreír, no puedo creer que cene conmigo. Espero que no se eche para atrás.

—Ves, tenía razón y eso me dice que no es tan bueno como yo, ni se me acerca.

—Serías muy útil cómo ayudante de policía, ¿lo sabes? —Me mira cruzándose de brazos —. ¿Cuándo quieres ir a cenar? Una apuesta es una apuesta.

Elsa descruza los brazos y los pone en su cadera, me mira con cierto nerviosismo. ¿Por qué?

—Hoy, no vaya ser que te arrepientas.

—Vale, hoy. ¿Dónde cenamos?

—En mi apartamento —le digo sonriendo con picardía.

—Vale, cenaremos en tu apartamento, pero no pienses que voy a caer con tus encantos de *machoman.*

Me sorprendo por sus palabras y por su aceptación. Me encanta la forma en la que Elsa me reta. Esta noche debe ser perfecta.

—Sí, deja que llame a Aitor para decirle lo que hemos encontrado —digo cogiendo el móvil.

—Sí, tenemos que informarle —me dice sonriéndome.

Llamo a Aitor sin esperar un segundo, cuanto antes acabe antes iremos a mi apartamento.

—*¿Sí?* —contesta al teléfono al segundo pitido.

—Aitor, soy Neal.

—*Dime, Neal, ¿encontrasteis algo?* —pregunta.

—Sí, el informe está mal —le explico—. Les dije que miraran en el conducto de ventilación y encontraron una huella.

—*Bien, ahora tenemos que ver si la tenemos en el sistema.*

—Me dijo el agente que la halló que cree que estará para mañana a primera hora, así que te veo mañana en la comisaria, ¿vale?

—*Perfecto, Neal, gracias por tu ayuda.*

—De nada, nos vemos mañana, Aitor.

—*Adiós, Neal.*

—Adiós, Aitor. —Cuelgo.

Miré a Elsa mientras guardaba mi móvil en el bolsillo de mi pantalón.

—Ya está, ¿nos vamos? —Intento que mi voz no parezca desesperada.

—Sí, claro, pero debo ir a la comisaria a dejar el coche y cambiarme. Espero que no te importe —dice empezando a andar hacia la salida.

—Claro, te acompaño y te espero encantado.

2. La apuesta

ELSA

En 20 minutos llegamos a la comisaria, dejo a Neal esperándome en la calle, pero aún le estoy dando vueltas a la cabeza. ¿Por qué acepté esa maldita apuesta? Es cierto que es guapo, alto, moreno, fuerte y con un precioso pelo. Pero un delincuente, al fin y al cabo. He tenido dudas en si aceptar o no esa maldita apuesta, sin embargo, la tentación puede conmigo.

¿En qué estabas pensando Elsa? Estás loca, vas a ir a la casa de un delincuente, me reprocho a mí misma mientras entro a la comisaría…

Después de hacerle esperar quince minutos, salgo con unos vaqueros ajustados y una camiseta con escote de color negra. Madre mía, no tengo otra cosa aquí, pero al salir a la calle me doy cuenta de que no me quita los ojos de encima. ¿Tan mal voy? Me mira y me encojo de hombros acercándome a él.

—Listo, espero que no hayas esperado mucho. Ya nos podemos ir —le digo cruzándome de brazos.

Noto cómo se me queda mirando embobado y es que tiene unos ojos preciosos… *¿Elsa, estás segura vas a ir a su casa?*, dice esa pequeña Elsa que tengo dentro de mi cabecita como si fuera Pepito Grillo, o, mejor dicho, Pepita Grillo. Los calores me empiezan a subir, no me creo aún que vaya.

La verdad es que Neal tiene algo que me atrae. Todo hay que decirlo, está muy bueno y yo llevo mucho tiempo sin que nadie se fijara en mí, pero Neal… tiene no sé qué.

—¿Pasa algo? —pregunto poniéndome roja cuando veo que no anda, más bien se me queda mirándome y eso me avergüenza hasta el punto de comenzar a ponerme roja.

Nadie me había mirado cómo Neal lo está haciendo en este

momento. Si no deja de mirarme así, creo que me voy a derretir.

—Madre mía, con el uniforme estabas muy guapa, pero ahora estás preciosa —dice él, dejándome sin palabras.

—Gracias —balbuceé.

Cogemos un taxi e indica su casa. Vamos hasta a las afueras de la ciudad, estamos en uno de los barrios más bonitos que hay en la ciudad. El taxi se para en un edificio, es muy elegante, con la fachada roja y negra de al menos ocho plantas y, por supuesto, un ático. Me quedo alucinada, bajamos del taxi nos recibe el portero; un hombre muy simpático. Nos da las buenas noches ya que es algo tarde.

Entramos al ascensor y, cómo no, marca el ático. Ruedo los ojos, sabía que el ático era suyo. Me vuelvo a cruzar de brazos y me apoyo en la pared sintiendo cómo Neal se acerca un poco a mí y me deja oler su perfume. *One Million* de Paco Rabanne. Antes de poder darme cuenta, el ascensor ha llegado a su destino. Las puertas se abren dando paso a un pasillo donde solo hay una puerta. Bueno, ya no hay marcha atrás.

Elsa, ahora respira e intenta pasarlo lo mejor que puedas.

Neal abre la puerta y me deja pasar la primera, cerrando la puerta tras de él cuando entra a su casa. Me quedo completamente alucinada, todo aquí es bonito y seguramente de un valor incalculable.

—Pasa, no te quedes ahí. —Neal me invita a sentarme en el sofá que tiene justo delante de una mesa tipo café.

—Gracias —respondo sentándome recta contra el respaldo del sofá.

Neal deja sus cosas en la mesa de café y se sienta. Alcanza un mando y, de repente, saltan unas llamas en lo que parece ser una chimenea eléctrica.

—¿Quieres algo de beber? ¿Te gustaría que te enseñara la casa? —Asiento, pues me parece increíble el buen gusto que tiene este hombre.

Lo primero que me enseña es el lugar donde estamos, un gran ventanal deja que veamos las luces de la ciudad. Pero, sin duda, lo más apasionante es cuando llegamos a su biblioteca donde tiene un lienzo, libros inéditos y posteriormente está su dormitorio. Tiene un cuadro precioso cómo cabezal.

¡Vaya! Con que al ladrón le gusta el arte…

—Vaya, que cama más grande —digo mirando hacia la cama, pero desvío los ojos hacia el lienzo que descansa cómo cabezal —. Y también pintas, ¿no?

—Sí, antes también hacía falsificaciones. En el Louvre me llevé el original y dejé una copia —dice sintiéndose orgulloso por sus múltiples robos y falsificaciones.

«*Idiota*».

¿Será posible qué, encima, alardeé de esas cosas sabiendo que soy

policía?

—Un delincuente hecho y derecho, sí señor —digo con sorna.

—Sí —responde él chasqueando la lengua—: timos, robos y falsificaciones. Son mis especialidades.

—Espero que lo hayas dejado. —Le miro por encima del hombro pues está justo detrás de mí.

La verdad no me gustaría detenerle, no sé, pero por más que le miro no le veo como el mejor ladrón de guante blanco de los últimos años. Será por esa cara o ese cuerpo o simplemente todo él.

—Sí, sí, claro ya lo he dejado. Ahora las falsificaciones que hago son las que ves ahí colgadas. —Miro sus cuadros con atención.

Una parte de mí se siente aliviada de saber que ha dejado la delincuencia, pero la otra sigue insistiéndome en que yo soy policía y él un vil ladrón de guante blanco. No obstante, hay algo en Neal que ha hecho que esa parte una vez guardada en lo más interior de mi ser, despertara. Es cómo sentir mariposas en el estómago y no sé si son a causa del morbo o de qué.

—Pues dibujas muy bien —digo intentado alejar esos pensamientos de mi cabeza.

—Gracias. —Neal se pasea por la habitación—. Claramente son imitaciones hechas por mí.

—Ya veo. —Nos reímos los dos.

Volvemos al salón cuando termina de hacerme el tour por su casa.

—Elsa, siéntate, por favor. ¿Qué quieres tomar? —Me siento en el sofá mirándole a los ojos.

—Lo que tú tomes estará bien.

—¿Un vino?

—Claro, ¿por qué no? Me gusta el vino.

Me gusta el vino, pero la verdad es que se me sube rápido, así que tengo que controlarme.

Va a la cocina, se oyen ruidos de cómo busca el vino. Mientras estoy en salón sentada en el sofá miro por todos lados.

¡Madre mía! Qué casa más qué grande que tiene.

La verdad es que tiene la casa muy ordenada. Estoy en mis pensamientos, en mi mundo, cuando oigo que me habla.

—Vale, ¿qué prefieres un francés del 56 o un español del 58?

—Español, que donde esté los vinos de nuestra tierra…

—Buena elección, tienes buen gusto. —Lo abre y saca dos copas y lo sirve—. Ponte cómoda, voy hacer la comida. —Se quita la americana y se pone un delantal.

¡Guau! este chico lo tiene todo, es guapo y encima cocina.

—¿Quieres que te ayude? —Me levanto del sofá.

—No, por favor, tú relájate. —Me guiña el ojo.

Después de una hora, pero no he estado sola todo este tiempo, él

entraba y salía, sale de la cocina con una bandeja con lubinas al horno. Me encanta cómo huele y seguro que está delicioso.

—Ya está la cena, espero que te guste —dice dejando la bandeja en la mesa ya preparada.

—¡Mmm! Qué bien huele —digo—. ¡Guau! Qué buena pinta tiene.

—Gracias.

Llegamos a la mesa, me retira la silla para que me siente a cenar y me da una servilleta. Sin querer, me roza las manos. De repente, noto en mi cuerpo un escalofrío, igual que él porque se lo

he notado. ¡Joder! Siente lo mismo que yo, eso es una buena señal. Me siento y nos ponemos a cenar.

—Mmm... ¡Está riquísimo! —Cojo la copa—. ¡Salud!

—¡Salud!

Me mira a los ojos y no podemos dejar de hacerlo ninguno de los dos. Cenamos hablando, riendo. Poco a poco, va bajando la botella de vino sin darnos cuenta. Terminamos de cenar. Cada vez que le conozco más, siento que me va encantando más.

¿Puede que haya encontrado a mi hombre? Menudas ideas tienes, Elsa, si le acabas de conocer.

—Ha estado todo riquísimo, gracias. Nos hemos bebido toda la botella de vino… ¡Madre mía! —Río un tanto contenta.

—De nada, si para eso está, ¿no? —Me mira y me guiña un ojo.

—Sí, lo que pasa es que a mí enseguida me sube —digo riendo desmesuradamente.

No estoy acostumbrada a beber, solo bebo de vez en cuando, más bien cuando la cansina de Laura quiere salir de fiesta. En el fondo la adoro, aunque me saca de mis casillas cuando no para de cantarme la canción de Frozen. Yo la llamo mi *Olaf* o mi angelito.

♪ Libre soy, libre soy
no puedo ocultarlo más
Libre soy, libre soy
libertad sin vuelta atrás.
¿Qué más da? No me importa ya
Gran tormenta habrá
El frío es parte también de mí ♪

Noto cómo alguien me toca la mano, Neal me saca de mis pensamientos y le sonrió.

—No pasa nada, cómo ves tengo una gran y cómoda cama. Asiqué puedes quedarte a dormir tranquilamente.

¿En serio? ¿He oído bien? ¿Me acaba de decir que puedo quedarme a dormir?

—Sí, ya veo —digo recostándome en el sofá. La habitación empieza a darme vueltas —. Bueno, cuéntame de ti.

—¿Qué quieres saber, Elsa?

—¿Por qué no tienes novia? Si ya no robas, ¿cómo te ganas la vida? —Me incorporo y empiezo a recoger la mesa.

—No, no, ¿qué haces? —Se levanta corriendo y me para.

Me agarra de la mano para que no pueda recoger. Cuando su mano me toca, siento una descarga eléctrica por todo mi cuerpo.

¡Dios! Pero, por lo que veo, él ha sentido lo mismo.

—Iba a llevarlos a la cocina, tranquilo.

—Para, que ya recojo yo —insiste.

¿Lo está haciendo por quedar bien, por qué es así o por qué me quiere llevar a la cama?

—No pasa nada, hombre, te ayudo a recoger —digo sonriéndole.

Me gusta que sea tan caballeroso, eso es un punto a su favor.

—Ni se te ocurra, eres mi invitada —me dice quitándome los platos de la mano y termina él de recoger.

—¡Quiero ayudarte! —exclamó—. Déjame.

Se pone tan mono… que raro que no esté con nadie.

—Si me quieres ayudar siéntate, descansa y relájate.

—Ok, vale —me siento en el sofá un tanto resignada.

—Respecto a lo que me preguntaste, no tengo novia y nada que se le parezca. Ahora no me gano la vida, solo me mantengo con lo que gané de mis golpes.

Cuando llegó al sofá veo en el mueble del salón, en una de las estanterías, una pistola. Me pongo muy nerviosa e intentó disimular, no quiero que sepa que he visto el arma. Alarmada e inquieta me levanto. Tengo que salir de aquí...

Creo que ha notado mis nervios porque sale de la cocina, me dirijo a la puerta para salir de inmediato. Quizá si fuera él, el del robo del museo y solo quisiera acabar conmigo después de violarme. De repente, se da cuenta de que he visto la pistola. Me pongo en guardia porque no deja de ser un delincuente.

Elsa sal de aquí ya, me digo a mí misma.

—¡Creo que debería irme, se hace tarde! —Estoy muy nerviosa y asustada.

—No, ¿qué lo dices por esto? —dice cogiendo la pistola.

—¿Qué? —Me quedo paralizada esperando lo peor.

—Solo es un mechero mira. —Aprieta el gatillo y del cañón sale una pequeña llama.

—Yo… —balbuceo.

—¿Ves? Es un mechero, tranquila a mí no me gusta las armas y en mis golpes nunca las usé.

—¡Oh!, perdona —me disculpo aun notando la tensión en mis hombros.

—No, no, tranquila. Además, si miras mi ficha verás que lo que te digo es verdad y que nunca hubo ningún herido en mi robo.

—Perdona, de verdad. —Miro al suelo.

Qué vergüenza. ¡Madre mía! Neal se acerca a mí y con el dedo índice me levanta la cara cogiéndome de la barbilla, nos miramos a los ojos.

—No pasa nada ¿vale? —Le sonrió y me pongo levemente roja, me estremezco—. Es un error lógico si tienes en cuenta mi pasado, siéntate en el sofá mientras termino de recoger, ¿vale?

Me siento, termina de recoger y desde la cocina me mira y me dice:

—¿Quieres una copa de un vino que es un postre digestivo?

Debido al susto, toda borrachera se me ha ido. Creo que sería una buena opción tomarme una copita y relajarme.

—Sí, buena idea.

Sirve dos copas, viene a sofá y me la da.

—Toma, pero bebe despacio que este vino tiene un poco más de graduación. Y tú, cuéntame. ¿Por qué eres policía?

—Pues a mi padre lo mataron en un atraco, por eso me hice policía. Porque quería impedir que alguien más pasara por lo que yo. —Bebo de la copa y se me oscurecen los ojos a recordar a mi padre.

La verdad es que me cuesta aún un montón hablar de mi padre, es una espinita clavada en mi pecho.

Siempre le amaré.

—¿Era también policía o le robaron en el atraco? Lo siento de verdad. —Neal se disculpó, parecía hasta conmovido.

—Era un rehén.

Bebo de la copa y, poco a poco, noto cómo me relajo.

—Vaya, yo por eso no uso armas. Solo trabajo con gente en la que confió, bueno, trabajaba que ya no... ¡Ya me entiendes!

—Sí, sí, te entiendo. —Gesticulo con las manos.

Se ríe mientras se acerca un poco más a mí, nos miramos a

los ojos mutuamente. Me sonrojo un poco y nos sonreímos mutuamente como dos tontos.

—¿Qué pasa? ¿Por qué te ríes?

—No me río solo te sonrío. A parte que me parece raro que una chica como tú haya aceptado a cenar con un chico como yo.

—Anda. —Chasqueo la lengua—. Hicimos una apuesta y soy una chica de palabra.

—¡Solo has venido por la apuesta, eh!

—Bueno… —Me río—. Eres muy guapo, pero solo era una apuesta.

—¡Vaya! Así que, ¿solo una apuesta? Por cierto, tú también eres muy guapa.

—Gracias, pero no es para tanto. —Me muerdo el labio inferior.

—¿Cómo qué no? En serio, ¿tú no te has visto verdad? Creo que no ves bien. —Me río.

Me acaba de llamar topo, pero bueno.

—Pues veo perfectamente. —Señalo mis ojos.

Es la primera vez que alguien me dice que veo mal, será posible…

—No sé, no sé. —Se ríe—. Aparte de tener una excelente visión, ¿te apetece tomar un café o una copa?

—Sí, claro.

Se levanta y va a la cocina. A los diez minutos o así vuelve con una bandeja con un poco de leche, azúcar y dos tazas. Se sienta más cerca de mí de lo que estaba antes.

—¿Cómo quieres el café? —me pregunta.

—Con leche, por favor.

—Vale, aquí tienes, guapa. —Alza una ceja y sonrío con cierta picardía.

—Gracias, guapo.

A mi hoy me da algo, si sigue así al final voy a caer…

—¡Qué rico! —Noto cómo se me queda un poco de leche en el labio y me paso la lengua.

—¿Te gusta? —Neal aparta un poco la mirada mientras se muerde el labio.

—Sí, está muy bueno —admito.

—Me alegro que te guste. —Neal me sonríe y bebe de su café.

—Bueno, cuéntame cosas de ti —insisto.

Necesito saber más de él.

—¿Qué más quieres saber? —me pregunta, dejando el café en la mesa.

—¿Qué hace un chico tan guapo solito? No me creo que no tengas a nadie por ahí, imposible.

—Pues créetelo, no tengo a nadie por ahí. —Neal baja la cabeza bastante ausente.

—Eres raro. —Lo miro con recelo.

—Para nada —dice acercándose más a mí.

Demasiado cerca, chaval.

—Por cierto, la casa es preciosa. Tienes muy buen gusto, Neal, me encanta. Él alza la mirada y me sonríe sin enseñar los dientes.

—Gracias. —Me guiña un ojo.

¿Porque no deja de mirar? Me pone muy nerviosa.

—De nada.

Él le da un sorbo a su café de nuevo, no puedo dejar de mirar sus labios. ¡Dios! ¿Por qué quiero probarlos? ¡Para, para, contrólate! Me ha tenido que echar algo en el vino, no puede haber de otra.

—Y respecto a lo que no tenga a ninguna es muy simple. —Se muerde el labio de nuevo.

Algún fallo debe de tener, no puedo ser perfecto, pero ¡jooo! Para mí, ahora mismo, lo es. Sus ojos, sus labios, son mi perdición, no sé si

podré controlarme.

—A las chicas que conozco. —Traga saliva duramente—. No puedo relacionarme con ellas porque si no vuelvo a la cárcel y no quiero eso.

—¿Qué y cómo es eso? —pregunto con curiosidad.

—Porque todas son delincuentes conocidas.

—Vaya —digo con un tono decepcionada—, pero hay muchas que no lo son, ¿no?

—Ya, pero hace solo día y medio que puedo hablar con delincuentes.

—¿Y desde cuando estas fuera de la cárcel? Es que cómo no

he leído tu ficha…

Quizá sea mi sentido.

—Llevo fuera dos años de una condena de doce, salí antes por buen comportamiento.

—¡Ah! —No sé muy bien qué decir.

—Cumplí cinco años, pero para salir tenía que aceptar una serie de condiciones.

—¿Qué condiciones? —pregunto curiosa.

—Tengo prohibido entrar en un museo a no ser que vaya acompañado de un policía, no contactar con ninguno de mis antiguos cómplices, no hablar con nadie que tenga antecedentes. El primer año y medio llevé una tobillera localizadora.

—Madre mía, sí que tienes condiciones. Eres difícil de pillar.

Si Aitor se ha tomado tantas molestias es que debes ser bueno.

Cuidado, Elsa, cuidado.

—Sí y seguro que alguno se me olvida. —Se ríe.

—Pues no tienes cara de ser un delincuente peligroso. —Me encojo de hombros.

—Peligroso no soy y precisamente por esta cara es por lo que la gente confía en mí. Soy bastante bueno en lo mío —dice con aires de engreído.

—Entonces, no debería de fiarme de ti. —Me aparto un mechón de la cara y me sonríe.

—Ahora sí, pero bueno, entiendo que no lo hagas. Eres policía y yo ladrón.

Claro, siempre sale la palabra policía. Debería estar acostumbrada, ¿quién se fiaría de mí?

—Sí, pero, vamos, aparte de policía soy persona por eso la gente no confía en mí. Creen que les voy a detener, pero qué le vamos hacer.

—Pues a mí me pasa lo contrario, todos confían en mí menos la policía. A ver si ahora que ayudo en este caso hago que confíen en mí porque sinceramente lo pasé muy mal en la cárcel.

—Me imagino que no es un buen sitio, creo que te vendrá muy bien que nos ayudes.

—Aparte de que no es buen sitio, me gusta vivir con ciertos lujos y en la cárcel no los tengo.

—Pues a portarse bien—le guiño un ojo.

—Sí. —Neal se levanta y agarra las tazas vacías. Las lleva a la cocina y vuelve a los pocos segundos.

—Bueno, verás cómo te va ir todo muy bien.

—Sí. —Me sonríe—. Ahora soy más listo y dejaré que vuelvan a cogerme. —Me quedo paralizada en mi sitio, mirándolo con una ceja alzada e incrédula—. ¡Es broma! —Ríe.

—¡Serás…! —Río a carcajadas mientras le doy un codazo.

—Sí, un poco. —Neal me saca la lengua.

Neal y yo nos quedamos por un momento mirándonos. Él pasa su mirada de mis ojos a mis labios y viceversa. Me estremezco y desvío la mirada para otro lado.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así? —le pregunto.

—Porque tienes unos ojazos preciosos.

Me pongo roja.

—Gracias. —Se lo agradezco aún sin mirarlo a los ojos.

—De nada, guapa.

—Mira que es casualidad que nos hayamos vuelto a ver ¡eh! —Me rasco la nuca y cambio de tema radicalmente.

—Sí y gracias a Dios —dice suspirando.

—¿Gracias a Dios? —Frunzo el ceño.

—Claro, si no llegas a acordarte de mí a saber dónde estaría ahora.

—¿Cómo no iba a acordarme de ti? Quien tendría que reprocharte soy yo —le digo, pegándole un codazo.

Neal se rasca la nuca.

—Sí y mira que tengo muy buena memoria para las chicas tan guapas.

—No seré tan guapa cuando no te acordabas. —Le saco la lengua.

—Sí, lo eres, pero te vi como policía y pues… —Sabía que Neal no iba a decirme que tuvo miedo.

—Vaya, eso siempre pasa. —Intenté quitarle hierro al asunto —. ¿Qué le vamos a hacer? —Me encojo de hombros.

—Hombre, pero un tío con mi pasado más.

—Ahí te doy la razón, pero vamos, no muerdo ni nada de eso. —Río.

—Lo estoy comprobando —dice mientras me guiña el ojo.

—Vale, vale, comprueba lo que quieras

¿En serio que has dicho eso? Madre mía, tú estás mal Elsa.

—¿Y cómo es que aceptaste cenar conmigo? —pregunto un tanto divertido.

No sé qué es lo que tiene, pero hay algo en él que me descoloca. Quizá sean esos ojos, esa boca, los hoyuelos que enarcan su sonrisa pícara…

—Una forma de invitarte a cenar. —De nuevo esos hoyuelos…

—Pues gracias, la verdad.

—No, no, gracias a ti por aceptarla.

—No hay de qué.

Me acerco a darle un beso en la mejilla en un acto inconsciente, pero justo cuando se lo doy, gira la cabeza y unimos nuestros labios por unos segundos. Un chispazo. Algo fugaz. Casi imperceptible, pero juraría que es lo más mágico que he sentido en toda mi vida.

¿Lo habrá sentido él también?

—Perdona mi atrevimiento.

—No, para nada. —Me sonrojo, me cuesta aceptarlo, pero llevaba esperando este momento desde el primer instante en el que cruzamos nuestras miradas—. ¿Por qué? —digo con voz temblorosa, en realidad me encanta, ¿acaso no se me nota?

Tarda unos segundos en responder, aunque la relatividad del tiempo hace acto de presencia, como suele ocurrir en esos casos en los que el silencio parece ser uno más en la habitación.

—No sé, igual no te hacía gracia que lo hiciera.

—¿Por qué no me iba hacer gracia?

¿Por qué he dicho eso?

Claro que no debería hacerme gracia que me haya besado. Nuestra relación solo debería ser profesional. Bueno, es oficial. Si sigue a tan pocos centímetros de mí definitivamente no voy a decir nada que sea mínimamente coherente.

—No lo sé. —Acerca su cara a la mía y me da otro beso en la mejilla. Después, me guiña el ojo.

Houston, tenemos un problema.

—Sigo diciendo que no me pega nada que hayas sido un ladrón —digo intentando sacar otro tema de conversación, pero se

ríe y se lanza a darme un pico.

—Ves, pues te robé un beso.

—Pues devuélvemelo. Me lo has robado…

—Soy un ladrón, ¿no?

—Sí y por lo que veo de los buenos.

—Sí, lo soy, sí. —Me da otro pico, esta vez más largo.

—Ey, es mío. —Me acerco a él, para quitárselo, pero se aparta—. Devuélvemelo.

En serio, me acaba de hacer la cobra.

No me lo puedo creer, me lo quedo mirando con los ojos como platos, no entiendo que hago.

—No. —Pone su mano delante de su boca.

—¿Ah, no? —Me acerco a él, no tengo ya nada que perder, así que le empiezo hacer cosquillas.

—No tengo —confiesa. ¡Vaya! Pues dejo de hacérselas.

—Vaya, que pena.

Quita la mano y sin esperarlo me da un morreo, me pilla de imprevisto, pero le sigo el beso. No puedo evitar encenderme, menudos labios, son suaves acabo de encontrar mi talón de Aquiles, mi perdición.

Le miro a los ojos.

—Mira que eres… —Le doy un beso—. Ahora te lo robo yo—. Salgo corriendo.

—¿Me robas? Pues llamo a la policía.

—Sí, llama que me detengan.

Aitor ni de coña me encierra, antes que nada, es mi amigo. Me mira pícaro, ¿que estará tramando? Esos ojos azules no dejan de mirarme. Miedo me da de lo que esa cabeza piensa.

—A ver qué dice Aitor de que una agente robe a un humilde e inocente ciudadano.

—Sí, vamos, de humilde lo que tengo yo de monja. —Me río en su cara.

—Anda, ven aquí, deja de correr.

Al oír eso me paro. Sin darme cuenta le tengo al lado mío, pero ni lo he oído. Su perfume me inunda y me derrito sin poder evitarlo.

—¡No huyas cobarde! —Se acerca más a mí, me levanta y me coge a sus espaldas—. Ya eres mía, ladrona.

Hago como resistencia, pero en el fondo me encanta estar en sus brazos. Su calor. Todo de él.

—Aprendo rápido.

—Pues yo ni te cuento, Aitor tardó diez años en cogerme y yo a ti diez segundos. —Y de un movimiento me escapó sin que se dé cuenta, salgo de nuevo corriendo.

—¿Pero qué? Cómo leches… —Corre a la puerta y echa el pestillo —. Pues a ver cómo te escapas ahora.

—Ya te dije soy buena alumna. —Miro cómo cierra la puerta —. ¿Qué?

—Quiero ver cómo escapas ahora, a ver si es verdad que aprendes rápido —me dice poniéndome a prueba.

—¿Ah, sí? Verás.

—A ver, a ver. —Voy a la cocina corriendo—. Ahí no hay salida.

—Cómo que no, ven —digo mirándole a los ojos.

—Para que me engañes y te me escapes, eso lo inventé yo.

—Anda, no seas tonto, no saldré huyendo. —Hago pucheros.

—Ya. —Chaquea la lengua—. Picaré porque eres tú y a esos ojazos no les puedo decir que no. —Se acerca lentamente me va acorralando, abre los brazos para ocupar más espacio y me meto entre sus piernas y le doy un azote.

—Ladrona y agresión. ¡Buff! A ti te va a caer más tiempo que a mí.

—Ríe divertido.

—¿Que dices si soy una santa?

Menudo culo más duro que tiene, se ve que son horas de gimnasio.

—Y nunca robé ningún museo.

—Ya, seguro. —Me siento en el sofá.

Se sienta en el sofá a mi lado y entre ríe.

—¿Ya te has cansado? —me pegunta.

—No, ¿por qué? —Frunzo el ceño.

—Te has sentado —dice como si fuera lo más obvio del mundo.

—Pensaba que tú sí, como te veo algo mayor… —Le saco la lengua e intenta poner cara de ofendido, pero no cuela porque enseguida pone una sonrisa.

—De mayor nada, cielo.

—Ah, ¿no? Yo creo que sí. —Me levanto.

—¿Qué pruebas tienes? —pregunta mientras se levanta y anda "*como mira preciosa que cuerpo tengo*".

—Pues que aún no has pillado a esta pobre chica. —Levanto una ceja mientras sonrío con narcisismo.

—Solo es cuestión de tiempo, de aquí no tienes escapatoria —presume.

—¿Cómo qué no?

Y voy para la puerta e intentó abrirla, mientras la intento abrir me coge de la cintura. Al notar cómo me agarra, le miro a los ojos.

—Vaya. —Me gira y nos miramos.

Me acerca apretándome contra él.

—¿Ahora cómo piensas escapar? —me pregunta roncamente, de una forma muy sexi que hace que el vello de mi piel se erice.

—Ahora soy yo la que no quiere escapar. —Me atrevo a darle un pico.

¿Por qué no dejarme llevar?

Puede ser un delincuente, pero me pone a mil.

—Me alegro que no quieras escaparte. —Y me devuelve el pico.

Ambos somos lo suficientemente adultos como para ser conscientes de que esto es solo atracción a primera vista.

—Si quieres me escapo —comento con un tono juguetón.

—No quiero que te escapes, quiero que te quedes conmigo. —Neal habla seguro de sí mismo y por un momento, más bien inconsciente, me veo con él en la cama en un atisbo de fantasía erótica.

—Aquí me quedo —respondo.

—Me hace muy feliz, agente —dice antes de darme un morreo. Me sorprende, pero nos abrazamos y no puedo evitar seguirle.

Va bajando sus manos desde mi espalda a mi cadera, al notarlas me pego más a él. Van bajando de la cadera hasta mi culo, le acarició también la espalda. De repente, cuando llegan sus manos a mi culo,

me levanta en brazos y me empotra sin hacerme daño contra la puerta.

Me besa el cuello, lo mordisquea y chupa. Acerca sus labios

a mi oído y me susurra:

—¿Quieres que vayamos a la cama? —Trago saliva.

¡Dios, claro que vamos a la cama!

Nos miramos por unos segundos, asiento mordiéndome el labio inferior. Neal me lleva a la cama aún en brazos y me deja caer en ella bruscamente. Se coloca encima de mí y nos vemos por un tiempo prolongado, haciendo que nuestras lenguas bailen entre sí. Le muerdo el labio y escucho cómo suelta un jadeo de pura sorpresa.

¿Qué se pensaba?

¿Qué no tenía iniciativa?

Rodamos por la cama hasta quedar yo encima de él, posiciono mi sexo sobre su miembro ya duro y erecto. Jadeo cuando levanta su cadera y lo siento bajo el pantalón que lleva. Comienzo a hacer círculos con mi cadera sobre su miembro mientas llevo labios a su cuello. Esta vez soy yo quien comienza a besar esa parte de él que, al parecer, le vuelve loco. Paseo mis manos por su pecho y, cuando llego al dobladillo de su camiseta para quitársela, alguien toca el timbre.

—¡Mierda! —exclama él ante la impaciente persona que se encontraba tocando el timbre desesperadamente —. ¿Quién será?

—Será importante —digo, un tanto resignada.

Me levanto y ambos salimos a ver quién es.

NEAL

Siguen llamando a la puerta.

¡Joder! ¿Y ahora quién coño será?

Voy de mala gana sin dejar de mirarla. Os juro que voy a matar a quién esté llamando por interrumpir este momento con Elsa.

—Neal, ¿estás ahí? ¡Soy Aitor! —Miro a Elsa con el ceño fruncido.

¿Qué cojones hace aquí?

—¿Qué? ¡No! Madre mía, ¿qué hacemos? —Veo cómo Elsa está más que preocupada. Supongo que no era demasiado agradable que su jefe la encuentre conmigo.

—No sé, joder, escóndete.

Miro hacia todos lados pensando dónde puede esconderse. Y, entonces, la agarro de la mano y la llevo a la despensa, que es lo suficiente grande como para esconder a alguien. Era como una especie de armario y dudaba que Aitor mirara entre los botes de tomate.

—Quédate aquí, Aitor no vendrá —intento calmarla.

Elsa asiente y dejo un suave beso en sus labios.

Voy a abrir la puerta con los pantalones puestos y despeinado. Cuando abro, Aitor se queda sorprendido al verme así.

—Joder, Aitor, ¿qué pasa? Vaya horas —digo haciéndome el ofendido, que en cierto modo así es porque por este capullo no tengo a esa preciosidad en mis brazos.

—Hola, Neal. Lo siento por venir a estas horas, pero ya me han dado los resultados de la huella y no figura en la base de datos —Noto cómo inspecciona todo, no cambiará nunca.

—Vale, pero yo solo no identifico las huellas a nadie.

Soy bueno, pero ni soy Superman ni Batman.

—Ya lo sé, pero tengo que pedirte un favor. Necesito que te metas de incógnito con tus antiguas amistades. Estoy seguro que alguien sabe algo de lo que está pasando. —Al oír eso me descoloca.

¿Me lo está diciendo en serio o esto es una trampa? Ya no sé qué pensar, pero voy a escucharlo a ver qué me tiene que decir.

—Puede intentarlo…

—¿Pero? —Aitor suspira, sabe que hay condiciones.

Me pongo serio, puedo buscarme problemas gordos si se enteran que colaboro con la policía.

—Que nadie se entere, solo tienes que saberlo tú y nadie más. —le digo muy en serio, si no quiero grandes problemas más le vale que no salga de aquí.

—Vale, eso está hecho. Nadie más lo sabrá.

—Y busca la manera de que no lleve un micro.

—Tendrás que llevarlo o tener alguien cómo testigo, lo único que podemos hacer es que vaya un agente o el micro, elige.

Aitor en toda la conversación, por ser la casa de quien es, no deja de mirar a su alrededor y en la mesa ve dos tazas de café y en el fregadero dos platos y dos copas y la cama deshecha.

—¿Estas con alguien, Neal? Espero que no te interrumpiera nada.

—Sí, estaba acompañado, pero ya se ha ido. Es bastante raro que no os hayáis cruzado por las escaleras. —No puedo dejar de pensar en todo momento que está metida en la despensa.

—Vale —dice sin dejar de mirar a todos lados, eso me pone nervioso.

—Bueno, mañana te veo y me explicas mejor la misión. ¿Vale?

—Vale, pero no me has dicho sí micro o agente.

Aitor es muy inteligente.

—Agente, pero mañana lo concretamos, ¿Vale? Que estoy cansado.

—Vale, buenas noches, Neal, que descanses. —Y se va.

—Igual, dale recuerdos a tu mujer. —Cierra la puerta y voy corriendo a abrir la puerta de la despensa, la veo muy quieta y callada. Espero que no quiera salir corriendo de aquí.

—Lo siento, cielo, ¿estás bien? No sabía que iba a venir. —La miro intentando averiguar qué se le está pasando por la cabeza.

—Sí, tranquilo, no te preocupes. —El tono que me lo dice me

tranquiliza, la veo sonreír. Le extiendo la mano y la ayudó a salir. La abrazo y ella también me abraza.

—¿Qué quería? —pregunta curiosa.

—Las huellas no está en la base de datos —le digo, suspirando.

—Vaya... —Salimos hacia la cocina.

—Y quiere que me infiltre con un agente para que averigüe algo. —Noto cómo sus ojos se oscurecen por el miedo.

—¿Qué?

—Tranquila. —Le acaricio la mejilla—. ¿Te quieres quedar a dormir?

—Contigo, claro. —Mis ojos se abren como platos, ha dicho que sí y mi corazón acaba de latir desenfrenado.

—Pues vamos, pero... la visita de Aitor me ha cortado el rollo, lo siento. —Pero esto no va a quedar así, necesito que esté entre mis brazos.

La llevo a la habitación cogida de la mano.

—No te preocupes, durmamos. —Me besa tímidamente.

¡Dios! También es comprensiva…

Qué te está pasando, Neal?, pienso para mí mismo antes de caer en brazos de Morfeo.

3. Infiltrados

ELSA

Llego a la comisaría como todas las mañanas, aunque hoy estoy más contenta de lo normal. He dormido con un hombre increíble, abrazada toda la noche. Intento disimular, saludando a mis compañeros como todas las mañanas, y me meto al vestuario. De repente, llaman a la puerta. Es Aitor. Me dice que quiere hablar conmigo en su despacho y que cuando me cambie, vaya. Me cambio rápido, voy al despacho quedándome fuera y llamo a la puerta. Abro la puerta y me encuentro a Aitor sentado en su silla tomándose un café, me sonríe. ¡Uy esa cara la conozco! Algo me va a pedir.

—Pasa, Elsa. —Paso nerviosa porque no sé qué me va a decir y me siento en la silla—. Elsa quiero que estés en la misión con Neal Cafreey.

Ahí está lo que me quería decir.

—¿Qué? ¿Seguro, Señor? —pregunto nerviosa, es raro que quiera que esté ahí.

Intento estar lo más tranquila posible, no quiero que intuya que he estado con Neal en su casa, más bien porque creo que no lo entendería, le tiene cariño, pero no deja de ser un delincuente para él. Yo ahora veo a Neal con otros ojos, espero que no me esté engañando.

—Sí, quiero que estés por dos razones: La más importante es

que ha llegado a mis oídos que te estás preparando para ser inspectora y creo que esta es una gran oportunidad para ti.

—Sí, es verdad —respondo seria—. Sr, me encantaría ser inspectora. —No quiero quedarme atascada, quiero avanzar, ayudar a la gente.

—Y la otra porque creo que Neal estando tú no va hacer ninguna tontería, creo que le gustas.

¡Vaya! A Aitor no se le escapa ni una, lo que no sé cómo me puede decir eso, porque ni yo lo tengo claro, es cierto que he dormido con él. Pero gustarle ¿en serio? Bueno por lo menos, se ha portado muy bien conmigo, un auténtico caballero.

—¿Que le gusto? ¡¿Qué dice Sr?! Eso son bobadas. —Me hago la loca, bastaría que me lo notara.

—Creo que sí, he visto cómo te miraba en la sala de interrogatorios. —Me pongo roja—. Quizá no sea gustar del todo, pero le interesas.

—¡Señor! —Intento cambiar de tema, hablar de esto con mi superior no creo que sea buena idea por mucho que sea mi amigo.

—Tranquila, yo también he sido joven. —Aitor sonríe y rezo internamente por cambiar de tema.

—Vamos a la reunión —me dice Aitor poniéndose de pie.

—Acepto el caso, venga. —Algo me dice que el caso no es tan sencillo, así que quiero estar al lado de Neal, no quiero que le pase nada.

Recuerda el ascenso, Elsa, me digo a mí misma.

Ya en la sala de reuniones Aitor se empieza a poner muy nervioso. No hace más que mirar el reloj, dando vueltas por la sala sin parar.

¿Neal, donde te habrás metido?

—Joder, a ver si viene Neal. ¿Dónde se habrá metido? —Otra vez mirando el reloj, me va a marear.

—No lo sé señor, llámele al teléfono.

—No se me ocurre nada más.

—¿Llamar a quién por teléfono? Disculpad el retraso. —Nos giramos para mirar quien hablaba, aunque a mí no me hace falta, sé perfectamente que es él, reconocería su voz siempre. Vemos a Neal apoyado en la puerta, con unos vaqueros ajustados y una

camisa. Que, por cierto, no le pueden quedar mejor esos vaqueros.

¡Madre mía!

—Ya era hora, Neal —dice Aitor.

—Lo sé, disculpadme.

—Vamos, Neal, que os tengo que informar del caso. —Nos sentamos los tres en la mesa, por lo que veo en la cara de Neal aún no entiende, qué hago aquí en la reunión, pronto lo sabrá—. Bueno, ayer encontramos una huella en el museo, pero no sabemos de quién es y había pensado en infiltrar a Neal en sus viejos hábitos para que averigüe quién es. —Miro a Neal a los ojos noto que no le hace mucha gracia lo que acaba de escuchar—. ¿Alguna pregunta?

—Sí, yo tengo una pregunta —intervengo.

—Dime, Elsa —me contesta Aitor.

—Aitor, antes me has dicho que fuera la persona que le acompañase a Neal de infiltrado, ¿cómo lo haríamos? —Noto cómo la

cara de Neal cambia, solo espero que no se tome a mal eso de que seamos compañeros. Se remueve en el asiento, parece ser que mucha gracia no le hace.

—No, Aitor, no quiero que venga ella —dice con voz muy seria, noto cómo le cambia el gesto. Yo me quedo sorprendida, ¿por qué no querrá que vaya con él?

Oh, oh, aquí me huele a chamusquina…

—¿Por qué no? —pregunta Aitor mirándolo con el ceño fruncido, por unos segundos sus miradas se cruzan como si estuvieran luchando entre ellas.

—No sé si está preparada para entrar en ese mundo —dice Neal sin apartar la mirada de Aitor.

Cuando oigo eso le miro con cara de pocos amigos. Acaba de decir que no sabe si estoy preparada, chaval, no me conoces en absoluto. ¿Cómo se ha atrevido a decir eso? ¿En qué piensa? Estamos sentados uno al lado del otro y él me pasa una nota que pone: *«No te enfades, solo quiero que no te pase nada».*

Le miro con cara cabreo.

—¿Ella o micro? ¡Elige! —exige rotundo Aitor.

Aitor se ha vuelto loco.

—¿Qué? ¡Micro es sinónimo de suicidio! —grito totalmente fuera de mis cabales.

—¿Micro? ¿Quieres que me maten nada más entrar? —pregunta Neal enfadado, hace un intento de levantarse para irse, pero nuestras miradas se conectan por un momento. Mi mirada le pide que se calme, que se quede.

—¡Pues quédate con ella! —Pero qué está pensando, Aitor, donde quiere llegar, al final tendremos un disgusto.

—Si no hay más remedio pues deja que hable con ella a solas para que me invente un alias. —Neal habla de forma segura, muy serio. Algo en mi interior dice que tiene pensado algo.

—Está bien, os dejo a solas cinco minutos y vuelvo, ¿vale? —dice Aitor, saliendo y cerrando la puerta. Nada más salir Aitor por la puerta, Neal me mira con cara de pocos amigos.

—¿Estás loca? —Le miro fulminantemente.

—¿Qué? —Loca, sí, claro… yo no tengo nada que ver con esto y encima me como el marrón.

—¿Cómo aceptas meterte ahí?

—Por ti.

Si estoy cerca, podré ayudarte si pasa algo.

—Por mí —me mira sorprendido, sé que es difícil de creer, pero, aunque nos hayamos conocido ayer, siento en mi interior que algo está despertando. ¡Ojalá que a él le pase lo mismo!

—No quiero que te pase nada. —¡Ala, ya está confesado! Le miro

para ver su reacción.

—Si a mí no me va a pasar nada, es mi gente. —dice.

Ya, claro, y eso tiene que tranquilizarme.

—Si no voy, te pondrán micro. Esa gente es peligrosa y lo sabes.

Cariño, ahí no me puedes decir que no tengo razón.

—Claro que lo sé, pero no quiero que vayas. —Me coge de las manos mirándome—. No quiero que te pase nada...

—No me va a pasar nada. —Veo en su cara preocupación. ¡A ver si tiene razón Aitor! ¿Le gustaré de verdad?

—Siempre que hagas lo que yo te diga —¿Cómo no? Eso lo oigo muchas veces.

—¡¿Cómo?! ¡No soy una niña! ¿Sabes? Sé cuidarme.

—Sabrás cuidarte aquí, pero no con ellos —me lo dice todo sincero, mirándome.

Será posible…

—Vale. —Puede que tenga razón, haré lo que me diga, él los conoce mucho mejor que yo.

—Si quieres que salga bien, tendrás que hacerme caso por mucho que te joda. —Asiento con la cabeza un tanto resignada.

—Vale, pero no hace falta que me hables así, ¿no? —Aparto la mirada de él.

—Lo sé. Lo siento, pero estoy muy nervioso. —Me coge de la mano, le miro.

—¿Tan peligrosos son? —pregunto con curiosidad.

—Algunos sí lo son—contesta.

—Vale, haré lo que me digas siempre y cuando no me toques los ovarios. —Si no lo hago no querrá que vaya con él.

—Vale, vas a ser Katherine mi... —Se relame los labios—, bueno, novia. Nos conocimos en un museo. —¿Por qué le ha costado tanto decir novia? ¿Acaso se arrepiente de haber dormido conmigo o algo por el estilo?

—Katherine, ok, hecho —digo sin saber qué piensa.

—Tú sabes mi pasado y no te importa. —Es lo que me pasa ahora mismo, no me importa tu pasado, ojalá pueda ver que es así.

—Perfecto.

—Deberás sorprenderte cuando diga que nos conocimos en un museo, ¿vale? Recuerda que no puedo entrar —murmura cruzándose de brazos.

—Vale. —Memorizo todo lo que me dice.

—Actúa algo nerviosa, pero estate tranquila. Vas a estar con delincuentes, ten en cuenta que no eres policía. Allí solo eres Katherine, mi… —Suspira—. Mi novia.

—Eso lo estaré, tenlo por seguro. —Cómo para no estar nerviosa, me voy a meter en la boca del lobo.

—No pueden saber que eres policía ¿vale? —Muy listo, querido.

—Claro, entendido. Entonces, si me preguntan, ¿cómo me llamo y a qué me dedico…?

—Eres Katherine y eres profesora.

—Vale. —No hay problema, todo entendido.

—Alguno te hará muchas preguntas por ser una desconocía, son muy desconfiados.

—No te preocupes, me las arreglaré. —No es la primera vez, sé hacer mi trabajo.

—Vale, de todas formas, yo lo cortaré para que no te hagan muchas preguntas ¿vale? —Me mira—. ¿Cómo te llamas? —Me está poniendo a prueba, muy bien, te voy a sorprender.

—Katherine —sentencio sin dudar.

—¿Cómo conociste a Neal? —pregunta.

—En el museo.

—Muy bien. —Me guiña el ojo.

¿Ves? Puedes confiar en mí un poco.

Entra Aitor en el despacho pillándonos desapercibidos, nos mira y nos pregunta cuál curioso.

—¿Todo aclarado ya?

—Sí. Oye, una cosa clara, si viene ella para que yo no lleve micro, ella tampoco lo lleva.

Vaya, eso no lo había pensado yo.

—No, nada de micros —contesta Aitor sincero.

—Y no os pongáis en la acera de enfrente con la furgoneta de la floristería ni de fontanería, que las conocemos de sobra, cómo todos los trucos que tenéis.

Sí que nos conoce.

—Vale, pero Elsa tendrá que llevar un pinganillo en la oreja, para que la oigamos y, si sale la cosa mal, intervenir. —Eso sí que puedo llevarlo, son prácticamente invisibles.

—Vale, pero que lo tape con el pelo.

Elemental querido Neal.

—Vale.

—Y, Elsa, no te toques el pelo, ni el oído ¿vale? —me informa Aitor mientras mira de nuevo el informe. ¡Vaya dos!

—Vale, hecho. —La verdad que ese comentario de Aitor no me ha sentado nada bien. ¿Acaso se cree que soy una novata? ¿Qué no sé hacer mi trabajo?

Elsa pon buena cara que si no… Me dice la vocecita dentro de mi cabeza.

Me da la impresión que ninguno de los dos quiere que vaya, entonces ¿qué hago aquí? No lo entiendo.

Los miro cruzándome de brazos.

—Pues creo que ya está todo aclarado —dice Aitor.

—¿Cuándo empezamos a infiltrarnos? —pregunto para saber a qué atenernos, pero lo que sí es cierto es que cuanto antes mejor porque a Neal, por lo que he notado, no le hace ni pizca de gracia.

—Pues lo antes posible tenéis que meteros.

—Vale, cuando quieras, Neal —digo mirándole de soslayo.

—Por mí ya, cuanto antes vayamos antes salimos. Elsa, vete a cambiarte, acuérdate que eres profesora de primaria.

—Sí, sí, voy a cambiarme. —Dejo a Neal con Aitor, voy al vestuario pensando en el lío en el que me he metido sin quererlo ni beberlo.

Llego al vestuario, no me puedo creer que nos vayamos a infiltrar. ¡Dios mío! Estoy muy loca, demasiado diría yo. Pero todo sea por ascender… y por Neal.

Abro la taquilla, pienso a ver si con lo que tengo aquí me vale para que crean que soy profesora. Saco mis vaqueros y una camiseta, que gracias a dios no tiene mucho escote. Me lo pongo junto a unos tacones y me miro al espejo.

Elsa tranquila todo saldrá bien, no tienes que preocuparte.

Me tomo unos minutos en el vestuario para intentar relajarme. Cuando noto que lo he conseguido salgo.

Venga, tú estás preparada para esto.

O no.

NEAL

Mientras Elsa va a cambiarse, Aitor me ofrece un café. ¡Qué raro! ¿Por qué es tan amable conmigo? Le doy un sorbo al café, tengo que preguntárselo a Elsa. ¡Joder! Sé que es buena, pero meterla con estos no es juego, pero bueno, estaré a su lado. Sin embargo, de Aitor…

Cuidado, es un viejo Zorro astuto.

—¿Por qué la escogiste a ella? Aitor, joder, hace tres días me estaba poniendo una multa.

—¿No te gusta que esté ella? Es buena en su trabajo, confía en ella.

Claro que confío capullo.

—Me gusta ir con ella, pero al museo. No a meternos en la boca del puto lobo. —Le puede pasar algo y eso mi conciencia no lo soportaría.

—Sé cómo la miras, deberías darme las gracias. Bobo, pasaréis más tiempo junto. —¿Pero de qué cojones está hablando esté? ¿Acaso nos descubrió anoche? Imposible. Creo que no deja de vigilarme las 24 horas.

—No sé, ¿a qué te refieres? —Me hago el tonto, será lo mejor.

—Nada, nada, cosas mías. —Me da el pinganillo para Elsa —. Que se ponga esto en la oreja.

—Vale. —Me lo guardo en el bolso de la americana. Ese tipo de cosas me mosquean, pero, bueno, es mejor pasar del tema.

—Por favor, cuídala —dice verdaderamente preocupado, debe tenerle mucho aprecio, o eso espero porque cómo me enteré que va detrás suya ¡uff! Me sorprendo yo mismo de lo que estoy pensando. ¿Neal, acaso estás celoso?

—No creo que en mi ficha quede demasiado bien que le pase algo a una agente por mi culpa.

Suena el teléfono de Aitor, sale de su despacho y se mete en una sala a hablar. Cuando sale Aitor entra Elsa y la veo con unos vaqueros, camiseta y tacones.

—¿Todo bien? —me pregunta sonriendo mientras me mira.

—Sí, ¿vamos?

—Vamos—afirma.

Salimos de la comisaría y buscamos un taxi que nos lleve, lo cogemos y estamos muy callados durante todo el camino. Ella no para de mirar por la ventanilla, yo no paro de mirarla de soslayo y llegamos a un bar. El bar no está en uno de los mejores barrios, no es el más lujoso, pero sí uno de los más seguros porque aquí no husmea la policía.

—¿Qué hacemos aquí, Neal? —dice mirando para todos lados, se ve que nunca ha estado por estos sitios.

—Tú déjame a mí. —Bajamos del taxi, le pasó el brazo por el hombro y le digo al oído—. Tranquila, ¿vale?

—A ver, te sigo. —La cojo de la mano y entramos, voy seguro de mí mismo, esta es mi gente así que estoy como pez en el agua.

—Deja que hable yo. —La digo al oído sonriéndola y la cojo de la cintura.

—Vale —me dice con una sonrisa nerviosa.

No puede evitar mirar para todos lados, me imagino que es por su profesión. Solo espero que no se altere de ver a tanto delincuente por aquí.

De repente, sale un tío enorme de casi dos metros, fuerte con una voz ronca.

—Hombre, Neal, ¿cuándo saliste? —Me aprieta la mano.

—El otro día.

La verdad es que me hace ilusión ver a este grandullón, de muchas me he librado por él y le he cogido mucho cariño. Recuerdo cuando estábamos en un bar, uno de mis contactos llega al bar y me pide la estatua de Osiris, pero el muy cabrón no quería pagarme lo que acordamos. Se la quería llevar prácticamente gratis, era una de la mafia, pero no me iba a acobardar. Por supuesto me encaré y, bueno, la pelea fue de madre. Rukus se metió y, bueno, ¿qué deciros? Ganamos.

—Cómo me alegro, tío, se te echa de menos. ¿Y esta hermosura quién es? —La mira de arriba abajo.

—Es mi chica. Oye, Rukus, ¿adelgazaste? —Se alegra al oírme decir si ha adelgazado, me sonríe orgulloso.

—Es guapísima, tío. ¡Sí! Se nota, un par de kilos. —Se toca la tripa, bueno unos kilos sí ha perdido.

—¿En cuánto estás ahora? ¿145 kg? Así a ojo...

—Más o menos —dice feliz

—Me alegro, tío. Oye, ¿sabes si esta Mozzy por ahí? —Agarro de la mano a Elsa y la arrimo a mí un poco.

—Sí —afirma —, está dentro, pasa y le saludas.

—Gracias, tío, cuídate *chiquitín* —digo dándole la mano.

—De nada.

Sin soltarnos de las manos, nos dirigimos a la parte de atrás del bar. Llegamos a una puerta y antes de entrar, la miro y la sonrió, la veo nerviosa así que intento tranquilizarla.

—Muy bien, sigue así de tranquila, ¿vale? —Mientras la doyun abrazo noto cómo se relaja.

—Vale —me dice mirándome con esos ojazos tan bonitos.

Abro la puerta y noto cómo se pone tensa, creo que es porque reconoce a algunos delincuentes. ¡Ah claro! Los habrá visto en los archivos de la comisaría. Me aprieta la mano y nos miramos, le sonrío para tranquilizarla.

Y nos dirigimos por el pasillo a la sala del fondo, en una mesa veo sentado a un hombre bajito, calvo y con gafas que reconozco de ver en los archivos.

—Mozzy, ¿qué tal?

El hombrecito levanta la cabeza, mira a la chica desconfiado y me mira.

—Hombre, Neal, ¿ya estás afuera? —pregunta con curiosidad.

—Sí, salí hace unos días. —No puedo decirle que llevo dos años y no le he visto. Es como mi hermano, me duele mentirle.

—Me alegro, tío.

—Te presento a Katherine, mi chica. —Mira a Elsa, pero cómo está conmigo, no desconfiará mucho de ella.

—Hola, encantada. —Se la nota la voz un poco nerviosa, No debe ser fácil para ella estar aquí.

—Oye, ¿podemos sentarnos? Tengo que hablar contigo.

—Claro, siéntate, dime. —Elsa y yo nos sentamos.

—El otro día me visitó el trajeado —digo refiriéndome a Aitor, Elsa me mira con escepticismo. Me hace gracia, pero me contengo.

—Ah, sí, qué asco de policía. —Sonrío porque sé que odia a la policía, sobre todo desde que me encerraron.

—Lo sé, macho.

¡Ups! Perdón Elsa, hay que disimular.

—¿Qué quería el petardo? —pregunta Mozzy dejando los papeles y encendiéndose un cigarro mirando de vez en cuando a la chica que tiene al lado su amigo.

—Meterme para dentro otra vez por el robo al museo de hace dos días —digo sincero, vamos no pienso entrar por un marrón que no es mío.

—¿Qué? ¡Será cabrón! —Da un golpe a la mesa furioso, Elsa se sobresalta, pero se controla.

—Sí, ¿sabes quién pudo hacerlo? Porque falta parte de mi antiguo equipo. —Mozzy se queda pensando unos segundos y le cambia la cara.

—Mmmmm... Hay rumores, pero no estoy seguro. —Mi cara cambia de pensar en esa persona.

—No habrá sido *Liam Heiden,* ¿no? —pregunto con un tono

preocupado y nervioso, espero que no.

—Dicen que fue Liam, sí, pero es un rumor.

Joder, si es él, estoy en un buen problema, pero sé que puedo contar tanto con Rukus como con él. Eso me tranquiliza.

—Entérate si está en la ciudad, sabes que me la tiene jurada. ¿Harías eso por mí, hermano?

—Claro que sí, hermano, sabes que por ti lo que sea.

—Llámame cuando sepas algo, ¿vale? —digo mientras miro la hora —. Cariño, ¿no tienes que ir a dar clase?

—Claro, yo te llamo. Por cierto, hay un trabajo si te interesa. —Eso es música para mis oídos, pero no puedo decirle que me cuente, Elsa está a mi lado.

—Sí, debo ir a dar clase —dice algo seria, seguro que es por lo que acaba de decir Mozzy.

—No me interesa, gracias. Vamos, amor, que te acompaño.

—Sí, vamos, encantada de conocerte, Mozzy. —Le sonríe a la que salimos, ella va delante mío y me doy la vuelta y le digo a Mozzy en bajo sin que lo oiga

—Llámame para las dos cosas. —Y hago el gesto de que no haga ruido.—. Vamos, amor, que llegamos tarde —digo dándole un beso en la mejilla.

—Vale. —Mozzy me hace un gesto de enterado.

Salimos del bar deprisa, estoy muy nervioso. Caminamos rápido, quiero salir de aquí en cuanto antes. Si la pasara algo a Elsa nunca me lo perdonaría.

—Tenemos un problema —digo mirando a todos lados.

—¿Qué? —pregunta ella porque me nota muy preocupado.

—Cómo sea Liam Heiden, la hemos liado. Tenemos un lío grande entre las manos.

—¿Por qué dices eso? —Noto cómo se pone alerta, es peligroso y no sé por dónde va a salir.

—Me la tiene jurada desde hace años. —Aprieto el puño al recordarlo.

—Vaya, si es así tendremos que averiguarlo.

Seguimos alejándonos del bar. A ella le cuesta seguirme el ritmo, pero no quiere decir nada. Paramos un taxi y regresamos a la comisaría, todo el camino estamos cogidos de la mano, estoy en otro mundo pensando que cómo sea él en menudo lío no hemos

metido. En la puerta de la comisaría bajamos del taxi.

—Lo has hecho muy bien —le digo con orgullo.

—Gracias. —Me mira a los ojos y no puedo evitar sonreírla, aunque algo me preocupa. Espero que no suelte lo de Mozzy.

—Por cierto, no creo que a Aitor le importe lo que dijo Mozzy del trabajito, ¿vale? Cómo verás, lo rechacé.

—No lo pensarás hacer, ¿no? —Me mira acusatoriamente.

Ni lo sé yo, nena. Antes debo encontrar al Escorpión.

—No, no lo voy hacer. —Miento.

—¿Qué le dijiste cuando salimos? Me echaste para adelante.

—Que le debía una por un trabajo que hice hace años y por supuesto que no voy hacer el trabajito que me ofreció, te lo prometo —digo intentando convencerla.

—Ok, te creo, tranquilo. —La abrazo.

—Gracias por confiar en mí, amor.

La acabo de llamar amor, guau, nunca suelo decir esa palabra. ¿Qué me está pasando con esta chica? Es cómo si me hubiera hechizado con una poderosa magia. Si es así me da igual, aunque fuera la mismísima Úrsula y me robe mi voz, no me callaré en decir que empiezo a sentir algo muy fuerte por ella. Una atracción incoherente y devastadora.

—Espero que no me mientas. —Me devuelve el abrazo.

—No te miento y haré lo haga falta para que me creas.

—Vamos dentro, tenemos que informar a Aitor.

—Vamos —digo con desgana, solo me gustaría estar abrazado a ella.

Entramos en la comisaría, de repente, me suena el móvil. Miro en la pantalla que es Mozzy y la miro sonriendo.

—Vete a buscar a Aitor, ahora voy yo, ¿vale?

—Vale —contesta sonriente.

Veo que se va, pero noto que se queda no muy conforme, ojalá sea verdad me haya dicho que confía en mí. Siento que no quiero mentirle. Dios, pequeña, ¿qué me estás haciendo? Cojo la llamada.

—Hola, hermano, me dijiste que te dijera lo del trabajillo.

—Sí, ahora no puedo hablar, ya te llamo en un rato, sigue

buscando a Liam ¿vale?

—*Vale, hermano, espero tu llamada, cuídate, hasta luego.*

—Hasta luego, Mozzy, y gracias, te debo una grande.

Paso por delante de Elsa sin darme cuenta, la busco por la comisaria. De repente, la veo entrar en su despacho, pero algo no va bien, la noto cambiada. ¿Habrá pasado algo? Voy al despacho con paso ligero y llamó a la puerta.

—¿Puedo pasar? —pregunto.

—Sí, claro adelante, ¿ocurre algo? —responde.

—Era Mozzy, no cree que Liam esté en la ciudad, pero va a seguir preguntando. Yo personalmente creo que fue él.

—Díselo a Aitor y que le busquen, ¿vale? —me dice muy seria.

—¿Estás bien, cielo? —pregunto preocupado, si le pasa algo me gustaría saberlo.

—No, he pensado en decirle a Aitor que no quiero el caso. —Eso me viene de imprevisto, no me lo esperaba. Ahora me lo acaba de confirmar algo raro le pasa.

—¿Por qué? —Cierro la puerta y me siento—. ¿Qué te pasa, por qué lo vas a dejar? Explícamelo.

—No sé, presiento que no eres sincero conmigo, no sé —dice mirando para otro lado triste, evitando mirarme.

—¿Por qué? No digas eso, claro que soy sincero.

—Tranquilo, serán cosas mías. —Mira el ordenador intentando no mirarme de nuevo a la cara.

Neal no seas estúpido, no puedes perderla.

¡Piensa, piensa! ¡Ya está! Espero que funcione.

—Mira, hagamos una cosa, vienes hoy a cenar a casa, traes todo lo que tiene la policía sobre mí y me haces las preguntas que quieras. ¿Vale?

Me mira a los ojos, se queda pensando un rato.

—De acuerdo —responde.

Sigue mirando el ordenador, sin apenas mirarme.

—Y yo te responderé siendo 200% sincero, ¿vale? Sea bueno o malo para mí, ahora voy a hablar con Aitor.

—Vale, yo me quedo por aquí haciendo cosas, ¿vale?

Me dirijo a la puerta algo preocupado, pero la miro antes de abrir la puerta y le lanzó un beso. Me acerco al despacho de Aitor, llamo a la puerta.

—¿Sí? —pregunta.

—Aitor, soy yo, ¿puedo pasar?

—Sí, pasa Neal. —Levanta la vista de unos informes—. ¿Qué pasa? Siéntate.

—Nada, nada, que ya hemos llegado de hablar con mi contacto.

—Ah, sí, ¿qué pasó? Cuenta, ¿todo bien? —Sé que me preguntará

por Elsa.

—No se dieron cuenta de nada, tranquilo —digo para tranquilizarlo un poco, nunca hubiera permitido que la hicieran daño —. Estaban más preocupados de cuando había salido.

—Preocupados, ¿por qué? —pregunta Aitor con curiosidad.

—De cuanto llevaba en la calle —respondo.

—No sospecharan de mí agente, ¿no? —pregunta frunciendo el ceño.

—No, no. La miraban por lo guapa que era, pero enseguida me preguntaron a mí cuándo había salido de la cárcel. —Noto cómo suspira aliviado.

—Vale, te conozco y sé que algo te preocupa. ¿De quién sospechas, Neal? Te noto preocupado.

—Es por quien creo que lo hizo —le digo cruzándome de brazos.

—¿Quién crees que ha sido? Si tienes alguna sospecha dímelo para ir investigando.

—¿Sabes quién es Liam Heiden, alias *"El Escorpión"*?

—Sí. —Se queda muy serio al oír ese nombre.

—Pues hay rumores de que fue él.

—¿¡Qué!? Es muy peligroso ese delincuente. Tenéis que tener mucho cuidado, ha matado a varias personas.

—Lo sé, trabajé con él y digamos que... bueno, si puede matarme, no lo dudara. —Después de lo que pasó, es lo que quiere, matarme y lo tengo muy claro.

—Os ponemos más escolta, más gente infiltrada por vuestra seguridad. ¿Elsa sabe que es tan peligroso?

—No, no, pongas a más gente, será peor. Él sabe cómo me muevo y si me ve con demasiados desconocidos escapará. No, ella no sabe quién es y mucho menos lo peligroso que es.

—Tendrás que informarla para que tenga cuidado y esté

atenta. —Ahí tiene razón, tengo que informarla para que esté prevenida o no, bueno, lo pensaré.

—Si no es absolutamente necesario prefiero no decírselo—decido.

—Vale, lo que quieras, pero pienso que debería saberlo —me aconseja sabiamente.

—No quiero asustarla porque sé que solo me quiere a mí.

—Entonces va ir a por lo que más quieres, ten cuidado. ¿Lleva armas?

—¿Yo? ¿Armas? Joder, Aitor, sabes de sobra que no me gustan las armas. —Solo oír el nombre armas se me revuelve el estómago, no quiero saber nada de ellas.

—Me refiero a él, tú sé que no, tranquilo.

—Da por hecho que lleva armas, seguramente ilegales —digo.

—Deberías llevar una, por seguridad.

—¿Yo? Pues creo que me tendrás que enseñar a usarla. —Aunque por mí no las necesito para nada.

—Si me has dicho que va a por ti deberías llevar una y que Elsa esté las 24 horas contigo, que aquí no aparezca por seguridad de los dos. Hablaremos por teléfono, ¿entendido? Es crucial que cojamos a ese delincuente peligroso.

—Lo sé, lo sé, pero él igual no sabe que yo salí de la cárcel y si dices que Elsa tiene que estar 24 horas conmigo, se lo tendrás que decir tú.

—Entonces, ¿qué sugieres? ¿Tienes algo en la cabeza?

—Llama a Elsa y lo hablamos los tres —digo.

—De acuerdo, ve a buscarla, anda —me manda.

—Porque si dices que ella me ha de proteger lo tendrá que saber ¿vale? —pregunto con cierta duda.

Salgo y voy a buscarla. Traqueo la puerta y la escucho.

—¿Sí? —pregunta.

—Soy Neal, ¿puedo pasar?

—Sí, pasa. ¿Qué ocurre? —me pregunta levantándose de su sillón.

—Aitor quiere hablar con los dos. Hay algo que creemos que deberías de saber —mascullo.

—Vale, así podré decirle un par de cosas.

ELSA

Vamos al despacho, la tensión puede cortarse con un cuchillo. No decimos nada y entramos.

—Aitor, ¿querías hablar conmigo?

—Sí, siéntate por favor. —Me siento y miro a los dos. Mejor que estén aquí porque les voy a decir que paso del caso.

—Pues aquí estoy, a ver decidme, ¿qué ocurre?

—Neal me ha informado que habéis averiguado quién pudo haber hecho el robo del museo.

—Sí, más o menos, aunque no está confirmado. Eso quiere decir que acabó el caso ¿verdad? —Espero que sí, la verdad.

—¿Te suena *Liam Heiden*?

—Me suena, pero no sé quién es. —Le doy vueltas al nombre.

—Es un delincuente muy peligroso. —Cuando dice eso Aitor siento un escalofrío recorrer mi cuerpo, es uno de los gordos y eso me asusta.

—¿Peligroso en qué sentido Aitor? —pregunto.

—Aparte de todos los robos que ha cometido, alguno con Neal aquí presente, tiene varios asesinatos a sus espaldas.

—¿Qué? —Un asesino, eso ya son palabras mayores.

—Y creemos que viene a por Neal —confirma mis sospechas.

Miro a Neal asustada, cabreada. No sé cómo sentirme en este

momento.

¡Dios, en menudo lío nos hemos metido!

—No me mires así, Elsa, no te quería preocupar —me dice mirándome a la cara con un gesto de preocupación que no había visto.

—Aitor, vamos desarmados, nos pueden matar o le puede matar. —Esa idea me rompe en dos, si le pasa algo me da algo.

—A Neal igual si le puede matar —dice Aitor con cierta sorna.

—¡Qué! —exclamo muy asustada

—Pero tenemos la sospecha de que Liam Heiden, cree que Neal sigue en la cárcel.

—Pues yo quiero un arma, no vamos a ir desarmados —digo

rotunda, si va a por él yo le protegeré.

— ¿Tienes la tuya reglamentaria? —Por supuesto, ¿acaso soy novata o qué?

—Ya sabe que está en mi despacho, la llevaré conmigo—le afirmo.

—No, no, esperad...

Miramos los dos a Neal sorprendidos.

—Los que saben que estoy fuera no van a decir nada, Heiden los odia tanto como a mí —nos explica.

—Si no llevo arma, ahora mismo dejo el caso y se sabrá toda la mentira porque ya me han visto con él, así que elige. —Los miro detenidamente.

—Elsa, ya te dije que tú tienes tu arma reglamentaria o ¿qué pasa? ¿No te la llevas a trabajar? —pregunta Aitor con determinación.

—Sí, pero cuando fuimos a ese sitio no porque me dijisteis que era peligroso y que podía echar a perder el operativo. —Los miro con escepticismo.

—Pues ahora has de llevar el arma escondida —dice Aitor serio y preocupado—. En el bolso, por ejemplo.

—Así estaremos más seguros. —Tenemos que protegernos

—Y toma, en lo que dure este caso te la dejo. —Aitor se levanta de la silla y se levanta la pernera del pantalón y se quita el arma tobillera, que es una pequeña pistola.

—Gracias, Aitor. —La cojo.

— Lleva las dos. ¿Vale?

—Vale.

La cojo, me la guardo, espero no tener que usarlas porque sinceramente os voy a contar un secreto, nunca tuve que usarla.

Respira, Elsa, todo saldrá bien.

NEAL

—Neal, una cosa. Sé que no te gustan las armas, pero tienes que aprender a usarlas. —Me quedo mirando a Elsa con el ceño fruncido.

—No, Aitor, me niego. Yo no uso armas —exclamó.

—Tienes que aprender, alguien tiene que ayudar a Elsa si la cosa se pone fea, no querrás que le pase algo… —Ahí le doy la razón, la miro y suspiro. No puedo permitir que le pase nada y, sin más, afirmo con la cabeza.

—Aitor, no te preocupes, me las sé arreglar yo sola, no hace falta. —Le mira a los ojos y le sonríe amablemente.

—¿Es necesario? —preguntó con cierto pesar—. ¿Me prometéis que es algo necesario? —pregunto mirándola porque solo pensar que le puede pasar algo me muero. ¡Joder! ¿Quién iba a decir que Elsa llegaría a gustarme tanto?

—No pasa nada Neal, me las sé arreglar sola.

—Pero… —Me quedo callado mirando al vacío, algo tengo que hacer.

—¿Pero...? —Me mira frunciendo levemente su ceño.

—No quiero que te pase nada. —Mi voz sale sincera, me mira callada y con los labios fruncidos unos segundos—. Yo me las sé arreglar muy bien sin armas, ¿cómo creéis que dure tanto en mi mundillo? Pero no puedo permitir que te pase algo —La miro de nuevo—. Aceptaré aprender a disparar, pero solo para protegerte, Elsa. Solo si la cosa se pone fea.

—Aitor. —Lo llama Elsa—. Solo una cosa más.

—Dime. —Se queda parada frente a Aitor con los brazos cruzados sobre su pecho.

—Yo seré quien proteja a Neal. —Determina segura de sí misma.

—Tendrás que ser la que proteja a Neal —repite Aitor mirando a un punto fijo—. Tendrás que estar con él las veinticuatro horas del día, recuerda que a ti ya te conocen cómo su novia.

—Pero yo tengo que venir a trabajar… —Aitor le chista para que se calle.

—¿Qué tienes que hacer aquí? ¿Papeleo?

—Sí. —Asiente.

—Se lo pasas a Ryan —dice—. Así no tendrías ni que venir.

—Gracias, Aitor.

—Además, piensa que, si solucionas el caso, el empujón que darías a tu carrera… podrías sustituirme a mí.

—Sí, lo sé, pero yo no lo hago por ascender. Bueno, sí, pero…

—No creo que quieras ser toda la vida agente, además, te metí en esto porque sé que quieres ascender. Ahora ya puedes marcharte y por favor tener muchísimo cuidado.

—Vale, muchas gracias por todo. —Elsa se levanta para irse, la sigo sabiendo que tengo que arreglar la situación.

—Neal, tú ven conmigo, te voy a enseñar a disparar por si acaso.

—He dicho que no hace falta. —Se para en seco y gira sobre sus talones para mirarnos a ambos.

—Elsa, sé que eres perfectamente capaz de protegeros a los dos, pero así me quedo un poco más tranquilo —dice Aitor en un tono más bien de súplica.

—Vale, cómo queráis. —Rueda los ojos—. Estaré en mi despacho.

—Vale, cuando termine con Neal te va a buscar y os marcháis.

—Vale —dice Elsa volviendo comenzar a andar.

—Tú de mientras pásale los papeles a Ryan y dile lo que tiene que hacer, ¿de acuerdo?

—Vale. —Veo cómo se va a buscar a Ryan, ¿son celos lo que siento? Creo que sí.

—Ven, Neal, vamos a la sala de tiro. —Me levanto nervioso, nunca pienso que cogería un arma.

—Neal, ¿pasa algo? Tienes cara de preocupado —me pregunta Aitor mientras se levanta y va para la puerta.

—No me pasa nada, solo son los nervios de aprender a disparar —le digo a modo de confesión.

—Ah, vale.

Vamos a la sala de tiro, Aitor me da un arma. No me gustan, pero hago tripas corazón por Elsa. Debo protegerla de lo que sea.

Me coloco los cascos y me pongo a disparar al papel que tengo delante, tengo que reconocer que las armas no me gustan nada, pero ¡joder! Cómo se quita tensión en la sala de tiro. Estamos cómo hora y media, Aitor me enseña todo. Yo aprendo rápido asique no tardó en cogerle el tranquillo. Cuando Aitor ve que lo controlo, decidimos salir y voy a buscar a Elsa a su despacho.

Llamo a la puerta con los nudillos.

—¿Sí? —preguntan desde dentro.

—Soy Neal, ¿puedo pasar? —digo, abriendo levemente la puerta.

—Claro, pasa.

Entro en el despacho.

—Ya he aprendido a disparar, espero no tener que hacerlo nunca.

—Espero que no. —Me mira sonriente —. ¿Dónde vamos a vivir mientras que esté en el caso?

—¿Qué está pensando esa cabecita tuya? —pregunta dulce y amable.

—Si te parece bien en mi ático —le contesto con una sonrisa cerrada.

—Vale. —La veo dudar—. Tengo que coger algunas cosas.

—¿Estás bien? ¿Te pasa algo? —pregunto con preocupación.

—No me pasa nada, estoy bien.

No, no lo está. Desde hace un rato no se comporta cómo yo la conozco. Vamos, cuéntamelo, quiero saberlo.

—Vale —digo paseando mi mirada por su despacho para evitar sus ojos—, pues vamos a coger tus cosas. Por cierto, coge todo lo que

tenéis sobre mí para veas que desde que te conozco no te he mentido.

—Ya lo he leído, no hace falta. ¿Nos vamos, Neal? —me pregunta.

—Ya lo sabes todo de mí. —Sonrío—. Siempre te he respondido con sinceridad. Y lo seguiré haciendo.

—Eso espero.

4. Confidencias

NEAL

Cogemos un taxi para ir al piso de Elsa, que está en el centro de la ciudad. El lugar a estas horas es animado, hay un montón de gente en las calles haciendo sus cosas. Miro por la ventana, parecen robots programados para hacer una sola tarea.

Llegamos al piso, es pequeño, pero bastante acogedor. La ayudo a recoger sus cosas y, una vez que tiene todo guardado, salimos y vamos a mi ático cruzando toda la ciudad apenas sin hablarnos. Llegamos a mi casa y noto a Elsa pensativa, ausente. Espero que no se arrepienta de nada lo que ha pasado porque yo no me arrepiento de nada. Aún sigo pensando que quiero conocerla mucho mejor.

—¿Dónde puedo dejar mis cosas, Neal? —me lo dice con una voz algo tímida, como si no supiera cómo actuar.

—Dónde quieras.

Mientras deja las cosas, abro una botella de vino, me echo una copa y me siento en la mesa de la cocina. Tengo que hablar con ella, no puedo perderla. Si queremos que esto funcione tenemos que ser sinceros en uno con el otro. No quiero que desconfíe de mí, me abriré a ella.

—¡Ven, siéntate, tienes preguntas que hacerme! —exclamo para que me oiga porque no sé en qué parte de la casa se encuentra.

—Pero tengo que colocar esto, ¿no? Que está todo por medio. —Oigo que dice desde el salón. Se escucha cómo saca cosas.

—Déjalo, ahora no es importante. —La verdad es que antes que nada quiero hablar con ella.

A los pocos minutos, veo que entra en la cocina. Estoy sentado en la isla de la cocina, allí dispongo de algunos taburetes. Yo estoy en uno de ellos, le señalo uno que está al lado mío Y ella se sienta

mientras me mira de soslayo.

—Dime, Neal —me dice apenas sin mirarme a los ojos y la cojo de la mano.

—Me preocupas, te demostraré que yo no te he mentido ni te he ocultado nada desde que te conocí ayer. Si no te fías de mí, esta relación no podría funcionar. —Mi voz es calmada, pero sincera.

—¿Relación? —Se remueve en el asiento, ¿acaso es tan malo tener una relación conmigo?

Joder, esta chica me confunde.

¿Quiere o no quiere estar conmigo?

—Laboral —digo seco, no entiendo qué quiere de mí, pero tengo que averiguarlo y de esta noche no pasa.

—Ah, perdona. Yo pensé… Bueno, ¿qué quieres decirme? —Las palabras le salen a trompicones, no quiero que esté nerviosa. Con ella soy muy feliz, aunque cueste creer que quiero estar con una policía. Quién iba a decir que ha Neal Cafreey le interesa una policía.

—Además, ayer… —Vamos díselo, sin miedo, Neal—. Lo que pasó aquí, después de cenar, yo no me arrepiento.

—Pues parece que sí, da la sensación que te importo una mierda.

¿En serio, nena? Que equivocadas estás.

—¿Por qué dices eso? —Intento estar lo más relajado posible y que al notarme así ella se relaje también.

—Porque me acabadas de decir que nuestra relación es laboral. No entiendo nada, de verdad.

Joder, bombón, tu cara me ha dicho lo contrario, me muero por tener algo contigo y mira que puedo tener a la que quiera, pero casualmente a la que quiero la tengo al lado mío.

—Porque no estaba seguro de que quisieras otra relación. Yo no solo quiero que tengamos una relación laboral —digo mirándola a los ojos.

Quiero estar a tu lado.

—No pasa nada, yo solo estaré a lo que me digáis porque me ocultas información del tío ese.

—¡¿Cómo?! —Me sorprendo al oírla decir eso.

Venga voy a contarte lo que quieras.

—¿El Escorpión? ¿Qué quieres saber? —Seré lo más sincero que pueda, aunque me joda a mí mismo, pero no quiero que se vaya de aquí.

—Ah, no sé, ¿por qué va a por ti? Deberías haberme dicho que es peligroso. —Ahí tiene razón, tenía que habérselo dicho, pero tenía miedo de que huyera de mí y no volverla a ver.

—Al principio no sabía que era él. Sí, tienes razón, al salir del bar te lo tenía que haber dicho. —Sus ojos no dejan de mirarme.

—Y ¿qué hablaste con Mozzy? —me pregunta seria.

¡Ahí está el problema! A ver cómo se lo digo…

—Que buscara al Escorpión, pero que tenga cuidado ya que puede ir a por él también. —En cierto modo eso le dije, no le estoy mintiendo del todo. Le sonrío y me mirade una forma un tanto rara, desconfiada.

—No —dice segura de sí misma—, le has dicho que sí al trabajo que te ofreció. ¿Verdad? —Elsa me mira con los ojos achinados.

¡Mierda!

Me habrá espiado.

—Al trabajo le dije que no, se lo dije delante tuya, cuando nos fuimos del bar. —La miro a los ojos—. Porque si quiero tener una relación seria contigo, no creo que salga bien si me metes en la cárcel —digo sin dudar, ni muerto entro de nuevo en una cárcel, ya bastante tuve con los cinco años que estuve.

—¿Tú crees que te metería en la cárcel? ¡Qué fuerte!

Eso me deja descolocado, es policía, ¿cómo no va a querer encerrar a uno de los mejores? Vamos pienso yo. Aunque con la cara que me está poniendo no sé la verdad.

—Es tu trabajo, ¿no? Además, nunca llegará la situación en la que me tengas que meter en la cárcel.

—Qué poco me conoces y cómo me mientes. —Su voz es dolida, debo creer más en ella, confiar. ¡Espera un momento! Si ya lo hago… Entonces ¿qué estás diciendo, Neal?

Eres bobo, la quieres, joder.

—¿En qué te estoy mintiendo? —pregunto con la frustración tiñendo mi voz —. Joder, nena, créeme. Tú dices que yo te conozco poco, pero, joder, tú no confías en mí.

—Te oí decir que te llamara por el trabajo, que estabas interesado. —Chasquea la lengua un tanto cabreada.

—Me estabas espiando —murmuro sorprendido.

—No te espié, en el Bar con Mozzy te oí, no estaba lo bastante lejos. ¿Ves? Y no he dicho nada. El que no confías eres tú de mí. —Tiene razón, podría haber hablado del bar donde está Mozzy porque lo quieren encerrado. Ese cabrón ha dado mucho dolor de cabeza a la policía. Bueno, seamos sinceros… los dos.

—Pero después de camino a la comisaría, lo pensé y le dije que no porque no quiero hacer nada que pueda joder esto. No te voy a mentir al principio dije que sí al trabajito.

—Lo sé —me dice sin dudarlo.

—Pero después me arrepentí de haber dicho que sí. De la que íbamos a la comisaría pensé en ti y en mí, no podía cagarla haciéndolo. ¿Qué más quieres saber?

Esa es la verdad, toda la verdad.

—¿En qué sentido pensaste en los dos? ¿Qué quieres de mí? —me

dice curiosa con esos ojazos marrones.

Son mi perdición.

—Pues pensé en los momentos que pasamos ayer. Estar aquí los dos, bebiendo un buen vino y hablando, de cómo nos había ido el día.

No quiero nada de ti, simplemente te quiero a ti.

—Suena bien, la verdad. Yo también te quiero Neal —pongo los ojos como platos, me acaba de decir que me quiere.

Joder, nena siento lo mismo por ti.

—Y quiero que te fíes de mí, que no me tengas que espiar para saber lo que digo o hago —digo mirándola.

—No te espié —me dice sincera, mirándome a los ojos—, lo escuché por casualidad. Lo mismo digo, Neal, confía en mí.

—No quiero que vayas a trabajar pensando en si ese día

entraré esposado por comisaría, ya te dije que hoy puedes hacerme todas las preguntas que quieras.

Venga bombón, no te cortes.

—Sé que has cambiado, ¿te importa que sea policía?

Me quedo atónito con su pregunta.

¡Mierda! ¡Piensa!

—Ahora no, antes si me hubiera importado, sobre todo, por si hubieras intentado sacarme información.

—¿Ahora no? —me pregunta sorprendida y la agarro de la mano.

Son tan suaves… ¡Madre mía!

—Ahora como si eres policía o profesora. Ni yo te quiero sacar información, ni tú me la vas a sacar a mí. Confío en ti —me mira.

Si, nena, me da lo mismo lo que seas.

—Eso mismo pienso yo, me da igual que seas un ladrón o que hayas estado en la cárcel. Pero yo no lo he tenido que pensar tanto. —Me mira con recelo.

—Lo sé, lo sé, tú no te lo pensaste tanto, cielo. Pero lo importante es que ahora pensamos igual, ¿no? —pregunto con una sonrisa de medio lado.

—Sí, lo pensamos, pero ¿y si cambias de parecer?

De eso nada, cuando quiero a alguien no me importa más que esa persona.

—¿En qué voy a cambiar de parecer? —pregunto con incredulidad.

—En que te canses de mí —responde como si nada, encogiéndose de hombros.

—¿Pero en qué tema voy a cambiar de parecer? —Mira al suelo, no se atreve a decírmelo.

Venga, sea lo que sea no me voy a enfadar.

—He leído que eres muy popular entre las tías, ¿y si se cruza una que te guste más que yo?

—Pues igual que a ti si se te cruza uno que te guste más que yo.

Ya te aseguro que eso no va a pasar, eres lo que quiero.

—Yo no soy tan popular, te lo aseguro. —Se ríe—. Si no mírame, no soy para tanto.

Lo hago, vaya si lo hago, te lo aseguro.

No sabes lo mucho que te quiero ¡Boba!

—Sí, es cierto, he estado con muchas mujeres. Es sabido por todos y no eres la primera a la he traigo aquí.

—¡Vaya! —exclama entre dolida, se lo noto en los ojos.

—Pero también es sabido por todos, que, si estoy en una relación seria con alguna solo tengo ojos para ella.

—Vaya. —Me sonríe subiendo un poco las comisuras de sus labios. Por fin, ya era hora—. Eso está bien.

—No me gusta que pienses que no eres para tanto, eres la única mujer a la que le queda bien el uniforme de poli. —Mi voz se vuelve dulce, cariñosa y veo que ella le gusta.

—Gracias. —Se ríe de mi comentario.

Como me gusta oírla reír, es música para mis oídos.

—Pregunta lo que quieras, estás viendo que estoy siendo totalmente sincero. —Asiente con la cabeza.

—Sí, lo estoy viendo, solo quiero que entiendas que soy tuya en todos los sentidos, nada más.

¡Dios, nena! Oírte decir que eres mía, me vuelvo loco.

Se me oscurecen los ojos y ella me lo nota.

—Y yo tuyo, quiero que te fíes de mí —digo acercándome a ella.

¡Qué bien huele!

Su perfume de Hugo Boss.

—Me fio de ti y no quiero que te pase nada, cuéntame todo por tu seguridad. —Se acerca a mí de forma provocativa.

¡Mmm! Me encanta.

—¿Sobre qué? ¿Del Escorpión? —respiro hondo—. En el pasado hice algún trabajo con él, pero en el último, en Escocia, robando en un castillo nos pillaron, yo pude escapar y él no. Piensa que le deje tirado.

—¡Buff! Eso es complicado, te odiara y también a los que te rodean.

Lo sé, por eso temo que sea él.

—Se comió cuatro años hasta que se escapó de una cárcel de máxima seguridad, pero no sabía nada de él desde entonces. ¿A qué te refieres con los que me rodean? —Eso no lo había pensado.

—Claro—dice ella —puede atacar a tu familia, sabe que por

ahí puede hacerte daño.

—No tengo familia —digo mirándola para ver su reacción.

—¿No tienes familia? Lo siento.

—Tranquila hace ya muchísimo.

—A mi padre lo mataron y mi madre desapareció. Me críe con mi abuela.

El recuerdo de mi abuela hace que me remueva en mi asiento, la verdad es que esa mujer me trató muy bien, era un hijo para ella y para mí la madre que nunca he tenido.

—¿Qué? No lo sabía, lo siento. ¿No sabes nada de tu madre? —pregunta con curiosidad.

—No pasa nada, tranquila.

—Entonces, no tendrás problemas. Si no quieres a nadie, no podrá ir a por ellos —aclara.

—Eso es, como no tengo a nadie estoy tranquilo y tú te sabes cuidar —le confieso.

—Vaya. —Chasquea la lengua—. Da pena que no quieras a nadie.

—Ahora sí, quiero a una persona. —La miro, le beso en la mejilla.

A ti boba, te quiero a ti.

—Bueno, dejemos de tristezas no, ¿¡ah sí!? —Veo que se levanta, se acerca a mí y me da un beso—. Yo también te quiero bobo.

—Podría ir a por Mozzy, pero Heiden no tiene medios ni se atreve a meterse con él. —En el fondo es un cagado con Mozzy, sé que no duraría ni un segundo en matar a ese capullo del Escorpión.

—Pues deberíamos tenerlo vigilado, por si las moscas. —No puedo evitar reírme.

—Que tengas suerte —le digo sin dejar de reír como un loco, es que nena menudo chiste me has contado.

—¡¿Que tenga suerte?! —exclama

—En poner vigilancia a Mozzy.

Ay, bombón, que inocente eres, ese se sabe todas.

—Seamos nosotros —dice, sorprendiéndome.

—Nos descubriría a los dos 3 minutos y desaparecería. Heiden tiene miedo a Mozzy. No se atreverá a hacerle nada. —La miro—. Te voy a contar un secreto y no se lo digas a nadie.

—Claro —me dice mirándome curiosa.

—¿Sabes por qué el Escorpión no se atreve con Mozzy?

Porque ofreció cinco millones de euros a todos los asesinos a sueldo para que le encontraran y el primero que mate Al Escorpión se los lleva, por eso no se atreve con Mozzy. Por eso pensamos que había desaparecido.

—Normal, pero aun así, debemos tener cuidado. —Sí, la verdad es que tenemos que estar alerta, sé cómo actúa este cabrón y sé que lo hará cuando menos lo esperes.

—Mejor si no va a por Mozzy, menos de lo que tenemos que preocuparnos y a por Rukus es evidente porque no va a ir —le digo dándole un beso para tranquilizarla.

—Bueno, pues me da miedo lo que pueda hacerte —me dice

realmente asustada y preocupada, lo sé, porque se lo noto en la mirada.

—Me da que ni sabe que estoy fuera.

—Espero que sea así. —Y yo, no quiero enfrentarme a él.

—Creo que sí, pero, aun así, hay que cogerle y que no se entere que yo estoy ayudando.

—No soportaría que te hicieran daño —me dice dándome un abrazo.

—No me va a pasar nada, tranquila. —La abrazo—. Pero lo que si te digo es que yo no puedo estar presente en la detención, ni testificar en el juicio.

—Lo sé, no lo estarás, estaría yo. Tranquilo.

—Porque entonces él me mata. Aunque Mozzy haya puesto precio a su cabeza, ya me quiere matar porque piensa que fue culpa mía que fuera a la cárcel, como para meterle de verdad.

—Me da miedo por ti, en serio deberías dejar esto, no soportaría que te pasara algo.

—¿Dejar el qué, cielo?

—El caso.

—Aunque lo deje, si quiere venir a por mí, va a venir igual. —Ese no para si quiere hacerlo, te aseguro que lo intentara como mínimo.

—Tienes razón.

—Solo le pillaremos si yo os ayudo, no ves que casi era como él.

—Solo, prométeme que no te arriesgarás por nadie. —Me mira muy asustada.

—Solo me arriesgaré si tú estás en peligro.

Eso es lo que siento y así será, nadie te hará daño.

Me da un beso, se lo devuelvo mientras la rodeo con mis brazos, nunca dejará que te pase nada, te lo prometo.

—Te quiero —murmura mirándome a los ojos.

—Y yo a ti, por ahora creo que será mejor no decírselo a Aitor, aunque creo que se huele algo.

Es muy observador, pero en el fondo sé que le tiene mucho cariño a Elsa.

—Será lo mejor, pero la verdad me da igual que la gente sepa que te quiero.

En eso pienso como tú.

—A mí también. Ni tengo, ni quiero, esconder que estamos juntos.

—Tienes razón, ¿tú quieres saber algo de mí? Pregúntame lo que quieras —me dice ella.

—Lo que me interesa saber de ti, ya lo sé.

—¿Ah sí? —Me mira con picardía—. ¿No quieres saber nada más? —Elsa se me acerca insinuándose.

—No, sé que estás conmigo y que quieres estar conmigo. Con eso

me basta. —La beso con amor—. Cuando pase todo este lío, quedamos con Aitor y la mujer a cenar, para decírselo.

—Me parece perfecto.

—No hablemos más de mi pasado, ¿vale? Ahora estamos tú y yo que es lo que importa.

ELSA

—¿Quieres ir a cenar, amor? —Le sonrío.

Ahora que tenemos todo aclarado, no puedo ser más feliz, nunca había sentido esto por nadie y pensar que es un delincuente… me da igual, esta vez seguiré a mi corazón.

—Sí, vamos a cenar ahora solo me interesa nuestro presente.

De repente, me doy cuenta que inconscientemente ¡le he llamado amor! Espero que le guste que le llame así porque para mí lo es. Mi amor… qué bien suena, ¿verdad?

—Ups, no sé si te gusta que te llame así. —Le saco la lengua—. Es broma —digo para disimular.

—¿Qué me llames cómo? —pregunta levantando una ceja y sonriendo.

—Amor.

—Si me lo llamas tú me encanta.

—Me voy a la ducha, ¿vale? Y salimos a cenar. —Sonrío, soy muy feliz al lado de este hombre.

—Vale amor, aquí te espero. —Al oírle decir esa palabra, mi corazón ha dado un brinco.

Me gusta que me llame así, y llamarlo yo. Es algo inexplicable, alocado. Pero es lo que siento.

—¿Te quieres venir? —Me voy meneando las caderas sensualmente.

—Recojo esto y voy, ¿vale? —Me mira con ojos de pícaro, noto como me desea y eso me vuelve loca.

Entro al baño, me desnudo, me pongo el agua a mi gusto y empiezo a ducharme. Cuando estoy contenta suelo cantar y en este momento lo estoy, así que canto *Ahora tú* de *Malú*.

♪ Antes de ti, no.
Yo no creía en Romeos, Julietas, muriendo de amor
Esos dramas no me robaban la calma, pero la historia cambió.
Pero esta historia me cambió.
Dicen que se sabe si un amor es verdadero,
cuando duele tanto como dientes en el alma
Dicen que lo nuestro es tan sólo pasajero,
pero que sabe la gente lo que siento cuando callan.
Y ahora tú.
Llegaste a mí, amor

Y sin más cuentos apuntas directo en medio del alma.
Ahora tú.
Llegaste a mí, oh no.
Sin previo aviso, sin un permiso, como si nada.
Ahora tú ♪

Mientras en la cocina, oigo como Neal está recogiendo y escucho que su móvil suena. ¿Quién será? No le oigo hablar. ¡Qué raro! De repente, oigo en la puerta:

—¿Hay sitio para uno más? —pregunta con la voz ronca.

—Claro, pasa.

Noto cómo se queda embobado, cuando entra y me ve desnuda en la ducha. Sus ojos azules han perdido ese color claro y se han vuelto oscuros.

—¿Qué pasa, amor?

—Madre mía, ¡qué buena estás! —exclama mientras se desnuda para entrar sin dejar de mirarme en ningún momento.

—Pues soy tuya. —Le miro cómo se desnuda y me muerdo el labio.

—Lo sé. —Neal afirma entrando y agarrándome por la espalda. Me besa el cuello.

—No me cansaré de verte —ronronea mientras su cuerpo se pega al mío.

Me besa, me lame el cuello y agarra mi pecho. Me arrimo a él y le muerdo el cuello.

—Cómo me pones —jadea.

Cojo una esponja, lavo su cuerpo entero y se lo aclaro. Él se deja hacer. ¡Dios tiene un cuerpo de un mismísimo Dios del Olimpo! Mientras lo hago, noto cómo su erección va creciendo.

—¿Qué es esto, amor? —Agarro su miembro.

—Algo que seguro te va a gustar mucho —me lo dice al oído roncamente.

—Eso seguro.

Sin dudarlo, empiezo a masturbarlo poco a poco. Él me acaricia todo el cuerpo hasta llegar a mi entrepierna.

—Me vuelves loca —murmuro con la voz entrecortada.

No puedo reprimir un gemido de placer. Cuando noto como empieza a jugar con su dedo en mi clítoris, le beso mientras le masturbo con más velocidad, el introduce un dedo y no puedo evitar gemir.

—Sí, nena —ronronea en mi oído.

Acelera más su mano y mete dos dedos dentro de mí, pero con la otra mano sigue en mi clítoris. No dejo de masturbarlo mientras le muerdo el cuello.

—¡Dios, sí! ¡Sigue así! —Oigo que dice enloquecido.

—¡Sí, hazme tuya! —exclamo gimiendo, retorciéndome de placer.

Me besa y aprovecha para ponerse enfrente de mí. Me levanta una pierna y empieza a meter su miembro poco a poco. Gimo al notar como entra en mí. Neal empieza a moverse suavemente, cada vez está más dentro de mí y, poco a poco, sube la velocidad.

—Sí, no pares —digo mordiéndome el labio inferior.

Tomándome por sorpresa, enloquecida ante sus embestidas, Neal me agarra y me levanta haciendo que su miembro entre mucho más furioso en mí.

—Ahhh Dios, ¡qué bien lo haces! —No puedo evitar entregarme a este hombre.

—¿De verdad te gusta? —me pregunta, mientras la mete cada vez más fuerte dentro de mí.

—¡Sí! Me encanta —gimo.

Cada vez noto más fuerte sus movimientos, como desesperado de mí y más profundo. Empiezo a temblar porque se aproxima el clímax. Nos movemos como dos verdaderos locos, amándonos, entregándonos como si no hubiera un mañana.

Llegamos al clímax los dos a la vez, se quedamos extasiados y jadeando.

—¡Dios! Joder, me has dejado seco, amor —me dice entrecortadamente, besándome.

—Es bueno ¿no? —le doy un beso.

—Muy bueno, ¿volvamos a ducharnos? —pregunta riendo.

—Menos mal que ya estamos en la ducha. —Me rio.

Me acerco a él, le besó y le digo al oído:

—Te quiero.

—Y yo a ti, cielo, desde que te vi ayer en la sala de interrogatorios —me confiesa él.

—Mira qué hora es, madre mía, ya no podemos ir a cenar.

—Pues cenamos aquí que seguro que algo tendré en la nevera.

—Claro que sí, amor —respondo.

Terminamos de ducharnos, él sale a secarse y le sigo. Empiezo a secarme con la toalla, cuando noto cómo me mira. La verdad es que yo tampoco puedo dejar de mirar su cuerpo.

Le saco la lengua.

¡No me mires así! No puedo controlarme.

Neal me guiña el ojo y me da un beso y, para picarlo, muevo mi culo sensualmente, riéndome picara.

—¡Qué culazo! —comenta mientras se muerde el labio.

Le miro.

—Voy a ver qué hay de cena, ¿me dejas una camiseta tuya o voy a estar todo el rato desnuda?

—A mí no me importa que estés desnuda. Tú eliges.

—Que pillín que eres.

—Creo que mejor te doy una camiseta por si te me pones mala —comenta divertido.

—Vale.

Me da una de sus camisetas, me mira de arriba abajo y sonríe.

—Te queda mejor que a mí —afirma, guiñándome el ojo.

—Gracias por la camiseta. —Nos besamos—. Voy a ver que hay en la nevera ¿vale? —digo.

Voy a la cocina, miro en la nevera y veo que hay huevos y patatas. Me pongo a cocinar mientras bailo y canto. Aparece Neal aún con el torso desnudo.

—Qué bien huele eso, ¿qué estás preparando?

—Una tortilla, ¿te gusta? —le pregunto.

—¿De patata? —me pregunta ilusionado.

—Tortilla de patata, claro—respondo riendo por lo bajo.

—Me encanta.

Pongo la mesa súper feliz.

—Amor, ¿qué quieres beber? ¿Un vino? —pregunto.

—Una cosa, ¿me vas a cuidar siempre así? Comidita, vinito y casi a mesa puesta…

—Anda, ¿qué pasa? Para mi ladroncillo, lo que sea. —Le saco la lengua picarona.

—Pues cuidándome así no vuelvo a delinquir en la vida, vas a tener ladrón para rato.

NEAL

Antes de empezar a cenar, recuerdo que antes de ir a la ducha

con Elsa sonó mi móvil. ¡Vaya cabeza! Lo cojo y veo una llamada de Mozzy, ¡seguro que es por el trabajito! Miro a Elsa, joder, se lo prometí así que le escribo un mensaje.

Mozzy

Mozzy lo del trabajo olvídalo,
ahora estoy demasiado vigilado

por culpa del robo de hace unos días.
22:00

Dejo el móvil y miro a la preciosidad que tengo delante, aún no me creo que haya sido mía.

¡Joder, que escándalo de mujer!

Veo que me mira.

—Espero que no vuelvas, si no las esposas hacen milagros.

—¿Qué me quieres poner las esposas? —pregunto con voz sensual, veo que se muerde el labio. Eso gesto hace que pierda el control.

Para nena o tendré que poseerte aquí mismo.

—Yo con lo santa que soy… ¡Por Dios, Sr Cafreey! —Elsa Termina de poner la mesa—. Venga, amor, a cenar.

—Vale, ¿sabes que tardo menos en quitarme las esposas que tú en ponérmelas?

—Ah, ¿sí? Eso tengo verlo, pero antes cenamos ¿no? —me dice felizmente.

—Vale, vamos a probar esa tortillita que me ha hecho mi policía favorita.

—Prueba ver si te gusta. —Me mira y espera que la pruebe.

Cojo un cuchillo, corto un trozo de tortilla, lo pruebo, mastico y lo trago.

¡Guau que rica, se deshace en la boca!

—Amor, está muy buena.

—¡Gracias! —exclama.

Nos ponemos a comer y veo que coge la copa del vino.

—¡Salud, amor! —Le da un trago de vino.

—¡Salud! ¿Te gusta el vino?

—Sí, está buenísimo.

—¿A la tortilla le pusiste cebolla?

—No encontré —me confiesa.

—¡Joder! Pues aún sin cebolla está buenísima, se me deshace en la boca. ¡Me encanta! —La cojo de la mano por encima de la mesa—. Creo que te has confundido de profesión.

—¿Por qué dices eso? —Se ríe.

—Te tenías que haber hecho cocinera y no madera. ¡Perdón, cielo! Policía.

—Así que *madera.* —Levanta una ceja—, verás cuando te pille…

—Porque cocinando así te prometo por el traje que más quiero que no vuelvo a robar nada, excepto tus besos. ¿Qué me vas hacer cuando me pilles?

—Veríamos si puedes quitarte las esposas. —Veo que sonríe.

—¿No me crees? —Junto las manos—. Toma espósame.

—Veremos.

Se levanta y va a por ellas y me esposa.

Cojo el cuchillo con el que corte el trozo de tortilla, y con la punta fuerzo la cerradura, me suelto una mano.

—¿Ves? Quitadas.

—¿Qué? —pregunta con la boca abierta.

—Y eso que he tardado porque el cuchillo es algo gordo, con la patilla de unas gafas tardo menos. —Me vuelve a poner las esposas y me quita el cuchillo.

—A ver ahora... —comenta retándome.

—¿Segura?

—Sí —afirma. De mi pelo saco una horquilla, la estiro y abro las esposas tardando aún menos que con el cuchillo.

—Otra vez me las he quitado. —Me río.

—¿Llevas una horquilla? —pregunta sorprendida.

—Por si me esposan y no tengo objetos.

Trucos nena, trucos.

—Eso es trampa —me reprocha.

—Si no puedo coger las llaves algo tendré que hacer, ¿quieres que me las quite sin usar ningún objeto?

—¿¡Podrías!? —me pregunta sorprendida.

—Sí.

Me las pone de nuevo mirándome a los ojos.

—Pero tardaré algo más. —Empiezo a respirar fuerte y a concentrarme, pongo una mano encima de la otra.

—No te hagas daño —dice tragando saliva.

Me desencajo el dedo gordo, al hacerlo pongo un claro gesto de dolor. Poco a poco voy deslizando la esposa cerrada por la mano.

—¿Qué haces? Para, para. —Oigo que me dice asustada.

Al sacar la mano, se ve algún arañazo y algo de sangre, coloco el dedo y emito un ruido claramente de dolor. Ella va corriendo hacia mí con cara de preocupación.

—Ves, ya está. —digo con cara de dolor.

—¿Estás bien? No lo vuelvas hacer.

—Sí, te dije que me las quitaba sin objetos.

—Déjame ver tú mano —dice, exigente.

—No te preocupes ¿vale? —Le sonrío para quitarle hierro al asunto.

—No te vuelvo a retar nunca….

La doy la mano, está un poco hinchada por donde el dedo y unos pequeños arañazos con alguna gota de sangre.

—¡Dios! Ven que te curo —dice un tanto alarmada.

—No es nada, tráeme un poco de hielo.

Ella va corriendo a por el hielo a la cocina y le lo pone en mí mano. Es tan buena conmigo… en el fondo eso me gusta.

—Estoy bien, tranquila que no soy de porcelana. Está un poco hinchado, pero bien. —La miro—. ¿Ves porque siempre llevo gafas de sol? Objetos de la vida cotidiana, aunque no me vaya hacer falta.

—Que pillín que eres.

—¿Por qué crees que tardaron tanto en cogerme? Es más, si hubiera querido me hubiera podido escapar de la cárcel.

Soy uno de los mejores, nena.

—Menos mal que no lo has hecho.

—Ya, porque si me hubiera escapado no te hubiera conocido. Y ahora estaría en algún paraíso fiscal, sin tratado de extradición —La beso—. Pero te juro que ahora solo quiero estar aquí contigo.

—Lo sé amor y yo contigo.

Nos abrazamos con mucho cariño.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué te quedas callada?

—Nada, nada, solo te miraba.

—¿Sabes? —digo muy serio.

—¿Qué?

—Creo que no te merezco, eres demasiado buena para mí.

Yo te traeré muchos problemas, pero no puedo alejarme de ti.

—¿Por qué dices eso? —pregunta.

—Creo que eres demasiado buena para mí.

—No digas eso.

—Creo que sí, pero haré lo imposible por ser casi tan bueno contigo como tu conmigo.

—No digas eso que eres lo mejor que me ha pasado.

—Yo lo mejor que te ha pasado… ¡Joder como serían tus novios anteriores!

—Unos imbéciles —me responde firmemente.

—¡Joder! ¿Sabes que tengo una lista de antecedentes más larga que el camino de Santiago de Compostela?

—Eso no me importa —dice.

—Lo sé —le sonrío.

—Pues ya está, que no te vuelva a oír decir eso.

—Vale, y tú no digas que eres poco para mí, ¿vale? Eres una de las mujeres más guapas con las que he estado.

—Gracias, amor.

—A ti por ser tan buena conmigo y por cocinar tan bien. —Me rio.

La beso con pasión y cariño, la abrazo con ternura.

—¿Quieres que vayamos a dormir, cielo? Mañana puede ser un día duro.

—Sí, vamos.

—Toda la noche junto a ti… que bien suena. —comento con la voz seductora.

—Suena genial, vamos a la cama.

Nena no me provoques que no respondo.

—Claro.

Vamos a la habitación y nos acostamos, hablamos un rato. Ella se queda dormida en mis brazos con la cabeza apoyada en mi pecho.

5. Almacén

ELSA

Me despierto con los brazos de Neal rodeándome, no puedo evitar mirarlo e inconscientemente, veo que mueve la nariz. Se la beso y bajo a sus labios para besarlo también. Mueve la cabeza como apartándome.

—Amor, despierta.

—¿Qué pasa? —pregunta un poco adormilado aún.

—Nada, tenemos que levantarnos, amor.

—¡Jooo! Cinco minutos más. —Se da la vuelta y se tapa de nuevo.

—Eh, vamos dormilón. —Le hago cosquillas, él emite un ruido como de ronquido, claramente lo está fingiendo.

¡Será posible!

—Vamos, amor, despierta.

—Vale. —Se gira y me besa—. Quiero que siempre me despiertes con un beso —murmura con voz de sueño y bostezando.

—Hecho. —Vuelvo a hacerle cosquillas, se retuerce y ríe.

—¡Para! —exclama riendo—. Que si no te esposo y tú no sabes quitártelas —me dice juguetón.

—Eh, yo no sé, no seas malo.

—Ven, tontorrona. —Nos abrazamos—. Ya que ayer hiciste la cena hoy hago yo el desayuno, ¿vale?

—Como quieras, amor. —Le doy un pico.

—Pues a ello voy. —Veo que se levanta y va a la cocina, al rato me dice—. Amor, ¿qué te parece si te invito a desayunar?

—Claro, vamos. —Me levanto deprisa y me miro al espejo, veo en el reflejo que no puedo dejar de tener una sonrisa de boba.

—No tengo nada para desayunar, ni un mísero café —murmura a modo de disculpa.

Nos arreglamos los dos, él elegante como siempre y yo más sencilla. Pero hoy estoy muy feliz y no para pensar en algo más.

Salimos por la puerta agarrados de la mano, le beso antes de salir y él me dice al oído que me quiere.

—¿Dónde vamos? —le pregunto con curiosidad.

—Café y donuts, como una buena policía. —Neal me sonríe sin enseñar los dientes.

—Me parece bien. —Antes de ir más lejos, me toco la tobillera —. La tengo, vamos.

De repente, me acuerdo de un bar que pone unos desayunos increíbles, es un sitio tranquilo y estoy segura de que allí desayunaremos bien.

—Vamos a un bar que conozco, ponen buenos desayunos —digo—, ¿conduces tú o yo?

—Yo —dice contento y sonriendo.

—Vale, vamos.

Entramos en la carretera y apenas hay tráfico, le dirijo mirándole de vez en cuando de soslayo. Pasamos por varias manzanas, se pone un semáforo en rojo y aprovechamos para besarnos. Llegamos al bar, es una cafetería pequeña. Afuera tiene un enorme cartel en rojo donde pone el nombre *Cafetería Luisi*.

—Mira qué suerte, tenemos sitio ahí delante. —Aparca y entramos.

Los camareros me saludan, Neal se fija en que me comen con la mirada. Tanto Neal como los camareros se miran de una forma rara, como si fuera un maldito concurso de a ver quién desvía antes los ojos.

¿Acaso tiene celos?

Nos ponen los desayunos y, de repente, noto como Neal empieza a mirar a todos lados.

—¿Qué pasa, ocurre algo? —Miro también para todos lados de una forma nerviosa.

—Nada, nada, es de formación profesional. Estoy mirando

las vías de escape para después de cometer el robo —dice seriamente.

¿Lo está diciendo en serio? ¡Estará de coña!

—No me asustes, ¡eh! —le digo con los ojos abiertos —. Neal, ni de coña.

—Tranquila. —Se ríe —. Que no voy a robar nada más. Mi último robo fue tu corazón.

—Cuídalo bien —le digo sonriéndole.

—Por supuesto, no lo dudes ni un segundo.

—¿Qué hay planeado para hoy? —le pregunto después de comer un poco—. Tú me dirás. ¿Volvemos al bar a ver si saben algo del Escorpión? ¿O a dónde quieres ir? —pregunto bebiendo un poco de

café.

—No sé. —Se queda pensativo.

—Vaya, a ti te pasa algo…

—Al bar prefiero ir yo solo, es más seguro. —Neal se cruza de brazos y suspira—. Pero no quiero que empieces a desconfiar de mí.

Que vaya solo, aunque tengo miedo, debo confiar en él.

—No desconfío, pero sabes que tengo que ir contigo. Esa fue la condición y no quiero que te pase nada —digo preocupada.

—En el bar es probable que te pase a ti algo si descubren que eres policía. Pero no quiero ir solo, para que veas que no tengo nada que ocultar.

—Yo confío en ti, si quieres ir solo ve, así puedo ir a mi casa y recoger algo de ropa. —Con cuidado me saco la pistola y se la doy con disimulo—. Llévate la pistola, sino no vas tú solo.

—¿Seguro que no te importa? —Niego con la cabeza.

—¿Llevarás la pistola, por favor? Así me quedo mucho más tranquila.

—Sí, pero quiero saber si te importa —dice mirándome.

—Confío en ti, espero que sepas lo que haces.

—Por supuesto, aparte de preguntar por el Escorpión voy a hacer otra cosa —murmura.

—¿El qué? —pregunto con curiosidad.

—Decirle que me voy a hacer legal —dice tomándome por sorpresa.

—¡¿Qué?! ¡¿Cómo, cómo?! —pregunto.

—Que por ti me voy hacer legal, a buscar un trabajo digno, a pagar impuestos y todo lo que tú llevas haciendo toda la vida.

—¿Por mí? No quiero que seas otra persona, yo te quiero tal como eres —digo sincera, no hace falta que cambie por mí, ya le dije que me da igual su pasado.

—Lo sé, pero quiero cambiar y así me aseguro de no volver a caer en mi antigua vida.

—No lo hagas por mí, ¿vale? Solo hazlo porque tú quieras cambiar si así te sientes mejor.

—Sobre todo lo hago por mí, en parte por ti, para que estés tranquila. Te quiero. —Me besa suavemente.

—Y yo a ti amor. Entonces ¿cuándo vas al bar? —le pregunto nerviosa.

—Ahora, en un rato, toma. —Me da unas llaves de su casa, las miro algo extrañada.

—No, tranquilo voy a la mía. No te preocupes.

—No es por eso. Es quiero que te mudes definitivamente. —Abro los ojos como platos.

Elsa, céntrate, te está pidiendo que vivas con él. No seas boba, dile que

sí.

—¡¿Qué viva contigo?! ¿De verdad? —Mi corazón no puede saltar más de alegría en este momento.

—Sí, quiero que estés conmigo. —Me besa.

—Te adoro, pero ¿no será mejor que me haga una copia y esta te la lleves tú?

—Esa es la copia.

Sí que lo tenías pensado, jodío. Me encanta que hagas planes de futuro conmigo. Este chico malo en el fondo es un trocito de pan, pienso.

—Gracias. —Le beso con todo el amor que tiene ahora mi corazón.

—Disculpa que lo haya ocultado.

—No pasa nada, me ha gustado la sorpresa —le digo alegre y súper contenta. Voy a vivir con el chico más guapo del mundo que más quiero.

—Pues hay otra que ya te daré.

—¡¿Otra?! —Este chico no me deja de sorprender.

—Sí. —Veo que su risa es picarona, yo le miro y le sonrío.

—¿Tienes más casas? —le pregunto riendo.

—Sí, es otra casa. —Se ríe.

—¿Entonces? —Mi curiosidad aumenta.

Vamos cariño dímelo, no te hagas de rogar.

—Ya la verás. —Saco mis armas y pongo cara triste a ver si funciona, pero veo que no.

—Vale, no insisto, ten cuidado por favor. ¿Vale?

—Sí, tranquila, me voy, ya te llamo cuando salga, ¿vale?

—Vale. —Él se levanta me da un beso y se marcha—. ¡Ehhh, espera! —Le llamo, salgo corriendo.

—Dime. —Se para y se gira.

—La pistola. —Se la doy sin que nadie la vea—. Adiós, ten cuidado —. Le beso.

—Sí, tranquila amor.

Veo cómo se va alejando, no puedo evitar que mi cabeza y mi corazón piensen lo mismo.

Te amo.

Le amo.

NEAL

Me dirijo al bar caminando, antes de entrar llamo por teléfono a Elsa.

¿Será posible que ya la echo de menos?

—Dime amor.

—Nada, solo que te echo de menos —dice.

—¡Oh! Yo también, ¿ya estás allí?

—Sí, estoy llegando, ¿y tú ya estás en casa?

—*Sí, también casi llegando, ¿estás bien? Te noto muy callado* —murmura preocupada.

—Sí, solo es que me preocupa lo que llevo en el bolsillo.

—*Tranquilo amor, ¿quieres que vaya?* —me pregunta.

—No, no, vete a tu casa y haz lo que tengas que hacer, coge lo necesario para ir a la mía.

—*Vale, lo haré.*

—Un beso, te quiero.

—*Un beso amor.*

Entro en el bar y saludo a Rukus, que se alegra de volver a verme. Le pregunto por Mozzy.

—Está dentro, pasa tío —me dice contento, veo que ha tenido buen día. Esto está tranquilo así que se puede relajar.

—Gracias tío, tómate algo que vengo ahora y me lo tomo contigo, ¿vale?

—Vale, hecho tío —dice girándose para irse a la barra, sonrío.

En el fondo es un gran tío, bestia y grande, pero con gran corazón con los que él quiere. Yo personalmente no me metería con él, por suerte estoy en el bando de los que quiere. Siento lo mismo por él, le tengo mucho aprecio.

Entro donde está Mozzy.

—Hola, hermano —me dice sonriente.

—Hola, tío, oye, ¿sabes algo del Escorpión? —le pregunto.

—Sí, tío —dice—. Anda por aquí, lo han visto y sabe que estás fuera. Ten cuidado, se ha vuelto muy peligroso —me avisa —. Estoy seguro que fue él el del robo.

—Me lo imaginaba, quiere meterme en chirona. Intentó colocarme a mí el robo. Oye, ¿aún sigue en pie lo del precio de su cabeza? El que pusiste de cinco millones de euros —pregunto pensativo tocándome la barbilla.

—Sí, claro, ¿por qué?

—Porque puede que sea mi póliza para que no me mate.

—¿Tu póliza? ¿Y eso? —Mozzy frunce el ceño—. Explícate —dice curioso Mozzy.

—Si me mata, ¿te vas a quedar sin hacer nada? —pregunto sorprendido.

—Claro que no hermano, sabes que no. —No me esperaba otra respuesta.

—Por eso, puede ser mi póliza. ¿Me entiendes ahora? —Mozzy se queda unos segundos pensando, pero noto que le cambia la cara, eso significa que lo ha pillado.

—Claro que sí, pero aun así ten cuidado.

—Tenemos que poner a gente a buscarlo, que lo maten de una vez por todas —digo rotundo, quiero acabar ya con esto.

—Sí, pero no hay manera de encontrarlo. El muy cabrón sabe esconderse. —Noto su enfado.

—Subimos la recompensa, yo pago la mitad. Esta es nuestra ciudad, ese cabrón tiene que estar en algún sitio —bramo.

—Sí, lo es, pero ¿cómo lo hacemos?

—No lo sé. —Me quedo pensativo.

—Daré la orden de que vuelvan a peinar la ciudad, a ver si le encontramos —dice Mozzy.

—Vale, ten cuidado, ya sabes que no eres santo de su devoción.

—Lo sé, tranquilo.

—Si se ha vuelto tan peligroso, igual también va a por ti Mozzy. —Me mira, sé que me va hacer algo que no me va a gustar.

—Va por ti y a por tu bella novia, se oye por ahí así que cuidado que es un cabrón.

—¡¿Cómo?! ¿Qué va a por mi chica? —pregunto enfadado dando un golpe a la mesa.

—Eso se ha oído, sabe que por ahí te hará daño —me mira tocándome el hombro para calmarme y que sepa que está conmigo —. Tranquilo, hermano.

—Ya sé cómo encontrarle —digo de repente.

—¿Cómo? —me pregunta atento Mozzy.

—Voy a dejar que venga a por mí.

—Tú estás mal de la cabeza —murmura.

—Y lo mataré —digo sacando la pistola, Mozzy se remueve en su asiento.

—¿Qué haces con eso? —Noto que se asusta.

—Que venga a por mí, vale, pero a mi chica no la toca.

—Pero, tío, guarda eso… solo son rumores. —Mozzy no deja de mirar a la pistola.

—No, tío, voy a terminar con los rumores de una vez por todas.

—Yo te ayudo, estaré contigo. No te dejaré solo —dice él.

—A las 17:00 en tu almacén del puerto, lleva a todo aquel que odie al Escorpión.

—Ok, ¿iras tú solo? —me pregunta.

—¿Qué insinúas, Mozzy? Hace mucho que te conozco.

—¿Que si vas a ir con Katherine? —Por un momento me quedo pensando en ella, en Elsa —. No insinuaba nada de eso.

—No, voy a esconderla en alguno de mis pisos francos —confieso.

—Vale, creo que es una buena idea.

—Llama a todos, a las 17:00 en tu almacén, voy a avisar a Rukus que seguro que se apunta.

—Vale, tranquilo. Nos vemos allí, hermano.

—Por cierto, esto es lo último ilegal que hago, voy a pasarme al otro bando. Ya sabes, a la otra acera.

—¿Te vas a hacer gay, Neal? —Ríe Mozzy —. Es broma, hombre. Con el dineral que ganas…

—Lo sé, pero no quiero volver ahí dentro. —Eso lo tengo muy claro.

—Lo entiendo.

—Pero seguiremos quedando para tomar esos vinos que tanto nos gustan —digo sincero.

¡No puedo creer que se lo tome tan bien!

—Que me jubile no significa que vaya a perder todas mis buenas amistades —le aseguro.

—Claro que sí, eres mi hermano.

—Gracias, tío, cuídate.

—De nada, tú también cuídate. Nos vemos a las 17:00, hermano —me contesta Mozzy.

Salgo pensando, pronto se acabará todo esto de una vez. Busco a Rukus y le veo en la barra.

—Aquí estoy, tío.

—Hola, ¿todo bien?

—Sí, tengo que hablar contigo.

—Dime ¿qué pasa? —me pregunta.

—¿Te acuerdas del Escorpión? —Veo como Rukus se pone tenso.

—Claro que sí. —Noto que su cara cambia por completo, la furia le invade.

—Pues he hablado con Mozzy, vamos a poner a gente a buscarlo para matarlo.

—Ah, ¿sí? —me dice con brillo en los ojos.

—Y pensé que igual quieres ayudar —comento.

—Claro que sí —afirma de inmediato.

—¿Sigues teniendo contactos en la mafia?

—Si, además me deben un gran favor. —Por dentro estoy que aún no me creo esto.

—Pues... ya te lo pueden devolver —digo—. A las 17:00 en el almacén de Mozzy, el del puerto, llámalos y díselo.

—Perfecto.

—Si se te ocurre algún puto descerebrado más llámalo.

—Entendido.

—Voy a poner la ciudad patas arriba para localizar y matar a ese tío, conmigo vale, pero con mi chica no se mete —digo muy furioso—. Gracias, tío, ahora soy yo el que te debe un gran favor. Toma, esto corre de mi cuenta.

—Gracias, tío —contesta Rukus.

—A ti, me voy. Tengo que poner a mi chica a salvo.

—Sí, hazlo, porque irá a por ella.

—Lo sé, nos vemos.

—Nos vemos, tío.

ELSA

De repente me suena el móvil, lo miro y es Neal.

—*¿Sí?*

—"Elsa, soy yo".

—*Hola amor, ¿qué pasa? Te noto preocupado.* —Trago saliva.

—El Escorpión está en la ciudad y viene a por mí —confirma mis sospechas.

—*¿Qué? ¿Dónde estás? Tenemos que hacer algo.*

—No, esto es cosa mía.

—*Y mía.*

—OLVÍDALO —grita.

—*No.*

—Sé que te dije que iba a cambiar, pero voy a tardar un poco más.

—*¿Qué vas hacer? Voy ahora mismo para tu casa, no hagas nada sin mí, por favor.*

—Ya tengo algo en marcha y no te puedo decir nada más.

—*No hagas eso, no me dejes a un lado.*

—*Es por tu seguridad, joder, confía en mí.*

—Lo tenías todo planeado, por eso no quisiste que fuera ¿verdad? —pregunto dolida.

—*No, no, no tenía nada planeado.*

—Creo que me quedaré aquí, así no te molestare en tu plan.

—*Es por tu seguridad, hazme caso en serio.*

—Soy policía, se cuidarme, ¿sabes?

—*Lo sé, pero me quieres hacer caso por favor, no quiero que te pase nada.*

—Te veo en tu casa. Tardaré un rato.

—*Ten cuidado, por favor.*

—Estaré bien, si tú no me lo quieres decir lo averiguaré por otra forma.

—*No hagas nada, esto es cosa mía.*

—Y mía también, tengo que ayudarte de una forma u otra. Yo tampoco quiero que te pase nada, ¿sabes?

—*No me va a pasar nada, esto va a terminar hoy.*

—¿Qué quieres que me quede con los brazos cruzados?

—*Sí, además quiero que te quedes en mi casa y que me esperes.*

Neal llega a casa y entra cabreado dando un portazo, yo estoy sentada en el sofá.

—¿Elsa, estás?

—Sí, amo, aquí estoy, ¿qué quiere? —pregunto muy cabreada a modo de burla, aunque cuando levanta la mirado veo a Neal furioso.

—Que estés a salvo.

—¡Ala! Espósame para que no vaya a ningún lado. —Saco las esposas—. Así te aseguras, ¿no?

—¡¿Me lo dices en serio?! —Veo que se sorprende.

—¿Serías capaz de esposarme para que no fuera a ningún lado? ¡Toma, cógelas!

—¡¿Me estás vacilando?!

—No. Solo quiero protegerte, ¿tan difícil es?

—Joder, sabes que estoy haciendo esto para que estés a salvo.

—Me duele que no confíes en mí así que, si estás más tranquilo, hazlo.

—¿Y tú confías en mí? —pregunta.

—¿Qué? Más que tu seguro. —Me siento en el sofá.

—Pues si confías en mí hazme caso, sé cómo manejar esto —dice.

—No puedo, no lo entiendes, no quiero que te pase nada.

—Joder, que no me va a pasar nada, pero para eso tienes que quedarte aquí —murmura.

—Y quedarme aquí sin saber que vas hacer, la angustia podría conmigo. Pero lo haré, vete no haré nada.

—¿Quieres saber lo que planeé? —Se sienta a mi lado y posa una mano en mi rodilla.

—No, tranquilo. —Paso de saberlo porque me pondré peor.

—¿Si o no?

—No.

—¿De verdad? —me insiste.

—Sí. —Asiento.

—No me lo creo. —Me mira ahora preocupado.

—Créetelo, tú sabrás. —Me levanto y voy a la habitación. Me tiro en la cama y no puedo evitar soltar algunas lágrimas.

Confío en él y me lo paga así.

Neal entra en la habitación y me ve así.

—Confía en mí, por favor. —Noto que apenas le sale las palabras.

—No es que no confío, no entiendo porque no voy contigo.

—Porque no quiero que te pase nada, vas a estar más segura si no sabes nada.

—Vale, aquí estaré, vete, haz lo que tengas que hacer.

—Una última cosa.

—¿Qué?

—¿Cuándo esto acabe vas a seguir conmigo? —Eso me deja de piedra, piensa que me iré.

—Sí, ¿por qué dices eso? —pregunto.

—Porque eres lo mejor que me ha pasado nunca y no sé qué haría sin ti —me confiesa.

—¡Vete, si no quieres que te siga, vete! —grito.

—Amor, no me grites. —Me pongo a llorar—. No llores mi vida,

por favor. —Intenta abrazarme, pero me aparto.

—Vete, por favor, ¿qué quieres que haga?

—Que estés a salvo, confía en mí. Por favor, tranquilízate.

—No estaré bien si no estoy contigo, así que, por favor vete, haz lo que tengas que hacer —me lo dice como una súplica

—¿Quieres venir? —me dice al final.

—No te preocupes, iré yo a comisaría a por unas cosas y me vuelvo. Te esperaré aquí en casa, vamos, en marcha.

—Vale, ¿me das un beso? —me dice asustado preocupado de que desaparezca.

Le doy un beso con ternura, me levanto y cojo la otra pistola, me la guardo.

—Nos vamos.

—Vamos. —Me coge de la mano—. Espera.

—¿Qué pasa?

—Si no vuelvo quiero que sepas que te quiero con toda mi alma.

—¿Qué? Ahora sí que me has asustado. —Me aparto de él y le miro.

—Te quiero y no te preocupes por nada, está todo planeado. Tu estate tranquila, ¿vale? —Me besa con amor.

—Sabes que no puedo estar tranquila, bueno, y tú no te enfades conmigo prométemelo. Vamos hay cosas que hacer.

—¿Por qué dices que no me enfade? ¿Qué vas a hacer?

No digo nada, le miro y coge las llaves de mi coche. Cada uno se monta en el suyo. Sé que ninguno de los dos estamos tranquilos, más bien preocupados.

Miro cómo se va Neal en su coche, pero, de repente, veo como se acerca alguien.

Grito cuando ese desconocido, que en un principio pensé que era Neal, intenta sacarme del coche a rastras. Intento subir la ventanilla a toda prisa, cierro las puertas con el seguro del coche, pero nada funciona cuando se acerca y rompe la ventana con su codo. Me agarra del pelo en mi intento de escapar por algunas de las otras puertas. Forcejeo, le muerdo el brazo con fuerza.

Es un tipo con tatuajes por todo el cuerpo y el pelo largo, peinado hacia atrás.

Busco la pistola, sin embargo, entro en pánico cuando me acuerdo de que se la he dado a Neal.

Esto es una locura, me hace daño y tiene mucha más fuerza que yo.

—¡Suéltame! —le grito cuando me ha sacado por la ventanilla rota del coche.

Le pego patadas, puñetazos, pero nada le hace efecto. De repente, siento como me da una bofetada que me hace girar la cabeza y

quedarme anonadada.

¿Dónde están las personas cuando se las necesita? ¡Ni una puta persona por la calle!

En el suelo, pues mi agresor me había dejado caer de mala manera al pavimento, miro con la vista un poco desenfocada. Veo como saca un arma y me apunta a la cabeza.

Trago saliva y escucho como quita el seguro.

—¡Ni se te ocurra! —Un disparo hace que mi agresor desvíe el arma y salga corriendo a refugiarse.

Esa voz la conozco a la perfección, es él. Neal me ha salvado de una muerte inmediata. Veo como mi agresor huye ante los constantes disparos que Neal arremete contra él con mi arma.

Siento como me levanta del suelo y me abraza a su pecho fuertemente, protegiéndome de todo.

—¿Estás bien? —me pregunta agarrando mi cara entre sus manos.

—Sí. —Asiento mirando a todos lados—. ¿Dónde está? ¿Quién era?

Siento como el labio me arde, rozo esa pequeña parte de mi rostro y al mirarme los dedos veo que es sangre.

—El Escorpión. —Neal traga saliva duramente—. Se me ha escapado. —Aprieta la mandíbula—. Rápido, tenemos que ir con Mozzy.

Neal me lleva a su coche, escuchamos como la policía se acerca y salimos como alma que lleva el diablo hacia el almacén donde están todos. Me abrocho el cinturón y me limpio la sangre del labio.

—Sé que no deberías venir, pero ya no me fio. Conmigo

estarás más segura —dice con la mandíbula muy tensa.

—Ese cabrón no se nos va a volver a escapar —digo seria.

NEAL

Llegamos con sigilo al almacén donde habíamos quedado. Se me hace extraño traer aquí a Elsa, pero no podía confiarme. Lo que había pasado solo era una provocación, lo sabía.

—¿Qué hace la chica aquí? —pregunta Mozzy frunciendo el ceño.

—El Escorpión la ha atacado —les explico, pegando a Elsa mucho más a mi cuerpo —. Ese hijo de puta tiene que morir ya.

—¿Estáis bien los dos? —pregunta Rukus.

Elsa asiente consternada. Sé que si hubiera tenido su pistola lo hubiera matado de un solo tiro.

—Sí, vi por el retrovisor como se acercaba a El… —Me callo de inmediato—. A Katherine y salí a defenderla. Solo ha sido una provocación, el Escorpión sabía perfectamente que lo vería.

Mozzy nos hace a todos recorrer el almacén, e incluso, las afueras para asegurarnos de estar solos. Cuando acabamos nuestra inspección nos reunimos los cuatros.

—¿Os ha seguido alguien? —preguntó Mozzy cruzándose de brazos.

De inmediato, en cuanto se expandió el rumor del ataque, tuvimos un rodal de gente rodeándoos para escucharnos. Pero Mozzy los manda a todos fuera de inmediato, es una tontería estar aquí si ya nos ha atacado.

—¡Fuera! —Los echa Mozzy—. Ya no vale la pena estar aquí.

—No —responde ella—, me he asegurado de que nadie nos siguiera.

—Esto ya es serio, Mozzy —le digo apretando la mandíbula —. Te he dicho mil veces que eres muy importante para mí, esto ya ha sido demasiado —le digo a Elsa con el corazón en un puño.

—Pero Neal yo… —Elsa abre los ojos desmesuradamente ante algo que soy incapaz de ver pues está detrás de mí.

De repente, Elsa se coloca delante de mí de aprisa, me aparta de un empujón, y es cuando escuchamos un disparo. Resguardo a Elsa en mi espalda de inmediato y saco su arma. Una risa maquiavélica resuena por el almacén. Miramos a todos lados y vemos una sombra recorrer el almacén.

Rukus y Mozzy sacan sus armas y comienzan a disparar a la persona que nos está atacando. Nos resguardamos para no ser alcanzados, pero al no ver a aquella persona, que no puede ser otro que el Escorpión. Lo sé, lo intuyo. Otro disparo resuena y esta vez es Rukus quien lo recibe por protegerme a mí. Se cae al suelo y Mozzy lo atiende. Por primera vez en mi vida, aprieto el gatillo contra el Escorpión, quien se encuentra en el almacén resguardado. Lo persigo junto y, después de muchos intentos, consigo alcanzarlo con toda la rabia del mundo. Cae al suelo con un disparo en el brazo, su arma se encuentra lejos, muy lejos. Le doy una patada al arma y me acerco a él con la mandíbula apretada.

—Neal, hermano, no lo hagas —dice Mozzy.

Pero estoy encolerizado, rabioso, cabreado. Me acerco a paso lento, disfrutando de su sufrimiento. Lo apunto con la pistola.

—A la mierda, hijo de Puta.

Le disparo en la cabeza y cae rendido, muerto e inerte al suelo.

—¿Estáis todos bien? —pregunto girándome para ver a Elsa —. Cielo, ¿estás bien?

Palidezco al ver como Elsa me enseña su mano llena de sangre. Bajo la mirada y veo como de una herida abierta brota ese líquido rojo que poco a poco la va dejando sin vida.

—¡No! ¡Elsa! —grito cuando Elsa cae en mis brazos, inconsciente —. No me dejes.

—¿Cómo que Elsa? —me pregunta Mozzy con Rukus apoyado en su hombro.

La cojo en brazos y los miro con los ojos llenos de lágrimas.
—Cállate, Mozzy —bramo—. ¡Joder! Trae el puto coche, ya.
Aguanta, mi vida, por favor.

6. Renacer

NEAL

Llegamos a un hospital donde se encargan de este tipo de situaciones, ilegal y donde vale más el dinero que desembolses que la vida del paciente. He tenido que dejar a Elsa sola en quirófano, estoy llorando aún con su sangre en mis manos y en la camisa. A las horas, el cirujano sale del quirófano e inmediatamente voy hacia él.

—Rukus está bien —me informa.

—¿Y la chica? —pregunto desesperado—. ¿Cómo está?

La espera me está volviendo loco.

—La chica ha perdido mucha sangre, esta noche es crucial, lo siento. —Me mira el médico, yo me quedo sin reaccionar unos segundos. Cuando de repente, se me ocurre algo.

—Dale la mía, la que necesites. —Desesperado me subo la manga de la camisa, dejando mi brazo a la vista.

—Pues ven, que te necesitamos en el quirófano, prepárate —me dice el médico yendo para la habitación.

—Voy. —Miro a Mozzy y le digo—. Cuida de Rukus, dile que le estoy muy agradecido —hablo mientras me voy quitando la camisa, yéndome a donde el médico. Una vez dentro del quirófano—. Sáqueme la sangre que necesite soy donante universal, no hace falta que me haga las pruebas —digo desesperado.

—Tienes que ponerte aquí, corre hay que hacerlo ya. Túmbate a su lado. —Me pincha y le paso mi sangre, poco a poco —. No te muevas, Neal.

—No. —Me quedo muy quieto, no puedo dejar de mirarla. ¡Dios, ponte bien! Poco a poco, veo cómo se va despertando. La verdad es que desde que he entrado no he dejado de mirarla ni un solo segundo.

—¡Ay! —Veo que intenta moverse, suspiro de alivio de verla despierta.

—Amor, estoy aquí. —Estoy a su lado, así que alargo la mano hasta poder tocar la suya.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué hacemos aquí? —me pregunta confusa.

—El Escorpión me disparo, te pusiste en medio y te llevaste la bala por mí. —Se gira a verme, su cara es de terror.

—¿Dónde estamos? ¿Dónde está el Escorpión?

—Lo maté. —Ella intenta levantarse—. No te muevas, perdiste mucha sangre y te estoy dando la mía —respiro hondo, cuando la veo tumbarse—. ¿Estás bien amor?

—Sí, me duele el brazo. ¿Los demás están bien? ¿Tú como estas? —Mira que es buena que solo se preocupa de los demás menos de sí misma.

—Mozzy perfectamente, Rukus se llevó un tiro en la pierna y yo bien.

—¡Vaya! —exclama débilmente.

La noto cansada, pero me siento aliviado de verla bien. De repente, tiemblo. Es la primera vez, que disparo y mato a alguien.

—Di que fui yo quien le mató para que no tengas problemas, lo siento amor. —La veo que cierra los ojos, intento que no se duerma la hablo.

—¿Por qué lo sientes? —pregunto aún con lágrimas en los ojos.

—Por no haber podido evitar que lo mataras —me confiesa, veo como tiene lágrimas en la cara. Al rato de estar Elsa despierta, entra el médico. Se dirige a mí acercándose.

—Neal ya está. —Me quita la vía, son incómodas así que siento alivio. ¡Joder! duele y quien diga que no miente—. Puedes salir si quieres.

—No, prefiero quedarme con ella. ¿Amor, estás bien? —La miro preocupado, no quiero separarme de ella ni un segundo. La sonrió, aunque la noto un poco ida, supongo que estará así por la anestesia y los calmantes.

—Si, estoy bien tranquilo. Ve fuera a ver a los demás —me habla sin poder abrir los ojos.

—Vale, vengo ahora. —No quiero dejarla sola, pero tengo que ver cómo están Rukus y Mozzy estarán preocupados. La beso y salgo a ver cómo están, entro en la habitación.

Le veo en la cama tumbado con la pierna vendada y al lado Mozzy, me acerco y la abrazo.

—¡Ey tío! ¿Qué tal?

—Bien tío ¿Cómo está? —me pregunta por Elsa, Mozzy se queda callado, ¿algo le pasa? Ahora hablaré con él.

—Bien, Gracias tío. —contesto más aliviado, he pasado unas horas, muy malas. Joder, pensaba que la perdía.

—Me alegro tío, como te salvó, ¡eh! —dice Rukus, le mira con

orgullo, esa chica me ha salvado y ha estado a punto de perder su vida por mí.

Lo tengo muy claro ella moriría por mí y yo mataría por ella. No dudaríamos ni un segundo en volver hacerlo.

—Ya ves, tío —respondo a Rukus, luego miro a Mozzy—. Mozzy, creo que tenemos que hablar.

—Sí. —Me mira serio, sale para afuera de la habitación, apenas sin mirarme.

¡Joder sí que está enfado!

Tenemos que hablar tranquilamente, sé por qué está así, solo espero que lo entienda y no me la lie mucho. Nos alejamos de Rukus, para que no escuche la conversación. Una vez alejados, me pongo enfrente de él, respiro hondo.

—Gracias, tío —hablo a Mozzy, lo noto seco, pero a él le debo mucho, organizó todo lo del almacén por mí, aunque el puto Escorpión nos la jugó con una buena trampa.

—¿A mí? ¿Por qué? —me pregunta de lo más seco, tengo que aclarárselo.

—Por ayudarme —respondo muy sincero.

—No te preocupes, lo he hecho con mucho gusto. —Ahí habla con sinceridad.

—Y respecto a lo de antes —titubeo mirándolo. ¡Venga, allá voy! Que sea lo que tenga que pasar.

—¿Por qué la llamaste Elsa? —me pregunta rotundo Mozzy.

—Ahí quería llegar, es que... —Suspiro, mirándolo.

—Sí, dímelo. —Le veo impaciente.

—Lo siento, no es profesora —confieso sin poder mirarlo a los ojos.

—¡¿Qué?! ¿Entonces qué es? —Mozzy aprieta la mandíbula fuertemente.

—Es… policía. Una poli muy legal, pero policía al fin y al cabo. —Ya está, por fin se lo he confesado.

—¿Qué? ¡¿Trajiste una poli?! —Veo como coge el arma, tengo que impedir que le haga daño, antes tiene que pasar por encima de mi cadáver.

—¿Qué haces, tío? —Me asusto, pero intento tranquilizarlo.

—Hay que matarla, lo sabes. Es poli y ha visto mucho.

Ni de coña le vas hacer algo, eres como mi hermano, pero te lo impediré.

—Antes me tienes que matar a mí. —Me pongo en medio de su camino, muy serio.

—Apártate, Neal —Está serio y enfadado.

—No, ella no va a decir nada, me quiere. Vas a tener que dispararme a mí.

—Es poli, se lo dirá a sus superiores, nos encerraran a todos. —Le entiendo, pero ella no es así. ¡Me quiere!

—¿No viste lo que hizo por mí? Se arriesgó por mí. ¿Eso no significa nada? No va a decir nada, te lo prometo. Si dice algo yo soy el peor parado. —Se queda pensando unos segundos.

—¡No! Hay que matarla. Lo siento y lo sabes —habla rotundo, intentando ir a su habitación.

—Pues mátame a mí antes, te lo digo muy en serio. —Le miro desafiante, él me mira.

—Neal, aparta. —Agarro la pistola que sostiene Mozzy, me la pongo en el pecho.

—Aprieta el gatillo. ¡Vamos!

—Cuando sepan que es *madera*, la mataran lo sabes, ¿no? —responde furioso, pero sin gritarlo, para que no nos oigan mucho, solo nosotros.

—No lo tienen porque saber, será nuestro secreto. —Mi voz es desesperada.

De repente, giro la cabeza y me encuentro a Elsa mirándonos con los ojos como platos y temblando. La miro, veo que el vendaje está empapado de sangre, apuesto que se le han abierto los puntos.

—¿Qué hacéis? —Viene corriendo hacia nosotros—. ¡Parar de una vez!

—Amor, ¿qué haces? —le pregunto desencajado, mirando el vendaje.

—¡Ya basta! —nos grita a los dos mirándonos.

—Acuéstate, no pasa nada, ¿verdad Mozzy? —Le miro, como diciendo sígueme el rollo, por favor.

—¿Qué pasa? ¿Por qué le apuntabas con la pistola? —Vuelvo a mirar su brazo, que cada vez está sangrando más.

—Que vuelvas a la cama, no pasa nada, ¿verdad Mozzy? —Miro de nuevo a Mozzy como suplicando, un *no pasa nada*.

Ella nos mira y por nuestras caras, intuye que Mozzy ya sabe que es poli.

—¡No! Ya lo sabe —dice temblando muy asustada.

La agarro sin hacerle daño y la llevo a la cama porque su brazo empieza a sangrar mucho. Llamo al médico de inmediato.

—¿Qué pasa, Neal? —me pregunta asustada.

—Cuando estabas herida te llamé Elsa y le he dicho que eres policía. —Tiene que saberlo, no gano nada con mentirle.

—¿Qué? ¡No! —Se tapa la boca, muy asustada, me imagino que piensa que le va hacer algo, pero yo lo impediré. Nadie le va hacer daño estando yo.

—Quiere matarte por todo lo que viste, pero no sé lo permito porque sé que no vas a decir nada. —Ahí noto su cara de terror y

como se incorpora, supongo que para irse de aquí. —Ahora quédate aquí, voy a hablar con él.

—Vale. —Espero que me haga caso, necesita descansar después de toda la sangre que ha perdido.

En ese momento entra el médico, decido quedarme a ver que dice. La cose y dice que está infectado.

Salgo en busca de Mozzy, lo veo y lo llamo con la mano.

—Ven, Mozzy. —Me mira y se acerca a mí.

—¿Qué quieres? —Aún está con la pistola en la mano.

—¿Me vas a disparar? Confía en mí, nunca te he fallado, Mozzy y lo sabes. —Guarda el arma y me mira.

—A ti nunca te dispararía, a ella ya sabes que es lo que debemos hacer, no podemos permitir que diga nada. Si no lo haces tú lo haré yo. Neal, lo siento —me dice serio, pero sé que, en el fondo, lo hará por mí.

—No hagas nada, hazlo por mí. Ella no va a decir nada, te lo prometo. —Asiente con la cabeza.

—Neal, ¿cómo puedes asegurar que no va a decir nada? —me pregunta cruzándose de brazos.

—Sí, y los motivos son dos: Por qué me quiere y ¿quién le metió tres tiros en la cabeza al Escorpión? ¿Tú o yo?

—Tú, pero ¿qué tiene que ver eso? —contesta.

—Que, si dice algo, dirá que yo maté al Escorpión. El arma tiene mis huellas, yo tengo los residuos de pólvora.

Yo salgo perdiendo joder.

—Pero, Neal, no pongas la mano por ella. Es madera, lo haría sin dudarlo.

—¿Por qué, Mozzy? Ella dio su vida por salvarme. —Se toca la barbilla.

—Lo vi, pero no sé… —Se queda pensando, creo que está entrando un poco en razón.

—Habla con ella conócela, olvida por media hora que es *madera*.

—¿Tú confías en ella?

—Sí, ¿y tú en mí?

—Yo en ti si, ¿quieres que hable con ella? —Por fin entra en razón.

—Sí, pero sin armas. Me apuesto la mano que, si la conoces, te caerá bien.

—Pero... Bueno, vale iré a hablar con ella. —Me alegra

mucho oír eso.

—Dame el arma. —Levanto la mano para que me la de.

—Toma. —Me da el arma a regañadientes.

—Gracias, vamos a ver si nos deja el médico hablar con ella.

—Tú no entras Neal, a solas ella y yo. Es lo justo ¿no? —Me mira, parándose.

—Si, pero —balbuceo dudoso.

—¿Pero...?

—Hazme un favor, olvida que es poli —le digo como súplica.

—Lo haré, tranquilo.

El doctor nos dice qué si podemos entrar, pero que tiene que descansar solo unos minutos.

ELSA

Estoy dormida cuando noto que alguien me toca despacio para despertarme, abro los ojos y veo a Mozzy enfrente mía.

—¿Sí? —pregunto un poco a la defensiva.

—¿Así qué eres *madera*? —me pregunta seco.

Me asusto y me arrincono en la cama.

—Mozzy, por favor —le ruego dejando escapar un largo suspiro—. Sí, lo soy, pero no me hagas daño.

—Tranquila, voy desarmado. El arma la tiene Neal. —Eso me alivia un montón.

—¡Qué susto! ¿Qué haces aquí? —Le miro con el ceño fruncido para que me responda.

—Me dijo Neal que tenía que hablar contigo.

—¿Hablar conmigo? ¿De qué? ¿Qué quieres saber? ¡Dime! —le exijo.

—Para ver si empiezo a fiarme de ti, que conste que lo hago por Neal. Sé que vas a decir que no, por miedo, pero vas a contestarme a algo. ¿Qué vas a decirles a los policías de lo que ha pasado?

—Yo no voy a decir nada, bueno, sí —murmuro—. Que al Escorpión le maté yo, eso voy a decir —respondo sincera porque es lo que diré sin dudarlo.

—Eso no fue lo que pasó, lo mató Neal por venganza y no sé por qué. —Desvío la mirada al suelo, me duele que haya matado a alguien por mi culpa. Aunque haya sido al hijo de puta del Escorpión.

—Mozzy, sé que no te fías de mí, pero amo a Neal y no

quiero que le pase nada y tampoco a sus amigos. Voy a decir que le maté yo —le aclaro haciendo hincapié.

—No sé, no sé, puede que ames a Neal, pero a Rukus y a mí nos puedes vender.

—Piensa lo que quieras, no os voy a vender, tranquilo. Ahora solo quiero que desaparezcáis de aquí, pero que estemos en contacto, ahora soy vuestra amiga. Las cosas que le importan a Neal, me importan a mí. —Aquello le deja descolocado a Mozzy, que no sabe qué responderme, se queda pensando unos segundos.

—Por ahora voy a creerte, porque te pusiste en la trayectoria de la bala, pero te vigilare —me amenaza.

—Haz lo quieras. —No me importa la verdad, todo sea por Neal.

—Como siempre —responde brusco.

—Yo no quería que le hiciera daño a Neal, no seas borde Mozzy. Confía en mí.

—En eso estamos de acuerdo, poco a poco intentaré confiar en ti. —Es un buen comienzo, no está mal.

—Vale, eso es un principio. —Le sonrío.

—Pero no te aseguro nada.

Veo como Mozzy se da la vuelta y se va cerrando la puerta. Al rato, veo que entra Neal, se le ve que está preocupado por mí. Debo haberle dado un buen susto.

—¿Qué, tal amor? —me pregunta sentándose en el sillón de mí lado.

—Hola, bien. ¿Y tú? ¿Todo bien? —le miro preocupada.

—Si, sí. ¿Qué hablaste con Mozzy? ¿Qué tal? —Noto su voz con miedo.

—No se fía de mí y lo entiendo —Mi voz es triste.

—Es un poco especial, nunca le gusto la policía. Claro, no quiere que me pase nada y cuando le dije que eras policía pues enloqueció.

—Lo sé, ¿cuándo puedo irme a casa? —La verdad es que me quiero ir a casa, nunca me han gustado los hospitales—. Hablé antes con el médico. ¿En dónde estamos? Esto no es un hospital. He pensado en dejar la policía, no puedo soportar que te pase algo por mi culpa.

—No, no es un hospital en sí, es un médico de la mafia.

—¡¿Qué?! ¿No sabrán que soy…? —Me pongo a mirar por todos lados.

—No hacen preguntas, ni hacen nada, llegas te curan pagas y te vas.

—¡Ah, bueno saberlo! —Bromeo—. No tenía ni idea. ¿Por qué mataste al Escorpión? —le pregunto con una enorme tristeza, él no debió hacerlo.

—Al verte tirada en el suelo me volví loco. —Me mira—. ¿Y cómo es eso que vas a dejar la policía?

—No quiero que te pase nada por mi culpa, ya bastante has sufrido. —Miro al suelo—. Otra cosa, mañana tenéis que desaparecer todos, incluido tú. Así que mañana nos despedimos. —Lloro desconsolada solo de pensar que no volveré a verlo.

—Vayamos por partes, si quieres dejar la policía es tu decisión, a mí solo me pueden pillar por lo del Escorpión. ¿Por qué tenemos que desaparecer?

—No te van a pillar porque voy a decir que fui yo la que lo mató. Eso ya está decidido —le confieso mirándolo a los ojos.

—Va a ser complicado.

—No, fui yo y ya está. Lo que tenga que pasar que me pase a mí.

—Que va a ser complicado —me repite—. Porque el cadáver del

Escorpión está siendo enterrado en Siberia.

—¿En Siberia? —pregunto con sorpresa.

—Ahora solo tenemos que ponernos de acuerdo con lo que le decimos a Aitor.

¡Hostia, Aitor! No lo había pensado.

—¿Qué le vamos a decir? —pregunto mirándonos los dos a los ojos.

—Aún no lo sé. —Veo que se toca la barbilla, pensando—. Algo se nos ocurrirá.

Intento levantarme, me da mucha vergüenza decir a Neal que me hago pis, así que no le digo nada, pero él me mira.

—No, para, para, amor no debes levantarte —me dice asustado.

—Tengo que ir al baño. —Le sonrió.

—Vale, espera que te ayudo.

Me ayuda a levantarme con suavidad, para que no me duela, ni se me salten los puntos y vamos al baño.

—Gracias.

—A ti por ser como eres.

Me lleva agarrado a él con fuerza, como si no quisiera que me separara de él. Llegamos al baño.

—¿Puedes tú sola o te ayudo?

—Sí, ayúdame por favor, no puedo bajarme el pantalón. —Me pongo roja.

—Vale.

Entramos al baño, me baja los pantalones y me ayuda a sentarte. Hago pis, me limpio y me levanto.

—Gracias, amor.

—De nada.

Me ayuda a levantarme de nuevo, colocarme el tanga y el pantalón. Vamos a la cama y me tumbo.

—Amor, prométeme una cosa —murmuro de repente.

—¿El qué? —pregunta con el ceño frunciendo.

—Que te irás con Mozzy hasta que se calme todo. —Él niega con la cabeza.

—¿Por qué?

—Por si acaso.

—No, me quedo a tu lado —dice muy seguro.

—No, por favor, soluciono esto y volvéis. Ahora eres tú el que tienes que confiar en mí.

—Pero ya te dije que no hay cuerpo, ni pruebas, sería más extraño que el mismo día desapareciéramos el Escorpión y yo.

—Ahí tienes razón.

Relájate y podrás pensar mejor.

—Por eso me quedo a tu lado, cuidándote, mentimos a Aitor sobre

el Escorpión y me porto bien.

—Sí, estoy bien, tranquilo, pero como quieras. Solo quiero que estés bien.

—A tu lado, estoy mejor que nunca. —Me besa en los labios, mi cuerpo tiembla al notar sus labios en los míos.

—¿Por qué no te vas a casa, cenas y descansas?

—No, me quedo aquí contigo.

—Por lo menos ven aquí y túmbate conmigo. —Le hago un hueco.

—Espera un momento amor, voy a ver que Rukus también está aquí. ¿Vale?

—Vale amor, ve a verlo y salúdalo de mi parte.

Veo que sale de la habitación e intento dormir, la verdad que estoy muy cansada. Al rato, vuelve a entrar en la habitación, estoy tumbada en la cama.

—Amor, voy a pillarle una hamburguesa a Rukus. ¿Quieres una?

—No, gracias. No tengo hambre. Coge una para ti. —Le sonrío—. La comida de hospital suele estar horrible y no quiero que pases hambre.

—Sí, eso haré. ¿De verdad que no quieres una o alguna otra cosa? —me vuelve a preguntar.

—No, gracias, amor.

—Vale, vengo ahora.

—¿Me das un beso? —le pregunto haciendo un puchero.

—Claro y dos si quieres. —Se acerca y me besa.

—Te quiero, no lo olvides —le digo mirándolo.

—Nunca, vengo enseguida amor, nos vemos.

A la hora veo que entra Neal, estaba medio dormida y le sonrío.

—Ya llegué amor, me comí la hamburguesa con Rukus. ¿Cómo vas, cielo? ¿Te duele? —Le noto preocupado.

—Hola amor.

—Hola, ¿te duele? —vuelve a preguntarme.

—Sí. —Creo que los calmantes ya no hacen efecto.

—¿Quieres más calmantes? —me pregunta apoyándose en la cama.

—No, llevo ya muchos.

—Vale, venga, amor, duerme y descansa. Que estaré a tu lado.

—Ven, túmbate aquí conmigo —le suplico, le quiero tener cerca de mí.

—Claro.

Se acerca a mí y se pone a mi lado.

—Duerme conmigo, por favor —le suplico como una niña pequeña.

—Por supuesto. —Me abraza y nos quedamos dormidos abrazados.

A la mañana siguiente cuando entran los rayos, yo ni me enteré de la luz que entraba. Abro los ojos, y veo a Neal a mi lado.

—Buenos días, ¿cómo está mi poli favorita? —Al escucharlo, le sonrió.

—Mmm buenos días. —Me tocó el brazo—. ¡Ayyy!

—¿Te duele? —pregunta mirando mi venda.

—Sí, pero no pasa nada.

—Voy a ver a Rukus a ver como esta. ¿Y a ver cuándo le dan el alta? ¿Vale, amor? —Me besa—. Porque el médico viene en un rato.

Al rato, entra Neal con el médico, habla con nosotros y nos dice que nos dan el alta a los dos. Me alegra oír eso porque estar aquí no me gusta nada la verdad.

Veo como Neal coge el alta de los dos y paga los tratamientos.

7. No puedo estar sin ti

ELSA

Salimos del hospital los tres. Neal no me suelta la mano en ningún momento, pensará que me voy a ir, pero está muy equivocado. Antes me dijo que íbamos acompañar a Rukus a su casa, montamos en un coche que no conozco, no hago preguntas la verdad. Yo voy todo el camino distraída, los oigo hablar, pero no pongo atención. Llegamos a casa de Rukus, Neal le ayuda a subir mientras espero sentada en el coche. Y, luego, vamos a su casa. Me sorprendo, pensaba que me dejaría en la mía.

—¿Amor, por qué no me has dejado en mi casa? Estoy bien. —Le miro sorprendida.

—¿No te dije que te mudaras a la mía?

Es verdad, con todo este jaleo ni me acordaba… menuda cabeza la mía.

—¡Ups! Se me olvidó con todo este jaleo. —Le saco la lengua.

—No pasa nada, tranquila. —Ríe por lo bajo—. ¿Quieres que vaya a tu casa a buscar algo?

—No, no.

A los poco minutos, llegamos a la casa, Me ayuda a bajar, me agarra de la cintura arrimándome a él y yo me dejo hacer. La verdad es que me encanta cuando hace esas cosas.

Entramos en el ascensor, nos miramos y nos besamos mientras subimos al ático. Cuando para el ascensor, Neal gruñe a modo de que no quiere dejar mis labios. Pero, a regañadientes, me lleva agarrada de la mano a su ático.

—Amor, túmbate en la cama y descansa que voy a hacer la compra. Que no tengo casi nada en la nevera —habla mientras entramos en la habitación.

—Si quieres te acompaño. —Me mira, sé perfectamente lo que me va a decir.

—No, no, tú descansa. —Me abraza.

—Pero por lo menos coge dinero para hacer la compra. —Agarro el bolso y el dinero e intento dárselo.

—No, tranquila, tengo yo dinero.

—La próxima pago yo, ¿vale?

—Pero si vas a dejar el trabajo... Aunque tampoco importa que lo dejes, tengo dinero de sobra para vivir desahogados. —Le miro con una ceja alzada.

¿Tanto dinero tiene? ¡Madre mía!

—Vaya, pero tendré que aportar algo. ¿No? —pregunto sincera.

—No, tranquila, con que me quieras me sobra.

Será posible…

—Eso ya lo sabes. —Me abraza y empieza a sollozar en mi hombro —. ¿Qué pasa? ¿Qué te ocurre? —Le abrazo.

—Cuando te vi en el suelo tirada pensé que te había perdido, no lo quería aceptar. Perderte a los dos días de conocerte… ¡No! —exclama sin parar de sollozar.

—Tranquilo, estoy bien, no podía dejar que te mataran.

Lo haría una y mil veces, bobo.

—Pero ¿de qué me sirve que no me maten si te matan a ti? —Le miro a los ojos.

—Que tú vives y con eso me sobra —contesto lo más sincera que puedo.

—Pero a mí no. No vuelvas hacer eso, ni se te ocurra. —Me arrima más a él y yo abrazo.

—Lo siento, pero estabas en peligro —digo abrazándolo.

—Vale que no quieras que me pase nada, pero que no te pase a ti. —Le apoyo en mi pecho, le acaricio el pelo.

—Tú hubieras echo lo mismo —le digo.

—Sí. Mira lo que hice solo de pensar que habías muerto. —Tiembla en mis brazos.

—Lo siento. —Miro al suelo.

—¿Qué pasa? Solo quiero que entiendas mi punto de vista.

—No quería que mataras a nadie por mí, lo entiendo, pero comprende también el mío. —Le miro a los ojos.

—Vale, dejémoslo aquí, ¿vale?

—De acuerdo. —Le beso.

—Voy a hacer la compra, ¿vale?

—Vale.

Neal se marcha a hacer la compra al supermercado, no puedo dejar de pensar en lo mucho que amo a ese hombre. No dejaría que nada le pasara.

NEAL

Regreso a la media hora o así con todas las bolsas de la compra, las llevo a la cocina.

—Elsa, ¡ya estoy en casa! —exclamo mientras saco las cosas.

—¿Te ayudo a guardar las cosas? —Escucho que me pregunta.

Al oírla, me giro, la veo con una de mis camisetas y con una coleta. Sonrío, se ponga lo que se ponga está preciosa.

—Tranquila, yo las coloco que no quiero que se te salten los puntos. —Le sonrió feliz de tenerla en casa.

—No pasa nada.

De repente, llaman a la puerta. Nos quedamos sorprendidos al escuchar el timbre, no esperábamos a nadie. Miro el reloj, son las cinco de la tarde.

¿Quién será?

—¿Quieres que abra? —me dice ella.

—No, vete a la cama. —Cojo la pistola de Elsa y voy a mirar. Ella se va sin rechistar y la veo sentada en el sofá, no es la cama, pero me ha hecho caso.

—¿Quién es? —pregunto enfadado mientras miro las balas del cargador.

—Soy Aitor. —Se oye detrás de la puerta, me sorprendo.

¡¿Qué coño hace aquí?!

—Voy ahora Aitor, un segundo. —Escondo el arma y abro.

—Hola, Aitor, ¿qué tal? —Le doy la mano, él, como no, mira para todos lados.

—Hola, no sé nada de vosotros. ¿Todo bien? —Noto preocupación en su voz.

—Sí, sí, pasa. —Me hago a un lado para que pase.

—¿Ves? Elsa, está bien. —La señalo.

—Hola, Aitor. —Le sonríe.

—Hola, Elsa —dice él más calmado.

—Aitor creo que te debo una explicación de esto —murmuro mirando a Aitor.

—Creo que sí. —Me mira cruzándose de brazos.

—Elsa y yo bueno… pues… estamos juntos —le confieso, me da igual la gente, he estado a punto de perderla.

—Eso ya lo sabía, se os veía a distancia.

—Por algo eres el jefe, ¿no? Y respecto al caso, el Escorpión no está en la ciudad. No fue él quien cometió el robo, en el mundillo se cree que fue un mal imitador mío. —Le miento para que el caso se cierra, miro a Elsa para que me siga la corriente.

—¿Y dónde está ahora? —me pregunta curioso.

—Lo último que sabían de él es que estaba por Europa, no sé si en Francia o Italia. —Por la cara que pone Aitor, se lo está creyendo.

—Vale, miraré a ver si encuentro algo.

—Perfecto, ¿quieres que te ayude en algo otro caso o algo? —pregunto con sinceridad.

—Pues nos vendría bien tu ayuda —me dice feliz por lo que acabo de decirle.

—¿En qué puedo ayudarte? —Le miro, pero sin dejar de estar atento a los movimientos el Elsa.

—Hay casos en los que podrías ser útil.

—Vale, ¿puedo pensármelo unos días? —le pregunto.

—Claro, Elsa mañana te quiero en comisaría.

—Allí estaré —responde ella intentando calmarse y disimular.

—Vale, hasta mañana, chicos —se despide Aitor yendo a la puerta.

—De acuerdo, mañana te vemos cuídate. —Elsa lo despide con la mano.

—Adiós, Aitor. —Cierro la puerta.

Cuando se va Aitor, voy al salón, que es dónde está Elsa, me tiro al sofá y la miro preocupado.

—¡Buffff! —Suspiro—. ¿Crees que se lo ha creído?

—No lo sé, espero que sí. —Veo una pequeña mueca de preocupación, en la cara de Elsa.

—Y por nuestro bien, yo también. —La miro—. ¿Qué te apetece hacer?

—Pasar el día abrazada a ti —me contesta.

Nena, es un estupendo plan.

—Sí. —Y la abrazo, de repente, la miro y la sonrió—. Oye, ahora que me acuerdo, yo tenía una sorpresa para ti.

—¡¿Qué?! No me acordaba —exclama emocionada por la sorpresa.

—Yo tampoco, Cierra los ojos amor. —Los cierra y al rato le digo —: Ábrelos.

¡Que nervios! Espero que le guste. La verdad es que tardé poco en hacer el cuadro en el que salimos los dos.

—¿Te gusta? Somos tú y yo. ¿Qué te parece? —pregunto nervioso ante su reacción.

—¡Oh! Es precioso. —Me besa.

—¿De verdad? Es lo primero que pinto que no es una falsificación o para un golpe. —Al oír eso me pongo muy feliz.

—Me encanta, ¿que lo has hecho de memoria? —me pregunta asombrada sin dejar de mirar el cuadro.

—Sí. —Yo la miro, no dejo de ver su reacción. Es tan mona...

—¡Guau! —exclama asombrada.

—Pero no hace justicia a toda tu belleza.

Vaya cursilada Neal, pero sé que a ella le ha gustado porque pone una sonrisa de oreja a oreja.

—Que memoria tienes, ¡madre mía! —Me besa con ternura.

—Sí, bastante buena la verdad.

—Si me has puesto hasta lunares.

—¿Cómo no iba a ponerlos si son adorables? Con que te guste me vale —murmuro mordiéndome el labio inferior.

—Gustarme no, ¡me encanta!

—¿Dónde lo colgamos?

—¿Dónde tú quieras? A ver… —Mira—. En el salón quedaría muy bien.

—Te gusta ahí, entre el *Miró* y el *Goya*. ¿O quitamos uno de los dos?

—Si. El *Miró* podríamos quitarlo. —Sí, ahí puede quedar muy bien. Me levanto para quitarlo.

—Vale. —Quito el Miro y cuelgo el nuevo—. ¿Así? —La pregunto con mi brazo pasando por encima de sus hombros y mirando al cuadro recién colgado.

—Perfecto. —Me besa.

—Además, es la primera decisión, que tomamos los dos sobre la casa, nuestra casa.

La miro y veo que tiene un brillo especial en los ojos, ella al notarlo me mira y me besa.

—Sí.

Nos besamos mientras miramos el cuadro que he pintado.

Al rato, decidimos, entre los dos, que pinte un cuadro de una playa con sus rompeolas y un barco pesquero. Cuando pinto se me van las horas volando, ni me entero, yo creo que podría estar un día entero sin dejar de pintar.

—¿Te sigue doliendo el disparo amor? —pregunto preocupado.

—Un poco, pero no pasa nada. —Se toca un poco el brazo y pone cara de dolor.

—¿Quieres cenar? Porque yo ya tengo un hambre… —Ya no me acuerdo cuando comimos, vale lo reconozco me encanta comer, qué le vamos a hacer.

—No tengo hambre, pero te hago algo de comer. —Eso no me ha gustado nada, pero bueno la voy a dejar su espacio.

—Vale, gracias, así me pego una ducha para quitarme el olor a la pintura y al disolvente.

—Claro, amor.

Nos besamos dulcemente antes de irme a la ducha. A los diez minutos salgo con un pantalón y sin camiseta.

—¿Qué es eso que huele tan bien?

—Ya tienes algo de comer: *Paninis*. ¿Te gustan?

—¿*Paninis*? —pregunto sin saber qué es lo que es.

—Si, es como una pizza.

—En un trozo de pan ¿no?

—Sí.

—Claro que me gusta. —Me siento y me pongo a comer—. ¿Seguro que no quieres amor?

—No, tranquilo.

—Llevas mucho, sin probar bocado. Me tienes preocupado —le confieso.

—¿Por qué, amor? No pasa nada, no tengo hambre.

—Lo último que comiste fue el desayuno de ayer.

—Ya comeré algo por ahí, tranquilo.

Aunque me besa, yo no me quedo tranquilo porque como siga así caerá enferma.

—¿Seguro? —insisto.

—Come, anda, que te se enfría —me dice cariñosa.

—¡Que rico esta! ¿Quién te enseñó a cocinar así? —Al preguntarla le cambia la cara, espero no haberla cagado.

—Mi madre —dice con los ojos acuosos, al verla así me arrepiento de haber abierto la boca.

—Pues ya sé cómo conquistó tu madre a tu padre. ¡Qué bueno estaba amor!

—Gracias. —Recojo el plato y el vaso.

—De nada.

—¿Qué quieres hacer ahora? ¿Vemos una peli? —La miro.

—Sí, vamos a ver una.

—Vale. ¿La vemos en la tele de la habitación, echados en la cama y abrazaditos? Elige la que quieras.

La digo abriendo un armario lleno de películas de todas las categorías por haber.

—En la cama, así estaremos más cómodos.

Cuando Elsa elige la que quiere ver, por su puesto la he dejado elegir soy un caballero. Pongo la peli, cojo el mando y me tumbo en la cama al lado de ella pasando mi brazo, por debajo de su cabeza, hago que se arrime más a mí y la beso la frente. No puedo evitar, empezar a dar muchos besos por toda la cara y el cuello. Ella me sigue cuando noto que me los devuelve, una de mis manos acaricia su cuerpo.

Al notar mi mano, Elsa me muerde el cuello.

Esta es la señal de que no pare, así que nos dejamos llevar por el amor, por la pasión que nos tenemos.

Nuestros cuerpos son uno solo y llegamos al clímax. De repente, veo su brazo morado, que sangra.

—Amor para, para, tu brazo. —Me levanto corriendo y voy con ella al baño.

Entramos al baño, nos duchamos y le quito la venda del brazo. Veo que está muy fea.

—Déjame que te cure amor, por favor. —Cojo las gasas y la

empiezo a curar la herida y lo tapo.

—Gracias, amor. —Me besa.

—Te quiero. Vamos a la cama a descansar —digo abrazándola.

—Yo también te quiero amor, sí, vamos.

Nos tumbamos en la cama y nos quedamos dormidos enseguida. Sobre las tres de la madrugada empiezo a moverme demasiado en la cama y a gritar.

—¡No! Hijo de puta.

—Amor, despierta. —Noto como me abraza.

Me despierto sudando, súper nervioso y gritando su nombre.

—¡Elsa!

—Tranquilo, aquí estoy —me dice mirándome para tranquilizarme.

—Elsa, Elsa. —Veo su mano apretando mi brazo—. ¿Estás bien?

—Ya pasó, amor. Sí, estoy bien.

Jadeo mirando para todos lados.

—Tranquilo. —Me abraza—. Estamos solos.

Me voy tranquilizando poco a poco. Mi corazón va a mil por hora.

—Ha sido una pesadilla. —Oigo que me dice para tranquilizarme.

—¿Estás bien Elsa? —pregunto muy preocupado mirándola de arriba abajo.

—Sí. —Me sonríe.

—Joder. —La beso y me acerco más. La abrazo fuerte.

—Tranquilo. —Me abraza también fuerte y me voy tranquilizando porque ahora sé dónde está.

—¡Dios! Creo que fue una pesadilla.

—¿Estás más tranquilo, amor?

—Sí, ya estoy más tranquilo. ¡Joder!, que mal lo he pasado. —Suspiro tocándome el pelo, aunque asustado por la pesadilla.

—¿Seguro que estás bien? —Me mira como asustada—. ¿Quieres una tila?

—Soñé que el Escorpión seguía vivo y que te hacia algo. ¡Dios, te perdía! Gracias, me vendría bien una —digo llorando.

—Pero eso es imposible, ¿no? —Veo en sus ojos que está asustada —. Tranquilo, aquí estoy. Ahora vuelvo, no te muevas de aquí.

Veo cómo se va a la cocina, en diez minutos regresa, a donde estoy. Al darme la tila, la veo que pone cara de dolor.

—Tómatela amor, te vendrá bien.

—Gracias. —Me tomo la tila sin poder dejar de llorar.

—No, llores más amor, por favor. —Me abraza.

—No sabes lo mal que lo he pasado. —Me limpio las lágrimas.

—Ya pasó. —Nos besamos.

—Lo sé, lo sé. —La abrazo fuerte contra mí y me empiezo a reír.

—¿Qué pasa? —Me mira asombrada.

—Perdona por asustarte amor.

—No te preocupes.

—Es la primera vez que tengo una puta pesadilla. —Me rio mientras dejo la taza de la tila en la mesita y me tumbo, aunque sigo intranquilo mirando a todos lados, sobre todo la ventana y a la puerta.

—¿Qué pasa, amor? Me asustas. —Mira ella también y se abraza a mí.

—Nada, nada, de verdad. Vamos a ver si dormimos, pero sigue abrazándome por favor.

—Claro que sí. —Me abraza más fuerte.

Me quedo enseguida dormido, tenerla en mis brazos me calma.

¡Es mi refugio!

Amanece y me despierto, la miro sin moverme, sin hacer ningún tipo de ruido, veo como duerme, ella en sueños dice mi nombre y que le quiere.

Al rato ella abre los ojos y me ve.

—Hola. —Me sonríe.

—¿Te asusté mucho anoche? —Le sonrío.

—Un poco, pero tranquilo. ¿Qué hora es? —me pregunta con una sonrisa.

—No lo sé, las siete o las ocho de la mañana. Desayunamos y vamos a comisaría a ver a Aitor.

—Sí, vamos.

Mientras desayunamos, recordamos lo que tenemos que decir a Aitor. Cuando me doy cuenta, Elsa no ha comido, solo se ha tomado un café.

—Estás comiendo muy poco amor. ¿Estás bien? —Esto ya no es normal, algo le pasa.

—No tengo hambre.

—Pero comes muy poco, en serio, me tienes preocupado. Desde lo del almacén casi no comes.

—¿Qué quieres que haga? No me entra nada, tú come tranquilo.

—Solo me preocupo por ti. Vamos a ver a Aitor, que no quiero discutir contigo —le digo dándole la mano.

—Lo sé, tranquilo.

Vamos caminando de la mano y al llegar a la comisaría, la suelto y se mete las manos en el bolsillo y me alejo un poco de ella.

—¿Por qué haces eso? Si Aitor lo sabe —titubea sorprendida.

—Pero el resto de la comisaría no lo sabe. ¿O no te importa? —No sé si se avergüenza, de que sea ladrón, me ha

demostrado que no, pero no sé.

—¿Qué? Vaya, aún no me conoces, me da igual lo que diga la gente.

—Vale. —Me vuelvo a acercar a ella, le doy la mano y entramos.

Todos nos miran y le doy un beso. Para mi sorpresa, me lo devuelve.

Nos dirigimos al despacho de Aitor, algunos compañeros nos paran y preguntan si estamos juntos, otros murmullan y algunos pasan.

De repente ella, los mira y les salta con una de las suyas.

—Sí, estoy con él. ¿Algún problema?

—Pasa, ¿no ves que ellas me quieren a mí y ellos a ti? Solo es envidia, ¿vale? —le digo sonriendo. Me saca la lengua y le guiño el ojo, entramos en el despacho de Aitor.

Cuando entramos nos informa que no hay noticias del Escorpión, que parece que se la tragado la tierra. Y que no lo hizo solo que tuvo alguien, que le ayudaron. Me pregunta si me he pensado lo que me propuso… La verdad es que no porque es un cambio muy importante para mí. Así que le digo que me deje más días para pensarlo.

Salimos del despacho y, de repente, hay como un sonido fuerte y sordo, como de un disparo. Instintivamente, se pone delante de mí muy nerviosa. Y vemos como un compañero jugando con una pistola y empieza a temblar. Para que nadie sospeche nada, la abrazo y digo en alto.

—¡Ay! Elsa, no me abraces así en público que no respondo. —Ella sigue temblando y le digo al oído—. Tranquila.

—No sé qué me pasa… Lo siento, vámonos de aquí.

—Vale, vamos.

Salimos de la comisaría, vamos caminando. Ella no ha dicho nada desde que salimos.

—¿Qué pasa amor? Estas muy callada. —La miro asustado.

—Nada, nada, no sé, qué pasó ahí dentro me paralice. ¿qué me ocurre?

—Pues lo mismo que a mí con la pesadilla. —No estamos bien ninguno de los dos, tengo que pensar algo rápido.

—No, entiendo nada, nunca me había ocurrido, ya se me pasará. —Me saca la lengua.

—¿Sabes lo que estoy pensando? —pregunto.

—¿Qué?

—Pide las vacaciones —Se le ilumina la cara.

—¿Vacaciones?

—Sí y nos vamos los dos a Bora Bora.

—Vale, las cogeré.

—Y olvidarnos de esto.

—Bora Bora, vaya, si, ¡por favor! —lo dice absolutamente feliz, yo me alegro por ello.

—Vamos y se lo decimos a Aitor ahora mismo. Si quieres, claro.

—Sí, tuve yo la idea. ¿Piensas que te voy a meter en el avión y yo quedarme aquí?

—No, porque menudo plan, yo sola con tanto tío en cueros.

—Entonces te dejo a ti aquí, y voy yo solo con todos esos pibones en cueros.

—Que me dejas, pues me voy, por ahí yo sola.

—Es broma, tonta, vamos así en caliente para Bora Bora. Sin maletas ni nada, total no vamos a salir de la habitación del hotel, y en ella vamos a ir desnudos.

—Así sin nada más, yo te sigo.

—¿Vamos a ver a Aitor o marchamos directamente?

—Vamos a decírselo a Aitor, y nos vamos —dice ella feliz.

—Vamos. —La agarro de la mano.

Vamos directos al despacho de Aitor y entramos.

—¿Qué pasa chicos? ¿Qué ocurre? —Se sorprende al vernos de nuevo, no hace ni diez minutos que hemos estado con él.

—Elsa tiene algo que decirte.

—Dime Elsa, ¿qué pasa? ¿De qué se trata?

—Aitor, quiero cogerme las vacaciones que me quedan. Como sabes, no cogí casi nada.

—Pero estamos en mitad del caso. Sí, sé que tienes un mes, pero... —Se calla unos segundos.

—Aitor, tenemos que desconectar. El caso estará cuando vuelva, además el Escorpión no —dice ella, callándose.

—No. ¿Qué? ¿Sabéis algo que yo no? —pregunta, dudoso.

—No, dará problemas. —La aprieto la mano, como diciendo aquí estoy mi amor.

—¿Me ocultáis algo?

—Nada de verdad que no ocultamos nada.

—¿Seguro?

—Sí.

—Vale, anda, cógete las vacaciones que andáis algo raro los dos.

—¡Bien! Gracias.

—Venga, largaos, antes de que me arrepienta.

Salimos de la comisaría, corriendo y riendo como dos adolescentes. La cojo en brazos.

—Bien, vamos, amor.

—Sí, vamos.

—Taxi —exclamo, levantando la mano.

Subimos al taxi, nos besamos con pasión y, felices, nos abrazamos. El taxista espera indicaciones.

—Al aeropuerto, por favor —digo mirando al taxista.

—¿Qué? ¿Y los billetes amor? —me dice nerviosa de la emoción.

—Lo pillamos allí.

—Vale.

—O alquilo un Jet. ¿Qué más da? Lo importante es que vayamos juntos.

—Que no malgastes, bobo.
—Qué mejor que malgastarlo que juntos.

8. Bora Bora

NEAL

Llegamos al aeropuerto, salimos del taxi y vamos corriendo a donde venden los billetes. No la suelto de la mano en ningún momento. Corremos a la ventanilla y vemos a una chica, que no está nada mal, pero con el pedazo de mujer, que tengo al lado. ¿Para qué más?

—Hola —saludo a la chica que vende los billetes—. Dos billetes a Bora Bora, salida inmediata y vuelta abierta. —Cojo aliento repetidas veces, estoy fatigado.

—¡Qué! ¿Vuelta abierta? ¿Qué es eso? —me pregunta Elsa desconcertada.

—Que no tienen día fijo de vuelta —responde la chica de la ventanilla con una sonrisa hipócrita.

De inmediato, la recepcionista mira a ver si hay billetes.

—Hay dos billetes libres, tome señor. —La recepcionista me da los billetes.

—Gracias, guapa —digo pagando los billetes mientras le sonrío.

—Vamos, amor que perdemos el vuelo —comenta Elsa mirándome con una ceja alzada. Vale, quizá *el guapa* sobraba.

—Sí, vamos.

Subimos al avión y nos sentamos en nuestro sitio, hemos corrido muchísimo. Casi perdemos el avión.

—¡Por los pelos! —exclama Elsa.

—Te quiero. —La miro a los ojos y me acerco a ella—. Qué ganas de llegar al hotel y quitarte toda la ropa —le susurro al oído.

—Que ganas de llegar —comenta pícara.

—Sí, muchas. ¿Seguro qué nunca has hecho una locura así?

—Nunca —me confiesa ella.

El avión despega y con él todos los problemas que hemos dejado atrás. Varias horas después aterrizamos en Tahití y cogemos un pequeño avión que nos lleva a una pequeña isla de Fiji. Cuando vamos en el pequeño avión vemos un increíble paisaje porque fue hace muchos años un volcán, pero su mayor belleza es un gran arrecife que la separa del mar.

—¡Qué bonito! —Elsa está pletórica, tiene una sonrisa enorme en la cara.

Entramos en un hotel y en la recepción pregunto si tienen alguna cabaña con unas bonitas vistas. Milagrosamente, nos dicen que sí.

—Me la quedo —digo sin pensarlo dos veces.

Nos dan las llaves y llaman a un botones. Nos preguntan de una forma bastante curiosa si tenemos equipaje, pero decimos que no sin dar demasiadas explicaciones. Llegamos a la cabaña y abro la puerta. Es grande, luminosa, con una cama enorme y con una terraza preciosa pegada a la playa. En la parte de atrás hay como unos escaloncitos que dan directamente al mar, pues estamos justo encima del agua. Dejo que Elsa entre primero, abre la boca sorprendida.

—Es… es —balbucea recorriendo con la mirada cada rincón—. Es preciosa, amor, gracias. —La veo con los ojos chispeantes.

—Solos tú y yo, ni policías ni ladrones. Ni nada ni nadie. —Sonrío por estar con ella entre mis brazos, Elsa pega su cabeza a mi pecho—. ¡Qué maravilla!

—Solo una pareja que se quieren. —Elsa se relame los labios feliz.

—¡Sí! —Le doy un beso—. Mira, también tenemos un trozo de playa privada.

—¡¿Ah sí?! ¿Podré tomar el sol? —pregunta ella, río por lo bajo.

—Sí —respondo apoyándome en la pared cuando la he dejado libre para que husmeara la habitación—. ¿Lo quieres tomar ahora? —La miro sonriendo sin enseñar los dientes.

—¡Sí! —exclama contenta.

—Pues a desnudarse y a tomarlo, vamos a aprovechar que tenemos un trozo de playa privada —digo quitándome la ropa, Elsa me imita —. Espera un segundo amor, ven, quiero ver cómo va la herida. —Ella viene y le quito el vendaje—. Va mucho mejor, está cicatrizando muy bien.

—¡Ah sí! ¿La ves bien? ¿Los puntos quien me los quitará? —cuestiona Elsa con curiosidad.

—Te los quito yo, amor.

—¿Sabes? —pregunta—. Pues cuando veas me los quitas.

—Vale, ahora déjala que se aireé. ¿Vale?

—Vale. —Veo que sale corriendo para la playa y voy detrás de ella.

—Esto es el paraíso, ¡madre mía! —habla mirando para todos lados. Cuando llego a su lado, la cojo por la espalda y la abrazo.

—¡Oye! —Me besa entre risas.

—¿Te gusta mi amor? —pregunto.

—Me encanta, es nuestro paraíso. Solo nuestro.

—Sí, solo nuestro. —Le beso el cuello.

—Gracias, necesitaba desaparecer. Te amo.

—Ahora a desconectar, ¿vale? —La abrazo fuerte contra mí—. Nada del caso, ni de que eres policía ni de mi pasado. Ni de que Aitor quiere que trabaje con él.

—Hecho, solos tú y yo —me promete.

—Solo sol, sexo, playa y comida ¿vale? —Me alegro tanto, de verla así.

—Sí.

—Ahora a tomar el sol y a ponernos morenos. —Me río mientras nos tumbamos en dos hamacas desnudos uno al lado del otro.

—Gracias de nuevo. Te quiero, amor.

—Yo también te quiero, mi amor.

Estamos tomando el sol los dos juntos relajados, sin que nada nos importe, tumbados en las tumbonas. Sin pensar en nada más que en desconectar y disfrutar el uno del otro.

—Amor, yo me voy a dar un baño que tengo mucho calor. —Me levanto y salgo corriendo al agua.

—Vale, voy contigo ¡Ey, espera!

Viene detrás de mí y se tira al agua. Cuando el brazo toca el agua pone cara de dolor, como si le estuviera escociendo.

Nena eso es muy buena señal porque se está curando.

Cuando llega a mí, intenta hacerme una aguadilla. ¡Pero será…! Soy más alto, así que, con un movimiento, al final, se la hago yo. Nos reímos como locos.

—Que buena está el agua, ¡madre mía!

Veo como se sumerge y voy detrás de ella, pero yo me quedo un poco más sumergido. Entonces cuando salgo la cojo y la beso.

—Amor, ¿vamos a la cabaña? —pregunto con picardía—. Que me estas poniendo mucho así mojadita —le susurro al oído.

—Sí, vamos.

Veo que sale, esperándome en la orilla mientras me baila, riéndose.

—¡Mmm! —Levanto una ceja—. Sí, nena, pero báilame en la cabaña. ¿Qué te parece si me siento y me haces un baile?

Me baila yendo hacia la cabaña. Entra, pero, en cambio, me quedo viéndola desde la entrada, vislumbrando ese cuerpo de diosa que tiene.

—¿Vienes? —pregunta sensualmente.

—Claro —respondo, cerrando la puerta.

Me siento en la cama y Elsa se pone a bailar delante de mí, moviendo el culo, los senos… Se acerca y me besa. Sigue bailando,

poniéndome los senos en la cara. Empezamos a besarnos, acariciándonos y a amarnos el uno al otro sin importarnos nada más que solo nosotros y nuestro loco amor. Llegamos los dos al clímax, caemos a la cama quedando yo encima de ella. Al darme cuenta de que me he corrido, dentro la saco rápidamente.

—¡Mierda, mierda, mierda! —exclamo.

—Tranquilo. —Me mira con los ojos aún dilatados por la excitación.

—¿No te importa que me corriera dentro y a pelo? —pregunto asustado.

—Si quieres puedo tomarme la píldora para que te quedes más tranquilo.

—Tranquila —digo—. Si a ti no te importa a mí tampoco. La píldora es cosa tuya, mi amor.

—Cosa de los dos, ¿no crees? —contesta ella—. ¿Tú que quieres?

—Sí, a eso me refería, perdona —respondo rápido para que no lo interprete mal—. Ahora no quiero ser padre, quiero disfrutar más de ti. Ten en cuenta que llevamos pocos días juntos.

Ella se levanta y veo cómo se toma la píldora.

—¿Tú en ese tema que quieres? —pregunto mirándola.

—A mí lo que tú quieras —habla seriamente.

—Lo que yo quiera no, tendrás tu opinión digo yo. —Me levanto y la abrazo.

—Quiero un hijo tuyo, pero sé que no es momento. Lo sé.

—Quieres un mini ladrón correteando por casa y quitándose las esposas —canturreo, me gusta la idea—. O un mini madero intentando esposarme.

—Sí, me gustaría. ¿A ti no? —me pregunta con la mirada triste—. Sé que llevamos poco, pero creo que te he demostrado con creces que te amo. He hecho cosas que nunca haría con nadie ni por nadie.

—Sí, amor, lo sé —digo mirándola con cariño.

Observo que se levanta y se va corriendo a la playa. Yo voy corriendo detrás de ella, la cojo de los brazos y la miro a los ojos.

—Quiero ser padre ¿vale? Pero con una condición.

—¡Ah! Mi brazo, cuidado —gimotea.

—Perdona —me disculpo—. ¿Sabes qué condición pongo para ser padre?

—No lo sé —me dice casi gritando, exasperada.

—Que solo tú seas la madre, esa es la condición.

—¡¿Qué?! —exclama sorprendida, pero con una sonrisilla en los labios.

—Sé lo que hiciste por mí en este tiempo y si piensas que no te estoy agradecido, eso me duele. Mozzy y Rukus nunca me vieron llorar por nadie, solo he llorado por ti.

Ella me nota algo enfadado, aunque más bien es frustración.

—No es eso bobo. —Ríe—. Nunca he dicho eso. Solo que parecía que te reías de mí —responde separándose de mí—. Además, yo no he dicho de tenerlo ahora, solo que me gustaría. Nada más, pero que no pasa nada. Ya me tomé la píldora, tranquilo.

—Yo nunca me reiría de ti. Nunca. Y lo sé, estaba delante, pero parece que crees que no valoro lo que hiciste por mí.

—No he dicho eso, solo que has dicho que llevamos poco tiempo. Por eso te lo he saltado.

—Joder, es que llevamos...

—Estoy aquí contigo en Bora Bora, nunca he hecho una locura así con nadie y menos conociéndolo de solo tres o cuatro días. —Agacho la cabeza. —Me fui a vivir contigo sin conocerte, ah eso me refería nada más.

Veo como se tira al agua, se va nadando lejos de la orilla dejándome solo.

—Y yo me refiera a que tenemos que hacer más locuras como esta de venir a Bora Bora.

Y me marcho nadando para la otra dirección y al rato llego a la orilla, salgo del agua y me siento. Ella sale del agua y se tumba en la hamaca, a los dos minutos me levanto, voy a la hamaca y me pongo de rodillas a su lado con la cabeza baja.

—Lo siento amor, fue un malentendido. —Sigo mirando al suelo, un avergonzado—. Hicimos muchas cosas el uno por el otro, no se trata de quien hizo más por quien o quien valora más a quien.

—No pasa nada, tranquilo, lo sé. Por eso me dolió, solo llevamos tres días. Pero lo entiendo y no pasa nada, de verdad —me habla con la voz dolida, sin mirarme.

—A mí también me dolió que me echaras en cara lo que hiciste por mí. Como si lo que yo hice no contara, solo quiero una cosa y es estar a tu lado. —No puedo ser más sincero con ella.

—Yo también. Por eso estamos aquí, ¿no? —Me mira con ojos tristes.

—Sí, te prometo una cosa: esta es la primera y última discusión, ¿vale? —Frunzo los labios—. Sé que me quieres y que darías la vida por mí. Sabes que te quiero y que mataría por ti.

—Claro, prometido —contesta—. Lo sé, eso es lo que cuenta, nada más. —La abrazo.

—Otra cosa, cuando seamos padres nos tenemos que mudar de mi ático, no hay sitio para un mini madero o un mini ladrón. —Veo cómo se ríe—. Así quiero verte siempre, con esa sonrisa. Con la sonrisa que logró que este ladrón se quisiera reformar.

Nos besamos y nos abrazamos. Se hace de noche y decidimos pedir la cena al servicio de habitaciones. Cuando terminamos de cenar

(bueno, si se puede decir que Elsa ha cenado porque solo la he visto comerse media manzana), la abrazo a mi cuerpo mientras observamos la noche estrellada.

—¿Qué pasa? —pregunta ella preocupada.

—No quiero que te me escapes como antes —le soy sincero.

—No lo haré. —Me besa dulcemente.

—¿De verdad? —pregunto colmado de felicidad.

—Sí.

—Vale. —La miro sonriente, pero rápidamente la abrazo.

—¡Ey! ¿Qué pasa? —pregunta mirando para todos lados.

—No me fio, eres una poli. —Nos reímos los dos—. ¿Vida, me dejas ver la herida?

—Sí, mírala, ¿cómo esta? —Me lo enseña.

—Muy bien, le vino muy bien el agua de mar.

—Me alegro, ya apenas me duele.

—Creo que mañana te quito los puntos. ¿No ves ya está casi cicatrizada?

Al rato nos metemos en la cama. Nos ponemos hablar, pero al rato veo que Elsa se queda dormida. Al poco tiempo me duermo, pero son las 2 de la madrugada cuando vuelvo a tener una pesadilla, empiezo a moverme y, de repente, grito:

—Déjala en paz, hijo de puta, te voy a matar —exclamo dormido.

—Amor, ¿estás bien? ¡Amor!

—Te juro, por tu puta madre, que te mato. No, déjala.

—¡Neal!

De repente, me despierto sobresaltado.

—Elsa, Elsa. —La pego un empujón, sin querer—. ¿Dónde estás, amor?

—Aquí estoy. —Oigo desde el suelo.

—¿Estas bien? ¿Te he hecho algo? —pregunto preocupado.

—Estoy bien, fue un sueño, tranquilo. —Miro para todos lados—. ¿Estás bien?

—¿Dónde estamos? ¿Dónde cojones estamos? —pregunto muy alterado.

—Tranquilo, estamos en Bora Bora. —Me abraza—. Los dos solos, amor, tranquilo.

—¿Dónde está el Escorpión? —Empiezo a gimotear. —Amor, dime que estás bien. ¿Dónde está ese hijo de puta?

—Amor, estoy bien, mírame. ¿Ves? Estoy aquí. —Me coge la cara con sus manos, la miro.

—¿Estás bien, amor? —Le acaricio la cara.

—Sí, pero me preocupas. —Elsa frunce el ceño—. Ya van dos noches seguidas…

No respondo, solo respiro agitadamente. Pasamos un tiempo

abrazados, mi respiración se normaliza y veo que se pone a llorar.

—¿Qué pasa, amor?

—A mí nada. Es a ti, no estás bien —dice preocupada.

Me separo de ella y me pongo a buscarlo por todos lados, aún sin saber si esto era la realidad. Al rato, reacciono y le digo con mi voz habitual y la respiración ya normal.

—Amor, ¿volví a tener otra pesadilla? —La veo llorando y le limpio las lágrimas.

—Sí, pero esta vez estabas despierto —responde, limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano.

Me quedo sorprendido.

¡¿Qué nos está pasando?!

Ella se paraliza y yo tengo pesadillas.

—¿Estás bien? —me pregunta, asustada.

—Físicamente estoy bien, pero psicológicamente no—respondo analizando la situación—. No es normal que me pase esto.

—¿Quieres que nos volvamos a casa?

—No, nos quedamos —hablo rotundo.

—¿Seguro?

—Sí, ¡joder! Amor fuiste a escoger al novio que no puede dormir ni cuatro horas seguidas —bromeo.

Me vuelvo a dormir.

Al día siguiente lo pasamos muy bien los dos en la playa paseando, haciendo el amor, comiendo y bebiendo de noche vuelvo a tener una pesadilla más floja, después de dos noches sin pesadillas. Al cuarto día despertamos a la vez.

—¿Tuve pesadillas? —le pregunto con preocupación.

—No, ninguna, amor.

—Ya van tres días sin pesadillas. —Sonrío.

—Sí, te veo mucho mejor. —Me abraza.

—Gracias, amor. Sin ti no lo habría superado. Por cierto, ¡felicidades! Ya llevamos siete días juntos y aun no me has metido entre rejas.

—De nada, amor. —Elsa me saca la lengua, bromeando—. ¡Felicidades también a ti que no te has dejado atrapar!

—¿Cómo que no me dejo atrapar? Si llevamos cinco días en Bora Bora y no me he ido...

Nos encontramos en la cama luego de haber cenado, nos hemos pasado todo el día en la playa. Incluso nos hemos puesto morenos. Me encanta estar así con Elsa, sin embargo, comienzo a aburrirme un poco de estar en Bora Bora. Sol, playa, sexo… Me apetece viajar, llevarla a diferentes rincones del mundo.

—Cielo —susurro cuando veo que está con los ojos medio cerrados y la cabeza sobre mi pecho—, ¿qué te parece si mañana nos vamos?

Elsa abre los ojos, me mira con el ceño fruncido.

—¿Acabas de decirme de irnos o aún estoy soñando? —pregunta.

Río.

—No, boba. Es solo que me aburro de estar en Bora Bora, quiero llevarte a otros lugares.

—¿Cómo cuál? —pregunta curiosa.

—¿Qué te parece Aspen? —La miro con una sonrisa cerrada.

9. Aspen (Parte 1)

ELSA

Después de unas cuantas horas de vuelo, desembarcamos en el aeropuerto de Aspen.

¡¿Por qué tengo pánico a volar?! ¡Dios!

He tenido que disimular delante de Neal, me ha costado lo mío, pero he conseguido disuadirlo. En cuanto salimos, nos invade el frío. No puedo evitar tiritar, él se da cuenta y me abraza dándome calor.

—¡Qué frío hace! —exclamo arrimándome a él muerta de frío.

—Sí. ¿Vamos a comprar ropa? —me pregunta Neal buscando una tienda en el aeropuerto.

—Vamos que nos quedamos tiesos —murmuró.

Salimos disparados a la tienda.

—Sí —responde sin dejar de abrazarme.

Entramos en la tienda y todos nos miran pensando para sí mismos lo locos que debemos estar al llevar ropa de verano.

La dependienta se acerca a nosotros con cara de curiosidad.

—Hola, buenos tardes —dice Neal agarrándome.

—Hola, ¿en qué puedo serviros? —saluda ella, haciéndole ojitos a Neal.

—Queríamos comprar ropa de abrigo, lógicamente —respondo, resoplando.

—Echad un vistazo y si necesitáis ayuda, llamadme —responde la dependienta sin dejar de mirar a Neal.

—Por supuesto. —Noto que lo dice de una forma tosca.

Él me sonríe y nos ponemos a probarnos ropa.

La dependienta, alías hurraca que intenta quitarme a mí chico, no le quita ojo a Neal.

Aunque él está pasando olímpicamente de ella. No puedo dejar de

reírme internamente por las miraditas ridículas que la dependienta le está echando. Una parte de mí quiere arrancarle cada pelo de su cabecita, pero la otra parte disfruta viendo como Neal pasa de ella.

¡En todo su ego!

—¿Qué te parece esto, amor? —le pregunto. Me he puesto unos pantalones de esquiar y un anorak.

—Me gusta, amor —me dice sonriéndome—. Mira lo mío, ¿qué te parece?

—Perfecto, estás guapísimo. —Doy una vuelta sobre mí misma para que me vea bien.

—Tú también estás guapísima. Ahora los guantes, las gafas y los gorros. ¡Ah! Y botas también, no te se olvide. Y los esquís, claro.

Me encanta Neal, está en todo.

Cogemos todo lo que necesitamos y llamamos a la chica que nos atendió antes, la hurraca para que nos cobre.

—Sí, dígame, señor —dice mirando a Neal de arriba abajo, comiéndole con la mirada.

—¿Nos cobra, por favor? —le pregunta amablemente, sonriéndole con educación.

—Sí, son 1.500 dólares —responde la dependienta, una vez que ha pasado los productos por la caja.

—Toma y el cambio para ti. —Neal la guiña el ojo y yo le observo con una ceja alzada.

—¡Oh! Muchas gracias, muy amable. —Le sonríe con una de sus mejores sonrisas.

—Elsa, amor, vamos a registrarnos a un hotel. ¿Vale?

—Sí, vamos Neal —murmuro seca, agarrando una de las bolsas.

La dependienta le giña el ojo a Neal, él se despide al marchar y me abraza. Salimos de la tienda, ya sin frío porque tenemos la ropa adecuada. Buscamos un taxi para que nos lleven a un hotel.

—Ya no saben qué hacer para vender, ¿verdad, amor? —me pregunta Neal.

—Ya te digo. —Mi voz suena con recelo, pero enseguida se me pasa porque él está conmigo.

—Pensé que se metía en el probador conmigo —bromea.

—La muerdo si se llega a meter —bramo, celosa.

—No la dejaría entrar, ¿no ves que no es mi tipo? Mi tipo es una policía con la que voy de la mano y que tiene carácter.

—Lo sé, lo sé —digo, poniéndome de puntillas y besándole.

Cogemos un taxi, recorremos la ciudad y vemos un hotel que está al lado de las pistas, perfecto para pasar unos días esquiando.

—¿Te gusta este hotel? —Le señaló uno.

—Sí, además estamos cerca de las pistas de esquí —habla mirando por la ventanilla.

—Pues aquí nos quedamos —digo abrazándolo.

Entramos en el hotel, me deslumbro con lo grande y luminoso que es, con un estilo muy elegante. Tiene unas escaleras preciosas y deja ver una entrada increíble. Tiene servicio de guardacoches incluido. Entramos a recepción, que está justo en enfrente, y nos dirigimos a allí.

—Hola, buenas tardes —dice Neal.

—Hola, buenas tardes —habla el chico de recepción, que no deja de mirarme. Observo a Neal y le noto serio, como si no le hiciera ni pizca de gracia.

—Mire. —Se apoya en el mueble—. Queríamos una habitación con cama de matrimonio. —Neal le habla, serio—. Amor, vete a coger un panfleto de esos de las pistas, por favor.

—Vale, voy. —Le beso, andando hasta los panfletos.

Al cabo de unos minutos, noto como alguien me abraza por la espalda.

—Amor, ya tenemos habitación.

—Vamos a verla, ¿no? —Estoy impaciente por ver la habitación.

—Sí, vamos. —Me sonríe.

¿Qué tramará este?

Subimos en el ascensor hasta el último piso y veo que saca una tarjeta para abrir la puerta. Me mira sonriendo y la abre.

—Pasa. —Neal me deja pasar—. ¿Te gusta?

—¡¿Qué?! —exclamó al ver la habitación—. ¡Dios mío! ¡Qué habitación! —Miro para todos lados—. Amor, es demasiado.

—Es la que había. —Se encoge de hombros.

Me está mintiendo, lo sé. Aunque no está nada mal, no voy a fastidiarle la sorpresa porque en el fondo me encanta que me cuide así.

—¿Descansamos para ir a cenar? —me pregunta dejando las cosas en el suelo y desperezándose—. ¿Te gustan las vacaciones?

—Sí, descansemos. —Le miro con una sonrisa en los labios—. Mucho amor, gracias, es lo que necesitamos. —Le abrazo con cariño.

—Aitor va a flipar cuando se lo contemos. —Se ríe.

—¿Me puedes ver la herida? Me tira mucho —le comento, incómoda.

—Normal, no te quité los puntos al final.

—Vaya, es verdad —admito, acordándome.

—Voy a pedir un botiquín, vengo ahora.

Me dice dándome un beso y regresa después de quince minutos con el botiquín.

—Amor, quítate la parte de arriba. —Me lo quito sin rechistar—. ¡Cómo me gusta verte quitarte la ropa!

Me río, pero, de repente, me pongo seria.

—Me va a doler, ¿verdad?

—Sí —murmura sincero.

—Vale —respiro hondo.

—Siéntate —me dice, señalándome una silla.

—Está curado, ¿no? —Me siento y lo observó.

—Sí, ahora hay que quitar los puntos para que cierre bien la herida. —Me sonríe.

Abre el botiquín y saca: unas gasas, alcohol, unas tijeras y unas pinzas. Coge el algodón, lo empapa en alcohol y limpia la herida con delicadeza.

—¡Aún escuece! —exclamo.

Neal coge las tijeras y va cortando los puntos. Me muerdo el labio por el dolor. Agarra las pinzas y, antes de ir sacando los hilos cortados, me mira.

—Ahora es cuando va a doler —me dice sincero.

—Vale. —Me muerdo el labio inferior.

—¿Quieres cogerme la mano, amor?

—No te preocupes, dale. —Él me mira y me quita el primer hilo—. ¡Ay! —exclamo adolorida.

—Lo siento, amor, no hay otro modo.

—Ya, ya. —Me quita el resto de puntos—. ¡Uf, por Dios! —Se me saltan las lágrimas.

—Ya he terminado amor. —Me da un beso.

—Gracias, mucho mejor así. —Respiro, tranquila—. ¡Qué a gusto! Pero qué dolor —comento mientras él me limpia la sangre seca de los hilos y me pone una gasa con un poco de esparadrapo.

—Vaya cicatriz, ¡mola! Así, aunque me dejes, nunca te olvidarás de mí. Es broma —bromea terminando de ponerme la gasa.

—Es tu marca. —Le saco la lengua divertida.

—Serás… —Ríe—. ¡Hala! Amor, ya estás al 100%. —Me da un pico.

—Sí, lista para aventuras. Has visto la cama. —Le guiño un ojo, pícara—. Es enorme.

—Más sitio para... —Se calla, guiñándome un ojo—. Pues mira las vistas. —Neal abre los visillos de la ventana.

—¡Guauu! Menudas vistas. ¡Si se ven todas las pistas! Son enormes… ¡Qué miedo! —La verdad, no sé si sabré esquiar y eso me da un poco de miedo.

—¿Miedo? No pasa nada, yo estoy contigo.

Le abrazo mientras lo observó con una sonrisa ladeada.

—Además, no vamos a empezar por lo difícil.

—Vale, es que yo no sé...

—Subimos poco a poco la dificultad, según te veas tú y te vea yo; porque, ¿quieres que te enseñe yo o un profesor de esquí? —me

pregunta.

—¿Quién mejor que tú? —hablo sincera, no creo que haya alguien mejor que él. Pondría mi mano sobre el fuego por Neal, confío mucho en él.

—Pues mañana empezamos, ¿vale? Ahora a disfrutar de este precioso paisaje.

Decidimos arreglarnos un poco e irnos a cenar por ahí para conocer el sitio, pero antes vamos a tomar una copa. Salimos, voy agarrada a él y bajamos en el ascensor. Al salir, el recepcionista no puede evitar mirarme, pero como voy en mi mundo ni me entero. Nos ponemos a andar, agarrada a Neal, cuando delante mía se abre unas vistas alucinantes: las montañas todas nevadas.

—¡Ostras! ¡Qué precioso paisaje! —exclamo sin dejar de mirar las montañas.

—Sí, son maravillosas. ¿Sabes una cosa? —Desvío mi mirada hacia Neal.

—¿Qué?

—Desde que duermo bien y tú no tienes sobresaltos soy muy feliz —me confiesa aliviado—. No puedo pedir nada más.

—Sí, yo también, me tenías preocupada, mi amor.

—Bueno, sí —me dice con ojos traviesos.

—¿Qué? —pregunto curiosa.

—¿Me dejas robar ese banco? ¡Por fi! —Le miro con sorpresa, me enfado y se me hace una arruga en la frente—. Es broma. —Me separo —. Ven aquí, boba, que es broma.

—Lo sé.

—¿Te imaginas que mientras estemos aquí lo roban? Vendrían a por mí de cabeza, pero te tengo a ti de coartada.

—Sí, no me voy a separar de ti ni cuando vayas al baño.

—¡Vaya! Ni mear a gusto. —Nos reímos a carcajadas mientras andamos.

Vemos un bar y decidimos entrar. Y, cómo no, hay una chica tremenda. Nos atiende y no para de hacerle ojitos.

¡Uf, como la pille…!

Menos mal que Neal ni la mira. Me voy un momento, inventándome una excusa, dejando a Neal solo tomándose un vino. Quiero hacerle un regalo y he visto una joyería cerca. A los cinco minutos vuelvo con mi regalo en mano.

—Ya estoy aquí, cierra los ojos, amor. —Él los cierra mientras saco una caja—. Ábrelos.

Los abre y ve una caja delante de él.

—¿Y esto? —pregunta tomando la caja entre sus manos.

— Un regalo, ábrelo.

—A ver… —Coge la caja y lo abre. Ve una pulsera con esposas—.

¿Y esto?

—Para que recuerdes a tu poli favorita. ¿Te gusta?

—¡Sí! Es precioso. —Con el entusiasmo que me lo ha dicho hace que no pueda dejar de reír y le abrazo.

—Trae, amor, que te pongo la pulsera. —Se la pongo mientras sonrío abiertamente—. Estas son las únicas esposas que no debes quitarte.

—Vale, prometido. Estas no me las quito, ni tengo intención de aprender a quitármelas. —Se mira la muñeca—. Me encanta mi amor.

—Me alegro qué te guste.

Nos tomamos unos vinos y Neal me dice si me parece buena idea que pinte las vistas que hay en la terraza, así que preguntamos dónde podemos comprar lo necesario.

—Vamos, amor, en la calle de arriba hay una tienda de pintura —dice cogiéndome de la mano—. Eh, mira. —Me enseña su muñeca.

—¿Qué pasa? —le pregunto curiosa.

—¿Ves? Aún no me he quitado las esposas. —Ríe.

—Más te vale —lo amenazo en broma.

—Cómo me gusta hacerte sonreír.

Llegamos a la tienda y casi está cerrando, es una tienda pequeña de esas antiguas que llevan muchísimos años abierta. Entramos, hay un señor mayor en el mostrador. Neal pide lo necesario para poder pintar el cuadro, cuando nos los da y pagamos salimos dirección al hotel.

Entramos, dejamos las cosas en la habitación y bajamos a cenar al restaurante del hotel. Nos sentamos en una mesa, a la hora y media terminamos de cenar. Hemos bebido y no paramos de reír. No cambiaría nada, es todo perfecto. Pienso en si será un sueño. Porque si es así, no quiero despertar. Después nos vamos a la habitación, la verdad es que tanto viaje cansa a cualquiera. Por lo que veo, Neal piensa lo mismo que yo, nos ponemos cómodos y nos tumbamos. Nos dormimos enseguida, abrazados. Neal duerme toda la noche de un tirón, sin embargo, yo me despierto varias veces, pero no me muevo para no despertarlo.

A la mañana siguiente, entra la luz y, con la claridad, Neal se despierta.

—Espera un momento —me dice viendo que empiezo a despertarme.

—Vale —digo, aun medio dormida.

—No te muevas. Me encanta cómo se refleja la luz en tu pelo. —A los cinco minutos Neal me deja moverme—. Ya está amor, ya te puedes mover.

—¡Mmm! —Me estiro y noto cómo me mancha la nariz de carboncillo—. Pedorro.

—Seré un pedorro, pero soy tu pedorro. —Me abraza.

—Sí, mi pedorro. —Me levanto—. ¿Puedo ver el dibujo?

—No —dice mirándome—. No enseño el dibujo hasta que no está terminado, es una manía.

—Vale, lo entiendo.

—Ven, amor. —Me acerco a él.

—¿Qué pasa? —Él me abraza—. ¿Ocurre algo?

—Igual cojo temporalmente lo que me ofrece Aitor. —Al oír eso me alegro, el cambio sería perfecto para él.

—Me alegro por ti, te vendrá muy bien.

—¿Te gustaría que aceptara? Aunque piensen que me enchufaste… —Lo miro.

—Yo con lo que seas feliz, ya te dije que lo que piensen la gente me da igual —digo muy sincera.

—Vale, pues nada, ¿qué tal compañera?

—Muy bien, compañero. —Le beso.

—No lo hago porque me haga feliz —declara.

—¿Entonces? —Frunzo el ceño.

—Para engañar a Aitor, sobre el Escorpión.

—No lo hagas por eso, estoy yo allí. ¿Por qué crees que no lo he dejado?

—Sí, hasta que se enfríe el tema.

—Tranquilo, estoy yo allí. No lo hagas por eso, ya te dije que diría que lo maté yo.

—Yo lo maté, yo cargo con la responsabilidad que ya hiciste mucho por mí.

—No.

—Sí, amor.

—No y punto —espeto—, fui yo.

—Cielo, es más fácil que yo le pueda engañar de donde puede estar porque soy el que se mueve en ese mundillo. ¿Me entiendes?

—No me parece buena idea, pero tú mismo.

—Es temporal, unos meses, ¿vale?

—Tú mismo, como quieras. —Miro para otro lado.

—¡Eh! Mírame —dice preocupado—. En unos meses esto se enfriará y lo dejaré. Un tiempo después lo dejas tú y nos venimos a vivir aquí.

—Puto Escorpión —murmuro tocándome la herida del brazo.

—Tranquila, ya no nos molestará más.

—Que se quede en el infierno, ojalá le hubiera matado yo.

—No, eso sí que no. Él era mío —dice él enfadado, serio.

—Fuimos imbéciles, teníamos que haber dicho que le maté yo. Porque me disparó que si no….

—¿Y cómo explicamos mis huellas en tu arma reglamentaria?

—Defensa propia, disparo a una poli. Si es que fuimos imbéciles.

—Y que no coincida la bala de la pierna con la de la cabeza. Ya está, ya está —me dice viendo que me pongo mal, respiro hondo—. Hicimos lo que teníamos que hacer y ahora está enterrado a 40 metros en Siberia.

—Sí. Te quiero. —Nos quedamos un rato los dos abrazados, en silencio sin decir nada.

—¿Estás bien amor? —pregunta preocupado.

—Sí.

—Vale. ¿Qué hice para merecerme a una chica tan buena, guapa y lista como tú? —Me besa.

—Aparcar mal porque te multé y gracias a eso estamos aquí —hablo sacándole la lengua.

—Hostia qué liada, aún no he pagado la multa. No voy a ir a la cárcel por asesino y si por no pagar una multa.

Le miro riéndome.

—Todo un delincuente.

Me abraza y mete sus manos por debajo de mi camiseta, le beso mientras me acaricia la espalda.

—Me han dicho que mi profe de esquí está tremendo.

—Sí. ¿Te quieres ir con él? —me pregunta siguiéndome el juego.

—Hombre, si esta bueno… ¡Ni me lo pienso! —Me río pícara.

—Vete, quién te lo impide —me reta.

—¡¿Ah sí?! —Salgo de la cama.

—Vete, vete, que cuando vuelvas igual te llevas una sorpresa —bromea.

—¡¿Ah sí?! —Salgo moviendo el culo.

—Si sales no cojas frío, que no llevas camiseta. —Se ríe él a carcajadas.

—¡Ups! ¡Qué frío! —Salto a la cama y me tapo. De repente, suena un petardo y me paralizo. Tiemblo de arriba abajo y me toco el brazo.

Él deja de reír.

—Amor, no pasa nada. —Me abraza, Tiemblo—. ¡Eh, mírame! Está todo bien, ¿vale? No pasa nada.

—Nos disparan… —Tiemblo, sin entrar en razón.

—No, es un petardo amor. —Tiemblo en sus brazos—. Estoy contigo, abrázame. —Le abrazo y me empiezo a tranquilizar—. Tranquila no pasa nada.

—¿Por qué me pasa esto? —lloriqueo.

—Solo es un niño jugando.

De repente, oigo otro petardo.

—¡No! Cuidado amor. —Me hundo en su pecho.

—No pasa nada. —Me acaricia la cabeza para tranquilizarme.

—¡Uf! —Respiro hondo y me tranquilizo.

—Vale, no pasa nada. Todo está bien.

—Gracias, ya estoy mucho mejor —hablo respirando hondo.

—¿Mejor mi amor? —me pregunta preocupado.

—Lo siento, sí, mucho mejor.

—No, no lo sientas. —Lo abrazo—. ¿Me dejas un huequín en la manta?

—Sí. —Le hago un hueco y se mete conmigo. Nos tapamos.

—¿Ves? No pasa nada —dice Neal preocupado.

—Sí, mucho mejor —contesto sin dejar de abrazarlo.

—¿Estás más tranquila o voy a buscar al profesor para que te haga el boca a boca? —me dice para hacerme reír.

—¡¿No!? Quédate aquí, por favor, no me dejas sola.

—Vale. —Le abrazo fuerte—. Me quedo aquí contigo, oye, que no me voy a ir con la camarera. —Me río.

—Así me gusta, sonríe para tu ladrón favorito. —Nos reímos los dos—. Una cosa la camarera, el profesor, tú y yo, creo que no entramos los 4 en esta cama por muy grande que sea.

—La camarera fuera —digo seria.

—¡No te jode! El profesor también. —Veo que también se pone serio.

—Vale, fuera también.

—¿Estás más tranquila? ¿Ya te se pasó el susto?

—Sí, gracias. ¡No sé qué me pasó!

—Por lo que vi, creo que reviviste lo del almacén.

—¿Qué? ¡Vaya!

—Sí —afirma—, al oír el ruido lo primero que hiciste fue tocarte la herida.

—¿En serio me la toqué? —pregunto sorprendida.

—Sí.

—No podemos seguir así —digo—. ¿Qué podemos hacer?

—No lo sé, pero así no podemos seguir —contesta muy preocupado.

—No sé qué podemos hacer, solo espero que no pase otra vez.

—Tú con cualquier ruido que parezca un disparo te paralizas y tiemblas, yo no duermo bien por las noches por si tengo una pesadilla… por si te hago daño.

—No me haces daño, tranquilo. —Le doy un pico.

—Aún no te lo hice.

—No me lo harás —digo dulcemente, acariciando su cara.

—Prefiero no comprobarlo.

—Tienes que descansar.

—Y tú no te puedes paralizar así. ¿Qué pasaría si te pasara en el trabajo? —me pregunta asustado por mí.

9. Aspen (Parte 2)

ELSA

Me encuentro totalmente sumida en su mirada, esos ojos que me incitan al pecado, a la irracionalidad y a la locura.

—No lo sé. —Desvío la mirada al suelo—. Se ve que la imagen tuya, esa en la que te van a disparar, me mata.

—Además, ¿cómo me pondré si vas a trabajar y me quedo en casa? —pregunta él.

—Estaré bien. —Intento tranquilizarlo.

—No te hagas la fuerte, ¿vale? Estás conmigo, no en la comisaría.

—Lo sé, tendré que serlo ¿no? —No me quedará otra opción.

—Sí, pero se ve que ninguno está bien. Antes o después Aitor lo descubrirá. Algo tenemos que hacer. —Me muevo inquieta.

—Intentaré ser lo más fuerte que pueda —confieso, aunque lo digo más bien para tranquilizarlo. No estoy segura de poder, pero eso no se lo voy a decir a Neal.

—No es ser fuerte o no, es de la cabeza porque los dos revivimos diferentes situaciones. Tú lo del disparo y yo cuando se metió en el coche, sabes perfectamente que cuando te pierdo de vista me altero —me dice confesando sus miedos.

—Pues no te altares, estoy cerca de ti siempre.

—Lo sé, pero es inconsciente.

—Ya.

—Fuiste a por la caja que me regalaste y no paraba de mirar a todos lados y a todo el mundo. Si alguien se llega a mover creo que hubiera salido corriendo detrás de ti.

—Tranquilo, amor —digo mientras le acaricio la cara con cariño.

—No puedo, me supera. —Le beso.

—Siempre estaré a tu lado, a tu vista. ¿Vale?

—Gracias —dice mirándome directamente a los ojos—. Y yo siempre lo estaré. Cuando haya un ruido, lo primero que sentirás seré yo abrazándote y diciendo que no pasa nada.

—Gracias, amor. Ya se nos ocurrirá algo, ¿no crees?

—Sí, seguro que sí. —Neal sonríe.

—Siempre juntos. —Le beso.

—Siempre. —Me devuelve el beso.

Como son las 11:30, pensamos que nos vendría bien dar un paseo hasta las pistas y tomar un café calentito en la cafetería de la estación con los esquiadores a pie de pista. Neal me ha prometido que mañana me enseñaría a esquiar. ¡Qué nervios! Luego comeremos y nos relajamos en la habitación, aunque me ha dicho que quiere pintar.

Salimos de la habitación y nos cruzamos con varias parejas, bajamos en el ascensor y pasamos por la recepción. El recepcionista se fija en mí, veo que no puede evitar mirarme de arriba abajo. Salimos del hotel. Vamos a las pistas cogidos de la mano.

—¿Sabes una cosa? Desde lo del almacén no tengo apetito, pero hoy me muero de hambre —le confieso.

—¿Ves? Sabía que no era normal. Pues a desayunar mientras vemos cómo bajan esquiando. —Me abraza.

—Sí —afirmo—. ¿Tú no tienes hambre?

—Yo ahora sí —dice mirándome feliz.

—¡Qué pistas más grandes! ¿No serán muy peligrosas? —le pregunto sin dejar de mirarlas.

—No, porque cuando llegues a ellas ya sabrás esquiar. Lógicamente no te voy a meter por ahí.

—Lo sé, amor.

Entramos en la cafetería. Desayunamos, al principio algo nerviosos, pero luego nos vamos relajando. Nos hacemos bromas, nos reímos, nos besamos… Como si fuéramos una pareja totalmente normal, sin problemas y confieso que este rato me ha sabido a gloria.

De repente, me voy al baño y cuando regreso, veo a Neal nervioso mirando a todos lados. Cuando llego a él, le beso y se tranquiliza de inmediato.

—¿Vamos a dar un paseo, amor? —pregunta Neal.

—Sí, vamos. —Le cojo de la mano.

Salimos de la cafetería, cuando noto que se para y respira hondo. Le miro preocupada. ¿Cómo podría ayudarlo?

—¿Todo bien? —Le miro con el ceño fruncido.

—Sí, sí, ahora sí —habla más relajado y sincero.

—Ahora sonríe un poco. —Le beso.

Me sonríe y me sube a la espalda, me sorprendo porque no me lo esperaba.

—¡Ehhh! —Me mira—. ¿Qué pasa, amor?

—Nada. —Sonríe—. Que soy muy feliz. Estoy en un sitio precioso con la mujer más guapa que jamás he visto —me dice dándome un beso de película aún en sus brazos.

—¡Oh! —Me baja al suelo—. ¿Vamos a comprar algo de recuerdo?

—Vale.

Vamos caminando y vemos una tienda de souvenirs, entramos y nos ponemos a buscar algo que nos guste, pero no tenemos suerte, así que nos vamos a otra. Esta parece más completa porque es la típica tienda grande, que puedes encontrar de todo como, por ejemplo: bolas de nieve, imanes, llaveros… Nos ponemos a mirar y veo un osito.

—Mira, es precioso. —Se lo enseño.

—¿Te gusta? —me pregunta Neal riendo por lo bajo.

—Sí, me recuerda a ti. —Le saco la lengua.

—¿Que insinúas? ¿Qué me tengo que depilar?

—¡No! Así estás perfecto.

De repente, oímos gritos que vienen de la calle. Nos miramos y salimos de la tienda corriendo a ver qué pasa.

—¡Al ladrón, al ladrón! —Se oye.

Neal sale corriendo detrás de él en diagonal para interceptarlo, lo veo. Mi instinto dice que vaya detrás del ladrón, pero veo una pistola y miro a Neal que no se ha dado cuenta aún del arma. Voy corriendo a donde está, Neal se tira encima de él y le da un golpe en la cabeza.

—¡NEAL! Cuidado tiene un arma —grito temblando y tocándome el brazo.

Está encima de él, ve que se le cae la pistola de la mano, la coge y grita.

—Amor, estoy bien.

—¡Cuidado tiene una pistola! —repito y me quedo parada mirando el arma, temblando.

Llega un tío y ayuda a Neal con el ladrón. Él se levanta y ve que estoy parada y temblando, sale corriendo hacia mí.

—Amor, amor, estoy bien. —Me abraza fuerte, me besa, pero sigo temblando. —Tranquila estoy bien, no pasa nada —habla mientras me toco el brazo aún en shock.

—Nos ha disparado —digo sin reaccionar, sin parar de tocarme la herida.

—No, no disparó —dice mirándome—. No le ha dado tiempo, estás ilesa al igual que yo, tranquila. Mientras me tranquiliza, llega la policía y le gritan a Neal que tire el arma y se tire al suelo.

—Tranquilos. —Oigo que dice mientras se da la vuelta y tira el arma.

—¿Qué? ¡No! —Reacciono.

La policía le grita a Neal que se tire al suelo de rodillas y con las manos arriba.

—Perdonad, soy policía en España, este hombre solo ha ayudado —hablo para ayudar a Neal.

Llega la persona que fue robada y le dice a la policía que es inocente.

—Dejadlo en paz. —Me lazo al suelo con él abrazándolo.

Sale el dueño de la tienda, donde estábamos y les dice que él capturó al ladrón.

—Tranquila, mi vida. —Me mira a los ojos—. No he hecho nada.

La policía habla con los testigos y sueltan a Neal pidiéndole disculpas, nos levantamos del suelo.

Me mira con los ojos llenos de lágrimas.

—Amor, lo siento.

—Te querían llevar. —Lloro.

—Tranquila, ¿vale? Ya se arregló, solo era un malentendido.

Me enseña sus manos, la gente le aplaude y silva a la policía.

—Lo siento, lo siento, mi amor, lo siento —me dice una y otra vez Neal.

—Tranquilo, estoy bien. —Nos abrazamos mientras él sigue pidiendo perdón—. Te quiero amor. ¿Estás bien?

—Sí, sí, solo me preocupas tú.

—Y a mí me preocupas tú.

—¿Ya estás más tranquila?

—Sí —afirmo.

—Me alegro —dice.

Nos abrazamos e intentamos entrar en la tienda. La gente nos saluda y nos felicita por la buena labor social de Neal.

—Amor, cómo te aplauden —comento sonriendo, noto que se pone colorado—. Estás muy guapo cuando te pones colorado.

Llega la persona que le robaron y se abraza a Neal, dándole las gracias llorando del susto aún. Él le dice que no es nada.

—¿Pero no se lo puedo contar aquí? —pregunta Neal con voz temblorosa, mirándome.

El agente se nos ha acercado y nos ha preguntado, necesita saber qué ha pasado exactamente.

—No se preocupe solo va a ser un momento, señor —habla el agente.

—Amor, creo que hemos de ir a comisaría. —Me mira.

—Vamos, amor. —Le miro y nos cogemos de las manos.

Llegamos a comisaría, los dos agarrados de las manos sin soltarnos ni un momento.

Nos dicen que no puedo pasar a la sala de interrogatorios, que debo quedarme en la sala de espera. Cuando lo dicen noto cómo Neal me mira asustado, preocupado porque se separa de mí. Los veo alejarse y me siento en un pequeño rincón. Al cabo de una media

hora Neal sale andando muy rápidamente de la sala, está tan nervioso que ni me ve. Le veo muy alterado así que me levanto y le abrazo. Eso hace que se calme de inmediato.

Decidimos ir al hotel, estamos inquietos y necesitamos descansar. En todo el camino al hotel no ha dicho una palabra, nunca le había visto así. Me pongo triste ya que no sé cómo ayudarlo. Tardamos un rato en llegar, allí se encuentra el recepcionista, pero ninguno de los dos le hacemos caso y subimos a la habitación. Entramos.

—Estás muy callado, amor. ¿Seguro qué estás bien?

Dime algo, por favor, este silencio sepulcral me mata.

—Sí, amor, de verdad. —Nos abrazamos—. Amor, me voy a echar un poco.

—Sí —contesto acariciando su cara con suavidad—, descansa. Te vendrá bien.

Nos tumbamos y apoyo mi cabeza en su pecho, me quedo dormida en seguida hasta que siento como alguien me besa la frente. Abro los ojos.

—Te he despertado amor. —Me acaricia el pelo.

—No te preocupes, ¿tú no duermes, cielo?

—Sí —afirma—. En un rato me dormiré.

Al poco nos quedamos dormidos. Me despierto y veo que llevábamos casi toda la tarde durmiendo, le miro y me muevo intentando no despertarle hasta levantarme por completo de la cama. Él se remueve y no lo me nota. Se despierta sobresaltado y me busca por la habitación cuando me ve salir del baño.

—¡Uf! —Suspira, se relaja y me sonríe.

—Hola, ¿ya te has despertado? —le pregunto.

—Sí —afirma tragando saliva, con una clara erección entre sus piernas. Me tumbo a su lado nos besamos y nos abrazamos—. Te quiero.

—Yo también te quiero mi amor. —Le devuelvo el beso y le hago cosquillas.

—Para, para, qué mala eres. —Neal se retuerce sin parar de reírse.

—¿Ves? Estás más guapo cuando te ríes que cuando lloras. —Le hago más cosquillas.

—Pero qué… ¡para! —Ríe—. Y vamos a hacer algo de adultos —me dice con una voz sensual, pícara, deseándome.

Me acerco a su boca, le beso con pasión a lo que Neal reacciona y me lo devuelve acariciándome por debajo de la ropa, a lo que le quito la camiseta y le muerdo el labio. Él gime al notar el mordisco y me quita la camiseta.

Me arrimo más a él y siento su duro miembro. Al notarlo se lo acaricio, le quito los pantalones junto a los bóxers y le masturbo despacio.

—¡Mmm! Sí, nena —murmura con la voz ronca y entrecortada.

Mientras sigo con mi mano, le beso con pasión para que note cómo le deseo. Nos dejamos llevar por la efusión y el amor que nos tenemos, llegamos al máximo placer los dos. No podríamos vivir el uno sin el otro.

—No sabes lo que me tranquiliza y calma hacer esto. —Suspira Neal.

—Y a mí —comento —. Amor, voy al baño a limpiarme. —Le beso.

—Claro amor, ve.

Al rato salgo desnuda y mojada, veo como está pintando las vistas que tenemos desde la ventana, no se da cuenta que he salido del baño y que me estoy secando.

—Amor, ¿tienes hambre? —Le miro mientras me seco y me tumbo en la cama.

—¡Joder! ¿Cuánto llevas ahí? —pregunta asustado.

—Te he hablado, pero como no me escuchas cuando pintas… —Sonrío—. Así que me dedico a verte.

—Cómo me pone que me veas pintar y que estés desnuda.

Le sonrío tumbada en la cama, pasan varias horas pintando ya casi es de noche y, al final, me quedo dormida. Pero al rato me despierto. Me estiro y veo que no está pintando.

—Neal, Neal —lo llamo mientras lo busco con la mirada.

—Vaya ¿ya te despertaste, amor? —pregunta saliendo del baño.

—¿Por qué no me has despertado?

—Iba hacerlo ahora a mi manera, pero ya nada.

Me enseña el cuadro que ha terminado. ¡Guau! Es increíble, precioso. Pedimos algo al servicio de habitaciones, nos comemos una tortilla que según Neal no tiene nada que ver con la mía. Como me dijo: Sí, no tiene nada que ver. La tuya está mucho más buena. Pero noto que ha comido poco y le miro.

—Amor, me voy a acostar que me duele la cabeza.

—Vale, acuéstate. No has cenado nada —le digo preocupada.

—Ya, es que no me encuentro bien, será de las pinturas y el disolvente.

—Has estado muchas horas. Anda, descansa. —Le beso.

—Sí, será por eso, tenía que haber abierto la ventana. —Se tumba en la cama.

—Amor, yo estaré aquí, ¿vale? —digo preocupada, mirándolo.

—Sí, sí, tranquila.

Poco a poco, veo que se acurruca en la cama hasta que se queda dormido y le miro dormir.

Sin hacer ruido recojo la habitación, al rato salgo a la terraza veo el paisaje. Cojo el móvil y me pongo música.

De repente, sin esperarlo, noto como me besan.

¡Qué susto!

—Ey, ¡qué susto! —Le devuelvo el beso.

—¿Te puedo hacer compañía?

—Claro que sí.

Neal hace que me levante y me agarra, se sienta en una de las hamacas y me pone encima suyo. Apoyo mi cabeza en su pecho y me rodea con sus brazos.

—Quiero estar así siempre, amor.

—¿De verdad? —pregunta sorprendido.

—Sí. ¿Tú no? —cuestiono extrañada.

—Sí, llamamos a Aitor y lo mandamos todo a la mierda. Nos quedamos así el resto de nuestras vidas abrazándonos —habla la mar de sincero.

—¿De qué viviríamos amor? Pero me quedo así abrazada a ti.

—Puedo dar un gran golpe y vivir de los beneficios. —Me remuevo en sus brazos.

—¿Qué? No quiero que hagas eso —digo apartándome de él, mirándolo.

—Tú preguntas, yo respondo. ¿Seguro? —Me pongo seria mirándole—. Son más de 70.000.000 millones de euros.

—¿Qué? —Me levanto—. ¿Cómo lo sabes? ¿Lo has estado viendo o qué?

—Antes de que Aitor me pillase iba a dar ese golpe para retirarme —me confiesa.

—No quiero verte en la cárcel, no lo entiendes —digo muy seria enfadada.

—Es broma amor, no voy a dar ese golpe.

—Es lo último que me harías porque no volverías a verme. No podría vivir si tú estás encerrado.

—Solo daría ese golpe por dos motivos y son dos motivos que no creo que pasen nunca.

—¿Cuáles?

—Que te metieras en un lío tan gordo que solo así te salvará o rompas conmigo.

¡Guau! Me ha dejado sin palabras.

—Sabes que eso no ocurrirá nunca te dejare.

—Lo sé, ya te dije que cambié por ti. —Me agarra de la mano y hace que me siente de nuevo encima suyo—. Como sé que no me quieres encerrar y ni verme encerrado esa vida la deje.

—Claro que no quiero.

—Pero reconoce lo bien que viviríamos con más de 70.000.000 millones.

—Eso a mí me da igual, solo te quiero a ti.

—Eso lo sé, pero imagínatelo.

—Sí, viviría muy bien.

—Viajando, chalets en las principales ciudades del mundo, desayunando en roma, teniendo sexo en Nueva York y cenando en París.

—Nueva York… ¡Wow! —murmuro con la boca abierta.

—¿Te gusta Nueva York?

—Sí. Siempre me gustó, mi ilusión es ir allí.

—¿Quieres que pasemos la semana que viene en Nueva York antes de regresar al trabajo?

—No puedo permitir que gastes más, solo si invito yo.

—Amor, tú no sabes cuánto dinero tengo ¿verdad?

—No —respondo.

—Para que te hagas una idea podría tener a Bill Gates de chofer. —Se ríe.

—¿Lo dices en serio? Vaya no tenía ni idea.

—¿Sabes qué golpe creo que es casi imposible llevar a cabo? Hasta para mí sería casi imposible. El de los 70.000.000 millones, lo hago con los ojos cerrados.

—¿Cuál? —pregunto curiosa.

—El banco de la reserva federal.

—Eso te encierran de por vida. —Le miro.

—Más de 1,5 trillones de dólares. Con eso compramos la luna, ¿eh?

—Ya te digo.

—Aún no sé cómo se podría hacer de forma relativamente segura.

—¡Ni hace falta!

—Ya, ya, pero fantasear con robarlo sí puedo, ¿no?

—Claro, eso sí.

Elsa coge valor y díselo. ¡Vamos!

—Estoy pensando en dejarlo amor —le digo.

—¿El trabajo?

—Sí, lo dejaré cuando vuelva. Ya no puedo ser policía —hablo triste.

—¿Pero por qué? ¿Por mí?

—A parte de por ti. —Miro al suelo—. Mi cabeza no está bien, no puedo paralizarme cuando veo un arma. Cuando oigo un ruido me quedo paralizada, me matarían. Mira lo que pasó antes… —Lloro.

—No, tranquila, mi amor. Es mejor así. Si no te ves capacitada déjalo, yo te apoyo en lo que decidas.

De repente, a Neal le suena el teléfono. Lo coge y habla dentro de la habitación casi diez minutos. Cuelga y sale de nuevo a la terraza con los ojos como platos, estoy mirando las montañas.

—¿Qué pasa?

—Si te lo cuento, no te lo crees.

—Dime.

—Me han ofrecido un trabajo.

—¿De qué?

—En una aseguradora de arte descubriendo posibles falsificaciones.

—¡Qué guay! ¿Qué le has dicho? En eso eres un crack.

—Dije que sí, pero que ahora estoy de vacaciones, que tendría que solucionar unas cosas y claro, hablarlo contigo. ¡Joder, estoy en shock! —exclama Neal.

—Yo lo que decidas te apoyo, que buena noticia para ti,

amor.

—Sabían mis golpes casi mejor que yo que había salido hace poco de la cárcel, que aun así querían al mejor y resulta que soy yo.

—Seguro que es cosa de Aitor y me alegro.

—No, no, para nada. Resulta que esa aseguradora perdió miles de millones por mi culpa y que me llevan siguiendo desde que entre en chirona. Y que les sale más rentable pagarme medio kilo al mes que tenerme en su contra.

—Vaya, ¿dónde es? —pregunto intuyendo nada bueno.

—Me tendría que ir a San Francisco. —Neal ni me mira.

—San Francisco… eso está lejísimos, pero me alegro por ti —lo digo algo triste.

—Y nosotros, ¿te vendrías conmigo? Porque no quiero perderte, antes digo que no al trabajo ese.

—Ni te se ocurra, es el trabajo de tu vida no hagas bobadas.

Es verdad no puede decir que no.

—No me sirve de nada ese curro si te pierdo a ti. Además, podría trabajar con Aitor. Es más, no necesito ni trabajar para vivir.

—Amor, no digas bobadas. ¿Por qué me vas a perder?

—¿Te vendrías conmigo?

—Claro que me iría, pero... —Me quedo callada.

—¿Qué pasa? No me asustes.

—No, no, pero ¿qué haría yo allí? Tendré que tener algo allí —hablo después de dar vueltas—. ¡Oh! Puedo pedir una excedencia, tengo que ver qué me pasa. ¿No crees?

—Sí.

—¿Para cuándo sería irte allí?

—En una semana terminan tus vacaciones pues dos o tres días después de ir a ver a Aitor. Bueno, pues sabiendo esto aceptó el trabajo, ¿vale amor?

—Sí, debes aceptarlo —digo dándole un beso.

—Si cuando digo que no te merezco. —Me besa.

—Creo que me daré una vuelta no tardo. ¿Vale? —pregunto

mirándole.

—¿Pasa algo? ¿Estás bien, amor? ¿Quieres que te acompañe?

—Sí, tranquilo es dar un pequeño paseo, pero si quieres ven.

—Ahora, en serio, si quieres ir sola lo entiendo. Llevamos quince días sin separarnos para nada —dice serio.

—Solo va a ser un rato, no tardo.

—Vale.

Me levanto, le beso y me voy. Salgo del hotel, me pongo a andar, me comienzo a pensar. Al cabo de un rato voy de camino al hotel, estoy casi llegando cuando oigo gritos y veo cómo alguien empuja a Neal. Salgo corriendo.

—¿Qué haces imbécil? —Le empuja.

—Que te aplasto la cabeza subnormal —brama fuera de sí Neal.

—¿Qué? Capullo —dice el tío muy cabreado.

—Ven, ven. ¿A qué no te atreves conmigo? —pregunta Neal.

—¿Me dices a mí imbécil? —El tío se pone muy cabreado.

—A ti y a cuatro como tú —habla fuera de si Neal.

—Pero de qué vas anda lárgate —le dice a Neal—. Si no quieres cobrar.

—¿Cómo que me largue, mongolo? —Neal se encara al tío furioso —. ¿Cobrar yo? De ti no te queda nada.

Llego corriendo.

—¿Qué pasa aquí, Neal?

—Ni Neal, ni pollas —me dice de malas maneras.

—¿Qué? —Alucino de la forma en la que me ha hablado.

—Ya maté a uno que más me da matar a otro —contesta Neal mirando con furia.

—Cállate —bramo poniéndome en medio de los dos.

—Solo estoy buscando a mi novia, así que no te me pongas faltoso.

Intento tranquilizarlo, sigo en medio, pero él está muy alterado respira muy fuerte, no me reconoce y se pone a encararse con los dos.

Miro al tío.

—Vete, por favor —le digo al tío.

Neal está con cara loco sin entrar en razón, el tío se va. De repente, nota algo delante suyo, yo le miro asustada, pero noto cómo centra la vista en mí y me reconoce.

Me ve que estoy pálida, asustada, no sabe por qué estoy así.

—Neal, tranquilo —respondo asustada.

—¿Dónde estabas? —me pregunta casi llorando.

—Llevo un rato aquí. —Apenas puedo hablar de lo asustada que estoy.

—De verdad.

Veo que tiene algo en las manos, sigue respirando fuerte y muy alterado.

—Sí.

Poco a poco, se calma, aunque le miro muy asustada, él deja caer una botella de sus manos y me abraza.

—Tranquilo.

—Sí, sí, ya me tranquilizo, ¿vamos al hotel? —Pero se vuelve a alterar.

—Aquí estoy.

Le abrazo fuerte, pero él me pone detrás suya. Neal mira a todos lados muy alterado, me pongo delante de él, me fijo y tiene los ojos enrojecidos. Me abraza, pero mira a todo el que se mueve y, de repente, me empuja casi tirándome.

—Está aquí —dice como loco desencajado.

—¿Quién? —Cada vez estoy más asustada.

—Ponte detrás mía —me dice medio gritando.

—No hay nadie, me asustas. —Veo que no hay nadie, le cojo de la mano y le abrazo—. ¿Vamos al hotel?

Vamos andando al hotel, él se va tranquilizando, entramos en y subimos en el ascensor. Llegamos a la habitación, me siento en la cama y él empieza a llorar. Está muy callado.

—¿Más tranquilo? —Él sigue llorando—. ¿Estás bien?

—No, lo siento de verdad —me dice apenas sin dejar de llorar.

—¿Qué ha pasado ahí fuera?

—Te fuiste a dar una vuelta y me empecé a poner nervioso, no llegabas, bajé a buscarte y no te veía.

—Pero, amor, estaba llegando, sólo fueron quince minutos —hablo separándome de él asustada.

—No, te digo que fue más. —Mira el reloj asombrado se da cuenta que fueron solo quince minutos.

—Casi pegas a un hombre porque aparecí, estabas ido —confieso totalmente asustada, del comportamiento de Neal.

—Lo siento, no sé qué me ha pasado.

—Estabas...

—¿Qué? —Me mira.

—No me reconociste, te volviste loco, me diste miedo —confieso.

—Lo sé, lo siento. No estoy bien, no sé qué me pasa.

—Pensé que me pegabas, me empujaste y todo —espeto temblando preocupada—. Esto cada vez va a peor.

—Lo sé —solloza—. Lo siento.

—Tenemos que poner solución —digo.

—Perdona, pensé que te había pasado algo.

—No, sé cuidarme.

—No puedo seguir así. —Se tapa la cara con las manos —. No puedo. Elsa si me quieres dejar lo entiendo, pero te juro que lo siento.

Me tiro al suelo derrotada.

—Amor, ¿qué te pasa? Mi vida —me dice preocupado.

—Todo por el caso. —Niego para mí misma—. A qué hora aparecí en la sala de interrogatorios nunca debí entrar.

—Amor, no pasa nada.

—Sí pasa, hoy estabas desorbitado. Le dijiste al tío que ya habías matado, que no te importaba hacerlo otra vez, me empujaste, casi me pegas pensando que soy ese. —Aprieto la mandíbula muy triste y asustada.

—Lo siento.

—Y yo también lo siento —confieso separándome de él.

—De verdad que lo siento Elsa. —Nos miramos y nos abrazamos—. Después de esto espero que no me dejes.

—Neal mañana me voy a mi casa —murmuro mirando al suelo.

—¿Me dejas? —pregunta, asustado.

—Te amo. —Miro al suelo.

—¿Qué pasa? Elsa no te entiendo.

—Es mejor así, cada uno por su lado no podemos seguir así —hablo llorando.

—¿O sea, que me dejas? —dice él blanco.

—Perdóname, es lo mejor. —Sigo llorando.

—Vale, ya que me dejas, aquí no pinto nada.

—¿Qué? ¿Dónde vas? —Le miro cómo se levanta.

—A volver a mi vieja vida, daré un último golpe y desapareceré. —Observo que coge la chaqueta.

—¿Qué? ¡NO! —Me pongo en medio de la puerta sin dejarlo pasar.

—Elsa ¿qué haces? —habla serio.

—No te dejaré ir a que hagas una locura.

—¿Por qué? Total, mañana te vas a casa —dice mirándome serio enfadado.

—Es lo que quieres, volver a tu vida de antes.

—¿Yo? Eres tú la que me dejas. ¿Qué me espera en esta? Cambié por ti y ahora así sin más, te vas.

—Me dijiste que no quieres volver a la cárcel, tendrás que apartarme de aquí si quieres salir.

—No me vais a volver a encerrar otra vez. ¿Apartarte?

—¡No! —exclamo.

—Yo no te voy a apartar.

—¿Piensas que yo...?

—¡¿Tú qué?! —grita Neal.

—Que yo te voy a encerrar —continúo dolida.

—Tendrás que atraparme. —Me desafía.

—Que yo no te voy a encerrar, corre vete si quieres.

—No te pongas así, eres tú la que me quieres dejar. —Me aparto de la puerta dejándola libre—. ¿Solo una pregunta?

—¿Qué? —pregunto enfadada.

—¿Me vas a dejar de verdad cada uno por su lado? —Me siento en la cama y le miro.

—¿No ves que así no podemos estar, que todo ha sido por conocernos? —murmuro con lágrimas en los ojos—. Vete, corre.

—Y antes de intentar buscar solución, me dejas.

—¿Qué solución, ves? —pregunto yéndome de la puerta llorando.

—La de dejarte no, pero si es lo que quieres me voy —habla dolido.

—Te amo. ¿Qué podemos hacer?

—Contárselo a alguien, ir a un psicólogo —contesta triste por verme así—. Que te crees que yo no te quiero —dice poniéndose de rodillas delante mío.

—No estamos bien. ¡Dios! —Lloro.

—No, no, lo estamos, pero a mí en ningún momento se me ocurrió dejarte. —Miro al suelo.

—Mi cabeza no sé qué le pasa. —Me la toco.

—Yo tampoco.

—Perdona —murmuro en un susurro, apenas puedo hablar.

—Yo no te puedo prometer que no me ponga nervioso si no te veo, igual que tú no me puedes prometer no quedarte paralizada por un ruido. Solo hay tres cosas que te puedo prometer.

—¿Cuáles?

—Yo nunca te voy a dejar, no hay ni habrá nadie que te quiera más que yo y, por último, creo que para solucionar esto debemos estar juntos. —Me tiro al suelo con él.

—¿Que ha pasado? Amor, tranquila.

—Siempre juntos —digo abrazándolo fuerte.

—Siempre, eso lo tengo claro. —Me besa, le abrazo y lloro desconsolada. —Elsa mírame. —Le miro. — Lo siento, pero hazte a la idea que no te vas a librar de mí. —Me hundo en su pecho.

—Perdona.

—¿Por qué?

—Por lo que ha pasado.

—Se realista, tú sabías que yo no me iba a ir y yo sabía que no ibas a cerrar esa puerta por fuera.

—Tienes razón. —Nos abrazamos.

—Creo que ya se cómo superar esto. —Me dice mirándome.

—¿Cómo?

—Dormir separados —contesta seguro él.

—¿Qué? —Me sorprendo al escuchar a Neal decir eso.

—Sí, que durmamos separados podría ser una forma de ver que no nos pasa nada.

—Vale —murmuro no muy convencida.

—Si tengo una pesadilla, lo paso solo.

—Y si la tengo yo, la paso —respondo firme.

—Sí, voy a ver si hay otra habitación.

—Me duele, pero no se me ocurre nada —digo pensando que puede que tenga razón.

—Vale, buenas noches. —Me besa—. Voy a por una habitación, que me den la peor por si rompo algo.

—Como quieras.

—¿Te parece bien?

—Lo veo mal, pero es la única solución. —Nos abrazamos y besamos.

Veo como sale Neal de la habitación, me quedo pensando triste en todo lo que ha pasado, me intento poner cómoda para irme a la cama. Cuando estoy ya tumbada intento quedarme dormida, me cuesta, pero lo consigo. No obstante, las pesadillas vuelven a invadirme.

10. Fin de vacaciones

ELSA

Caigo rendida del cansancio, pero me despierta el recepcionista diciéndome que Neal está muy mal en la habitación, se oyen gritos de dentro. Llaman, pero él no contesta. Vienen a mi habitación me dicen que no abre y salgo corriendo por si le ha pasado algo, me dan una llave maestra.

Abro y le veo tirado en el suelo, toda la habitación está destrozada.

—Neal. —Me lanzo al suelo con él—. Amor, despierta.

Veo sus manos sangrando, la habitación destrozada.

—¡Por Dios! ¿Qué has hecho? —Le abrazo, él empieza a reaccionar —. Amor, despierta por favor.

—¿Qué pasa? —murmura con voz muy baja sin llegar a abrir los ojos.

—Despierta por favor.

—¿Qué pasa? —pregunta medio abriendo los ojos.

—Gracias a Dios. ¿Estás bien?

—Claro —dice mientras termina de abrir los ojos y me ve con claridad—. ¿Por qué no iba a estarlo?

Le miro asustada.

Será posible que no sepa lo que ha liado.

—Tus manos. —Se las miro.

—¿Qué ha pasado? —cuestiona aun con voz de dormido.

—Las tienes heridas.

Se mira.

—Pero... ¿qué? —dice asustado—. ¿Amor, que te hice? Lo siento.

—Tranquilo, a mí no me has hecho nada, pero a la habitación sí.

—¿Amor estás bien? —me repite.

—Has destrozado la habitación. Sí estoy bien.

—¿A la habitación? —habla confuso.

—Sí.

—Pero...

—Mira… —le digo intentando estar calmada.

Él se da la vuelta y se duerme de nuevo, le miró asustada y lo muevo para que se despierte.

—¿Amor, estás bien?

Él se despierta.

—Sí, sí, estoy bien. Que bien he dormido mi amor.

—¿Qué? —Me asusto de inmediato.

—¿Qué te pasa amor?

—Mira tus manos y la habitación.

—¿Qué ha pasado aquí? —pregunta sorprendido.

—Te volviste loco, ¿de verdad qué no te acuerdas? Vinieron a buscarme porque no abrías.

—Pero a ti no te hice nada. ¿Tú estás bien? —Me mira de arriba abajo.

—Sí, tranquilo. —Nos besamos.

—He dormido como un bebé, hacía tiempo que no dormía así. Amor, vete a nuestra habitación que yo voy a hablar con el director y a pedir perdón por esto.

—Vale, ¿pero seguro qué estás bien? —No quiero que este solo.

—Sí, sí, seguro.

Le beso y me voy a la habitación, estoy en la terraza tomando el aire, pensando en todo lo que le ha ocurrido cuando entra Neal.

—Amor, ya llegué.

—Hola. —Le miro.

—Oye, ven aquí un momento. —Me acerco a él.

—¿Qué pasa?

—¿Anoche hablaste con el director?

—Sí, ¿ocurre algo?

—Ven acércate.

Voy y me pongo enfrente a él. Me doy cuenta de que está muy serio.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Gracias, amor, de verdad. —Me abraza fuerte.

—De nada, amor. Es lo menos que puedo hacer. —Le devuelvo el abrazo.

—¿Por qué eres tan buena conmigo?

—Porque te quiero —le confieso.

—Entonces, ¿has pasado buena noche? ¡Madre mía! La que has liado...

—Sí, muy bien. —Por lo menos uno de los dos ha descansado.

—Por lo menos dormiste, ven que te curo las manos.

—Gracias, dormí, pero que muy bien profundo con calma.

—Déjame que te cure las manos, por fa —le digo mirándolo.

Cojo gasas, agua oxigenada y vendas y se las curo.

—¡Hostia! —exclama quitando una mano—. Escuece, ¡joder!

—¡Quejica! Amor, te lo tapo que las heridas están muy feas —hablo poniéndoselas con cuidado.

—Tengo que hacerme daño más a menudo, eres una gran enfermera.

—De eso nada, no me gusta verte así.

—No te preocupes, tardaras mucho en verme otra vez herido. ¿Y tú cómo dormiste?

—No he dormido casi, si he dormido una hora doy gracias ¿Quieres ir a desayunar?

—¿A estas horas? Prefiero ir a tomar el vermut.

—Venga, pues vamos. —Le sonrió.

—Después comemos y duermes una siesta, ¿vale? Y no se igual duermo yo contigo.

—Vale, pero hambre no tengo lo que sí es sed —le comento.

—Por eso se inventó el vermut, para abrir apetito. Ven, vamos, que quiero hacer una cosa.

—¿Qué quieres hacer? —le digo mirándolo.

—Vacilar de novia.

—¿¡Con esta cara de no dormir!?

—Que todos sepan que la chica más guapa, más buena y más de todo es mía y solo mía.

Me visto, me pinto y peino.

—Lista.

Él se queda mirándome embobado.

—¿Qué?

—¿Sabes qué? Eres un pibón. —Me pongo roja.

—Gracias, amor.

—Joder y eso que dormiste poco —comenta.

—Tú también lo eres, el maquillaje hace maravillas —le confieso, en realidad es cierto que el maquillaje hace milagros.

—Amor, ¿maquillar es como pintar no?

—Sí, más o menos —me encojo de hombros.

—Tú sabes que yo de pintar sé un poco y que me defiendo.

—Sí.

—Que por muy bien que pintes o maquilles, si no hay una buena base no sirve de nada.

¡Oh que bonito!

—Gracias, mi amor. —Le beso mientras él me pasa el brazo por los hombros.

—Vamos.

—Sí, vamos.

Salimos los dos abrazándonos, él con su brazo sobre mis hombros y yo cogida de su cintura. Bajamos en el ascensor, nos besamos hasta la planta baja y salimos. Vamos al restaurante.

—¿Cuándo nos vamos a volver amor por saberlo?

—¿Volver a dónde? —Me observa confuso.

—A casa.

—A finales de semana, si te parece bien.

—Claro.

—Para que tú dejes el trabajo y yo hable con Aitor de que no me interesa su oferta y tener tiempo para buscarnos casa en San Francisco.

—Aún no sé cómo se lo voy a decir.

—Fácil —comenta.

—¡¿Ah sí?! —pregunto sorprendida.

—Dile que lo dejas porque te vienes conmigo a San Francisco, no le mientes.

—No, tienes toda la razón.

—Y tampoco le cuentes lo que te pasa. —Anda no lo había pensado, buena idea.

—Tienes razón.

—¿Ves qué fácil amor?

—Sí.

—Espera, igual puede funcionar algo y trabajas conmigo —me dice pensativo.

—¿Qué? —Frunzo el ceño.

—Sí, acuérdate, amor.

—¿De qué?

—Yo no puedo entrar en museos a no ser que vaya acompañado por un policía y.… creo que tú lo eres. —Alza una ceja.

—Sí…

No entiendo dónde quiere llegar.

—Además, en eso no habrá tiros ni nada de eso porque tendremos que ir por los museos a verificar.

—Me gusta la idea.

—Lo malo es que habrá veces que te aburras, pero bueno.

—No pasa nada, me adapto pronto.

—No te prometo nada, pero no perdemos nada.

—Claro, amor. —e beso.

—Por intentarlo…

—Vamos a ver a ese famoso profesor que quiero saber porque te tiene tan loquita.

—Claro, vamos. —Le sonrío.

Nos preparamos en el hotel, cogemos los esquís nuevos, las botas,

las gafas y llegamos a las pistas. Como me dijo Neal empiezo en lo básico, cuando estamos listos me pongo los esquís.

Él se pone delante de mí.

—Amor, dame los bastones.

—Toma, amor. —Él los coge y empieza a caminar tirando de mí muy suavemente.

—¡Ey! —Me río.

—Te mola, ¡eh! —Se ríe conmigo.

—¡Sí!

—¿Ves? Este es el principio básico.

—Vale. ¿Y ahora? —pregunto emocionada.

—Junta las puntas de los esquís sin que se lleguen a tocar, separando las colas.

—¿Lo hago bien?

—Junta un poco más las puntas. —Las junto más—. Ahí, ahí, para, no juntes más. Ahora flexiona las rodillas y apoya las espinillas en las botas. Vale, para, perfecto. Así muy bien, amor. —Noto que le cuesta tirar de mí.

—¿Que pasa, amor? —Cuestiono por si algo estoy haciendo mal.

—Estás frenando, así es como se frena.

—Perdón. —Me pongo bien.

—No, no, ¿qué pasa? ¿No quieres aprender a frenar?

—Sí, claro —le confieso.

—Muy bien. —Suelta los bastones y se pone detrás mía—. Amor te voy a empujar por la espalda, ¿vale?

—Vale, preparada.

—Te voy a avisar cuando vayas sola para que frenes.

Me coge de las caderas y empezamos a caminar. Poco a poco vamos subiendo la velocidad, me avisa y me suelta, pero no se separa y me dice que vaya frenando y lo hago.

—Muy bien, amor. Ahora impúlsate con los bastones y ven hacia a mí.

Me impulso y voy poco a poco.

—¿Qué tal lo he hecho?

—Amor, muy bien.

—¿Te atreves con esa pequeña pendiente? —Me señala donde hay más gente aprendiendo y sobre todo niños.

—Sí —afirmo.

—Antes de nada, cuando quieras parar en una pendiente, debes girar 90 grados así no te vas para abajo sin control, ¿vale? Mira. —Se pone los esquís—. Imagina que me paro, si pongo los esquís en paralelo ¿qué me pasaría?

—Te deslizas.

—Ven, sígueme.

Llegamos al final de la pequeña cuesta y se pone en frente de mí, me enseña como subir la cuesta y nos ponemos de tal manera que no nos deslizamos por ningún lado.

Caminamos de lado primero, el pie que está mirando a la cima de la montaña y después el otro, subimos sin problemas.

—Sí, así es como tienes que subir las cuestas en caso de que no tengas arrastre, lógicamente pequeñas distancias. ¿Vale?

—Entendido.

Llegamos a la mitad de la cuesta.

—¿Subimos más o nos quedamos aquí? —pregunto.

—Aquí, aquí.

—Vale. —Me paro.

—Fíjate en lo que hago.

Poco a poco, él pone los esquís rectos para empezar a deslizarse. Se despide dos metros y para.

—Ven y para aquí al lado mía, ¿vale?

Hago lo mismo y paro a su lado y le miro.

—¿Puedo probar arriba de la cuesta?

—Vale, pero despacito y ven a mi lado.

—Sí.

—A ver, ¿qué se me ha olvidado? —me pregunta.

—¿Qué? —pregunto confundida.

—¿Cómo hay que ponerse para subir? Enséñamelo que no me acuerdo, ¿cómo se hacía?

Voy subiendo.

—¡Ah sí amor!

—Vale. —Él también sube, pero de otra forma y más rápida.

—Que te tenga que enseñar yo porque subo así.

—Porque primero hay que aprender a subir así, ¿qué quieres aprender a correr antes de gatear?

Intento imitarlo, pero me caigo de culo.

—No te levantes espera. —Llega donde estoy—. Ves, ¿cómo estabas subiendo?

—Sí. —Asiento con la cabeza.

—Pues ahora desde el suelo ponte en esa posición, ¿me entiendes?

—Sí. —Lo hago.

—Bien, ¿qué mano apunta a la cima de la montaña?

—Esta. —Le señalo.

Apoyo esa en el suelo e intentó levantarme, lo consigo, pero cuando me pongo recta me voy para atrás. No obstante, consigo frenar.

Subimos hacia arriba, le hago caso a Neal y subo como me ha enseñado.

—Ahora ponte en posición de frenar que se llama *cuña*. —Lo hago

—. Bien, ahora cuanta más fuerza hagas en las espinillas contra la bota más frenas, ¿vale?

—Sí.

—Ven, alcánzame.

Me suelto y voy hacia él. Se pone a bajar de espaldas mirándome.

—Bien, amor, muy bien. Vamos, píllame.

Toda la cuesta la baja de espaldas a la pista y siempre mirándome. Le alcanzo y frenamos.

—¿Otra? —me pregunta Neal.

—Sí, vamos. ¿Ahora a cuál?

—A esta, tres o cuatro bajadas más en esta y cambiamos de nivel.

—Vale. —Le sonrío.

—Amor, ¿a esa te atreves? —me dice señalando al siguiente nivel que es más larga.

Suben con arrastre y es más empinada pero no demasiado. Yo como soy así de burra me tiro otra vez de la cuesta de antes para que vea cómo la domino. Antes de subir me enseña a girar. Me dice que si quiero girar a la derecha debo de poner mi peso en la izquierda y si quiero ir a la izquierda apoyar el peso a la derecha.

—Apoyas el peso en la derecha, ¿entiendes?

—Entendido.

—Vamos, baja conmigo a mi altura y haz lo que te digo.

—Está bien.

Cogemos un poco de velocidad, sigo lo que hace Neal. Apoyamos el peso en la izquierda, ahora apoyamos a la derecha. Lo hacemos así hasta el final de la pista (izquierda, derecha, izquierda, derecha).

¡Guau qué divertido!

Me comenta que baje sola sin que él me diga nada, pero que vaya despacio. Bajamos sin dificultad, me río y él me dice que lo hago perfecto.

—Te quiero ver como bajas la grande, por favor. —Le pido.

—Vale, amor verás a un profesional. —Me besa y sube a la más grande pero baja sin hacer nada en especial

—Amor, vamos a tu siguiente nivel —digo impaciente.

—Claro.

Llegamos y nos ponemos en la cola, veo que esta es más grande. Nos debe de subir un arrastre y, como no, Neal me enseña a ponérmelo y a subir.

—¡Ostras! Esta es muy larga… —comento mirando para abajo.

—Sí, algo más larga bajamos.

Nos preparamos y nos tiramos, pero voy demasiado deprisa.

—¡Frena, frena!

Me dice medio gritando. Noto cómo me alcanza y me agarra de la chaqueta y me frena, al llegar al final me caigo de culo. Acabamos

riéndonos.

—Iba como las balas.

—Yo juraría que te había enseñado a frenar —habla serio.

—Sí, pero no podía mover los esquís. Lo siento, ¿otra vez?

—Vale, la última y hago yo una bajada solo en esa grandona para que me veas.

—Vale.

Volvemos a subir arriba y nos tiramos, pero esta vez la baja la hago más despacio y freno al llegar al final.

—Toma —exclamo feliz.

Él llega al final, frena y me abraza.

—Que bien amor, estoy muy orgulloso de tu primer día.

—¿Por qué no vamos a la más alta? —pregunto sin miedo.

—Venga, la bajo —responde decidido.

—Yo también quiero.

—No, tú aún no amor que en esa te puedes hacer daño. ¿Ves esa zona estrecha que no da el sol?

—Sí. —La miro con el ceño fruncido.

—Pues esa zona estoy seguro de que es todo hielo

—¡Ostras!

—Aún no estas ni lejanamente preparada para bajar por ahí, pero en unos quince días o un mes, si esquiamos todos los días, podrías llegar a bajarla con mucho cuidado y cayendo varias veces.

—Vale, te espero aquí.

—Cuando llegue arriba te llamo porque no me vas a ver, ¿vale? Toma mi chaqueta, con el jersey es más fácil que me veas.

Cojo su chaqueta y veo como sube en el telesilla. Después de ocho minutos o así me llama.

—¿Estás bien, amor?

—Sí cielo, estoy bien. Ya estoy arriba. ¿Tú estás bien?

—Sí, aquí estoy esperándote. Ten cuidado, por favor.

—Sí, no te preocupes. Creo que aún me acuerdo de cómo se hace, en ocho minutos o menos estoy dándote un beso. —Sonrío.

—Vale.

Él cuelga. Seguramente ha comenzado a bajar ya. pero no lo veo. Al llegar a la zona con hielo me parece vislumbrarlo. Observo que sus giros son muy cortos y rápidos, parece que baja en línea recta. Pasa la zona sin problemas y se permite el lujo de fardar un poco. Pilla un salto y con el cuerpo hace la forma de la J, aterriza y pierde velocidad. Pero la recupera sentándose en las colas de los esquís. Sigue bajando a más velocidad, llega al final y para frenar hace un pequeño derrape que levanta una pequeña cortina de nieve.

—¡Ostras! ¡Qué bien lo has hecho! —exclamo asombrada.

—¿Qué opinas? ¿Quién lo hace mejor: el profesor ese o yo? Por

cierto, tu beso. —Me besa.

—Tú sin duda. —Le sigo el beso riendo por lo bajo.

—Amor, no sé tú, pero yo tengo un hambre...

—Yo también, vamos.

—¿Qué hora es? Esquiando se me va el santo al cielo —comenta.

—Las ocho de la tarde.

—¿Las ocho ya? Joder, llevamos aquí casi tres horas y mira todo lo que has progresado empezando de cero.

—Sí, mañana te fundo. —Alardeo mientras le guiño un ojo.

—Pues vamos al hotel que tengo una sorpresa para ti.

—¿Ah sí? —pregunto con curiosidad.

—Sí —afirma.

—Vamos, me gusta las sorpresas. —Sonrío sin enseñar los dientes.

—Espero que te guste.

—Seguro que sí. Vamos, vamos que quiero verlo ya.

Recogemos los esquís, pillamos un bus con el resto de los esquiadores que hace una ruta para dejar a gente en hoteles. Dejamos los esquís en el hotel y subimos a la habitación.

Entramos y Neal se dirige a la mesita de noche.

—Cierra los ojos amor.

Saca una caja de la mesita.

—Toma, puedes abrirlos —me dice dándome la caja cuadrada de un dedo de grosor.

La abro y veo que es una cadena fina con un colgante en forma de pasamontañas

—Amor es precioso.

—¿Te gusta de verdad?

—Sí.

—Ya que yo soy el ladrón y llevó las esposas, tú que eres la poli llevas el pasamontaña. Tengo que reconocerte que usé mis habilidades para escaparme sin que me viera nadie y comprártelo.

—¿Me lo pones?

—Por supuesto.

Coge el colgante y se pone detrás mío, me mueve el pelo y me pone el colgante.

—Te queda perfecto, amor.

Nos vestimos de punta en blanco y bajamos a cenar para lucir los dos el regalo. La cena es increíble. Hemos comido cosas riquísimas, pero lo mejor de todo hemos estado relajados riendo y hablando, tomando algo.

Después de cenar, subimos a la habitación y hacemos el amor como dos locos quedándonos dormidos rendidos.

11. Nueva vida

NEAL

—Amor, vamos a ver a Aitor. Así nos lo quitamos de encima cuanto antes, para mañana iniciar nuestra nueva vida.

Después de varias horas de viaje, llegamos a España. Sé que ha sido mucho tiempo subidos en un avión, pero cuanto antes acabemos con esto mejor.

—Claro, vamos. —Su voz es de cansada, la beso.

Vamos agarrados de la cadera el uno del otro. Llegamos a la comisaría, cuando entramos noto cómo respira hondo. La gente nos saluda para preguntarnos por el moreno que tenemos. Sin embargo, damos largas y llamamos a la puerta de Aitor.

—¿Sí? —responde mirando unos papeles.

—¿Podemos entrar? —pregunto.

—Sí, claro.

Entramos de la mano, la acaricio los dedos para que sepa que estoy a su lado.

—Hola, Aitor. ¡Buenos días! —murmuro mirándolo.

—Hombre, ¿qué tal pareja? ¡Que guapos estáis! ¿En qué os puedo ayudar? —habla feliz de vernos.

—Bien, bien. —Le sonrío.

—Me alegro —dice con sinceridad.

—Mira, me llamaron de una gran aseguradora de arte y me han ofrecido un trabajo para detectar falsificaciones —le digo sin más, no quiero dar rodeos.

—¡Oh! Me alegro por ti, Neal. Les serás de mucha ayuda.

¡Vaya! En el fondo me tiene aprecio y todo.

—Gracias, ahora viene lo malo.

—¿Lo malo? —Pone cara seria, frunce el ceño.

—No puedo aceptar tu oferta y...

—¿Qué dices Neal? Lo puedes compaginar…

—No, es en San Francisco, pero por desgracia no es todo bueno. Esto creo que es mejor que te lo diga Elsa. —Desvío la mirada hacia Elsa con cara de preocupación.

—¡Vaya! —exclama sorprendido Aitor.

—Sí. —Siento que respira hondo—. Aitor, voy a dejar el trabajo. Me voy con él. —Me sonríe.

—Pero... ¡Joder! En el mismo día pierdo dos importantes activos.

—Me voy a San Francisco con Neal. Lo siento, Aitor, de verdad. —Noto tristeza en la voz de Elsa.

—Nada, tranquila, es tu decisión —aclara—. Me jode, pero tengo que respetarlo. Tomad. —Nos da un número de teléfono, nos quedamos los dos sorprendidos, sin saber de quién es ese número.

—Si decidimos volver, vendremos a verte. Pero… ¿Y esto Aitor? —pregunta Elsa.

—Es del Comisario de San Francisco y muy amigo mío. Lo que necesitéis, le llamáis. ¿Vale?

—Le llamaremos, tranquilo.

Aitor se levanta y se acerca a nosotros.

—Neal, Elsa, que tengáis suerte.

—Muchas gracias, Aitor. Estaremos en contacto —le digo.

Aitor me abraza y me dice al oído:

—Neal, cuídala. Si la rompes el corazón te mato. —Me quedo boquiabierto.

—Tranquilo, Aitor. Yo la cuido —hablo entre susurros.

Ahora abraza a Elsa.

—No dejes que se meta en líos.

—No, tranquilo, no le dejaré. —Le sonríe con nostalgia.

—Me alegro por vosotros. La verdad, ahora me tengo que ir a una reunión. Estamos en contacto, ¿vale?

—Sí, ya hablamos Aitor. Gracias por todo —digo apretando la mano a Elsa.

Salimos del despacho y regresamos a mi casa en un taxi.

—Amor, ¿qué vamos a hacer con todas las cosas? —me pregunta mirándome.

—Habrá que llamar a alguien para que nos la lleve cuando estemos instalados.

—Ahora mismo estoy más centrado en nosotros que en las cosas. En realidad, me dan igual, a excepción de algunas cosas.

—Claro, es verdad —afirma.

—¿Qué se siente ser expolicía? —La verdad es que no lo tiene que estar pasando nada bien.

—Pues, la verdad, es que me siento algo rara, pero bien. —Intenta

ser convincente, pero la conozco.

—¿Lista para empezar nuestra nueva vida? —le pregunto emocionado.

—Sí. ¿Cuándo salimos para allá?

—¿De tu casa tienes que recoger algo? Si quieres, vamos ahora.

—Nada importante, pero si quieres miramos por si necesitamos algo.

—Pues vamos y de allí salimos al aeropuerto, ¿vale?

—¿Nos vamos ya? —cuestiona, abriendo los ojos de par en par.

—Así podemos mirar una casa y hacer algo de turismo. Ya que te fastidié lo de Aspen, te lo puedo recompensar de esta forma.

—Vale, me gusta la idea —responde sonriendo y con brillo en los ojos.

Llegamos a casa de Elsa, veo como se pone a mirar para poder ver si nos llevamos algo.

—¿Quieres coger algo? —le pregunto abrazándola por detrás.

—Sí, la foto de mi padre si no te importa. ¿Tú ves algo importante que debería llevarme? —Niego con la cabeza.

—Claro que no me importa, cógela.

Nos ponemos a mirar, pero lo que vemos son cosas como sábanas, toallas… cosas que no tienen casi importancia y que podemos comprarlas allí.

—Coge todas las fotos y vámonos, ¿vale?

—Sí, vamos.

Cogemos un taxi y vamos al aeropuerto directamente, subimos al avión al cabo de unas horas de espera. Elsa sigue nerviosa como siempre al volar. Sé que no le gusta, aunque ella lo disimule. Noto como agarra fuerte el asiento tanto para despegar como al aterrizar. Miro por la ventanilla pensando en la nueva vida que nos espera juntos.

Después de sobrevolar medio mundo llegamos al aeropuerto internacional de San Francisco. Salimos del avión y vamos a por las maletas.

—Que viaje más largo, pero ya estamos aquí —suelta dando un suspiro por pisas tierra.

—Sí. ¿Qué quieres hacer? —pregunto mirándola mientras una sonrisa cerrada sale de mis labios.

—Tendremos que irnos a un hotel mientras encontramos algo, ¿no? —dice

—Sí —afirmo.

Siempre tan lista mi niña.

¿Qué haría sin ella?

—Busquemos uno.

—Vale.

Cogemos un taxi y vamos al centro de la ciudad. Pago al taxista y nos bajamos en pleno centro de San Francisco, esa ciudad que aclama la libertad de una forma tan paradójica, pues tiene la peor cárcel de los años 30 donde miles de reclusos pasaron por sus celdas, incluyendo a célebres criminales como *Al Capone*, Robert Franklin Stroud y Alvin Karpis entre otros tantos.

Elsa y yo empezamos a vislumbrar la belleza de San Francisco, paseamos agarrados de la mano. Pero ella me para delante de un hotel de tres estrellas. Desvío la mirada hacia sus ojos y veo que le brilla.

—¿Y este qué te parece? —me pregunta.

—Perfecto para unos días.

Entramos al hotel, no es uno de los más lujosos, pero para unos días está bastante bien. Así que vamos a recepción y cogemos una habitación de matrimonio.

—¿Vamos a hacer turismo? —le pregunto emocionado.

—Sí, vamos a conocer la ciudad.

Salimos del hotel y preguntamos a un lugareño. Nos dice que deberíamos visitar Alcatraz y yo me quedo blanco.

¿En serio?

—Tengo que conocer esa prisión —murmura Elsa entusiasmada.

—¿Quieres ir? —pregunto algo nervioso.

—Sí, pero si tú no quieres no pasa nada. —Me sonríe comprensiva.

—Sí, vamos. Aunque es bastante gracioso que vaya yo solo por mi propio pie a una cárcel, ¿no crees? —bromeo.

—Puedes decir que te arresté yo y te obligué. —Se ríe, siguiéndome el juego.

Ay nena, haría lo que fuera por ti, incluso ir al mismísimo infierno si hace falta.

—Es para que tu reputación siga intacta.

—No, tranquila.

—Es broma —exclama.

—En la cárcel bromeábamos mucho acerca de Alcatraz. Muchos de los reclusos daban por hecho que podría escaparme sin esfuerzo alguno —le cuento.

—¿Crees que lo hubieras conseguido?

—Salir sí, el problema estaría en cómo voy de la isla a tierra firme.

—Nadando.

—¿Tú sabes lo fría que está el agua aquí y la distancia que hay? —Río por su inocencia.

—Sí, lo sé, pero algo te inventarías seguro.

—Sí, algo se me ocurriría.

Cogemos el ferry que nos lleva directamente a la isla, comenzamos el tour y no puedo evitar recordar ciertos momentos de cuando estuve en la cárcel. Es inevitable. Aunque yo tuve suerte, dónde yo estaba no

se compara a esto.

Elsa no para de echar fotos a todo, está impresionada. Nos encontramos en el patio, viendo uno de los muros donde los criminales escribían sus nombres cuando Elsa, aun recordando la conversación anterior y bromeando conmigo en todo momento, me dice:

—A ver si ahora tú vas a ser el policía y yo la ladrona. ¡Qué bueno! —Se ríe.

—Entonces, ya sí que echo a perder toda mi reputación. —La beso—. Lo que sí que me doy cuenta es que las cosas no han cambiado mucho desde que esto funcionaba a ahora.

—¡Ah! ¿no? ¿Cómo lo sabes?

—Por lo que nos contaron de cómo se vivía aquí y porque yo también estuve en la cárcel.

—Te tienen que venir muy malos recuerdos, ¿verdad?

—Sí, pero también hubo algunos buenos. Me acuerdo cuando los guardias se volvían locos porque siempre escondía cosas y no las solían encontrar. Una vez le robé la cartera al alcaide y no se dio cuenta hasta que fue a cenar con la mujer y no la tenía.

—¡¿Qué?! —exclama.

—Después de hacer eso estuve treinta días de aislamiento, pero oye, mereció la pena.

—Treinta días… madre mía, es demasiado.

—Otra de las veces estaba en el patio y me colé en el despacho del alcaide, llamé a una línea caliente. Y a un guardia le quité el móvil e hice que pareciera que le ponía los cuernos a la mujer —relato dejando escapar una risilla.

—Todo un santo, vamos...

—Que no se metieran conmigo, el guardia era un auténtico hijo de puta.

Al cabo de las horas, acabamos llegando al hotel no sin antes haberme comprado un pequeño cuaderno y lápices para dibujar. Elsa me inspiraba, sentía la necesidad de transmitir a través del arte lo que tanto ansiaba. Lo último que escucho de sus labios es que va a ducharse. Yo solo puedo centrarme en las maravillosas vistas y en el recuerdo de ese patio y del agua de las olas chocando con los muros de la cárcel. Tan siniestro y bonito a la vez…

Cuando termino al cabo de un rato, cierro el cuaderno y me estiro. No sé cuántas horas he estado dibujando, pero se me han pasado volando. Me levanto y abrazo a Elsa por la espalda, quien se estaba preparando para irnos a cenar.

—Voy a darme una ducha, cielo —le digo, dejando un suave beso en su mejilla.

Me meto a la ducha y me pierdo en el agua caliente que cae por mi

cuerpo. Al terminar, me enrollo en una toalla y salgo. Busco a Elsa por todos lados, temiendo lo peor.

—¿Elsa? —pregunto alarmado.

Observo que al lado de mi cuaderno de dibujo hay una nota. La agarro entre las manos y la leo atentamente.

Estoy en el bar tomando algo, no te preocupes.
Te quiero, amor.
Elsa.

Suspiro, me he pegado un buen susto. No obstante, me visto aprisa y bajo. Entro en el bar y la veo tomándose tranquilamente una Coca-Cola (muy típico de ella) y leyendo el periódico.

Vamos a divertirnos un poco.

—Disculpe, señorita, veo que está sola. ¿Podría acompañarla? —pregunto cambiando la voz y poniendo acento.

—No, gracias. Estoy esperando a alguien —responde sin levantar la vista de periódico.

—Seguro que no le importa —hablo disfrutando.

—Le he dicho que no —dicta haciéndose la enfadada.

—Además, hay que ser mal educado para hacer esperar a una belleza como usted.

—Es muy cansino, ¿lo sabía? —Sigue leyendo y se me escapa una risa—. ¡Ya está bien! —Levanta la mirada—. ¡Serás bobo!

—Ahora sí, ¿puedo sentarme?

—Claro —murmura.

Me siento frente a ella y cenamos mientras nos reímos. Simplemente somo felices, junto a Elsa me siento diferente.

Sin embargo, al día siguiente, me levanto y me acicalo para ir a la aseguradora. Me visto con mi mejor traje, uno de los pocos que he traído. Elsa se encuentra recostada en la cama ya vestida, me mira con una ceja alzada y una sonrisa pícara en los labios.

—¡Qué guapo! —exclama asombrada.

—Gracias, ¿me acompañas y después vamos a ver las casas?

—No voy tan elegante como tú. —Se mira de arriba abajo.

—No importa, amor, pero si quieres ir a cambiarte te espero.

—No, vamos para que no les hagas esperar.

—Vale.

Llegamos a la aseguradora, es muy lujosa. Todos van muy bien vestidos, con ropa cara y complementos bastantes caros. Es un edificio lleno de cristaleras de por lo menos catorce pisos.

—¡Hostia! Vaya nivel. No sé si yo encajaré aquí —murmuro mirando por todas partes.

—Amor, prefiero esperarte aquí —dice ella mirando a la gente.

—Vale, como quieras. Dame el beso de la suerte.

Elsa me da un beso y me desea suerte. Me coloco la americana y los puños de la camisa. Entro y me dirijo a la recepcionista, una bella mujer que parece una modelo. La recepción tiene una mesa enorme de cristal con un ordenador potente y moderno, un teléfono con manos libres que la mujer lleva en el oído.

—Hola, buenos días —la saludo con unas de mis mejores sonrisas.

—Buenos días, guapo. ¿En qué puedo ayudarte? —me pregunta pícara.

—Me llamo Neal Cafreey y me llamaron para que me presentara hoy para una entrevista de trabajo.

—Espere que voy a decir que está usted aquí.

—Gracias.

La recepcionista se va y vuelve a los minutos.

—Venga, conmigo.

La sigo y entramos en un despacho enorme luminoso, con un sofá al lado de la librería.

—Señor, aquí está Neal Cafreey —dice.

—Hola, buenos días, señor —hablo con firmeza.

—Hola, Neal, siéntese —me saluda el hombre.

—Por supuesto. —Retiro la silla y me siento desabrochando la americana.

—Me alegra que haya aceptado nuestra propuesta.

—La verdad es que era difícil decirle que no —contesto.

—Me alegro —comenta mirando unos papeles.

—Pero no termino de entender porque me han elegido a mí. Seguro que hay gente mejor preparada que yo —me sincero.

—No se crea Neal, usted nos ha dado muchos quebraderos de cabeza y sabe mucho de falsificaciones. —Cruza los brazos sobre su pecho y me mira directamente a los ojos.

—Eso era antes —respondo.

—Pero entienda que por eso le hemos llamado.

—¿Por mi pasado? —pregunto sin creerme lo que acabo de oír.

—No, porque sabe de falsificaciones.

—Usted es bueno, el dicho dice si no puedes con alguien únete a él —comenta.

—¿Las condiciones siguen siendo las mismas que me dijo por teléfono?

—Sí, no ha cambiado nada. ¿Por qué?

—Porque me parecen muy buenas condiciones.

—Entonces acepte. —Me mira esperando una contestación.

—Por supuesto. —Me quedo pensando—. Espere.

—Dígame.

—Hay un pequeño problema. —Veo que cambia de cara.

—¿Cuál?

—Que no puedo entrar en ningún museo del mundo, es una de las condiciones que me pusieron para salir en libertad vigilada. —Le miro. Me mira con cara de pocos amigos—. A no ser que vaya acompañado por un agente de policía.

—¿Tiene que ir con un policía? —me pregunta.

—Si tengo que entrar en un museo, sí, tendría que ir acompañado por un agente.

—Vaya…

—No sé si podríamos buscar alguna solución.

—Claro, que le acompañe una policía, pero tendría que ir a comisaría y que le pongan a un agente para ir con usted.

—Creo que sé quién puede ser.

—¡Ah! ¿Sí? —cuestiona emocionado por tener una solución.

—Es una ex agente de la ciudad de dónde vengo.

—¿Ex agente? Entonces, ¿no está trabajando de policía?

—Ahora no.

—Tendrá que ir a comisaría, ¿no?

—Es una gran agente, trabajaba con el policía que me arrestó.

—Entonces tiene que ser muy buena.

—Voy a proponerle una cosa.

—Le escucho —me dice el jefe.

—Voy a hablar con el comisario de policía y si él da permiso, pues me acompañaría esta persona, ¿vale?

—De acuerdo —contesta—. Pero Neal, es buena policía, ¿verdad?

—Sí, aquí tiene el teléfono de su antiguo jefe. Compruébelo por usted mismo.

—Vale, le llamaré.

—¿Quiere que le deje a solas para realizar la llamada o no hace falta?

—No se preocupe, llamo delante suyo.

Mi jefe, Steve, llama a Aitor y se tiran un buen rato hablando. Se ve que le está convenciendo de que coja a Elsa.

Tras un largo rato, me mira a los ojos.

—Neal, ¿dónde está esa agente? Quiero conocerla. ¿Es su pareja? —Trago saliva duramente.

—Sí, ¿hay algún problema con eso?

—Si las cosas se ponen feas, espero que no sea un problema.

—¿Cómo que feas? ¿A qué se refiere? —cuestiono sin entenderle.

—En el museo, digo, que se cruce con algún ladrón o si se pelean.

—Aún no hemos discutido. —Frunzo el ceño.

—Vale, pues que venga que quiero conocerla. —Internamente estoy saltando de la alegría.

—Se sabe defender ella sola, a mí me enseñó defensa personal —afirmo.

—Eso es bueno.

—¿La voy a buscar?

—Sí, por favor —dice.

Me levanto y voy a buscarla, la veo sentada con claro gesto de nervios.

—Amor —la llamo.

—Hola, amor, ¿qué tal todo? —me pregunta.

—Ven conmigo, por favor. —Elsa me da la mano y se levanta.

—¿Yo? Claro, ¿a dónde? —cuestiona curiosa.

—Creo que quiere contratarte, habló con Aitor y dijo que tenías que trabajar aquí, no sé —comento, rascándome la nuca.

—¿Qué? —Sonríe—. Venga entremos.

—Sabe que somos pareja, eso puede ser un hándicap. Tú sé sincera en lo que te pregunte y listo, ¿vale?

—Claro que sí. —Me coge de la mano con fuerza.

Entramos en el despacho.

—Señor Steve, aquí está Elsa.

—Hola, señor Steve. Encantada, soy Elsa.

—Un placer, siéntense por favor. —Nos sentamos los dos.

—¿En qué puedo ayudarlo, señor? —responde muy educada Elsa.

—Mire, Neal me comento su pequeño problema de que no puede entrar en los museos y que usted era policía.

—Sí —afirma nerviosa.

—Así que llame a su antiguo jefe...

—Aitor.

—El señor Burck, sí, y bueno, me dijo que usted es una gran policía.

—Gracias. —Sonríe mientras me mantengo callado.

—Que tenía mucho talento y mucha progresión. Y que su amigo, el jefe de policía, iba a ofrecerle un trabajo para dirigir el departamento de robo de alto nivel.

—¡Ah, sí! Vaya es la primera noticia que tengo, señor, no tenía ni idea. —Nos miramos sorprendidos los dos.

—Y, bueno, después de escuchar eso he decidido contratarla.

—¿A mí? Pero si no me cogen en comisaría, no puedo ir con Neal. —Elsa frunce los labios—. No lo sé.

—Que no trabaje de policía no quiere decir que no lo sea.

Elsa lo mira y se queda un buen rato callada, pensando en lo que Steve le acaba de decir.

—Vale, entonces aceptó encantada.

—Solo una cosa les pido, que sean profesionales. Sé que están saliendo juntos.

—Lo seremos, no se preocupe —respondo sincero luego de estar un largo rato callado.

—Y que si discuten que no repercuta en el trabajo.

Ella desvía la mirada hacia mí.

—No se arrepentirá, se lo prometo.

—¿Están de acuerdo? —Nos mira a los dos.

—De acuerdo —decimos los dos al unísono.

Steve abre el cajón y saca una tarjeta.

—Tenga, Elsa, su tarjeta de investigadora. Es como la placa de un policía. Bueno, en realidad no, pero algo parecido.

—Gracias. —Sonríe.

—Lo enseña y puede acceder a los lugares para investigar, désela a mi recepcionista que le haga una foto, la rellene y la meta en la base de datos.

—Perfecto.

—Ahora vengan conmigo. —Nos levantamos y nos lleva a un despacho vacío, grande pero mucho más pequeño que el de él, nos miramos—. Este será su despacho, lo tendrán que compartir temporalmente, ya que no sabía que iba a contratar a una investigadora nueva.

—Gracias —le decimos los dos

—No se preocupe, lo compartiremos. —Salta ella.

—Lo compartiremos, por mí no hace falta que busque otro —hablo.

—Si no les importa compartirlo siempre, perfecto, aquí tienen las llaves del despacho. —Las cojo.

—Yo me tengo que ir a atender unos asuntos, Elsa acuérdese de hacer eso con la tarjeta.

—Sí, voy ahora mismo.

—El lunes aquí a las ocho de la mañana listos para trabajar.

—Muchas gracias, entendido —dice Elsa sonriéndole.

—Adiós y lo dicho, bienvenidos.

Steve se va y nos quedamos solos en la puerta del despacho.

—Amor, dime que no es un sueño —habla ella asombrada.

—No, no lo es. —La pellizco.

—¡Ay! —exclama quejándose.

—¿Ves? No es un sueño, es el primer día del resto de nuestra vida. —La abrazo.

—Sí. —Me besa—. ¿Vamos a que me hagan la ficha?

—Sí, vamos que tenemos que ver casas.

12. La compra de la casa

ELSA

—¡Eh! ¿Qué haces? Suelta, bájame —exclamo sintiendo como Neal me coge en brazos y me da vueltas.

Hace poco que hemos salido de la seguradora.

—¡Soy tan feliz! ¿Vamos a ver casas? —me pregunta felizmente.

—¿Y eso? —cuestiono sin poder dejar de reír porque estoy subida en su espalda.

—Tengo un buen trabajo y mi compañera está buenísima.

—¿Pero me vas a llevar así?

—Que no, ya verás —responde riendo.

Todo el mundo tiene su mirada en nosotros y acabo poniéndome roja como un tomate.

—Pero bueno, que peso mucho. Anda, bájame —digo.

—Puedo contigo de sobra, pero todos nos miran por payasos. —Se ríe.

—Normal, me llevas como un saco de patatas —exclamo.

Los dos nos reímos y me bajo de su espalda. Llegamos a la primera casa, no es como ponía en el anuncio.

—No me gusta, amor. No hay luz y mira la cocina, es enana —hablo mirándolo a los ojos.

—Estoy de acuerdo contigo, amor. Vamos a ver más —me dice cogiéndome de la mano y sonriendo.

Vamos a las demás. Pero unas tenían mucho ruido, otras tenían los muebles de cuando la guerra de sucesión.

—¡Madre mía! —digo poniendo los ojos en blanco.

—¡Joder! No hay una puta casa decente.

—Vamos a ver esta que tiene buena pinta —digo para animarlo.

Entramos en el barrio Haight-Ashbury, nos encontramos con las

llamadas Painted Ladies (Damas Pintadas). Son una hilera de casas adosadas de estilo victoriano pintadas de color pastel que se encuentra cerca del Alamo Square Park.

Me quedo pensativa. ¿Dónde he visto yo estas casas? Al rato recuerdo que las reconozco de una las series que veía de pequeña, bueno, adolescente, llamada *Padres Forzosos.* ¡Madre mía! Como la compremos aquí, viviremos donde ellos.

—Que bonitas, amor —exclamo mirando por todos lados.

Entramos en la casa de dos pisos, en el de abajo una gran cocina con salón comedor y un baño. Arriba tres habitaciones y dos baños.

—¿Qué opinas amor? Hay que hacer algo de obra, pero a mí me encanta —me dice Neal contento.

—Es preciosa, pero mira qué cara es y hay que hacer obra —comento.

—Vamos a hablar con el dueño a ver si nos rebaja el precio por lo de la obra —habla cogiéndome de la mano.

—Vale, vamos entonces.

Hablamos con el dueño, es un poco reacio a bajar el precio porque es la casa donde nació él y su hija. Por alguna razón le recuerdo a su hija, nos pregunta si vamos a formar una familia y si cuidaremos la casa. Le decimos que sí y ya que nos ve muy enamorados accede a bajar el precio.

El hombre se emociona bastante hasta el punto de casi llorar, supongo que la casa le trae muchos recuerdos.

—Tranquilo —le digo.

—Es que usted es igual a mi hija fallecida, quiero vender la casa a una pareja que esté enamora y quieran formar una familia.

Y por supuesto que cuiden de la casa. Me duele venderla, pero se me viene encima al recordar a mi hija y usted es igual que ella, será una señal. —Le abrazo.

—Tranquilo. —Miro a Neal—. ¿Qué hacemos, amor?

—Ahora me duele. No sé, me gusta la casa, pero… es que es la vida de este hombre.

—Pues lo que decidas, amor. Miramos más si quieres —le digo mirándolo.

—Nos la quedamos, pero con una condición.

—¿Qué condición? —pregunto.

—Que dejemos que el hombre venga siempre que quiera para que vea que cuidamos de la casa, ya que le recuerdas a su hija. Pues quiero cuidar a este hombre que no tiene a nadie el pobre.

—Sí, perfecto.

Se lo decimos al hombre, se emociona y me abraza con ternura. Yo le respondo al abrazo y Neal no puede contener las lágrimas.

—Me llamo Elsa, por favor, ven cuando quieras.

—Yo soy Neal —dice limpiándose las lágrimas de la cara.

—Que buenos sois, yo soy John, no podía haber encontrado mejores personas para comprarla.

John me abraza y me llama Nataly. Me quedo muy sorprendida, pero no dejo de abrazarlo. Miro a Neal y se le caen las lágrimas, se acerca a nosotros y abraza fuerte John.

—John esta sigue siendo tu casa —le digo sincera.

—Gracias, Nataly —responde sin soltarme.

—John, puede venir siempre que quiera. Nosotros seremos ahora su familia.

—Gracias. —John abraza a Neal.

—A usted y el precio... a la tomar por culo queda en familia, ¿no? —afirma Neal abrazando a John.

—Claro que sí, con que me deis la mitad me vale. Para vivir solo necesito eso, así que vuestra es.

—¡A mitad de precio! —exclama Neal—. Me parece excesivo le daremos algo más, aquí siempre tendrá una habitación. En un mes va a ser mi cumpleaños quiero que se venga a cenar con nosotros —le dice Neal.

—No, no, la mitad está bien no te preocupes.

—Lo que diga Elsa. —Me mira—. Amor, ¿le damos la mitad como pide él o algo más como digo yo?

—Un poco más —murmuro sin dudarlo.

—Ya lo has oído, John, te damos más de la mitad.

—Bueno, pero sin pasarse —dice John.

—Vale. —Veo cómo se dan la mano—. Trato hecho.

—Trato hecho —habla él sonriendo.

—John tiene que venir a cenar. ¿Lo promete? —Miro a John con ternura.

—Sí, sí, Nataly, prometido —me dice abrazándome.

Miro a Neal.

—¿Por qué no sabía que era tu cumple? —le pregunto sorprendida.

—Perdón, Elsa —me dice mirándome.

—John, ¿cuándo nos podemos mudar? —pregunta Neal de repente.

—Pues cuando queráis, a mí no me importa —contesta sincero.

—Amor, ¿dormimos hoy aquí? —Neal me mira sonriendo.

—¿Aquí? John, ¿podemos, no te importa? —respondo preocupada.

—John, ¿ya tienes donde vivir? —pregunta Neal.

—Pensaba irme a una casa de campo, pero tranquilo, podéis quedaros si queréis —dice él.

—Vale, perfecto, por mí me quedo ya aquí. ¿Tú que dices, amor? —Me observa entusiasmado.

—Lo que decidas, amor.

No puedo dejar de mirar a John, me parece tan adorable. Me

recuerda a mi padre. ¡Dios como le echo de menos! Siempre le estaré agradecida, fue mi héroe. Le debo todo.

Gracias, papá.

—Hoy cenamos aquí, decidido —dice Neal alegre.

—Las camas están sin estrenar —comenta John.

Siento tristeza en su voz, no me puedo imaginar lo que ha sufrido este hombre.

¿Se le puede coger cariño a una persona que apenas conoces?

—Tomar un juego de llaves. —Se las da a Neal.

—Gracias, John —responde él cogiendo las llaves.

—Que seáis muy felices en esta casa, mañana me paso por lo del contrato. ¿Vale?

—John, una última cosa —habla Neal mirándolo.

—Dime.

—Si necesitas algo, cualquier cosa, no dudes en avisarnos. —Neal le sonríe.

—Sí, mañana nos vemos chicos —dice emocionado.

—Muchas gracias, hasta mañana —Neal lo despide.

—De nada.

Nos quedamos solos en nuestra casa. Que bien suena decirlo, nuestra casa. No puedo estar más feliz, me siento en una nube. Corro por las estancias, observándolo todo atentamente. Neal me sigue los pasos de cerca, no le gusta que me aleje. Decidimos ponernos a limpiar para que todo quede reluciente. Muevo un mueble y veo un objeto polvoriento. Me agacho y lo agarro.

—Neal, mira —lo llamo asombrada.

—¿Qué pasa, cielo? —me pregunta.

Le enseño la foto una vez que la he limpiado. En ella aparece John de joven con su mujer y su hija fallecida. Respiro hondo, la melancolía me invade. El cristal y el marco están rotos.

—Vaya —comenta Neal agarrando la foto.

—Deberíamos dársela, ¿no crees? —Neal asiente—. ¿Por qué no acabamos de limpiar y vamos a comprarle un marco nuevo? Podemos dársela en forma de regalo, por lo de la casa. De paso, hacemos la compra.

—Claro, amor. —Neal me abraza y me da un beso.

Nos ponemos a limpiar, dejando la imagen en un rincón para no perderla. Al acabar, vamos directos al super y antes de llegar, paramos para comprar un bonito marco. Volvemos luego de unas horas y decido darme una ducha mientras que Neal guarda la comida. Salgo y lo abrazo por la espalda. Él se gira y abre los ojos como platos. Me he puesto una de sus camisetas.

—Cielo, vas muy sexi con esa camiseta —comenta Neal haciéndome reír por lo bajo.

Le guiño un ojo, pícara.

Neal se va a darse una ducha mientras yo preparo la cena, no es que sea una experta, pero algo me saldrá. Digo yo…

Sin embargo, cuando Neal vuelve del baño lo veo pensativo.

—Hay una cosa que no para de darme vueltas a la cabeza —habla, dejando la ropa sucia en un cesto que hay por la casa.

—¿El qué cielo? —pregunto.

—Ahora nuestro trabajo es encontrar falsificaciones…

—Sí, ¿por qué?

—¿Cuántas falsificaciones mías encontraremos? —pregunta consternado.

—Es verdad.

—¿No se te había ocurrido?

—Sí, pero no quería pensarlo. Si encontramos tuyas, ¿qué haremos?

Algo se nos ocurrirá seguro.

—Nada, avisar al jefe. Sabe de sobra quien soy, lo que hice. Antes o después tiene que saber que encontraríamos alguna mía. Joder, es lógico, no creo que se eche las manos a la cabeza.

—Pues no lo sé, amor. No quiero perderte. Imagina que te encierran...

—¿Por qué me van a encerrar por hacer mi trabajo? Además, yo ya cumplí mi condena por eso, no me pueden acusar dos veces de los mismos delitos.

O sí, nunca se sabe.

—Lo sé, pero me da miedo. Lo siento.

—No te preocupes, ¿vale? Nada ni nadie me separara de ti, te lo prometo —me dice sellándolo con un beso.

—Te quiero, amor. A mí nadie me separará de ti., antes mato —hablo muy sincera.

—Amor, no va a pasar, pero prométeme una cosa. Por si pasa…

—¿Qué, dime?

—Prométeme que, si me quieren volver a meter a la cárcel, me esperarás en una isla de Cabo Verde. Yo me escapo y me reúno contigo.

—¿Qué? Yo te espero, pero ¿por qué allí?

—Porque no tiene tratado de extradición, aparte de ser un lugar precioso.

—Yo te esperaré, tranquilo.

—Claro que me escaparía, pero siempre y cuando sepa que me estás esperando allí. No obstante, no va a pasar. Ahora soy legal y tengo un trabajo legal.

—Yo te esperaré e iría también a la cárcel —digo muy segura de mí misma.

—Sabiendo que me esperarías me vale.

Le abrazo fuerte.

—Y si yo estuviera en la cárcel, ¿me esperarías?

—Te quiero, amor. No te tendría que esperar porque te sacaría de allí y nos escaparíamos juntos.

¿En serio? ¿He oído bien?

¿Acaba de decir que me sacaría de allí e iríamos lejos?

¡Ufff!

Nos besamos.

13. La historia de John

NEAL

Me despierto temprano, observo cómo Elsa sigue dormida. Me visto rápidamente y voy al banco. Entro y me acerco a una ventanilla. Pregunto por el director, voy al despacho y llamo a la puerta con los nudillos.

—¿Sí?

—Hola, buenos días —saludo al hombre al entrar.

Cierro la puerta tras de mí y me dirijo al asiento que hay enfrente de él.

—Hola, buenos días ¿En qué puedo ayudarle?

—Veo que no se acuerda de mí. —Sonrío sin enseñar los dientes—. Es normal, hace mucho tiempo. Soy el señor Oliry.

No jodas, miento.

—¡Ah, es verdad! Hace muchos años que no viene por aquí.

—Cierto, ahora me he mudado aquí y quisiera retirar esta cantidad de mi cuenta.

Le doy un papel con la cantidad, él lo mira.

—Señor, eso es mucha cantidad. ¿Está seguro?

—Sí, sí, estoy seguro —digo sin andarme con rodeos.

—De acuerdo, deme una media hora para reunir el dinero. Mientras puede ir a tomar un café.

—Prefecto, muchas gracias.

Me voy de nuevo, complacido con que me vaya a dar el dinero y a la media hora regreso. Entro directamente a su despacho.

—Señor, aquí tiene su dinero. —Me da un maletín, lo cojo.

—Muchas gracias y, como siempre, un excelente trato.

—De nada señor, estamos para servirle —responde lamiéndome el culo.

Estos buitres siempre hacen lo mismo, solo quieren dinero.

Llego a casa y oigo ruido en las habitaciones.

Estará recogiendo.

Se la oye cantar.

—Amor, ¡ya estoy en casa! —exclamo.

—Hola, amor. —Sale y me besa.

—¿Qué tal? ¿Qué haces? —le pregunto.

—Recogiendo una de las habitaciones.

—Me cambio y te ayudo, ¿vale? ¿O empiezo a arreglar las cosas de la casa?

—No te preocupes, John estará apunto de venir. Anda, descansa en el sofá. —Me besa.

—Vale, amor. —Me siento en el sofá y me pone la tele.

Pero no puedo evitar escuchar a Elsa. Apago la tele y subo al oírla cantar.

—¿En serio no quieres que te ayude amor?

—No, no, tranquilo. —Y sigue cantando.

—Pues voy a hacerme un café ¿Quieres uno?

—Sí, gracias.

Me pongo a hacer el café cuando llaman a la puerta.

—¡Yo abro! —grito.

—¡Vale! —responde ella.

Ando hacia la puerta. Miro por la pequeña mirilla y abro la puerta. Es John, está aquí.

—Hola, ¡buenos días! No sé si llego muy temprano —comenta John.

—No, no, está bien, pasa. ¿Qué tal, John? Espera, que aviso a Elsa.

—Muy bien ¿y vosotros qué tal?

—Bien, gracias. Amor, baja, es John.

ELSA

Oigo cómo me llama Neal y bajo enseguida.

—Hola, John —lo saludo feliz de verlo.

—Hola, Elsa, ¿qué tal? —me pregunta.

—Bien, ¿y tú?

—Bien, gracias por preguntar Elsa.

—John, ¿quieres un café? Lo estoy preparando para Elsa y para mí.

—Sí, claro —habla John.

—Un segundo, ahora vengo —digo cogiendo la foto—. John, encontramos esto detrás de un mueble y pensamos que te gustaría tenerla.

—¿El qué? ¿Qué encontrasteis? —pregunta John sorprendido.

—Toma.

Le doy la foto y él empieza a abrirla. Cuando la ve se queda

callado y se le empiezan a saltar las lágrimas.

—Gracias. —Intenta decir entre sollozos.

—Tranquilo —le digo mientras le abrazo.

—Hacía más de veinte años que no veía la foto —dice John con nostalgia.

—Me alegro de que la hayas recuperado —respondo muy sincera.

—Mirad, esta es mi mujer y esta es Nataly con siete años.

Los dos miramos la foto.

—Qué guapas, John —admito.

—Perdonad, voy a por el café —se disculpa Neal antes de irse.

—Sí, claro, amor. —Le doy un beso.

—Esta foto nos la hicimos el día de nuestro aniversario, ahora no sé bien si el veinte o el treinta.

—Es preciosa, espero que te traiga buenos recuerdos de esos años. No quiero que te pongas triste.

No me gusta ver mal a John.

—Es alegría por recuperar la foto y tristeza por no hacer más aniversarios con la mujer más maravillosa del mundo —me confiesa.

—Lo entiendo, pero ya te dijimos que ahora somos tu familia.

—Lo sé, muchas gracias. Aún me acuerdo de cuando la conocí, de cuando le pedí que nos casáramos y de cuando me dijo que íbamos a ser padres.

—¡Oh! Tiene que ser precioso —digo casi con lágrimas de imaginar lo que ha pasado.

—Sí, lo es Elsa.

Neal llega con los cafés.

—¿Nos cuenta la historia de cómo conoció a su mujer?

—Sí, Neal, por supuesto, siéntate —habla John.

—¡Oh! Qué historia más bonita, por favor, cuéntanosla.

John empieza su relato.

—Yo estaba en el ejército y ella era enfermera, éramos jóvenes. Los dos de dieciocho o diecinueve años. Una vez mi sargento me mandó llevar suministros al hospital militar, allí estaba ella haciendo el recuento de lo que yo llevaba. —Neal y yo nos encontrábamos escuchando atentamente—. El viento ondeaba su precioso cabello castaño. Empezó a ver lo que había llevado y me dijo que estaba todo correcto, me quedé unos pocos minutos hablando con ella y me marché.

—¡Oh! —exclamo enternecida.

—A la semana, creo recordar, me dieron permiso y salí con unos compañeros. Fuimos a un bar y al entrar veo que un estúpido le da un bofetón, no sé por qué me acerqué y le di una buena paliza. Se armó un buen jaleo.

Neal se ríe.

—Bien hecho —dice él.

—Volví a entrar en el bar con un par de moratones y una buena brecha en la ceja. —Nos señala con el dedo su ceja —. Ella se me acercó y me dio las gracias. Me preguntó si me podía curar, que ella era enfermera. Le dije que lo sabía, que yo le llevé suministros hacía una semana.

—¡Oh! Que romántico, se acordaba de ti —digo emocionada.

—En realidad no sé acordaba, pero yo sí. —Ríe por lo bajo John—. Me curó, tomamos algo, bailamos y la acompañé a casa. Antes de que entrara me besó y me volvió a dar las gracias.

La pregunté si la volvería a ver y me respondió que no lo sabía, que ya veríamos y cerró la puerta. Pasaron dos o tres días y no sabía de ella, así que me hice una fea herida en el entrenamiento.

—¡¿Cómo?! ¿Te heriste? —pregunto sorprendida.

—Sí, pero no fue demasiado intencionado. Me llevaron al hospital. Cuando ya llevaba un par de horas en la habitación entra ella y me dice: *«siempre que te veo te pasa algo»*, la respondí: *«ya bueno al decirme eso el otro día pues no sé»*. Ella se rió y se fue. Al día siguiente, me dieron el alta y a la que me marchaba se acercó. Mientras venía tenía la sensación de que iba a cámara lenta, me dio un papel y un beso en la comisura de los labios. Al darme el beso, pensé que estaba flotando. Tal fue la sensación que ni me acordaba del papel.

—¡Qué pillín, John! —exclamo riéndome.

—Te entiendo, John, eso me pasa a mi cada vez que me besa Elsa. Pierdo la noción. —Me mira.

—Pero bueno… —Me río enternecida.

—Llegué a la base de la que iba a la cama, encontré el papel. Lo leí. Ponía su número de teléfono y una frase que decía.

«Si me quieres ver que no te tenga que curar siempre».

—Al día siguiente o dos días después, la llamé y empezamos a hablar por teléfono —dice John alegre por recordarlo.

—¡Oh! Bien hecho, di que sí —respondo alegre.

—Empezamos a vernos más hasta que al final nos hicimos novios —relata John con nostalgia.

Veo que se le cae una lágrima a Neal mientras me abraza.

—John, que historia más bonita. Ahora sí que me ha llegado al corazón. —Abrazo a Neal—. Quiero darte la mitad que falta, darte lo que acordamos desde un principio.

—Amor, me parece perfecto. Yo tengo aquí el 50% acordado y un 25% más —me dice Neal dándome su apoyo.

—Nataly, Neal, no puedo permitir que me deis tanto dinero. Me niego en rotundo. —responde muy serio John.

—John, no seas tonto. Te lo mereces —hablo mirándolo.

—Lo sé, pero no puedo permitirlo. Sois una joven pareja y lo

necesitaréis para el futuro.

—John, por Dios, no digas tonterías, tienes que aceptarlo —habla Neal aún más serio que John.

—Tienes que aceptarlo John ¡por favor! —lo digo de corazón.

—No voy a aceptarlo, ni tampoco quiero aceptarlo, con la mitad me basta —dice en tono serio y enfadado.

—John, ponte como quieras, pero lo vas a aceptar. —Los miro a los dos, pasando mi vista del uno al otro.

—Neal, no lo voy a aceptar, así que si queréis esta casa es la mitad.

—Enfádate y ponte como quieras, pero aceptarás el dinero, te llevarás todo —exige Neal.

Me pongo nerviosa por la situación, me levanto.

—Perdonad, voy al baño.

—Neal, en serio, no necesito ese dinero.

—Ni yo, por eso quiero dártelo. Además, no se me ocurre nadie mejor para que lo tenga que tú.

Los oigo discutir desde el baño, salgo y voy al salón de nuevo.

—Dejad de discutir, John, el dinero es tuyo —digo seria.

—Neal, yo ya te dije mi última oferta. Vete y háblalo con ella —habla John.

—Amor, vamos a la cocina.

Se levantan y vamos a la cocina.

—¿Qué ocurre? —pregunto preocupada.

—Mira, me dijo que él acepta la mitad y un poco más, y que los domingos viene a comer a casa. Si la aceptamos bien sino...

—Pero no es justo amor, ¿qué piensas tú?

—Sé que no es justo, pero esa es su última oferta. Si no aceptamos ya podemos ir buscándonos otra casa y no te lo estoy suavizando.

—Vale. ¿Aceptamos entonces o qué hacemos? —pregunto mirándolo a los ojos.

—A mí me encanta la casa y creo que a ti también.

—Sí, me encanta.

—Además, estamos contentos aquí ¿no? —me pregunta.

—Sí.

—Yo aceptaría, pero una decisión así no la tomo yo solo que en esta relación somo dos.

—Vale, aceptamos, aunque me siento mal por él —contesto.

—Y yo, pero… ¡Joder! Vaya cabezón que es, como diga que no es que no y de ahí no le sacas.

—Lo que decidas está bien, amor —le digo.

—No, lo que yo decida no. ¡Joder!, Elsa, en esta relación somos dos ¿no?

—Sí, perdona. —Miro al suelo—. Me gusta esta casa.

—No te riño, cariño, solo digo que una decisión de pareja

decidamos los dos.

—Vale —respondo tímida.

—¿Te quieres quedar aquí a vivir? —me pregunta Neal.

—Yo sí, ¿y tú? —contesto sincera.

—Sí, ¿ves que fácil, amor? —dice en tono de broma y me abraza—. No quiero que pienses que te reñía o echaba la bronca.

—Vale, tranquilo —le digo mientras le abrazo.

—Volvamos al salón, John está esperando.

—Sí, vamos —digo sonriéndole.

Llegamos al salón, John nos está esperando algo nervioso.

—Bueno, ¿qué habéis decidido?

Noto cómo lo dice algo preocupado, creo que en el fondo no quiere que nos vayamos. No deja de mirarme, le he cogido mucho cariño.

—Aceptamos, John, aunque no nos parece bien —digo agarrando la mano de Neal.

—Perfecto, tomad, aquí tenéis el contrato.

Nos lo da y lo leemos, estamos de acuerdo así que firmamos y se lo damos de nuevo.

—John, tengo aquí el dinero en efectivo. ¿Lo quieres o le hacemos una transferencia? —le pregunta Neal.

—Como sea más cómodo para vosotros —responde John.

—John, para nosotros es más cómodo de ambas maneras, de verdad, no te preocupes.

Los miro cómo hablan, no quiero interrumpirlos porque en el fondo se poco de estas cosas.

—Dádmelo en efectivo si lo tenéis —comenta John.

—Aquí tienes, ¿quieres que te acompañe, es mucho dinero?

—No hace falta, chicos. Quedaos y disfrutad de la casa.

Luego de que John se fuera, nos quedamos solos. Neal y yo acabamos cenando algo ligero, estamos más bien exhaustos.

Nos besamos, nos dejamos llevar por la pasión y de testigo tenemos a la luna que nos entra por la ventana con una luz resplandeciente, como si nos tuviera envidia de nuestro amor.

14. Primer Trabajo

ELSA

A la mañana siguiente, me levanto con solo una idea pasando por mi cabeza. Me levanto a toda prisa y comienzo a rebuscar en uno de los cajones.

—¿Qué buscas, cariño?

—La píldora, voy a por agua —le respondo.

—No, quédate aquí, voy yo.

Neal se levanta, baja a por el vaso de agua y al poco tiempo, llega a la habitación.

—Toma, cariño.

—Gracias. —Desvío la mirada al suelo.

Los recuerdos de lo que hablamos en Bora Bora me abordan.

—¿Qué te pasa? ¿Y esa cara?

—Nada, nada, tranquilo, sé lo que piensas perdona.

Me tomo la píldora. Se acerca a mí y me besa.

—Amor, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Dime. —Le miro a los ojos, aunque intento no observarlo mucho. No quiero que note que estoy triste.

—¿Quieres tener un hijo? —Mis ojos se abren como platos.

—Tuyo, claro, ¿lo dudas? —respondo medio dolida, sinceramente la confusión me puede en este instante. No entiendo a qué viene ahora esto.

—No, no lo dudo y tú sabes que yo también lo quiero. ¿Verdad? Quiero un hijo tuyo. —Eso me pilla de imprevisto.

—No lo sabía. —Los ojos se me llenan de lágrimas.

—¿Tú que creías que yo pensaba? —pregunta, sorprendido.

—Pues que no querías, como me dijiste eso en Bora Bora... —comento desviando de nuevo la mirada al suelo.

—No, perdona cielo, te dije que aún no quería tener un hijo porque llevábamos tres días y quería disfrutar más de ti —me aclara.

—No te preocupes, amor, lo entiendo.

Sé que llevamos poco, lo sé.

—No llores. —Se acerca a mí y me agarra la cara con sus manos para que lo mire directamente a los ojos—. Ahora que ya llevamos casi un mes, tenemos un trabajo estable y sabemos que yo no voy a ir a la cárcel. Si quieres...

—Tranquilo.

Veo como se levanta de la cama, abre el cajón, coge las píldoras y me las enseña.

—¿Amor, ves esto? —Asiento con la cabeza mientras que frunzo el ceño.

—Sí. ¿Qué pasa? —le pregunto consternada.

—Que no las necesitamos más.

Neal se dirige a la ventana y tira la cajita a saber dónde.

—¡¿Qué!?

Voy corriendo a la ventana, Neal me coge y me da la vuelta. Nos miramos a la cara.

—¡Estás loco! —exclamo.

—¿Por qué? —Me mira a los ojos muy tranquilo y sonriéndome.

—Por tirar mis pastillas, aún puedo ir a por ellas —comento ida, alejándome de él.

—Pero ¿no querías ser madre? Amor, ¿tú me escuchas cuando hablo? —dice en medio de una risa baja y ronca.

—Sí, pero no quiero obligarte. Y sí, te escucho.

—¿En serio? ¿Qué te he dicho? —me pregunta serio.

—Que quieres ser padre —le respondo.

—No, te dije que ahora que los dos tenemos un buen trabajo y ya sabemos que no voy a ir a la cárcel podríamos buscarlo.

—Te quiero. —Lo abrazo.

—Pero si las quieres bajo a por ellas. —Me contesta al abrazo.

—No amor, no bajes.

De repente, Neal me levanta.

—Pensé que no podía ser más feliz, pero lo has conseguido. Soy mucho más feliz.

—Yo también soy muy feliz amor —respondo en sus brazos.

—Amor, eres mi novia y me vas a hacer padre, ¿qué más puedo pedir? —cuestiona muy contento.

Nos besamos con pasión.

—Vamos a tomar algo para celebrar que vas a ser la madre más guapa de San Francisco.

—Como quieras. ¿Dónde quieres ir? —pregunto felizmente.

—A un sitio donde haya mucha gente para decir que seremos

padres.

—¿Pero eso no será mejor cuando esté embarazada?

—Cuando lo estés también lo haremos. —Se encoge de hombros.

—Vale, entonces me visto. —Le saco la lengua.

—Sí, amor, yo también me voy a vestir.

Nos vestimos, pero noto a Neal muy serio.

—Amor, no quiero romper este instante tan bonito, pero quería decirte una cosa. —Noto en su voz seriedad.

—¿Qué ocurre, amor? —pregunto preocupada y algo asustada.

—No, no te asustes, quiero ser padre, pero hoy mientras lo hacíamos me apeteció hacerte una cosa que no me atreví ni a preguntarte.

—¿El que amor? —pregunto curiosa.

—Estabas cocinando, moviendo el culito, después hicimos el amor y me dieron tentaciones de… —Se calla.

—¡¿Qué?! Dímelo, amor.

—Nada, olvídalo, amor, era una tontería. Ya que estamos vestidos, vamos a tomar algo.

—Sí, pero antes dime qué tentaciones te dio. —La curiosidad puede conmigo. —Nada, algo que solo se me pasó por la cabeza.

¿Qué habrá pensado?

—Bueno, como quieras, vamos.

Salimos de la casa y nos cogemos de la mano.

—¿A dónde quieres ir? —pregunto.

—Pues como hace buen día podemos ir a dar una vuelta y tomamos algo en una terraza que nos guste. ¿Qué te parece?

—Buena idea —contesto, contenta.

Empezamos a caminar de la mano, admirando de lejos la casa hasta que llegamos a un bar no muy grande, pero que para tomarse algo es perfecto. Veo gente tranquila sentada en la terraza y, la verdad, es que es preciosa. Está preparada también para el invierno con sus estufas de pie y cubierta. Me imagino que la cubrirán en época de frío. Nos ponemos a tomar algo, felices de estar en esta preciosa ciudad. Tales son las vistas que a los lejos vislumbro la isla de Alcatraz. No puedo remedir los recuerdos de lo que era mi antigua vida como policía. Pero parpadeo y me centro en Neal, en mi nueva vida junto a él.

Hablamos un poco del futuro que queremos tener juntos, Neal pide champán.

—Por nuestro futuro hijo y por la futura madre más guapa de todas. —Me pongo roja al escucharlo, varias personas nos están mirando.

—Gracias, amor. —Me levanto sobre la mesa y le beso—. Te quiero.

—Yo también te quiero Elsa, más que a nada.

—Eres el mejor, amor —le confieso.

—¿Por qué? —me pregunta curioso.

—Porque me cuidas mucho —le digo.

—Te cuido lo normal sin hacer nada especial.

—Pues será que nadie me ha querido así. —Me encojo de hombros.

—Pero es que tú me cuidas igual, ¿no?

—Claro que sí —respondo.

—Y claro que nadie te ha querido como yo. Te quiero y hazte a la idea de que nadie te querrá tanto como yo —me dice, me quedo con la boca abierta.

—No sé cómo lo has hecho amor, pero en este mes que llevamos ya eres mi universo. Ya no sabría vivir sin ti. Has cambiado mi manera de pensar y he hecho cosas contigo que jamás pensé que haría —hablo sincera.

—Lo mismo pienso yo, amor, ya no me imagino la vida sin ti.

Neal agarra la silla y se posiciona a mi lado, nos besamos como si no hubiera un mañana.

—Ni lo tendrás que hacer, vas a tener que aguantarme hasta que me muera. Allá dentro de muchísimos siglos. —Sus brazos me envuelven en un cálido abrazo.

—Eso suena muy bien y tú también me tendrás que aguantar muchísimos años —le respondo.

—Encantado, ojalá eso sea lo peor que me pase. Además, eres un escándalo en la cama.

—Calla, que te van a oír. —Río por lo bajo, mirando a todos lados.

Se acerca a mí y me susurra al oído.

—¿Y tus mamadas? Un putísimo escándalo.

Me besa el cuello y no puedo evitar ponerme roja. Neal vuelve a servir dos copas y me sonríe pícaro.

—¡Salud, cielo! —Levanta la copa.

—¡Salud, amor!

—¿Ahora qué quieres hacer? Y no me digas que lo que quiera —me advierte.

—Me apetece dar una vuelta agarrada a ti —admito sin rodeos.

—Sus deseos son órdenes.

Me dice levantándose y alargando su mano. Le sonrío y cojo su mano, él me agarra de la cadera metiendo su mano en el bolsillo de mi pantalón.

De repente, nos damos cuenta de que nos hemos puesto a andar y no sabemos cómo llegar a casa. Eso nos hace partirnos de risa. Decidimos pillar un taxi, ya que es la una de madrugada y llegamos a casa.

A Neal le entra hambre, le hago una hamburguesa con patatas, yo

no tengo hambre como hemos picado en el bar con los aperitivos.

Cuando termina me dice que me siente a su lado. Lo hago y me abrazo a su cuerpo.

—Amor, en dos días empezamos a currar. ¿Tienes ganas? —me dice.

—Sí, la verdad ¿Y tú?

—Cada vez más nervioso, no me termino de hacer a la idea que vaya a un trabajo legal.

—Tranquilo, amor.

—Es que nunca tuve sueldo fijo, ni pagué impuestos. ¿Eso cómo va?

—No te preocupes, eso se encargan los que nos han contratado.

—¡Ah! ¿Y el sueldo que me lo dan como siempre en un maletín o transferencia bancaria?

—Transferencia bancaria, amor.

—Pues... tenemos un problema amor. —Veo que se ríe, yo le observo sin saber por qué está así.

—¿Cuál, amor? —le pregunto.

—Tengo diecinueve cuentas bancarias, con diecinueve alias diferentes en doce países diferentes.

—¿¡Qué!? —exclamo con la boca abierta

—¿Y esa cara?

—Nada, nada, pues que hay que juntar todo. Cerrarlas y hacerte uno nuevo.

—Prefiero dejarlas abiertas, hay muchas que nadie sabe que existen. Creo que Hacienda me mandaría a la cárcel por evasión de impuestos. —Se ríe.

—Vale.

—Vamos mañana a un pequeño banco, me abro una cuenta con mi verdadero nombre, ¿vale?

—Vale amor, me parece bien.

—Gracias.

—Amor, ¿te puedo hacer una pregunta? Y no la interpretes como que no quiero tener un hijo contigo, ¿vale?

—A ver, ¿qué pasa? —pregunto preocupada de lo que me vaya a decir.

—No, no es nada malo. —Me levanto asustada—. Solo que me vino a la cabeza, lo que te dijo John por la mañana.

—¿Qué pasa?

—Ven, tonta, siéntate.

Me siento a su lado.

—Que me vino a la cabeza lo de llevarte al altar.

—¿Qué? —cuestiono sorprendida.

—Si nos casáramos y mi pregunta es: ¿Tendremos un hijo sin estar

casados? —me dice mirándome.

—Amor, ¿lo dices en serio?

—¿El que, lo de casarnos?

—Sí —respondo sin creer lo que acabo de oír.

—No te preocupes, no te lo estoy pidiendo. Así no te lo pediría, solo que creo que primero sería casarse y después el hijo. No digo que no lo quiera tener, que si quiero. Joder, que lio me estoy montando yo solo.

—Lo entiendo, amor, tranquilo. —Intento tranquilizarlo.

—Pues explícamelo porque me he liado. Menos mal que sé hacerte de cenar y no sé me da nada mal el sexo.

—¿Tú quieres casarte antes que tener un hijo? Tranquilo, no pasa nada.

—Sí, pero por supuesto que quiero ese hijo —me dice lo más sincero posible.

—Lo sé, lo sé, tranquilo. —Me besa.

—Si hoy o mañana te quedas embarazada, no pasa nada porque tendría nueve meses para hacer la mejor habitación para el bebé.

—Qué bueno eres, pero tranquilo, anda.

—No sé cuándo, pero te prometo que tendrás el pack completo de marido, hijo, perro y casa con valla blanca. —Me abraza con ternura.

—Me lo prometes —digo abrazándolo fuerte contra mí.

—Claro que sí, no me importa lo que venga primero si el matrimonio o el hijo porque la casa ya la tienes.

—Sí.

—Amor, ¿vamos para la cama que ya casi va a amanecer?

—Sí, vamos.

Subimos a la habitación, nos metemos en la cama y nos damos otro beso deseándonos las buenas noches.

NEAL

Son las once y media de la mañana y me despierto, me levanto para ir al baño intentando no hacer ruido, pero me doy con el dedo a la pata de la cama.

—¡ME CAGO EN DIOS, JODER! ¡QUÉ DAÑO, HOSTIA!

Elsa se despierta asustada.

—¿Qué pasa? —pregunta exaltada.

—Nada amor, que me di un golpe con la pata de la cama. —Me acuesto con ella y la beso—. Perdona por despertarte y asustarte, amor.

—No pasa nada. —Me besa.

—Si quieres seguir durmiendo, duerme. ¿Vale? Yo me voy a duchar.

—No, no me voy a levantar. Pero antes entro yo. —Veo como sale

corriendo.

—Pero serás… portándote así no vas a lograr casarte con nadie —digo riéndome.

—¿Qué? ¿Lograr casarme? ¿Es que piensas deshacerte de mí?

—Es broma, amor. No me voy a librar de ti nunca —confieso entrando en el baño y cerrando la puerta.

—¡Eh! Que estoy yo, *pedorro*.

—No, en realidad estaba yo.

—No, de eso nada. —Se ríe.

Nos duchamos juntos, porque seamos sinceros no he podido evitar besarla, tocarla y meterla en la ducha.

Ducharnos juntos es una gozada. Cada centímetro de su cuerpo me vuelve loco. ¿Qué haría yo sin esta mujer? Sus caricias me llevan a otro nivel.

Cuando terminamos de ducharnos nos vestimos y nos ponemos a hacer el desayuno, no lo tomamos tranquilos, relajados. Pasamos la mañana organizando la casa, quiero darle una sorpresa así que decido hacer de comer unos buenos espaguetis a la boloñesa. Cuando los tengo preparado, la llamo para comer.

—¡Mmm! Qué bien huele.

Me dice sin poder evitar coger un poco.

Nena eres lo mejor que me ha pasado.

—¡Dios mío! ¡Esto está buenísimo! —Veo cómo se relame.

—Me alegro de que te guste amor.

Nos ponemos a comer y en mitad de comida suena el teléfono de casa.

—Vaya, voy yo amor —dice levantándose y cogiéndolo.

Oigo como habla por teléfono, me da a mí que se nos terminó el comer a gusto. Elsa cuelga y la miro.

—¿Quién es amor?

—Es Steve, nos necesita en la oficina.

—¿Pero no se supone que empezamos el lunes? —pregunto de mala gana.

—Bueno, más bien te necesita por una falsificación. Sí, pero dice que están saturados y que te necesitan.

—¡Joder! Con lo bien que iba el día —comento—. Pues nada amor nuestro primer caso, ¿habrá que ir no?

—Sí, hay que ir vamos.

Subimos a la habitación y nos vestimos. Ella se pone unos vaqueros ajustados y una camiseta con escote, yo unos vaqueros y una camiseta un poco ajustada.

—¿Estás lista? —pregunto mirándola.

—Sí, vamos.

Llegamos a la oficina.

—¡Buenas Tardes! —nos saluda la recepcionista, se me queda mirando embobada.

—¡Hola, buenos tardes! —decimos al unísono.

Llegamos a nuestro despacho y a los poco minutos llaman a la puerta.

—Hola, buenas tardes—exclama amablemente Elsa—. No te preocupes.

—Pase —murmuro sentado.

—Hola, buenas tardes. Disculpad que os haya hecho venir así.

—Aquí tenéis el informe, mañana quiero me digáis algo. ¿Vale?

Steve deja el informe en la mesa, lo cojo y lo miro.

—Vale, tranquilo, mañana te diremos algo.

Steve se va y cierra la puerta.

—¿De qué se trata, amor? ¿Cuál es el caso? —murmura curiosa.

—Una falsificación de un cuadro, toma, échale un vistazo.

—Déjame ver qué cuadro es —expresa Elsa abriendo el informe—. Creo que es *"El grito"*, pero no estoy muy segura de cuadros, sé poco amor.

—Sí, es *"El grito"* de Münch, pintado en 1893. ¿Dónde ha aparecido? —hablo sin dudarlo.

—Pues pone aquí que en un almacén en una caja fuerte.

—Llama a Oslo, Noruega —le digo.

—¿Que?

—Que el cuadro está allí. Si sigue estando estamos ante una falsificación, si no en un robo.

—Vale, llamo entonces.

—¿Que han dicho? —pregunto curioso, la verdad es que siempre me gusto ese cuadro, me parece muy curioso.

—Que sigue allí.

—Pues es una falsificación. Vayamos a ese almacén, tú ves el lugar y yo el cuadro. ¿Vale?

—Vale, amor, vamos.

—Espera un momento, voy a ver a Steve.

Me dirijo a su despacho y toco la puerta con los nudillos.

—¿Sí?

—Steve, soy Neal —hablo al entrar.

—Sí, dime Neal, ¿alguna novedad? —pregunta.

—Ya sabemos que, efectivamente, es una falsificación. Elsa ha llamado al museo donde está expuesto y aún lo tienen.

—Eso es una buena noticia —me dice contento Steve.

—Sí, Elsa y yo iremos al almacén a ver el cuadro —le comunico, allí sabremos más del caso.

—Sí, ir a ver si hay alguna pista.

—Y quisiera preguntarle si pagan el gasto del taxi, somos nuevos

en la ciudad y aun no tenemos coche.

—Sí, sí, los gastos están pagados. No es preocupéis.

—Gracias, Steve, solo era eso.

—Vale, tenedme informado —dice.

—Me voy al almacén, ya hablamos.

Salgo del despacho y voy a buscar a Elsa.

—Elsa, ¿vamos al almacén?

—Sí, vamos.

Salimos de la aseguradora y buscamos un taxi, lo paramos. Llegamos al almacén y, la verdad, es que me sorprendo. Pensaba que iba a ser el típico almacén pequeño para disimular, pero no es así. Este es grande y puedo ver a varias personas rondando. Vemos que hay un policía, sin embargo, no nos deja entrar. Elsa se pone a hablar. Claro, ahora me cuadra, son policías.

—Yo era policía en España y estamos investigando una falsificación.

Nos dejan pasar, pero noto cómo Elsa se fija que el policía lleva una pistola. Se toca el brazo mientras vamos caminando.

—Amor, enséñale la identificación. La que te dieron para estos casos.

Pero la vuelvo a observar y veo que no para de tocarse el brazo, la llevo a un sitio apartado.

—¿Amor, estás bien? —le pregunto preocupado, espero que nadie note lo que le pasa.

—Sí, tranquilo, estoy bien.

Le doy un rápido beso en los labios, un pico.

—Vamos a ver el cuadro —habla con una sonrisa nerviosa.

Llegamos a donde el cuadro, el policía nos lo da y nos ponemos a mirarlo, pero me doy cuenta de que no deja su brazo quieto.

—¡Ah! Gracias. Mira, Neal.

Miro y veo una huella en el cuadro.

Lo deja en la mesa con cuidado y Elsa mira por todos lados. Yo también lo examino de arriba abajo.

—Él que hizo esta falsificación tiene buenas cualidades, pero aún es algo joven y llevará poco en el mundillo. Elsa, ¿le pasaste la huella a la policía? —murmuro mirándola.

—¿Eh? Sí, me dijeron que podía pasarme por comisaría cuando quisiera.

—Yo aquí ya he terminado. Vamos a la comisaría a presentarnos y conocer al amigo de Aitor.

—Vale, vamos.

Salimos del almacén y nos dirigimos a la comisaría. La miro de soslayo, aún la noto nerviosa.

15. Comisario Rossy

ELSA

—¿Quién es? —Se oye detrás de la puerta.

—Soy Elsa Ruiz, la compañera de Aitor.

—Ah, sí, pase.

Entramos en el despacho y veo una foto de Neal. Es un cartel que pone: «L*os más buscados*». Me quedo parada y desvío la mirada hacia Neal, pero al ver la foto se ríe. Mira a Daniel Rossy.

Pregunta a Rossy.

—¿Usted formaba parte del equipo que me perseguía y al final me atrapó?

—¿Qué? —pregunto mirando a Neal.

—Hola, Neal. Sí, veo que te acuerdas —dice Rossy.

—Como para olvidarlo. —Extiende la mano—. Es un placer conocerle en persona.

—Igualmente, Neal, ya era hora. —Se ríe—. ¿En qué puedo ayudaros?

—Ella es Elsa, la compañera de Aitor —añade señalándome Neal.

—Hola, encantada —saludo algo tímida—. Y ahora estamos trabajando en la aseguradora de Johnson & Johnson, descubriendo falsificaciones —le dice Neal.

—¡Ah sí! Ya me enteré, me lo dijo Aitor. Por cierto, Elsa, tengo que proponerte algo, pero eso luego. ¿Vale? Primero hablemos de que habéis encontrado. Neal cuéntame, ¿qué habéis encontrado?

Rossy nos mira.

—Mira, Elsa ha encontrado una huella en una parte del cuadro. Yo mirando las pinceladas he podido deducir que es un joven falsificador, con mucho futuro la verdad, pero que este trabajo le puede quedar aún un poco grande —le contesta.

—¡Ah, sí! Tengo aquí los resultados, pero no la tenemos en el sistema y no sabemos quién es —nos dice Rossy mirando el ordenador.

—Será porque es nuevo en el mundillo, aún no es muy conocido —habla Neal.

—Será eso, a ver si le atrapamos —admite Rossy.

—Sí, me atrapasteis a mí. —Veo como Neal se ríe.

—Sí, nos costó un montón. Me alegro de que te lo tomes así de bien, la verdad.

—Ahora he cambiado, conocí a una persona muy especial que poco a poco me ha cambiado y me ha hecho mejor persona.

Le miro y me pongo roja.

—Me alegro mucho la verdad, no vuelvas a ser el que eras.

—Gracias.

Le suena el teléfono a Neal.

—Si me disculpáis voy a atender la llamada.

Sale del despacho.

—Me gustaría conocer a la santa que le ha hecho cambiar —dice Rossy.

—Me temo que soy yo.

Miro al suelo. Rossy se sorprende.

—¡¿Cómo?!

—¿Qué pasa si estamos juntos?

—Hacéis muy buena pareja, rara, pero muy buena —me confiesa Rossy.

—¿Rara? ¿Por qué señor?

—Una muy buena policía como tú, con el mejor ladrón del último medio siglo, es raro e irónico —habla asombrado.

—La verdad es que sí, pero señor… ya no soy policía. Ahora soy una investigadora.

—Respecto a eso de ser policía, quisiera ofrecerte dirigir un equipo para investigar robos —me dice sin más.

—¿Quiere que lo dirija? Llámame Elsa, me siento halagada la verdad, pero tengo que hablar con Neal. Lo entiende, ¿no?

—Sí, sí, claro que lo entiendo. Si acepta dirigir la unidad tendría medio para investigar y capturar a los mejores ladrones del mundo. No queremos otro Neal Cafreey. Y por supuesto que puede rodearse de la gente de su confianza, tiene carta blanca para elegir a quien quiere en el equipo.

—¡Ah sí, claro! Tendré que llevar pistola y los de mi confianza también, ¿no?

—Claro, tendrían que llevar pistola. —Le extraña mi comportamiento.

—Vale.

Noto que Neal vuelve a entrar en el despacho y se sienta a mí lado.

—Si digo que sí… ¿Neal puede estar en mi equipo? —murmuro mirando a Rossy.

—¿En qué equipo? ¿Qué me he perdido? —me pregunta sorprendido Neal, que de repente a entro y está a mi lado.

—Neal, quieren que trabaje para ellos y que lleve un equipo de investigación. Capturar a ladrones de guante blanco. ¿Qué piensas?

—Ya estás organizando un equipo por si regreso a las andas —le dice Neal a Rossy—. Elsa, ven un momento por favor.

—Lo que no quiero, es que haya otro Neal —dice el Comisario.

—Claro, Neal. —expreso apartándome con él.

—Oye, creo que eso lo tendríamos que hablar en casa y no delante del comisario, que no sabe que somos pareja.

—Sí, lo sabe amor. Se lo dije yo, se ha alegrado mucho.

—¡Ah! Vale, vale. —Veo que dice aliviado.

—No te enfades.

—No, no me enfado, solo que pensaba que no lo sabía.

—Lo siento.

—¿Por qué? ¿Por decirlo? No me importa que se lo hayas dicho. —Me besa.

—¿Seguro?

—Claro que no me importa, boba, en serio, no te preocupes. ¿Qué te parece si la oferta la hablamos en casa cenando?

—Sí, sería lo mejor, la verdad. Vamos a decirle que nos vamos, por favor.

—Sí, sí, vamos.

Me sonríe, vamos donde está Rossy.

—Señor Rossy nosotros nos vamos —dice Neal estirando el brazo para darle la mano.

—Daniel, me tengo que pensar la oferta. Te llamo en unos días —le comento mirándolo.

Neal sale del despacho, me espera fuera algo nervioso.

—Daniel, sí acepto Neal estará en mi equipo. ¿Estás de acuerdo? —hablo preocupada.

—Él no es policía, técnicamente no podría estar en el equipo —admite rotundo Rossy.

—Vale lo pensaré.

—Pero podría ser asesor —me dice para que me lo piense. Creo que quiere que trabaje aquí.

—Entendido, en unos días te llamo.

—Vale, Elsa, espero tu llamada.

—¡Buenas tardes, Rossy!

Salgo del su despacho en busca de Neal.

—Neal, nos vamos.

—Sí, vamos. Oye, ¿tengo que ponerme celoso?

—¿Que? No digas tonterías, bobo.

—Ya que el caso ahora es cosa de la policía, ¿vamos a dar una vuelta antes de ir a cenar?

—Sí, vamos a dar una vuelta.

—A ver si ahora no nos perdemos —comenta Neal riéndose.

—Espero que no, pero si me pierdo contigo me alegro —le digo sonriendo.

Neal se para delante de un concesionario y se pone a mirar.

—¿Quieres un coche amor? —cuestiono.

—No quiero tener que ir en taxi siempre.

—Pues venga, veamos algún coche, ¿vale?

—¿Qué tipo de coche te gusta? —me pregunta mientras mira los coches.

—A mí los Seat León, Audi Q3, Tiguan, pero a ti te pega un Audi o un Mercedes. ¿No crees?

—Sí, puede que sí.

Entramos en el concesionario, miramos los coches. Pero hay un Audi Q3 que nos ha llamado la atención. El vendedor nos lo enseña, vemos que es grande por si queremos ampliar la familia. Estamos convencidos y el vendedor va a hacer el papeleo.

Neal, cuando se va el vendedor, me mira y se acerca a mi oído.

—Amor, ¿tú sabes cómo se hace el papeleo para comprar un coche? Nunca lo hice —habla bajito para que no le oiga el vendedor.

—Sí, tranquilo, tienes el carnet en regla y lo del banco, ¿verdad?

—¿Cual?

—El carnet de conducir.

—Tengo diecinueve —murmura por lo bajo.

—¿Qué? ¡Dios amor! Me vas a matar un día de estos.

—Uno por alias. —Se ríe.

—Eso los tienes que tirar, ¿tienes alguno con tu nombre?

—Sí, creo que sí.

—Será posible…

Neal mira en la cartera. Empieza, Roberto Fernández, Paul Fénix, Richard Morgan... sí, aquí está… Neal Cafreey.

—Joder, madre mía. —Estoy alucinada.

Nos dice el vendedor que son 30.000 $ con todos los extras. Aceptamos, decimos que mañana tendrá el dinero y el vendedor nos contesta que mañana tenemos el coche.

Salimos de la mano del concesionario, cuando pisan la calle Neal no puede contenerse la alegría, me besa por supuesto yo le sigo el beso.

—Amor, vamos a casa a que me deshaga de mis alias. No quiero matarte de un susto.

—Claro, vamos.

Llegamos a casa, Neal sube a la habitación y saca de un armario una caja de madera del tamaño de una caja de zapatos. Viene a donde estoy.

—No te asustes amor, aquí están todos los alias.

—¿Qué? ¡Madre mía! Cuántos hay… ¿Estás seguro no me escondes ninguno?

—Sí, te lo prometo. Tengo diecinueve alias y quince son conocidos por la policía. Ponte aquí conmigo y los contamos, ya verás.

—Tranquilo, puedes guardarlos si quieres.

—No, ya no los necesito.

Le miro con cariño, no me puedo creer que vaya a hacer esto.

—Oye sabes lo que podemos hacer.

—¿Dime el qué?

—¿Quieres verme con diferentes aspectos?

—Claro.

—Mira. —Se ríe.

Saca una foto con el pelo engominado hacia atrás y con bigote.

—Sin bigote estás más guapo —le confieso.

—¿Y con barba? Mira. —Me la enseña.

—Amor, que mal te queda la barba —exclamo riéndome a carcajadas.

—Pues imagínate las rastas —dice riéndose.

—¿Rastas? ¡No! ¿En serio? A ver, a ver.

—Mira, ¿crees que es broma?

—¡Qué bueno!

Nos reímos los dos como locos.

—Mola, ¡eh! ¿Quieres saber cómo seré con casi setenta años?

—¿También tienes una? ¡No me digas! A ver, quiero verla.

—Sí, mira.

Busca y saca un carnet. En la foto está envejecido con el pelo teñido de gris, peinado con raya y perfectamente afeitado.

—¡Ala! Así serás, que viejete más guapo.

—Seré el terror de las enfermeras jóvenes.

—Pero bueno… Ah, ¿sí? Pues yo seré el terror de los enfermeros jovencitos.

—Será si te dejo yo.

—¿Cómo? De eso nada, seré la viejita más sexi que haya.

—Entonces, cómo habrá más tiempo libre te estaré follando todo el día. Vendrán los nietos y les diremos que estás embarazada.

—Se parte de risa.

—¡Qué! Pero bueno…

—¿Cuándo seamos viejecitos no querrás hacerlo conmigo?

—Estarás ocupado con tus enfermeras.

—Mentira, tú eres la única. Sí, estaré ocupado con alguna será contigo.

—¡Ah bueno! Eso suena mejor.

—¿Sabes lo mejor de mi vieja vida? Aparte de que ganaba muchísimo dinero —me dice Neal.

—¿Cuál?

—Que podía ser quien quisiera, como me apeteciera. Por ejemplo, cuando me hacía pasar por viejo decía que era viudo y sin hijos, que era mi gran espinita clavada. Con otro era un conocido mujeriego. Otro un borrachín con muchos problemas por malas decisiones tomadas. La verdad es que era muy divertido estar en un sitio nuevo y ser como quieres con el aspecto que te apetezca.

—Amor, una pregunta y no te enfades. Prométemelo —le digo.

—Dime —dice cambiando el gesto de risa a serio.

—¡Uy! Entonces no te lo digo.

—Dime, ¿qué pasa?

—No, ¿por qué has cambiado la cara? Pero está bien, ¿te arrepientes de tener esta vida? ¿Añoras ser como eras?

—¿Qué si me gusta la vida que llevo ahora contigo? Trabajo legal y todas esas mierdas…

—Es que te oigo como si lo echaras de menos.

—Sí, me gusta la vida que llevo ahora. Respecto a cómo era antes, no te voy a mentir, pero hay algunas cosas que sí añoro. Aunque no me arrepiento de lo que me ha pasado este último mes. Te prometo que no me arrepiento de estar viviendo y trabajar contigo.

—Entonces, no entiendo cómo estás conmigo. Sigue con tu vida de antes.

—¿Cómo? ¿Lo dices de verdad? —cuestiona.

—Si añoras tu vida anterior no entiendo qué haces conmigo, si te gustaba lo que hacías antes.

—Tú, definitivamente, cuando hablo o no me escuchas o escuchas lo que te da la puta gana.

—¿No me has dicho que añoras esa vida o eso me lo he inventado? —pregunto.

—He dicho que parte de esa vida la añoro, PERO QUE NO ME ARREPIENTO DE NINGUNA DECISIÓN QUE HE TOMADO DE UN MES PARA ACÁ.

—¿Por qué me chillas? Es solo que no entiendo eso, pero no hace falta que grites.

—Porque parece que escuchas lo que quieres. Te estoy diciendo también que no me arrepiento de estar contigo y de tener un trabajo legal.

—Sí, lo sé.

—No te dije más de una vez que porque te quiero no voy a volver

a robar. Que quiero ser legal.

—Lo sé, pero no tienes que gritarme.

—Siento haberte gritado, pero me duele que me digas eso —empieza casi a llorar Neal—. Me duele mucho que me dijeras que no sabes que hago contigo, ¿que vuelva a esa vida? ¿Me lo decías en serio?

—Amor, tranquilo, solo quería decir que no entendía que hacías conmigo si añorabas eso. No quería que te doliera, lo siento. —Le abrazo, pero él me aparta y se gira para no mirarme.

—Lo siento, pero ahora no estoy para abrazos, Elsa. ¿Que no entiendes que hago contigo? Joder, muy sencillo, porque te quiero.

Él se levanta y va a la cocina, se pone una copa de bourbon.

—¿Qué?

Miro cómo se va del sofá, me levanto y hablo en voz alta.

—Neal, creo que me has entendido mal. Será mejor que me vaya a dar una vuelta para que nos tranquilicemos, no quiero discutir.

—Yo lo he entendido perfectamente —responde enfadado.

Salgo de la casa, voy dando una vuelta llorando. No entiendo por qué ha pasado esto.

16. Pelea

ELSA

Sigo dando una vuelta, pensando en las cosas que acaba de pasar. Paso al lado del Golden Gate, me siento en el poco césped que hay y me pongo a mirar las vistas que tengo del mar y del puente. Sigo un buen rato sentada y llorando en el Golden Gate. Me levanto para irme a casa, pero como no conozco mucho San Francisco me medio pierdo. Me cruzo con mucha gente, parejas, viejos, jóvenes. Por fin reconozco dónde estoy y voy para casa.

Llego allí y veo la cena hecha puesta en la mesa, hay media botella de bourbon vacía. Busco a Neal que no está ni en la habitación ni en el sofá. Por ello, voy a la habitación y me pongo el pijama. Me acuesto, pero no consigo pillar el sueño. Bajo al salón cojo la botella, salgo a la terraza y me pongo a beber. Cuando llevo el contentillo, voy a la habitación y es cuando escucho un ruido. Me quedo quieta, asustada. Seguido, escucho una especie de ronquido y un fuerte golpe. Me meto en la cama con pavor.

Unas cuantas horas después, me despierto aun dándome vueltas a todo. Me levanto para volver a buscar a Neal y lo veo en una de las habitaciones. Está en el suelo, aún dormido.

—¡Neal, Neal!

Salgo corriendo a donde está.

—Mm —balbucea sin abrir los ojos.

—Despierta, te has caído. Levántate y ve a la cama.

—Cinco minutos más, mami —murmura dándose la vuelta y haciendo que se tapa.

—No, levántate. Vamos, acuéstate en la cama. —Le muevo.

—Para, joder.

Me empuja y caigo al suelo. Me quedo parada sin saber cómo

reaccionar, pero la sangre me hierve.

—¿Quieres levantarte del suelo? —le pregunto con un tono elevado.

Abre los ojos, está desorientado y medio borracho. Huele a alcohol.

—¿Qué haces en el suelo? ¿Qué hago yo en el suelo? —cuestiona.

—Te has caído y me has dado un empujón. —Le hago saber—. Así que vete a la cama.

Él se levanta y se mete en la cama. A mí aun me hace efecto el alcohol, por ello, me levanto del suelo y voy a la habitación, pero como no puedo dormir, me visto y bajo a la cocina para coger una botella de vino. Salgo a la terraza y me pongo a beber mientras Neal duerme. Se hace de día y no he dormido nada, voy súper borracha.

NEAL

Me despierto y me siento en el borde de la cama. Me levanto con un resacón brutal. Aun algo borracho, intentó bajar por las escaleras. Casi me caigo y veo a Elsa en la terraza. Está allí sentada. Me acerco y veo que se ha bebido una botella de vino.

—Elsa, vamos, que te llevo a la cama.

—Déjame —me dice rotunda.

—Vamos a la cama que estás borracha. —Insisto.

—Que te he dicho que no —me habla brusca.

—Vale, vale, no te pongas así.

—¿Y qué si voy borracha? Que yo sepa, tu anoche también lo estabas. Que menudo empujón me diste, por cierto. Así que déjame.

—Ya te dejo tranquila.

Me voy a la cocina a recoger la cena, veo que no ha probado bocado. Oigo cómo se levanta y de lo mal que va se cae. Se levanta, desde la puerta de la cocina observo cómo se dirige a la puerta de la calle, pero no atina a abrir a la primera, salgo corriendo a donde está.

—¿Dónde vas? Ven, siéntate en el sofá —digo verdaderamente preocupado por ella.

—A la calle —me contesta sin apenas poder hablar.

—A la calle, ¿a qué?

—Por ahí.

Claro… ¿y piensas que te voy a dejar? Ni lo sueñes.

—Con la borrachera que llevas no te tienes ni en pie. Quédate en casa, por favor.

—Sí, me tengo en pie, déjame. —Intenta volver abrir la puerta.

—No, ven al sofá.

Abre la puerta y sale.

—En un rato vengo Neal.

—Joder, Elsa, para quieta, ven a casa. —Ella me mira

—¿Qué quieres? —Me mira con los ojos entrecerrados.

—Que entres en casa, cielo. Ven, vamos a la cama a dormir que nos hace falta —digo intentando calmarla y que me haga caso.

—Quiero una botella de vino —murmura entrando rápido, yendo a la cocina a coger una botella.

—Elsa, deja la botella.

—¿Por qué?

—Porque no estas para beber más, deja la botella y sube conmigo a la cama.

Ella deja la botella y la guardo de inmediato conforma veo que se reposa en la mesa.

—Vamos a la cama.

La agarro de la mano, me empieza a pegar y acaba cayendo al suelo echándose a llorar. Me pongo de cuclillas y agarro su carita con mis manos para que me mire fijamente.

—Elsa, ¿estás bien? ¿Te has hecho daño? —pregunto, sangrando por el labio por los golpes de Elsa.

—¿Qué está pasando? no entiendo nada.

—Estás borracha, vamos a la cama.

—¿Eso te lo he hecho yo? —me dice mirando mi labio.

—¿El que?

—Perdona, no quería hacerte daño.

Me toco el labio y veo la sangre.

—No, amor, fui yo que me mordí. ¿Quieres dejarme que te lleve a la cama?

—Te lo hice yo, perdona. —Se levanta—. Puedo ir sola.

Subimos a la habitación y nos acostamos los dos en la cama.

—Duerme, Elsa.

Le digo mientras le toco la frente. ¡Dios, está ardiendo! Pero veo cómo se queda dormida. No obstante, de repente, se pone a gritar.

—¡No, No!

—Tranquila, estoy aquí.

Cojo una pequeña toalla húmeda y se la pongo en la frente.

—Neal… ¿dónde estás? —balbucea en sueños.

—Estoy aquí, no me he ido.

—No le hagas daño...

Está muy alterada, intento calmarla con abrazos y mimos, que sepa que estoy a su lado. Consigue dormirse después de un largo tiempo. Estoy un rato con ella y al ver que está dormida profundamente bajo a la cocina y me pongo un filete en el ojo, que me deja un pequeño morado. Vuelvo a subir para tumbarme a su lado. Ella da vueltas y se despierta de un sobre salto.

—¡No! —Se queda sentada en la cama.

—Amor, tranquila, estoy aquí.

—¿Dónde estoy? —me pregunta desorientada.

—En casa. —Ella mira para los lados asustada—. Estás en casa, Elsa, tranquila.

—En casa. —Respira hondo de repente ve su cara—. ¿Qué ha pasado?

—Nada amor —respondo para no alterarla.

—No me acuerdo de nada.

—Normal.

—¿Qué te ha pasado? ¿Quién te ha hecho eso?

—Tú —contesto en voz baja.

—¿Qué? —Se levanta de un salto de la cama—. ¿Yo te hice eso? —me pregunta aterrada.

—Sí, pero no pasa nada, ¿vale? Estoy bien, no te preocupes.

—¿Como ha ocurrido esto? ¡Ay! Mi cabeza.

—Bebiste demasiado —le confieso.

—Perdona.

—No pasa nada. ¿Tú estás bien?

—Tengo mucho frío, pero sí, estoy bien. Perdóname, de verdad.

Llora desconsolada y la abrazo.

—Tranquila, te perdono. Estoy bien. ¿Estás más tranquila?

Sigue llorando.

—No puedo creer lo que te he hecho, no me lo voy a perdonar. —Se separa de mí y se levanta—. Quiero estar sola, perdona.

—Estoy bien, no llores, no pasa nada. Te dejo sola, estaré abajo.

Llora en la cama desconsolada y al rato subo.

—¿Puedo entrar?

—Sí, claro, es tu casa.

—No llores, amor, mírame. ¿Ves? Estoy bien, tan guapo como siempre. —Abro los brazos—. ¿Quién es la chica guapa que me va a dar un abrazo?

—Está claro que yo no.

—¿Cómo qué no? Anda, tonta, abrázame por fi —Elsa me abraza fuertemente—. ¿Estás mejor?

—Sí —responde.

—¿Tienes hambre, amor?

—No —murmura mirándome.

—¿Quieres algo o nos tumbamos abrazados aquí los dos? —le pregunto deseando que me dígala segunda opción.

—Abrázame, por favor.

La abrazo y me tumbo en la cama con ella.

—Te quiero, lo siento.

Me abraza fuerte como si quisiera que no me fuera.

Nena, no pienso irme a ningún lado.

—Yo también lo siento.

—¿Por qué, si no hiciste nada?

—Por cómo me puse ayer contigo, por decirme lo que me dijiste.

—Te juro que no quería decir eso. —Se acurruca más a mí.

—No pasa nada, ¿vale? —La beso.

—Sí, pasa, perdóname.

—¿El que pasó? —cuestiono imaginándome lo peor.

—Nada, déjalo.

—No amor, dilo.

—No, mira lo que ha pasado por abrir la boca —me dice.

—Quiero que me lo cuentes, no te gritaré sea lo que sea.

—¡No! Tranquilo, no pasa nada.

—Dímelo, por favor —insisto.

—No, de verdad, si no pasa nada.

—Elsa, dímelo porque si no me imaginaré cosas que no son y antes o después será peor. Ayer me pusiste los cuernos, ¿no?

—¡Qué! —exclama—. ¿Cómo puedes pensar eso?

—Pues dímelo —hablo serio.

—¿Crees que te puse los cuernos?

—Si no me lo quieres decir, pues pienso lo peor.

—Como me hablaste así y me entendiste mal, estuve a punto de irme. Estuve en la parada de autobuses, lo malo es que no tenía ni un euro.

Y entonces me di cuenta de la que se había liado. Había estado a punto de perderla.

—¿Qué me quieres matar? No me digas eso, amor. —Ahora sí que me has asustado.

—Me fui sin nada, sino a saber dónde estaría —Llora.

—No llores amor, no pasa nada, ¿vale? Es culpa mía.

—No lo es, pero gracias. —Se separa de mí—. Ahora vuelvo.

Veo que se va al baño y no puedo evitar pensar en qué hubiera hecho si la hubiera perdido.

—Vale, aquí te espero.

Regresa del baño y se queda de pie sin saber cómo actuar, está muy avergonzada.

—Ven aquí amor que quiero decirte una cosa.

—¿Qué? —Se acerca a mí.

—¿Qué te parece si olvidamos esta pequeña bronca? —pregunto tocándole el muslo—. ¿Te parece buena idea?

—Te quiero, lo sabes. —me dice abrazándome.

—Lo sé, sé que me quieres y tú sabes que yo también te quiero. ¿Verdad?

—Sí lo sé y me lo has demostrado amor —contesta.

—¿Cómo? —respondo sorprendido.

—¿Cómo que cómo?

—¿Cómo te lo he demostrado? —le pregunto.

—Cambiando, cuidándome cuando recibí el disparo, dándome cariño, protegiéndome… ¿Son suficientes cosas o te digo más?

—Pues sabiendo todo eso, ¿tú crees que te dejaría? Aunque haya una o dos cosas que eche de menos de mi antigua vida. Porque de esa vida solo echo de menos lo de poder cambiar de nombre, aspecto y personalidad cuando quisiera. Que comparado si te dejo a ti, echaría de menos muchas más cosas que una.

¡Dios, cielos! Acabo de abrirle mi corazón. Créeme cuando te digo que te amo, Elsa.

—La verdad es que no sé qué decirte, me has dejado sin palabras.

—¿Sabes que echaría de menos si te perdiese? —le pregunto mirándola.

—¿El qué?

—Tus besos, tus abrazos, el cómo me cuidas cuando estoy mal, cómo cantas y bailas al cocinar. Tu risa y el cómo mueves la naricita al dormir.

—Si que te fijas bien en las cosas eh ladronzuelo. —Me río feliz—. Eso no lo hago, no muevo la nariz.

—Sí que lo haces al dormir, créeme.

—¿Muevo la nariz? —Se ríe—. Calla no lo sabía.

—Así sin pensar, siete cosas que echaría de menos, si te perdiese.

La doy un beso con dulzura.

—Dame un besín en el ojo que me duele.

—Pobre. —Me lo da.

—¿Me lo das aquí? —Señalo la mejilla.

—Claro, toma.

—¿Y aquí? —Señalo la herida del labio.

—Eso también te lo hice yo… ¡madre mía! —Me da un beso.

—Ahora aquí.

Digo señalando los labios, ella me da un beso largo mientras me abraza.

Una cosa llegó a la otra y ¡Dios mío! Qué reconciliación hemos tenido. Hemos hecho el amor desesperados. Joder, la he hecho mía una y otra vez.

Ella tenía que sentir que somos el uno para el otro y, por supuesto, yo estoy siempre loco por sentirla.

17. Intentando superar los miedos

ELSA

Después de hacer el amor y recuperarme, me levanto de la cama y voy al baño a ducharme. Entro y al rato viene Neal.

—Amor, ¿hay sitio para mí? —Oigo que dice detrás de la mampara.

—Sí, claro, entra.

Neal pasa y me abraza. Coge la alcachofa y me empieza a mojar. Luego coge la esponja y me limpia entera, aún tengo restos de él.

—Gracias.

—De nada. —Nos besamos—. ¿Sabes que me encanta ducharme contigo?

—Lo sé y a mí ducharme contigo.

Nos volvemos a besar y él me abraza mientras me acurruco en su pecho húmedo. Veo que pone la ducha de tal manera que nos mojamos los dos.

—Ven, amor, que te seco.

Salgo de la ducha, me envuelve con la toalla y comienza a secarme.

—Mm…

—¿Te gusta estar así amor?

—Sí.

—¿Ahora qué quieres hacer? ¿Vemos una peli? —me pregunta.

—Sí, me encantaría.

Nos ponemos algo y bajamos al salón.

Empiezo a hacer zapping.

—Anda, mira, Brad Pitt.

—Sí —murmura pensativo—. Una cosa amor.

—¿Qué? —Le miro.

—Ayer estabais hablando tú y el comisario Rossy de un equipo de la división de guante blanco. ¿Estabais hablando de mí?

—Quiere que trabaje para él como jefa de equipo, para detener a ladrones de guante blanco. Quiere que vuelva a ser policía.

—Me alegro por ti, pero... ¿y tú problema?

—No le he contestado, le dije que necesitaba pensarlo unos días. Pero puse una condición para aceptar, que tú formaras parte de mi equipo. Sin embargo, no puedo aceptar.

—Sí, lo sé, ya me parecía raro.

—¿El qué te parece raro? ¿Tú qué piensas?

—Que sería una gran oportunidad, pero que no lo puedes aceptar porque te quedas paralizada cuando ves una pistola. No digamos cuando oyes un disparo...

—Y si me callo y hago como si nada… tan normal —digo mirándole a los ojos.

—¿El no contar lo que te pasa? —pregunta él.

—Hacer como si no me pasa nada, nadie se dará cuenta.

—¿Y si hay un tiroteo y muere alguien o, peor aún, mueres tú? —cuestiona atemorizado.

Me pongo tensa de pensarlo.

—Nadie se dará cuenta de nada, ¿no crees?

—Amor, son policías. Antes o después se darán cuenta, sé que es una gran oportunidad, pero no te voy a dejar que te arriesgues. Lo siento.

—Pero… ¿por qué? Si apenas me ocurre nada… Está bien, diré que no, tranquilo. —Me pongo a ver la tele un poco triste.

—Lo siento, amor, pero entiende que no quiero que te pase nada.

—Lo sé, tranquilo.

—No podría estar sin ti, cariño.

—Amor, el de la aseguradora tampoco es malo y ganamos más dinero.

—Ya, pero...

—Pero tú eres policía —murmura Neal mirándome.

—Se lo debo a mi padre, es como si le estuviera fallando —digo triste—. Pero ya está decidido, le diré que no.

—Amor, no creo que le estés fallando. ¿Y sabes por qué?

—Es lo que siento.

—Mira, no creo que le estés fallando por una sencilla razón.

—Que un policía se paralice por la pistola o por un disparo no es normal. Creo que le estoy fallando, no soy lo suficientemente fuerte.

—¿Qué más da? No le fallas porque me apuesto todo lo que tengo a que tu padre no querría que te pasara nada malo y muchísimo menos que murieras.

—Seguro —digo con lágrimas en los ojos.

—¿Qué te crees que eres la única policía con miedo?

—No es miedo, es… no sé… me bloqueo, pero tengo que superarlo, ¿qué hora es?

—Poco a poco amor, cuando lo superes yo estaré encantado de llevarte a comisaría todos los días, pero tienes que estar al 150% y no me vale que me mientas.

—¿Qué hora es? —le pregunto.

—Las 17:00.

—Perfecto, voy a tomar medidas. —Le beso y me levanto decidida —. ¿Mi pistola, dónde está, la has visto?

—¿A qué te refieres con tomar medidas? ¿Qué vas a hacer? No me asustes —murmura preocupado.

—No va a pasar nada, solo voy a pegar unos tiros a la comisaría, para desestresarme e intentar superarlo.

—¿Quieres que vaya contigo?

—Lo que quieras.

—Pues voy y me enseñas, ¿vale?

—Pero si ya sabes… pero vale, ven conmigo.

—Pero tendré que practicar ¿no? Además, si una condición para aceptar dirigir eso era que yo fuera también ¿no? Que yo formase parte del equipo.

—Sí, pero... No podrías usar armas. Me lo dijo Daniel, porque no eres policía. Lo siento, eso lo hablaré con él.

—No tienes que hablar con nadie amor, esto es si yo quiero puedo llevar una pistola. Así que tú te vas a comisaría que yo voy a sacarme la licencia para poder portar armas.

—¡Qué! Bueno como quieras —le digo a Neal.

—Si vas a ser policía, yo voy a ir contigo le pese a quien le pese, voy a ir armado y no permitiré que te quedes paralizada y te paso algo.

—Pero con uno que lleve suficiente.

Subo a la habitación a vestirme, para ir a comisaría. Abro unos de los cajones, veo la pistola, la cojo. Al cogerla me tiembla la mano, la guardo. Respiro hondo para tranquilizarme. Como tengo a Neal al lado en la habitación, pienso y espero que no me haya visto temblar y le sonrío. Me mira y me devuelve la sonrisa.

—¿Estás lista, amor?

—Sí, vamos.

Salimos de la casa, en la acera me giro hacia él.

—¿Dónde nos vemos? ¿O ya nos vemos aquí?

—Nos llamamos ¿vale? —me pregunta.

—Vale.

Nos besamos para despedirnos, cada uno nos vamos en una dirección.

Llego a comisaría, hablo con Rossy para ver si puedo tirar unos tiros. Él me dice que no hay problema, que no hay nadie. Entonces, voy hacia la sala de tiros, me paro nerviosa justo antes de entrar. Respiro hondo y entro.

Cojo la pistola, tiemblo y miro para todos lados. No obstante, mi mano se pone a temblar muchísimo y me viene la imagen del Escorpión intentando matar a Neal.

Al cabo de una media hora más o menos, oigo cómo suena mi móvil.

—Hola amor, ¿ya has terminado? —digo alegrándome de oírlo.

—Hola amor. ¿Qué tal te voy a buscar?

—Sigo en comisaría, como quieras.

—Vale, paso a buscarte en quince o veinte minutos. Hasta ahora mi amor.

—Hasta ahora mi amor.

¡Buffff! Suspiro mirando al papel de tiro.

Me quito los cascos, recargando la pistola. Neal la pica desde el cristal y entra con Rossy.

—¡Ey! Hola. —Salgo a verle—. ¿Cuánto tiempo lleváis ahí?

Pero inconscientemente, me toca el brazo y eso Neal lo ve. Aunque llevo un buen rato, aún no he podido dejar de temblar. Me viene una y otra vez ese cabrón del Escorpión.

—Pues nada tres minutos —me comenta sonriéndome.

—Bueno pareja os dejo —dice Rossy.

—Gracias, Daniel, por dejarme disparar.

Rossy se va dejándonos solos a los dos.

—¿Qué tal, amor? Veo que disparaste algo, ¡eh!

—Sí, pero no consigo dejar de temblar y pensar en el puto Escorpión. Pero por lo menos algo he mejorado.

—Ya te dije que poco a poco. Mira todo lo que avanzaste, ya coges la pistola y casi no tiemblas.

—Gracias. ¿Y a ti cómo te fue?

—Bien, bien, aunque pensé que no me daban la licencia, porque me dijo que mientras tenía que ir al reconocimiento, iban a mirar mis antecedentes.

—¿La conseguiste?

—Sí, porque, aunque tengo antecedentes los míos no son violentos.

—No habrás comprado ninguna pistola, ¿verdad?

—Por tener, solo puedo tener en mi poder dos pistolas. Aún no, ¿por? Pero he visto una que me gusta.

—No me gusta la idea que lleves pistola, pero bueno, es tu decisión.

—Solo la compraré si quieres coger el puesto que te ofreció Rossy.

—Vale, pero ¿tú qué piensas del asunto? ¿Quieres disparar, amor?

—¿Me dejas disparar? —me dice un poco emocionado.

—No, querías practicar. Toma mi pistola.

Neal la coge y entra en la galería, al verle con la pistola agarrada pienso. que no es lo mismo que la tenga yo. Me pongo a temblar y a sudar, pero intento disimularlo.

Él se pone en posición.

—¿Así amor?

Me apoyo contra en la pared.

—¡¿Eh?! Sí, sí.

—¿Estás bien, amor? —murmura él preocupado.

—Sí, sí, tranquilo —respondo.

Respiro hondo, pero no puedo dejar de temblar. Neal dispara.

—Amor, ¿de verdad estás bien? No dejas de temblar.

—No pasa nada, de verdad.

Neal vuelve a disparar.

Tiemblo aún más y grito.

—¡Cuidado, Neal!

Deja la pistola en la mesa, se acerca a mí y me abraza. Tiemblo sin control.

—¡Nos disparan, cuidado!

—Amor, estamos en comisaría. Disparaba yo al papel. No nos dispara nadie.

Le miro y me tranquilizo.

—Estamos bien, ¿ves? —Me sonríe.

—Perdona, no quería asustarte. —Le sonrío tímidamente—. Estamos bien.

—No pasa nada, ven, ponte a mi lado.

Vuelve a coger la pistola y Neal me observa mientras tiemblo.

—Tranquila.

Apunta al papel y dispara. Deja la pistola, me mira y me besa.

—¿Ves? No pasa nada.

—Sí —respondo.

—¿Estás mejor?

—Sí, mucho mejor, gracias.

—¿Ves cómo no pasa nada, amor?

—Sí.

—¿Vamos a casa? —me pregunta.

—Sí, por favor ya es suficiente por hoy.

—Solo disparé dos veces, pero sí. Vámonos.

—Venga, vamos a quedarnos para que dispares un poco más.

—No, no, por hoy estuvo bien, otro día más —me dice.

—¿Seguro?

—Sí, seguro que ya temblaste demasiado. —Me abraza.

—Te quiero amor —digo apoyándome en él.

—Y yo a ti, amor.
—Mira, ya no tiemblo. —Sonrío.
—¡Bien!

18. Buscando a mis padres

NEAL

—¿Damos un paseo, amor? —pregunta Elsa felizmente—. Hace muy bien día.

Me saca la lengua como una niña pequeña. Con picardía, y no puedo evitar reírme.

—Vale —respondo.

—¿Qué? ¿Por qué esa cara? —cuestiona ella, frunciendo el ceño.

—Nada, que me ha hecho gracia que me sacaras la lengua.

—¿Ah sí?¡Pues toma! —Me la vuelve a sacar.

—Que bobona eres. —Río por lo bajo.

—¿Por qué me llamas boba? —replica—. Si yo soy una boba, tú eres feo de cojones.

—Sabes que no. —Suelto una carcajada.

—¿Qué? Pero, bueno… ¡Qué creído eres! —Se ríe a carcajadas.

Nos besamos y seguimos dando un paseo agarrados de la mano.

—¡Qué bonita es esta ciudad! —exclama Elsa visualizando a todos lados.

—Sí, la verdad es que me gusta vivir aquí.

—Una cosa amor. —Se frota las manos nerviosa—. Sinceramente, ¿cómo me has visto en la sala de disparos?

—¿Disparando tu o yo?

—Los dos. —Tengo y debo que ser sincero con ella.

—Lo poco que te he visto a ti, bien. Pero ya fue al final. Al principio no sé cómo estarías. Y cuando disparaba yo, muy nerviosa. Temblabas y tenías sudores.

—Espero que algún día deje de hacer eso. —Su tono es sumamente triste.

Ponemos rumbo a casa, disfrutando del buen día que hace. Vamos

hablando y pasamos por un cruce. Uno se salta un stop, Elsa lo ve.

—Cuidado, amor.

Me aparta para que no me atropelle.

—Será gilipollas el tío —gruñe furiosa.

—Gracias, amor

—Se va a cagar —dicta yendo hacia el coche.

El vehículo se para en un semáforo y veo como sale corriendo a por él. Le da en la ventanilla con los nudillos.

—¿Eres gilimbécil o qué?

Salgo detrás de ella corriendo, se va aliar y no pequeña.

—El carnet de conducir, ya —habla con seriedad—. ¿No ha visto que se ha saltado el stop? —Le enseña la placa—. ¿No me oye o qué?

—Amor, no ha pasado nada. Déjalo, ya no eres policía. Vámonos. —Intento agarrar su mano, pero Elsa se suelta.

El conductor se ríe y baja la ventanilla.

—Anda, vete, guapa. Cállate y haz caso a ese marica que tienes al lado.

—¿Perdón? —pregunta Elsa con la vena del cuello palpitante, está enfadada.

Ella se acerca para darle un puñetazo, pero me adelanto y le saco medio cuerpo por la ventanilla. Le atino un par de puñetazos que lo dejan KO.

—Amor, tranquilo —me dice Elsa al ver el estado en el que he dejado al imbécil.

—Sí, hazle caso. Será lo mejor —dice el tío aturdido.

—¿Yo tranquilo? Joder, amor, la que salió corriendo detrás de él fuiste tú. —Elsa frunce los labios—. Tú calla la boca que todavía te tragas el coche, payaso.

—¿Tú y cuántos? —me reta.

—Anda, tira, que me das pena —le digo, sin mirarlo.

—Guapa, deja a ese payaso que no te da lo que tengo yo —dice mientras hace el movimiento de follársela.

Elsa me mira de soslayo. Estoy que quiero matar al subnormal. ¿Cómo se atreve a decir eso y menos a mi Elsa? Se va a enterar, se le van a quitar las ganas de hacer el gilipollas.

—Ahora sí que sí.

Elsa sale corriendo, pero la cojo.

—Déjame a mí —murmuro serio.

—No, no, déjame a mí que te puedes buscarte un lío.

Voy al conductor, le abro la puerta del coche y le meto dos puñetazos. Le doy tres hostias contra el coche.

—Amor, quieto —exclama Elsa.

Lo dejo tirado en el suelo, sangrando.

—Amor, vamos que esto ya está.

La gente de nuestro alrededor está alucinando por el espectáculo que acabamos de montar. Le agarro la mano a Elsa y miro al suelo.

—Sí, vámonos a casa

La abrazo a mí y beso su coronilla. Comenzamos a andar de nuevo

—¿Qué pasa amor? —Me besa la mejilla.

—Nada, no puedo besar y abrazar a mi chica.

—Sí, claro que sí.

Llegamos a casa después de un largo paseo.

—Vete a ponerte cómodo que yo voy a hacer la cena, ¿vale?

Bajo después de cinco minutos.

—¿Te ayudo en algo, amor? —le pregunto.

—No, no, tranquilo. Tómate algo si quieres.

Me cojo una cerveza del frigo y me apoyo en una pared, viendo como Elsa hace la cena. Mientras cocina, canturrea y mueve el culo de una forma provocativa. Cuando termina, friega las cosas y agarra otra cerveza. Se da la vuelta, sorprendida al ver que todo ese tiempo la he estado mirando.

Acabo cogiéndole la mano y llevándola al sofá. Me siento y palmeo mis piernas.

—Ven, ponte aquí conmigo.

—¿Qué pasa, amor? —murmura sentándose.

—Nada. —Apoyo mi cabeza en su hombro—. Te quiero.

—Yo también te quiero.

Nos besamos por un largo tiempo.

—¿Por qué no me dejaste pegarle? —pregunta.

—Porque sabía que yo le haría más daño.

—¿Qué pasa? ¡Mira que brazo tengo! ¿Qué te crees?

—Lo sé, amor, lo sé. Mira cómo me dejaste el ojo. —Se lo señalo.

—¿Ves? Lo hubiera tumbado.

Le pegamos un buen sorbo a la cerveza. Luego, nos ponemos a cenar. Sinceramente, Elsa tienes unas manos muy buenas para la cocina. Cada día me impresiona más en ese sentido. Terminamos de cenar y recojo los cacharros, esta vez me toca a mí. Dejo que Elsa vaya al sofá para relajarse y escucho como enchufa la televisión. Cuando acabo, me seco las manos con un paño y voy hacia ella. Me lanzo a su lado y la abrazo

—Una cosa, vida —murmuro, mirándola.

—Dime.

—¿Crees que a John le hará ilusión cuando le digamos que queremos ser padres? —pregunto por curiosidad.

—Sí, la verdad —afirma—. Se emocionará seguro, pero antes de decidir quedarnos, tengo que ir al ginecólogo.

—¿Por qué? ¿Te pasa algo? —cuestiono nervioso.

—No, no, sólo ir a una revisión y ver que vaya todo bien. No te

preocupes.

—¡Ah bueno! Si es una revisión no me preocupo. Un día que podamos vamos a un ginecólogo.

—Gracias, cielo. La verdad es que no quiero ser como mi padre, creo que él no hizo nada por mi madre.

—¿No? —pregunta Elsa interrogante—. ¿Qué pasó?

—Mi abuela me contó que mi padre nunca se preocupó de mi madre. No la acompañó a ninguna revisión y no estuvo en mi nacimiento…

—Eso es horrible. —La mirada de Elsa cambia radicalmente a una de pura tristeza—. Tu por lo menos sabes quién es tu padre, yo no.

—¿Te gustaría saber quién es tu padre biológico?

—La verdad es que sí.

—¿Quieres que ponga a alguien a buscarlo? A Mozzy se le da muy bien encontrar a gente —le digo.

—¿De verdad lo harías por mí? —Me besa.

—Claro, ya sabes que por ti lo haría todo.

—Te quiero, Neal.

—Y yo a ti, cielo. —Dejo un sonoro beso en la mejilla de Elsa—. Amor, acércame el móvil por favor.

—Claro.

Me lo da y lo cojo.

—Gracias, amor, voy a llamar a Mozzy para que se ponga en ello.

Marco su número y al primer pitido me contesta.

—*¿Sí?*

—Mozzy, soy Neal.

—*Hola, tío. ¿Qué pasa?*

—¿Oye, ¿puedes hacerme un grandísimo favor”

—*Claro que sí, ¿de qué se trata?*

—Quiero que busques a unas personas.

—*Claro, ¿quiénes?*

—Los padres biológicos de Elsa.

—*¡De Elsa! Pero, tío, de la madera…*

—Ya no es madera, dejó la policía.

—*Vale tío, los buscaré y os digo cuando sepa algo.*

—Sé que no te cae demasiado bien.

—*Ya sabes que lo de poli me echa para atrás, pero lo haré tranquilo.*

—Pero ya no es policía, búscalos y avísame. Es muy importante para mí, pon a quien haga falta, yo corro con todos los gastos.

—*Vale, entendido tío.*

—Gracias, hermano. Cuídate, ya hablamos.

—*Cuidaros, tío.*

—Ya está, solucionado.

—Gracias amor. ¿Qué haría sin ti? —Me abraza.

—Pues vivir más tranquila y sin tantos sobresaltos.

—¡Qué! ¿Por qué dices eso? —pregunta.

—Por nada amor, era solo una broma. Te quiero y deseo que seas feliz.

—Y yo a ti mi amor —me dice.

—Si Mozzy encuentra a tus padres, ¿qué les dirías?

—Pues no sé qué les diría. —Frunce el ceño—. Amor, ¿te puedo decir algo?

—Claro.

—No puedo quererte más. —Me besa—. ¿Vendrás conmigo si los encuentra? No me dejes sola.

—Sabes que nunca te dejaré sola. Además, yo también quiero conocer a ese desgraciado.

—¡Oye!

—¿Que? Te prometo que intentaré no pegarle, solo iré para apoyarte a ti, ¿vale?

—Prométemelo.

—¿Lo de apoyarte o lo de no pegarle?

—Pegarle.

—Vale, si no quieres que lo haga no lo haré. Lo prometo por lo que más quiero que eres tú.

Subimos a la habitación, nos acostamos abrazados y nos dormidos.

A las 9:00 de la mañana suena mi móvil, me despierto. Aun dormido miro la pantalla y veo que es Mozzy. Me despierto de sopetón, salgo para hablar con él, sin hacer mucho ruido para no despertarla.

A los quince minutos entró de nuevo a la habitación.

Dios, ¡cómo se lo digo! Espero que se lo tome a bien.

19. Noticia importante

NEAL

—Amor, amor, despierta —la digo dándola un beso.

—Mm… ¿qué pasa? —pregunta Elsa adormilada.

—Tengo que decirte algo muy importante —digo poniéndome serio.

—¿Qué pasa? No me asustes —murmura despertándose de sopetón.

—Me ha llamado Mozzy, ya sabe quién son tus padres.

—¡¿Qué?! ¿Tan pronto? Madre mía, ¿dónde están?

—Tu madre… —Me relamo los labios, nervioso—. Murió en el parto, lo siento.

—¿Qué? —Se la caen las lágrimas y no dudo en abrazarla para consolarla—. ¿Y mi padre?

—Él aún está vivo, pero no sé si querrás oírlo... —No dejo de abrazarla.

—¿Dónde está, lo sabes? —pregunta nerviosa e inquieta. Se limpia las lágrimas con el dorso de su mano y me mira desde abajo.

—Hay alguna sospecha de dónde está. —La miro.

—Dímelo que me estoy poniendo nerviosa.

—¿Alguna vez escuchaste hablar del *Zorro Nocturno*? —Veo que se queda pensativa.

—Me suena, pero acláramelo tú. Es uno de los más buscados, ¿no?

—Él fue el mejor ladrón de guante blanco del siglo XX. Mejor de lo que yo era, si hubiera una lista él sería el numero uno y yo el dos.

—No me digas que ese es mi padre —murmura tapándose la boca.

—Sí. ¿Quieres que te cuente la historia? —pregunto abrazándola.

—Sí, por favor.

—Tu madre trabajaba para la policía nacional de Ámsterdam.

—Era policía igual que yo....

—La mejor de la policía Nacional de Ámsterdam, era comisaria —digo mirándola.

—Me hubiera gustado conocerla —me dice triste.

—Se dice que iba a llegar a dirigir la Policía, la pusieron a investigar un robo y el sospechoso era el Zorro Nocturno. En plena investigación conoció a tu padre, sin saber quién era.

—Más o menos como nuestra historia, ¡madre mía! —exclama sorprendida.

—La única diferencia es que tú siempre lo supiste. Se conocieron y se enamoraron locamente y a los seis u ocho meses. Se casaron en solitario y poco después ella se quedó embarazada, pero tu madre estaba muy cerca de pillar a tu padre. Cuando naciste murió, ese día la Interpol estaba entrando en las dos casas francas que tenía tu padre. Al morir tu madre tu padre se hizo cargo de ti, pero la presión sobre él cada vez era mayor, estaban muy cerca de que le cogieran. Así que huyó a España.

—Me abandonó. —Elsa respira profundamente, aguantando las lágrimas—. ¿Y qué es de él? Poco me querría entonces —dice con la voz teñida de furia.

—Espera. Tu padre, paseando un día contigo, escuchó a una pareja que no podía tener hijos. Esa pareja se convertiría en tus padres. Un día llegando a casa tu padre vio que estaba entrando la policía y huyó contigo.

A Elsa se le caen las lágrimas y la abrazo.

—La policía le perseguía. Casualmente encontró a la pareja que volvía a casa. Tú padre te dejó en el contenedor, sabiendo que ellos te encontrarían. Antes de nada, investigó a la pareja para saber que eran buenas personas y que te cuidarán bien.

—No es excusa, es un mal nacido —exclama rotunda.

—Lo sé, amor. Eso tendrías que hablarlo con él. Ahora unos creen que vive en Francia, otros que murió el día que te abandonó. Otros que sigue vivo y robando. Hay demasiados rumores, pero Mozzy seguirá buscando.

—¿No sabe nada de él? ¡Vaya! Me gustaría partirle la cara al muy cabrón.

—Lo siento, me hubiera gustado darte mejores noticias —murmuro triste mirando al suelo.

—No te preocupes, amor. Tú no tienes la culpa, pero a ese cabrón me encargaré de encerrarlo yo misma. Te lo juro, ahora sí que aceptaré lo de Rossy.

—Amor, no lo hagas en caliente. Tranquila y vete hacer la maleta.

—¿La maleta? —dice sorprendida—. Encerraré Zorro Nocturno, es lo único que haré. Te lo juro.

—Vamos a Ámsterdam a ver la tumba de tu madre.
—¿Qué y el curro?
—¿El de la aseguradora?
—Sí.
—Si vas a aceptar lo de Rossy, tendrás que dejarlo, ¿no?
—Sí, voy a llamar ahora mismo a Rossy —me dice.
—Ahora no pienses ni en Rossy ni en la aseguradora. Haz la maleta que perdemos el avión.
—Me da igual que me paralice o me disparen, pero voy a cazarlo.

ELSA

Subo secándome las lágrimas con el dorso de la mano y hago la maleta rápidamente. Cuando acabo, bajo. Me encuentro a Neal listo para irnos.
—¿Me puedes dejar el teléfono de Mozzy? O llámale desde tu móvil, por favor —le digo mirándolo.
—Sí, ahora lo llamo. —Marca el teléfono me lo pasa.
—*¿Sí?*
—Hola, soy Elsa.
—*La madera.*
—Era para darte las gracias. Y sí, soy yo.
—*La gracias… ¿por qué?*
—Por encontrar a mis padres, ¿me podrías hacer un favor?
—*¿Cómo?*
—Sí, ¿me podrías hacer un favor?
—*¿Yo, hacer un favor a un poli?*
—Sí, por favor. Sabes que soy legal con vosotros y lo he demostrado.
—*Ten por seguro que antes o después me lo cobraré y con creces.*
—No me importa. ¿Qué es lo que quieres?
—*Aún nada.*
—Vale. Entonces, ¿me lo haces o no?
—*Dime qué favor, lo hago por Neal. Pero esto te lo cobraré a ti.*
—De acuerdo, quiero saber todo del Zorro Nocturno, con pelos y señales. Tengo que saber, dónde está.
—*Sabes que eso que me pides es muy difícil, casi imposible.*
—Lo necesito, Mozzy.
—*Lleva más de veintiocho años escondido.*
—Lo sé, desde que nací. Por eso quiero encontrarlo.
—*Es un favor muy gordo.*
—Lo sé, pide lo que quieras.
—*Lo último que se supo de él es que estaba en España.*
—¿En qué parte de España?
—*Donde te dejó a ti, después desapareció por completo.*

—¿¡Qué!?

—*Nadie sabe nada de él* —dice Mozzy".

—Por favor, haz lo posible por encontrarlo.

—*Por ahora es lo que sé. Después de dejarte con esa pareja, desapareció por completo.*

—Te lo pido como una amiga, dame un alias, algo donde pueda encontrarlo. —Se me caen las lágrimas—. El cabrón debe pagar lo que me hizo.

—*Elsa, no es tan fácil. Ese tipo lleva treinta años sin dar señales de vida.*

—Lo sé, pero haz lo que puedas por favor".

—*Vale, lo intentaré.*

—Muchas gracias, lo que necesites llámanos.

Mientras hablo con Mozzy ni me he dado cuenta de llegamos al aeropuerto internacional de San Francisco. Bajamos del taxi y Neal me mira preocupado.

—¿Qué te dijo, amor? ¿Lo puedo saber? —me pregunta.

—Que lo va a intentar, pero que le deberé una muy grande. Lo hace por ti, no por una madera.

—Aún le cuesta asumirlo.

Subimos al avión. Nos sentamos y me pongo muy nerviosa. Creo que ya lo he dicho muchas veces, ¡odio volar! Tengo pánico porque sí sé nadar, pero aún no sé volar.

—¿Tú sabes que él te va a pedir antes o después un favor?

—Sí, lo sé, no me importa. Aún no puedo asimilar esto.

—No estaría yo tan seguro de que no te importe.

—¿Por qué? ¿Acaso sabes lo que me va a pedir? —Le miro dudosa.

—No, pero espérate cualquier cosa.

—Me da igual, mientras averigüe algo de... ese tío.

—¿De verdad que te da igual?

—Sí, ¿por qué?

—Pues sí qué tienes ganas de encontrarlo.

—Quiero partirle la cara y encerrarlo de por vida —digo lo más sincera posible.

—No creo que le puedes meter en la cárcel, es demasiado mayor para ir.

—Sí, lo haré qué se pudra.

—Sabes que no, a partir de una determinada edad no vas a la cárcel.

Me pongo nerviosa porque sé que Neal tiene razón. Él se acerca a mí y me abraza.

—Pues le mataré, me da igual. Eso sí puedo.

—Tranquilízate —me dice sin dejar de abrazarme.

—Le mataré, lo juro —murmuro rotunda.

—Joder, no tenía que haber removido tu pasado. Tranquila vida, ¿vale?

—Sí, sí, me tranquilizo. —Respiro hondo.

—Mírame, no digas locuras, ¿vale? Tranquila, ya veremos qué es lo que pasa, antes de hacer nada creo que deberías hablar con él.

—Le mataré, es lo que haré y no me lo voy a pensar.

De cabezona no me gana nadie.

—Joder, Elsa piensa un poco.

—¿Qué tengo que pensar? —Le miro.

—Eres policía, vas a matar a un tipo por venganza.

—¿No dices que ahora no soy policía? Puedo hacerlo y no es venganza, es justicia.

Me la tiene que pagar.

—Ahora que te interesa no eres policía. ¿Qué quieres, terminar en la cárcel?

—Me da igual la cárcel. Amor, entiéndeme. —Miro al suelo.

—Pero a mí no me daría igual, no lo entiendes. Ahora ya no estás tú sola. ¿Tú no eres consciente que las decisiones que tomes repercuten también en mí?

—Es verdad, lo siento. —Le miro.

—Ahora estás muy en caliente para pensar con claridad, lo único que has de pensar ahora es que vamos a ir a ver a tu madre.

—Vale amor, lo siento. Me ha cegado la rabia. Perdón.

—No te preocupes amor, te entiendo mejor de lo que crees. Yo busqué al mío, pero está muerto y sería lo primero que haría sin dar explicaciones.

—Es que me duele que le haya importado tan poco —le confieso.

—Lo sé amor, mi consejo es que primero hables con él.

—Yo no sería capaz, pero ¿te puedo pedir una cosa?

—Dime, sabes que sí está en mi mano lo hago —dice mirándome.

—Si lo encontramos, prefiero que vayas tú porque yo le mataré.

—Espera, espera. ¿Quieres que hable yo con él? —me pregunta, confuso.

—Para saber cómo es, yo no puedo verlo.

—Amor, es una cosa entre vosotros. Yo no soy quién para meterme.

—Vale. —Miro por la ventanilla.

—Lo que puedo hacer es estar contigo cuando habléis.

—Gracias, pero no te preocupes. —Sigo mirando por la ventanilla.

—Sola con él no te voy a dejar, no quiero que hagas algo de lo que te arrepientas.

—No me arrepiento y no pasa nada.

Después de un larguísimo viaje, aterrizamos en Ámsterdam.

20. ¿Elsa o Heleen?

ELSA

Llegamos al aeropuerto de Ámsterdam-Schiphol, bajamos del avión, alquilamos un coche. Yo desde que aterrizamos no dejo de pensar en todo.

Mi madre muerta, mi padre me abandonó ¡Dios!

—¡Mmm! Como huele a flores, es un olor familiar.

Cierro los ojos. ¿Por qué tengo esta sensación? ¿Es posible que haya estado aquí?

—¿Dónde vamos primero? —le pregunto.

—¿Quieres ir a ver la tumba de tu madre?

—Sí, pero no sabemos ni cómo se llama, ni qué pone en la tumba —hablo triste, pero es la verdad. ¿Cómo vamos a ir, si ni siquiera sabemos dónde empezar a buscarla?

—Yo tampoco. Tengo una idea, sé cómo podemos averiguar el nombre.

—¿Cómo?

—Vamos a la sede de la policía nacional, allí igual lo averiguamos.

—Sí, es buena idea, vamos entonces.

Vamos al edificio de la policía, entramos y hay un muro con fotos de agentes fallecidos.

—Mira, puede que esté aquí, pero ¿quién será? —Miro el muro.

—Pues no lo sé, está claro que los hombres no.

—Claro jodío, mira esta es igual que yo. ¿No crees?

NEAL

—Sí, se parece espera un segundo. Voy a preguntar lo que sería recepción o información como se llame.

—Sí, me quedo aquí.

—Hola, ¡buenos días! —digo.

—Hola, ¡buenos días! —responde el agente.

—Mire, quisiera hacerle una pregunta, un poco extraña. —Le miro.

—Sí, dígame. ¿En qué puedo ayudarle?

—¿Podría decirme el nombre de la mujer, que llevó el caso del Zorro Nocturno?

—¡Mmm! A ver, que busque.

Mira los informes en el ordenador. Al rato, me mira y responde.

—Rachel Smith, pero falleció Sr.

—Lo sé.

Ya tenemos por lo menos el nombre.

—Vale, muchas gracias. —Le miro—. Ve aquella chica que está en el muro.

—Sí, es muy guapa.

¡Uff! Te estás llevando una torta, chaval.

—Creo que es la hija, solo sabemos que trabajó aquí, que era muy buena y que le dieron ese caso.

—¿¡Qué!? No puede ser —contesta sorprendido.

—¿A qué se refiere?

—¿Lo dice en serio? Han estado buscando toda la vida —me dice sorprendido.

—¿Perdone? —respondo.

—La están buscando, por ser la heredera. Rachel era muy rica, todo el dinero ese es de esa chica su única heredera, si lo que dice es cierto y es su hija.

Me quedo en shock. Como que, buscándola, es rica. Uff ahora sí no me descuadra, que no me deje por favor.

—Pero, ¿cómo es que Rachel tenía tanto dinero? Sí, era policía.

—No era una policía cualquiera, subió hasta comisario. Cerró muchos casos aquí, era muy querida, además sus padres eran muy ricos. Así que esa jovencita es multimillonaria. Y Sr Se paga muy bien por cada caso cerrado y ella pilló a muchos, muy conocidos así que guapa y rica ¿quién la pillara?

—Pues es mi novia, y yo también tengo muchísimo dinero. ¿Sabe de alguien que haya conocido a Rachel y pueda hablarnos de ella? Es que ella también es policía y le gustaría saber cosas de la madre.

¿Quién se cree este payaso? Si no tiene ni media hostia.

—¡Su novia! Perdón, si el inspector jefe Jack, puede ayudaros está en su despacho.

—¿Puede indicarme cómo llegar, por favor? Es que esto es enorme.

—Sí claro, sube la escalera y la puerta del fondo.

—Vale, muchas gracias.

Voy donde está Elsa, algo pálido. A ver cómo se lo digo.

—A… amor —intento decir.

—¿Qué te ocurre? —me comenta mirándome—. ¿Estás bien?

¿Quieres agua?

—Sí, pero siéntate tengo que darte dos buenas noticias. —Aún me cuesta decir las palabras.

—¡Qué! No me asustes, por favor.

La veo que se asusta e intento tranquilizarla.

—Me dijeron de alguien que nos va a hablar de tu madre y te andaban buscando.

—¡Qué no puede ser! Alguien me va a contar algo y que me buscaban ¿Para qué?

—¿Te acuerdas cuando te dije que tenía tantísimo dinero que no teníamos que trabajar?

—Sí. ¿Por qué?

—Porque tú ahora creo que tienes tanto dinero como yo.

—¡Qué! —responde sorprendida—. Pero si no tengo apenas nada.

—Tus abuelos maternos tenían muchísimo dinero, tu madre también ganó mucho dinero atrapando a gente como tu padre y como yo. Y claro eres la única heredera.

—No puede ser, me estoy mareando, me estás diciendo que, si pruebo que soy su hija, soy…

—Millonaria —comenta con miedo.

—¡Dios mío!

Miro al suelo y se me caen las lágrimas.

—¿Qué te ocurre? —pregunta preocupada.

—Que ahora tengo miedo a que me puedas dejar.

—¡Qué! ¿Por qué?

—Porque al verte con tanto dinero, puede que cambies y que yo sea uno de esos cambios —respondo apenas sin mirarla.

—Me lo dices en serio, crees que me importa el dinero.

La miro, ella se siente dolida, se lo puedo ver en su cara.

Se acerca el agente de antes.

—Sr el inspector jefe os espera.

—Sí, ahora vamos. —La miro—. ¿Me prometes que seguiremos igual como hasta ahora?

—Qué fuerte y me preguntas eso.

Elsa se levanta y le dice al agente.

—¿Dónde está el despacho? Perdona.

—Sí, mira guapa arriba la puerta del fondo.

—Gracias agente.

Sube arriba sube y yo la sigo.

Espero no haberla cagado ¡Dios mío!

ELSA

Toc Toc

—Pase —dicen detrás de la puerta.

—Hola, ¡Buenas tardes! —Tiemblo de los nervios y de rabia.

—Hola, ¡Buenas tardes! Son ustedes lo que preguntan por Rachel Smith. Soy el inspector jefe Jack.

En la mesa está sentado, un hombre de unos cuarenta ocho años, de complexión normal y la verdad atractivo para su edad, no tanto como Neal que eso es imposible, pero para su edad no está nada mal.

—¿Así se llamaba? —Miro al suelo—. Sí, somos nosotros.

—¿Qué quieren saber? —pregunta un poco seco.

Al oír lo seco que ha sido, me pongo tensa. Respiro hondo.

—Pues a ver, como empiezo la conocía bien, ¿verdad? —Le miro.

—Ella fue quien me enseñó todo lo que sé y fuimos compañeros muchos años.

—Sabe por qué murió, ¿verdad?

—Al dar a luz a su bebé.

—Creo que soy ese bebé —contesto mirándolo.

—Tienes cierto parecido, la verdad.

—Me llamo Elsa Ruiz y él es mi novio Neal.

—Encantado. —Nos mira a los dos.

—Encantado —responde Neal.

—Quería saber cosas de ella, ¿cree que me parezco?

—Físicamente sí, Rachel era muy buena persona y mejor profesional.

—¿Cómo puedo comprobar que era mi madre? —Miro al suelo.

—Por el ADN —me responde.

—Pero si está muerta, muchos años, ¿no?

—Sí, pero en la policía se guarda el ADN y las huellas de todos los agentes.

—Es verdad, perdone.

Estoy de los nervios, ni me acordaba de eso. Relájate vamos.

—Se podría comprobar su ADN, con el de ella —habla el inspector jefe.

—Por favor, puede hacerlo ahora.

—Sí, permítame que haga una llamada —me responde.

—Gracias. —Tiemblo mucho.

Mientras llama, Neal me dice al oído.

—Amor, perdona lo de antes, no sé qué me pasó.

Me abraza.

—El dinero me importa una mierda, parece mentira.

No sabes el daño que me estás haciendo, de pensar que solo me importa el dinero.

Idiota te quiero a ti.

—Lo sé, lo siento. En serio, perdóname.

—Ahora no es el momento. —Se me caen las lágrimas.

—Tranquila, estoy aquí, ¿vale? —Me abraza.

Respiro hondo.

—Esto es demasiado para mí.

Tengo la cabeza hecha un lío, ¡Dios mío! No hace nada pensaba que estaba sola. Ahora tengo un padre que ha pasado de mí y me abandonó.

Jack cuelga el teléfono.

—Ahora vienen del laboratorio mientras, ¿le cuento cómo era?

—Gracias, ¿en cuánto tiempo se sabrá los resultados? ¿Tiene alguna foto de ella?

—Pues un día. —Jack se aparta y deja ver la mesa que tiene detrás, se ve muchas fotos.

—Cuantas fotos ¡madre mía! —digo mirando las fotos.

—Mire, esta es del día que entré a trabajar aquí.

Sale Jack muy joven y una chica muy guapa.

¿Será ella? ¡Dios mío!

—¿Es ella? Pero qué guapa era. —contesto apenas en un susurro.

—Como tú —afirma Jack.

—Gracias.

—Disculpe Neal —dice mirándole.

—No se preocupe, es cierto es muy guapa —responde Neal sonriendo.

—¡Cómo me hubiera gustado conocerla! —hablo triste.

—Esta es del día que me salvó la vida.

—¡Qué! ¿Le salvó?

En la foto se ve a Jack en el hospital y a mí madre con un cabestrillo.

—¿Qué ocurrió? —pregunto.

—Fue una trampa. Me dispararon, me hirieron y ella me salvo. Lleva el cabestrillo porque al salvarme se dislocó el hombro.

—Le dispararon sargento. —Inconscientemente, me toco la cicatriz del brazo.

—Sí, tres tiros.

Tiemblo y me toco, sin parar la cicatriz.

—Vaya.

—¿Qué le pasa Elsa? —Me mira el sargento preocupado.

—Por lo que veo mi madre era muy valiente, ¡eh! Nada, nada.

—Tú también eres muy valiente, Elsa. —responde Neal mirándome.

—Gracias, Neal —digo apenas mirándole.

—Sí, Rachel era muy valiente —afirma el sargento orgulloso de Rachel.

—¿Qué manías tenía? Cuénteme me gustaría saber de ella por usted.

—Cuando deteníamos a alguien, siempre me decía empapélalo

Jack y cuando se dormía en el despacho, movía la nariz.

—¡Qué! —Miro a Neal.

No puede ser me parezco más a ella de lo que pensaba, cómo me hubiera gustado tenerla a mi lado.

—¿Qué pasa, amor?

—Según tú, eso lo hago yo.

—Sí, tú también lo haces —responde Neal.

—¿Cómo era de genio? —le pregunto a Jack.

—Era muy buena, amable y tranquila, pero si hacías algo que no le gustaba, te lo decía sin rodeos.

De repente, llaman a la puerta. Abre la puerta un chico con una bata blanca.

—Sargento, venimos a por la muestra.

—Sí, es esta señorita —dice señalándome.

El chico del laboratorio, saca un bastoncillo.

—Abra la boca por favor.

Abro la boca y me coge saliva.

—Ya está señor, ¿con quién se ha de comparar? —le habla mirando a Jack.

—Con la Comisario Smith —responde Jack.

—Muy bien, señor. —Y se va.

—Cuando me dijo que estaba embarazada, nos invitó a cenar

a mi mujer y a mí.

—Ah, sí.

—Y también conocimos a su pareja.

—Ah, mi padre supongo —digo poniendo mucho interés—. ¿Y qué es de él?

Sí, háblame de él, que ese cabrón me las va a pagar.

—Sí. ¡Ah! Otra manía, cocinando baila y canta.

—No. —Me pongo a llorar Neal me abraza.

—¿Por qué llora Elsa?

—Yo hago lo mismo.

—Respecto si era el padre, sí lo era —me responde Jack.

—¿Qué se sabe de él, señor? —Me pongo muy seria.

—Que, al morir Rachel, el hombre le puso una tumba estupenda.

—Vaya, qué generoso —digo irónicamente.

—Al morir su mujer, estuvo llorando tres semanas, solo dejaba de llorar para cuidar de la niña.

Al inspector jefe se le llena los ojos de lágrimas.

—Entonces, ¿fue una niña? —respondo costándome decir palabras.

—Sí, una niña preciosa.

—¿Y qué pasó con ese hombre? ¿Se sabe algo de él?

—No —responde rotundo.

—¿Sabes cómo llamó a la niña? —pregunto curiosa.

—Por supuesto, el padre le puso el nombre que deseaba Rachel. Heleen.

—¿Heleen? Gracias por todo inspector, mañana temprano vendré a ver los resultados. Ya no molestamos más.

—Cómo creo que es usted la hija.

Se levanta abre el armario y saca una foto del día de la boda de Rachel.

—Tenga.

—¡Quééé! —La mira —. Gracias, inspector.

Te tengo cabrón.

—Esta guapísima, muchas gracias. —Le abrazo.

—De nada, si necesitan algo, saben dónde estoy.

—Mañana nos vemos, Jack.

Neal estira la mano.

—Gracias, muy amable —responde amable Neal.

—Hasta mañana.

Salimos del despacho aún estoy muy nerviosa.

—Amor, ¿me dejas ver la foto, por favor?

—Sí, toma —digo sería.

Neal coge la foto y se para.

—¿Pasa algo? —pregunto también parándome.

—Amor, no hay duda. Es tu madre y él es tu padre.

—¿Por qué lo sabes?

Me saca una foto con el móvil.

—Mira tu nariz y la de ella. Mira tus ojos y los de él.

—Es igual mi nariz, pero los ojos de él ni hablar.

—Mira los labios de él y los tuyos.

—Que no quiero verle, por favor.

—Me apuesto todo mi dinero, a que es tu madre y él tu padre.

—Ese no es mi padre. Mi padre se llamaba Roberto, no ese señor —respondo rotunda.

—No soy científico, pero sé de arte y de pintar, ella es muy parecida a ti sé analizar esas cosas. —Me abraza.

—Por favor, vámonos de aquí, estoy cansada.

—Vale, vamos a buscar un hotel.

Mientras que vamos en busca de un hotel, Neal va abrazado a mí, pero noto que no deja de mirar la foto.

¿Qué está mirando? Algo raro le pasa y no sé el qué.

—¿Por qué no haces una foto para Mozzy? Puede que le sirva —digo mirándolo.

—No creo que haga falta.

—¿Por? —Me sorprendo.

—Puede que me equivoque, pero creo que él me contrató, para robar *"El David"* de Miguel Ángel.

Me quedo blanca y tardo unos segundos en reaccionar.

—¡Quééé! No puede ser trabajaste con él.

—Cuando le conocí, era más viejo que en la foto, pero creo que es él.

—¿Cómo puedo localizarlo?

—Tú no puedes —dice rotundo y serio.

—¡Qué! ¿Por qué?

—Pero si me dejas, creo que puedo hacerlo yo. ¿Quieres que lo haga?

—Sí.

—Pero tendré que volver durante un tiempo a mi vieja vida.

—Me da igual.

—¿Segura?

—Sí.

—Vale.

—Méteme a mí también.

—No. —Me mira enfadado y rotundo.

—Quiero encontrarlo.

Será lo único que haga hasta que no le tenga delante.

—Yo lo haré por ti. ¿Confías en mí?

—Quiero meterme en ese mundo, si no lo haré yo sola.

—Repito, ¿confías en mí?

—Tú me has escuchado a mí.

—Puedes buscarlo, no lo vas a encontrar y no te voy a meter en ese mundo. —Se pone delante de mí—. Elsa por favor, déjame a mí. Deja que lo haga por ti.

—¿Por qué no quieres? Es cosa mía Neal.

—¿Y mía no? Creo que soy tu novio y que gracias a mí estamos aquí.

—Muchas gracias, Neal —digo ofendida.

—Deja que lo encuentre, que lo haga por ti.

—Haz lo que quieras.

—Elsa, no te enfades.

—No me enfado, haz lo que quieras.

—Me moveré por el mundo, lo encontraré te lo prometo

Salgo andando muy deprisa, llego al hotel y subo a la habitación al segundo sube Neal. Se pone un traje y un gorro.

—¿Dónde vas?

—A localizarlo, espérame aquí —me dice yendo a la puerta.

—¿Y piensas dejarme aquí?

—Lo siento, pero sí.

—Muy bien.

Salgo de la habitación.

—¿A dónde vas?

—A buscar a mi... padre.

—Quédate aquí Elsa, que lo encuentro yo.

—Voy a hacer que salga —hablo rabiosa.

—Déjame a mí, joder. Deja que lo haga yo. Elsa, vamos a hacer una cosa.

—Dime.

—Dame dos días, solo dos días. Si no lo encuentro a mi manera, lo hacemos a la tuya. Y no te digo que no.

—Como quieras.

—¿Te vas a quedar en la habitación?

—¿Qué pretendes? ¿Qué me quede aquí mientras tú te vas? No es justo, no soy una niña.

—Amor, solo son dos días. Deja que yo le busque, tú no le busques durante ese tiempo, tampoco digo que estés encerrada dos días en la habitación.

—Como quieras. —Me voy corriendo a la habitación llorando.

—Lo hago por tu bien —responde para que lo escuche.

NEAL

Regreso después de tres horas veo a Elsa durmiendo y me acuesto con ella, al rato me duermo abrazado a ella.

Elsa se despierta, se estira y sin querer me despierta.

—¡Buenos días, amor! —dice sonriendo.

—¡Buenos días! Sigue durmiendo, es pronto no quería despertarte. —La beso—. Amor me va a llamar hoy el hombre de confianza de tu padre, para que me vea con él y convencerle de que me pueda reunir con tu padre.

—Gracias. —Se levanta.

—Otra cosa.

—Dime.

—Perdona, por cómo me puse ayer.

Lo digo de verdad, pero ¡uf! Me vuelvo loco de pensar que le pase algo.

—Tranquilo, me quedaron claras las cosas, no te preocupes.

Veo que se va al baño y la sigo.

—¿Qué te pasa?

—Nada, ¿por qué? Tengo que ir a comisaría.

—Por lo que me acabas de decir, que te quedaron las cosas claras y el tono.

—No te gusta que me meta en ese mundo, así haré.

—Mira lo que pasó la última vez.

—Vale, lo entiendo.

—No quiero volver a pasar por lo mismo.

—Y si te pasa a ti, yo sí quiero pasarlo.

Me siento en el borde de la cama y miro al suelo.

—Gracias a que fui no moriste. —Elsa se pone a llorar.

—Prefiero morir a que te pase algo, puedes pensar que soy un egoísta y un cabrón, pero no quiero que te pase nada malo.

—Vale, tranquilo no te pongas así. No haré nada, pero tengo que ir a comisaría eso sí podré, ¿no?

—¿Qué me vas a pedir permiso para todo ahora? ¿Cuánto va a durar esto?

—No, no, solo te informaba.

—No te pongas así.

—Perdona.

—Desde que sabes quién es tu padre, creo que nos estamos alejando —digo mirando al suelo y empezando a llorar.

—No digas eso —responde.

—¿Cómo no lo voy a decir? Mira cómo estamos.

—Solo que no soy de porcelana, amor. Tiene que pasarme cosas, tenía que haber ido anoche contigo, pero entiendo tu miedo, por eso no haré nada.

—Elsa, entiende que es mi mundo. Donde yo me sé mover y a mí no me va a pasar nada. Imagina qué pasará si encontramos a alguno que hayas detenido y él se va de la lengua de que eres poli.

—Sí, sí lo entiendo. Tendré que arriesgarme no quiero dejarte solo, pero lo entiendo, tranquilo. Anda descansa un poco más, en un rato nos vemos.

—Vale. ¿Me das un beso?

—Claro. —Me besa.

—Gracias, amor. Me hacía mucha falta.

—Descansa luego nos vemos.

—Vale —respondo en la cama y poco a poco me quedo dormido.

ELSA

Salgo de la habitación, cojo un taxi y voy directamente a comisaría a ver al inspector jefe Jack.

Toc toc

—Adelante. ¿Quién es?

—¡Buenos días! Soy Elsa.

—¡Buenos días! Disculpa no sé cómo llamarte, si Elsa o Heleen.

—Venía a saber los resultados, llámame Elsa por favor.

—Lo sé, lo sé, aquí tienes.

Responde mientras abre un cajón y saca un sobre.

—Aún no lo abrí por respeto a ti.

—Por favor, hágalo por mí. —Le doy el sobre.

—¿¡Qué lo abra yo!? —comenta Jack sorprendido.

—Sí, sí, estoy demasiado nerviosa, por favor hágalo usted.

—No creo que deba, pero si me da su consentimiento —contesta

mirándome.

—Fue amigo de Rachel, hágalo por ella.

—Vale.

Veo que estira el brazo para coger el sobre, lo coge, respira hondo con el abrecartas en la mano. Me mira.

—¿Está segura que quiere que lo abra?

—Sí, sí, tranquilo hágalo.

Jack lo abre, se pone a leerlo, según lee se le empieza a caer una lágrima.

—¿Qué ocurre? —pregunto preocupada.

—Treinta años, treinta años buscando a la hija de Rachel, y ayer pica a mi puerta.

—¿Entonces es mi madre Rachel?

No puedo dejar de temblar.

Dios, tranquila.

—Sí, es positivo eres la hija —responde mientras se le caen más lágrimas.

—Soy Heleen Smith.

Me quedo blanca, Jack se levanta y me abraza mientras los dos lloramos.

—Gracias, eres muy amable. —Dejo de llorar, me limpio los ojos —. Ahora sí que tengo un lío en mi cabeza.

—¿Por qué dices eso? —pregunta Jack.

—Elsa Ruiz o Heleen Smith —digo confundida.

—Eso es decisión tuya, para mí siempre serás Heleen. Espera que esto es tuyo.

Jack se acerca al armario del despacho, saca una caja de cartón, la pone encima de la mesa.

—¿Qué es esto Jack? —preguntó confundida.

—Cosas de tu madre y cosas que compré para ti.

—¿Que compraste para mí?

Abro la caja, veo fotos de mi madre embarazada de mí, feliz abrazando y besando a mi padre. Juguetes, chupetes, ropita y una placa de policía.

—¿Esta es la placa de mi madre?

—No, es la placa que tu madre encargó para ti, no ves que es pequeña.

Jack me da la espalda, aparta un cuadro hay una caja fuerte empotrada en la pared, la abre saca unas cosas y la cierra para colocar otra vez el cuadro.

—Sí, que le quería mucho, ¿no? —Miro la foto, viendo lo feliz que era con su padre. —Tenía una bonita sonrisa.

—Rachel a Arjen le adoraba, cada vez que él venía a buscarla se le iluminaban los ojos.

—¿Arjen? Así se llama mi padre.

—Sí, es como me lo presentó —me dice.

—Llegó a verme mi madre o ni me conoció, murió antes.

—No lo sé. —Empieza a llorar

Nos abrazamos y lloramos.

—Toma, esto era de tu madre —Me da la verdadera placa y su arma.

—¿Su arma también me la da?

Me quedo muy sorprendida, normalmente, no le dan el arma a nadie.

—Sí, eres policía, ¿no?

—Sí, claro.

Le enseño mi placa, pero no puedo dejar de mirar la placa de mi madre, que tiene su nombre grabado.

—Lo sé, lo sé. Estoy seguro de que tu madre estaría orgullosa, de que seas policía y más de que lleves su arma, no te preocupes por el arma la engrasé, la limpié y la disparé esta mañana. Está en perfecto estado.

—Gracias, por todo esto, Jack.

Me guardo las cosas de mi madre, me seco las lágrimas.

—De nada, gracias a ti, por quitarme este peso de encima.

—Entonces, ¿tengo que hacer algún papeleo, para que conste que soy su hija? ¿Algo más que tenga que saber de mi madre?

—¿Pregúntame lo que quieras? —Suena el teléfono, lo coge—. Sí, gracias, ahora bajo.

—¿Algún familiar vivo? Solo quiero saberlo, no quiero que pienses que soy una egoísta, lo digo por la herencia, no entiendo que nadie la haya reclamado.

—No, no, yo no pienso eso. Tus abuelos murieron y era hija única. El único familiar es tu padre, pero no se sabe nada de él, desde hace casi treinta años, siento no poder decirte donde está, solo sé que él os adoraba a ti y a tu madre.

Sí, claro, adorar.

—Vaya una pena, no tener familiares.

—Lo siento.

—Bueno eso de que nos adoraba.

—Por lo que yo sé sí, lo que no sé es por qué te llamas Elsa Ruiz.

—Me abandonaron en la calle siendo un bebé, mis padres adoptivos me llamaron así, solo me dejo 1.000 euros conmigo.

—¿Tu padre te abandonó?

—Sí —hablo triste en pensar en mis padres adoptivos.

—Lo siento, pero me cuesta mucho creerlo.

—Pues es la verdad, solo espero que no se llevara ni un duro de mi madre, que se gastara todo en su entierro.

—Eso sé que no, lo pago todo de su bolsillo. Todo era lo mejor en esos años lo que se podía conseguir, pero eso sí que me parecía raro, porque nunca supe en qué trabajaba tu padre, pero siempre tenía muchísimo dinero.

—Pues no lo sé. Entonces, ¿qué pasó con el dinero de mi madre?

—Normal que no lo sepas, el dinero lo tienen administrado los abogados de la familia Smith. Toma mi tarjeta, si tienes dudas o quieres saber más de tus padres, me llamas. Ahora tengo que bajar a la sala de interrogatorio.

—Muchas gracias, una cosa ¿el teléfono de los abogados los tiene usted?

—No, pero sé que es el bufete Crein Pool y Smith. Tu abuelo era abogado, era uno de los socios del bufete que lleva los asuntos de la familia.

—Gracias Jack, no quiero entretenerte más.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

Me quedo pillada, ¿qué querrá?

—Sí, claro, dime.

—¿El que vino ayer contigo era Neal Cafreey? ¿El ladrón?

Me sorprendo.

—Sí, era él. ¿Por qué? Se ha reformado y es mi novio.

—Joder, pues sí que se ha reformado, él es el único que no pude detener.

—¡Ah, no! ¿Lo intentaste?

—Lo tuve muy cerca en Roma, cuándo robo *"El David"* de Miguel Ángel, pero aún no sé cómo pudo escapar del museo.

—¿Robó *"El David"*? No lo sabía.

—Pues sí, lo robó y aún no sé cómo, pensábamos que no lo había logrado, tardamos cuatro días en descubrir, el que estaba era una falsificación.

—Vaya, se encontró el original, ¿no?

—A la Interpol, solamente se les escaparon dos ladrones. Sí, sí a los dos años apareció.

—¿Cuáles Jack? no sería también el Zorro Nocturno.

—Sí, ¿cómo lo sabes? —Se sorprende.

—Soy policía, ¿recuerdas? Estoy buscando a ese tipo.

—El Zorro Nocturno es uno y el otro, tu novio.

—Vale, toma mi teléfono, por si quieres tomarte algún café, o tienes más información del Zorro.

—Pues deja de buscarlo, creemos que está muerto.

No puede ser, seguro que está vivo y lo encontraré.

—¡Quééé! ¿Cómo lo sabéis? —digo curiosa.

—Lleva treinta años o más sin dar un golpe, esa gente solo para por dos cosas, o está en la cárcel que no es el caso o muerto, así que

pensamos que está muerto.

—Gracias por la información Jack. Ahora ve a la sala de interrogatorios.

—De nada. Sí, me voy que llego tarde, nos vemos.

—Cuídate, Jack.

—Igualmente.

—Llámame, para tomar algo ¡eh!

—Sí, descuida, lo haré.

Salgo de la comisaría, tengo un cacao en la cabeza. Cojo el móvil pongo la dirección del buffet que me dijo Jack. Me sale la dirección y me dirijo allí.

21. Heredera

NEAL

Me despierto al ver que no ha llegado todavía Elsa. Cojo el móvil, que lo tengo en la mesilla y no dudo en llamarla.

—*¿Sí?*

—Amor, soy Neal. ¿Cogiste los resultados?

—*Sí, los tengo en la mano.*

—¿Y qué dicen? Era tu madre, ¿verdad?

—*Sí, lo era.*

—Me alegro, ya te quitaste parte del peso de encima, amor. ¿Ya vienes al hotel?

—*Sí, la verdad que sí, pero aún tengo un asunto pendiente. No, aún no, tengo que hacer una cosa más.*

—De eso me estoy ocupando yo —comento con voz seria.

—*Pero que no es eso. Joder, ya estamos. No me dejas decirte que se trata, en un rato nos vemos.*

—Lo siento amor, pensé que te referías a eso.

—*Como tú dices, no me escuchas cuando hablo.*

—Lo usas ahora contra mía, guapa.

—*No, guapo, venía a huevo.*

—Será posible esta niña, que me vacila ahora. —Nos reímos los dos.

—*¿Vas a estar en el hotel o te vas?*

—Estaré en el hotel, te espero en el restaurante para comer, ¿vale?

—*Vale, no tardo un beso, guapo.*

—Un beso, preciosa.

ELSA

Después de colgar el teléfono, decido dar una vuelta hasta llegar a

la empresa de abogados y así poder pensar tranquilamente, porque mi vida ha dado un pequeño giro, ahora soy… ¡Uf! Me cuesta decirlo, millonaria. Sabe Dios que no me importa el dinero, pero un caramelo no le hace mal a nadie. Cruzó varias manzanas sin apenas darme cuenta, no está muy lejos de la comisaría. El olor a flores me es muy familiar y ahora entiendo por qué.

Llego al edificio de los abogados, es un edificio de cristal de unos diez pisos, con un aire moderno con las letras grandes en la puerta Crein Pool y Smith, la recepción es una enorme mesa de cristal, que está una chica vestida de ejecutiva. Entro me atiende con duda, llama a unos de los jefes y me hace ir a unos de los despachos, para que puedan atenderme.

Cuando paso al despacho, a él abogado le pasa lo mismo, al principio duda, pero cuando mira los resultados de la policía. No duda ni un segundo, así que me arregla todo para darme la herencia. Me quedo blanca, cuando veo la cantidad, me dice que mañana lo tengo ingresado.

Salgo aún blanca sin poderme creer todo esto, me dirijo al hotel, entro en el restaurante. Veo a Neal, sentado en una de las mesas, tomándose algo. Me dirijo hacia él.

—Hola —le digo pálida aún, él se levanta me abraza y me besa.

Tengo tanto lío en el cabeza que me parece que me va a explotar.

—¿Qué tal, amor? —me dice sonriéndome.

—Bien ¿y tú?

—Bien. ¿Qué te dijeron?

—Pues que soy Heleen Smith o Elsa Ruiz, ya no sé quién soy.

Me doy cuenta de que aún tengo la caja en la mano. Le miro a los ojos.

—Tengo que subir esto arriba, ahora vengo.

Subo a la habitación, dejo la caja y vuelvo a bajar con Neal. En cuanto me siento al lado suyo, noto su cara de confundido.

—Amor, cómo que Elsa Ruiz o Heleen Smith. ¿Qué había en la caja cosas de tu madre?

—Tengo un cacao en la cabeza. Sí: fotos, su placa, su arma y cosas mías de bebé que compro Jack.

—Me alegro amor.

Le miro un poco confundida

¿Cómo que se alegra?

—¿Te alegras de que tenga un cacao en la cabeza?

—No de eso no boba, sino de que tengas las cosas de tu madre.

—Ah, ok. —Le sonrió.

—Lo del tema de los nombres, sabes que te apoyo, te querré lo mismo o más que ahora.

Eso hace que respire hondo, no sabe el peso que me ha quitado de

encima.

—Gracias.

—Amor, ¿te puedo hacer una pregunta un poco delicada?

Uy, uy, con esa cara seria no sé qué esperarme de esa pregunta.

—Dime.

—El tema de la herencia, ¿qué hay que hacer?

—Ya está arreglado, mañana tengo el ingreso.

Volvió a salir el tema del dinero, qué asco de verdad, pero cuando sepa lo que me dan flipara.

—Vale, perfecto. Me alegro, amor. ¿Jack te conto más cosas de tu madre?

Saco el papel que me ha dado el abogado.

—Amor, esto es lo que me dan. —Le doy el papel—. Sí, muchas cosas, de ti también.

Veo como mira el papel y pone cara de asombrado.

—Casi tanto dinero como yo —dice sorprendido—. Bueno, no el mismo dinero.

—¿Qué tienes tú ese dinero?

Me quedo alucinando, pero este chico cuánto dinero tendrá. Sabía que tenía dinero, pero no que tuviera tanta cantidad.

—Sí creo que sí, la verdad no sé cuánto tengo en total.

—¿No sabes cuánto tienes?

—Tengo diecinueve cuentas bancarias. —Se ríe.

—Ya, ya lo sé, me lo dijiste ¿me vas a ser sincero?

—A ti siempre y solo a ti. Siempre te he sido sincero, aunque vaya en mi contra y lo sabes.

Me gusta esa respuesta. Venga, va, Elsa pregúntaselo.

—Vale, ¿robaste el David? ¿Trabajaste con mi padre?

Digo sin rodeos, tengo que saberlo. Tengo que encontrar a mí… Bueno a Arjen. Ahora sé cómo se llama.

—Sí, lo robe. Creo que fue tu padre quien me contrato, si te lo dije ayer.

—Pensaba que me dijiste que querías trabajar con él, pero que no aceptaste. Perdona, me lo dijo Jack, te reconoció. Casi te pilla, eso me dijo.

—¿A mí? ¿La Interpol?

—Sí.

—Hostia, ¿tan famoso soy?

—Sí, junto a el Zorro Nocturno.

—¿Me comparan con el Zorro Nocturno?

—Sí.

—Eso entre ladrones es lo máximo.

Veo brillo en sus ojos con orgullo.

Debe ser normal Elsa, era su mundo.

—Ya me imagino, sabes algo de mí… Bueno el Zorro Nocturno, la policía cree que está muerto, pero no es así.

—No, no, está muerto, solo escondido y sé muchas cosas de él.

—Dímelo, por favor tengo que encontrarlo.

Cuando lo encuentre, me las pagara.

—Hay muy poca gente en el mundo, que le haya visto la cara, no sé cómo se llama en realidad, pero sé por qué le llaman el Zorro Nocturno.

—¿Por qué? —digo curiosa.

—En todos sus golpes, siempre dejaba una figurita de ónix de un zorro.

—Vale, pues algo es algo.

—Sé que le robo el yate a un jeque árabe, porque en ese momento se aburría, lo que nadie sabe es como lo logro.

—Vaya, Tengo una idea de cómo hacer que salga —hablo con una sonrisa.

Haré de cebo conmigo saldrá sin ninguna duda.

—Heleen Smith lo logrará, solo tengo que hacer que suene mi nombre.

—Yo también tengo una, pero… —Me miro incrédulo—. No estoy del todo de acuerdo.

—¿Por qué?

—Tiene muchos enemigos, pero también te digo que, si es verdad lo que dijo ayer Jack, sale fijo me acabas de dar una idea y no hace falta que suene tu nombre. Sé quien es el hombre de confianza del Zorro voy a quedar con él.

—¿Qué tienes en la cabeza?

—¿No ves que me voy a reunir con el hombre de confianza del Zorro Nocturno?

—Cuando vayas quiero ir contigo, por favor —respondo de forma de súplica.

Debo tenerlo frente a frente.

—Vale, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Yo me sentaré en una mesa con el hombre de confianza, tú estarás en la barra, ¿vale? Y cuando termine hago que quiero ligar contigo, así nadie sospechara que marchemos juntos.

—Es una buena idea.

—Te voy a decir el lugar y la hora, pero tienes que entrar más tarde que yo, e iremos por separado esa es mi condición. ¿Aceptas?

—Sí, acepto. —Veo que Neal se alegra y me sonríe.

—¿Por qué sonríes?

—Porque voy a tener una segunda primera cita con la mujer más maravillosa del mundo.

Al oír eso no puedo evitar ponerme roja, cuando me dice estas cosas cada vez me derrito más por él.

—¡Oh! gracias amor, ¿Cuándo lo vas a ver?

—Aún no lo sé.

NEAL

En cuanto termino de decir eso, saco el móvil y le escribo un mensaje al Ruso.

Ruso

Ruso, tengo que verte.
Tengo información
13:50

A las 19:00 te esperamos
en el antro del barrio Rojo.
No nos falles.
13:55

Perfecto, colega. Ahí estaré.
Espero que me des noticias del Zorro.
Nos vemos a las 19:00.
13:55

ELSA

—Amor, acabo de quedar con el hombre de confianza, hoy a las 19:00 en un antro del barrio rojo —me confirma Neal.

—Vale, ¿qué hora es?

—Van a dar las 14:00 ¿Te apetece que comamos amor?

—Sí, tengo hambre.

La verdad con todo este follón, no he probado bocado.

Viene el camarero, pedimos de comer. Al cabo de un rato terminamos y subimos a la habitación.

Nos ponemos cómodos y nos sentamos en la cama a descansar, como hasta las 19.00, no tenemos prisa. De repente, se me viene una cosa a la cabeza.

—Amor. ¿Llamaste a la aseguradora? —pregunto.

—No.

—De esta nos echan.

Nos ponemos a reír como locos.

—Ni que necesitemos currar.

—Y a Rossy que le voy a decir. ¿Acepto o no?

—Eso es decisión tuya.

Ostras que se me olvidaba y no se lo he dicho.

—¡Ah! Mi casa ya se vendió, se me olvidó decírtelo. ¿Lo que yo quiera?

—Me alegro de que la hayas vendido, yo la mía se la di a Rukus.

—¡Ah sí! Me alegro —digo contenta.

—Respecto a lo de Rossy lo que quieras, sabes que siempre te apoyaré en todo.

—No te importa si le digo que sí.

Le miro confusa.

¿En serio me apoya? Es un amor este chico.

—Si es para seguir los pasos de tu madre, no me importa.

Veo cómo se queda pensando. Se toca la cabeza y me dice.

—Solo que, no creo que me dejen ir contigo de compañero.

—Gracias, bueno me lo pensaré prefiero lo de Rossy. Además, la casa la tenemos allí. ¿No crees?

—Pues nos quedamos en San Francisco.

—No quiero dejar a John, pobre no le hemos llamado.

—Pues no le dejamos.

La verdad le he cogido mucho cariño a ese hombre. Es como un padre para mí y más con su historia, no merece estar solo. Ahora nosotros somos su familia y a la familia nunca se la abandona.

—Habrá ido a casa pobre.

¡Qué lástima! Deberíamos llamarlo.

NEAL

Miro a Elsa, desde que ha venido la noto nerviosa, pero poco a poco la veo que se calma. Esta mujer me descuadra, porque nunca he sentido esto por nadie ni por... ¡Dios! No puedo ni nombrarla. Solo espero que si se entera me perdone.

La veo pensativa, daría todo mi dinero por saberlo. Me sonríe.

—Llámale por si acaso o le llamo yo.

—Tranquila, le llamo yo.

Cojo el móvil y marco el teléfono de John.

—¿Sí?

—Hola, John, soy Neal.

—Hola, Neal ¿Cómo estáis? Me teníais preocupado, no sabía nada de vosotros.

—Perdónanos, John. Es que, por motivos personales de Elsa, tuvimos que irnos, rápidamente, pero en unos días volvemos.

—Pero, ¿está bien? No me asustes.

—Sí, sí, está bien no te preocupes. ¿Cuándo volvamos vienes a comer a casa y te lo explicamos con calma?

—Vale, espero vuestra llamada. ¡Uf! Vale, cuídamela.

—Ya sabes que siempre la cuido. ¿Y tú qué tal?

—Bien, aquí tranquilo en casa.

—Me alegro, bueno John tengo que dejarte, me dice Elsa que te diga que te manda un beso.

—*Dale otro por favor. Cuidaros.*

—Si descuida, te llamamos cuando volvamos. Adiós, John, cuídate.

—*Adiós.*

Cuando cuelgo, noto cómo me mira Elsa, está tensa.

—¿Qué pasa, amor?

—Nada, nada, estoy impaciente para ir a donde está el tío y estoy un poco nerviosa.

—Vale amor, aún tenemos tres horas.

¡Buff!

Veo cómo se tira a la cama, yo hago lo mismo.

—Qué mañana más rara.

La verdad que no sé cómo se debe sentir, son muchas noticias en muy poco espacio, pero es fuerte me lo está demostrando, la verdad yo no sé cómo reaccionaría en esta situación.

—Sí y aun lo que nos queda.

—Pues sí la verdad ¿Me das un beso? —me dice ella mirándome.

Te los daría eternamente, mi amor.

—Y dos, tres...

—Amor, estaría así toda la vida besándote. —La beso con todo el amor y ella me lo corresponde.

—¡Mmm! Lo echaba de menos.

¡Ufff! Y yo, no sabes cuánto.

—Y yo. Ayer y hoy por la mañana, estábamos un poco tensos.

—Perdona.

La veo cómo se pone cara triste.

No, no amor no te pongas así.

—No, fue culpa mía, llegué a pensar que me ibas a dejar.

—¿Por qué? ¡No! Siempre piensas eso de mí.

La veo decepcionada.

Joder, no, no.

—Porque sigo pensando que eres demasiado buena para mí, y que te darías cuenta y me dejaras.

—Que no digas bobadas.

—Miedos míos, amor.

—Eres perfecto para mí.

—Gracias.

—Es la verdad. —Me besa.

—¿No te da mal rollo que nuestra historia sea parecida a la de tus padres?

Pensándolo bien, algo de mal rollo sí da. Joder, es muy parecida.

—Pero tienes que dejar de tratarme como si me rompiera. Un poco la verdad.

—Pero yo te prometo una cosa.

Me pongo muy serio. Nena te voy a abrir mi corazón, escúchame,

pero antes que hable se me adelanta.

—Una cosa te digo, va en serio si tenemos un hijo, prométeme que si muero no le abandonaras —me habla de repente.

—Me lo has quitado de la boca, te prometo que no lo abandonaré.

—Por qué puedo morir como mi madre. Gracias me quitas un peso de encima.

Al oír esas palabras, me da un vuelco el corazón.

—No digas eso, amor. Le contaría lo buena que eres y lo que hiciste por mí.

Me acerco a ella la abrazo y la beso, ella se acomoda entre mis brazos.

—Te quiero, eres muy bueno conmigo.

—Yo también te quiero, tú lo eres más conmigo —digo abrazándola.

De repente, veo que se aparta de mi lado, va a la caja que hay en la mesa.

—Mira lo que me he dado Jack.

Saca la pistola, tiembla un poco y me la enseña.

—¿Y esa pistola?

—De mi madre, Jack la guardó.

—¿De tu madre? ¡Joder! Qué amable, ¿no?

—Sí, quería que la tuviera.

—¿Al final que vas a hacer con tu padre si resulta que es él?

—Le mataré, es lo que siento ahora mismo, lo siento.

Ains, ¡qué cabeza más dura que tienes, mi amor! Aunque te quiero igual.

—Pero antes que te explique, por qué lo hizo.

—Luego le mataré.

—Pues tendré que llamar a Mozzy, para que se deshaga del cadáver. —Me río para amortiguar la tensión.

—Pero bueno. —Veo cómo sonríe—. Soy policía me invento algo, además es el Zorro Nocturno, no habrá problemas.

—Pues a inventarnos una historia, para decir como no lo encontremos.

Pase lo que pase, siempre estaré a tu lado. Nunca lo dudes, mi amor.

—¿Qué hora es?

Es verdad, se nos ha pasado todo este tiempo. Miro el reloj.

—Las 17:30, yo me voy a ir preparando, ¿vale?

Noto que me abraza y me encanta estar entre sus brazos, es mi refugio.

Entro en la ducha, salgo perfectamente afeitado, peinado, con traje y un sombrero de ala estrecha.

—¡Madre mía! —me dice con la boca abierta.

—¿Qué pasa?

—Estás tremendo.

Veo cómo se muerde el labio.

Nena, no hagas eso que me pones malo y no tengo tiempo de hacerte las cosas que tengo en esta cabecita perversa.

—Gracias, así me reconocerán. Tú no te arregles demasiado amor, que es un antro. ¿Vale?

—Vale, entendido me pondré un vestido normalito.

—Amor, yo me marcho. Acuérdate de llegar más tarde que yo, y sentarte en la barra, ¿vale? Cuando termine la reunión me pongo a tu lado.

—Vale, no te preocupes. Ten cuidado.

—Siempre.

La digo atrayéndola a mí y besándola. Y me marcho a la cita dejándola en la habitación, para que se arregle.

22. El Encuentro

NEAL

Salgo del hotel, paro un taxi, me dirijo al bar tranquilo, espero que Elsa también lo esté.

Llego al bar, es un sitio de lo más normalito, me sorprende que me hayan citado aquí. Entro, busco al Ruso, que es con el que me iba a reunir. Le veo, pero no está solo. Con él hay dos tíos enormes flanqueando, me intento sentar y los tíos me detienen.

—¿Dónde vas tío? Lárgate de aquí —me dice uno de los matones tapándome el paso.

—Ruso, dile a este tío que se quite, que me arruga mi traje nuevo —hablo serio, imponiéndome.

—Dejarlo muchachos —Me dejan pasar—. Siéntate, Neal.

—Veo que te acuerdas de mí.

Al cuarto de hora veo que entra Elsa, con un vestido negro ajustado, con tacones y el pelo recogido, sin mirar para donde estoy, tal como la dije se va directamente a la barra, veo que se pide un puerto de indias.

Yo estoy en la mesa con el Ruso, pero de reojo no dejo de estar atento a Elsa.

—Claro que me acuerdo —responde riéndose.

—Tengo que hablar con él, lo que tengo es muy importante.

—Él ahora mismo no quiere verte, ya se pondrá en contacto contigo —me responde serio, tomándose una copa mientras se enciende un cigarro.

—Me extraña que no quiera verme, tú dile que es muy importante, que me llame lo antes posible —hablo aún más serio.

—Se lo diré tranquilo —me contesta muy seco.

ELSA

Estoy en la barra, intentando tranquilizarme, pero no dejo de mirar de reojo a Neal, el tipo que está con él, le reconozco de los archivos de la policía.

Pido otro puerto de indias para disimular, cuando me dejan una nota debajo de mi copa.

******Heleen deja de buscarme, es peligroso******

NEAL

—Más te vale que lo hagas si no quieres que cuente lo del *Guggenheim* —le digo amenazándolo.

—Neal, no te pongas así.

Noto en su voz como miedo y eso me encanta. Eres un puto cabrón y sé que no eres de fiar.

—Veo que nos entendemos.

—Lo haré, lo último que quiero son problemas contigo.

—Perfecto.

Estiro la mano hacia el Ruso, para despedirme, porque he notado que Elsa se ha puesto nerviosa y esto no me huele bien.

—Ahora me voy con ese bombón de la barra, que seguro que es mejor compañía que tú.

—Solo puedo decirte que está muy cerca, tan mujeriego como siempre.

—Sí, claro, esas cosas no cambian.

Me levanto y me dirijo a la barra, dónde está Elsa.

ELSA

Noto cómo se sienta Neal a mi lado y dice al camarero.

—Dos de lo que está tomando esta chica.

Desde que he recibido la nota no puedo parar de estar nerviosa y mirar a todos lados.

—Hola, me llamo Neal. —Me mira y me sonríe.

—Hola, me llamo Elsa, gracias por la copa.

Intento estar lo más calmada posible, pero es imposible.

—Encantado.

—Igualmente. —Me mira como diciendo: ¿qué pasa?—. ¿Qué hace una chica tan guapa como tú en un antro como este?

—Nada tomándome algo, que me entró sed.

Con disimulo, le paso la nota, veo que la lee y le cambia la cara.

—Pues a esta invito yo, cielo. —Me sonríe muy calmado.

—Gracias, guapo.

—Perdona que sea tan atrevido, ¿pero vamos a un lugar más tranquilo a conocernos mejor?

—Sí, claro que sí, vamos guapo.

Al levantarme me tiemblan las piernas, pero me agarro a la silla, le

sonrío. Él lo nota e intenta ayudarme, pero se lo impido, porque me recupero rápido.

—Vamos, guapo.

—Claro, tú primero, preciosa.

—Gracias.

Salimos de aquel bar, empezamos a callejear y nos metemos en otro bar más normal.

NEAL

Noto a Elsa que se pone a temblar.

—Perdona, amor.

—Lo has hecho muy bien. —La abrazo, para tranquilizarla.

—Y respecto a la nota, ahora me encargo yo de todo, te parezca bien o mal —digo serio, esto ya se está yendo de las manos, y no puedo permitir que la pase nada.

—¡Qué! ¿Qué vas a hacer? Sabe que estoy aquí —me dice asustada —. No puedes dejarme fuera.

—No te voy a dejar fuera, solo voy a hacer que sea seguro, para que nos podamos ver con calma los tres.

Solo quiero que estés segura.

—Vale, amor. Ha estado en el bar sabe, ya que soy Heleen. Tengo miedo por lo que nos pueda hacer.

Me abraza fuerte.

—No te preocupes, de los dos el realmente peligroso es su hombre de confianza, tu padre es muy parecido a mí, muy tranquilo que no quiere líos.

—Con el que hablaste, ¿verdad? Me suena un montón de haberle visto. Si te pasa algo me muero, Neal.

—Normal era un asesino a sueldo, que se metió a ladrón.

—Prométeme que no te pasará nada.

Me dice temblando en mis brazos, tranquila, amor no me pasará nada, la abrazo para que me note que nunca estará sola.

—Tranquila, le tengo cogido por los huevos, conmigo no se atreve.

—Coge la pistola de mi madre, no puedes salir desarmado. —Llora —. ¿Por qué no nos vamos a casa que le den al Zorro y a mi pasado?

—No llores amor. Una pregunta. Todas las promesas que te hice las cumplí. ¿Verdad?

Nunca dejaré ninguna por cumplir.

—Sí, amor.

—Pues ahora te prometo, que no me va a pasar nada, ¿vale?

La abrazo. Pero la verdad, estoy inquieto algo no me huele bien y esa nota me lo ha confirmado.

—Vale.

—Déjame ver la nota otra vez, amor. Por favor.

—Toma.

Me la da y la miro.

¡Joder es él!

La miro.

—Sé que te jode, pero tu padre te quiere esta es su letra.

ELSA

—¡Quééé! La reconoces no puede quererme.

—Yo te dije que él tenía muchos enemigos. Te acuerdas, ¿no?

—Sí, y que tiene que ver conmigo.

¡Uf! de verdad no entiendo nada, quiero irme a casa.

—Que recibas esta nota de su puño y letra, es que le importas.

—Por eso le tengo que dar las gracias, después de treinta años.

—Algo pasa, algún enemigo tendrá, que no pueden ir a por él, pero sí a por alguien cercano.

De repente, Elsa se pone a gritar.

—¡GRACIAS, PAPÁ!

—Algo pasa créeme, no grites, por favor. —Mira para todos lados.

—Si lo dices será verdad.

—Amor, acuérdate de lo que te dijo Jack, de las fotos del besando la barriga de tu madre, lo feliz que se ve a tu madre con él. Algo muy gordo tuvo que pasar para que te dejara, pero me da que sabe que estás bien y que estamos juntos.

—Yo no lo veo así, pero bueno gracias amor.

Por muchos líos que se tuviera, no entiendo que abandone a su hija siendo un bebé y menos dejarla en un portal.

—Sé que no lo ves así, yo no le defiendo, sabes lo que opino de lo que hizo, pero es muy raro que tú te enteres ayer de cómo te llamas y que en menos de 24 horas después, te deje una nota de su puño y letra con ese nombre, ¿no?

—Sí, eso es porque no quiere que sepa la verdad y que le mataré.

—Es imposible que él sepa que le quieres matar, te lo aseguro al 300 % y estoy tan seguro de eso, porque eso de que le quieres matar solo me lo dijiste a mí, ¿no?

—Me estará espiando ahora mismo, sin que lo sepa, si solo lo sabes tú.

—Nadie nos espía y nadie nos siguió te lo digo yo.

—Estás muy seguro de eso.

Será, yo no estoy tan segura de que no nos esté viendo ahora mismo.

—Porque piensas que fue tan difícil cogerme, porque soy muy descuidado, no amor.

—Lo sé amor, pero algo nos tiene que estar espiando, ¿no? Porque entonces como sabía que estaba en el bar.

—Joder, porque es tu padre, el Ruso me dijo que él estaba muy cerca, si estaba cerca nos vería entrar.

—Te dijo que estaba cerca, que ganas de verle la cara a ese cabrón, aun así, cómo sabe que soy Heleen, podía ser cualquiera.

Cada vez me estoy encendiendo más.

—Amor, eres calcada a tu madre. Tú lo viste y yo te lo dije antes de tener el ADN. ¿O no? —Miro al suelo—. ¿Qué pasa, cariño?

—Nada, nada, estoy preocupada solo eso.

—¿Sabes que a mí me lo puedes contar todo verdad? ¿Y sabes que estoy de tu lado?

—Sí, lo sé. Amor, tranquilo. Es que la nota me puso nerviosa nada más.

En realidad, aún lo estoy no lo puedo negar.

—Lo que no sé, es si sabrá que estamos juntos o no.

—No lo sé, la verdad supongo que sí.

Miro para todos lados, tengo la sensación de cómo si nos estuvieran observando.

—Vámonos al hotel amor, a ver si me llama —dice cogiéndome de la mano.

—Sí, vamos, esperemos que sí.

—Vamos caminando. ¿Te apetece?

—Sí, vamos amor.

NEAL

—Prefecto.

Vamos caminando y de repente, noto como hay alguien nos sigue, me giro y digo a un tío.

—¿Por qué nos sigues?

Digo encarándome a él, Elsa me mira.

—¿Le conoces amor?

—Sí, este estaba con el Ruso.

—¿Es peligroso?

Me pregunta poniéndose en guardia.

¡Oh! Qué sexy está así. ¡Joder Neal, céntrate!

—Responde. ¿Por qué nos sigues?

—Vengo a por ella son órdenes —responde el tío.

Unos cojones, no se va a mover de mi lado.

La cojo de la mano.

—¿De quién? —respondo muy serio y rudo.

—Del Ruso. Me dijo que viniera a por ella, sabe quién, más no sé.

Se va adelantando poco a poco hacia nosotros, yo con la mano que tengo suelta la aprieto, despuesto a darle una buena hostia.

—¿Del Ruso? Llámalo y que me lo diga a mí.

De repente, se para un coche detrás de nosotros y oigo a Elsa.

—Neal cuidado un coche.

La pongo detrás de mí, de aquí no la lleváis, ni de coña.

—¡Buf! Ruso la que has liado. Hijo de puta, da la cara.

—Solo la queremos a ella, tranquilo, no te pasará nada si la sueltas y me la das.

Contesta el tío acercándose aún más a nosotros.

—Ya te dije que llamaras al Ruso, espera le llamo yo.

Saco el móvil, marco al Ruso mientras llamo al Ruso, veo como Elsa se quita los zapatos de tacón y me dice.

—Neal lo siento, voy a distraerlos para que te puedas ir, solo me quieren a mí no puedo permitir que te hagan daño.

Eso me enfurece, ¿qué coño está diciendo?

¡Qué no te vas coño!

—Tú te callas la boca —la digo furioso fuera de mí—. Si te vas, voy yo contigo.

—¡Quééé!

Al oírme hablar así, se queda paralizada, justo en ese momento me coge el teléfono el Ruso.

Elsa se separa de mí, la he asustado. Veo cómo tira los zapatos y dice.

—¿Quieres cogerme hijo de puta? Ven a por mí. —Se pone en guardia.

—Tranquila, hablé con el Ruso ahora me va a llamar tu padre en cinco minutos.

—¡QUÉÉ! —Se pone blanca.

Miro el reloj, algo nervioso.

—Quedan tres minutos, si no me llama, llamo yo a una persona.

—Amor, te veo en el hotel.

Se separa de mí, de un momento a otro saldrá corriendo y no puedo permitirlo.

—Quieta aquí.

A falta de un minuto, me suena el móvil. No dejo de mirarla mientras hablo. Se ha quedado como parada, no reacciona.

—Amor, todo aclarado.

Ella sigue quieta temblando mientras la abrazo y la digo cariñoso.

—Vamos a ver a tu padre, ¿vale?

ELSA

—No.

Me pongo los zapatos, ni hablar no quiero verlo.

—¿No quieres verlo? Amor, ven que quiero hablar contigo.

Me coge de la mano, me aleja un poco del coche, le miro.

—Hablé con tu padre, me dijo que, si le queremos ver que subamos al coche, me juró que vamos a estar bien.

—¡Quééé! —exclamo sin poder creérmelo.

—Pero si no quieres, nos volvemos a casa. Es tu decisión.

—¿Para qué quiere vernos? No lo entiendo.

—Sabe que le quieres ver y no quiere que hagamos más ruido.

—Qué fuerte vámonos a la habitación, quiero irme. Ves es un cabrón, solo le importa que no hagamos ruido.

—También quiere hablar contigo y darte explicaciones. Repito tú decides amor.

—Esto me supera, ¡madre mía!

Me toco la cabeza, me está empezando a doler muchísimo, me va a explotar y encima estos nervios.

—Te prometo que solo me dijo eso, que quiere hablar contigo, darte explicaciones y no quiere que hagamos ruido.

—Vamos, así le podré matar.

Me dirijo al coche, furiosa.

—Ssshhh, no lo digas muy alto.

—Me da igual, no le tengo nada de miedo a ese cabrón.

Nos subimos al coche y nos llevan a las afueras de la ciudad, casi a las montañas. Miro para todos lados, de repente, va apareciendo una enorme casa.

Llegamos a una valla metálica, atravesamos la valla y el coche para delante de la puerta, nos abren la puerta del coche.

Salgo del coche, furiosa dirigiéndome a la casa, noto cómo Neal me agarra de la mano y me abraza. Me dice cosas para tranquilizarme y respiro hondo.

—Voy a acabar con esto ahora mismo. —Voy para la puerta—. ¿Dónde estás da la cara?

—Tranquila, amor.

Entramos a la casa. Un tío nos lleva a la piscina, donde hay una persona sentada de espalda a la puerta y nos sentamos delante de él.

—Da la cara —hablo furiosa.

—Aquí estoy, Heleen.

Le miro y le intento dar una hostia, pero él me para.

—No soy Heleen, soy Elsa, cabrón. No te atrevas a llamarme así no tienes ningún derecho —respondo fuera de mí.

—Amor, tranquila —me contesta Neal.

—Lo sé. —Arjen me suelta la mano—. Lo siento deja que te enseñe una cosa por favor.

Veo que hace una señal con la mano y aparece una chica con una caja. Miro para todos lados.

—¿Tienes que estar con tus gorilas? ¿Tanto miedo te doy? No quiero ver nada.

Arjen se gira.

—Fuera. —Salen los gorilas.

—Ya estamos los tres Heleen.

Abre una caja y empieza a sacar fotos.

—En esta foto estamos tu madre y yo el día que supimos que íbamos a ser padres.

—Que no quiero ver nada —contesto levantándome.

—Deja que me explique, por favor, después puedes hacer lo que quieras.

—Lo único que sé es que me dejaste en la puta calle, lo demás no me importa.

Los ojos se me llenan de lágrimas.

—Hay una razón para eso, sabía que ellos te iban a encontrar, aunque no lo creas siempre cuide de ti en las sombras.

¡Cómo! ¿Cuidar de mí? No me hagas reír.

—Déjame, cállate. —Me pongo histérica.

—Tranquilízate, amor. Deja que se explique —habla Neal.

—Está mintiendo el muy cabrón.

—¿En qué miento? ¿En que no cuide de ti? Mira. —Saca una foto mía en la primera comunión—. Era el vestido que tú querías, y Roberto te dijo que no que era muy caro.

—Mientes en todo, tardaste en dejarme tirada, engañada toda mi vida. No sabía nada de mi madre y tú mientras, robando.

—Sí, robé, pero tu novio también. Él cambió por ti y yo por tu madre.

—No hables de mi madre. —Lloro—. No te permito que te compares con Neal, ha estado conmigo apoyándome. ¿Dónde cojones estabas tú? Cuando tenía pesadillas, cuando me dejo mi primer novio y en todo lo que me ha pasado —digo alterada, me gustaría partirle la cara a este cabrón. Miro a Neal, es el único que me tranquiliza.

—Sé que tenía que haber estado ahí, pero era más seguro para ti. —Arjen mira al suelo—. ¿Tu primer novio el del instituto? ¿Qué en el baile se lío con tu mejor amiga?

—¡Quééé! —Me quedo blanca.

¡Cómo coño sabe eso!

—Le dije que te dejara, porque te iba a hacer mucho más daño del que te hizo.

—¡Quéé! Ya lo que me faltaba, le obligaste dejarme cabrón.

Cojo como un palo, que tenía al lado.

—Amor, para, tranquila. —Neal se levanta y se gira hacia Arjen—. Tú eres un poco hijo de puta.

—Neal, calma, me lo prometiste. —Le miro.

No quiero que se busque más problemas.

—Joder y tú a mí también. Tienes un palo en la mano, amor. —Me abraza y me dice—. Déjale hablar.

Miro a Neal, respiro hondo y le doy el palo, me siento.

Veo cómo Neal tira el palo.

—Continúa —le digo a Arjen.

—Pregúntame lo que quieras Heleen —contesta Arjen.

—No tengo nada que preguntar. Di lo que quieras.

—Mi verdadero nombre es Arjen Vandermer.

—¿¡Arjen!? Por lo menos le dijiste algo de verdad a Rachel, mi madre.

—A tu madre solo le oculté que era ladrón, todo lo demás y lo que siento por ella es verdad. Tu madre y yo fuimos muy felices.

Claro, y yo me lo creo, buen chiste.

—Lo más importante te callaste, Neal no me oculta nada. bien que tiraste a tu hija.

—Neal te oculta muchas cosas seguro.

Eso no me lo esperaba y me quedo blanca. Miro a Neal.

NEAL

—¿Tú quien cojones te crees para decir que le oculto algo?

Joder Elsa no me mires así, te juro que te amo con locura. Arjen cállate o te las veras conmigo.

—¡Qué! —responde Elsa sorprendida.

—Amor, te prometo que no te oculto nada, dime algo que la oculte que tú sepas.

Miro a Arjen desafiándolo.

—Neal estuvo prometido, pero ella murió.

Cabrón, ¡no! Eso no, joder.

La miro asustado.

—¿Qué? ¿Cuándo? —pregunta ella.

—Antes que le metieran en la cárcel —responde Arjen.

Yo miro al suelo no puedo evitar ponerme a llorar, por dos razones, la primera como me mira Elsa y la segunda los recuerdos que acaban de venir en mi cabeza.

—¿Te dijo cómo entró en la cárcel?

—Eso me da igual, yo también tengo pasado, no me importa.

—Yo te mato, hijo de puta.

Me levanto y me lanzo a su cuello y se lo agarro, pero noto cómo Elsa se pone delante de mí.

—¿Dónde vas? Quieto, suéltalo.

—Yo te mato, ¡no! Te mato.

Estoy fuera de mis casillas, solo pienso en darle una buena paliza. Ella se pone en medio de los dos.

—Suéltalo.

—Qué suerte tienes de que Elsa esté delante, hijo de puta.

Le suelto y me limpio las lágrimas.

—Dime lo que me tengas que decir ahora mismo —contesta Elsa

mirando a Arjen.

ELSA

—Te abandoné porque antes de conocer a tu madre, robé a quien no debía. Al conocerla bajé la guardia y me encontraron. Tuve que hacerlo por tu seguridad.

—¿Por mi seguridad?

—Sí, todos hacemos cualquier cosa para proteger a un hijo.

—Yo no soy nada tuyo, soy Elsa Ruiz ya pasaste treinta años de mí, ahora no vengas de papá.

—Y como hago, me presento en tu casa y te digo. *«Hola, soy tu verdadero padre»*. Las cosas no son así de sencillas.

—Cuando nos atracaron y mataron a mi padre, ¿dónde estabas? Hace un mes me dispararon, ¿dónde estabas? Es muy sencillo tirarme como un trapo —digo con el corazón en un puño.

—No llegué a tiempo. No es así hija. Fue muy duro para mí dejarte.

—Roberto dio la vida por mí, tú me dejaste en la calle.

—Por tu seguridad y me dolió en el alma —dice Arjen—. Elegí la mejor familia para cuidar de ti.

—Y para mí fue fácil saber que fui adoptada, pensar que mis padres no me querían, que era un estorbo.

—No eras un estorbo, créeme.

Miro a Neal que está muy callado.

—Amor, ¿estás bien? —le pregunto.

—No, me ha traído recuerdos que pensé que tenía olvidados —me dice con la voz rota.

—¿Quieres que nos vayamos?

—¡Nooo! No le voy a dar la satisfacción de irnos y que no se la armes.

—Gracias. —Beso a Neal—. Continúa.

—Diga lo que diga no me vas a creer, ¿verdad? —responde Arjen.

—Quiero entender las cosas. Es normal, ¿no? Dime todo lo que sepas.

Miro a Arjen a los ojos.

—Me vigilaste, ¿verdad? Sabías que estaba aquí desde un principio, buscando a mi madre.

—Sí, quería que estuvieras bien, eres igual a tu madre. ¿Sabes que mueves la nariz cuando duermes igual que hacía ella?

—¡Quééé! ¿Cuándo cojones me has visto dormir?

—Lo haces desde que naciste, claro que te vi dormir. Desde el día que naciste hasta que te dejé, dormiste conmigo, mira.

Me da una foto en la que salgo de bebé dormida encima de él.

—Eso no significa nada, ¿cómo sabes que muevo la nariz? Puede

que no lo haga ahora.

—Porque es un acto reflejo, a tu abuelo le pasaba, a tu madre le pasaba, a ti te pasa y muy posiblemente a tu hijo, si quieres tener uno le pasará.

—¿Qué te importará a ti mis hijos?

—Porque, aunque no te guste, seré su abuelo.

—Y una mierda, tú su abuelo. Si no has sido ni padre —aprieto los puños estoy saturada—. ¿Quién te buscaba? ¿Por qué me abandonaste?

Quiero respuestas.

—Me buscaban los Yakuza —dice muy serio—. La mafia más sangrienta y violenta del mundo.

—Algo les harías, Zorro Nocturno. Sé quién eres, soy policía.

—Robar algo que era de ellos y yo no lo sabía. —La mira sorprendido—. ¿Zorro Nocturno?

—Sí, me has oído bien.

—Seguro que no sabes que el mote me lo puso tu madre.

—Estarás orgulloso y todo.

Miro a Neal le besó con ternura.

—Amor, perdóname. Enseguida nos vamos.

—No, no lo estoy para nada, ya te dije que me preguntases lo que quieras saber —me responde Arjen.

—¿Por qué nunca me has buscado o dicho nada?

—¿No te acuerdas? —dice Arjen muy sorprendido.

—¿De qué debo acordarme? —hablo furiosa.

—Yo te di el diploma de tu graduación en el colegio.

—¡Qué! —Le miro y me quedo pensando—. Es verdad, pero...

—Yo fui el que te dio el libro, que no encontrabas en la biblioteca, sobre poesía.

—Pero bueno, ¿qué has estado siempre a mi lado o qué?

—Sí.

—Siempre no.

—¿Por qué dices eso?

—En lo más importante no, ahí ha estado Neal y solo estamos algo más de un mes.

Abrazo a Neal.

—¿Cuál es el más importante para ti?

—Cuando murieron mis padres y cuando el Escorpión nos disparó, te informo que me alcanzó.

Digo tocándome la cicatriz.

—Neal está cuando tengo la crisis no tú.

—En el funeral de Roberto, te di el pésame y hay cosas en las que no estuve porque era peligroso podían saber que estaba cerca y eso era peligroso para ti.

—Eso no me acuerdo, me dio tanta gente el pésame.

—Normal, toma quiero darte esto.

Se quita una cadena del cuello, que al final lleva un anillo.

—¿De quién es? —digo en un susurro.

—De tu madre, se lo regaló la policía poco antes de conocerme, por su año de servicio.

—Es tuyo, no puedo aceptarlo.

—Debes cogerlo. A ella le gustaría que lo llevaras puesto.

Lo cojo y me lo pongo cayéndome unas lágrimas.

—Y de Neal. ¿Por qué dices que me oculta cosas que sabes?

—Que trabajó para mí y que se escapó de la cárcel, al segundo día de llegar, dejando inconsciente a un guardia y que es un conocido mujeriego.

—Lo sé gracias, te encontré por él así que le debo mucho, ¡qué se escapó! —Miro a Neal—. Pero él ya cumplió su condena, no como tú. Lo sé es muy guapo, pero ahora solo me quiere a mí.

—¿Que traicionó al Escorpión en Escocia?

¿Traicionó?

Me aparto de los dos un poco, que está diciendo, no puede ser.

—¿Por qué crees que el Escorpión quería matarlo?

—¡Eso es mentira! —Salta Neal gritando.

—Lo sé amor, tranquilo.

—Yo no le traicioné, fue él el que cometió el error, por eso fue a la cárcel.

—Lo sé. —Le beso.

—¿Y qué hace unos días hizo dos alias nuevos? —contesta Arjen mirando a Neal.

—Seguro que para buscarte —digo en defensa de Neal.

NEAL

—Bueno... no eso no es correcto amor.

—¡Quééé!

—No te enfades, deja que te explique te lo iba a decir en serio. ¿Te acuerdas cuando te dije lo que tenías que hacer si volvía a la cárcel?

—Todo el mundo me miente, me engañan, no entiendo nada.

Veo que se toca la cabeza, se está poniendo blanca.

—Sí, me acuerdo —me responde.

—No te dije que me escaparía y que me reuniría contigo.

—Sí.

—Pues los hice, para que pudiéramos vivir tranquilos y los dos no son míos.

—¡Ah, no! ¿Entonces de quién?

—Uno es tuyo.

—¿Mío?

—Sí, para que no nos encontrasen además mirarlos.

Saco los dos carnés, uno con la foto de ella y otro con la mía.

—Lee los apellidos.

—Tranquilo. —Me besa y ella lee los apellidos Smith, es el mismo para los dos—. ¡Quééé!

—No sabía que tu verdadero apellido era Smith, ahora tendré que cambiarlos.

—Soy Elsa Ruiz, que os quede claro a los dos.

—Ya lo sé amor.

ELSA

—Heleen nunca existió se quedó en ese portal.

—El problema es que hiciste las pruebas de ADN y por ahí te pueden coger —me dice Neal mirándome.

—Sí, eso es cierto —afirma Arjen.

—No teníamos que haber venido nunca aquí.

Me pongo a llorar.

—No te preocupes, amor. Sabes que no dejaré que te pase nada, ni que nada ni nadie nos separe —contesta Neal abrazándome.

—Lo sé tranquilo, yo tampoco permitiré que te pase nada.

—Neal veo que has cambiado —dice Arjen mirándonos como nos abrazamos.

—Sí, todo se lo debo a ella.

—Gracias amor, te quiero. —Le miro y le beso.

—Cómo me recordáis a Rachel y a mí de jóvenes.

—No digas eso ni en broma. Él no es como tú, te enteras.

—Somos más parecidos de lo que crees —responde Arjen.

—¡Noooo!

—Pero te ciega la ira hacia mí, los dos cambiamos por una policía guapa y haríamos cualquier cosa. Por nuestra policía.

—No es ira, es dolor de que me tiraste como un pañuelo.

—Ya te lo expliqué, fue por seguridad, me arrepiento desde que lo hice y me arrepentiré todos los días de mi vida.

—Sé que lo dijiste te he oído.

De repente, me entra un mareo, no me encuentro bien.

—Amor, vámonos, no me encuentro bien. Ya ha sido suficiente por hoy, ¿no creéis?

Me levanto, pero me tengo que volver a sentar del mareo.

NEAL

—Amor, ¿estás bien? —pregunto asustado.

—Hoy pasáis la noche aquí, dejar que llame a mi médico.

Nos mira Arjen a los dos.

—Sí, sí, tranquilo amor. Serán los nervios. —Intenta levantarse—. Vámonos.

—No os vais a ningún sitio, hoy pasáis la noche aquí. Va a venir mi médico —dice rotundo Arjen.

—Lo que diga Neal —hablo en un susurro.

—Sé que me perdí treinta años, pero no me quiero perder otros treinta, puede que nunca me veas como tu padre, pero te prometo que haré lo posible.

—Si Neal se quiere quedar nos quedamos, es mi última palabra.

Al terminar eso cae a la silla mareada y se desmaya.

—Amor, eso depende de ti, pero yo no creo que estés para ir al hotel. No te puedes levantar.

Miro a Arjen.

—Arjen, diga lo que diga nos quedamos, no está bien, llama al médico por favor.

23. ¿Protección?

NEAL

Veo cómo Arjen se levanta corriendo. A los pocos minutos, llega con el médico. Yo no dejo de estar al lado de Elsa.

La miro una y otra vez.

Por Dios reacciona, mi amor.

El médico nos dice que llevemos a Elsa a una cama, entre los Arjen y yo la llevamos a un cuarto con una cama enorme.

La tumbo, la acaricio la cara y la beso.

Despierta amor, despierta. Veo que abre los ojos un poco desorientada.

ELSA

—Neal ¿qué pasa?

Al despertarme, veo a Neal a mi lado con cara de preocupación y al otro lado a Arjen llorando.

—Heleen te has desmayado.

Me giro a mirarlo y le veo que tiene lágrimas en los ojos y está nervioso.

—¿Qué ocurre? No entiendo nada, Neallll, Neallll. ¿Dónde estás?

Veo de nuevo todo negro. Al rato, pero sé cuánto ha pasado, me vuelvo a despertar.

Miro a mi alrededor y lo veo a los dos mirándome muy preocupados.

—¿Por qué me miráis así? ¿Qué ha ocurrido?

—Heleen ¿estás bien? —me pregunta Arjen.

—Amor, ¿cómo estás? —Neal tiene la cara desencajada.

Te has desmayado por segunda vez dicen a la vez. Los miro sorprendida, recuerdo estar discutiendo con Arjen y luego despertarme aquí.

—Bien, estoy bien, el doctor dice que quiere hablar con vosotros.

—Perdóname, Heleen —dice Arjen de rodillas llorando desconsolado.

Los dos se miran y se dirigen hablar con el médico.

NEAL

—¿Qué pasa doctor? —le dice Arjen.

—¿Cómo esta Elsa? —pregunto preocupado.

—Heleen ha sufrido un ataque de nervios, no sé qué habrá pasado, pero tiene que cuidarse.

—¡Por mi culpa! —grita Arjen

—Sí, doctor. Yo haré que se cuide ¿Podemos entrar a verla?

Nunca dejaré de cuidarla, pase lo que pase.

—Sí, claro, no la alteren por favor.

Entramos a la habitación.

—¿Cómo estás? —hablamos los dos a la vez.

—Bien, ya mejor. ¿Podemos irnos? —Intenta levantarse.

—Para, Heleen, hoy dormís aquí. Neal, quédate aquí con ella, yo me voy a mi habitación. Si pasa algo me llamas. ¿Vale?

—Vale, amor quédate tumbada.

—Sí.

Acompaño a Arjen a la puerta. Cuando me doy la vuelta la veo dormida, así que cierro la puerta y me tumbo a su lado. Al rato abre los ojos y me sonríe.

—¡Mm! —Se despierta—. Hola.

—Hola, amor. ¿Cómo estás?

La abrazo y la beso.

—Bien. ¿Qué ha dicho el doctor?

—Que no te alteres, tienes que descansar así que vamos a dormir que lo necesitas amor.

—Vale.

Nos abrazamos y nos dormimos. De lo preocupado que estoy, me despierto varias veces.

Se hace de día, noto cómo Elsa se despierta, la abrazo.

—¡Mmm! ¿Amor que tal estás?

La miro, sonrío. Me gusta verla cuando se despierta es preciosa.

—¡Eh! Mejor, gracias. ¿Tú estás bien?

—Vaya susto nos diste ayer, amor.

—Perdona, no quería. No sé qué me pasó.

La miro con ternura.

Solo quiero que estés bien, cariño.

—Pues no demasiado bien, ayer me vinieron recuerdos, que pensé que tenía olvidados.

—Lo siento, no teníamos que haber venido. —Me abraza.

—Ya, pero bueno al menos tú sabes que pasó y lo mío pues ya te contaré cuando esté preparado. ¿Vale?

—Claro, no te preocupes.

Encima comprensiva, no la merezco. Yo no sé cómo hubiera actuado.

—No me gusta que te hayas enterado así, lo siento de verdad. Me dio la sensación que quería ponerte en mi contra.

—Eso no va a pasar nunca, él es que nos debería dejar. El muy caradura.

—Yo le veo arrepentido de lo que te hizo. Ayer, cuando te desmayaste lloro como un bebé.

—¡Qué! —Lloro—. No me lo creo, vámonos por favor. No quiero estar más aquí.

—Vale, amor como tú quieras.

ELSA

Pican a la puerta.

—¿Sí? —respondo.

—Soy Arjen, ¿puedo pasar?

Se oye detrás de la puerta. Neal me mira.

—Amor, ¿qué hacemos? —pregunto.

Aunque la verdad no quiero verlo, pero si me ha dicho que ha llorado, no me cuesta nada escucharlo.

—Antes o después tendría que verlo es su casa.

—Pasa —contesto.

Me acurruco contra Neal, se abre la puerta y vemos a Arjen con cara de no haber dormido, de haber estado llorando. Mira al suelo.

—Hija, ¿qué tal estás?

—Bien, gracias. ¿Qué quieres?

Mi voz es seca, pero intento controlarme no tiene buena cara y no me gusta ver sufrir a nadie.

—Saber cómo estas y si necesitáis algo. ¿Queréis desayunar?

—¿Quieres desayunar o nos vamos, amor?

Miro a Neal, no tengo hambre, pero él debería desayunar algo.

—Tú deberías desayunar.

Me dice protector, adoro que me cuide así, es tan mono.

—¡Yo! Si no tengo hambre.

—Pero te vendría bien tomar algo amor, aunque sea un zumo y un café con media galleta.

—Bueno un zumo, porque me lo pides tú.

Veo cómo se le ilumina la cara, solo ver que me cuido, se le pone una sonrisa de oreja a oreja.

—Gracias, amor. —Me besa.

—¿De qué quieres el zumo? —me pregunta Arjen.

—De lo que tengas estará bien, vamos a desayunar que quiero irme

a casa.

Me levanto y voy al baño para poder asearme. Cierro la puerta.

NEAL

Miro cómo Elsa entra, me giro a Arjen ahora vamos a dejar las cosas claras.

—Ahora que no está Elsa, ven que te quiero decir una cosa.

—¿Qué quieres, Neal? —se sienta enfrente de mí.

—No me gustó nada que dijeras lo de Alex, mucho menos que quieras poner a tu hija en mi contra —le digo serio y muy cabreado con ese asunto—. Eso se lo debía haber contado yo, cabrón.

—¿Qué problema hay? ¿No era tu prometida? Soy su padre debo protegerla, no quiero ponerla en tu contra.

—Tú lo has dicho mi prometida, si alguien se lo tenía que decir era yo, no tienes ni idea cómo le pudo afectar la noticia.

—Ya será para menos, pero si es así, perdona. ¿Algo más Neal?

—Vale, si la quieres recuperar vas por muy mal camino, diciendo que yo la oculto cosas.

Vamos ni lo intentes, como intentes separarme de ella, me encontrarás.

—Es la verdad, no la has contado muchas cosas.

Pero ¿qué dice este viejo?

—¿Que no la he contado según tú?

Venga, habla, tengo ganas de oír lo que tienes que decirme.

—Claro que quiero recuperarla, pero me odia no quiere saber nada de mí. Y del tema que no la cuentas mejor me callo, que no sé qué la dices, pero no es verdad. Y lo sabes.

—Es normal que te odie para ella la dejaste tirada, pero ese no es mi tema, no eres mi padre.

—Lo sé, lo sé, tranquilo.

—Lo que sí es mi tema, es saber, eso que según tú la oculto.

—Han llegado a mis oídos, que no sé si es verdad, que tienes un hijo.

—¡Yo no! De tener un hijo, sería con Elsa.

¿De dónde habrá sacado esa barbaridad? Yo un hijo, si la única que puede ser la madre de mis hijos, es Elsa.

—Vale, si tú lo dices será verdad.

—Claro que es verdad o, sino dime con quien lo tuve.

—Solo lo he oído, no digo que sea verdad, la única verdad es que como sepan que es mi hija corre peligro, no os podéis ir muy lejos de mí o no podré protegeros.

Pues macho suerte, no creo que quiera quedarse aquí.

—Pues es mentira y deja de decir algo de mí que ni siquiera has constatado. Tranquilo, nadie sabe dónde estamos, mucho menos saben que yo la protejo. Tú sabes quién me cubre las espaldas.

—Pero me quedo más tranquilo si os quedáis cerca.

Me está dando de qué pensar, de verdad pueden ser tan peligrosos.

—No creo que ella quiera quedarse cerca de ti.

—Tenéis que hacerlo, oblígala tú a ti te hará caso. En serio es muy peligroso.

Me río a carcajadas.

—¿De qué te ríes? —Me mira Arjen sorprendido de mi reacción.

—Si la intento obligar a algo, el que necesita protección soy yo.

—Tú solo inténtalo, sabes que es lo mejor para que ella esté segura.

—A ver, ahora vivimos en EE. UU., no nos podemos trasladar a Europa sin razón.

—Neal en serio pueden matar a Heleen y a ti también.

La verdad que le noto angustiado con ese tema, voy a darle un voto de confianza, voy a dejar que me explique.

—¿Quién? —le pregunto.

—La mafia que os conté, ya sabes quién son.

—Pues habla tú con ella, yo no sé cómo hacer para venir a Europa.

—A mí no me hará ni caso, eso eres tú —dice Arjen.

—Pero ella no se quiere trasladar, si la quieres proteger tendrás que ir tú.

—Pues iré donde haga falta.

—Pues vete haciendo las maletas.

—¿Cuándo vamos a irnos? —La oigo desde el baño.

—En cuanto desayunamos nos iremos —la respondo mientras viene donde estoy.

—¿Qué es eso de haz las maletas? Nos vamos ya a casa —habla Elsa.

Dios cómo me duele mentirte, pero es por tu bien.

—Sí, amor, cogemos las cosas y nos vamos. ¿Por?

—No, no, por saberlo, pero nos vamos a San Francisco, ¿no?

—¡Jo, amor! Que yo sepa tenemos la casa allí, ¿no? —digo en tono de broma, para calmarla.

—Sí. —Se ríe.

—Ay, ay, que cabezona loca. Menos mal que me tienes a mí, que sino a saber qué harías. —La sonrío.

—¡Boo! Pues a saber. ¿Vamos a desayunar o no? —nos dice a Arjen y a mí mientras sale de la habitación.

Le toco el hombro a Arjen, le digo en bajito.

—Ya sabes dónde vivimos.

—Sí, iré allí lo antes posible, tienes que darme la dirección. Tú y yo estaremos en contacto, ¿vale?

—Vale, pero si aprecias tu vida no asomes la cabeza por casa, como ella se entere nos mata a los dos, nos sabes cómo me duele

ocultarle algo a Elsa.

Espero que esté haciendo lo correcto, pero por ella haría lo que fuera.

—Es por su bien créeme —contesta Arjen.

Bajamos a la cocina los tres, es una cocina moderna bastante grande. Miro a Elsa y la veo con la boca abierta. De repente, me mira.

—Te veo serio, amor. ¿Todo bien?

Neal cambia la cara que te va a descubrir.

—Sí, todo bien.

—Vale.

—¿Ya desayunaste amor? —la pregunto.

—Sí, ¿y tú?

—No me apetece, comeré algo en el avión.

—Amor me dices que desayune yo, ¿y tú no comes nada? ¿Por qué?

—Vale, tomaré algo.

Me tomo un zumo y un café, aunque no paro de darle vueltas que estoy mintiendo a Elsa y eso me mata.

—Así mejor.

Me besa con todo su cariño y eso me derrite.

ELSA

—Vámonos al aeropuerto, amor —dice Neal.

—Espera amor, ¿no tenemos que ir al hotel a por nuestra ropa?

—Cierto no sé dónde tengo la cabeza.

—Tranquilo, te entiendo muy bien. Yo estoy igual, no me entero de nada.

—Esperar, Heleen no te olvides de la caja con las fotos y el anillo de tu madre —me dice Arjen.

—Gracias, cuídate Arjen y soy Elsa no Heleen. Amor, vamos para el hotel.

—Para mí siempre serás Heleen —responde Arjen sincero.

—Como quieras, Arjen.

—Lo más seguro que no te vuelva a ver, así que me da igual llámame como te dé la gana.

Llegamos al hotel, recogemos las cosas, preparamos la maleta y vamos al aeropuerto en un taxi. Entramos al avión, nos sentamos que el avión está a punto de despegar.

—Te quiero, amor. Gracias por todo.

Le abrazo y le beso.

—De nada, amor. Ya sabes quién era tu madre y tu padre.

—Sí, gracias a ti.

—Mira que me costó que me dejaras hacerlo a mi manera, ¡eh!

—Soy muy cabezona, lo siento.

—Lo sé, amor, lo sé. Es una de las cosas que me gusta de ti. La cabezonería.

—Tú también eres muy cabezón, ¡eh! ¿Qué hablaste con Arjen?

—Al principio le dije que no me pareció bien que te dijera que te oculto cosas, que si quiere recuperarte poniéndote en mi contra entonces era imposible que tú te acercaras a él. Me dijo que quería que te convenciera para tener un acercamiento, que ya se perdió treinta años, que no se quiere perder otros treinta.

—Vaya, muy bien contestado, amor. ¿En serio que me convencieras? Pero bueno, ¿Qué se cree? Siento que te lo hiciera pasar mal con lo de tu prometida, espero que me perdones por haber ido allí —le digo sincera, siento que lo haya pasado mal.

—No te preocupes, yo entiendo la postura de los dos.

Me abraza.

—¿De los dos a que te refieres?

—Entiendo que no quieras saber de él, también entiendo que él quiera un acercamiento, que lo haya hecho bien o mal es tu padre.

—Gracias, amor. ¿Crees lo que me contó?

—¿Sobre qué?

—De por qué me abandonó.

—Sí, sé que les robó a los Yakuza y que quieren venganza. Fue muy sonado en el mundillo de los ladrones, no por lo que robó si no a quién se lo hizo.

—¿Tan peligrosos son?

A ver si va a tener razón, tengo que investigar.

—¿Los Yakuza?

—Sí.

—Sí y más de lo que te piensas.

—He oído hablar de ellos, pero nunca los investigué.

La verdad que leí algo de ellos en el despacho de Aitor, pero no le presté importancia.

—Si se enteran que eres su hija, te matarán. A mí por ser tu pareja y después a tu padre previamente enseñándole a tu padre nuestras cabezas.

Al oír eso se me remueve el estómago.

—¿Quééé, en serio? ¿Por qué no van a por él?

—Sí, tan en serio, como que te quiero, si ya van a por él, porque crees que tiene tanta seguridad en casa y que nadie puede verle.

Me quedo pensado.

—Entonces, debemos tener cuidado, pero ¿nosotros estamos seguros o tenemos que hacer algo al respecto? —pregunto asustada, porque nunca le vi tan nervioso, ni siquiera con el Escorpión.

—Amor, hablando de esto se me olvido, decirte algo que me dijo perdona.

—¿El qué, amor?

—Que quería que estuviéramos cerca de él, porque si no, no podría protegernos.

—¡Quééé! ¿Y qué le dijiste?

—Que tú no ibas a querer estar cerca de él, que proteger te protejo yo.

—Gracias amor, eres el mejor. Te quiero mucho.

Cada día me demuestra más que me quiere y yo lo tengo claro le amo con locura.

—Gracias amor, pero… también reconozco que él tiene más y mejores recursos que yo, para protegernos me jode admitirlo, pero es así.

—¿Qué quieres decirme? ¿Qué estemos más cerca de él?

—Solo, si tú quieres.

—Yo solo quiero que tú estés bien, así que si es lo mejor acepto.

—Si por mí fuera hacia dos identidades nuevas para los dos, nos íbamos al otro lado del mundo.

Le miro.

—Si tú me dices que así vas a estar protegido, acepto estar cerca de Arjen, pero solo por ti.

—No se trata que yo esté protegido. ¿Tú qué? Aquí la importante eres tú, amor. Tú eres su hija.

—Sí, pero lo que a mí me importa eres tú, lo demás me da igual si tú estás bien yo estaré bien.

Lo siento, pero es lo que siento en este momento.

—Hombre creo que podría venderle a tu padre que se venga a San Francisco, pero que no vaya por casa ni nada, que no haga nada para llamar tu atención. ¿Qué te parece esa idea?

—Que haga como si no estuviera en San Francisco.

—Sí, básicamente ni le verías ni hablarías con él.

—Pero cómo sabremos que podemos estar seguros, si no hablamos con él, pero bueno como quieras adelante.

—Tú no hablarías con él, lo haría yo en todo caso, así tú solo tendrías que olvidarlo. ¿Qué opinas?

—Vale. De momento está bien, así tú estarás en contacto con él.

—Sí. Si en algún momento quieres verlo o algo me avisas y listo, ¿vale?

—Entendido, amor.

Si crees que es lo mejor, yo me callo solo quiero tu seguridad.

—Tú solo sabrás que está porque te lo estoy diciendo.

Me acurruco en él.

—Si no, ni te enterarás de nada.

—No, eso no. Yo quiero estar informada de todo lo que haga, ¿me lo dirás?

—¿Cuándo te oculte algo?

—Nunca.

Nos abrazamos y besamos mientras el avión, va dirección a San Francisco.

—Yo me encargo de todo amor, tú solo vive tu vida y a cuidarme bien. ¿Vale?

—Claro que sí, ¿acaso no te cuido?

Le saco la lengua.

—Te quiero. —me dice Neal arrimándome a él y besándome.

—Yo también te quiero.

Le sigo el beso.

24. Neal aún la ama

ELSA

Después de pasar un largo viaje dentro del avión, que por cierto cada vez me gusta menos volar. Sé que soy una pesada, pero tengo pánico a volar. Gracias a Neal que me calma y hace que me olvide de todo.

Llegamos al aeropuerto internacional de San Francisco, bajamos del avión y paramos un taxi para irnos a casa. Son las 23:00 de la noche. Entramos y dejamos las maletas.

—¡Buf! ¡Qué viaje más largo por Dios!

Estoy reventada del viaje, no puedo ni con mi alma.

—Sí, por fin en casa. ¿Llamamos y que nos traigan algo para cenar?

—Amor, no tengo hambre. Lo siento, pero pide para ti —digo a Neal.

—Lo decía por ti.

Me abraza y me dice al oído seductor.

—Yo solo tengo hambre de ti.

—¡Oh! —Le beso y la abrazo.

—Pedimos algo tú y yo... y si sobra lo comemos mañana, ¿vale?

—¡Mmm! Genial.

—¿Llamamos para pedir la cena?

Nos sentamos en el sofá y nos empezamos a calentar dándonos besos y abrazos.

—¡Mm, amor! —me dice con una voz ronca, muy sensual.

—¿Qué?

—Hacía mucho que no te tenía así.

—Pues sí la verdad, mucho tiempo.

De repente, me coge y me pone encima de él, me abraza.

—¡Mmm!

Me arrimo más a él y me hundo en su pecho, Neal me acaricia todo el cuerpo con sus manos.

¡Dios, adoro esas manos!

—Cómo lo echaba de menos —digo besándolo.

—Yo también, amor.

Pican a la puerta. Entre besos y abrazos, hemos llamado para pedir la cena. Sé lo que pensáis, pero no puedo resistirme a este cuerpazo.

—Será la comida.

Neal se levanta, coge la cena, paga y vuelve al sofá. Cuando se sienta le beso.

—Ale a cenar, amor.

—¿Qué quieres cenar? —me habla con voz picarona.

—Te prefiero a ti, amor, pero tú tienes que comer. Vamos. —Le beso.

—Y algo voy a comer —me lo dice tan sensual, picarona y con esa voz rota, que me da un escalofrío todo el cuerpo.

—¡Mmm! Pillín.

—Lo sé. —Nos besamos.

Me arrima aún más a él.

— Amor, que ganas tenía de esto.

—Yo también.

De repente, me mira y se pone serio.

—Amor, ¿te puedo pedir un favor?

—Dime, lo que quieras. —Le miro.

—Si alguna vez tenemos un hijo, no me dejes ser mal padre.

¿Qué dices? ¿Tú mal padre? ¡Imposible!

—No lo serás amor, tranquilo.

—Que bastante mal lo pasamos nosotros, para que lo pase él.

—Ahí tienes razón, pero sé que serás el mejor padre del mundo.

Le abrazo fuerte.

—Con tu ayuda puedo llegar a ser normalin.

—De normalin nada. No necesitas mi ayuda, amor. Eres perfecto.

NEAL

La abrazo más fuerte, para tenerla más cerca de mí, la digo al oído que la quiero, pero de repente, empiezo a llorar.

—Yo también te quiero. ¿Qué te pasa amor? ¿Por qué lloras? —dice mirándome—. ¿Qué te ocurre?

—Que me estoy acordando d… por culpa de tu padre.

—De tu prometida, ¿verdad?

Su voz es triste y noto cómo se separa de mí.

Nena no te alejes de mí, ¡uf!

—Sí, lo siento de verdad.

Duele, joder, duele mucho. No puedo evitarlo, pero la amo ¡Dios!

Elsa, te amo.

—Tranquilo, lo entiendo.

La miro y respiro hondo.

—Siéntate, que te lo voy a contar todo, igual así me siento mejor.

Nos sentamos los dos bien el sofá, a ella la noto nerviosa, pero yo no puedo dejar de mirar al suelo mientras lloro.

—De verdad no hace falta.

—Sí, amor hace falta, quiero poder dejar atrás todo esto de una vez.

Lo necesito.

—Vale. —Me agarra la mano.

—La conocí con dieciocho años, se llamaba Alexandra, la primera vez que la vi estaba sentada con Mozzy.

—Bonito nombre —responde mientras me escucha.

—En ese momento sentí lo mismo que cuando te vi a ti, sentí que tenía que ser mía en aquellos años.

Noto cómo le cambia la cara.

¡Dios no! No pongas esa cara, que me matas.

—Comprendo.

—Era un ladrón muy prometedor, empezaba a tener éxito con alguna mujer.

—Si no me extraña, eres guapísimo.

La sonrío.

Eres lo mejor que me puede pasar.

—Poco a poco empezamos a vernos, empezamos a salir a dar algún golpe juntos.

Noto cómo mira al suelo a oír eso.

—¿Qué te pasa, amor? —digo mientras lloro.

—Nada solo te escucho.

—Llevábamos dos años saliendo, robé un anillo de oro precioso que perteneció a un zar ruso. Ella siempre había querido ese anillo, pero nunca lo pudo robar siempre le pasaba algo y con ese anillo le pedí matrimonio. —Lloro aún más.

Elsa mira al suelo y llora, la miro desencajado no puedo creer, que le esté haciendo este daño.

—Es muy bonito, lo que hiciste por ella —contesta en un susurro.

—Fueron pasando los años y por unas cosas y otras no nos pudimos casar. En ese tiempo trabajé con tu padre.

—¿Por eso lo sabía él?

—Sí, ya cuando nos íbamos a casar la ayude a dar un golpe en Las Vegas, todo salió mal.

Aprieto los puños, solo de recordarlo. Tenía que haber sido más listo.

—¿Teníais pensado casaros en Las Vegas?

—No, en París. En una villa que tenía tu padre, era más lujosa que la que viste en Ámsterdam. La de Ámsterdam no es nada con la de París.

—¡A donde Arjen, vaya! —responde ella triste y dolida.

—Lo que te contaba en Las Vegas, todo nos salió mal.

—Perdona, te he interrumpido, sigue.

—No te preocupes, amor. Era otro sistema de seguridad, otra caja fuerte, otros planos. Todo al revés, saltó toda la seguridad y nos íbamos a quedar encerrados, logré que ella saliera, pero yo no pude y dentro no tenía el equipo para salir.

Aún recuerdo cómo Alex gritaba mi nombre, pero gracias a Dios ella consiguió salir.

—¿Qué sucedió amor?

—No lo sé, nuestro contacto no lo dio todo mal —respondo recordando.

—Entonces, ¿qué te pasó a ti y a Alexandra?

La veo preocupada, es un sol.

—Alex se quedó lo que pudo para intentar sacarme, al final se desactivó el sistema de seguridad, se abren las compuertas y, ¿a quién veo?

—¿A quién?

—A Aitor, a Rossy y a treinta o cuarenta policías más, incluso puede que estuviera Jack.

—¿Así te detuvieron? ¡Madre mía!

Cierro los ojos al recordarlo, respiro hondo.

—Sí y como sabían que me deshago de las esposas con cierta facilidad, pues me esposaron manos y pies, con una cadena no podía dar paso de más de veinte centímetros.

—¿Y Alexandra? ¿Qué pasó con ella?

—Pues escapó o eso creía.

—¡Quééé! —Veo que se le caen lágrimas.

—Llegué a la cárcel, con un móvil de contrabando hablé con ella, me dijo que me iba a ayudar a escapar y que nos íbamos a ir a Cabo Verde.

—¿¡Ahí es donde…!?

—Sí, que conste no te quiero llevar allí porque fuera a ir con ella. Si no porque no tiene tratado de extradición.

—Vale, tranquilo.

—Al día siguiente o los dos días me entero que Alex había muerto, así que me escapé de la cárcel a ver si era verdad, por desgracia sí lo era.

Lloro desconsolado, tiemblo y noto cómo Elsa me abraza.

—¿Sí que la querías mucho? —me habla mirando al suelo, después

de soltarme.

—Sí, estuve quince días fugado bebiendo muchísimo y con mujeres de una noche hasta que Aitor y Rossy me vuelven a capturar borracho en un bar. El resto pues lo sabes.

—¿Te puedo hacer dos preguntas?

—Sí, dime.

—¿De qué murió Alexandra?

—La asesinaron.

Me cambia la cara de rabia, aprieto los puños.

—¿Aún la sigues amando verdad?

—Sí —contesto avergonzado y apartando la mirada de Elsa.

Veo cómo llora desconsolada y sale corriendo a la habitación. Voy detrás suya, entro en la habitación.

—Amor, ¿qué pasa? —respondo llorando.

—Es demasiado para mí, muchas cosas en tan poco tiempo. —Llora tapándose la cara con la almohada.

—Lo siento, amor. —Me acerco a ella.

—No, no te acerques. Gracias por decirme la verdad.

Veo que se vuelve a tapar con la almohada.

Joder Neal, eres una mierda.

—La sigo queriendo, pero de forma diferente a ti. Ahora eres tú con la que estoy y a la única a la que quiero.

—Me has dicho que la sigues amando, no entiendo nada.

—Sí, pero es mi pasado. Tú eres mi presente y espero que mi futuro.

Créeme eres mi todo ahora mismo.

—Yo también quiero eso, pero duele y mucho. —Se vuelve a derrumbar en la cama y no para de llorar.

—Lo entiendo, amor. Lo siento, lo siento —digo llorando mientras la abrazo, ella me devuelve el abrazo.

—Lo entiendo.

—Gracias amor, eres la mejor.

—De nada —contesta sin dejar de llorar.

—No llores, por favor.

Me mata verla así. Todo por mi culpa.

—No puedo evitarlo, lo siento.

—Pero sabes que te quiero, ¿verdad?

—Pues... sí, no te preocupes.

—Ese pues…

Me asusto al oírla decir eso.

Si me dejas no sé qué haría.

¡Joder Elsa! Te amo a ti.

—Nada, nada, tranquilo.

—¿Ahora tienes dudas?

Después de unos interminables segundos me responde.

—¡No!

—Me quitas un gran peso de encima, amor ¿Quieres que te deje sola o me puedo tumbar a tu lado?

—Quédate si quieres —habla aún con lágrimas en los ojos.

Me tumbo mirándola a los ojos mientras la acaricio la espalda.

—Eres muy buena conmigo y muchas veces no me lo merezco.

—Vaya gracias y tú conmigo.

—Te juro que no hay nada más en mi pasado, que te pueda sorprender.

—¿Seguro?

Me mira dudosa.

—Tu padre me conoce bien, pregúntale además siempre te lo cuento todo.

—¡No! Si dices que está todo, está todo.

—Te juro, que está todo. Si te enteras de algo que no te haya contado, puedes dejarme.

—Otra vez con el asunto de dejarte.

—No lo diré más, solos tú y yo para siempre.

—Para siempre. —Me abraza y la pego contra mí.

—Sí, para siempre, tú y yo solos, bueno no.

—¡Quééé! —dice mirándome.

—Tú, yo y nuestro hijo o hijos.

—¡Ah, qué susto!

—Claro, amor. ¿Qué pensabas?

—Nada, nada, tranquilo. —Nos besamos—. Te adoro lo sabes, ¿no?

—Sí y tú sabes que eres lo mejor que me ha pasado, ¿verdad?

—Lo sé. —La abrazo—. Ya estás mejor, amor. Necesitabas esto, ¿verdad? ¿Dónde está enterrada Alexandra?

—En su lugar natal, la llevé a *Edimburgo* Escocia.

—Escocia qué maravilla de sitio —responde con un brillo en

los ojos.

—Sí, lo sé tienen unos castillos impresionantes, Sobre todo el castillo de Urquhart pegado al lago Ness.

—Perdona no quiero que te sientas mal, así que dejamos el tema, ¿vale?

—Ahora estoy mejor, la que me preocupa eres tú.

—¿Por qué te preocupo? Si estoy bien.

—Te enteras que estuve prometido, que tu madre fue una de las mejores polis del mundo y que tu padre era el mejor ladrón del mundo. En tan solo en dos días y más teniendo en cuenta tus desmayos de ayer. Ah, por cierto, que te sobra el dinero.

—No pasa nada, demasiado para asimilar, pero bueno.

—Yo te ayudo. ¿Vale? Estoy a tu lado y te apoyo —hablo sincero.

—Gracias.

—Cambiando de tema, tenemos que llamar mañana a John, ¿vale? —respondo bostezando.

—Sí, le llamaremos mañana, descansa amor que te veo cansado. Duérmete. —Me besa.

—Vale.

Me acurruco en ella, cierro los ojos y me duermo.

Sigo dormido, pero me muevo inquieto en la cama. De repente, me despierto.

—¡Espera! —grito.

Elsa me abraza.

—¿Qué pasa? Amor, tranquilo.

La veo y la digo.

—Sí, sí estoy tranquilo. ¡Dios que sueño más raro!

—¿Qué pasa? No me asustes.

—No, no, tranquila fue algo muy raro ¡madre mía!

—Cuéntamelo, si quieres claro.

—Se me ha aparecido Alex y me dijo que estaba muy contenta de que te hubiera conocido, de lo que he cambiado, gracias a ti.

—¡Qué! —contesta asustada.

—Amor, si te sirve de consuelo yo también estoy asustado —digo poniéndome pálido.

—Amor, estoy muy asustada.

—¿Por qué, amor? —hablo preocupado y la abrazo.

—Por Alexandra no será que... tu consciente te dice que no la olvides, que la amas demasiado.

—Diciéndome que está contenta de que esté contigo.

—No sé, amor. No sé qué pensar ya. Es todo tan raro.

—No te preocupes, amor. Tú solo has de pensar que estoy contigo, que seremos muy felices. —Nos abrazamos—. Vale amor, lo pasado, pasado está. Tanto el tuyo como el mío, ahora solo somos tú y yo.

—Claro que sí, es lo único que importa.

—Amor, ¿dormimos un poquito? —La beso.

—Sí, claro vamos.

Nos quedamos dormidos abrazados, pasó una noche tranquila, se hace de día.

ELSA

Me despierto y le veo durmiendo tranquilamente, sin hacer ruido va al baño y salgo para la terraza. Al rato noto alguien en la puerta.

—¿Dónde está la chica más guapa y a la que más quiero en este mundo?

—Hola, amor —le sonrío.

Mira que es guapo recién levantado, con ese pelo despeinado, sin

camiseta y los pantalones caídos.

—¿Qué tal vida como has dormido? —pregunta.

—Muy bien.

—Me alegro. ¿Quieres desayunar?

—Sí, claro, vamos a desayunar —digo dándole un beso y levantándome—. ¿Te hago un café amor?

—Sí, amor, me apetece uno.

Al rato le llevo el café y unas tostadas.

—Toma, amor. El café.

—Gracias, guapa. Vaya, cómo me cuidas.

—Amor, ahora vengo, ¿vale? Tengo que hacer unos recados.

—Vale, aquí te espero.

Él desayuna mientras yo me visto.

Espero que le guste.

—No tardo, amor.

—Vale.

Me sonríe, me voy dejándolo desayunando. Salgo de la casa camino a una agencia de viajes, quiero darle una sorpresa, en el camino va pensando. Si le va a gustar, no quiere que sufra más.

Al cabo de una medio hora, cuarenta minutos regreso y entro a la casa.

—Hola, amor —hablo mientras entro a la casa y voy a buscarlo.

—Hola, amor. ¿Ya hiciste el recado?

Le veo en el salón sentado en el sofá.

—Sí —digo contenta.

Saco un sobre y se lo doy.

—Toma amor, para ti.

—¿Y esto? —Lo abre—. Pero... amor ¿Y estos billetes? —Me mira sorprendido.

—Quiero que vayas a ver a Alexandra, pero los billetes son para dentro de tres semanas

—Amor, ¿y esto...? ¿Por qué?

Vaya, no le ha gustado.

—¿No quieres? Es para que vayas a verla.

—Sí que quiero, pero... entiende que me parezca raro.

Tenía que haberlo supuesto.

¡Qué boba soy!

—Vaya, lo siento no quería… —Miro al suelo—. ¿Puedes ir solo si quieres?

—Amor, entiéndeme. No es que quiera ir solo. Lo que me extraña que mi actual y última novia me regale unos billetes, para ver a mi prometida fallecida.

—Tú entiéndeme a mí. Quiero que estés bien. ¿Y si sirve para que lo estés por qué no? —Neal me abraza llorando—. ¿Por qué lloras?

—Amor, ya hay dos cosas, que por mucho que haga nunca podré pagarte ni devolverte de ninguna de las maneras.

—¿El qué? —pregunto sorprendida.

—Primero te metes entre una bala que era para mí y ahora me regalas unos billetes a dónde está mi prometida fallecida.

—Y lo volvería hacer, bobo. —Le sonrío.

—Ven, amor. Deja que te abrace y no te suelte nunca. —Me acerco a él y me abraza fuerte.

—Pero no tan fuerte, que me vas a romper. —Río.

—¡Mmm! Creo que sé cómo agradecerte esto.

—¡Qué! No me tienes que agradecer nada.

—¿Cómo que no te lo tengo que agradecer? Te pusiste entre una bala y yo, me has elegido a mí y no a otro, que seguramente con él la vida sería más fácil.

—¡Más fácil! ¿Qué dices? Pero bueno si quieres me voy. —Me aparto de sus brazos.

—Ni se te ocurra, quédate conmigo. —Me río y me acerco a él—. Pero sé cómo devolverte esto.

—Ya has hecho mucho por mí.

—¿El qué? —me dice dándome un beso en el cuello.

—Encontrar a mis padres.

—Eso fue fácil.

—Llevarme a un médico cuando me dio la bala. Unas vacaciones inolvidables, ¿qué más puedo pedir?

Nadie me ha tratado así jamás.

—No te iba a dejar morir y las vacaciones te las ganaste de sobra.

—Gracias, por lo de no dejarme morir. —Le sonrío.

—Si no, ¿qué haría yo sin ti?

—Has estado toda la vida sin mí. —Veo que se pone serio y me mira—. Es broma.

—En 3 semanas nos vamos a Escocia, a que haga eso. ¿Dónde quieres ir tú? ¿Y de que me sirve estar sin ti para regresar en la cárcel?

—Yo sinceramente, creo que el viaje deberías hacerlo tú solo, es una cosa tuya. Antes de estar yo estuviste con Alexandra y eso no es malo, ¿no?

—No, no es malo —responde Neal mirándome con amor.

Me separo de él un poco y le miro.

—Además, con ella has hecho cosas que conmigo no.

—Como que con ella me prometí, contigo aún no, pero

contigo he hecho cosas que con ella no.

—Y robasteis juntos y eso os unió mucho, confiabas 100 % en ella y si ella no hubiera muerto…

Me callo y se me humedecen los ojos.

—Y si ella no hubiera muerto no nos hubiéramos conocido —responde Neal triste.

—Eso mismo y que estarías con ella ahora mismo, no conmigo.

Se me caen las lágrimas.

Sé fuerte. Joder, Elsa, no llores.

—Por esa regla de tres, si a tu padre no le hubieran matado en el atraco, no te hubieras hecho policía, ¿verdad? Con lo cual no nos hubiéramos conocido.

—Tuve que ser yo, no él, así que no estaría aquí. —Desvío la mirada al suelo.

—Eso no me lo contaste. ¿Qué pasó en realidad?

—Estábamos dando un paseo y *El Hueso* quiso robarme y... —me pongo a llorar.

—¿Qué *Hueso*?

—Así se llamaba el ladrón —contesto.

—¿*El Hueso*? —dice pensativo.

—Sí —respondo sin parar de llorar.

—¿Ese era el nombre del ladrón?

—Sí, porque rompía muchos huesos y los coleccionaba era un sádico asqueroso. Solo ataca a las chicas: les roba, las violaba y luego las mataba.

—Me dejas hacer una cosa, un último golpe —responde serio.

—¡Qué no!

—No se trata de dinero quiero... robar a *El Hueso*, a ese le voy a demostrarle quien es un ladrón de verdad.

Me asusto y me tapo la boca con la mano.

—¡Noooo! Es muy peligroso porque, aunque me han dicho que está muerto, sé que no es verdad.

—*El Hueso* peligroso —dice riéndose.

—¡MATÓ A MI PADRE, VALE! —grito, temblando—. No se anda con tonterías, estuvo a punto de…

Lloro desconsolada recordándolo.

—Mi amor, tranquila. No voy a dar ese golpe, ¿vale? —Me abraza.

—Te matará sin dudarlo, entonces me daría igual todo.

—No voy a hacerle nada, me voy a quedar a tu lado. —Me da muchos abrazos y muchísimos besos.

—No sabes cómo es. Es un demente sádico mató a mi padre de dos disparos, porque me quitó de sus brazos.

—Tranquila, amor, ¿vale? Te prometo que yo no le voy a hacer nada, solo voy a darte beso y a veces tendremos sexo. —Me abraza.

—¿Seguro? Prométemelo, aunque te diga que...

—¿Aunque me digas qué, amor?

Me quedo callada. Cojo fuerzas.

—Que estuvo a punto de violarme, por eso mató a mi padre,

porque lo evitó. Tendría que estar muerta yo, no él.

Neal coge el móvil, pero le veo que poco a poco lo va dejándolo en la mesa, yo le miro asustada y él se da cuenta.

—No voy a hacer nada, me han dado ganas, pero no llamo por ti, mi vida.

—Gracias. —Le abrazo fuerte.

—A ti, mi amor. Mírame, cariño. —Le miro—. Ahora sabes que no te va a pasar nada, ¿verdad? Que yo cuido de ti.

—Sé que me cuidas y yo a ti, ¿lo sabes no?

—Claro, amor. Me jode, pero no voy a hacer nada ni mandar que le hagan nada. —Aprieta la mandíbula.

—Es mejor así, no soportaría perderte a ti.

—Olvídalo, ¿vale? Ahora abrázame.

Le abrazo mientras me acaricia la espalda, me arrimo a él.

Él me besa con desesperación, no puedo evitar seguirlo, me agarra del culo, ¡uf! Sabe cómo encenderme, sabe mi cuerpo exactamente que soy de él, sabes por qué lo sé porque solo con él reacciona así. Noto cómo mete sus manos dentro de mi ropa, esas manos que me vuelven loca, yo acaricio todo su cuerpo con desesperación. Tiene unas manos súper suaves ¡Dios mío!

De un arrebato nos quitamos los dos la camiseta, veo cómo los ojos de Neal se oscurecen de pasión de ver mi cuerpo casi desnudo, se tira a mi cuello me lo besa me lo lame.

Nos morreamos y nos acariciamos como si no existiera un mañana, acabamos desnudos tumbados en la cama, masturbándonos, Neal hace maravillas con sus manos.

¡JODER! Es único.

Yo voy notando cómo su miembro cada vez está más duro, no dejo de mirarlo cómo pone cara de placer, ese control que tengo de él no me deja pensar.

De un solo giro Neal me pone en posición del 69, y nos comemos los dos como dos locos.

Cuando notamos que está a punto, me echa en la cama, me abre de piernas y entra en mí sin dejar de mirarme a los ojos.

Gimo cuando le noto totalmente dentro de mí y nos movemos sin control. No dejamos de mirarnos y cuando llegamos al clímax los dos gritamos nuestros nombres.

Caemos los dos exhaustos en la cama, al cabo de unos minutos de recuperación, me levanto para ducharme, me ha puesto perdida.

Mientras voy a la ducha, llaman a la puerta.

25. Consejo

NEAL

—¡Abro yo, amor!

Me visto rápido, me dirijo a la puerta y veo que es John.

—Hola, John. ¿Qué haces aquí?

No esperaba verlo aquí.

—Tenía ganas de veros —responde John.

—Disculpa que no te hayamos llamado, llegamos ayer por la noche.

—No te preocupes. Pasaba por aquí y he visto las persianas subidas, espero no molestar.

—No, por Dios, no molestas. Pasa, pasa sabes que siempre eres bienvenido.

Me alegro de ver a este hombre. Además, a Elsa le va a distraer, después de todo lo que ha pasado.

—Gracias, Neal —contesta John entrando y sentándose en el sofá.

—De nada de verdad, que nos encanta que hayas venido.

A los pocos minutos, oímos como alguien baja por las escaleras, me giro y la digo.

—Amor, ¿mira quién está aquí? —Señalo a John mientras veo como baja por las escaleras.

—Hola, John.

—¿Qué tal, hija? —Se abrazan.

—Bien, ¿y tú?

—Bien, hija. Os echaba de menos.

Es una escena de lo más tierna, parecen de verdad un padre y una hija, cómo me gustaría poder saber qué se siente en tener un padre.

—¿Y qué haces por aquí? —pregunta sonriéndole.

—Tenía ganas de veros —habla sincero.

Los miro a los dos y me hace feliz, verla así relajada y feliz con John.

—¿Quieres un café? —nos dice Elsa sonriendo.

—¿Ya solucionaste esos asuntos familiares? Sí, por favor.

John me mira, como diciendo está bien.

—Bueno es una larga historia, la verdad. Quedaros aquí, que voy a preparar los cafés —nos dice a los dos.

—Elsa si necesitas hablar sabes que puedes contar conmigo.

—Gracias, John, tranquilo.

Vemos cómo se va a la cocina. Según se va John me mira sin entender nada.

—¿Qué le pasa? —me pregunta John.

—Es difícil de contar la verdad, ha descubierto muchas cosas en estos días.

Demasiadas, es lo que más me preocupa.

—Vaya, pero está bien, ¿no? —Mira dirección a la cocina.

—No lo sé, igual necesita hablar con alguien que no sea yo.

La verdad, haría lo que fuera por quitarle todo lo que ha pasado en estos días.

—Físicamente está perfecta, pero mentalmente con todo lo que ahora sabe… no lo sé. Estoy preocupado por ella —confieso a John.

—¡Qué! Vaya, pobre. ¿Crees que quiera hablar conmigo?

—Sí, creo que sí, ella te tiene muchísimo cariño.

Sería una idea estupenda.

—Pero no quiero agobiarla. ¿Qué dices? ¿Voy o no?

—No, déjala que venga ella con el café y me voy yo hacer la compra, ¿vale? Os daré tiempo para que ella pueda hablar y desahogarse.

—Vale, lo que menos quiero es agobiarla.

ELSA

Llego con los cafés al salón, los dejo en la mesa y empiezo a servirlos.

—Amor, ¿te quedas aquí con John mientras voy la compra? Y que se quede a comer.

—Vale, me parece buena idea —respondo sonriendo.

La verdad me encanta que John se quede a comer, cada vez le tengo más cariño, no como… ¡uf! No puedo ni nombrarlo.

—¿Qué os apetece comer? —pregunta Neal mirándonos.

—A mí me da igual, lo que queráis —respondo sirviendo los cafés.

—Si no es mucha molestia, podría ser algún guiso de carne. Me los preparaba muy buenos mi mujer.

—Por mí, vale, ¿a ti amor? —me pregunta Neal.

—Claro, se uno muy bueno que os va a encantar.

Os chuparéis los dedos, ya veréis.

—Voy a por lo necesario, ¿vale? Vengo enseguida.

Me da un beso, se despide de John y sale por la puerta.

—Gracias por el café Elsa, está muy bueno —habla dándole un sorbo.

—De nada, John. ¿Y cómo estás?

—Bien, acostumbrándome a vivir en otra casa.

—Vaya, ¿y qué tal?

En el fondo aún me da pena de que se haya ido de esta casa, tendrá tantos recuerdos aquí, pero cuando le dijimos que ahora somos su familia iba en serio.

—Bien, bien, muy contento. Una pregunta ahora que estamos solos y tenemos tiempo, ¿me cuentas esa historia? Noto que te pasa algo.

—Me alegro por ti, es que John. —Miro al suelo—. Encontré a mis

padres.

—Los biológicos ¿Qué bien no?

—Mi madre murió cuando nací y mi padre bueno un caso aparte.

—Empecemos por el principio ¿Quieres? —contesta mientras seguimos tomándonos el café

—Fuimos a Ámsterdam que allí está mi madre y mi padre resulta que vive allí. Pregunta lo que quieras John.

—Tu madre por desgracia murió —dice mirándome.

—Sí —respondo triste.

—Lo siento mucho, hija. —Se acerca a mí y me abraza—. ¿Qué sabes de ella?

—Gracias, que era la mejor en la policía nacional de allí, que me parezco mucho a ella, que era valiente, que me quiso mucho, bueno y que murió.

—Me alegro. Entonces. ¿el problema es tu padre?

—Sí, me alegro de que sea como ella, por desgracia él es el problema.

Nunca podré perdonarlo.

—¿Con él qué pasa?

—Es un desgraciado, me dijo que me abandonó por mi bien. —Se me llenan los ojos de lágrimas.

—Pero que un padre abandone a su hija, no puedo entender que sea por su bien ¿Hay algo que me estás ocultando?

Vaya, ¿tanto se me nota?

—No, de verdad, John. Es que no lo entiendo ni yo, tengo la cabeza que no sé qué me pasa, no soy yo.

—¿Algo hay y no me lo quieres contar? —pregunta mirándome. —Miro al suelo.

—De verdad, John. Créeme.

No puedo decirle que es un ladrón, el más famoso y buscado.

—No me asustes, hija. ¿Qué pasa?

—Nada, nada, solo puedo decirte que le persiguen unas personas peligrosas, me tuvo que abandonar. Es lo único que me dijo.

—Entonces, si lo hizo por tu seguridad, eso es que no quería que te pasara nada.

—Yo sinceramente, no me creo nada de lo que me dijo —contesto dolida.

—¿Por qué?

—Por qué, aunque sea así, un padre no deja a su hija en un portal, tendría que haber estado conmigo, pero bueno.

Relájate no te alteres, John es un buen hombre.

—Entiendo que te dejara por tu seguridad, pero eso no lo entiendo ¿Por qué en un portal?

—Pues no lo sé, según él sabía que me iban a coger.

—Pero los que te cogieron, podían haber sido cualquiera —responde dejando la taza en la mesa—. Acaso conocía a esa familia.

—No, no la conocía de nada —contesto casi temblando acordándome de mis padres adoptivos.

—Imposible, yo fui padre si tuviera que dejar a mi hija, no sería con desconocidos.

—John, es cierto. Eso me dijo más no sé. —Miro al suelo.

—Te lo ocultaría, pero yo fui padre y puedo entender que te dejará porque sería lo mejor para ti, pero te puedo asegurar, que él conocía a la familia a cualquier padre que le preguntes te dirá lo mismo que yo. Te lo juro por mi mujer y mi hija que es lo que más quise.

¿En serio? A lo mejor puede que esté equivocada.

—Pues no lo sé, John ¿Tú hubieras abandonado a Nataly? —le pregunto mirándole a los ojos.

—Por cómo fue mi vida no, pero si alguien quisiera matarme o hacerme daño, seguramente que irían a por ella, con lo cual la dejaría con algún conocido que la protegiera.

—¡Quéeee! Vaya —digo sorprendida por lo que le acaba de decirme John.

—Tú tienes una segunda oportunidad para estar con él, yo daría cualquier cosa por pasar cinco minutos con mi mujer y mi hija —contesta empezando a llorar—. Solo pido cinco minutos y por esos cinco minutos mataría a cualquiera.

Le miro y veo que se pone súper triste, me mira y me dice.

—Hija, nunca os he dicho de que murió mi hija, sufrió un accidente de coche. Un borracho se saltó un Stop y se la llevó por delante, los bomberos tardaron en sacarla media hora de su coche. Mi mujer la pobre sufrió una larga enfermedad que pudo con ella.

Le abrazo y lloro. ¡Dios mío! cuánto ha sufrido este pobre hombre.

—Por eso, hijita. Te digo que tienes una segunda oportunidad con él, no la desperdicies, es tu padre.

—John. —Le abrazo—. Es que no considero a ese señor mi padre. Mi padre murió en un atraco, fue quien me crio, quien estuvo cuando estaba mala, ¿me entiendes? Ese señor es un desconocido.

—Pero tienes que conocerle y si tu madre le eligió sería por algo.

—¿Me estás diciendo que le dé una oportunidad?

—Sí, habla con él, estás enfadada, pero poco a poco, no te digo que mañana le llames y le digas papá, pero deja que él se acerque a ti poco a poco que conozca a Neal —me dice lo más sincero que puede.

—Eso puede que nunca suceda, esa palabra papá ¡uf! Conoce a Neal estuvo conmigo.

—Sé que no soy nada tuyo ni de Neal, solo soy el tipo que os vendió la casa, pero la edad y mi experiencia me han dado algo de sabiduría.

—No digas eso, te dijimos que ahora somos tu familia, ¿lo olvidaste?

—Pues más a mi favor, ¿quieres hacerme caso? Sé lo que me digo, no te voy a asegurar que todo salga bien. No puedo, pero tienes que poner de tu parte, aunque te duela, que sé que te duele.

—Duele mucho —contesto abrazándole—. Es como si traicionara a Roberto, mi padre,

—Lo sé, pequeña. —Me acaricia la cabeza—. ¿Roberto te quería no?

—Sí.

—¿Fue él quien te dijo que eras adoptada no? Seguro que no sé va a sentir traicionado, te diría lo que te estoy diciendo yo ahora.

—Sí, fue él, el que me lo dijo ¿Seguro que me diría eso?

—¿Entonces? ¿Qué excusa me vas a poner ahora?

—Es lo que siento ahora mismo, mi corazón siente eso.

Nadie puede entenderme, aunque puede que tenga razón.

—Elsa, te prometo que no le traicionas, pero la decisión es tuya. Mi consejo es que hables con él.

—Gracias, John.

—Tranquila, yo te apoyo y seguro que Neal también.

—Neal piensa como tú.

—Pues ya somos dos personas que te quieren, que te dicen lo mismo. ¿No te da que pensar? Elsa habla con tu padre o ese señor como lo quieras llamar, pero hazle preguntas sobre tu madre.

—Sí, me da de qué pensar, te haré caso y me dio fotos.

—Sí, ¿las puedo ver?

—Sí, espera.

Me levanto subo a la habitación, cojo la caja que me dio Arjen y bajo a dónde está John.

—Toma, aquí las tienes.

—Explícame. ¿Quiénes son?

—Mi madre y mi padre, esté es el compañero de mi madre.

Veo cómo observa las fotos, en que está pensando porque se le nota que algo le ronda por la cabeza.

—¿Ese no será Jack? Vamos si se llama Jack.

—Sí, ¿por?

—Su abuelo me entrenó en el ejército, después siendo yo sargento su padre luchó a mi lado, en la guerra.

—Vaya, es increíble.

Este hombre es una caja de sorpresas.

Coge la foto que tengo en la mano es la foto mía con Ajen.

—¿Este es tu padre y esta eres tú?

—Sí, antes de abandonarme.

—¿Qué ves en la cara de tu padre? —me pregunta John señando la

foto.

—Nada, no veo nada —respondo triste.

—¿Cómo que nada? ¿No ves lo mismo que en esta? —Saca una foto suya con su hija siendo un bebé.

—Sí, ahora sí.

—No pienses que es tu padre. ¿Qué ves?

Miro la foto, me olvido de quien está en esa foto.

—Cariño, amor —digo sincera.

—Ves el brillo de sus ojos y ahora mira los míos ¿Tienen el mismo brillo?

—Sí, tienen el mismo brillo —respondo sorprendida al verlo.

—Es el brillo que tienen todos los padres que quieren a sus hijos. Acuérdate de lo que te digo y si tienes un hijo con Neal, fíjate en sus ojos cuando lo coja en brazos, ese brillo te asegurará que Neal hará lo imposible por vuestro hijo.

—John, me has dejado bloqueada. No sé ni que pensar de verdad.

—¿Crees ahora que tu padre te quiere? Has visto el mismo brillo de los ojos en las fotos de dos padres diferentes y desconocidos.

—Sí. —Nos abrazamos.

—Te quiero como a una hija, nunca te daría un mal consejo, así que si puedes hablar con él hazlo, pero empieza solo haciéndole preguntas sobre tu madre, ¿vale? Nada de porque te dejo, ni porque no te busco ni nada, ¿vale?

—Gracias John, que pena que tú no seas mi padre y te haré caso. —Le abrazo fuerte como si de verdad fuera mi padre.

—Yo te apoyo en todo. —Me besa en la frente.

—Eres muy bueno conmigo.

—Y vosotros conmigo, eres tan parecida a mi hija, que a veces creo que eres ella y me veo en la obligación de cuidarte, espero que no te moleste.

—¡Oh! Claro que no. Es un honor, John.

—Gracias, hija. De verdad.

Ojalá fueras mi padre.

NEAL

He estado haciendo tiempo para que pudieran hablar tranquilamente. Al cabo de un buen rato, entro en casa repleto de bolsas.

—Hola, amor —me dice Elsa limpiándose los ojos.

—Hola, Neal —contesta John sonriéndome.

—Hola, espero no haber tardado demasiado.

—Espera que te ayudo.

Veo como se levanta Elsa, coge un par de bolsas y vamos a la cocina.

—Gracias, amor.

—De nada, guapo. —Me besa.

Entramos en la cocina y empieza Elsa a colocar la compra.

—¿Qué tal con John?

—Bien, es un buen hombre.

—Lo sé.

Me alegro de que le haya venido bien hablar con él, la veo feliz —dice que hable con Arjen.

¡Vaya!

—¿Y qué vas a hacer? —La escucho atento mientras colocamos las cosas.

—Pues sois dos contra una, ganáis —dice sacándome la lengua.

—Pero aun así ya eres mayor, solo tú decides, yo te apoyo en lo que decidas y creo que John igual.

—Lo sé, lo sé, tranquilo. Anda ve con él, no le dejes solo. Yo recojo todo esto me da cosa que esté solo.

—Vale.

La doy un beso y me voy para el salón.

¡Qué cambio ha dado! ¡Cómo me alegro!

—John no sé qué las dicho, pero gracias —digo entrando en el salón.

—De nada Neal, solo he dicho la verdad —contesta guardando su cartera en su pantalón.

—Eres un gran hombre.

Voy al minibar del mueble, pone dos copas de bourbon, me siento en el sofá y le doy una copa John.

—Gracias, solo te pido una cosa, cuídala mucho —me dice dando un trago a su bourbon—. Y quiero un pequeñín por aquí.

—Por supuesto, daría mi vida por ella, no lo digas muy alto. —Me río.

—¿Qué pasa? ¿No quieres? —pregunta sorprendido por mí contestación de antes.

—Sí, sí, claro que sí, pero no sé solo hace poco más de un mes que nos conocemos —digo dando un buen trago de bourbon.

Aunque si soy sincero, me encantaría.

—Vaya, te entiendo, con calma.

—Ella quiere y yo también, pero antes quiero disfrutar de estar los dos solos.

—Pues que venga cuando Dios quiera. Neal, te entiendo que pienses así.

—Pero te digo, si me llega mañana o pasado y me dice que está embarazada, me haría muy feliz John.

—Lo sé Neal, os queréis muchísimo y se os nota.

—John, una pregunta. ¿Cómo... le pediste a tu mujer matrimonio?

—Pues me la lleve al mejor restaurante de la ciudad, compre el anillo más bonito y dimos un paseo hasta Golden Gate, allí se lo pedí pensaba que me diría que no, estaba cagado.

—Es que... —hablo triste.

—¿Qué pasa Neal?

—Me han hecho recordar cosas de mí pasado, que ella se ha enterado.

—¡Qué! ¿Quieres contármelo? Vamos si quieres así te desahogas.

—Vale, mira antes de conocerla, estuve prometido con una chica.

—Pero Neal, así es la vida. Todos tenemos pasado.

—Siento que no se haya enterado por mí. —Oímos cantar a Elsa.

—¿Cómo se lo ha tomado ella?

—Pues creo que bien. Creo que no me cree cuando la digo que, aunque siga queriendo a la chica con la que estuve prometido, que murió, que por supuesto también la quiero a ella y con locura.

—¿Sigues amando a tu prometida? —me pregunta sin poder creérselo, pero intenta animarme—. Entiende que es duro para ella, todo lo que está pasando.

—Lo entiendo y lo llevaba bien hasta, que me hicieron recordarlo todo.

Arjen, aún no te perdono esto.

—¿Qué te ocurriría se fuera al revés? —me dice.

Hostia, no lo había pensado.

—No lo sé, la verdad me moría de celos, me mataría que amara a otro hombre.

—Solo tienes que pensar si quieres estar con ella.

—Por supuesto, que quiero estar con Elsa. Es mi mundo, mi universo, en lo único en que pienso es como poder demostrar a Elsa que estoy loco por ella y muy enamorado —contesto verdaderamente preocupado por este tema.

—Pues dale el cariño que necesita, estate a su lado, eso es lo único que importa que os amáis.

—Siempre estoy a su lado, pero creo que aun así no es suficiente, quiero demostrarle de alguna manera qué significa todo para mí.

—Sabe que la quieres y ella te quiere a ti. ¿Por qué dices eso?

—Porque desde que se enteró de eso… creo que piensa que como ahora me acuerdo de la otra, que a ella ni la quiero, eso es mentira la quiero con toda mi alma. Quiero hacer algo para que se acuerde de que la quiero y siempre la amaré.

—No digas eso, ella te adora. —Me mira—. La he visto, como te mira. Te ama más que a su vida, créeme. ¿Y que tienes pensado?

—Pues nada en concreto, no sé si pedírselo, llevarla de viaje o que hacer.

Algo tengo que hacer eso seguro.

—Estás preocupado y no es para tanto de verdad.

—Pues yo creo que es para más, está apagada triste, sé que parte de culpa la tengo yo.

Y eso me destroza por dentro.

—Un consejo, aclárate tu primero y luego ve a por ella.

—Yo lo tengo claro, la quiero a ella, quiero estar con ella el resto de mi vida y más tiempo se cabe.

—Pues tranquilo. Entonces, ¿qué miedo tienes? Ella te ama, daría su vida por ti.

—Que quiero demostrárselo a Elsa, para que se acuerde que es todo para mí.

Elsa sale de la cocina, nos dice a los dos que la comida está en un momento, nosotros seguimos hablando muy serios. Nos mira desconcertada.

—Tranquilo, Neal. Lo sabe de sobra —contesta John sincero.

—Pero quiero demostrarlo de todas formas y no sé cómo, pero pensaré en algo.

—Pues no sé, Neal. Eso es cosa vuestra, pero mírala. ¿Crees que estaría así si no fuera por ti? Tú la haces feliz.

—Bueno John, solo espero que sea feliz, es lo único que deseo. Vamos a comer.

—Es verte y se le ilumina la cara, ¿seguro que estás bien? Me preocupas.

—Sí, creo que sí.

—¿Cómo qué crees?

—Sí, estoy bien no te preocupes.

—Venga guapos a comer —nos dice Elsa mientras nos sirve las copas de vino—. Espero que os guste.

—Amor, habiendo cocinado tú, seguro que está buenísimo —le respondo sonriendo.

—Sí, seguro que sí, hija —contesta John.

—Me vais a poner roja.

Ella reparte los platos, nos echa una buena cantidad, pero a ella se echa poco.

—Que aproveche —nos dice.

—Gracias —respondemos casi al unísono.

Veo que Elsa se ríe.

—¿Qué te pasa, amor?

—A mi nada, ¿qué os pasa a vosotros? Que cara que tenéis. Alegrar la cara un poco, ¿no?

—Sí. —Me río y la beso.

—¡Mmm! Qué bueno está amor —hablo mientras vuelvo a comer.

Se repite John añadiendo.

—Muy bueno, hacía años que no comía así.

—¡Oh, gracias! Me alegro de que os guste.

Comemos hablando, riendo, pasando un buen rato, como hacía mucho que no lo pasábamos ninguno de los tres. Terminamos de comer.

—¿Quién quiere un café? —habla Elsa levantándose de la mesa.

—Yo no, amor, gracias —respondo.

—Yo con hielo, por favor —contesta John.

—Vale, ahora mismo te lo traigo. —Se va a la cocina a preparar el café.

—Neal, alegra la cara, que parece que te pasa algo.

—No, no, tranquilo. Solo le doy vueltas a la cabeza.

Vueltas de cómo la voy a sorprender.

—Vale, sabes que conmigo puedes hablar cuando quieras.

—Sí, gracias.

—De nada.

Elsa llega con el café.

—Toma John échate el azúcar que quieras. —Mientras empieza a recoger los platos.

—Espera que te ayudo, amor. Mejor, anda siéntate que yo lo recojo —digo quitándola los platos.

—Pero no te preocupes.

—Sí, amor. Siéntate, tú cocinaste, yo recojo esas son las reglas, ¿no?

—Vale, vale, pero antes tienes que darme un beso si no, no.

Me acerco y la beso con ternura y me pongo a recoger.

—Pero que guapo, eres madre mía —respondo riéndose y sentándose.

ELSA

—¿Te ha gustado la comida John? —le pregunto.

—Sí, me ha encantado. No he comido tan bien desde hace mucho tiempo.

—¡Qué bien! Pues cuando quieras, ya sabes dónde encontrarnos.

—Sí, gracias hija.

—Voy a por agua, ¿vale? John.

John asiente con la cabeza, voy a la cocina y abrazo por detrás a Neal.

—¿Qué os pasa amor? ¿Todo bien?

—Sí, amor. No pasa nada.

—Vale.

John dice que se tiene que ir, que tiene que hacer un recado, que la encantado la comida. Se despide de nosotros y se va. Yo vuelvo a la cocina.

26. Intruso

NEAL

Alguien me abraza por detrás, sonrío al notarla, me giro y la beso pegándola a mí.

Ella es mi droga no puedo estar sin ella, por lo que noto veo que ella tampoco. Soy el hombre más afortunado del planeta de tenerla a mi lado y os aseguro que eso, nada ni nadie lo cambiará.

Terminamos de recoger, limpiamos la cocina, entre los dos hemos tardamos nada.

No puedo evitar pensar en si ella verdaderamente está bien, parece que sí, pero no estoy dentro de su cabeza.

—¿Quieres ver una peli o damos una vuelta? —la pregunto.

—¡Mmm! Vayamos a conocer algo de la ciudad, ¿qué te parece?

—Buena idea, voy a buscar en el móvil. ¿Qué podemos visitar?

Busco en Google lo que podemos ir a visitar y veo varios sitios increíbles, se lo enseño a ella y está de acuerdo, así que nos vestimos para salir.

Salimos de la casa, nos dirigimos a montar en una de las atracciones turísticas de San Francisco, *el tranvía*.

Llegamos al centro de la ciudad Downtown, cerca de la plaza Union Square, que es de donde salen las dos líneas de tranvías, esperamos al tranvía, entramos.

¡Madre mía!

Esto está lleno, agarro a Elsa de la mano, para que no se separe mucho de mí, pago al conductor cinco dólares por cada uno, vamos recorriendo las calles de la ciudad y por supuesto por sus famosas cuestas del barrio de Nob Hill.

Vamos mirando las vistas que son preciosas. Veo cómo Elsa está disfrutando del paseo en el tranvía.

Llegamos a una zona de lo más turística de aquí, la zona de Fisherman'sWharf, que está situado al norte San Francisco, situado en el distrito de la Marina, en realidad es lo que antes estaba el antiguo puerto pesquero.

Esta zona está llena de tiendas y restaurantes, miro de reojo a Elsa, la conozco bien y sé que le encantaría ver las tiendas.

Así que nos bajamos, tomamos algo en unos de los restaurantes famosos del lugar, que muchos de los restaurantes cuentan con música en directo, después de comer, le doy el gusto a Elsa a que pase a las tiendas, que mire lo que quiera, cómo no al cabo de un rato estoy con varias bolsas en mi mano.

Miramos el reloj, vemos que se nos ha pasado el día sin darnos cuenta y es hora de volver a casa. Así que hacemos el mismo recorrido de vuelta a casa, pero esta vez no está tan lleno de gente y podemos ir más desahogados no tan apretados.

Llegamos a casa, relajados sin pensar en nada, solo en lo bien que lo hemos pasado hoy los dos juntos. Desde hace ya una semana no hemos estado así, pero no puedo evitar pensar que esto no hubiera pasado, si no hubiera movido el pasado de Elsa.

Nos ponemos cómodos, ella se pone a colocar lo que ha comprado, yo la veo embobado, sin poder dejar de mirarla.

Solo tengo un pensamiento ahora mismo.

Hacerla feliz y que esté a salvo.

ELSA

Cuando termino de colocar las cosas, voy donde Neal y le abrazo.

—Amor, por cierto, ¿pensaste lo de Edimburgo? ¿Irás verdad?

—Sí, pero si vienes conmigo… —Nos miramos a los ojos.

¿De verdad me está diciendo que vaya con él?

—¿Qué pasa amor?

—¿Quieres que vaya contigo? Pienso que deberías ir tú solo, ¿no?

—¿Son dos billetes no? Vamos, estamos una semana o así, yo voy un día a ver su tumba.

—Vale, si es lo que quieres.

—Claro, ¿no decías que era un sitio precioso y que te gustaría ir?

—Sí, pero de verdad, no quiero que te sientas incómodo.

—No, incómodo no. En ese momento necesitaré tu apoyo, igual que yo te apoyé en Ámsterdam.

—Estaré contigo, amor te quiero.

—Gracias, cielo. —Se arrima a mí y me besa.

Si me necesita, estaré a su lado, aunque la verdad, pienso que si no voy se derrumbará por completo y no puedo permitir eso.

—Por cierto, amor, tenemos que ir a por el coche, que se nos ha olvidado, menudas cabezas que tenemos. ¡Madre mía!

—Cierto, amor, pero con todo este jaleo es normal —me dice abrazándome—. Pues tenemos que ir a por él. ¿Y se lo enseñamos a John?

—Claro que sí.

Vemos un rato la tele, los dos tumbados en el sofá como cualquier pareja y nos vamos a dormir que después del día que hemos estado sin parar, estamos cansados.

Al día siguiente, me despierto. Lo primero que noto son sus fuertes brazos abrazándome, su olor irresistible, que me vuelve loca. Me giro para mirarlo, es perfecto como un Dios romano, no me extraña que sea tan aclamado por las mujeres, pero sabes la que está en sus brazos soy yo, como alguna lagarta se acerque me la como.

Beso a Neal a los labios, él me responde sin abrir los ojos, pero noto cómo con sus brazos me aprieta a él, yo por supuesto me dejo. Sus brazos son el único sitio que estoy segura y entre ellos siento que es mi refugio, mi hogar.

—¡Buenos días, mi vida! —me dice abriendo los ojos.

—¡Buenos días, amor!

Estamos un rato, haciendo el vago en la cama, dándonos abrazos, besándonos, que al rato nos levantamos de la cama, vamos al baño a ducharnos, volvemos a darnos caricias, mimos, besos.

Salimos de la ducha nos secamos mutuamente, cuando terminamos de vestirnos, de repente, oímos un ruido en la parte de abajo, que proviene del salón.

—Amor, ¿has oído eso creo que hay alguien abajo? Voy a ver.

Voy corriendo al cajón, donde tengo las pistolas y cojo una. Neal me sigue, coge la pistola de mi madre. Bajamos rápido los dos. Al llegar al salón, veo una sombra miro Neal.

—¡Quieto o disparo! —digo temblando, apuntando hacia la sombra.

NEAL

—¿Quién está ahí? —Mirando por todas partes—. Responde o dame una excusa para que no te dispare.

Elsa enciende la luz, entonces el tío que estaba dentro de la casa, sale corriendo.

—De eso nada.

Oigo que dice Elsa corriendo detrás de él, pero el tío, se monta en un coche y lo perdemos de vista, yo sigo a Elsa de cerca, disparo al coche, al oír el disparo ella se paraliza y tiembla.

Me doy cuenta y al abrazo.

—Amor, tranquila. ¿Viste la matrícula?

—Sí —respira hondo—. Sí, la vi, 5687 BKZ.

—Vete a ver a Rossy, que yo hablo con tu padre.

Esto ya se ha ido de madre, ahora voy a poner yo los remedios, en mi casa no entra ni Dios y menos con mi mujer dentro.

—Voy —dice temblando—. Vamos a casa que tengo que coger el bolso. ¿Te quedas aquí?

—Sí, vamos dentro, amor. Voy a llamar a tu padre.

Entramos, veo cómo Elsa agarra su bolso, coge un taxi y va a comisaría, yo respiro hondo. Voy donde tengo el móvil, lo cojo y marco a Arjen.

—¿Sí?

—Arjen, soy Neal.

—¿Qué ocurre? Te oigo alterado.

—Alguien ha entrado ahora en casa.

—¡Qué! ¿Estáis bien? ¿Y Heleen?

—Bajamos al escuchar un ruido y huyó en un coche. Sí, sí, Elsa está bien y cogimos la matrícula 5687 BKZ.

—¡Buff! Yo estoy en San Francisco, dime tu dirección, que enseguida estoy allí, perfecto voy a hacer que lo investiguen ¿Y Heleen dónde está?

—Fue a la policía, es amiga del jefe de policía de la ciudad, a ver si averigua algo.

—Dime tu dirección que voy para allá.

—Pero no sé si Elsa te querrá ver ¡eh! —Se la doy.

—En diez minutos, estoy allí, eso ahora me da igual.

—A mí no, mira lo que pasó cuando te vio la otra vez, prefiero hablarlo antes con ella, por si acaso que no quiero que le vuelva a pasar, eso de los desmayos.

—Como quieras espero tu llamada, mientras voy a mover hilos para saber quién ha sido.

—Sí, yo también voy a hacer unas llamadas.

Colgamos, pero llamo enseguida a Elsa.

—¿Sí?

—Amor, ya hablé con tu padre.

—Hola, amor. ¿Qué te dijo?

—Que va a mover unos hilos y que quería venir a casa.

—¿Ir a casa? ¿Para qué?

—Para ver si estamos bien, se quedó muy preocupado.

—Es que sucede algo malo que yo tenga que saber, por cierto, Rossy no sabe nada, era un coche robado.

—No, no, tranquila yo voy a llamar a Rukus, que él conoce a mucha gente de la mafia.

—Vale, vale, amor.

—Ven rápido a casa, amor —la suplico.

—Sí, cojo un taxi y enseguida llego.

—Vale, aquí te espero.

Colgamos.

Espero que no tarde mucho, la verdad que estoy muy nervioso, Voy a llamar a Rukus.

—*Hola, hermano. ¿Qué tal?*

—¿Qué tal, tío? Oye una cosa, ¿sigues teniendo contacto con la mafia?

—*Bien aquí, sí, ¿por qué? ¿Sucede algo?*

—Es que… bueno hemos descubierto quienes son los padres biológicos de Elsa y al padre le quieren matar la mafia, pero como a por él no pueden ir, igual vienen a por nosotros.

—*¡Qué! Espera, espera. ¿Me estás hablando del Zorro Nocturno?*

—Sí, ¿qué sabes? Cuéntamelo todo.

—*Llevan buscándole treinta años, saben que tiene una hija, pero yo no sabía que era Elsa ¡Madre de Dios!*

—¿Desde cuándo saben que tiene una hija?

—*Desde hace muchos años, pero nunca se supo dónde estaba, la buscan para vengarse de él, espero que no la hayan encontrado, porque estáis en muy serios problemas por el Zorro.*

—¿Saben que ahora está conmigo? ¿Y quién soy?

—*No lo saben y ni les importa.*

—Algo podremos hacer para que a ella la dejen, ¿no?

—*Neal, conozco a los Yakuzza, son muy peligrosos.*

—Pues algo querrán más que a ella.

—*Sí, al Zorro muerto.*

—Entiende, que eso no se lo puedo dar, es el padre de ella.

—*Pues espera, que me informe bien y te digo tío, pero tener mucho cuidado.*

—Entérate que, si tengo que volver a robar lo hago, ¿vale?

—*Vale tío, tranquilo yo te informo.*

—Vale gracias tío, espero tu llamada.

Nos despedimos, me quedo muy pensativo, cuando se oye la puerta de la calle cuando se cierra.

ELSA

—Hola, ¿hay alguien? —digo entrando al salón.

—Sí, aquí amor.

Le veo sentado en el sofá, preocupado, pensativo.

—Hola, amor —contesto acercándome a darle un beso, le miro—. Y esa cara, ¿qué pasa?

—Hablé con Rukus. —Me mira muy serio.

Esa mirada significa problemas, la conozco muy bien.

—¿Qué te dijo? —pregunto preocupada.

—Que estamos en un gran problema —me dice seco.

—¡Qué! Y todo por Arjen, ¡será cabrón! —respondo cabreada.

—Saben que tu padre tenía una hija, pero nadie sabía quién era, ni

dónde estaba.

—Y ahora sí lo saben. —Le miro a los ojos.

—Sí, lo saben. Por mi culpa por haber encontrado a tu padre —contesta apretando el puño.

—No digas eso, amor, no es verdad. Fui yo la que hice ruido, en Ámsterdam, tú solo querías ayudarme.

—No lo tenía que haber hecho, tenía que haberlo dejado todo, tranquilo.

—¡No! Tú no tienes la culpa.

—Por ahora, hay una manera para que te dejen.

—¿Cuál? —Le abrazo.

—Y es que vean a tu padre muerto —me contesta abrazándome más fuerte contra él—. Le dije a Rukus que eso no, que yo haría lo que fuera, como si tengo que dar un golpe para ellos.

—¡No! Ni en broma amor —digo muy asustada—. Antes muerta a que robes.

No voy a permitirlo, tú no vas a volver a robar.

—Entonces, ¿qué hacemos nos escondemos de por vida? Joder Elsa, ese es el problema, que si quieren que lo haga para dejarte y no lo hago morimos los dos. Y no quiero que te pase nada. —Me mira.

—Ni yo a ti, pero no quiero que robes y menos por mí.

—Si lo tengo que hacer, lo haré —responde serio mirándome muy preocupado.

—¡No! Antes me voy con ellos, me oyes —digo temblando.

—¡Tú calla la boca! —me responde Neal muy enfadado—. No vas a ir con ellos.

—¡Cállate tú! Y sí que voy a ir, como tengas que robar, llama a Arjen que venga aquí ya, él nos ha metido en esto, que nos saque. —Neal me abraza—. ¡Llámalo ya!

—Vale, amor.

Veo que coge el móvil, le llama mientras no deja de abrazarme, yo no puedo dejar de temblar de rabia.

NEAL

Llamo sin pensarlo, está con un ataque de nervios, no quiero que se desmaye.

—*¿Sí?*

—Arjen, ven a casa ya.

—Ven aquí ya. —Elsa dice gritando mientras se aparta de mí.

—Ven, Arjen, ven rápido —digo como súplica de cómo la veo.

—*Sí, tranquilo, voy que no haga ninguna tontería, por favor.*

—Amor, ya viene, pero tú tranquila. ¿Vale?

Elsa va a la cocina y coge una botella de vino y se pone a beber, Yo voy a la cocina con ella.

—Tranquila, ¿cómo voy a estarlo cuándo quieres volver a robar y Arjen me ha jodido la vida?

—¿Y qué hago? Joder amor, lo hago por ti, para que no te pase nada, ¿vale? —Veo cómo le da un buen trago a la copa—. Dime, ¿qué cojones quieres que haga?

—Y si te encierran, te separan de mi o peor aún mueres —responde con tristeza.

—Amor, si me encierran, ¿sabes lo que tienes que hacer no?

—O voy contigo u olvídalo —habla rotunda.

—¿Qué vas a dónde?

—A robar —contesta mirándome.

¡QUÉÉÉ! ¿Se ha dado un golpe o algo?

—No es seguro que lo tenga que hacer, ¿vale? Partamos de esa base. Tú sabes que, si vienes conmigo, tendrás que hacerme caso en todo y sin rechistar, ¿vale?

—Tú júramelo, o voy contigo o hago que la mafia me coja, en tus manos está.

—Vale, pero harás lo que te diga, cuando te diga, pero igual no tengo que robar, ¿vale? No pienses en eso.

Ella bebe otro vaso.

—Vale.

—Amor, no bebas tan rápido.

La entiendo, pero no me gusta que beba y menos que esté mal.

—No te preocupes, no pasa nada, tranquilo.

—No me gusta que bebas tanto.

De repente, me suena el móvil, veo que es Rukus.

—Sí, dime tío.

—Tío esto es importante.

—¿El qué? ¿Solo le quieren ver muerto?

—La mafia sabe de Elsa y muy bien, quieren la corona de Inglaterra, para dejarla en paz o la cabeza del Zorro, dicen que el Zorro tiene que sufrir.

—¿Qué quieren qué? —digo medio gritando mientras abrazo a Elsa.

—La corona de Inglaterra.

—¡Tú sabes lo que significa eso!

—Sí, que es imposible.

—Claro que es imposible joder, ¿Para qué quiere la mafia la puta corona de Inglaterra?

—Pues no lo sé, pero seguiré investigando, lo averiguaré, pero tienes que estar tranquilo.

—¿Cómo pretendes que lo esté? Para ese golpe necesito, meses de planificación o puede que años.

—Lo sé, pero ponerse nervioso no sirve de nada.

—Vale, anda sigue investigando, a ver como planteo esto.

—*Tío, tranquilo. Yo estoy para lo que necesites.*

—Si tengo que dar el golpe os voy a necesitar a ti y a Mozzy.

—*Claro tío, eso está hecho. Si nos necesitas estaremos contigo, saluda a Elsa de mi parte.*

—De tu parte tío, adiós y cuídate. —Colgamos.

—No lo vas a hacer me oyes —responde mientras me mira.

—Dame la botella de vino —digo serio.

—No, es mía. —Veo cómo se bebe la copa—. Ves no hay y no lo vas a hacer me has entendido.

—No lo sé, ahora necesito alcohol y pensar —contesto muy serio.

De repente, llaman a la puerta.

—Abre tú, yo voy a por algo para beber.

Digo dirigiéndome a la cocina, Necesito algo fuerte.

Estamos jodidos.

27. Quieren la corona de Inglaterra

ELSA

Me dirijo a la puerta, miro por la mirilla, es Arjen, abro con desgana.

—Pasa.

Me voy al salón, me siento en el sofá y me termino lo que queda de botella.

—Heleen ¿Estás…?

—¡Quééé! —le digo—. Siéntate. Neal, viene ahora.

—Heleen, ¿estáis bien?

Cojonudamente.

—Muy bien, no me ves perfecta.

Arjen cierra la puerta, va al sofá. Se sienta a mi lado, esperando que vengan mientras Neal, que por lo que se oye, está en la cocina echándose una copa de whisky.

Me levanto y voy a la cocina, le veo tomando un buen trago.

—¿Quién es, Elsa? —pregunta seco.

—Arjen está en el salón —le quito el vaso y le doy un trago.

—Porque me quitas el vaso, no eres la única que necesita beber ¡vale!

Sin decirle nada me voy al salón con su vaso, el me sigue y por su cara sé que está bastante enfadado.

—Ya puedes hacer lo que sea, para quitarnos esté lío, todo esto es culpa tuya ¿se puede saber que les quitaste? —me encaro a Arjen.

Le miro furiosa, el alcohol ya me está subiendo, pero en menudo lío estamos por su culpa.

¡Joder!

La corona de Inglaterra ¡en serio!

—Arjen, ¿qué cojones has armado, cabrón? —le dice Neal

cabreado.

Le miramos los dos.

Habla no te calles, ¡uf!

Al cabo de unos segundos nos habla.

—Pues al cabecilla le gusta el arte y las cosas raras, le robe algo muy valioso de su colección —nos confiesa Arjen.

—Mira no me importa, ya puedes solucionarlo. —Miro mi copa vacía—. Voy a por una copa, que me estoy poniendo muy nerviosa.

Sin decir nada más los dejo a los dos en el salón, esto me supera no tengo ni idea qué hacer en este momento.

—Lo intente, Heleen, de verdad —dice Arjen triste mientras mira cómo me voy.

NEAL

—¿Qué quieren, Neal? —pregunta Arjen mirándome.

—¡Quieren la puta corona de Inglaterra! —le grito.

—¡Quééé! Pues sí qué está chunga la cosa.

—¿¡Chunga!? Qué huevazos tienes —le contesto apretando el puño —. Tú sabes que para un golpe así, necesitamos, años, dinero y gente.

—Ese golpe, es un suicidio, es imposible —responde Arjen.

¿En serio? Que listo eres hijo mío.

—Pues que hacemos, porque es la corona o que te vean muerto. Es irónico que tú digas que es imposible.

—Pues lo es, mira que lo he mirado. Eso sí, Heleen de aquí no se mueve, si vamos a Londres.

—¿Qué has mirado?

—Como robarla. Lo mire y te digo que es difícil —confiesa Arjen.

Ahora sí que me cago en todo, que el Zorro diga que es imposible. Sea como sea tengo que proteger a Elsa.

—Cuenta —respondo muy serio.

—¿Qué cuente qué? —dice Elsa mientras entra en el salón.

—Como hacer lo de la corona —la contesto Neal.

—Creo que hablo en chino, ¿verdad? —nos dice a los dos—. Qué no vas a hacer ese robo, seis veces que lo digo, es un suicidio y no voy a permitirlo.

—Pues yo aquí debo de ser el tonto, porque no veo otra forma, para solucionar esto.

Me levanto furioso y me voy a la cocina.

¡Aggg! lo hago por ti, joder.

ELSA

—Arjen soluciónalo porque te juro... antes me dejo coger, como se lo dije a Neal —digo mientras bebo un trago.

—¿Que te vas a qué? —pregunta Arjen muy serio—. Tú no vas a hacer eso, hija.

—Ya os oído, no pienso dejar que le pase nada —respondo muy sincera.

—Y te vas a suicidar —me dice Arjen mirándome, muy serio y enfadado.

—Por él, sí. Ya me dispararon una vez por él. Me da igual morir por él, si él va a estar a salvo.

Arjen se me queda mirando muy asustado y preocupado, pero de repente, se oye unos gritos desde la cocina. Yo pego un brinco, no me lo esperaba.

—¡Elsa, me cago en todo, tú no vas a hacer eso! —grita Neal.

—Sí —contesto mientras que Neal cabreado me agarra de los brazos—. ¿Qué haces?

—¡Qué cojones pasa! Que tú eres la única que decide, yo no pinto nada en esta relación —habla furioso apretándome los brazos.

—¡Me haces daño suéltame! —Le miro asustada.

—Neal, suéltala. —Arjen le mira desafiándolo.

—Respóndeme, Elsa —habla mientras me suelta—. ¿Yo pinto algo en esta relación?

—No pienso dejar que te ocurra nada.

Aún no se ha dado cuenta, que me moriría sin él. Tengo que pensar en algo.

—¿Y qué te piensas que yo si voy a dejar que te pase algo? ¿Qué te crees, que te voy a perder porque ese subnormal metiera la pata hace treinta años? —apunta a Arjen.

—¡Sí, es lo mejor para ti sí! —grito.

—Antes te mato yo, Arjen —contesta Neal mirándole—. Te juro, que te mato.

—Cállate, tú no vas a matar a nadie —respondo rotunda y furiosa.

—¿Por qué crees eso? —dice Neal muy furioso.

—Porque te conozco —le miro a los ojos.

—¿Qué me conoces?

Veo que se va del salón, al minuto regresa con la pistola de mi madre y apunta a Arjen. Cuando le veo apuntando me pongo a temblar, pero saco fuerzas y me pongo en medio de los dos, la verdad se ha dicha el alcohol, me ha dado ese valor.

—Te conozco muy bien Neal, antes me disparas a mí.

—¡Ahora le defiendes! —me grita.

—¡Nooo! Es por ti, no lo entiendes.

—¿Por mí? ¿Por qué?

¡Uff! porque eres todo para mí y no quiero que te pase nada.

—No quiero, que mates a nadie más. —Tiemblo mientras sigo viendo la pistola en sus manos.

—Pero no ves, que si lo mato se termina todo esto, además no hace tanto lo querías hacer tú.

—¡VAMOS, DISPARA, ¡VAMOSSS! —no dejo de temblar.

—Pues quítate del medio —responde sin dejar de apuntarme.

—¡Cállate! Y dispara vamos. —Tiemblo muchísimo.

—A ti, no te voy a disparar.

De repente, veo cómo Neal tira la pistola al suelo, yo me siento en el suelo sin poder de dejar de temblar.

—Necesito pensar —dice mientras se da la vuelta.

—¿Dónde vas? —pregunto asustada.

—No lo sé, no sé a dónde ir, ni qué hacer, ni nada. —Veo que se toca la cabeza.

Me levanto del suelo, cojo la botella de Whisky y salgo a la terraza sin decir nada.

NEAL

—Neal Tenemos que ir a Ámsterdam, los tres a mi casa —habla Arjen preocupado de lo que acaba de ver—. Allí dejamos a Heleen y nos vamos a Londres.

—Háblalo con Elsa, que por lo visto yo aquí no pinto nada.

—No digas eso, os entiendo a los dos, pero ella está mal. Mírala, no para de beber, no sabe lo que dice. Piensa un poco conmigo, ella conmigo ni hablara, tenemos que llevarla allí.

Le miro, algo hay que hacer.

—Ni a mí, no me hace ni puto caso, joder me da la sensación que en esta relación no pinto nada, diga lo que diga no está conforme con nada y todo está mal.

—Habla con ella, yo me voy a preparar las cosas y nos vamos en cuanto me digáis.

—Lo intentaré, Arjen.

Aunque no las tengo mucho conmigo.

Arjen se levanta y se va mientras salgo a la terraza con Elsa.

—Elsa, vas a seguir bebiendo mucho más.

—Toma. —Le doy la botella—. Conforme.

Cojo la botella, la estampo al suelo, mirándola furioso por la situación. Por supuesto el suelo se llena de cristales, pero me da igual ya las recogeré.

—¡Qué haces! —me contesta ella asustada mirándome.

—¿Qué quieres que pase lo de la última vez?

—No. —Elsa se calla.

—¿Qué quieres que hagamos? —pregunto.

—¿A qué te refieres? —me dice mirándome.

—A si pintamos el salón, ¿a que me voy a referir?

—No me vaciles, por favor. —Ella se levanta de la silla.

—¿A dónde vas? —pregunto muy serio.

—A recoger los cristales —me responde.

—Déjalos vamos hablar —la digo mirándola serio.

—Sí, sí hablemos —se sienta.

—¿Qué hacemos? —digo mirándola preocupado por ella.

—No lo sé, pero que robes no. No quiero perderte es que no lo entiendes verdad —contesta ella—. La corona es algo muy serio, Neal, no es ninguna tontería.

—Antes querías hacerlo conmigo, ahora me lo prohíbes y que te piensas que yo sí quiero perderte.

¡Uff! vamos, tengo que tener la cabeza fría para este asunto.

—No, pienso eso. —Mira al suelo.

—Pues tenemos un problema —digo serio mirándola.

—¿Por qué?

—Por qué si yo no te dejo entregarte y tú no me dejas dar el golpe ¿Qué hacemos?

Nena, ¿cómo voy a dejar que te entregues? ¡Por Dios!

—Hacemos lo que quieras, yo me callo y obedezco, quieres robar, roba.

—Solo quiero que estés segura —la digo sincero.

—Yo quiero que estés seguro tú. No lo entiendes, pero hacemos lo que quieras, dime qué hago y lo haré.

—Que me puede pasar a mí ¿Que vaya a la cárcel? ¡Joder! Pues me escapo y nos vamos a Cabo Verde, pero de qué me sirve que me digas eso si vas a estar enfadada conmigo.

—No, no, tranquilo. —Se levanta y se agarra a la silla—. ¡Uff!

—¿Qué pasa? ¿Estás bien? —pregunto muy preocupado mirándola.

—Nada, me da todo vueltas. Estoy bien tranquilo.

—Vamos, ven a la cama. —La agarro de la cintura y la llevo a la habitación, la ayudo a acostarse, la tapo y la doy un beso.

—Gracias, ya que me has dicho que no pintas nada, decide tú qué se hace —me contesta.

—No lo puedo decidir yo solo.

Te necesito, mi amor.

—Sí, ahora sí.

—Ya te lo dije muchas veces. En esta relación somo dos, ¿no?

—Pero aquí no nos pondremos de acuerdo y alguien tiene que ceder, y seré yo —me dice mirándome.

—Busquemos la mejor solución —contesto acariciándola la cara.

—Solución es que hay alguna.

—No lo sé, por eso digo buscarla, está claro que lo del robo es casi inviable y que no voy a dejarte morir.

—¿Morir? —Se altera.

—¿Que te piensas que te van a hacer si vas con ellos? —respondo serio

—Si es lo mejor, porque no.

—¡Cómo que es lo mejor que mueras! ¿Tú te escuchas?

—Por ti moría, Neal —contesta sincera mientras me mira.

—¡Y de qué cojones me sirve a mí eh explícamelo! —digo levantando la voz.

—Estar vivo y a salvo.

—Lo siento por lo que te voy a decir y como te lo voy a decir.

—¿El qué Neal?

—¿Qué eres estúpida o te diste algún golpe en la cabeza y te quedaste para ya?

—Sí, me di el golpe con el portal cuando me dejaron allí.

—Explícame eso de que sin ti viviría, mejor y a salvo.

—Que vivirías más tranquilo, mejor y a salvo —me responde.

—¿Piensas que sin ti estaría mejor?

Eso ha dolido Elsa y mucho.

—Sin problemas, si solo te traigo problemas.

—Pues... no sé qué hago en esta casa, si piensas eso.

—Pienso, que te traigo muchos problemas, nada más —me contesta apartando la vista de mí.

—Por eso yo aquí sobro, si mi propia pareja piensa eso... —lo digo en serio, si piensas esto, aunque me duela, desapareceré de tu lado.

—¿Entonces qué quieres, Neal?

—Lo que quiero es que pienses, porque si de verdad crees eso dímelo y me voy.

—¿Que te traigo muchos problemas? Es la verdad, si no mira, nos quieren matar una mafia, ¿te parece poco?

—Y cuando me quería matar El Escorpión —digo mirándola.

—Gracias a Dios, no pudo —responde temblando.

—Porque lo evitaste, que te piensas que yo no voy a evitar esto, que me voy a quedar con los brazos cruzados, ponte en mi lugar quieres.

—No soportaría perderte si te pasa algo —responde con lágrimas en los ojos.

—Joder Elsa, ¿qué pasaría si yo te perdiese a ti? Y yo no hice nada para evitarlo. ¿Dime que pasaría?

Te lo digo yo, que enloquecería.

—Qué estarías vivo ¡joder! Y nadie querría matarte.

—Pero sin ti estúpida, pero sin ti. Eso no sirve de nada y no soportaría perder... —digo con lágrimas en los ojos.

—Yo solo quiero que estés bien. Me callo, perdona, lo que creas que es lo mejor. Lo haremos.

—Y yo que lo estés tú, pero me lo pones muy difícil, joder a la mierda te pongas como te pongas nos vamos a Ámsterdam a casa de tu padre, ahí planeamos el golpe, Te guste o no es lo mejor para ti.

—¡Qué noooo! ¡A Ámsterdam no! Y menos con él, ¡joder!

—Es lo mejor. —Se calla y se tapa entera con la sabana—. Además, tu padre y yo, nos iremos a Londres a dar el golpe.

—¿Qué no pensáis llevarme? ¿Queréis encerrarme en Ámsterdam? —me habla destapándose y mirándome.

—Estando como estás ahora no. O te centras o te quedas en Ámsterdam, tú decides.

—De eso nada, no me dejéis en Ámsterdam, por favor.

—¿Te vas a centrar? Respóndeme por favor.

Dime que sí, por favor.

—Yo estoy centrada, no soy de porcelana.

—Joder. ¿Por qué te piensas que yo sí? Que cada paso que doy, voy a terminar otra vez dentro de la cárcel.

—Te entiendo, pero parece que tú a mí no. Te quiero, Neal.

—En que no te entiendo, que tú no quieres que me pase nada a mí, joder lo entiendo —digo abrazándola—. Te quiero más que nada. Elsa, no podría vivir sin ti.

—No sé ya ni lo que digo, tengo la cabeza que me explota, no sé ya nada.

Elsa se mete en la cama y se tapa, yo me quedo a su lado, por nada del mundo me separaré de ella.

ELSA

Veo que Neal va al armario, lo abre y aparta unas cosas y del fondo saca un maletín.

—Amor, siéntate en la cama, por favor. —Me mira.

Me siento.

—¿Qué pasa?

—Toma —responde dándome el maletín.

—¿¡Qué es esto!? —contesto sorprendida.

—Es por si algo sale mal, son identidades no rastreables, para que podamos empezar una vida nueva en Cabo Verde.

—¿¡Qué!? ¡Vaya!

—Te explico seriamos el Sr. y Sra. Morgan, casados hace cinco años. Tú eres Elizabet Morgan y yo Derek Morgan, nos casamos por lo civil en una íntima ceremonia.

—Si que lo tenías todo planeado. Elizabet Morgan, vale.

—No te creas —responde—. Cuando me enteré quién era tu padre, lo empecé a hacer.

—¿Por qué no me dijiste nada? —Miro las identidades.

—Porque no sabía que no lo fuéramos a necesitar. Ves aquí tienes: el carné de identidad, el pasaporte, carné de conducir, papeles de nacimiento. Los papeles de nuestra boda firmados por testigos y el libro de familia.

—¡Madre mía!

—Solo tenemos que poner las fotos con otro aspecto, el que nos guste y quedarnos así, por ejemplo. Yo me dejaría barba o perilla, cambiaría el corte de pelo y tú te podrías teñir, cortarte un poco el pelo —habla mientras me mira y me abraza.

—¿Vale? Eso lo haré me pondré pelirroja, me dejaré media melena y me alisaré el pelo.

—Perfecto ¿Y cómo te gustaría yo?

—Me iré a hacerlo lo antes posible mañana mismo —digo sin entender muy bien del todo esto.

—¡No! Amor, aún no —responde Neal sonriéndome.

—Entonces, ¿cuándo?

—Lo has de hacer en el último momento, para que nadie nos vea con el nuevo aspecto.

—Vale, hecho.

—¿Yo cómo te gustaría calvo a los Bruce Willis? ¿Con barba o perilla? ¿De castaño con otro peinado? —me pregunta mirándome con ternura.

—Castaño claro con perilla.

—¿Te gustaría así?

Me gustas de todas las formas.

—Sí. ¿Por qué?

—Por saberlo.

—Aunque sigo pensando que no me gusta lo que se va a hacer y menos que me dejéis apartada de todo. —Nos abrazamos y nos besamos.

—Aún no hay un plan, ¿vale? No sé si lo haré yo solo o juntaré un equipo.

Del cansancio y el alcohol, me quedo dormida en los brazos de Neal.

28. Buscando equipo

NEAL

Noto cómo Elsa se queda dormida en mis brazos, no dejo de abrazarla. No quiero estar en otra parte, solo quiero rodearla con mis brazos, sentir su calor, su olor. Tengo que llamar a Arjen, cojo el móvil y marco su teléfono. Hablaré bajito, no quiero despertar a Elsa.

—*¿Sí?*

—Arjen, son Neal.

—*¿Qué pasa, Neal? ¿Todo bien? ¿Cómo está Heleen? Estoy muy preocupado por ella.*

—Bien, ahora está durmiendo. Prepara todo para ir a tu casa de Ámsterdam.

—*¡Gracias a Dios! Estaba muy alterada. ¿Quiere ella ir?*

—No, pero lo hace por mí y si damos el golpe quiere participar.

—*¡Dios! Cómo te quiere, te adora. Se puso en medio para que no me disparas y va a Ámsterdam. ¡Qué! De eso nada, ella se queda en Ámsterdam.*

—No lo sé.

—*¿Qué no sabes, Neal?*

—Aún no tenemos un plan, no sé si lo haré solo o juntaré
un equipo.

—*Aunque pienses ir solo o con equipo, ella no va a ningún lado.*

—Dependerá del plan, que ella sea policía, podría ayudarnos.

—*¡Noooo! De ninguna manera, mi hija no irá a Londres.*

—Piensa, Arjen. Estando con nosotros va a estar más segura que en ninguna otra parte. Si está con nosotros en el golpe, ellos no nos van a hacer nada porque quieren la corona más que a ti.

—*¿Y si es una trampa y es justo lo que quieren?*

—No lo es, me informé bien y no es su estilo.

—*Bueno, ¿estás seguro, Neal? Estás hablando de mi hija.*

—Lo estoy, nunca la metería en peligro. ¡Joder a ella no!

—*Es tu última palabra, que vaya ella al golpe.*

—¡Qué aún no lo sé, no tenemos un plan! ¡Dios! ¿Tu inactividad, te sienta mal o qué?

—*¿Sabes que como nos pillen, ella será quitada de la policía y la meterán en la cárcel? Joder, pero hay que pensar todo.*

—Si la meten en la cárcel, la ayudo a escapar y nos fugamos, si me meten a mí, me escapo y nos fugamos. Lo tengo todo pensado.

—*¿Te crees que es tan fácil?* —dice riéndose.

—Ya me escapé de la cárcel una vez y sin tenerlo planeado, tarde dos días.

—*Bueno tú mismo, lo espero por tu bien, porque estás hablando de mi hija.*

—De eso no te preocupes, que lo tengo todo pensado. Tú prepara la casa, ayúdame a planear el golpe y si necesitamos un equipo, tenemos que buscar a los mejores.

—*Claro que sí. ¿Cuándo quieres que nos vayamos a Ámsterdam?*

—Lo antes posible, cuanto antes empecemos, antes acabaremos.

—*Yo puedo tenerlo todo mañana, por la mañana.*

—Voy a llamar a Mozzy, para que nos ayude a planearlo, ¿vale?

—*¿Mozzy?*

—Sí, ¿no me digas qué no te acuerdas?

—*Claro que sí, para olvidarlo.*

—¿Se te ocurre alguien mejor para planearlo y ejecutarlo?

—*¡Mm! No, no. Es bueno, me parece bien.*

—Pues voy a llamarle para que se prepare. Cuando estemos listos, te llamo.

—*Vale, como quieras, aunque antes me gustaría poder hablarlo los tres a solas. Espero tu llamada.*

Miro a Elsa, la veo cómo duerme. La acaricio la cara, la abrazo y beso su frente, pero ella se mueve en mis brazos. Con el móvil en la mano, llamo a Mozzy, sin dejar de mirarla.

—*¿Sí?*

—Mozzy, soy Neal.

—*Dime, hermano, ¿qué sucede?*

—Tengo un trabajito.

—*¡Ah, sí! ¿De qué se trata, hermano?*

—De la corona de Inglaterra.

—*¡Quééé tío! Eso es la hostia, pero está supervigilada.*

—Por eso te llamo, además tendremos ayuda del mejor.

—*¡No jodas! ¿Y eso? ¿Por qué la corona? ¿Qué dice tu madera? ¿Lo sabe?*

—Para los Yakuza, para que no la maten por culpa de su padre y

no está demasiado conforme.

—*¿Quieres que me meta en la boca del lobo por ella? ¿Estás loco o qué? ¿Qué me importa que la maten los Yakuza?*

—Mozzy, si la matan a ella, me matan a mí también, ¿entendido? Además, ella se va a meter con nosotros.

—*¡Encima estará con nosotros, estás loco, pero Neal es un suicidio!*

—Joder, ¿crees que no lo sé? Pero si estamos los mejores, puede que salga bien tú, el Zorro Nocturno y yo.

—*¡Dios! Es una locura, pero por ti lo haré, aunque la madera que se quede en casa, es un estorbo.*

—Ella va a mantener a la pasma alejada el tiempo necesario, hay que aprovechar que es de la poli, para que los aleje, ¿no?

—*Como nos traicione, la mato lo sabes, ¿no?*

—¿Piensas que me va a traicionar a mí?

—*Espero que no Neal.*

—No tío, me quiere demasiado fíate de mí.

—*Espero que sea así porque la tenemos jodida y confío en ti, ¿lo sabes?*

—Prepárate para ir a Ámsterdam a casa del Zorro Nocturno, cuando te llame, ¿vale?

—*¡Dios! ¿A casa del Zorro? Madre mía. ¿Vale? Espero tu llamada.*

—Sí, va a trabajar con nosotros, va a salir de su retiro, por su hija y por mí.

—*Espera, espera, ¿la madera es hija del Zorro Nocturno? Nnooooo Dios mío! Bueno hermano, espero tu llamada.*

—Sí, ya te lo contaré otro día. ¿Puedes llevar mi equipo, que está en uno de tus almacenes?

—*Sí, iré a por él y me pondré a estudiar, enseguida el golpe.*

—Y el de Alex, por favor.

—*¿También quieres el de Alex? ¿Seguro?*

—Sí, por si acaso y lleva el tuyo.

—*Sí, sí, llevaré los tres, tranquilo.*

—Hazme un favor, no le digas a Elsa que el equipo es de Alex, di que lo pillé para ella.

—*Pero ¿por qué mentirla? Está bien, le diré que lo pillé para ella, tranquilo.*

—Porque no le hará gracia enterarse, que era de mi prometida, vete preparándolo todo, te llamo adiós.

—*De acuerdo, me pondré enseguida, adiós.*

Al colgar, miro a Elsa cómo duerme, la verdad es que está preciosa. Me mata que piense que aún amo a Alex, en cierto modo así es, pero nunca he sentido esto por nadie. Bueno sí, con la persona que tengo en mis brazos.

Con pesar me separo, porque no me quiero separarme de ella, me levanto sin hacer ruido. Saco las maletas, guardo ropa, aunque no sé

exactamente para cuánto tiempo, así que meto de todo un poco. Miro de vez en cuando a Elsa, la veo moverse y al rato la oigo que se despierta, la miro.

—¡Mmm! —Se estira, al hacerlo se levanta un poco la camiseta, deja ver un poco de su costado. Tiene el pelo revuelto, pero es la imagen más bonita que veo desde hace mucho tiempo, abre los ojos.

—Dormiste bien, mi pequeña bebedora —Cierro la maleta, me acerco a ella, me tumbo a su lado y la beso.

Eres preciosa en todos los sentidos.

—¡Dios! Cómo me duele la cabeza —dice tocándose la cabeza.

—Normal. —Le doy un beso—. Es que anoche bebiste demasiado, puedo entenderlo esto nos supera a los dos, pero lo que tengo claro que dónde tú vas, yo voy detrás.

—¿Qué ha pasado? No me acuerdo de nada. ¡Dios! —Se vuelve a tocar la cabeza, pero de repente, me mira asustada, la sonrío como diciendo: *«está todo bien»*—. ¿Estás bien? No te pegué, ¿no? —Me mira de arriba abajo, yo hago el gesto para que me vea que estoy bien. Me arrimo y la abrazo.

—Discutiste con tu padre y conmigo. —Baja la cabeza, mira al suelo, avergonzada. Se la levanto para que me mire, sé que no le va a gustar oír esto, pero tengo que decírselo—. Quise disparar a tu padre y te pusiste en medio, tuvimos una buena discusión.

—¡Cómo! ¿Cómo es que no me acuerdo de nada, no lo hiciste no? —Está completamente asustada.

—No me dejaste, también me dijiste que ibas a aceptar lo que yo decidiera para salir de este problema. ¿Cómo te vas a acordar si te tomaste una botella entera de vino y media de whisky?

—Si dije eso lo haré. ¿Dime qué vamos a hacer?

—Vamos a ir a casa de tu padre a Ámsterdam, para planear al golpe, tu padre va a salir de su retiro por nosotros, además Mozzy y Rukus nos van a ayudar.

—De acuerdo, haré lo que me pidas. ¿Vale?

La veo sincera, sé que nunca me va a fallar, ni nada parecido, sigo pensando que si está con nosotros no la pasará nada, porque no se van a atrever hacerlo con todos nosotros protegiéndola, bueno todos no sé yo, espero que Mozzy cambie de opinión con ella y empiece a tenerla cariño.

—¿Te acuerdas lo que te expliqué, si algo salía mal? Lo de las identidades.

Espero que haya estado atenta, porque es importante que esto lo tenga muy claro. Puede pasar cualquier cosa mal y debemos tener un plan B por si las moscas.

—Elizabeth y Derek, eso sí me acuerdo.

—Bien, pues mañana nos vamos a Ámsterdam con tu padre.

—La abrazo.

Siempre juntos nena, siempre juntos.

—¿Y Edimburgo? ¿Qué pasa con eso? —me dice mirándome.

En serio me saltas con eso, lo más importante es que estés a salvo.

—Creo que esto más importante que lo de Edimburgo. ¿No?

No puedo pensar en otra cosa que en ponerte a salvo, esa es mi única prioridad ahora. Cada vez me sorprende más esta chica, es una caja de sorpresas, piensa más en mí que en ella misma, pero lo que no sabe es que a mí me pasa lo mismo. Solo quiero que esté bien, lo demás no me importa una mierda.

—Sí, claro, lo siento por meterte en esto. —Noto tristeza en su voz, cómo tiembla de rabia. Te juro porque necesitamos a Arjen si no ya le hubiera matado, pero sé que Elsa está protegida con él por eso mismo me trago mi orgullo y nos vamos con él.

—Pero cuando acabe esto iremos, apagamos los móviles y solo estaremos tú y yo. —Me mira con algo de brillo en los ojos, sonríe, sé que eso le gusta y yo se lo daré sin pensarlo.

—Vale, amor. —Se levanta—. Ya que mañana nos vamos, voy a hacer la maleta.

—Está hecha —le contesto pensativo, creo que debemos hacernos esta promesa, ser lo mejor.

—Gracias, amor. Eres demasiado bueno conmigo. —La miro y cojo sus manos.

—Amor, ¿puedo pedirte un favor? —No la suelto de las manos, respiro hondo.

—Claro, dime. —Está nerviosa, supongo que es porque no sabe qué le voy a decir, no voy a hacerla más sufrir.

—En Ámsterdam no quiero discutir contigo, ni que lo hagas con tu padre, ¿vale? Que si andamos discutiendo no podremos planear bien el golpe.

—Claro, si no nos vamos a volver todos locos y debemos tener la cabeza fría, porque el robo no es ninguna tontería. Pero... eso no te lo puedo prometer, solo que lo intentaré. —La abrazo, nos miramos—. ¿Qué ocurre?

—Amor, solo es por eso sabes que te quiero verdad, y que solo quiero lo mejor para ti. —La acaricio la cara con ternura, ella sonríe al notar mi mano y cierra los ojos. Sé que es duro pero juntos lo superaremos, eso lo tengo muy claro.

—Lo sé, pero tú entiendes que lo mejor para mí, eres tú —dice abrazándome fuerte, yo la sigo el abrazo.

—Lo sé, mi amor y tú eres lo mejor para mí. No me gusta tener que hacer esto, pero es lo mejor para los dos. —Le he dado muchas vueltas y no encuentro otra cosa mejor, perdóname porque sé que no quieres ir.

—Ni a mí, pero si tú dices que es lo mejor, ¿vale?

Sé que está preocupada, yo también. Donde nos vamos a meter, no es un juego de niños. Podemos tener muchísimos problemas y lo que menos quiero es que los tenga ella, por eso haré lo posible para poder evitarlo.

—Además, no olvides que soy el mejor en lo mío —contesto para quitar hierro al asunto, estamos estresados y deberíamos relajarnos un poco.

—No lo olvido. —Me sonríe, que me da un vuelco el corazón. Ahora deberíamos descansar porque tenemos tiempo y no sé cuánto vamos a estar ocupados con el asunto del robo.

—Mañana nos marchamos, ¿qué te parece si hoy nos olvidamos de esto y nos pasamos abrazados todo el día? —La miro con mucho amor, cojamos fuerzas, que lo necesitamos y lo principal de todo es que desconectamos, por lo menos hoy.

—Buena idea, mi amor. —Se acurruca en mi pecho, la beso en la cabeza.

Me acomodo en la cama, estaremos mucho más cómodos. Ojalá el tiempo se pare ahora mismo, estar así los dos, es un sueño. Así que disfrutemos de estos momentos, que no sé cuándo volveremos a estar así.

—¿Sabes lo que me estoy imaginando? —digo pícaro.

Cuando me dijo que se pondría de pelirroja, casi me da un soponcio. Porque es cierto, que he estado con muchas mujeres, pero siempre he tenido debilidad con las pelirrojas. Por supuesto Elsa no sabe que Alex era pelirroja y no tengo muy claro que le vaya a hacer mucha gracia. Por si las moscas me callo, no vaya ser que por listo me llevo unas cuantas broncas sin yo buscarlo.

—¿El qué, mi amor?

—Lo guapísima que vas a estar de pelirroja —respondo con cara de alegría, estoy deseando verla de pelirroja. ¡Uf! debe de estar de pan y moja, y es mía solo mía. Joder.

—¡Pelirroja! —Me mira cómo diciendo: *«tú flipas en colores chaval»*—. Pues nena, ahora que me lo has dicho deseo verte de pelirroja.

—¿No te acuerdas que vamos a cambiar el aspecto? Dijiste que te ibas a poner de pelirroja dejarte media melena y alisarte el pelo.

—¿En serio dije eso? ¡Madre mía!

—Y yo de castaño claro y con perilla. —Estaré raro, pero me dijo que estaría guapo, a ver si con el alcohol se le piró. Me río.

—Estarás guapo —me responde.

—¡Mmm! Tú sí que lo estarás, además con lo que me gustan las pelirrojas, si la pelirroja eres tú, no se me ocurre nada mejor.

—¡Ah, sí! ¡Qué pillín eres! —Se ríe a carcajadas y eso me encanta.

—Por fin lo logré. —La arrimo a mí feliz, de verla reír, estos últimos días ha reído muy poco y lo echaba de menos, esa risa cuando arruga esa nariz.

—¿El qué lograste, amor? —Me mira algo confundida.

—El que te rías, me encanta verte reír. Estás preciosa. —La beso.

—Gracias, pero te puedo decir una cosa —dice mirándome.

—Dime, amor. Lo que quieras. —La miro cariñoso y sincero.

—Tengo miedo por ti y los Yakuza.

Su preocupación es notable, desde que la conozco, la verdad nunca la vi así de nerviosa. La verdad que yo también estoy cagado porque nos enfrentemos a la puta mafia más violenta del mundo. Claro, no soy de piedra, no tengo miedo de que me pase nada, no eso no, tengo pánico que la hagan daño, ese es mi terror, porque no soportaría perderla. Sé que si la pierdo enloquecería, con Alex me pasó y casi pierdo la cordura, pero con Elsa sé que no lo soportaría, me volvería completamente loco.

—No tengas miedo, amor. Dando el golpe estaremos seguros. —Intento tranquilizarla.

—Tú no tienes miedo. ¿Lo dices en serio?

—Claro que tengo miedo, amor. No soy de hielo, pero me calma que lo que tengo que hacer, es lo que mejor se me da, voy a estar rodeado de los mejores. —Ella me abraza fuerte—. Tú tranquila, ¿vale? Vas a ver en acción a los dos mejores ladrones del mundo de todos los tiempos.

—¿Me vas a llevar? —me pregunta.

Aunque sé que eso la destrozara, porque es policía y va a hacer algo que no está en su naturaleza, creo que es lo mejor, así la tenemos vigilada. No me fio que los Yakuza, no intenten algo contra ella si la dejamos en Ámsterdam, así que se viene sí o sí, aunque me tengo que enfrentar al capullo de su padre o al mismísimo diablo.

—Si te necesito, está claro que solo no puedo hacerlo, necesito un equipo y no uno cualquiera, sino el mejor.

—Dejemos de hablar de eso, por favor, solo quiero que el tiempo se pare y estar siempre en tus brazos.

Por supuesto nena.

La beso.

ELSA

Me abraza aún más fuerte, tengo tanto miedo, la verdad no sé ni que hacer, ni qué pensar. Me digo una y otra vez, es la corona de Inglaterra y voy a ayudar a robarla. ¡Dios mío! ¿En serio? Soy policía, qué lío tengo en la cabeza. ¿Qué pensaría mi padre de todo esto? Le voy a decepcionar seguro, porque por él me hice policía y mírame ahora. ¿Cómo me ha podido cambiar la vida tanto? Pero estar aquí en

brazos de Neal me calma. Lo único que quiero que este hombre esté a salvo.

También sé que como nos pillen, nos meteremos en serios problemas, no será tan fácil huir como dice Neal, pero no pienso decírselo, ahora tiene que estar 100 % concentrado para robar la dichosa corona.

Pero estar mano a mano con mi… Arjen, debo tener paciencia no quiero perjudicar a Neal, es cierto que me gustaría ahora mismo ver encerrado al Zorro Nocturno, no sé si algún día podré perdonarlo. Neal me habla y vuelvo a la realidad, le miro y le sonrío.

—Sí, hoy solo nosotros y nuestro amor. —Me abraza fuerte—. Te quiero, amor. Me gustas muchísimo y me encanta estar así contigo.

—Y yo te quiero a ti, mi amor. Me encanta que me abraces. —Al decir eso me arrima más a él, como si pensara que me voy a escapar.

—Te abrazaré siempre que quieras y cuando no, también.

—Sí, por favor —digo con voz preocupada.

Se ha convertido en mi mundo, no podría estar sin él.

—No te preocupes, nada me separará de ti. —Nos besamos sellando esta promesa, la que siempre estaremos juntos.

—Eso espero, es el temor que tengo que no estés conmigo.

—¿Cuándo te fallé y no cumplí una promesa contigo, amor? —me pregunta para tranquilizarme, pero le noto algo de preocupación, porque siento lo mismo que él, en el fondo sabemos que es muy difícil, robar la corona.

—Nunca, amor.

—Por eso no te preocupes, tú solo piensa una cosa.

—¿El qué, amor? —me dice con esa mirada picarona, esos hoyuelos que se le hace cuando sonríe y mirándome de arriba abajo.

—Que cuando acabe todo esto, voy a cumplir todas tus fantasías sexuales, sean las que sean —contesta mientras me acaricia la espalda, sin dejar de mirarme y noto cómo sus ojos se oscurecen de pasión.

—¡Madre mía! —Le beso con ternura.

—¡Qué leches! Dime ahora una fantasía y la hacemos. —Me muerde el cuello, sabe perfectamente que es uno de mis puntos débiles y que no me podré resistir a él.

—Ahora quiero ser tuya en todos los sentidos —respondo mordiéndome el labio, noto cómo me mira el labio y se le oscurecen más los ojos de deseo.

—Explícate, amor. —Me besa.

—Pues que hagas conmigo, lo que quieras soy tuya.

—¡Mmm! ¿Te puedo pedir lo que quiera? —Asiento con la cabeza sin decir nada y le beso.

—¿Pero eso sería más fantasía mía que tuya?

—A mí me vale, amor. Si tú disfrutas, yo disfruto. —Con él muy

difícil el no disfrutar, me conoce muy bien y me vuelve loca, no controlo.

—Tú tienes que pedirme a mí lo que quieras. —Se acerca a mi oído y me susurra.

—Quiero que me ates, que me hagas lo que quieras, ser tuya —le hablo al oído, de repente, le muerdo la oreja, noto cómo se retuerce y emite como un pequeño gemido.

¡Uf, música para mis oídos!

—Qué picarona eres, ¿eh? —Me besa.

—¿No has dicho que diga? —Le saco la lengua.

—Sí, sí. —Neal se levanta de la cama, coge dos camisetas, me las enseña sonriente y juguetón.

—¿Entonces? —Le miro con placer.

¡Ufff! Sí, amor sí.

—¿Tú qué crees? —dice enseñándome las camisetas y acercándose a mí.

—No lo sé, dímelo tú. —Sigo su juego, mordiéndome el labio.

—Dame una mano, amor —me pide mirándome, le doy la mano y me ata con la camiseta la mano al cabecero de la cama, le miró y le sonrío—. Lo vas imaginando.

—Sí, la verdad que sí y me gusta. ¿Y a ti?

Qué calor me está dando, solo de pensar en estar así con él.

—Claro —responde mientras me ata la otra mano, me besa y se levanta—. ¡Mmm! ¿Ahora puedo hacer lo que quiera no y tú no podrás hacer nada?

—Lo que quieras, estoy en tus manos y no, no podré hacer nada. —Hago el amago como desatarme, le miro con mucho deseo, quiero sentir su cuerpo.

—Pues me voy a buscar a la camarera de ayer —contesta apartándose de mí.

¿En serio? Muy bien, yo también sé jugar.

—Pásalo bien, adiós —responde con voz juguetona, él me mira levanto una ceja.

—¿No me crees capaz? —pregunta mirándome, lo hace de arriba abajo, se para en mis manos se fija cómo estoy atada y poco a poco su deseo crece.

—La verdad sí, me creo que te vayas con ella.

—No voy a ser malo y me quedo contigo. —Se acerca a mí, le miro.

—No, no. Vete, anda corre. —Le pico, por lo que veo le cambia la cara, no sé por qué me da que he ganado la batalla por ahora.

—Deja ya la broma, amor. Sabes que te prefiero a ti —responde pegándose a mí y empieza comerme la boca.

—Lo sé, bobo. —Le sonrío. De repente, Neal se pone a bailar—.

¡Mmm! Qué bien lo haces.

Neal se quita poco a poco la camiseta, la lanza a mi lado, se gira dándome la espalda y se empieza a bajar los pantalones.

¡Qué culo! ¡Uf! Tiene un cuerpo perfecto y es solo mío.

—¿Te gusta? —Neal se quita los pantalones, hace el amago de enseñarme en culo.

—Mucho, me encanta. ¡Qué malo eres! —Le miro de arriba abajo, nunca me cansaré de verlo.

Él mueve el culo y muy lentamente se baja el calzoncillo, se lo tapa con una mano mirándome con deseo. Me remuevo en la cama, esa escena me está levantando un calor, ¡uf!

—Eh, déjame verlo malo —protesto.

—No, no. —Le da una patada al calzoncillo, con la otra mano se tapa el miembro y se da la vuelta.

—¡Mmm! Vaya, sí que eres malo. —Le miro mordiéndome el labio.

Él mirándome se tapa el miembro con las dos manos. Se acerca a mí se pone de pie en la cama, le miro, le sonrío. Entonces, él se agacha acercándomela a mi boca, la tengo a pocos centímetros, la miro embobada y se separa.

NEAL

¡Dios! En serio, verla así atada en la cama, dispuesta para mí. Es un sueño tener a esta diosa para mí solo, es verla y no controlo, la haría de todo, hasta que olvidara su apellido.

—Que rica me das —me habla mirándome y mordiéndose el labio.

Nena, para. Sabes que eso me descontrola.

Se pone tan sexy cuando se muerde el labio que, ¡uf!

—¿Qué quieres hacer con ella? —pregunto quitándome las manos de mi miembro, ella le da un lametón—. ¿Solo vas a darme un lametón? Pues me voy, ¡eh!

Ella para y me mira a los ojos. Sigo de rodillas y acerco mi miembro aún un poco más a su boca. Noto cómo su boca encaja perfectamente, dejo de controlar por la visión que tengo. Desnudos y bueno dejándonos llevar por nuestra imaginación. Lo único que sé es que Elsa acaba gritando mi nombre y yo el de ella. Nunca me había descontrolado tanto, he dejado llevar mi imaginación, tener tanto poder en ella, es algo increíble. Definitivamente es la mujer de mis sueños.

Nos ha sentado de maravilla el relajarnos, ahora veremos las cosas de otra forma, la tengo en mis brazos y lo adoro.

—Me voy a la ducha, ¿te vienes? —me pregunta mirándome.

—Claro, ¿lo dudas?

—Claro que no, ven —dice mientras ella se dirige al cuarto de baño.

Entramos en la ducha, cojo la alcachofa, la mojo, la enjabono todo el cuerpo, lo hago despacio recreándome en el. Ella hace lo mismo conmigo. Cuando estamos los dos aclarados, nos besamos y salimos de la ducha, nos secamos el cuerpo mutuamente.

Ella se pone una camiseta mía con un tanga, yo me pongo un pantalón corto con el bóxer, salimos y vamos al salón.

—Tengo hambre. ¿Y tú amor? —me dice peinándose el pelo, ese pelo largo y sedoso.

Me encanta.

—También —le respondo pasándome yo también las manos por el pelo, el estómago me ruge.

¡Qué hambre joder!

—¿Quieres que haga una tortilla de patata? Se me ha antojado.

¡Dios sí!

Me relamo los labios, ahora que lo dice quiero hincar ese diente a esa tortilla.

—¡Sí! —respondo feliz.

Ella se va a la cocina, la sigo, veo cómo empieza a pelar patatas, mientras canta y baila. No puedo dejar de mirarla, se la ve ahora mismo tan feliz, eso me hace el hombre más afortunado, porque un poquito es por mi culpa y eso me encanta. Tengo que preparar alguna sorpresa, llevarla algún lugar. ¡Joder, para poder estar tranquilos de una puta vez!

—¿Te ayudo? —le digo mientras miro cómo mueve ese cuerpo de escándalo.

—No, tranquilo.

No deja de bailar mientras pone las patatas a freír, bate los huevos y por alguna razón que no entiendo, se pone a cantar *«Recuérdame de Pablo Alborán»* y baila como nunca la había visto. Joder y todo esto porque la hago feliz, no me lo merezco para nada, es lo mejor que me ha pasado. La adoro, pero precisamente esa canción.

¿Acaso sigue pensando en lo que le dije de Alex?

♪ Recuérdame
Ahora que ya decidiste ir con él
Que sea lo que deba ser
Aunque a mí me toque perder
Recuérdame
Ahora que tu piel ya se fundió con su piel
Su mundo gira en torno a ti
Y tú no piensas volver ♪

—Me encanta verte bailar. —Sigue cocinando, se gira y me besa.

—Gracias —dice sonriendo y cantando.

—Hacía tiempo que no te veía tan feliz.

Elsa termina de hacer la tortilla de patatas mientras yo pongo la

mesa, una vez que estamos los dos sentados, corto la tortilla y le doy un trozo a Elsa.

¡Dios, adoro su tortilla!

Terminamos de comer, riendo, hablando, ella se levanta y recoge, entonces me suena el móvil y veo en la pantalla que es Arjen.

—¿Sí?

—*Neal soy Arjen, está ya todo listo.*

—Vale, nosotros también.

—*Mañana a las 10:00, os van a buscar.*

—Vale, ya hablé con Mozzy.

—*Entonces, mañana nos vemos en el avión.*

—¿Pero no nos venias a buscar?

—*Yo no iré a buscaros, va uno de confianza, yo mejor os veo allí.* —De repente, Arjen oye cantar a Elsa—. *Oye, ¿esa es Heleen?*

—Sí, ¿por qué?

—*No nada, me alegra oírla cantar, eso es todo, me recuerda a su madre.*

—¿Rachel también cantaba?

—*Sí, cuando estaba contenta y feliz, lo hacía también mientras cocinaba. ¡Ah! Y bailaba.*

—¿Quieres que se lo diga?

—*No, no, déjalo así, solo me ha encantado oírla.*

—Vale, como quieras, Arjen.

—*Mañana a las 10:00, ¿vale? Os dejo que tengo que hacer cosas.*

—Oye, ¿a quién vas a mandar mañana? Que no me gustaría que Elsa se pusiera nerviosa, ¿vas a mandar al Ruso?

—*Sí, al Ruso, pero si no quieres mando a otro.*

—Sí, mándalo, pero dile que se comporte, no como la última vez que no quiero tener que llamar a Rukus, que le ponga las pilas.

—*Se lo diré, tranquilo.*

—Otra cosa ¿montamos la operación entera en tu casa no? ¿Y de ahí partimos?

—*Sí, sí, mejor allí con las cosas claras.*

—Vale, porque tengo que decirle a Mozzy el lugar de reunión, para planear el golpe los tres y ver qué equipo reunimos, porque yo solo no podré hacerlo.

—*Lo sé, lo sé, en mi casa todos y lo hablamos.*

—Vale, ahora que no me oye Elsa, me gusta la idea de verte en acción la verdad, eres una leyenda.

—*La verdad, lo echaba de menos, pero a Heleen ni palabra, que nos come.*

—Yo también lo echaba de menos, cada vez que entro en algún sitio, miro la situación de las cámaras y todo. Te dejo nos vemos mañana, Arjen.

—*Vale, nos vemos en el avión.*

Elsa está terminando de fregar. Cuando voy a la cocina, la abrazo por detrás.

—Ya está todo listo, amor. Mañana nos vamos a Ámsterdam, nos vienen a buscar el Ruso y veremos a tu padre en el avión.

—Vale, pues mañana a Ámsterdam.

—Sí, amor. Vamos a la cama que a las diez nos vienen a buscar —hablo mirándola.

—Sí, vamos, amor. —Veo cómo bosteza, después del ejercicio que hemos hecho, la verdad que yo también.

Nos tumbamos los dos abrazados en la cama, enseguida nos dormimos, lo hacemos durante toda la noche. Cuando suena el despertador.

¡Maldito despertador!

Abro los ojos y veo que son las 9:00 de la mañana, apago el despertador. La miro dormir tranquila, feliz. Da pena despertarla, pero tenemos que irnos.

—Amor, ya es la hora, despierta. —La beso dulce para despertarla. Bueno, también porque esos labios me llamaban, todo sea dicho. Sí, vale, es mi droga. ¿Qué le vamos a hacer? No puedo evitarlo.

—¡Mmm! Un poco más —se queja.

—No vida, tenemos que irnos. —Se gira para el otro lado y abre los ojos.

—¡Jooo, con lo a gusto que estoy! —Se estira y la beso.

—Lo sé, cariño, pero es lo que toca. —La vuelvo a besar.

—¡Mmm! Sí, vamos.

Nos levantamos de la cama, cojo la ropa que tenía preparada para los dos y se la doy.

—Toma vístete, que vamos a desayunar para marcharnos.

—Sí. —Coge la ropa, se acerca a mí y me da un beso cariñoso.

Nos vestimos cómodos, porque nos espera un viaje largo, bajamos a desayunar y justo terminamos de recoger, llaman a la puerta. Miro el reloj y son las 10:00.

¡Joder que puntual!

ELSA

—Abro yo, amor —responde y se acerca a la puerta—. ¿Sí? ¿Quién es?

—Soy el Ruso, ¿estáis listos? —Cuando abro le noto muy serio, pero paso de él.

—Sí, ya salimos —le digo con indiferencia.

—Amor, ¿estás listo ya? —pregunto a Neal.

—Sí, sí, voy. —Coge las maletas y se pone a mi lado.

—Trae que cojo una, amor.

Cojo una maleta mientras cierra la puerta. Un tío enorme mete las maletas en maletero.

NEAL

Mientras mete el tío enorme las maletas, me acerco al Ruso a solas, apartándome un poco de Elsa.

—¿Te dijo el Zorro, lo que pasaría si te comportas como la última vez? —pregunto serio.

Esta vez no tendrás tanta suerte, capullo.

—Sí, sí, ya me dijo, pero como haga algo raro no respondo —me contesta mirándome—. Es poli y no me gusta.

—Es la hija de él y mi novia, no creo que te atrevas a hacer nada —digo amenazándolo, sin dejar de mirarlo.

¿Cree que me va a intimidar? ¡Unas narices!

—Si no digo nada, tranquilo —responde asustado, apartando la vista de mí.

Así me gusta chaval, porque acabaría contigo sin dudarlo, como la hagas algo.

—Vale, vale —contesto girándome y yendo al coche donde me espera Elsa.

Espero que, a este cabeza de chorlito, le haya entrado en esa cabeza que tiene, porque no se lo repetiré. Elsa está bajo mi protección, vale es verdad también de Arjen.

29. Pensando el golpe

ELSA

Llegamos al aeropuerto, en todo el viaje no dejo de pensar qué le habrá dicho Neal al Ruso. Veo a Arjen que nos espera delante de su avión privado. Subimos los tres y nos sentamos. Neal y yo juntos y Arjen enfrente de nosotros. Yo evito el mirarlo, para eso hago que miro por la ventanilla.

—Hola, chicos —nos saluda amable y por lo que le noto en la voz feliz. Desde que le conozco nunca he oído así su voz, no sé a lo mejor está cambiando. Tengo que seguir el consejo de John, debo preguntar por mi madre, quiero saber cosas de ella.

—Hola, Arjen —saluda Neal.

—Hola —digo un poco seca.

Venga, piensa en lo que te dijo John, poco a poco.

—¿Qué tal, Heleen? —Le miro a los ojos cuando me pregunta, me quedo sorprendida al ver su mirada es dulce, cariñosa.

¿Acaso todo lo que me dijo puede ser verdad?

De momento lo que voy a hacer es conocer a Rachel *«mi madre».*

—Bien —respondo algo más dulce, aunque no se me olvida que estamos así por su culpa.

—Me alegro. ¿Quieres que te cuente cosas de tu madre o prefieres no hablar? —Aprieto la mano de Neal.

—Gracias, me gustaría saber de mi madre. —Neal me aprieta suave la mano, como diciendo aquí estoy a tu lado.

—Vale. ¿Quieres que te cuente cómo nos conocimos?

—Sí —contesto mientras me acomodo en el asiento, le miro y le veo los ojos cómo le brillan. Se nota que quiso muchísimo a mi madre, pero de mí tengo mis dudas aún. Le sonrío y empieza a relatar.

—Era un martes las 7:00 de la mañana, yo estaba sentado en una

cafetería, enfrente de una joyería que iba a robar. Llegó ella y pidió un café con una nube de leche y poca azúcar. No me atreví a decirle nada, estuve viéndola casi una semana. Un día ella estaba sentada sola sin nada, le pedí el café cómo le gustaba, se lo di le pregunté si me podía sentar con ella.

—¿Qué te dijo? —Estoy intrigada por la historia.

—Que sí, que llevaba unos días mirándome.

Hay que reconocer que, en las fotos, Arjen era un chico guapo y Rachel una preciosidad, sabes lo bueno que la última vez no fui al cementerio, ahora tendré tiempo.

—Vaya. —Aprieto la mano de Neal algo nerviosa.

—Me quedé embobado, cuando me dijo que llevaba días mirándome, si yo desde que la vi me moría por poder hablar con ella y bueno el resultado ya lo sabes. Tú estás en este mundo. Me imagino que algo te contó Jack, que era un buen amigo de tu madre.

—Sí, algo me contó y por lo visto, hago muchas cosas de ella.

—Más de lo que te piensas hija, pero poco a poco te iré contando cosas de tu madre.

Hablamos un buen rato los tres, la verdad que es un viaje de lo más tranquilo, no sabía que podíamos estar así, pero de repente, me quedo dormida apoyada en Neal.

—Es igual que su madre, mira cómo mueve la naricita —le dice Arjen a Neal mientras no puede dejar de mirarme, yo lo oigo medio dormida.

Después de un larguísimo viaje, llegamos al aeropuerto «Ámsterdam—Schiphol», cuando aterrizamos, noto una mano que me toca el hombro y oigo.

—Heleen, despierta. Hemos llegado. —La voz de Arjen es dulce, con cariño.

—¡Mmm! ¿Qué pasa? —Me despierto desorientada, miro a Arjen.

—Hemos llegado ya. —Tiene una sonrisa en la cara.

—¿Dónde está Neal? —pregunto mirando a todos lados, aún estoy adormilada, pero poco a poco recuerdo que acabamos de llegar a Ámsterdam.

—En el baño, tranquila. —Suspiro de alivio.

Neal sale del baño, me levanto del asiento, le abrazo y me besa.

—¿Cuánto he dormido? —pregunto intrigada, lo último que recuerdo es que estábamos hablando los tres tranquilamente.

—Casi todo el viaje, amor. —Me besa.

¿Tanto he dormido? ¡Vaya! La verdad necesitaba dormir, muchas emociones en poco tiempo. Miro a Neal y también le veo cara de descansado, imagino que también se habrá dormido, aunque sea un poco.

—¡Qué! Vaya, ¿por qué no me habéis despertado? Vaya dos. A

saber, qué habéis hablado.

—Porque hacía mucho que no te veía dormir. —Salta Arjen de repente, mientras se le caen las lágrimas de los ojos—. Eres igual que tu madre, se lo dije a Neal, que se fijase que mueves la nariz como lo hacía tu madre.

Me toco la nariz, recuerdo que Jack también me lo comentó, pero no le hice mucho caso. Sé que Neal me lo ha dicho más de una vez, que muevo la nariz.

—¿Ella lo hacía también? Ya me contó Neal que la movía cuando dormía y Jack me contó algo parecido que tú. —Arjen pone cara enfado.

¡Uy! Qué curioso, parece que tiene celos de Jack.

Llegamos a casa de Arjen, me fijo que hay más seguridad que la última vez, la verdad que aquí estamos súper seguros. Hay que reconocer que tiene medios, hemos hecho bien en venir, aunque me molesta reconocerlo.

—¡Cuánta gente, madre mía! —Me sorprendo al ver tanta gente, esos Yakuza tienen que ser la leche, si estos dos están tan preocupados.

—Es todo por tu seguridad —contesta sincero Arjen, todo esto por mí, le miro y pienso: *«Elsa puede que en el fondo te quiera más que a nada como quería a tu madre»*.

Dejamos el jardín lleno de seguridad, para que no pasa nada. Nos deja pasar antes a nosotros, recuerdo la casa de la otra vez, es extraño, pero siento como si acabara de volver a casa.

¿Por qué tengo este sentimiento?

Nos lleva a la habitación en donde vamos a dormir, cuando entramos me quedo a cuadros. Es grande, con una cama enorme que tiene pinta de ser súper cómoda, con un recibidor moderno y un tocador y que hablaros del armario recibidor. Estoy segura de que esto lo ha comprado hace poco para nosotros.

—Gracias, Arjen —le digo mientras nos enseña la habitación en la que vamos a dormir—. ¡Qué grande es!

—¿Os gusta? —pregunta Arjen mirándome con ternura.

—Sí, gracias. ¿A ti te gusta, amor? —pregunto mirando a Neal mientras le cojo la mano, la verdad que es preciosa.

—Sí, sí, me encanta —responde él mientras la mira, siento cómo a Arjen se le ilumina los ojos de felicidad, de que nos guste. La verdad es que se está portando bien con nosotros y se preocupa.

De repente, Arjen mira a Neal.

¿Qué estará tramando?

—Neal, quiero hablar contigo. —Se miran y sé que es del robo, pero voy a hacer como si no me entero. Neal me mira cómo te molesta que vaya.

—Tranquilos, yo colocaré nuestras cosas, hablar tranquilos.

Se despiden de mí los dos, Neal con un beso y Arjen con un hasta luego hija. Me pongo a recoger, aunque no dejo de pensar en qué plan estarán pensando.

NEAL

Llegamos al salón, Arjen prepara dos copas de bourbon, saca unos papeles del armario y nos sentamos en el sofá. Le miro me imagino que serán los planos, pero voy a esperar a ver que tiene pensado este viejo Zorro.

—Dime, ¿de qué quieres hablar? —Me da la copa y le doy un trago, vaya este viejo sabe elegir bien, para un buen trago.

—Tengo los planos donde está la corona —me dice extendiendo los planos en la mesa. Me acerco, me quedo pensativo mirándolos. Arjen me saca de mis pensamientos—. Mira ahí tienes la corona y los rayos infrarrojos, están aquí —contesta señalando.

—Y aquí donde se cortan los rayos —respondo pensativo señalando el papel—, la cosa no creas que está fácil, tenemos que hacerlo sin ningún error.

—Sí, ahí está para cortarlo, pero habría que meterse por el conducto de ventilación. —Miramos los dos los planos, por lo que veo es algo estrecho.

—Pero tiene cámaras con sensor de movimiento. —Me toco la cara como pensativo, tenemos que anular esas cámaras, le doy un trago a mi copa.

—Sí, pero si Mozzy se mete en el sistema hay cinco minutos de margen —habla Arjen, también pensando alguna solución.

—Pero si Mozzy se encarga de eso, ¿quién se encarga de la cámara de la corona y desactivar los rayos láser? —pregunto pensando en voz alta, me tocó la barbilla sin dejar de mirar los planos.

—Yo —me contesta Arjen sincero.

—¿Sabrás hacerlo? Esta tecnología no es la de tu época.

No estoy muy convencido, en que lo haga Arjen, lleva treinta años inactivo y las cosas han cambiado. Debemos pensar con calma. De repente, se abre la puerta del salón y aparece Elsa, preocupa y tímida.

—Hola, ¿puedo pasar? —Nos mira a los dos.

—Sí, amor. Pasa. —La sonrío y la hago un hueco al lado mío.

—Sé que estáis hablando del golpe, me quiero enterar, si puedo claro —dice Elsa mientras Arjen me mira algo serio.

—Arjen antes o después se tendrá que enterar, alguien tiene que distraer a los de seguridad. —Y eso es algo bastante importante, porque estarás con ella y no nos molestarán.

Bien pensado Neal.

—Vale, pero de los rayos me encargo yo. —Arjen serio nos mira a

los dos, como no me repliques ¡eh!

—Amor, ¿te atreves a distraer a los de seguridad, mientras Mozzy piratea el sistema, tu padre la de la sala de la corona, para que yo pueda entrar a por la corona?

—Lo malo, es que el conducto del aire es estrecho —responde Arjen—. Mira, prueba, Neal.

Se levanta, coge un tubo igual de tamaño que el del conducto de la sala de la corona y lo pone en el suelo.

—Es así, mira si entras, Neal. —Me levanto, entro, pero muy justo apenas puedo moverme. Dios, es muy estrecho, pero algo se me ocurrirá.

—Neal, no entras, es muy ajustado para ti. —dice Elsa mirándome.

¡Ah, no! Sé lo que piensa, ni hablar. ni lo pienses no vas a hacerlo.

—Elsa, no estarás pensando en entrar tú, ¿no? —La miro, como diciendo que no.

—A ver déjame. —Va al tubo, entra perfectamente sin ningún problema—. Mira, yo entro bien.

—Sí, pero tú eres la única que puede distraer a los de seguridad, porque eres la única que te puedes hacer pasar por agente de la Interpol.

—Y la única que entra cómodamente. ¡Ah! Solo me queréis para eso, pues apañaos solos para entrar a la sala. —Se levanta para irse, esta chica no entiende las cosas.

Joder, ¡qué paciencia! ¡Uf!

—Elsa, ven, por favor. —Ella viene hacia mí y nos alejamos de Arjen—. Elsa, yo entro más justo que tú, pero entro.

—Casi no te puedes mover, pero como quieras —me habla muy seria, será posible, yo soy cabezón, pero aquí la amiga no veas.

—Ya, pero no crees que sería extraño, si enseño yo, la placa de la policía, leen el nombre de Rachel y me ven a mí.

Entiéndeme, nena. Eso solo lo puedes hacer tú, además si sale algo mal podrás irte y solo tendré que pensar en huir.

—Sí, pero… —balbucea tímida—. No entiendo de esto, pero si falsificamos la placa.

—Tardaremos demasiado, además tenemos la de tu madre, que solo sería poner tu foto, tú te sabes los protocolos de la policía mejor que nosotros, ¿no? —La miro y ella se queda pensando, miedo me da la verdad.

—Está bien, lo haré, los distraeré. ¿Cuánto tiempo hay que distraerlos? ¿Cinco minutos? —contesta ella.

—Distráelos un poco más por si acaso. Mira, sería así, entrarás tú primero. Les enseñas la foto del Escorpión, por si lo vieron por ahí merodeando, cuando miren la foto le haces una señal a Mozzy, que piratee las cámaras y parte del sistema de seguridad. —La miro, ella se

queda unos segundos pensando asimilando pensando, lo que acabo de decir.

—Vale, pero el conducto. ¿Crees de verdad que podrás? —pregunta ella preocupada—. ¿Porque no me dejas a mí?

—Sí, con la ropa adecuada y bajando dos kilos de sobra. —La sonrío, para que nos relajemos.

—¡Vaya! Veo que estás decidido, pues tú mismo. —Me mira con ojos preocupados y eso me mata, pero no puedo dejar que lo haga ella, entraré yo bajaré dos kilos, como la he dicho.

—Porque no sabes abrir una caja fuerte en menos de tres minutos. —Me estoy empezando a cabrear, mi voz es seria.

—Enséñame aprendo rápido, te acuerdas. —Me salta, la miro serio.

Joder, ¡he dicho que no!

—No hay tiempo, amor. Entiéndelo, yo tardé años en aprender. Además, no tenemos forma de conseguir una copia para enseñarte. —La miro a los ojos.

—Vale, vale, ya me callo. Perdona, yo de esto no sé. —Baja la cabeza y mira al suelo.

—¡Ehh! Mírame, amor. —Levanta la mirada hacia a mí—. Somos un equipo, ¿no? Sin ti nadie puede hacer nada, ¿vale? Eres la más importante del equipo. Además, ¿te imaginas a Mozzy haciéndose pasar por policía? —No podemos evitar reírnos los dos a carcajadas, sería muy curioso ver a Mozzy haciéndose pasar por policía, daría lo que fuera por ver su cara al verse en el espejo.

—Vale, si solo puedo ayudarte así, me quedo fuera con los vigilantes, tranquilo. —Me mira.

—Amor, sé que no es lo que más mola de dar un golpe, pero alguien tiene que hacerlo y solo me fio de ti para ello, porque tú te sabes los protocolos de la policía —digo lo más sincero posible, no me fio de nadie más, porque si la cagan con los vigilantes nos pillan seguro.

—Vale tranquilo, entendido.

—Además, querías dar un golpe conmigo, ¿no? —La abrazo.

Mi cabezota si esto lo hago por ti, solo por ti.

—Te dije que si era para ayudarte y salvarte sin dudarlo. —Me abraza y me besa.

—Me vas a ayudar muchísimo con eso —respondo sincero mirándola a los ojos—. Porque si estás tú con ellos, yo me despreocupo y trabajo mejor.

—Pero veo que solo me veis como la poli. —Me besa, lo que ha dicho con una sonrisilla—. Tranquilo, os dejo solos.

—No, no, quédate tienes que saber el plan. —Vamos a donde está Arjen agarrados de la mano, nos mira y nos sonríe—. Arjen está claro, ¿no? Ella distrae a los de seguridad, le hace la señal a Mozzy, para que

piratee las cámaras y la seguridad del conducto, me la hace a mí para que entre, cuando esté llegando te la hago a ti, para que lo desactives, abro la caja, saco la corona y salgo. ¿Estáis de acuerdo?

—Amor, os olvidáis de algo —dice Elsa pensativa, los dos la miramos sorprendidos.

Joder, ¡cómo me pone que me ayude hacer esto!

—¿El qué? —decimos los dos al unísono.

—La cámara está casi pegada a la reina, hay cuatro guardias, a esos también puedo distraerlos. —Nos mira a los dos, esperando ver nuestra reacción.

—De estos cuatro que dices, hay dos que se quedan con la reina, los otros dos cada quince minutos dan un paseo por la cámara —responde Arjen.

—Pero acaso, ¿sabes tú de los rayos, Arjen? —De repente, salta Elsa, muy segura de sí misma.

—¿Qué os pensáis los dos? ¿Por qué lleve treinta años retirado no sé hacer mi parte en un golpe? —responde Arjen enfadado—. Antes de que nacierais ya daba golpes.

—A ver, lo digo porque yo he dado un curso, he instalado algunas por eso. —Elsa mira a Arjen cabreada—. Por eso estamos aquí, ¿lo recuerdas?

Miro a Elsa.

—¿Desde cuándo hiciste e instalaste tú sistemas de seguridad?

—Soy una manitas, pero claro soy una poli, ¡eh! —Me mira con cara de pocos amigos—. Pues desde que entré, algunos museos los instale yo, mejor que yo no conoce esos sistemas y los programas los conozco.

Me quedo bloqueado. ¿Cómo cojones ella ha hecho esto? Creo que se está riendo de nosotros, porque sino, no lo entiendo.

—Pero si eres poli. ¿Cómo que instalas sistemas de seguridad? —pregunto sorprendido.

—Una vez en una maniobra, tuvimos que hacer alarmas, como no se me daban nada mal me enseñaron, solo era para ayudar y enseñar el sistema, pero os apañáis. —Mira a Arjen.

—Joder, ¿y eso cuándo lo pensabas decir? ¿Cuándo estuviera abriendo la caja fuerte? —Mi tono es muy serio, veo que a Elsa también la cambia la cara.

—¿Alguien me preguntó? —pregunto también con tono enfadada.

—Claro, nos vamos a imaginar que la policía hace cursos de instalación de alarmas, vamos lo más lógico. —Me doy la vuelta y salgo a la terraza, porque sé si no lo hago va a acabar mal la cosa.

—Mira, pues me enseñaron. No es común, pero me enseñaron. Cabréate, el que no quería peleas aquí, hacer lo que os dé la gana, solo quería ayudar, pero como la poli es un estorbo, que entretenga la

nena, mejor me callo que estoy más guapa. —Oigo mientras salgo a la terraza, me desespera. ¿Cómo cojones se calla algo así? *¡AGG!*

—Elsa, paso. —La miro con enfado—. Mira llevo casi veinte años robando, ¿me quieres hacer estúpido o qué?

—¡Vete a la mierda! Solo quería ayudar, yo llevo diez años de policía, también sabré algo, ¿no? —me contesta muy cabreada.

—¿Qué me vaya a la mierda? —repito, muy furioso, nadie se ha atrevido hablarme así.

—Sí —me responde—. Porque no entiendes, que quería ayudar.

—Vale —digo muy serio mirándola—. Me voy a la mierda. Ahí tenéis los planos, yo me voy.

—¡Ah, sí! Muy bien, mira que estaba de buenas, pues ya sabes vete. Arjen, ¿puede acercarme alguien a ver a mamá o me voy sola? Elige.

—Que encima soy yo el malo de la película, esto es la hostia. Joder, piensa un poco como quieres que lo sepamos, que tú que eres policía instalabas alarmas, pero como me tengo que ir a la mierda, voy a ver si la encuentro.

Salgo de la terraza, me dirijo a la puerta de la calle, la abro y salgo dando un portazo.

A la mierda, joder.

30. Cementerio

ELSA

—¡A la mierda hombre! —digo cabreada.

Me giro a mi... padre, estoy muy enfadada. No entiendo nada, menos que se haya ido de esa forma. ¿Por qué Neal se ha puesto así? Pues nada, él mismo. Arjen me mira con cara de preocupación, pero ahora mismo eso me da exactamente igual.

¿Dónde leche se habrá ido Neal?

Paso de darle vueltas, iré al cementerio para ver la tumba de mi madre y cuando venga pienso irme de aquí, ya paso de calentarme la cabeza.

—Arjen, ¿me dejas un coche? —Le miro esperando una respuesta, por la cara que veo tampoco entiende nada de nada.

—Heleen, calmaros.

A Arjen le veo preocupado, me repito una y otra vez, que esto es culpa de él, este lío debería sacarnos él solito, pero no aquí estamos preparando el robo de la corona. Por más inri mi novio, se ha ido dando un portazo, así que no me diga que me calme. Lo raro es que no haya explotado ya.

—¿Me dejas un coche o no? Solo quiero ver a mamá.

En parte es cierto, cuando vine no pude ir por unas cosas y otras, esta vez no me quiero ir sin verla, bueno también es porque necesito algo de aire y desconectar, si no creo que me va a dar algo, noto cómo una presión en la cabeza.

¡Uff! Relájate.

—Sí, sí, voy yo contigo. —Me mira.

¿En serio? No tengo diez años para tener una niñera, o voy sola o no voy y punto.

—No, quiero ir sola, a ti como te vean va a ser peor.

Cada vez me pongo más nerviosa, me está superando todo esto, pero más haber discutido con Neal. Eso es lo que más me duele, porque sin él no sé qué haría. Bueno, sí lo sé, me volvería completamente loca, tendrían que encerrarme de por vida.

—Pero cálmate, por favor, que así no solucionamos nada —responde Arjen intentando calmarme, me da la sensación que quiere abrazarme y eso me descoloca por completo.

—Estoy calmada. ¿Cuál cojo? —digo mirando a mi padre.

—Te llevo yo, vamos en el todoterreno —me contesta rotundo.

—¡No! Por favor, déjame ir a mí sola —respondo como un ruego.

Quiero ir sola, llorarla sola. Es mi madre, por lo menos déjame llorar su pérdida. Se me caen unas lágrimas, enseguida me las limpio. Me mira a los ojos, pero no puedo saber qué piensa.

—No vas a ir sola, hija —responde rotundo y serio.

Pues nada, no iré, qué le vamos a hacer.

—Vale, pues no voy —hablo girándome para irme, por lo menos podré dar una vuelta, ¿no?

—¿Por qué no das el brazo a torcer, Heleen? —pregunta mirando cómo me giro—. ¿También te vas a enfadar conmigo?

¡Dios! ¿Es que nadie puede ponerse en mi lugar? Soy policía, estoy planeando un robo, con los dos mejores ladrones. ¿Es para volverse loca o no?

—Voy a dar un paseo, ¿o tampoco puedo? No soy una niña sé cuidarme, puedo ir al cementerio sola, no necesito guardaespaldas —digo girando y mirando a Arjen—. No, no, tranquilo. No me enfadaré, pero me tratáis como una niña inútil, joder.

—No quiero discutir contigo, hija. —Se gira al escritorio y saca unas llaves del cajón—. Vete al cementerio, pero ten mucho cuidado, por favor, toma las llaves del todoterreno.

Cojo las llaves, le miro. En el fondo, sé que lo está pasando mal.

Elsa, ¿podrías quererlo y tratarlo mejor?

—Yo tampoco quiero discutir contigo. Gracias Arjen, tranquilo. La pongo flores y enseguida estoy aquí. ¿Puedes decirme en qué cementerio está? —Le miro, sus ojos se llenan de lágrimas, poco a poco me está demostrando mucho, aunque no sé si fiarme, porque puede volver a jugármela y desaparecer.

—Vale, aquí estaré. Claro, hija está *«en el cementerio de Santa Bárbara»*.

Se me acerca, sin esperarlo me da un beso en la mejilla. Me quedo sorprendida, al notar el beso algo se ha movido dentro de mí, como si mi subconsciente supiera quién me ha dado ese beso. Elsa, quieras o no es tu padre me dice una y otra vez esa vocecilla.

—Gracias. —Es lo único que puedo decir en un susurro, sin pensarlo le abrazo, noto cómo Arjen tiembla al notarme, le ha pillado

de imprevisto—. Voy a ver a mamá. —Salgo corriendo a coger el todoterreno.

—Vale, hija —contesta mientras me ve irme por la puerta.

Pongo el GPS de mi móvil, porque es normal que no sepa ir nunca he estado, una vez puesto salgo disparada hacia el cementerio, voy tan a lo mío que ni me fijo que paso a Neal, que va cabizbajo. No sabía que estaba tan cerca la casa de Arjen del cementerio, apenas he tardado quince minutos en llegar a la puerta del cementerio.

Aparco, me bajo del coche, hay un puesto de flores justo en la entrada, me acerco, veo que hay unos preciosos ramos de rosas de varios colores, rosas, rojas, blancas. Son una de mis flores favoritas, así que cojo un ramo de flores para mi madre. Entro y lo primero que veo es una iglesia, con grandes ventanales y con una torre bastante alta y unas campanas que se ven perfectamente, delante veo una estatua de Santa Bárbara, mirando hacia la entrada de la iglesia.

Me dirijo a la tumba de mi madre, según las indicaciones que me dio Arjen, es un cementerio pequeño no tardo en encontrarla, cuando llego a ella. Me doy cuenta de que es preciosa, que Arjen no ha escatimado en la tumba, es todo lujo, me fijo que hay una foto de los tres juntos.

Vaya, ¿y esta foto?

Me fijo más y veo que hay algo escrito: *«Tu familia siempre te querrá, tanto tu hija Heleen, como tu marido Arjen y tus padres».*

Al leer eso se me caen lágrimas, pensando en cómo me gustaría haberla conocido, que me hubiera tenido en sus brazos. ¿Cómo puedes extrañar a alguien que no has conocido en tu vida? Pero es mi madre. No dejo de mirar la foto en la que salimos los tres, esta debería ser mi familia, ese pensamiento me parte en dos, todo hubiera sido muy diferente, limpio la tumba un poco y pongo el ramo de flores. Toco la foto, no puedo dejar de llorar, cuando pasa un buen rato, no sabría decir cuánto porque he perdido la noción del tiempo.

Me dirijo al coche, cuando de repente, veo entrar a Neal.

—¿Qué haces aquí, Neal? —pregunto con los ojos rojos de llorar, no me esperaba verlo aquí.

—Vi el coche que me adelantó, pensé que serías tú, así que llamé a tu padre, me dijo dónde venías y cómo llegar, bueno más bien cogí un taxi —responde mirándome—. ¿Viste la tumba de tu madre?

La verdad no entiendo qué hace aquí, después de cómo se puso conmigo. Será mejor que me vaya como tenía planeado. Aunque me muera debo irme de aquí.

—Sí, bueno, supongo que debería ser yo —contesto seria—. Sí, ya la vi, pero tranquilo, ya me iba.

Me giro y me dirijo al coche, no quiero que me vea así de destrozada, porque sabrá lo que tengo en la mente. La verdad es que

Neal, es una de las personas que más me conoce.

—No es por eso —dice con una voz, tímida, triste. Yo me paro, al oírlo se me parte el alma y me giro.

—¿Entonces? —pregunto mirándolo, mira al suelo arrepentido, nunca imagine ver así a Neal Cafreey.

—Es para pedirte perdón, lo que pasó en parte es culpa mía. —¡Qué! ¿He oído bien? Neal arrepentido, ¿qué está pasando? Le miro desconcertada.

—Mira déjame, ¿quieres? Todo esto lo hago por ti, ¿no lo entiendes? —Me dirijo al coche con lágrimas en los ojos. Ahora no por favor, no es el momento, le digo con la mirada.

—Eres tú la que no lo entiendes, no ves que yo también lo hago por ti. —Tiene una mirada apagada, triste, le noto sincero. Me giro para mirarlo.

—¿Qué no entiendo? No quiero discutir, será peor. —Mi cabeza explota, demasiado estamos pasando.

—Que voy a robar la puta corona, para salvaros a ti y a tu padre —responde sin dejar de mirarme.

¿Se ha puesto en mi lugar? Está claro que no, pero claro solo soy la poli. Pues ahora mismo voy a acabar con esto.

—Y yo también voy a robar, por qué dices que no puedes vivir sin mí, porque para mí es muy sencillo acabar con esto. —Le miro casi llorando y grito de repente—. ¡Aquí estoy venir a por mí, no me queréis a que esperáis!

—Elsa, calla, no grites —me dice asustado, mirando para todos lados, pero ahora mismo me da igual todo, solo quiero terminar con esto, se acerca a mí, pero me alejo un poco de él.

—No has dicho que pasas del robo, que más me da. —Me giro sin mirarle, ya no puedo más, todo se está yendo a la mierda y grito—. ¡Soy Heleen venir a por mí, aquí me tenéis!

Neal asustado se acerca a mí, me abraza, me pega a su pecho y mira a todos lados, por si alguien nos estuviera siguiendo o cualquier cosa. La rabia me puede, tiemblo en sus brazos.

—Calla, Elsa, por favor —me dice al oído.

—¿Por qué tengo que callarme? Suéltame. —Intento librarme de él, pero él me aprieta más.

—Porque nos está mirando todo el mundo, te suelto, pero no grites. —Me suelta poco a poco, le miro.

—¿Qué quieres, Neal? No entiendo nada. —Miro sus ojos, que desprenden tristeza, no son los ojos brillantes de hace un rato.

—Quiero que entremos en razón los dos. —Me mira con dulzura, con amor. Le devuelvo la mirada, debemos poner de nuestra parte los dos si no esto no funcionará y acabaremos muy mal.

—Vale. No has cumplido tu promesa de no discutir aquí, solo

quiero ayudar. —Miro al suelo, no solo quiero que me vean como la poli, que puede cagarla en cualquier momento.

—Lo sé amor, pero es que tengo mucha presión y no me ayuda que me corrijas todo lo que digo. —Como estoy mirando al suelo, me coge de la barbilla y me sube la cabeza para que nos miremos.

¿Qué nos pasa? ¡Dios relajémonos!

—Pero puedo dar mi opinión, ¿no? —Aparto los ojos de él.

—Sí, claro que puedes dar tu opinión, solo que me hubiera gustado saber antes de que sabes de alarmas, pero piensa nadie fuera de la policía sabe que os dan cursos de alarmas, tampoco entiendo por qué os lo dan —me contesta calmado mirándome.

Yo al verlo calmado empiezo a relajarme, aunque con el corazón en un puño, por todo lo que estamos pasando. Es que manda narices, como hubiera dicho mi madre, si tuviésemos un circo, nos crecen los enanos.

—Nadie me preguntó y no lo dan a la policía, solo a mí, porque vieron que era buena en las alarmas, nada más —confieso la verdad, pasó exactamente eso, mi superior vio que era buena, pues me enseñaron. Lo que no sé es por qué no me cree Neal.

—No digo que no seas buena, pero entiende que me parezca raro, ese dato lo tenía que haber sabido antes.

—Tú mismo. Neal, en serio, ¿una pregunta? Y quiero que seas sincero, por favor. —Le miro a los ojos y me aparto un poco de él, esta reacción le sorprende y no para de moverse inquieto.

—¿Dime? —Me mira nervioso, preocupado.

—¿Por qué desconfías tanto de mí, es por ser policía? —pregunto sincera, me oprime el corazón, pensar que confiaba más en Alexandra, que en mí al ser yo policía.

—¿Por qué dices que desconfío de ti? —Se remueve nervioso.

—Cada cosa que digo te sienta mal, te enfadas como una bestia conmigo. —Bestia es decir poco, pero aun así me muero por él.

—No me sienta mal, pero parece que el papel que tienes en el golpe no te gusta y que es para menospreciarte. —Me mira a los ojos.

—¡No! Solo daba ideas. —Me pongo muy nerviosa por lo que va a hacer ahora—. Sé que la pregunta que te voy a hacer, te sentará mal, que no me hablarás, pero me serás sincero.

—Siempre te soy sincero —dice preocupado—. ¿Dime?

—¿A qué si fuera Alexandra sí me dejarías ir por el tubo sabiendo que tú no entras? Pero que no me importa, lo entiendo. —Me alejo de él temiendo su reacción, con el tema de Alexandra no sé cómo va a reaccionar.

—¿Pero a qué viene eso? Tú no eres Alex. —Noto cómo me lo dice lo más calmado que puede, tengo asumido que la ama y que es un tema tabú para él.

—Sé que no lo soy, por eso mismo, no confías en mí. —Eso es lo que siente el corazón, que nunca seré lo bastante buena para él.

—¿Piensas que no confío en ti porque no eres ella? —dice mirándome, sabiendo que estoy a punto de derrumbarme.

—¡Nooo! Pienso que temes que haga algo, porque no tengo ni idea. Eso es lo que pienso.

Ya está dicho. ¡Uf! Que a gusto me he quedado.

—Mira Elsa, no te dejo entrar no porque no confíe en ti, ni porque lo fueras a hacer mal. No te dejo entrar simplemente, porque no tienes ni idea de abrir una caja fuerte. ¿Lo entiendes? —respondo rotundo.

—Lo entiendo. —Cuando de repente, Neal se acerca y me abraza —. Tranquilo, sé lo que me dices y lo entiendo.

Neal se acerca a mi oído mientras me abraza fuerte y me dice, con esa voz dulce, que tanto me gusta.

—Claro que confío en ti.

—Lo sé, lo sé. —Le abrazo también, solo en sus brazos encuentro la paz.

Él es mi refugio.

—Si lo sabes ¿por qué dices que no? —me pregunta sin soltarme.

—Mi cabeza no está bien, lo siento. —Tiemblo en sus brazos, por lo que acabo de confesarle, no quería que me viera así, porque son muchas cosas lo que ha vivido en las últimas semanas y pienso que no voy a poder asimilarlo.

—Vale, ¿ya estás más tranquila? —Me acaricia el pelo, yo cierro los ojos, me relajo.

—Sí, ¿y tú?

—Sí, amor y si vas a dar alguna idea para el plan, dímela por favor. —Me da un beso con tanta ternura, que me podría derretir en sus brazos ahora mismo.

—¿Estás seguro? Sin enfados.

No quiero discutir más, por favor.

—Sí, sin enfados. Amor, dímelas ahora me gustaría escucharlas. —Me abraza más fuerte contra él, como si pensara que me fuera a ir.

—Pues a ver si tú crees que puedes entrar me callo, los guardias son cosa mía, disponéis de veinte minutos para entrar robar y salir. —Le miro con amor—. Si Arjen quiere puedo enseñarle lo de los rayos, o si queréis puedo hacerlo yo como veáis.

—No necesitamos veinte minutos y si enseña a Arjen lo de los rayos, porque en su época no había ¿vale? —Me besa y yo se lo devuelvo.

—Digo que puedo distraerlos veinte minutos, para que estéis más tranquilos, pero como quieras no sé cómo es este mundo.

—Mira cuando salga te aviso, ¿vale? Y ya te vas. Tú entras la primera y sales la última.

—Vale. ¿Por qué no nos vamos de aquí? No es sitio bueno para hablar. —Miro a mi alrededor—. Vamos a casa de Arjen.

—Vale. Oye, ¿qué tal está la tumba de tu madre? ¿La viste? —responde acariciándome la espalda, en plan de apoyo.

—Es una maravilla. Sí, la vi, ¿quieres verla tú?

Él asiente con la cabeza, le sonrío, me separo de él y le cojo de la mano. Le dirijo a la tumba de mi madre, al volver a verla los ojos se me llenan de lágrimas.

—Aquí está. —Me abrazo a él.

—¡Guau! —Neal abre los ojos como platos—. A mí me queda claro, Arjen os quería y os quiere.

—A mi madre seguro, a mí no lo tengo tan claro. —Miro la foto. Mi familia es esa y mira cómo estamos ahora.

—Y creo que a ti también, cuando te desmayaste no viste cómo se puso. —Me sorprendo al oír eso. Arjen preocupado por mí, cuando me dejó en un portal, déjame decirte que lo dudo.

—No, no, lo vi. —Le miro a los ojos.

—Lloraba como un bebé y decía que era culpa de él.

Hombre es que fue por él, si no me hubiera mentido treinta años y bueno míranos en donde estamos, en menudo follón nos hemos metido.

—¡Vaya! —Me sorprendo.

—Que no te tenía que haber dicho, lo que dijo que por eso estabas así, el que habló con el médico fui yo, porque él no era capaz de hablar.

—No lo sabía, pero bueno bastante que estoy aquí. ¿Nos vamos? Empiezo a tener un poco de fresco —respondo tocándome los brazos para quitarme el frío un poco.

—Sí, vamos. —Me abraza, su calor me invade enseguida—. ¿Mejor, amor?

—Sí, gracias amor, ¿quieres conducir tú? —Saco las llaves del coche, la verdad no tengo ganas de conducir ahora mismo.

—Como quieras —me dice dándome un beso.

—Toma, amor.

—Vale —dice cogiendo las llaves mientras le sonrío.

Montamos en el coche y nos dirigimos a la casa de Arjen. El trayecto es tranquilo, hablamos mientras conduce Neal. Me agarra la mano. Es tan lindo… Le miro de vez en cuando, sus ojos azules han vuelto a su brillo de siempre. Llegamos a la casa, aparcamos y entramos de la mano.

31. Acercamiento

ELSA

Arjen nos ve entrar cogidos de la mano, riendo y nos dice:

—¡Joder! Hace dos horas, parecía que os ibais a matar y ahora miraos de la mano.

Nos reímos los dos, la verdad que es cómico, sí. Como dice Arjen parecía que nos íbamos a matar, pero como siempre gracias a Neal y su paciencia lo hemos podido hablar, porque seamos sinceros, yo paciencia tengo cero y eso no es nada bueno, la verdad. Neal no deja de agarrarme la mano, desde que salimos del cementerio, le he notado verdaderamente preocupado.

—Perdona, se nos fue de las manos —contesto a Arjen con una sonrisa.

—Es normal, todos tenemos mucha presión encima, yo también me calenté un poco. —Su voz es como pidiendo perdón y arrepentido de todo.

¿Puede ser que esté equivocada?

—Arjen, la tumba de mamá es alucinante y preciosa —le hablo sinceramente.

Me ha sorprendido ver lo que ha hecho por ella, era una de las mejores tumbas que había y eso que hace treinta años que murió, no sé el dineral que se habrá gastado, debe haberla querido mucho.

—Ya está todo arreglado, ¿qué os parece si llamo a Mozzy y que vaya viniendo para contarle el plan y ver que ha pensado él? —Salta Neal, no sé por qué me da la impresión de que quiere dejarnos solos, pero por otra parte debería hablar con Mozzy.

Cuanto antes empecemos, antes acabaremos.

—Sí, llámalo y que no repare en gastos. Heleen, ¿te fijaste que puse una foto de los tres? —dice Arjen sin dejar de mirarme, mientras

Neal se aleja para llamar por teléfono y dejándonos solos a los dos.

—Sí, vi la foto es muy bonita y mamá sale guapísima. —Se me humedecen los ojos solo de pensarlo y le miro.

—Me alegro de que te haya gustado, hija. Tu madre siempre salía guapísima en todas las fotos. —Veo que sus ojos se llenan de lágrimas. Verle así no me gusta, sea lo que sea, pero verle llorar me duele, aunque lo intento disimular.

—¿Qué pasa? —Le miro preocupada, parece tan duro y míralo ahora mismo, delante de mí, llorando.

—Solo me arrepiento, de que no te haya visto en la mujer en la que te has convertido, estaría muy orgullosa de ti —responde Arjen entrecortándose la voz.

—¡Qué! ¿Lo dices en serio? —digo sorprendida, oír eso me ha llenado de amor el corazón.

Mi madre orgullosa de mí, cómo me gustaría abrazarla, besarla. ¡Uff!

—Claro que lo digo en serio, ya sé que no significa mucho para ti, pero yo también estoy muy orgulloso de ti. —Veo en sus ojos sinceridad.

—Gracias, significa mucho que me digas esto —contesto con la voz triste de pensar en la familia que pudimos ser y nunca ha llegado. Siento el dolor por la pérdida de Rachel, solo espero que poco a poco lleguemos a poder estar en el mismo sitio sin discutir.

—No tienes que dármelas, hija. Cualquier padre estaría orgullosísimo de tenerte como hija. —Arjen me mira, noto cómo está nervioso como queriendo algo. ¿Qué será? Sus ojos están tristes y eso me da pena.

—Roberto lo estaba. —Miro al suelo con lágrimas en los ojos, no puedo evitar el acordarme de él. En el fondo, es el único padre que conocí. Bueno, hasta ahora.

—Lo sé, yo también lo estoy. —Se acerca—. ¿Te puedo abrazar, hija?

Le miro muy sorprendida.

—¿Quieres abrazarme? ¿Y eso?

—Porque te quiero y deseo que poco a poco vayamos teniendo una relación normal. Entiendo que nunca me perdones, pero al menos que podamos hablar y nos contemos las cosas. —En lo que llevo conociéndolo, nunca le he visto tan triste, vulnerable, con la voz rota. No puedo evitar recordar las palabras de John.

Poco a poco, Elsa. No querrás que te haga daño, ¿verdad?

—Entiende que esto es duro para mí. Sí, puedes abrazarme, pero poco a poco —respondo sonriéndole.

—Sí, sí, claro, poco a poco. —Arjen se acerca y me abraza con cariño y ternura, noto cómo tiembla cuando me abraza. Me da un abrazo de padre, eso lo puedo notar porque Roberto me los daba igual

—. Gracias El…sa.

Noto que decir Elsa le cuesta una barbaridad. Él está poniendo de su parte ponla un poco tú, cabezona.

Me dice una y otra vez la voz que tengo dentro.

—Tranquilo, me puedes llamar Heleen. Solo te pido una cosa, si me pasa algo no dejes que Neal haga ninguna locura, prométemelo.

—¿Por qué dices eso? —Me mira sorprendido—. ¿Por lo del Escorpión?

—Sí, es por si me pasara algo, no quiero que haga ninguna locura. —Miro por si viene Neal, no me gustaría que me oyera hablar así—. Nunca se sabe qué puede pasar.

Noto que Arjen me mira con ternura, sé que no va a permitir que le pase nada a Neal. O eso quiero pensar, en esto debo confiar en él, no me queda otra.

—Vale te lo prometo, pero a ti no te va a pasar nada —me dice preocupado—. En cuanto solucionemos esto podréis hacer vuestra vida y si… me dais algún nieto… pues mejor.

Nos reímos con lo de nieto, oírle hablar así es cómico, pero no creo que sea el momento de pensar algo así.

—Sí. —Se me queda mirando—. ¿Qué pasa?

Habré echo algo mal, por la mirada que me echa, no sé qué pensar la verdad.

—Hacía treinta años, que no te hacía reír. —Se le cae una lágrima —. Espero que no sea la última y que no pasen otros treinta.

—¡Vaya! Pues dependerá de ti. —Le sonrío y le guiño un ojo, oye me puedo acostumbrar a llevarme bien con él.

NEAL

Termino de hablar con Mozzy, pero al ver que están hablando los dos calmadamente, decido esperar un poco fuera, me alegro verlos así. Les dejo su tiempo, pero al rato entro en la sala.

—Perdonar que os interrumpa. Arjen, ¿una cosa?

—Dime, Neal —me contesta girándose a mí para mirarme.

—¿Tienes lienzos y pinturas y esas cosas aún de cuando hacías falsificaciones? —Le miro.

—Sí, ¿por qué? —me contesta feliz, le veo cerca de Elsa y a ella relajada, me gusta verlos así.

—Porque pintar me ayuda a desestresarme y con todo esto del golpe. —La verdad soy todo sincero, me relaja y me hace despejar la mente. Creo que me vendría muy bien ahora mismo, porque estoy muy tenso por todo esto.

—Sí, claro. La habitación de enfrente de la vuestra, tienes todo —me responde tranquilo—. Puedes utilizar lo que quieras de allí.

—Vale, gracias. Vosotros seguir hablando, poneros al día y

perdonar la interrupción. —Me acerco a Elsa la beso y me voy para la habitación, dejándolos solos. Lo necesitan.

ELSA

—Heleen, ¿te puedo hacer una pregunta? —Al mirarlo, veo que mide las palabras.

¿Qué tendrá en la mente?

—Sí, claro, dime —digo curiosa.

—El otro día hablando con Neal, te escuche cantar, ¿lo haces al cocinar? —Me mira con un brillo especial en los ojos, me quedo sorprendida, no sé por qué me ha hecho esa pregunta.

Vamos a averiguarlo.

—Sí, ¿Por qué? —Mi voz suena curiosa.

—Tu madre cuando estaba feliz y cocinaba, lo hacía. Si yo la ayudaba a cocinar me ponía a bailar y cantar. —Esto me ha pillado de sopetón, no me lo esperaba, sí que me parezco a ella.

¡Dios mío! Cada vez la echo más en falta.

—¡Vaya! Sí que me parezco a ella. —Me muerdo el labio, para no llorar.

—Más de lo que te crees, por suerte sacaste todo lo bueno de ella, su belleza y su inteligencia. De mí solo tienes los ojos y por lo que vi, mi carácter.

¿En serio?

—Gracias, la verdad. ¿Carácter? —contesto sorprendida.

—Sí, el que tuviste antes de mandar a Neal a la mierda, es muy mío —dice Arjen riéndose—. ¿Tienes alguna pregunta que hacerme?

—Sí, ¿por qué nunca intentaste darme alguna señal tuya?

—Porque no sabía cómo hacerlo, intenté acercarme varias veces, pero nunca sabía qué decir —responde con cara de dolor. Parece sincero, en esto no tiene por qué mentirme.

—¿Y por qué no? —Le miro y baja la cabeza y con cara de arrepentido.

—No soy muy bueno pidiendo disculpas, aparte de que no sabía cómo podrías reaccionar —habla arrepentido.

—Me dejaste creer que no me querías, ¿sabes cómo me sentía que mi propio padre pasara de mí? —Cierro los ojos, ese sentimiento aún no ha desaparecido, aunque haya pasado muchos años.

—No me lo puedo ni imaginar, pero claro que te quería y te quiero —contesta Arjen acercándose a mí, por una extraña razón, su olor me calma, me trae paz.

¿Qué me está pasando?

—Eso aún no lo tengo muy claro, pero gracias —le hablo sincera.

—Lo entiendo, pero te demostraré que es así, pregunta lo que quieras sin miedo Heleen, seré totalmente sincero. —Le miro, pero la

verdad que mi cabeza no está para pensar.

—Ahora mismo estoy en blanco, Arjen. Comprende que, en dos meses, la vida me ha cambiado por completo. De ser policía a estar planeando un golpe. Mi padre y mi novio los mejores ladrones, mi madre muerta, tengo la cabeza hecha un lío. —Esto es para volverse loca la verdad, pero bueno ahora debo tener la cabeza fría y lo mejor es no pensar mucho en ello.

—Sí, es un gran cambio, tu madre también era policía, la mejor. —La cara de Arjen cambia me imagino que aún le duele, lo de mi madre.

—Yo he tenido que dejar la policía, ¡uf! Sí, son muchas cosas que asimilar. —Me toco la cabeza, porque la verdad me está doliendo un poco.

—Pero llegó a mis oídos, que te ofrecieron dirigir un equipo para capturar ladrones de guante blanco —dice con voz de orgullo, le miro confundida. ¿Cómo es posible que esté orgulloso de mí? Si no me conoce y, además, soy policía.

—Sí, pero... —Me callo pensando en todo lo que ha pasado en estos días—. No lo acepté.

—¿Por qué? Si era una gran oportunidad para ti. —Su voz es de asombro, respiro hondo para contárselo.

—Porque tengo un problema, desde que me dispararon me bloqueo cuando veo una pistola u oigo un disparo. Casi lo tengo superado apenas tiemblo, pregúntaselo a Neal. —Bueno eso de apenas, no puedo decirle que aún me quedo totalmente bloqueada, porque si no Neal no me dejará ayudarlos.

—¡Aaaaahhhh! Pues de eso no sabía nada, lo siento. Cambiando de tema, hija. ¿Tú y Neal cómo os conocisteis? —dice interesado Arjen.

—En la comisaría —contesto.

—¿Qué hacía Neal en una comisaría? —Veo que levanta una ceja curioso, está impaciente que le diga que hacía allí Neal.

—Le acusaron del robo que hizo el Escorpión, pero yo le puse una multa ese mismo día del robo, así que Aitor decidió que nos ayudara con el caso. —Le cambia la cara y se remueve.

—¿¡Neal un chivato!? ¡Qué sé vaya de mi casa! —contesta cabreado casi gritando.

—Si no le metían en la cárcel —me sorprendo por la reacción de Arjen—. Como se vaya él, me voy yo.

Me dirijo a la puerta muy enfadada, sabía que no podía relajarme con él. Joder, quería llevarme bien, pero no hay manera. Noto cómo se pone tenso y se queda pensando unos segundos. Cuando abro la puerta para irme me dice:

—¿Me aseguras que Neal no es un chivato? —Me paro y me giro para mirarlo.

—Déjame en paz, ¿quieres? Preocúpate que la chivata no sea yo. Veo que no hay manera contigo, mira que lo he intentado, pero paso. —¿Por qué es todo tan complicado? En serio no nos podemos llevar bien todos, por lo menos hasta que esto acabe.

—Vale, vale. Perdona. —Arjen se remueve preocupado, será por la conversación conmigo—. Heleen, perdona.

—Preocúpate de que no me chive yo y os encierre a todos. Pensaba que habías cambiado, que tenías corazón, pero veo que no. Así que déjame en paz. —Salgo del salón chillando y yendo rápido a buscar a Neal—. ¡Neal, Neal!

NEAL

Al oír los gritos de Elsa, me preocupo y salgo corriendo de la habitación manchado de pintura, mirando a todos lados por si le pasa algo.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? Amor, ¿qué ocurre? —digo asustado, mirándola a los ojos.

—Me voy de esta casa, si quieres te quedas —habla tajante, la veo muy enfadada.

¿Qué habrá ocurrido? Cuando les deje estaban muy bien.

—Para, para. —Cierro la puerta de la habitación, me acerco a ella y la abrazo—. Tranquila, ¿qué pasa?

—Arjen es idiota, me pregunta cómo nos conocimos, le digo la verdad y me dice que eres un chivato. Que te largues de esta casa. —La noto muy nerviosa e intento calmarla.

—¿Por eso? Amor, es normal —respondo tranquilo.

—¡Pero en serio, estamos locos o que! —respondo casi gritando.

—No y no grites. A ver, amor. Por favor, piensa. Toda mi vida hui de la policía, que de repente les ayude en un caso, pues cualquiera que conozca mi pasado, puede pensarlo. Es más, para que veas Mozzy no lo piensa, porque no lo sabe. —La abrazo para tranquilizarla, al notarme noto cómo se relaja entre mis brazos y eso me encanta.

—Vale, pero con la rabia que lo dijo explote, no sé qué me pasa creo que me voy a la habitación. Te dejo pintar, amor. —Me da un beso con ternura y yo se lo devuelvo. Sí, creo que lo mejor es que descanse.

—Vale, pero eso olvídalo, amor. Ahora hablo yo con él y como si no hubiera pasado nada.

Dejo que Elsa entre en la habitación, me dirijo al salón donde está Arjen, le veo sentado en un sillón, fumando un puro y leyendo el periódico.

—Arjen, ¿puedo hablar contigo? —le pregunto tranquilo porque sé que, en fondo, yo también hubiera pensado lo mismo.

—Sí, claro, pasa —me dice apenas sin mirarme.

—Oye, ¿en serio le dijiste a tu hija eso? —Me mira y le veo los ojos tristes.

—Sí y menudo genio tiene la niña. —La verdad, es que solo la he visto sacar el genio, cuando se refiere a mí.

—¿Por qué? ¿No la quieres recuperar? ¿Eso también es de su madre? —Le miro y sé que en fondo es lo que más desea, recuperar a su hija.

—Claro que quiero, es lo que más deseo. Por desgracia el genio lo ha sacado a mí. ¡Joder, mierda! Estaba acercándome a ella y todo se fue a la mierda, hasta pude abrazarla —me dice él recordando el abrazo con su hija cerrando los ojos.

—Joder, normal. Solo a ti se te ocurre llamarme chivato delante de ella —respondo viendo como le duele esa situación con Elsa.

—No veas como saco las uñas para defenderte, Neal —me confiesa.

—¿Y te extraña? Entre qué dijiste eso y que no te tiene demasiado aprecio. Así no vas a lograr que ella esté a tu lado —le soy sincero, porque lo que va a conseguir es que nos larguemos y no volvamos a verlo.

—Sé que no me tiene nada de cariño. Joder, Neal —contesta frustrado dándole una buena calada a su puro—. Ya no sé qué hacer para recuperarla.

—Hablé yo con ella para que lo intente olvidar, pero hoy será mejor que no te vea demasiado. Por lo menos hasta que se calme, será lo mejor.

—Vale, espero que se le pase, intentaré no agobiarla, pero cuando la abracé, Dios fue maravilloso. —Veo sus ojos llorosos.

—Te entiendo, Arjen. Si me disculpas, voy a terminar lo que estoy pintando. —Espero que cuando esté terminado, les guste es un regalo que quiero hacerles.

—Vale, Neal. Tranquilo, estaré aquí viendo los planos. —Veo que los mira.

—Déjalo para mañana que llegue Mozzy, no te rayes más —le hablo mirándolo, necesitamos no estar las 24 horas pendientes del robo, porque nos volveremos locos.

—Vale, intentaré distraerme. Anda, ve a pintar. —Arjen mira por la ventana, me imagino que estará pensando en cómo arreglar las cosas con Elsa, lo que no le entra en la cabeza a este viejo Zorro, es que ella solo necesita cariño, que sea su padre.

—Sí, es lo mejor. Bueno, voy a seguir pintando.

Me giro, para salir de salón, subo a la habitación a pintar, como es habitual en mí, desconecto tanto que ni me doy cuenta de que ha pasado una hora y media. Decido que ya es suficiente, que necesito una buena ducha, salgo y me encuentro a Elsa.

ELSA

Estoy en la habitación al cabo de casi una hora y media, decido salir a dar un paseo por el jardín, para que me el aire. De la que paso por la puerta de la habitación donde esta Neal, nos cruzamos. Le sonrío más relajada, la verdad, es que me vino bien desconectar y descansar.

—Amor, ¿dónde vas? —pregunta sonriéndome.

—A dar un paseo por el jardín.

—Vale, yo voy a ducharme para quitarme la pintura. —Nos damos un beso, pero él no se acerca mucho, para no mancharme de pintura.

Bajo para salir al jardín, me cruzo con Arjen. Le noto afectado, dolido.

Elsa habla con él, Neal te lo explicó.

—Hola, Heleen —me habla tímidamente mirando al suelo.

—Hola, Arjen. —Le miro.

—Lo siento, no era mi intención decir eso de Neal, no sé qué me paso de verdad.

—No pasa nada, ya me contó Neal —digo dirigiéndome a la puerta de la calle.

—¿A dónde vas? —Arjen me pregunta preocupado.

—A dar una vuelta por el jardín, necesito hacer algo de deporte, despejar la cabeza, que la tengo hecha un lío. —El deporte me despeja la mente y ahora es lo que necesito.

—Vale, vale. Disfruta del paseo, hija, yo estaré por aquí —me contesta más relajado, le sonrío.

Salgo al jardín de la casa, que tiene mucho terreno, así que puedo dar una buena vuelta tranquilamente, está lleno de rosas, flores de todo tipo, el ambiente es perfecto. Mientras camino no puedo evitar en pensar en todo lo que está pasando, en los cambios tan drásticos de los últimos meses.

Ante todo, no puedo dejar de pensar en Neal. Cada vez lo tengo más claro, es el hombre de mi vida.

Después del paseo, entro decida al salón, me ha venido estupendamente para mi cabeza, por un rato he podido deja de pensar en el robo, que cada vez lo veo más chungo.

—Hola, ¿hay alguien aquí? —digo fuerte mientras entro.

—Sí, hija, aquí estoy. —Cuando entro le veo sentado en el sofá fumando un puro.

—Hola, ¿y Neal? ¿Dónde está? —Me siento en el sofá y le sonrío. En ese preciso momento, entra Neal al salón con unos vaqueros y una camiseta.

—Aquí, amor.

—Hola, amor.

Me lo quedo mirando, esta increíble con sus vaqueros rotos y esa

camiseta, ponga lo que se ponga, a mí vuelve loca. Me levanto y me acerco a él, le doy un beso.

—Yo me voy a duchar no tardo ¿vale? os dejo a los dos —me despido de los dos.

NEAL

Los dos nos quedamos mirando cómo Elsa sale del salón, para irse a duchar. Entonces, me giro a Arjen.

—Veo, que aún sigues entero. —Me río—. ¿Ya se le pasó el enfado a Elsa?

—No sé qué le dijiste, pero por lo menos me habla —me dice en forma de agradecimiento.

—Vete poco a poco, mide muy bien lo que dices —le aconsejo.

—Eso tendré que hacer, porque es decir algo de ti. ¡Boo! Cómo se pone, te tiene que vamos… —Veo cómo se ríe.

—Como yo a ella, es el amor de mi vida —le respondo lo más sincero que nunca a Arjen.

—Lo sé, lo sé, se os nota. Así estábamos Rachel y yo. —Noto que pone cara de dolor al recordarla.

—Por las fotos que os vi, sí. —Le miro—. Cuando salga Elsa de la ducha, quiero enseñaros lo que pinte.

—Cómo la echo de menos y el brazo de Heleen fue como sentirla. Sí, claro cuando salga lo vemos.

Disimula que tiene los ojos llorosos. Yo hago como si no me diera cuenta porque conociéndole, le dará vergüenza.

—Físicamente son muy parecidas, tiene que ser duro verla, por todos lados —le digo, pero enseguida me arrepiento, no debí decir eso.

—Sí, pero no es por eso, es parte de Rachel lleva su sangre y también la mía, es lo único bueno de mi vida. —Se gira para mirar la ventana.

—Normal, sois sus padres. —Le miro—. Intenta que tu hija no se vaya de tu vida.

—Sí, es lo único que quiero. —Nunca le vi tan sincero, espero que se lleven bien.

De repente, entra Elsa, me quedo embobado cuando la veo, lleva unos shorts que le quedan como un guante y una camiseta que le marcha todas las curvas, no puedo dejar de mirarla y sonreír.

—Ya estoy aquí. —Se pone al lado mío—. Ya me estabais poniendo verde, ¿no?

—Venir que os quiero enseñar lo que pinte. —Cojo su mano—. No, me decía que tú y yo estamos tan enamorados como él y tu madre.

—Claro amor, vamos. —Me mira—. ¡Ah, sí! Me alegro.

Vamos los tres para la habitación, pero de repente, antes de abrir,

los miro a los dos y les digo.

—Espero que os guste.

—Seguro que sí.

Estoy de los nervios, entramos miro a Elsa y con cuidado quito la sábana que cubría el cuadro. Al quitarla se ve en el lienzo que salen los tres. Arjen, Rachel y Elsa con su edad actual sentados en el sofá.

—¡Qué! —Elsa lo mira con la boca abierta—. Es... Increíble.

—¿Te gusta, amor? —Miro la reacción de ella, se me llena el corazón de alegría.

—Mucho, es muy bonito —responde sin dejar de mirar el cuadro.

—¿Y a ti, Arjen? —pregunto mirándolo.

—No puedo ni hablar, Neal. Es precioso —responde Arjen emocionado.

—Espero que os guste. —Me encanta, cómo han reaccionado los dos ante mi cuadro—. Me dio la idea la foto que vi en la tumba de tu madre, amor.

—Gracias, es un bonito detalle, amor. Es precioso el cuadro. —Se acerca a mí me besa y me abraza.

—Me hace muy feliz que os guste —digo feliz sonriendo.

—Neal, ¿me lo puedo quedar, por favor? —pregunta Arjen sin dejar de mirar el cuadro.

—Sí, claro, otro día pinto otro igual para Elsa y para mí. ¿Te parece bien, amor?

—Sí, claro, me parece bien —responde feliz.

—Pues este para ti, Arjen, pero hay que esperar que se seque, que aún está húmedo —le informo a Arjen, que le veo acercarse a él.

—Gracias. Vale, vale, ni lo tocamos —responde sonriendo feliz—. Que bien quedará en el salón, ¿no creéis?

—Sí, yo estaría encantado de colgarlo donde quieras. ¿Tú qué opinas, amor?

—Que lo ponga donde quiera, en el salón estaría bien —contesta mirándonos a los dos y me abraza y yo le abrazo a ella.

—No sé vosotros, pero yo tengo hambre —digo mientras me rugen las tripas.

—Yo no mucho, pero vamos a cenar —habla mirándome.

—Vida, ya sabes que pintar me abre el apetito. —La sonrío besándola—. ¿Tú, Arjen, tienes hambre?

—Sí, la verdad. —Nos mira a los dos, pero me fijo que no deja de mirar a Elsa, estará pensando que no puede creer que esté aquí a su lado.

—Pues vamos a picar algo —respondo tirando de Elsa, para ir a la cocina.

Entramos los tres en la cocina, Elsa se pone a mirar que hay para cenar y encuentra para hacer ensalada y unos filetes. Se pone a

cocinar mientras Arjen y yo la vemos cómo cocina, cantando, bailando. Arjen sonríe emocionado recordando cuando lo hacía Rachel, yo no puedo dejar de contemplar su cuerpo.

Elsa termina de cocinar, nos ponemos los tres a cenar, mientras hablamos, reímos felices y sin preocuparnos de nada.

Nunca hemos estado los tres tan bien, sin peleas. Después de cenar, Arjen dice que se va a su habitación a descansar.

Mientras en la cocina Elsa se pone a recoger la mesa, la paro.

—Amor, recojo. Friego y nos vamos a la habitación. —Me pongo a fregar—. Amor, veo que poco a poco te llevas mejor con Arjen, me alegro mucho de verdad.

—La verdad sigo pensando lo mismo, pero estoy cansada de discutir.

—Nadie dijo que fuera fácil el acercamiento, pero esto es un primer paso. —Me alegro un montón de que se hable con su padre.

—Ya veremos —dice mientras friego. De repente, me acerco a ella por la espalda y la cojo de la cintura, ella me mira.

—¿Qué pasa, amor? —me pregunta.

—Pase lo que pase en ese tema, yo siempre estaré a tu lado, apoyándote, ¿vale? —la digo en su oído y besándola en el cuello.

—Lo sé, amor, tranquilo. —Ella se gira y me besa.

Termino de recoger con la ayuda de Elsa, nos vamos a la habitación para dormir. Nos esperan unos días muy duros y debemos estar despejados y descansados.

Nada puede salir mal y de eso me encargaré yo mismo.

32. Llegada del equipo

NEAL

Me despierto, no veo a Elsa a mí lado, me preocupo, miro a todos lados de la habitación. Me visto corriendo y salgo rápido a buscarla, pero cuando estoy bajando las escaleras, la oigo cantar. Me tranquilizo, huele a café recién hecho. Arjen está en la puerta, me ve y me hace una señal de que me acerque donde está él.

—¡Sssshhhh! Mira como canta —me dice Arjen con los ojos brillantes.

—Sí, me encanta verla cantar y bailar —le digo en bajito—. ¿Te puedo hacer una pregunta?

—Sí claro, dime —contesta Arjen sin dejar de observar a su hija, le brillan los ojos de felicidad.

—Ayer dijiste que Rachel también lo hacía y era como sabias que era feliz, ¿no? —Le miro.

—Sí, lo hacía siempre, ¿por qué? —responde sorprendido por la pregunta que le acabo de hacer.

—Si tanto se parecen, será mi manera de saber que es feliz. —La miro con amor.

—Sí, está muy feliz, mírala la cara está radiante —contesta su padre mirándola.

—Entendido. Cuando ni cante, ni baile preocuparme y comprarla algo que le guste —digo riéndome en bajito para que no me oiga.

—Más o menos. Venga, Neal, tenemos que entrar, ¿no? —Se ríe también, pero no puede dejar de mirar a su hija, noto el amor que la tiene y eso hace que tenga envidia, mi padre nunca me quiso.

—Sí, habría que entrar —respondo feliz.

Entramos los dos saludando a Elsa sonrientes, la cocina huele que no veas y veo que Arjen piensa lo mismo que yo.

—Hola, amor. —La beso.

—Hola, hija. —La mira sonriendo.

—Buenos días. ¿Tenéis hambre? —pregunto con una voz dulce y alegre.

—Sí, amor, tengo hambre y huele de maravilla —contesto cayéndome la baba mirando las tortitas.

—Yo no, hija, nunca desayuno.

—Toma, amor, café con tortitas. —Me las pone delante de mí.

—Arjen, ¿no desayunas nada? ¿Ni un café? —dice Elsa preocupada.

—No, por las mañanas nunca me entra nada, es más sí como algo vómito. —La mira para tranquilizarla.

—Gracias, vida. —Me siento a desayunar, le doy el primer bocado y no puedo evitar gruñir de lo bueno que está.

—Vale, Arjen. —Ella se pone a desayunar.

De repente, viene una seguridad a hablar con Arjen, lo miramos los tres como entra en la cocina. La cara de Arjen se ha puesto seria por momentos, siempre me ha impresionado este hombre, solo con un gesto puede achantar a cualquiera, pocos muy pocos se han atrevido a meterse con él y uno de ellos. Es el motivo por el que estamos aquí.

—Zorro, viene un coche a la finca, ¿qué hacemos? —le informa a Arjen.

—¿Le conocéis? —pregunta Arjen muy serio.

—Será Mozzy —dice Elsa—. ¿No venía hoy?

—Sí, venia hoy. Déjame ver las cámaras a ver si es él, por favor —digo mirando a Arjen.

—Sí, claro. Ve a mirar, pero voy contigo —responde Arjen levantándose de la silla.

Llegamos al cuarto de seguridad y miramos la cámara. Suspiro aliviado al ver el coche.

—¡Hostia! Si son Rukus y Mozzy —digo contento de verlos.

—¡Qué susto! —Salta Arjen suspirando, su voz es de alivio.

—Déjales entrar, Arjen.

Salgo a la puerta a recibirles, llega el coche y aparca delante de mí, no puedo evitar sentirme aliviado de tener aquí a mis amigos, son los mejores en lo suyo, con ellos sé que nada podría salir mal, no como con el puto Escorpión aún me hierve la sangre de pensar en él.

—Hombre, Rukus, ¿qué haces aquí?

—Hola, hermano, no podía faltar. —Me abraza.

—Rukus, ¿qué pasa? La última vez que me abrazaste fue en el funeral de Alex.

—Nada, tenía ganas de verte —responde sonriéndome, qué raro que este me hable así, seguro que pasa algo no es normal.

—De verdad, ¿solo es eso? —pregunto extrañado.

—Sí. —Rukus se ríe entre dientes.

—Joder, que susto y tú Mozzy, ¿también vas a abrazarme? —Le miro levantando una ceja.

—No tío, hola —dice sonriéndome.

—Hola, tío. Pasar Elsa y el Zorro están dentro —les digo para que los saluden.

—Que nervios tío, el Zorro —habla Rukus. Sé que siempre le ha tenido mucha admiración, bueno hay que reconocerlo que yo también es una puta leyenda, estamos hablando del Zorro Nocturno.

—Tranquilo, Rukus. Es un tío normal —respondo para tranquilizarlo, aunque lo entiendo perfectamente.

Entramos los tres a la casa mientras los gorilas de Arjen entran sus cosas. Vamos a la cocina, están Elsa y Arjen tranquilamente hablando, cuando veo que Elsa levanta la vista y nos sonríe.

—Hola, madera. —Saluda Mozzy a Elsa cuando la ve, pero está vez le noto un cambio de tono.

¿Puede que le esté cogiendo cariño a Elsa?

—Hola, Mozzy —contesta ella.

—¡Eh, Mozzy! No llames así a Heleen delante de mí te enteras. —Salta Arjen con mala cara, me sorprendo de la forma como la defiende y por lo que veo a ella también.

—Perdón, Zorro, es la costumbre —contesta nervioso Mozzy.

—No pasa nada. Arjen, tranquilo. —Elsa intenta tranquilizar a su padre.

—Pero a ella no y menos en mi presencia. —Salta Arjen serio.

De repente, veo que se pone la cosa fea, Arjen está muy enfadado. Entonces, presentó a Rukus a Arjen para desviar la conversación, he de intentar tranquilizar el ambiente.

—Encantado, Rukus. —Le estrecha la mano, pero sin dejar de mirar a Mozzy.

—Encantado, Zorro. —Acepta la mano de Arjen y se la aprieta.

—He oído hablar de ti y muy bien. —Se acerca Arjen a Rukus y le dice en bajito—. Ven quiero hablar contigo.

—Gracias, Zorro. Sí, claro, vamos —responde sin dudarlo.

ARJEN

Nos alejamos de los demás, salimos de la cocina, vamos al salón. Me pongo enfrente de Rukus y le miro a los ojos.

—Rukus, he oído hablar de ti —empiezo a hablar, le noto como se pone algo nervioso—. No es fácil que un tipo como el Ruso te tenga miedo.

—Gracias, si tuve movida con él —me contesta.

—Tuvo que ser gorda, para que él te tenga miedo y por lo que sé no es el único, hay muchos que te temen —respondo sorprendido de

que sea así.

—¡En serio! ¿Quién más? —La voz de Rukus es de sorpresa.

—Lo sabes bien, el Escorpión te temía, por ejemplo, aparte de que tienes muchos contactos en ese mundillo —le hablo mirándolo.

—Sí eso sí, pero de que me sirvió, no pude evitar que nos dispararan —habla furioso con él mismo.

—Pero diste la cara —espero unos segundos y se lo digo—. Bueno, en resumen, quiero que trabajes para mí —le digo sin rodeos.

—Por Supuesto, Zorro. ¿Pero vas a volver al mundo? —pregunta Rukus emocionado.

—No, solo quiero que protejas a Neal y a mi hija, en caso de que el golpe salga mal —hablo muy serio.

—Eso está hecho, Zorro. No hace falta que curre para ti. Tranquilo, Neal es como mi hermano —responde Rukus.

—Sí, hace falta, quiero correr con todos los gastos, que ellos te puedan generar —contesto mirándole.

—Tranquilo. Zorro. No pasará nada, estamos todos aquí —habla sincero.

—Por si acaso quiero dejarlo todo bien atado —respondo dejándole las cosas claras.

—Vale, tranquilo Zorro, cuenta conmigo. —Eso me alegra, si él está protegiéndolos.

Están en buenas manos.

—¿De verdad? —pregunto para asegurarme.

—Sí, te doy mi palabra confía en mí.

—Perfecto, eso espero no quiero equivocarme contigo —digo lo más sincero que puedo.

Después de esa charla los dos volvemos con el resto.

NEAL

—Por cierto. ¿Me podéis explicar el plan? —Oigo como Mozzy dice eso cuando entra El Zorro y Rukus.

—Sí, claro, te lo explica Neal —responde Arjen mirándolo.

—Elsa distrae a los de seguridad. Cuando estén distraídos te hace una señal, Mozzy, para que pinches las cámaras. Después le das una señal al Zorro, para que corte los láseres de la corona, para que yo abra la caja y salga con ella. ¿Qué opinas?

—Es perfecto, cuanto menos esté la madera por ahí, mejor —contesta sin pensar en que está Arjen al lado.

Veo como Arjen se acerca a Mozzy cogiéndole por el pescuezo. Todos nos quedamos como locos por su reacción.

—¿Qué cojones te he dicho Mozzy? Que la respetes, aunque haya sido policía, ¿vale? La respetas porque es mi hija y punto —habla muy serio y rotundo.

—¡Eh! Tranquilo, Zorro —le dice Mozzy.

—Arjen, suéltalo, por favor —habla Elsa de repente y la miro.

—No voy a tolerar que venga a mi casa a faltarle a mi hija. —Veo que sin estar de acuerdo, le suelta.

—No te enfades, tu padre te está defendiendo. —La abrazo y se lo digo al oído.

—Arjen, para, por favor —contesta Elsa suplicando a su padre.

—Vale, porque me lo dices tú, hija —responde mirándola y la sonríe.

—Gracias, Arjen. Está bien, no te preocupes —dice mientras me abraza y sonríe a su padre—. Os dejo voy a recoger la cocina, ahora os veo.

Elsa entra en la cocina, voy detrás de ella y la beso. Sé que está de los nervios y puedo comprenderla, porque no hemos metido en un buen lío, lo único que quiero es que se relaje.

—Voy contigo, amor. ¿Te ayudo a recoger, mi vida?

—Tranquilo, si quieres hablar con ellos. —Me sonríe.

—Paso, que entre tu padre y Mozzy hay mucha tensión.

—Como quieras. —Me da un beso y se pone a fregar y a limpiar la cocina, me pego a su lado a secar, lo que friega.

—Sí que se ha puesto furioso Arjen. ¡Madre mía! Espero que no haya más problemas —habla preocupada.

—No, no creo, que los haya. Solo lo hizo para demostrarte que ahora si está a tu lado, para hacer una labor de padre, ahora le veo muy preocupado por eso —respondo sincero.

—¿Preocupado? Pues no tiene que demostrarme nada, vamos, digo yo —responde seria mirándome.

—Vale, pero no te pongas así conmigo —hablo intentando calmarla.

—Claro que no, amor. Si no me pongo de ninguna manera, bobo. —Me besa y yo la correspondo.

—Y a tu padre deja que te defienda, un tiempo que le hace ilusión, es más creo que si te haces una herida de nada, te hace el.

—Me pongo a cantarla.

♪ sana, sana
culito de rana
si no sana hoy
sanará mañana ♪

Cuando termino de cantarla la miro y no puedo evitar reír a carcajadas, por la cara de sorpresa que tiene.

—Anda que dices, no será para tanto. —Noto cómo se ríe a carcajadas.

—Que no te extrañe —digo abrazándola, riéndome.

—¿Te pasa algo? Te noto raro —pregunta mirándome.

—No, no solo le estoy dando vueltas al golpe.

No puedo dejar de pensar en el golpe, porque me recuerda a lo de Alex, si le pasa algo.

Dios, mejor no pensarlo, perdería la cabeza.

—¿Seguro? Tranquilo, todo saldrá bien. ¿Quieres ir a ver si están hablando del golpe así te quedas más tranquilo? —Me mira a los ojos, esos ojos oscuros que me vuelven loco, lo que veo es miedo. Me acerco a ella y la abrazo pegándola a mí.

—No es que este nervioso, es que el plan me parece demasiado básico, para algo así. —Me toco la barbilla—. Creo que la corona no solo estará metida en la caja fuerte, sigo diciendo que es demasiado fácil.

—A mí también, vi los planos y creo que deberías ir con alguien, que te ayude. Vamos, creo no lo sé —me dice ella—. Eso mismo pienso yo, debe de estar muy protegida. Amor, no te enfades, pero la única que puede ir contigo soy yo, nadie más entra, ¿por qué no querrás que vaya Rukus?

—No me enfado. Ahí tienes razón, quitándote a ti, soy yo el más delgado y ves que me cuesta —la digo a mi pesar, porque sé que tiene razón, me sería de mucha ayuda.

—Entonces, me tendrás que enseñar para ayudarte. —La veo preocupada por ese asunto.

—Sí —la respondo, aunque no estoy muy convencido de ello—. Menos mal que soy previsor.

—Espero ser de ayuda, no quiero estropearlo. ¿Por pasa algo? —Elsa se queda mirándome.

—No, no tranquila —respondo para tranquilizarla—. Le pedí a Mozzy que trajera mi equipo y que te comprara uno.

Siento mentirte, si supieras que es de Alex no me lo perdonarías.

—Que me comprara uno ¡vaya! Sí que lo tenías pensado. —Por un momento se queda callada y seria—. De policía a ladrona ¡madre mía!

—En caso de que tuvieras que entrar, ¿cómo ibas a hacerlo? —Me acerco a ella, la abrazo—. Espera un segundo que voy a hablar con Mozzy.

—Vale, me quedo aquí o voy contigo. —Me devuelve el abrazo.

—Prepárame una tila, amor. Que estoy que me tiro de los pelos, ¿vale? —La doy un beso con cariño.

—Vale, amor, tranquilo. —Me sonríe devolviéndole el beso.

Salgo de la cocina dejando a Elsa preparándome la tila, la verdad es que estoy nervioso, pero tengo que confesar que era una excusa para que no viniera conmigo. Por nada del mundo debe enterarse que ese equipo, supuestamente comprado para ella, es el de Alex. Que ella se lo ponía y que hicimos muchos robos con el puesto, tengo que reconocerlo si estuviera en su caso, yo me cabrearía mucho porque

pensaría que aún ama a su ex, pero juro por lo que más quiero que es ella, que solo tengo ojos para mi morena y sexy policía.

Entro en el salón que es donde están todos, le veo hablando y pensando lo del robo de la corona, están muy concentrados, pero los interrumpo acercándome a Mozzy.

—Mozzy, ¿puedo hablar contigo? —le digo mirándole e intentando estar calmado.

—Sí, claro, Neal.

Nos alejamos de los demás para que no nos oigan, lo que menos quiero es otra escena de Arjen defendiendo a su hija, cuidado que a mí me parece perfecto, es lo que debió hacer desde que nació tener los cojones de protegerla y cuidarla. Cada vez lo tengo más claro ese hombre daría lo que fuera por su hija, aunque parezca mentira lo que me está pasando por la cabeza, yo estoy en duda que haría en su situación. Si un hijo tuyo está en peligro. ¿Qué harías?

—Dime, ¿qué pasa tío? —me pregunta Mozzy cuando nos hemos alejado de los demás lo suficiente.

—Oye, ¿te acordaste de traer mi equipo y uno para Elsa? Igual al mío —hablo mirando para asegurarme que nadie nos oye.

—Si tu equipo y el de Alex, me dijiste eso, ¿no? —Me mira y por su voz, sé que está sorprendido, porque le pedí su equipo.

—Sí, ese, pero no le digas que es de Alex a Elsa, ¿vale? —Estoy muy preocupado, porque sé que a Elsa no le hará ninguna gracia, que sea el traje de Alex. La tendría gorda si se entera.

—Neal, te dije que no le diría nada, pero no entiendo por qué —responde Mozzy muy confundido.

—Es mi chica mientras lo entienda yo sobra —hablo muy en serio, nunca Mozzy me había visto así.

—¡Buah! Estáis como locos por la madera, pero vale me callaré. —Veo que se da la vuelta para marcharse como los demás.

—¿A qué te refieres con eso? —Me pongo a la defensiva.

—Pues que estáis todos pensando en la madera, nosotros también estamos dándolo todo, pero lo entiendo. Tranquilo, no te altares.

—No la conoces, porque si no iba a estar yo con una policía, te lo voy a decir es una bellísima persona y solo quiere lo mejor para mí. ¡Ah! Y por supuesto que no me pase nada —respondo algo cabreado.

—Puede ser como tú dices, no la conozco, pero ya veremos cómo sale todo esto, si no tengo que arrepentirme. —Me mira, sé que por su mirada si algo sale mal no me lo perdonaría nunca.

—A ver si ahora que vas a trabajar con ella cambias de opinión —le hablo más calmado.

—Ya veremos, aunque ya sabes que, a ser madera, no me fío nada de nada. —Sé que eso me lo dice muy sincero.

—En serio, Mozzy. No la llames así, que yo sepa aún no hizo ni

dijo nada que pudiera ofenderte, antes de que te lo dijera no tenías ningún problema con ella.

—Ya lo sé, pero eso de ser policía no me gusta, lo siento. —Mozzy me lo dice sincero.

—Pero ya no es policía, lo dejo a ver si te entra en la cabeza tan dura que tienes —respondo casi perdiendo los papeles.

—Vale, vale —contesta Mozzy no muy convencido.

—Cojones, cuatro veces te lo dije, tú erre que erre. Mira, vamos a buscar los equipos, que no quiero enfadarme contigo tío. ¿Qué están en el coche? —hablo zanjando el tema, porque sé que como sigamos irá a peor.

—Vale, vamos que yo tampoco quiero enfadarme contigo, si están en el coche.

Vamos dirección al coche, espero que entre en razón este cabezota, porque estoy convencido de que, si se acerca a ella, la cogerá cariño. No podría perder a Mozzy, siempre ha estado a mi lado, es como digo yo mi única familia, pero que no me dé a elegir entre ella y él, porque no saldrá mal parado. Le quiero por supuesto que sí, pero con ella quiero pasar el resto de mi vida.

Y nadie me separa de ella, si maté una vez puedo volver hacerlo, que no me busquen porque me encontraran.

Llegamos al coche, uno de los de seguridad de Arjen se lo da a Mozzy, que a continuación me lo da a mí.

—Gracias, tío.

—En serio, Neal. Eres mi hermano, así que intentaré conocerla más, porque sé que eres feliz con ella.

Me quedo sorprendido con lo que me acaba de decir Mozzy, no puedo evitar sonreírle y le doy un abrazo rápido, pero para mi sorpresa me lo devuelve, sé que a él estas cosas no le gustan. Pero cuando me separo no puedo evitar cuando le veo la cara de sorprendido, nos partimos los dos de risa.

Cojo dos grandes bultos, me dirijo a la cocina donde se encuentra Elsa preparando las tilas, la encuentro sentada en un taburete apoyada en la isla de la cocina, se toma la tila, están en sus pensamientos, sé que ha sufrido muchos cambios por eso me quedó mirándola unos segundos, no quiero interrumpir lo que está pensando, aunque confieso que me muero por tener el poder de leer la mente como Edward Cullen.

Cuando pasan unos minutos, dejo las bolsas en el suelo, aún sigue distraída y no se da cuenta que aparezco detrás de ella, La abrazo al principio se sobresalta, pero al notar que soy yo se relaja en entre mis brazos mientras yo no dejo de abrazarla por detrás.

33. Enseñándome a ser ladrona

NEAL

Después del abrazo, que dura unos segundos, es como si no nos quisiéramos separar nunca, me separo de ella, cojo las bolsas.

—Aquí están los equipos, amor —la digo dándole un beso.

—Es todo esto. ¡Madre mía! Pues sí que son grandes —responde sorprendida de verlas, claro.

Nena, son dos equipos completos.

—Uno es el tuyo y otro el mío. —La sonrío.

—Aquí tienes la tila, amor —habla dándome la tila sonriendo.

—Muchas gracias, amor. —La beso—. Vamos a la habitación amor, quiero enseñarte el equipo.

—De nada, amor. —Me devuelve el beso—. Sí, vamos que no sé nada y tienes que enseñarme. —La miro con los ojos abiertos, de verdad esta chica, nunca deja de sorprenderme. No sabe cómo me vuelve loco verla con el equipo puesto.

¡Uf! Para, para Neal.

Elsa se levanta y se acerca a mí. Salimos los dos de la cocina y nos dirigimos a la habitación. Ella, aunque quiera disimularlo está nerviosa, sé qué su preocupación es estropear el robo, no quiere poner a nadie en peligro por no saber hacerlo. Cuando llegamos, cierro la puerta detrás de nosotros.

—Amor, empecemos por lo básico, esto son ganzúas —hablo sacando un pequeño estuche negro—. Vamos que te enseño a usarlas.

Me acerco a la puerta, echo el pestillo, cojo el estuche, lo abro y saco dos pequeñas varillas de hierro de diferentes formas, en cuatro segundos abro la puerta.

—Espera, espera, no tan rápido qué así no veo cómo lo haces —me dice quejándose.

La verdad es que lo hice muy rápido.

—Lo siento, es la costumbre, no te dio tiempo a ver nada.

Se lo repito despacio un par de veces, la veo concentrada mirando los pasos como lo hago. De repente, me mira.

—Creo que lo tengo me dejas probar.

—Claro que sí, amor.

Guardo la ganzúa y cierro el estuche, cierro la cerradura de la puerta, no quiero decirla nada, pero es demasiado pronto para que lo haya cogido, porque yo tarde mínimo una semana en pillar el truco. La verdad cómo sea como cuando estuvimos en Aspen, pillo rápido el truco de esquiar.

—Toma, tu turno. —Le doy las ganzúas.

Abre el estuche, lo coge como me ha visto hacer y lo intenta, no lo consigue, pero no se desanima.

—Espera, espera, que ya lo tengo. —Lo abre—. Toma.

—Muy bien, amor. Seis minutos más rápido que yo, en mi primera vez. Practica un rato, ¿vale? Así mientras yo te miro.

—Sí, voy a practicar —responde contenta.

La miro, pensaba que no podía estar más orgulloso de ella, pero ahora veo que sí. No puedo dejar de mirar a esa mujer. ¡Joder! Es policía y está practicando con unas ganzúas para ser una ladrona y todo por mí. Elsa cierra la puerta, empieza a practicar, a la segunda vez lo hace más rápido, pero no deja de repetirlo mientras yo la voy mirando.

No puedo creer lo bien que lo hace, la guiño un ojo. Ella me asiente con la cabeza, vuelve a cerrar y abrirlo aún más rápido.

—¿Qué tal lo hago, amor? —me pregunta mirándome.

—Cada vez mejor, amor, pero escucha el ruido que hace la cerradura, eso te indica que ya está. Ven, escucha.

Me acerco a la puerta la cierro, hago que se acerque conmigo, ella se arrima a mí, la abro y por su cara creo que ha escuchado la cerradura.

—Déjame a mí, amor —me dice concentrada, cierra y hace lo que la he dicho, la abre mucho más rápido.

—Ves, ¿a qué es más fácil si escuchas a la cerradura?

—Sí, es mucho más fácil la verdad. —Me besa.

Después de un rato practicando la digo.

—Amor, ya estás muy cerca de bajar del minuto. ¿Te atreves a subir la apuesta?

—Sí, apostemos —contesta decidida.

—¿Te atreves a hacerlo con los ojos cerrados? —la digo picándola con una sonrisa de medio lado.

—Sí, claro que sí. Vamos, tápamelos, listillo —responde riéndose, le tapo los ojos.

—A ver cómo lo haces. —Me separo de ella.

—Pero guíame a la cerradura no seas malo, amor —me contesta, compruebo que no ve y como soy un ladrón la robo un beso.

—Pero no te acostumbres —contesto riendo mientras la pongo enfrente de la cerradura.

—Serás malo. —Nos reímos los dos.

Elsa se concentra y abre la cerradura mediante el sonido.

—¡MMM! Veo que ya siente y oye la cerradura. No está mal para ser poli. —Me río.

—¡Eh! ¿A qué me chivo a Arjen y verás? —responde mientras se agarra a mí y me besa.

—¿Qué le vas a decir? ¿Qué te estoy enseñando a usar las ganzúas?

—A ver, enséñame más cosas —habla curiosa.

—Vale, mira esto es un compás de vidrio, sirve para cortar un agujero en el vidrio sin que se rompa —digo enseñándoselo.

—Anda se hacía con esto, ¡vaya! ¿Y cómo se usa?

—¿A qué te refieres con que se hacía con esto, amor? —Levanto una ceja.

—Que he visto muchas veces esos agujeros.

—¡Ah! —Me río—. Pues es muy fácil, mira lo pones así y giras 360° con la parte del diamante, para cortar el cristal.

—¡Ah, vale! Entendido. ¿Qué más hay por ahí?

Voy sacando las cosas de una de las bolsas: Arnés, cuerdas, ropa ajustada para no rasgarla y dejar pruebas, por supuesto guantes y pasamontañas.

—¿Puedo probarme la ropa? —La miro contento.

—Claro que puedes.

Elsa se quita la ropa y se pone el traje sin saber que es de Alex. La miro y una punzada de recuerdos me invade y tristeza, porque negarlo quería a esa mujer, no como a Elsa. Son amores diferentes.

—Oye es cómoda y todo. —Se pone el pasamontañas—. ¿Qué tal?

Se me para el corazón, físicamente son muy parecidas, Elsa es más bajita, pero no puedo evitar pensar en Alex. Joder Neal, ¿qué estás haciendo? ¿Cómo puedes querer a dos personas? Bueno, querer quiero a Alex, amar solo puedo a Elsa.

Así que deja de hacer el gilipollas que la perderás.

—Toda una ladrona y claro que es cómodo amor, has de estar cómoda para hacer un buen trabajo. Por cierto, ¿cómo de ágil y elástica eres?

—Yo creo que bien, ¿cómo quieres que te lo demuestre? —Se estira lo que más puede.

—¿Puedes hacer esto?

Doy un salto y con un rápido movimiento. Me quedo colgando de una biga del techo y me dejo caer al suelo elegante y mirándola.

—A ver, voy a intentarlo —responde, salta y se cae a la cama—. Espera, espera, que lo intento de nuevo. —Salta y se engancha.

—Ole, lo conseguí —dice riendo.

—Muy bien, amor —respondo orgulloso.

—Ahora, ¿cómo me bajo? Ayúdame. —Se ríe nerviosa.

—Descuélgate y déjate caer. —Elsa se descuelga y se deja caer en la cama, reímos los dos.

—Amor, si no sabias bajar de la biga, ¿cómo vas a bajar del conducto de ventilación? —la digo preocupado.

—Poco a poco, espera que lo intento de nuevo. —Da un salto, sube y se deja caer al suelo—. Ole, ves.

—No te hagas daño, por cierto, hay salas que están cubiertas de láseres, si no los puedes desactivar, ¿qué hay que hacer? —Venga, dime a ver si me sorprendes.

—Pues bajar con cuidado, e intentar que no te den, ¿verdad? Como la peli de la trampa.

—Exactamente, vamos a ver como andas de agilidad y elasticidad. Va a ser igual que en la peli, pero… podemos hacer que suene unas campañillas de *"castigo"* y hacemos una apuesta.

—Pero aquí no tenemos de eso, ¿no? Te ganaré así que no hay problema —responde ella sacándole la lengua.

—Vete pensándolo mientras preparo las cosas, ¿vale? —la hablo mientras coloco las cosas.

—A ver, a ver, ya está hago lo que quieras durante una semana —dice riéndose Elsa.

—Pero si ya casi lo haces, no me dejas casi ayudarte con las cosas —la confieso.

—¡Eh! Dime tú lo que quieres, no sé. —Se ríe mientras ve cómo lo pongo todo

—En el sexo no nos queda nada por probar —respondo picaron riéndome de medio lado.

—Seguro que habrá algo, ¿no?

—A mí no se me ocurre nada. Piensa, amor, piensa. Usa esa cabecita tan bonita. —La beso.

Sigo colocando las cosas, para hacer esto lleva su tiempo, pero creo que le vendrá bien hacer este ejercicio si verdaderamente, va a estar a mi lado debe estar preparada para lo que sea.

—Hagamos una cosa pasamos los dos. Al que más le suenen, dice primero una fantasía, ¿vale?

—Eso no es justo, tú tienes más experiencia, pero vale, ¿Quién pasa primero? —me pregunta.

—Yo para que veas como se puede hace, ¿vale? —Paso y me suena dos campanillas.

—A ver lo intento yo —dice ella, es flexible se concentra pasa poco

a poco, pero da a cuatro—. Jooo, perdí —contesta riendo.

—Creo que… ¿tú empiezas no? —hablo juguetón ansioso por saber.

—Pero no está mal, por ser la primera vez, ¿no? —pregunta ella.

—No, no, para nada cuando esto lo hice con tu padre me sonaron las diez. —Me acerco a ella y la abrazo.

—¡Vaya! Déjame practicar y te ganaré.

—No digo que no. —Me río.

—¿Me dejas intentarlo otra vez?

—Sí, pero no se me olvida la apuesta. —La miro acariciando su espalda.

—Ir a cenar con vestido y sin ropa interior, ¿y tú? Dime algo. —Me mira con ojitos.

—Hacerlo en un lugar público.

—Venga, voy a intentarlo. —Pasa y esta vez da a tres—. Te ganaré.

Me acerco mirándola y paso sin darle a ninguna.

—Sé que me ganaras. —Me río.

—Serás pedorro. —Me saca la lengua.

—Amor, llevo haciéndolo muchos años, no sé si te gustara lo que te diré, pero no te enfades por favor. —La miro a los ojos.

—Dime, no me enfadaré, amor.

—Que se te da tan bien estas cosas, solo puede ser que lo heredaste de tu padre o tengas un don oculto.

—¡Vaya! ¿Qué dices? Ya será para menos —responde ella mirándome.

—Digo lo que veo, hay cosas que yo tarde en dominar, por ejemplo, abrir una cerradura con las ganzúas, tú en media hora ya casi lo tienes.

—Pues no sé, si es así menuda herencia me ha dejado Arjen.

—Esa es la que ya te ha dado, pero mira lo que antes o después te dará —digo mirando la casa, la abrazo y la digo en el oído —. Amor, pensé que ibas a ser más picarona en la fantasía.

—Cuando tú me digas algo más pícaro, amor.

Sra. me está picando, ¿en serio?

—Pues… tú yo y otra chica.

—¿Y por qué no chico?

—Es mi fantasía. —Sonrío—. La tuya será con un chico, ¿no? —contesto mirándola.

—Sí.

—Ahora tú la más picarona sorpréndeme —digo ansioso por saber que tiene esa cabecita.

—A ver no sé si decírtelo, pero venga no sé si… Pero me encantaría ser tu sumisa. —La sonrió.

Nena, yo encantado que lo seas. ¡Buff!

—¿Cómo mi sumisa? Explícate mejor. —Me hago el tonto.

—Pues me gustaría que me encadenarás a la cama, que me hicieras lo que desearás. —La abrazo—. ¿Qué pasa?

—Que te quiero, ¿no te puedo abrazar porque me apetezca tenerte entre mis brazos?

—Claro que sí. —Me besa con amor.

—Te cuento la mía más picarona y así quedamos igualados a tres, recuerda que solo es una fantasía, ¿vale? —la hablo con cariño.

—Si, dime —responde mirándome a los ojos.

—Que me veas acostarme con otra —digo mirando al suelo avergonzado.

—¡Eso te gustaría! —responde sorprendida

—Me daría mucho morbo —responde con timidez.

¿De verdad se lo he dicho? Neal, ¿eres tonto o que te pasa?

—¡Vaya! —dice sin poder decir nada más.

—Olvídalo, amor. Te quiero demasiado para ni siquiera proponértelo en serio. Solo son tonterías mías —hablo en serio.

—¿De verdad te gustaría eso? —pregunta mirándome a los ojos.

—Es una fantasía.

—Vale, pero solo si tú me ves con otro tío. —Noto que me lo dice sin poder mirarme.

—¿Que yo te mire mientras estás con otro? —digo boquiabierto—. Vale, ahora se come debes de sentirte al imaginarlo.

—No te gusta la idea —contesta ella, aunque su voz es de dolor.

—¿Qué quieres? ¿Qué hagamos eso? —pregunto extrañado.

—A mí no me gustaría verte con nadie y menos que alguien me toque si no eres tú, pero si tú quieres, lo acepto. —La noto sincera.

—Mirándolo así tienes razón, si me voy a la cama con alguien que sea contigo con nadie más. —La abrazo

—Pero bueno, no quiero quitarte tu fantasía, lo haría por ti —me responde abrazándome fuerte.

—No, no, olvídalo, amor. Además, como a ti no te gusta, pues no se hace y ahora me interesa más entrenarte para que entres conmigo.

—Venga, pues entrenemos —me dice.

—Viste que lo hice dos veces, ahora voy a hacerlo con los ojos vendados. Toma véndamelos. —Me los venda y paso ágil no doy a ninguna campañilla, me quito la venda—. Ves Elsa, un buen ladrón, necesita una memoria fotográfica.

—Sí, ya veo que la memoria es importante. ¡Madre mía! ¿Puedo intentarlo? —Se queda unos segundos memorizando—. ¿Puedes tapármelos?

Me acerco a ella, se los tapo compruebo que no ve. La noto concentrada, va pasando, cuando llega al final ha dado a cuatro campanillas.

Joder, esta chica tiene un don.

—¡Jo! ¡Qué mal! —habla cabreada.

—No te preocupes, a todos nos costó, tanto a tu padre como a mí ¿Quieres volver a intentarlo? Cosas de ser ladrón es memoria muscular, que se logra a base de hacerlo una y otra vez —digo animándola y sonriéndola.

—Voy a intentarlo de nuevo. —Se tapa los ojos, pasa y da a tres—. Tengo que practicar mucho, otra vez.

La insistencia de Elsa me deja boquiabierto, no sé qué se le estará pasando por la cabeza, pero vamos la veo que si ella quiere puede llegar a ser una de las mejores, porque lleva poco practicando y ya apenas da a las campanillas. Yo tarde más de dos semanas en poder controlarlo.

—Muy bien, amor. —Veo como pasa ágil y da a dos.

—La voy a fastidiar. ¡Ufff! —La noto cabreada.

—Tranquila, vale. —La abrazo—. Ánimo, amor.

—A ver, otra vez. —Pasa y da a una—. ¡Oleé!

Veo que se pone a bailar contenta. Nos reímos los dos. Quien diría que ella es policía cuando lo está haciendo genial, pero voy a darla un consejo.

—Perfecto amor, me aceptas un pequeño consejo. ¿Para esa que siempre das?

—Claro, dime. —Me mira esperando que la diga.

—Puedes bajar la cadera dos centímetros y así no la das ya verás.

—Voy a hacerlo —me responde decidida.

—Claro que sí. Venga, inténtalo, cielo.

Ella pasa con cuidado, en la campanilla que siempre da hace lo que le he dicho, la pasa y cuando termina el recorrido no ha dado ninguna. Yo al verlo me alegro y la abrazo muy feliz, sé que será una buena compañera en todos los sentidos.

—Ves como no lo vas a fastidiar, amor. Pensé que no se podía estar más orgulloso de lo que ya lo estoy de ti, pero me confundía.

—¡Ah, sí! —Nos besamos cariñosos, se arrima a mí y nos besamos con amor—. Eres el mejor profesor, algo más que enseñarme.

—¿Qué te parece aprender a hacer una levantada o birlada? Es muy básico, es algo parecido a lo que hacen los carteristas, pero con cualquier cosa, mira metete esta tarjeta en el pantalón —la digo dándosela, veo como se lo guarda en el pantalón, me mira muy atenta —. Ahora, haz que caminas hacia a mí, pasa de largo como si fuéramos dos desconocidos por la calle. —Ella pasa de largo por mi lado, me doy la vuelta y le enseño la tarjeta—. Amor, mira.

—¿¡Que!? ¿Cómo lo has hecho? —pregunta asombrada.

—Muy fácil, metiendo los dedos índice y corazón en tu bolsillo y sacando la tarjeta con mucho cuidado —la confieso, la verdad es que lo he hecho un millón de veces para mí es como andar.

—A ver, ¿me dejas? Métete la tarjeta —me dice dándome la tarjeta.

Yo me la guardo en el bolsillo del pantalón, camino hacia ella como si no la conociera, pero al pasar noto su mano en mi pantalón y se la agarro.

—Vaya, es difícil.

No puedo negarlo la verdad que hay que tener mucha habilidad y destreza, pero sé que lo conseguirá no me cabe ninguna duda.

—Espera, vamos a pedirle una cosa a tu padre, a ver sí aun la tiene —digo pensando.

—Venga, vamos.

Salimos de la habitación, nos encaminamos al salón donde están todos aun liados con el robo. Elsa está pensativa, espero que este bien. Me acerco a donde está Arjen.

—Arjen, una cosa.

—Sí, dime, ¿qué ocurre? —Se gira para mirarnos.

—¿Aún tienes esa chaqueta con la que entrenábamos las birladas? —Espero que sí, le vendría muy bien a Elsa.

—Sí, ¿por qué? —pregunta confundido.

—Estoy enseñando a Heleen algunas cosas del negocio. —Ella me mira sorprendida y yo la miro—. Perdona amor, tanto tiempo con tu padre que me pego lo de Heleen.

—No pasa nada, amor —me responde, aunque en su voz no me queda muy claro si la sentando bien.

—¿Dónde la guardas, Arjen? —pregunto a Arjen.

—En el armario, cógelo. —Nos señala con la mano un armario, al lado de su mesa de trabajo.

ELSA

Veo como Neal va al armario, coge una chaqueta que suena, porque está llena de campanillas. Nos despedimos de los demás, entramos en la habitación.

Neal coloca le chaqueta en un maniquí y mete la tarjeta en una de los bolsillos. Se gira y me mira sonriendo y feliz.

—Amor, practica hasta que no suenen las campañillas, esto es importante igual lo vas a tener que hacer con algún guardia, para quitarle una tarjeta para poder pasar. —Al oírle decir eso, me pongo nerviosa y si se dan cuenta.

—Vale, lo intento. —Me suena algunas campanillas.

Mierda.

—Paciencia amor, es normal nunca lo has hecho. —Sé que me lo dice para animarme y se lo agradezco.

Pasa un par de horas, no dejo de intentarlo, estoy tan concentrada que ni me doy cuenta de que Neal se fue hasta que no entra de nuevo

en la habitación.

—Vida, te he traído comida, ¿te apetece? —Le miro con un plato, para mi sorpresa me ha hecho tortilla.

—¡Ah! Hola. —Le sonrió—. Sí, gracias.

—Toma, espero que te guste mi tortilla de patata, pero te aviso no es esta tan buena como la tuya. ¡Eh!

—Seguro que está buena. —Cojo un trozo—. ¡Mmm! Está muy buena amor.

—¿Te gusta? —pregunta contento—. Me alegro, amor. Que te aproveche.

—Gracias, guapo.

Me pongo a comer, Neal se va a recoger. Cuando termino sigo haciéndolo una y otra vez, no puedo cagarla, porque les traería problemas a todos. Pasa un rato no se calcular cuánto, Neal entra de nuevo.

—Amor, déjalo ya, vamos a dar un paseo para que te despejes, ¿vale?

Muy buena idea, necesitamos despejarnos.

—Vale, Amor —le respondo sonriendo—. ¿A dónde quieres ir amor? —le digo abrazándole.

—Vamos a ver el lago *«Gaasperplas Park»* —me responde abrazándome—. Y montamos en la barca.

—Perfecto —le respondo, la verdad que sería muy bonito, pasear por ese parque con él.

Salimos de la casa de mi padre, nos despedimos de todos. Cogemos el coche que nos ha dejado Arjen, la verdad no puso impedimento cuando dijimos que queríamos ir a dar una vuelta, para despejarnos.

Después de conducir unos treinta minutos más o menos, Llegamos *«Gaasperplas Park»*, hace muy buena tarde, el tiempo acompaña para dar un paseo. Vamos los dos agarrados de la mano, hablando relajados sin importarnos nada.

El parque es increíble, lleno de verde, unas flores preciosas y en medio un lago maravilloso que se puedo montar en barca.

Vemos un puesto para alquilar barcas, Neal agarrado a mi mano me dirige allí, le veo contento, alegre de estar en este sitio, tengo que confesar que yo también después de todas estas semanas de locos, estar en el parque con él es un sueño.

Hablamos con la persona que alquila las barcas, nos da una, montamos Neal no me deja remar así que me relajo. Miro el paisaje, pero lo bueno es que estamos solos en esta barca. También le noto que está a gusto aquí, hablamos, reímos y lo mejor de todo dejamos de pensar en ese maldito robo, que nos va a volver locos a todos.

Al cabo de una hora que se me ha pasado volando, Neal regresa al muelle a dejar la barca, me ayuda a bajar y nos besamos con mucha

pasión.

Vamos caminando un rato por el parque, es un lugar súper romántico y si puedes estar en él con la persona a la que amas, no se puede pedir más, le veo relajado, calmado. Yo me alegro porque es lo que necesita, no hace más que su cabeza dar vueltas y eso no es nada bueno.

Después de recorrernos el parque, nos sentamos en un banco los dos abrazados, Neal se queda pensativo unos segundos.

—Que romántico es esto, ¿verdad? —me dice dándome un beso en la cabeza.

—Mucho la verdad. ¿Qué quieres hacer luego, amor? ¿Vamos a tomar algo? —Estoy tan a gusto con él, que no quiero volver aún a la casa de mi padre.

—Claro. ¿A dónde vamos, cielo? —Me mira con esos ojos azules que me vuelven loca y esa sonrisa perfecta.

—Vamos a ese pub que vimos el otro día. ¿Quieres?

—Vale, porque no —responde mientras nos levantamos.

Vamos al pub, no es muy lujoso, pero para tomar algo no está nada mal, es grande hay varias personas: unas jugando al billar, otras tomando algo. Entramos Neal se va a pedir las copas, pero no antes preguntar qué es lo que me apetece.

—Elsa, ¿qué quieres tomar?

—Un puerto de Indias.

—Vale, espera aquí.

Neal se dirige a la barra y está la típica camarera rubia guapísima, ya estamos, como no, se le come con los ojos. ¡Uff!

Pero me tranquilizo cuando veo que coge las dos copas y viene a donde estoy.

—Toma, amor, tu copa —me dice dándome un beso.

—Gracias. —Lo cojo y le doy un sorbo.

—De nada, preciosa. —Veo como él también da un trago y me abraza—. Amor, ¿te apetece bailar conmigo?

—Claro que sí, vamos.

Me coge de la mano, vamos a la pista donde se puede bailar tranquilos, nos ponemos a bailar pegados mirándonos a los ojos.

—Que bien bailas —le digo arrimándome más a él.

—Ya te dije memoria fotográfica. —Nos reímos los dos—. Te he visto tanto bailar, que ya casi sé.

—¡Ah, sí! —Me río sin poder evitarlo.

—Sí, sabes hacía mucho que no venía a un sitio de estos. —Le miro y no puedo evitar preguntarle.

—¿Y eso por qué? —Le miro con el ceño fruncido.

—Estaba en… —me responde en bajito y se calla.

—¿Dónde amor?

Se acerca a mi oído y me dice.

—En la cárcel, amor, en la cárcel.

—Ah, es verdad, lo siento. Pues ale, a bailar. —Empiezo a moverme para que él me siga y bailemos.

—¿Qué tal lo hago? —pregunta riéndose, moviéndose conmigo.

—Muy bien, amor —responde dándole un beso.

—Tuve una gran maestra. —Me devuelve el beso.

—Gracias.

—¿Qué te apetece hacer aparte de bailar? —me pregunta mirándome a los ojos.

—Ser tuya —le digo oído y noto como algo por dentro se remueve en Neal.

—Cuando lleguemos a casa serás mía —me dice con una voz ronca sexy—. ¿Sabes lo que podemos hacer ahora?

—¿Qué? —pregunto curiosa.

—¿Te apetece entrar en acción de lo practicado hoy? Mira a ese pijo —me dice señalándome a un tío que se le ve muy pijo—. ¿Quieres hacerle una birlada?

—¿Quieres que le robe? —pregunto mirándole—. ¿Y qué le quito la cartera?

—Se le ve que le sobra el dinero —contesta mirándome sorprendido—. Pero si no quieres, ¿no?

—¿Crees que podré? ¿Qué estoy lista? —pregunto insegura.

—Sí, amor, lo estás. Vete a por su cartera, pero antes mírame no te pongas nerviosa, solo piensa que estás en casa practicando, ¿vale? —Le miro, respiro hondo durante unos segundos.

—Lo intentaré, amor. —Le sonrío.

—Sorpréndeme —dice dándome un beso.

Me encamino al pijo decidida, intento controlar mis nervios, cada vez estoy más cerca de él, respiro hondo cuando llego a su lado, paso de largo y le quito la cartera con disimulo. Vuelvo donde esta Neal.

—Toma, amor. —Se la doy con disimulo.

—Lo has hecho muy bien, ya eres una delincuente. —Me besa con pasión y se lo devuelvo.

—Es verdad. —Miro al suelo—. Voy al baño amor, ahora vuelvo.

—Vale, amor. —Al decirle eso, le noto que se queda preocupado, pero se queda allí.

Me dirijo al baño casi corriendo, no quiero derrumbarme delante de Neal, así que entro me mojo la cara para tranquilizarme. Tras unos minutos me relajo, salgo y voy donde esta Neal.

—Ya estoy, amor —digo dándole un beso.

—¿Estás bien? No tienes buena cara —me habla preocupado

—Sí, tranquilo. —Le miro y sonrío, aunque no con muchas ganas —. Es que me he sentido como mi padre, soy una expolicía

delincuente.

—Lo siento, amor, pero tenía que pasar aquí y no en Londres. Espero que me perdones.

—Tranquilo. —Le abrazo.

—Una cosa, ¿a qué te refieres de sentirte como tu padre? —habla con una voz diferente, como de cabreo.

—De que soy como él, a eso me refería.

—¿Y es malo? —me pregunta conteniendo el enfado.

—Son sentimientos raros. entiéndeme amor.

—También te sentiste como yo. Amor yo también soy un ladrón y lo sabes si te sientes como tu padre, te sientes como yo —contesta dolido.

—Pero que dices, ¿por qué te pones así conmigo? —digo sorprendida.

—No me pongo de ninguna manera, pero entiende que si está mal que tu padre sea un ladrón, también está mal que lo sea yo, ¿no? —Me aparto de Neal—. Ven, amor, no me estoy enfadando.

—No entiendo nada —digo alejándome más de él.

—¿Qué no entiendes vida? —Él se acerca a mí.

—Nadie puede entender lo que estoy pasando —respondo dolida, cabreada.

—Lo sé, amor, pasas de policía a ladrona. —Me mira.

—Es duro, nadie puede entenderme por qué sois todos... —Me callo.

—¿Qué somos qué? —pregunta alejándose de mí—. Dilo.

—Delincuentes —contesto casi en un susurro.

—¿Y? Te arrepientes. —me dice serio.

—Claro, que no —respondo sincera.

Nunca podría arrepentirme de estar contigo.

—Es que parece que lo dices con doble sentido. Si lo es tu padre malo, si lo soy yo no pasa nada, no sé si es así, pero tengo esa sensación lo siento.

—Amor, entiende que no sé qué me pasa —responde con los ojos tristes—. Estoy confundida, lo siento.

—Vale, tranquila. ¿Te puedo abrazar?

—Claro, que sí —contesto apenas en un susurro, porque nadie puede entenderme.

—Lo siento, amor, todo es culpa mía —dice abrazándome.

—¿Tuya por qué? No digas tonterías.

—Por dejar que participes en el golpe, esto era lo que quería evitar. —Nos abrazamos los dos fuerte—. No quería que te sintieras así.

—Se me pasará tranquilo —respondo para tranquilizarlo.

—Pero no me gusta que estés con este sentimiento. —Nos besamos

con amor.

—Bailamos —digo sonriéndole, que no se estropee esto por lo que acaba de pasar.

—Sí, amor bailemos, pero antes quiero otra copa.

—Vale, vamos a pedir.

Vamos a la barra y está la misma rubia de la primera vez que atendió a Neal. Nos acercamos y pedimos las copas mientras nos lo pone, me doy cuenta cómo mira a Neal. Así que me acerco a él, le beso con pasión, con cariño. Al instante, él me corresponde.

Cuando nos terminamos de besar, tenemos a la rubia delante nuestra nos da las dos copas, me mira con mala cara y se va. Yo no puedo evitar reírme y Neal se queda sorprendido, pero se ríe también.

—¿Bailamos, amor? —me pregunta con dulzura.

—Sí, vamos. —Le agarro de la mano y nos vamos a bailar.

—Me encanta bailar contigo. —Me abraza mientras bailamos.

—Y yo contigo. Te quiero, amor. —Bailamos—. Eres el mejor.

—Eso dicen, ¿no? —Se ríe—. Ahora en serio, eres tú que me hace ser mejor persona, solo quiero intentar ser lo bueno que te mereces, porque tú solo te mereces lo mejor, de lo mejor.

—Gracias, amor —Le beso.

—La que tú tienes, vida. —Neal deja un momento de bailar para beber y baja media copa—. ¡Dios! Que sed tenía.

Yo le miro y le imito la verdad, que hace calor y te entra sed.

—¿Nos sentamos un poco? —me pregunta medio cansado.

—Sí, vamos, descansemos —le digo.

Nos sentamos en los taburetes que hay en la barra y pedimos dos copas a la camarera rubia, que apenas me mira. Las copas no tardan en ponerlas. Cojo y le da un trago, Neal hace lo mismo le da un trago sin dejar de mirarla me guiña un ojo, pero la camarera piensa que es para ella y se lo guiña también y le lanza un beso.

—Amor, ¿terminamos esto y nos vamos a otro lado? —me pregunta.

—Sí, vamos. —Bebemos los dos—. Nos vamos, amor, pero, ¿dónde quieres ir ahora?

—Claro vamos, a ver si sigue abierto un pub que conozco. ¿Te apetece, amor?

—Claro, vamos. —Al oír eso Neal se levanta, me coge de la mano y salimos del pub.

—Por cierto, en caso de que este abierto me conocen por uno de mis viejos alias, ¿vale? No te preocupes —me dice con voz de preocupado.

—Vale, no te preocupes —respondo mirándolo a los ojos.

NEAL

Después de un rato caminando llegamos al pub, que por suerte está abierto me sorprendo y abro los ojos como platos, llevo muchísimos años sin venir.

—Hostia, sigue abierto después de ocho años.

Entramos en el pub el dueño se queda mirándome como pensando será o no será él, pero me doy cuenta y le miro.

Este cabrón no ha cambiado nada todos estos años, bueno si está más mayor, pero igual de fuerte el tío.

—¿Qué pasa, amor? —dice ella acercándose a mi oído.

—Creo que se acuerda de mí —respondo mirándolo.

Sale el dueño, de detrás de la barra, se dirige a nosotros se pone delante mío y me mira.

—Hanna san Hanna —me dice sorprendido.

—Sí, soy yo. ¿Qué tal, Joel? —le digo dándole la mano, sin dejar de agarrar a Elsa por la cintura.

—Muy bien tío, cuanto tiempo, ¿no? —responde curioso, me fijo que mira a Elsa de arriba abajo, eso me pone enfermo.

Ni lo intentes, capullo.

—Ya tío, estuve fuera por trabajo —respondo intentando estar calmado.

—Bueno, pero ya estás aquí.

—Sí, por un tiempo.

—Oye, Hanna, ¿qué tal está Alexandra? —la pregunta nos pilla de imprevisto tanto a Elsa como a mí. Yo niego con la cabeza y frunce el ceño.

Elsa me mira preocupada, pero digo serio. —Joel, ponnos dos gin-tonic. El dueño se va a ponérselos—. Joder, todo el mundo me tiene que preguntar por ella —digo mirando a Elsa y callándoseme una lágrima.

—Tranquilo amor, no saben nada, entiende las cosas —habla dándome un beso para animarme.

—Ya, pero… siempre que se la mencionan estás delante y me duele —respondo mirando al suelo.

—No te preocupes, es normal, amor. Sé que me quieres, tranquilo.

—Lo sé, pero también sé que sabes que a ella también la quiero. —Elsa cierra los ojos por el dolor de haberme oír decir eso, los abre enseguida para disimular—. Pero os quiero de forma diferente.

Noto el dolor en su mirada, enseguida la aparta y la veo que intenta no llorar.

—Lo siento, amor, pero tú también tendrás a alguna persona que no sea de la familia y la quieras.

—Claro que sí. —Sonríe forzada, me doy cuenta y nos abrazamos.

—¿Por qué eres tan buena conmigo, sabiendo lo que sabes de mí? —pregunto triste casi con los ojos llorosos.

—Porque te quiero —me responde sincera.

—Ya, pero... —Me calla sin mirarla—. No sé, aun así.

—¿Por qué me dices esto? —pregunta preocupada—. ¿Pasa algo?

—No, amor. Contigo no —digo mirándola—. Son cosas de mi cabeza.

—Por qué no me dices que tienes en la cabeza —me habla triste sin entender nada, pero somos interrumpidos por el dueño nos trae los dos gin-tonic—. Gracias.

—Sé que me quieres a rabiar, pero somos dos personas muy diferentes. —La miro con miedo mientras digo eso—. ¿Por qué me miras así?

—No entiendo nada porque me dices esto, ¿Te arrepientes de algo?

—Sí —respondo muy serio.

—¡Quééé! —dice muy sorprendida.

—Me arrepiento de no haberte conocido antes —respondo dándola un beso con muchísimo amor.

—Casi me da un infarto —habla suspirando y riendo.

—No me digas eso que me da a mí —respondo preocupado.

—Pensaba que te arrepentías de estar conmigo. —Veo cómo bebe de su copa—. ¡Que susto!

—¡Dios, no! Contigo no me arrepiento de estar. —La beso.

—Lo sé, amor. —Se acerca a mí y nos abrazamos.

—Eres el amor de mi vida, no es posible querer tanto a una persona, como te quiero a ti —hablo lo más sincero que puedo.

—¡Oh! Qué bonito, amor. Tú también eres el amor de mi vida —me responde besándome.

De repente, me suena el teléfono, lo miro extrañado y salgo a hablar dejando a Elsa sentada tranquila, pero mi instinto me dice que algo pasa. A los quince minutos vuelvo, con una cara muy seria.

—Amor, nos tenemos que ir —digo serio y preocupado.

34. Cambio de planes

ELSA

—¿Pasa algo malo, amor? —Me levanto rápido—. Sí, sí, vámonos.

—No, no pasa nada malo —me responde sonriendo—. Solo que van a mover la corona y cuanto antes vayamos mejor.

—¡Quééé! —contesto muy sorprendida—. Sí vámonos.

Salimos del Pub rápido, noto la preocupación en Neal. Vamos muy deprisa en el coche, yo intento calmarme y no ponerme más nerviosa de lo que estoy.

Llegamos al rato a la casa, entramos deprisa vemos a todos en el salón. Neal me aprieta la mano, le miro y le sonrió.

—Arjen, ¿qué ocurre? —le digo preocupada y asustada.

—Nada, han llamado a Mozzy diciendo que van a mover la corona —me responde mirando los planos.

—¿Cuándo? —le pregunto.

—En una semana. —Me mira mi padre a los ojos.

—Entonces, habrá el doble de seguridad, es el protocolo —contesto asustada poniéndome blanca.

—Seguramente —me responde muy tranquilo, la verdad me sorprende no solo él está tranquilo, miro a los demás y veo que están como si nada.

—No, seguramente no, ¡casi seguro! —hablo nerviosa.

—Por eso hay que hacerlo antes de que la muevan —responde Arjen.

—Pero es muy pronto, aún no estoy… —Miro a Neal.

—Esperar, ¿vais a dar semejante golpe cuatro personas? —pregunta de repente Rukus.

—Estás más preparada de lo que crees, amor. Además, vienes conmigo —responde Neal para tranquilizarme.

—¿Qué piensas, Rukus? —pregunta Arjen.

—Sois cuatro personas los que queréis hacer el golpe, pero tres de vosotros ladrones profesionales, uno retirado hace treinta años, otro semi retirado y él. —Señala a Mozzy—. Por último, una expolicía. Con todos los respetos Elsa, sabes que me caes bien, pero no te veo en este mundo joder. ¿Pretendéis robar la corona? ¡Estáis locos!

—Tienes razón, debería dejaros solos —contesto dirigiéndose a la puerta.

—Elsa, para —dice Neal serio.

—Lo siento, guapa, pero es así —habla Rukus tajante.

—Tú estás dentro, porque lo digo yo. —Me mira y luego a los demás—. Si no mirar su debut.

Todos le miran, de repente, saca la cartera robada. Todos se quedan alucinados, yo miro al suelo aún no me creo que lo haya hecho.

—Elsa, me gustaría hablar contigo a solas, si es posible. —Rukus se dirige a la puerta para salir del salón.

—Claro, Rukus, vamos. —Me encamino con él para salir.

Salimos del salón, nos alejamos para que nadie pueda oírnos. Me imagino que me va a decir algo que no va a gustar a Neal, me da que teme como vaya a reaccionar con él o esa es mi impresión.

—¿Qué pasa, Rukus? —pregunto inquieta.

—Tú sabes que, aunque seas poli o ex policía me caes bien, ¿verdad? —Me mira a los ojos.

—Creo que sí —respondo tímida, porque si no le conociera me daría miedo, es un 4 x 4.

—Pues deja de creerlo, me caes muy bien. Yo vi lo que hiciste por Neal.

—Vale y tú a mí también me caes bien, pero no entiendo que quieres hablar conmigo. No voy a dejar solo a Neal, lo siento.

—No me entiendas mal, tú no tienes experiencia. A Neal yo tampoco le voy a dejar solo, ni a ti tampoco.

—Entonces, ¿qué me quieres decir, Rukus? —pregunto muy seria.

—Que no tienes experiencia, no vas a aportar demasiado en este raro equipo y los pondrás todos en peligro. Elsa, no me entiendas mal. Si tú me llamas y me dices que mate a alguien por ti lo hago sin pensarlo, pero entiende que ahora está en peligro la vida de dos de las personas que más quiero. —Sé que me lo dice sincero.

—Entendido, Rukus. Gracias sé que quieres mucho a Neal y a Mozzy —contesto mirándole a los ojos, ahora por lo que me ha dicho sé lo que debo hacer.

—Ellos hicieron mucho por mí —dice Rukus mirándome.

—Te entiendo, sé lo que debo hacer. Dile a Neal que lo siento, que le quiero con toda mi alma. No dejaré que nadie le pase algo por mí,

yo lo arreglaré. Cuida mucho de Neal. —Salgo corriendo para salir de la casa.

Rukus va detrás de mí, me alcanza, me agarra del brazo y me para. Me quedo sin saber cómo reaccionar, el agarre es firme, pero sin apretar dentro de lo que cabe solo quiere que no me vaya.

—Para Elsa, si ahora dejas a Neal va a ser peor —me dice Rukus muy preocupado.

—Suéltame, Rukus —contesto muy seria—. Voy a entregarme para que estéis todos a salvo.

—No te vas a ir, ¡joder! Elsa, entiéndeme. No tienes experiencia, pero ahora no puedes dejar a Neal, es más frágil de lo que parece. —Me quedo pensando a qué viene que me diga eso, no lo entiendo.

—Rukus, por favor. Déjame, no es dejarlo, es salvarlo —le respondo serio.

—¿Salvarlo? Por eso él está en este lío, para salvarte a ti. Si alguien va a evitar que os pase algo, voy a ser yo, eso es lo mío.

—Salva a Neal Rukus, déjame irme por favor —miro al suelo, no quiero irme, pero por Neal hago lo que sea.

—Tú te quedas aquí, sé que casi no me conoces, pero ahora haces más bien quedándote que yéndote, lo sé.

—¿Puedes soltarme? —pregunto sin mirarle.

—Solo si me prometes que te quedaras y darás el golpe con ellos, Elsa creó que deberías saber algo. —Noto cómo se queda callado unos segundos, que para mí son interminables, su cara es seria y eso me mosquea.

¿Qué es lo que tiene que decirme?

—¿Qué pasa? —pregunto mirándole.

—Ahora no puedes irte, porque yo sé que le puede pasar a Neal si te vas. —Eso me inquieta, ¿cómo que le pasará? ¿Qué me están ocultando? ¿Por qué tanto misterio con todo? ¿Acaso se creen que soy una cría?

—¿Qué le pasará? —hablo asustada.

—Que hará muchas estupideces, ¿si te cuento una cosa me prometes que quedará entre nosotros? —me dice mirándome a los ojos y sé que lo que me diga tengo que ser una tumba, no puedo incumplir está promesa.

—Sí —respondo sincera y seria.

—Por favor, no digas nada de esto y menos a él. —Su voz es de preocupado.

—Dímelo, si quieres que no me vaya —contesto presionándole.

—Vale, de todos es sabido que Neal es un mujeriego, pero un día conoció a Alex, no sé si sabrás la historia.

—Cuéntamela —respondo seria, sé que me dolerá, pero tengo que saberlo.

—Conoció a Alex, llegaron a estar prometidos, pero antes de eso ella se metió en un buen lío y Neal la fue a ayudar sin pensarlo. Tenían que dar un gran golpe de diamantes, pero ella desapareció, el golpe le dio él solo y salió mal.

—¡Qué! —digo tapándome la boca—. No entiendo nada ¿Alexandra no quería a Neal?

—Sí, pero pensaba lo mismo a tú, que dejarle era lo mejor y Neal terminó muy mal entro tres veces en la cárcel, por eso aparte de tener deudas con gente muy mala.

—¿¡Cómo qué tres veces!? —contestó sin poder creérmelo, él solo me ha dicho que estuvo cinco años en la cárcel no que estuvo tres veces.

—Sí, hizo tantas locuras que le pillaron tres veces, pero escapó las tres solo te pido que no te vallas, no le dejes.

—No lo haré estaré con él —digo impactada de lo que me acaba de contar.

—Te lo digo en serio o tu menor problema serían los Yakuza. Quédate y ayuda en lo que te pidan —me contesta serio, nunca le había visto así, bueno la verdad no le conozco muy bien pero no pienso achantarme.

—¿¡Qué me estás amenazando!? Déjame en paz. —Me separo de él —. ¿Quién te crees que eres? ¡Ehh!

—Yo no amenazo —responde super serio—. Alguien que no te gustaría conocer, hazme caso y quédate con Neal.

—Mira, no me das miedo, sabes.

—No te quiero dar miedo. —Me mira.

—Vamos, impídemelo. Tú tampoco querrás conocerme —digo furiosa.

—No me vas a dar miedo por mucho que hagas, no tengo familia a la que amenazar.

—Ni yo —contesto rotunda.

En eso Rukus saca una pistola, yo le miro con los ojos como platos, se acerca a mí y me da la pistola. Me pongo blanca por momentos.

¡Joder! No te achantes, no tiembles, sé fuerte.

—Vamos, mátame solo quiero que estés junto a Neal. —Se acerca a mí.

Sin poder evitarlo empiezo a temblar a ver el arma en mis manos, me vienen todos los recuerdos con el Escorpión, ¡Dios! ¿Cuándo se me pasará? Me separo de él y le miro enfadada.

—No vuelvas hablarme en tu vida. —Salgo corriendo a la habitación, cierro la puerta de un portazo.

NEAL

Oigo el portazo desde el salón, me extraño así que salgo a ver qué

ha pasado. No veo a Elsa y me dirijo a la habitación. Llamo a la puerta.

—Elsa, soy Neal. ¿Qué pasa? —hablo detrás de la puerta, primero quiero saber qué ha pasado.

—Habla con tu amigo —me dice con voz temblorosa y llorando.

Al escucharla hablar así me asusta y entro sin importarme nada. Sé que le está dando uno de sus ataques y no sé por qué. Al entrar la veo temblando tumbada en la cama sin poder dejar de llorar, me acerco a ella y la abrazo contra mí.

—¿Qué pasa? Dímelo —digo asustado de cómo la veo.

—No quiero saber nada de Rukus, me amenazó y saco una pistola para que le matará. —Sé que tiembla por la pistola.

—Pero explícame que paso. ¿Qué te dijo?

—Que no debería ir al golpe —me responde rotunda.

—Eso lo pienso yo también —digo sincero, no porque lo vaya a hacer mal si no, porque no quiero hacerla pasar por eso, he visto cómo se puso cuando robó la cartera a eso pijo en el Pub.

—Entonces, lo entendí y quise marcharme a... Bueno, a que no os pasará nada. Entonces, ¿qué cojones hago aquí si todos pensáis lo mismo?

—Lo hacemos por tú bien. —La miro a los ojos.

—Te están esperando todos, ¿qué haces? Ve, tienes un robo —me dice alejándose de mí.

—Pues no sé, intentar hablar con mi novia. ¿O es malo? Porque sí lo es me lo dices —respondo casi perdiendo los papeles.

—Pues eso que me dejo, que no debería ir.

—Repito que lo pensamos todos y te lo dije, ¿no? —La miro.

—Entonces, lo entendí iba... a hacer que no os pasará nada, que no hicierais el golpe y Rukus me amenazó y sacó una pistola, para que no me fuera. —Me quedo sorprendido.

—Tú sabes que lo hago por ti, ¿verdad? —digo muy serio mirándola—. Respóndeme tú sabes que lo hago por ti, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué te parece mal que te diga que no quiero que estés, si lo único que quiero es que estés bien? Porque oye, si no te importa lo que hago, lo dejo.

—Sigo diciendo que la única solución es entregarme, que me maten es lo que quieren por culpa de Arjen y estaréis a salvo. Es lo mejor antes que hacer el golpe.

—Pues no lo hacemos y morimos —respondo seco y muy serio.

—La única sería yo, los demás estaréis todos a salvo —responde bajando la cabeza.

—Que te coja los Yakuza. ¡Eres tonta! ¿Cómo pretendes que lo permita? —Eso me hace encenderme de furia.

—Se acabarían los problemas.

—¿Y yo que hago sin ti? —digo con un nudo en la garganta—. Con Rukus ya hablaré, ahora me importas tú. ¿Dime, qué hago sin ti?

—No lo sé, mínimo vivir, pero no haré nada tranquilo. —La miro con decepción.

—No me mires así, por favor.

—¿Cómo quieres que te mire?

—Así no, nunca me has mirado así —responde apartando la vista.

—Nunca me… Bueno, no lo digo porque te quiero.

—Que vamos dilo —me reta.

—Que nunca me tocaste tanto los cojones sin tener yo la culpa. Joder, que parezco encima el malo de la peli.

—Si a ti no te digo nada, solo te he dicho lo que ha pasado. —Su voz es triste.

—¿Y qué también estaría mejor sin ti o no? Y sabes lo que me duele que me digas eso.

—No veo otra solución, es muy precipitado el robo.

Tiene razón esto hace que cambiemos el plan y hacerlo más rápido todo, pero no voy a permitir que se entregue, aunque sea la ato a la cama para que no se mueva.

—Prefiero eso que estar sin ti. —Me abalanzo sobre ella y la abrazo—. No quiero perderte.

—Tranquilo, no haré nada.

—Tú solo hazme caso a mí, ¿vale? —La aprieto contra mí más fuerte.

—Lo haré. —Nos besamos.

—Nunca me dejes, por favor —la digo desencajado mirándola.

—Claro que no, amor. —Esa respuesta me tranquiliza, respiro hondo.

—Voy a hablar con Rukus, ¿vale amor? —hablo con cariño.

—Tranquilo, está todo bien. La que tiene que hablar soy yo, amor —me contesta segura y sincera.

—Antes voy yo. —La beso—. Tú espera aquí, amor.

Salgo de la habitación en busca de Rukus, pero no tengo que irme muy lejos porque le veo en el pasillo.

—¡Eh, Rukus! ¿Estás loco, tío? —le digo mirándole.

—¿Qué pasa? ¿Por qué? —me responde él con otra pregunta.

—¿Cómo que qué pasa? ¿Cómo es eso de que le sacaste el arma a Elsa y la amenazaste? —Mi tono es de cabreo.

—Tío, se me fue la cabeza, lo siento, pero se iba de aquí no podía soportar que te pasará lo de Alex. Elsa iba a suicidarse por ti no podía permitir que sufrieras Neal, no lo volverías a soportar —me responde totalmente preocupado por mí.

—Ven, vamos a hablar con Elsa. Que ella quería hablar contigo.

Vamos los dos para la habitación, va muy callado. Sé que está arrepentido, pero no le puedo decir el trauma de Elsa con las pistolas y los ruidos fuertes como disparos. Llamo a la puerta.

—¿Sí? —Se oye detrás de la puerta.

—Amor, somos Rukus y yo. ¿Podemos pasar para hablar de lo sucedido? —Miro a Rukus como diciéndole compórtate.

—Pasar. —Abro la puerta, entramos callados, noto cómo Rukus no mira a Elsa.

—Amor, ¿qué le quieres decir a Rukus? —La miro con cariño.

—Rukus, perdóname. No quería decir todo lo que dije, entiendo que no me dejarás irme, pero no veía otra solución —dice sincera los dos la miramos.

—Elsa, todos estamos aquí para solucionarlo, perdóname a mí por cómo me puse. Soy muy bestia.

¡Vaya! Nunca le había visto pedir perdón a este grandullón.

—Lo sé, pero no quiero que cuatro personas, les pase algo por mí, sobre todo a él —responde mirándome.

—Por eso estoy aquí para encargarme de la seguridad, no os va a pasar nada. Yo mantengo a raya a los Yakuza, solo tenéis que salir con la corona.

—Eso es lo malo yo no estoy lista para ayudar a Neal, tienes razón no debería ir.

Eso no es verdad, estás más que lista.

—Tú no te preocupes. —La cojo de la mano—. Yo voy a estar contigo y tengo algo de idea de esto.

—Elsa, no te preocupes, ¿vale? Estas con dos de los mejores ladrones de la historia y el mejor cerebro criminal que nadie ha conocido —contesta Rukus.

Ahí tiene toda la razón, nada puede salir mal.

—Vale, tienes razón —responde ella más tranquila.

De repente, pican a la puerta, voy a abrir y veo a Mozzy, por su mirada sé que no trae buenas noticias. Entra en la habitación.

—Chicos, hay un problema, Tenemos que partir ya para Londres. Id a prepararos que marchamos en dos horas, ¿vale? —dice yéndose deprisa.

—Voy a prepararme —habla Rukus saliendo de la habitación.

—Amor, sabes que estás preparada. Solo tienes que creértelo, ¿vale?

—Es que es muy deprisa, pero vale tranquilo —contesta algo asustada.

—Esto suele pasar, además yo estaré contigo, ¿vale? —Nos besamos—. Todo va a salir bien.

Nos ponemos todos a preparar las cosas que necesitamos, maletas,

etc. Una vez todos en el salón nos montan en un gran todoterreno, vamos al jet privado de Arjen. Montamos y en unas horas llegamos a Londres.

Bajamos del jet y nos dirigimos todos a un piso franco que tiene Mozzy. Una vez dentro del piso, Mozzy saca unos planos diferentes de donde está la corona.

35. Londres

NEAL

—Chicos ha cambiado la cosa debemos ir allí —dice Mozzy Señalando en el plano—. Aquí es donde van a limpiarla para luego exhibirla. En ese sitio habrá menos seguridad, pero hay que hacerlo en dos días, no hay más margen de tiempo y sé cómo hacerlo, escuchar. —Veo como Mozzy coge aire—. Vayamos por partes: Rukus tiene que dejar fuera de juego al joyero, que la va a limpiar y a su ayudante. Neal y Elsa, vosotros seréis los sustitutos del joyero. Arjen y yo tenemos que hacer que os contraten a vosotros para ir a limpiarla y debéis conseguir los productos químicos que se usan para ese fin. Quedaréis solos y tendréis tiempo para dar el cambiazo por la réplica.

—Vale, entendido —responde Elsa cogiéndome de la mano.

—¿Qué te parece, amor? —la pregunto apretando una mano para tranquilizarla.

—Perfecto, la verdad un buen plan, pero no me dejes sola por favor —me suplica.

—Claro que no, amor —responde sonriéndola cuando se gira—. Mozzy porque no vais haciendo tú y Arjen la falsificación, mientras Elsa y yo nos hacemos con lo necesario para entrar.

—Sí, sí. Nos hacemos cargo nosotros —me contesta Mozzy.

—Amor, ¿dónde vamos ahora? —La noto confusa.

—Tenemos que ir a comprar herramientas de joyero y los productos para limpiar el oro. Comprarnos ropa y alguna joya muy cara —la contesto.

—¿Vamos a ir ahora? —La beso, porque la pobre está perdida, es su primer golpe y no sabe cómo actuar, pero yo no la dejaré sola ni un momento.

—Claro, amor, pero tiene que ser ya que no hay tiempo —la

confieso.

—Pues entonces, vamos a comprar, ¿no?

Salimos de la casa de Mozzy en busca de una de las mejores tiendas de ropa de todo Londres, me conozco muy bien Londres, sé dónde ir. Después de un pequeño paseo llegamos a la tienda más glamurosa de la ciudad.

Entramos a la tienda los dos cogidos de la mano. Se nos acerca un dependiente, que por su forma de andar debe ser gay, no tengo nada en contra de ellos, pero a este se le ve la pluma. Viene a nosotros.

—¿En qué puedo ayudaros, chicos? —nos pregunta con una sonrisa.

—No creo que sea posible, pero a ver si puedes hacerla aún más guapa. —De repente, la miro—. Amor, pruébate todo lo que quieras, ¿vale?

El dependiente súper amable me indica que me siente en el sillón, que hay para esperar mientras se prueba ropa y me ofrece un café. Saca varios vestidos para Elsa: uno azul, un morado clarito y uno negro.

Veo que sale con el azul y me mira

—¿Te gusta?

—No demasiado —la respondo sincero, para hacer el robo es demasiado sexy.

—Vale, voy a probarme otro. —Vuelve a salir con el morado clarito—. ¿Y este? —Da una vuelta para que la vea.

—Es precioso te queda genial, pero demasiado escote, amor. Piensa para lo que es... —hablo disimulando.

—Tienes razón. —Entra se prueba el negro y sale—. ¿Y este?

—¡Mmm! Sí, amor. Es perfecto, estás preciosa —le respondo sin dejar de mirarla.

—Te gusta, pues me lo quedo.

—Ahora solo necesitas unos zapatos y un bolso. —La sonrío.

Elsa busca por la tienda y ve un bolso.

—Me gusta este.

—Pues sí. Además, pega con el vestido llévatelo.

—Y zapatos ayúdame no sé si mucho tacón o cuales —me dice indecisa.

—Fácil poco tacón, por si hay que correr —respondo bajito acercándome a ella.

—Entonces, estos son perfectos —me contesta sonriendo.

—Sí. —Me acerco y la abrazo.

—¿Tú no tienes que comprarte nada, amor?

—Sí, tenemos que ir más tarde a por ello, aún podemos ir a por las joyas. Así que vamos, amor.

Vamos a la caja. Elsa paga el vestido, el bolso y los zapatos, se lo

meten una bolsa para que no se estropee el vestido. Salimos de la tienda y vamos a la mejor joyería de Londres y entramos.

—Amor, estoy pérdida. ¿Qué tenemos que ver aquí?

Los complementos para la ropa: tu collar, tus pendientes y mi reloj —la digo mirándola.

—Vale, veamos —me responde mirando todo.

El joyero saca un juego precioso: un collar y unos pendientes de diamantes para Elsa. Me enseña un reloj para mí, pero veo cómo Elsa mira relojes, así que dejo el que me ha dado el relojero.

—¡Oh, qué bonito amor! Mira, este reloj para ti me encanta.

—Y a mí, ¡qué buen gusto! —contesto cogiéndolo—. Me encanta. —Me lo pruebo—. ¿Me queda bien, amor?

—Sí, perfecto, cómo veo que te gusta, te lo regalo —me contesta feliz, yo la dejo que me lo regale, sé que le hace mucha ilusión.

Veo como Elsa paga las joyas, me quedo embobado mirándola.

Es perfecta.

Salimos de la joyería.

—Amor, muchas gracias, pero era carísimo. —La miro con cariño.

—Soy rica, ¿recuerdas? —Ella ríe.

—Y yo, somos nuevos ricos —digo riendo.

—¿Ahora dónde vamos, amor? —me pregunta mirándome.

—A por mi traje, amor.

Nos ponemos andar por Londres, después de un rato llegamos a la sastrería. Entramos en ella, vemos al dueño que es un señor mayor con gafas, que viene hacia nosotros.

—Tenga Sr Cafreey su traje a medida, con las especificaciones que me pidió.

Cojo el traje, Elsa y yo nos vamos al probador, me lo pongo. Me giro para que me vea Elsa.

—¿Te gusta el traje? —la pregunto.

—Es precioso —dice mirándome embelesada—. Te queda muy bien.

—Uno que tiene percha. —Nos reímos los dos. —Vamos, amor, a pagarlo y nos vamos.

Pagamos el traje y nos marchamos, nos cogemos de la mano mientras andamos para comprar los productos químicos y a por las herramientas.

—Amor, voy a llamar a mi contacto para saber si tiene ya los productos que necesitamos.

—Vale, pues llama, amor.

Hago la llamada, no tardo ni cinco minutos, cuelgo y la beso.

—Ya está, amor. He quedado con él a las 17:00.

—Vale, perfecto. ¿Qué hacemos mientras? Son las 15:00 —Veo que mira el reloj.

—No sé la verdad, yo tengo hambre, ¿quieres probar lo típico de aquí? —la pregunto mirando un puesto que tenemos en la otra acera.

—Sí —me responde sonriendo.

—Pues comamos en un puesto ambulante «*Fish and chips*» —digo cogiéndola la mano y llevándola al puesto.

Llegamos al puesto pedimos la comida y nos sentamos en el banco de un parque de al lado a comer, comemos y hablamos felices, somos dos personas que se quieren.

—Qué parque más bonito, ¿damos un paseo por él? —me pregunta abrazándome.

—Vale. —La sonrío.

La abrazo mientras que caminamos por él, la agarro de la cadera, ella me mira feliz coloco mi mano en el bolsillo de su pantalón y nos besamos como dos adolescentes. Seguimos andando, cuando vemos a otras parejas, algunas con carritos con bebés, a padres jugando con sus hijos. De repente, noto cómo ella no puede evitar mirarlos y sonreír, yo la sonrió.

—¿Qué pasa, amor? —pregunto mirándola—. ¿Te sale el instinto maternal al ver a los niños jugando con sus padres?

Ella me mira, su cara es de asombro, espero que no se enfade.

—Sí, la verdad que sí —respondo un poco avergonzada.

—Amor, ¿qué te parece… sí cuando termine todo esto… lo buscamos? —digo tocándome el pelo esperando a ver que dice ella.

—¡Quééé! —Solo le sale decir eso y me mira.

—¿Por qué me miras así? ¿Qué pasa? —pregunto confundido.

—Nada, no me esperaba eso —me contesta aun sin creérselo.

—Pensaba que era lo que querías —digo confundido mirándola.

—Claro que quiero —me contesta ella sincera—. Pero como dijiste que querías que disfrutemos los dos solos, por eso lo digo.

—Lo sé, pero viendo a estos niños jugando con sus padres y las madres preparándoles la merienda, pues me gustaría ser ese padre que está jugando con su hijo y enseñarle a jugar al fútbol y esas cosas.

—A mí me gusta que lo fueras —me responde acercándose a mí, acariciando su cara.

—Pues cuando termine esto, esté todo más tranquilo y nos asentemos, ¿de acuerdo? —Ella no me contesta solo me abraza, me da un beso con eso sé que es un sí y la beso con amor—. Solo espero ser casi tan buen padre cómo fue Roberto para ti o John para su hija.

—Seguro que sí, no tengo ninguna duda —me contesta besándome.

—Contigo a mi lado seguro —digo mientras no dejo de besarla—. Amor, tenemos que ir a por eso.

Vamos caminando para salir del parque, en todo el camino no dejo de sonreír estoy muy feliz. Por la cara de Elsa, diría que ella también.

Llegamos a un callejón, queda a un viejo bajo un poco oscuro, veo

que Elsa se pone nerviosa, pero la aprieto la mano como diciendo no pasa nada. Llamo a la puerta.

—¿Sí? —Se oye detrás de la puerta.

—Soy yo el Sr C. —Se oye cómo se abre la puerta, vemos a un hombre fuerte, grande y rudo algo serio y entramos los dos—. ¿Tienes eso preparado?

—Sí, claro, toma. —me contesta el hombre dándome lo que he pedido.

—Gracias. —Lo cojo, me pongo a mirar el material, veo que está todo, luego le miro—. Toma, esto es lo tuyo. —Le doy un fajo de billetes.

El hombre lo mira y me dice sonriendo.

—Encantado de hacer negocios contigo.

—Igualmente —respondo cogiendo a Elsa de la mano y saliendo de la casa.

—Ya esto todo, amor —digo una vez fuera—. Vamos a casa a dejar esto y a tomar algo después.

—Sí, vamos.

Vamos a la casa, dejamos las cosas una vez que las dejamos le decimos a los demás que nos vamos a dar una vuelta, más bien por Elsa que sé que no conoce nada de Londres.

Así que salimos y la llevo al *«London Eye»*.

Ella se queda con la boca abierta cuando ve la noria, la verdad es que impresiona verla. Nos dirigimos a la taquilla para sacar los billetes para montarnos, los sacamos y entramos. Se ve todo Londres, pero lo que se puede ver mejor es «*El Big Ben»*. No dejamos de abrazarnos en todo el trayecto, después de un rato bajamos de la noria.

Decimos de ir a cenar a un restaurante que está al lado. Es un sitio íntimo, romántico, con muchas parejas dentro de él. Disfrutamos de una velada tranquila. Aunque la noto preocupada, me imagino que es por el robo de dentro de dos días.

Cuando terminamos de cenar, salimos y vamos a casa de Mozzy dando un paseo, por lo que he visto no está muy lejos de donde estamos. Nada más salir, Elsa me mira.

—Amor, ¿cuándo vamos a dar el golpe? —dice bajito para que nadie la oiga.

—Mañana llega la corona, pasado mañana —digo muy tranquilo—. Mañana Rukus se encarga de los verdaderos joyeros, Mozzy y tu padre se están moviendo para que nos llamen a nosotros como los nuevos joyeros —digo bajito.

—¿Y los trajes para qué, amor? —pregunta ella—. ¡Madre mía! Espero que salga todo bien.

—Hombre, se supone que somos importantes joyeros. No podemos ir en vaqueros, todo tiene sentido.

—Es verdad, si soy muy preguntona dímelo, ¿vale?

—No pasa nada es normal es tu primer golpe y no lo tienes de formación profesional —la digo riendo.

—Gracias, amor. —Me da un beso.

—¿Qué más quieres saber, vida?

—En casa, aquí no es bueno hablar —me dice ella mirando a todos lados.

—Vas aprendiendo. —La doy un beso.

Llegamos a la casa, al entrar vemos que todas las luces están apagadas. Miro el reloj, son las 23:00. Me imagino que estarán todos durmiendo, porque lo que nos espera es algo complicado.

—¡Ssshhh! Amor. No hagas demasiado ruido deben de estar dormidos —digo en bajito cogiéndola de la mano, para ir a la habitación cierro la puerta, me siento en la cama—. ¿Hay algo más que quieras preguntar?

—Sí. Yo lo que tengo que hacer es seguirte, ¿verdad?

—Sí y ayudarme. ¿Algo más, amor? Ahora es el momento de preguntar y aclarar todas las dudas. —La miro esperando su respuesta.

—No, no, todo claro —responde ella.

—Vale, ven. Siéntate a mi lado. —Ella se acerca, nos abrazamos—. ¿Lo pasaste bien hoy, amor?

—Sí, ha sido un día muy bonito. Me encanta estar así contigo, que hagamos cosas. —Ella me mira a los ojos con mucho cariño.

—Y a mí contigo, cuando termine todo esto vamos a Edimburgo hago lo que tengo que hacer, pero después recorremos Escocia, ¿vale?

—Claro, amor. Por cierto, amor, no te enfades —me dice con algo de miedo por si me enfado.

—Dime —contesto.

—¿Tienes alguna foto de Alexandra? —me dice tímida.

—No, aquí no, pero si quieres te puedo hacer un retrato rápido de ella. —Bueno la verdad, su recuerdo me duele, pero lo haré por ella.

—¡Lo harías! —habla sorprendida.

—Sí, voy a por las cosas.

Me levanto, salgo de la habitación. Al rato entro con papel y lápiz y me pongo a dibujar el retrato. Elsa se queda sentada mirando cómo dibujo, mientras que dibujo me cara cambia, ella lo nota.

—Amor, de verdad si es duro para ti no, ¡eh!

—No te preocupes, antes o después vas a saber cómo era. —Sigo pintando el retrato.

Mientras termino de dibujar, Elsa se ha ido a la ducha, me ha dicho que así me deja hacer el retrato tranquilo. Al rato Elsa sale de la ducha, solo con la toalla aún con el pelo mojado. Se pone a cambiarse, pero dejo un momento de dibujar para verla. Me vuelve loco ese cuerpo.

—¡Mmm! Amor, que buenas estas —digo sin poder dejar de mirar su cuerpo desnudo mientras ella se viste, ella me sonríe—. Mira, ya he terminado. —Se lo enseño.

—A ver. —Se acerca a mí y lo mira—. ¡Madre mía! ¡Qué guapa!

—Sí, lo era —respondo con una voz triste, mirando el retrato—. Era un poco más alta que tú, casi como yo y pelirroja.

—¡Vaya! Yo soy un tapón —dice riendo—. Era preciosa.

—Pero eres mi tapón, amor. Mi precioso tapón. —La doy un dulce beso en los labios y la abrazo.

—Gracias, amor. —Ella me abraza—. Entonces, las pelirrojas son tu perdición. ¡Eh!

—Sí, se puede decir que sí, pero ahora solo tengo ojos para una morena. —La miro sincero.

—La verdad que era guapísima. ¡Madre mía! —dice Elsa mirando el retrato.

—Sí, era muy guapa. —Se me nota en la voz que me cuesta hablar de ella—. Éramos la pareja más envidiada de todas, ellas me querían a mí y ellos a ella. Vamos lo que nos pasa a nosotros.

—Que nos va a pasar eso, no exageres. —Veo cómo se ríe.

—¿No hay camareros que te tiran los tejos? ¿Y el profesor de esquí que me dices de él? —digo mirándola.

—Anda ya, no es para tanto si no soy nada del otro mundo —contesta ella, nos reímos los dos.

—No exagero, pero me da igual estás conmigo —la digo sincero abrazándola.

—Oye, no llevaremos armas, ¿no? —Se pone seria por momentos.

—¡Dios, no! —La abrazo fuerte, sé que con solo en pensar en armas se paraliza.

—¡Ufff! Me quitas un peso de encima —contesta acurrucándose a mí.

—Acuérdate que somos joyeros y ellos no llevan armas. —La miro.

—Ya lo sé, pero Mozzy y Arjen no me gustaría que llevaran y por supuesto, Rukus tampoco.

—Arjen y Mozzy en los golpes no usan armas, sabes que yo tampoco las uso, pero Rukus si la va a llevar, pero no va a hacerte nada, no va a usarla a no ser que yo diga que la use —contesto intentando tranquilizarla.

—Si tú lo dices, te creo. —Se calla unos segundos—. Pero conmigo no tardo en sacarla.

—Eso olvídalo, ya te pidió perdón, ¿no? Además, no te vas a separar de mí, tu piensa que es entrar dar el cambiazo y salir. Rukus nos recoge y nos largamos. —No dejo de abrazarla.

La veo bostezar, miro el reloj y a lo tonto se nos ha hecho tarde, nos metemos en la cama debemos descansar. Al rato noto cómo Elsa

se queda dormida en mis brazos. No puedo dejar de mirarla pensando en lo afortunado que soy de tenerla entre mis brazos y me juro para mí mismo que haré lo posible para protegerla y hacerla feliz. La abrazo contra mí y nos quedamos los dos dormidos.

ELSA

Cuando los rayos del sol traspasan por la persiana, noto cómo me despiertan con un beso, me abrazo a él y le sigo el beso. Abro los ojos aún adormilada.

—¡Mmm! Hola —digo aún con voz de dormida.

—Buenos días, vida. —Me besa.

—Buenos días, amor. —Le devuelvo el beso.

—¿Que tal dormiste? —Me abraza.

—Bien, ¿y tú?

—Ya sabes que a tu lado siempre duermo bien.

—Me alegra oír eso. ¿Llevas mucho despierto?

—Un rato y me quedé mirándote porque estabas preciosa. —Me pongo roja.

—¡Qué, vaya, por Dios! —Me tapo avergonzada con las sábanas.

—¿Qué pasa? —pregunta haciéndome cosquillas.

—Que me da vergüenza que me vean dormir. —Río por las cosquillas—. Para, para.

—No seas bobona, estás preciosa. —Ríe—. Vale, pararé. —Saco la cabeza.

—Bobona, ¿en serio? Y tú feo. —Le saco la lengua.

—Sabes que no. —Se ríe.

—¿Se abran despertado los demás? —pregunto mientras veo como se acerca a mí y nos abrazamos.

—No lo sé, puede tienen trabajo que hacer. Amor, estoy pensando. Vamos a desayunar fuera así pasamos el día a nuestra bola.

—Sí, buena idea.

—Total como hoy solo hemos de esperar la llamada diciéndonos a qué hora debemos ir mañana como los joyeros.

—Vale. ¿No quieres saber cómo van los otros? —digo sorprendida.

—No me preocupan, sé que lo van a hacer bien de todas formas, llegaremos pronto a casa. Por la noche ya hablamos con ellos. Si necesitan algo me llamarían —me dice sonriéndome para que me tranquilice.

—Vale, pues vámonos.

Nos levantamos de la cama, nos aseamos y nos vestimos. Neal con unos vaqueros y una camisa que le hace estar súper guapo, esos vaqueros le quedan como anillo al dedo, yo me pongo también unos vaqueros ajustados una camiseta con escote. Cuando Neal me mira se muerde el labio.

—¡Mmm! ¡Qué guapa, mi amor! —Se acerca a mí y me besa.

—Gracias, no más que tú —digo besándolo también.

—Pero por poco.

Salimos de la casa, dando un paseo agarrados de las manos. Es un día perfecto ni frío ni calor para ir mirando la ciudad cuando de repente Neal ve una confitería. Entramos a desayunar tranquilos sin que nadie les moleste, un desayuno que se me ha antojado, que a Neal le ha parecido una buena idea un buen café y un croissant.

—¿Qué quieres hacer hoy, amor? —me pregunta una vez que hemos terminado.

—Vamos a ver el palacio real y su guardia siempre quise ver el cambio de guardia ¿Qué dices? —digo emocionada.

—¿Lo dices en serio, amor? —Se ríe sin poder parar.

—¿Por qué no? —pregunto alucinando por su reacción.

—Que no te sienta mal, pero me parece irónico ir hoy a eso y mañana hacer lo que vamos a hacer.

—Pues no vamos, no pasa nada. ¿Dónde quieres ir tú? —le pregunto mirándolo.

—Sí, quiero ir, pero simplemente me parece irónico —responde mirándome y me nota seria—. Amor, ¿te pareció mal que lo dijera?

—No, claro que no. Sí, tienes razón hacemos lo que quieras. —Le sonrío.

—No, no, vamos, así tenemos coartada. —Se ríe—. En el caso muy hipotético de necesitarla. Me dijiste que querías ir, pues vamos. Además, yo también quiero ir a verlo, echamos la mañana y comemos en algún sitio de por allí, ¿qué te parece?

—Una buena idea. Venga, vamos.

—Pues decidido y por la tarde un paseín romántico. —Me besa.

—¡Oh! Sí. —Y le beso—. Venga, vamos.

—Cómo me gusta hacer planes que te hagan tan feliz —confiesa él —. Vamos, amor. ¿Qué prefieres ir caminando o en taxi?

—Caminando. Así vemos la ciudad, que hace un precioso día.

—Perfecto.

Neal llama al camarero para pagar, después salimos dándonos la mano y paseamos. Llegamos al palacio nos quedamos los dos alucinando.

—Mira, hemos llegado. ¡Dios, es precioso! —dice Neal alucinado mirando para todas partes.

—Sí, lo es, madre mía —digo con la boca abierta.

Nos hacemos fotos delante del palacio de Buckingham, cuando de repente, son 10:30 y empieza el relevo de guardias la ceremonia tiene una duración de unos treinta o cuarenta y cinco minutos. Se trata de un desfile espectacular que tiene lugar por las mañanas, es una de las atracciones turistas más famosas de Londres. Los guardias van tanto

en pie como a caballo con las tradicionales túnicas rojas y sus gorros de piel de oso. Los dos alucinamos con el protocolo, la música y la sincronización de todos los guardias. Cuando terminan los guardias, dos de ellos se quedan quietos delante de dos casetas estilo torres, miro mira y sonríe.

—Se supone que no se pueden mover, ¿no, amor? —respondo a Neal mientras que hago una mueca, Neal se ríe al verme hacer el tonto —. No se mueven. —Y de repente, me guiña el ojo y me río como loca —. Se movió, ¿lo has visto, amor?

—Mira, si has ligado —contesta divertido—. ¿Quieres que te deje a solas con él?

—¡Qué no! —Y le abrazo.

—Era broma amor, sé que no me vas a dejar nunca. —Me besa y abraza.

—Vale, vale —digo sonriéndole.

Él se ríe me abraza y le dice al guardia.

—Es mía, tío. —Los dos nos reímos y el guarda se queda con los ojos como platos. —Ves, amor, ya te dije que levantas pasiones. ¿Ahora qué te apetece hacer? —Me dice abrazándome.

—Pues vamos a ver el mercado tan famoso, que ahí que no me acuerdo como se llama —digo.

—No sé qué mercado es, pero vamos —responde agarrándome de la cintura.

—Lo vi desde la noria está cerca. —Le sonrió.

Nos dirigimos al mercado y vemos que es uno de los más antiguos de Londres, que data del siglo XIV situado en el centro histórico de Londres.

—Es este, amor —me dice mirándome.

—Sí, mira cuantas cosas para comprar —respondo feliz, me encantan las compras.

—Sí, hay muchas. —Vamos dando una vuelta dados de la mano.

Damos un paseo, compramos varias cosas para la casa alguna, americana para Neal, algún vestido para mí y miramos la hora los 20:00, decidimos ir a la casa de Mozzy en cuanto entramos vemos a Arjen en el salón.

Arjen nos dice que mañana a las 10:00, debemos de estar en la dirección donde está la corona, para dar el golpe al oír eso, me pongo nerviosa y miro a Neal.

Neal va a la habitación a dejar unas cuantas cosas, en ese momento sale Mozzy de una de las habitaciones con la falsificación de la corona y no hay señales de Rukus nos mira tanto a mí como Arjen.

—Es perfecta, no se nota nada —digo mirándola al detalle.

—Gracias, nuestro trabajo nos ha costado —responde Mozzy con cara de cansancio.

—Ya veo sí —decimos los dos mirándole.

—Si nos os importa, me voy a la cama que estoy agotado por tanto trabajo. —Mozzy se dirige a su habitación con cara de cansancio.

—Claro, descansa, buenas noches —le digo.

—Yo también me voy a acostar, que ya no tengo edad para tanto tute. —Arjen se toca los ojos a causa del cansancio.

—Buenas noches a todos. —Elsa nota que el tono de voz de Mozzy es más suave con ella.

Justo cuando los dos entran en sus habitaciones sale Neal y mira extrañado de donde están los demás me sonríe.

—¿Pasa algo, Neal?

—No, ¿por qué? —me pregunta.

—Parecía que tenías cara seria.

—Solo guardé la chaqueta y al salir no vi ni a tu padre ni a Mozzy. ¿Dónde están?

—Se han ido a dormir, estaban cansados. A las diez tenemos que estar de camino para el golpe me ha dicho Arjen —le comunico a Neal.

—Vale, prefiero estar allí a las diez para quitarlo cuanto antes del medio —dice pensativo tocándose la barbilla.

—Sí, yo también. La verdad solo una cosa, pase lo que pase no te arriesgues prométemelo —digo mirándole a los ojos.

—¿Cómo que no me arriesgue? —pregunta sorprendido mirándome.

—Sí, que si sale algo mal corre huye nos veríamos en la isla.

—Tú también nos mires atrás y vete, ¿vale? —Me abraza.

—Solo si lo haces tú, prométemelo. —Le miro a los ojos.

—Claro que sí. —Nos dirigimos dentro de la habitación, él se separa de mí y va al armario, saca una bolsa—. Por si acaso, toma.

—¿Qué es esto? —hablo sorprendida.

—Es tu bolsa de emergencia, lleva tu nueva identidad, con Carné de identidad y de conducir, dinero suficiente para irte en caso de que congelen tus cuentas. —Me da la bolsa.

—Tú tienes una, ¿no? —respondo cogiendo la bolsa nerviosa.

—Claro, mira. —Saca otra bolsa del mismo tamaño esta es negra no azul como la de mía aun así no puedo evitar de mirarlo muy preocupada—. ¿Por qué me miras así?

—¡Uf! La voy a cagar y temo poneros en problemas a todos —confieso muy angustiada.

—No las vas a cagar, yo voy a estar a tu lado, no te preocupes, ¿vale? Todo saldrá bien. —Me besa con cariño.

Nos cambiamos para ponernos cómodos, nos tumbamos en la cama nos abrazamos y enseguida nos quedamos dormidos, estamos agotados.

NEAL

Cuando se hace de día y entran unos rayos de sol por las persianas, me despierto abrazado a Elsa. La miro embobado cómo duerme y a mi pesar miro el reloj son las 8:30. Suspiro porque me tengo que apartar de ella, así que la doy un beso en la frente y me levanto. Voy al baño a ducharme a la media hora salgo y voy a la cama, donde ella aún duerme y le doy un beso para despertarla.

36. El robo

ELSA

Noto cómo alguien me despierta despacio, con un beso en los labios. No puedo evitar abrazarlo contra mí porque sé que es él, sus labios son inconfundibles para mí.

Me hago la remolona, estoy muy a gusto en la cama y más abrazada a él. Me insiste en que abra los ojos.

—Amor, despierta. Dormilona, despierta —me dice mientras me da besos para endulzar el despertar.

—¡Mmm! —Abro los ojos—. Hola, guapo. ¿Qué hora es?

—Las 9:00. Amor, vete preparándote para el golpe. —Al oírle decir eso, abro los ojos de sopetón.

—¡Boo! Sí. —Me levanto de un salto, entro al baño corriendo y en diez minutos salgo, me peino y me pongo el vestido que compramos.

—Tranquila, amor —me contesta mirándome—. Voy a hablar con el resto a ver si está todo apunto —me habla dirigiéndose para salir de la habitación.

—Vale, amor —le respondo mientras me estoy pintando.

Al rato, Neal entra en la habitación. Me mira boquiabierto y se muerde el labio. Yo también le miro, está guapísimo con ese traje.

—Amor, ¿estás lista? —pregunta sin poder dejar de mirarme.

—Sí, vamos, aunque estoy un poco nerviosa. —Él se acerca

y me besa.

—Tranquila, no pasa nada todo saldrá bien, tu padre y Mozzy están hackeando el sistema de seguridad por si acaso, para que no salte y Rukus nos espera abajo en el coche, ¿vale? —Me agarra de la mano.

—Lo sé, no va a pasar nada. Venga, vamos abajo. —Agarrando su mano.

—¿Llevas las herramientas y la corona? —me pregunta mirándome.

—Sí —le afirmo y nos dirigimos a la puerta para salir.

—Perfecto. —Me sonríe.

Salimos de la casa, nos encontramos con Rukus esperándonos con un BMW de alta gama Full equipo, yo me quedo con la boca abierta y Neal sonríe. Nos montamos en la parte de atrás del coche, al sentarme no puedo evitar ponerme nerviosa, porque sé que ya no hay marcha atrás, solo espero que todo salga bien, si no haré lo posible para salvar al hombre de mi vida. Recorremos el trayecto casi en silencio. Miro de vez en cuando a Neal, le veo muy concentrado, tranquilo.

¡Dios! Debería tranquilizarme yo también, pero imposible voy a robar la corona de Inglaterra.

Llegamos a donde tienen la corona para limpiarla, antes de salir del coche respiró hondo e intento calmarme lo mejor que puedo. Está en un edificio oficial, es el único momento que la mueven de su sitio a ese edificio, si no normalmente está en palacio más custodiada, pero como deben limpiarla para exhibirla por el aniversario de la reina. Vamos a la entrada, nos hacen pasar por un detector de metales y las bolsas por los rayos X.

Confirman nuestras identidades, nos llevan a una sala, a los dos minutos aparecen dos guardias fuertemente armados, al ver sus armas me pongo tensa intento respirar hondo. Llegamos donde está la verdadera corona, Neal coge la corona y la pone en un soporte.

Yo no pierdo detalle de nada de lo que está pasando, Neal está de lo más tranquilo, es como si fuera el joyero de la corona toda la vida.

Sí que es bueno, la verdad.

Ahora puedo entender cuando Aitor, Rossy y Jack decían que es un hueso duro de roer, que les costaron un montón de años pillarlo. Aprieto los puños si no hubiera sido por ese desgraciado del Escorpión, sé que nunca hubiera estado en la cárcel.

De repente, veo cómo la mira despacio sin prisa. los guardias nos miran cuando empezamos nuestro trabajo de joyeros, aunque lo que noto es que uno me mira más de la cuenta.

No sé si eso es bueno o malo, pero lo que hago es concentrarme en Neal debo ayudarlo, nada puede salir mal.

—Páseme la lija de medio gramo y el líquido pulidor —me habla Neal, yo lo cojo y sé lo paso.

Veo cómo en la lija Neal echa unas gotas del líquido, empieza a limpiar la corona muy suavemente, cuando termina de limpiarla les dice a los de seguridad que han de salir, porque el producto abrillantador es sumamente cancerígeno.

Le echo un cable para que sea más creíble, espero que sirva de ayuda. Respiro hondo, tengo que ser totalmente creíble.

—¿Nos pueden traer un poco de agua? Es que estoy embarazada, el olor del líquido no es bueno para el bebé y tengo que beber.

Neal me mira alucinado, espero que no la haya cagado no sé cómo interpretar esa mirada, pero lo que sí es cierto que los guardias se van a por el agua. Gracias a Dios, se fueron los dos, no las tenía conmigo que se fueran juntos.

—Pon ahí la corona falsa —me habla mientras él coge la verdadera y la guarda.

Coloco la corona falsa en donde antes estaba la verdadera, sigue limpiando la falsa como si nada y justo a los dos minutos entran los guardias a la sala, yo hago cómo si le estuviera ayudando.

—Tome su vaso de agua, señorita —Me da el vaso.

—Muchas gracias, señor. —Bebo agua y le sonrío—. Con estos calores no veas que mal se pasa.

Entretengo a los guardias mientras Neal hace que limpia la corona, intento ser amable preguntar cosas, pero que no se queden mucho con mi cara mientras que estén conmigo distraídos dejarán a Neal tranquilo, también de vez en cuando hago como si ayudara con la corona. Cuando pasa como una media hora de que entrasen los guardias con el agua. Neal mira a los guardias.

—Ya está. —Neal coge la corona con cuidado y se la da a los guardias.

Ellos la miran por todos lados la corona, cuando veo que la miran fijamente la respiración se me corta por un momento, porque si notan algo estamos perdidos, pero enseguida se quedan conformes y respiro aliviada.

Salimos de la sala con los guardias, cierran detrás de nosotros. Se despiden de nosotros, van a guardar la corona a la caja fuerte, nosotros salimos por la puerta sin ningún problema. Rukus nos está esperando fuera, pero de repente, sale uno de los guardias, Rukus se pone nervioso y echa mano a su arma. Me pongo nerviosa y miro a Neal.

—Corre —le digo bajito para que solo me oiga Neal.

Veo como viene el guardia a nosotros.

¿pero qué hace Neal que no se mueve?

Le miro de nuevo, aunque no puedo dejar tampoco de mirar también a Rukus, sé que tiene el arma cogida, listo para usarla, si hace falta.

Dios, nos han pillado. ¿Qué hacen que no huyen?

—Disculpe se le olvido la chaqueta, señorita. —Me da la chaqueta y una tarjeta con su número de teléfono. Miro la tarjeta.

Me llamo Kevin,
llámame cuando quieras,

un beso.

NEAL

No voy a negar que me pongo tenso cuando veo que viene el guardia hacia nosotros, porque seamos sinceros el golpe ha salido a las mil maravillas, tanto que no ha hecho falta ni a Arjen ni a Mozzy. Pero me doy cuenta quede que lleva la chaqueta que se puso Elsa, miro a Rukus le niego con la cabeza levemente como diciendo tranquilo no pasa nada.

—Gracias, guapo, lo haré. —Le guiña un ojo—. Me llamo Elena. Nos vemos guapo, que tenemos más trabajo.

¡Guau! Cómo improvisa lo lleva en las venas.

Intento calmarme porque no sé qué coño se cree ese tío.

Es mi chica, capullo.

Veo cómo el guardia la sonríe embobado, nos subimos al coche. Rukus arranca y nos vamos sin mirar atrás.

—Elsa, ¿por qué me dices que corra si se veía que llevaba tu chaqueta? Sería sospechoso. —La miro calmado y orgulloso de cómo ha actuado.

—Vi el arma de Rukus, me puse nerviosa perdona —me contesta aún un poco nerviosa por todo.

—No pasa nada. —Le doy un beso—. Y tú Rukus, ¿qué cojones ibas a hacer puto animal, pegarle dos tiros en plena calle?

—Pensaba que se habían dado cuenta, no había visto la chaqueta —responde mientras conduce.

—Joder Rukus, pareces nuevo, macho. Menos mal que la vi. —Suspiro echándome para atrás en el asiento del coche—. Rukus, llévanos a un lugar seguro.

Llegamos a un piso franco de Mozzy. Rukus se lleva el coche y entra en la casa. Guardo la corona y me siento en el sofá a ver la tele como si nada, mientras Elsa se va a la habitación y al ver que tarda un rato voy a la habitación y pico.

—Sí —responde detrás de la puerta.

—¿Soy Neal?

—Pasa, pasa —me dice.

—Amor, ¿te pasa algo? —pregunto preocupado.

—No, ¿por qué? —me contesta mirándome.

—Porque te metiste aquí directa, pensé que te pasaba algo —le hablo confuso

—No, perdona solo estoy nerviosa nada más.

—¿Por qué, amor?

—Porque… joder, soy policía. Perdona, lo era y acabo de robar. No creo que sea raro que esté nerviosa o me encuentre mal por lo que acabamos de hacer —me responde sincera y triste.

—Perdona, tienes razón, soy un capullo. —La abrazo—. Va tranquila, ya pasó lo peor. —La beso y ella me sigue el beso—. Mañana nos iremos del país y todo acabara.

Nos ponemos cómodos para estar tranquilos y descansar. Los demás aún no han regresado así que podemos estar a gusto sin que nadie nos moleste.

—Amor, sabes que tienes al de seguridad en el bote —Me río, pero no me gusta ni un pelo que ese tío la haya mirado así.

—Qué dices, anda. —Me hace en gesto con la mano como estás loco.

—¿Que te crees que no vi la tarjeta que te dio? —Me río.

—No me seas, bobo —me contesta mirándome.

—¿Por qué me dices eso? —Pongo cara tristón, pero bromeando.

—Porque sabes que no me importa, solo lo estaba entreteniendo. —Intento no reírme sé que perfectamente no le estaba haciéndole caso.

Confió en ti, pequeña.

—Estaba clarísimo que estaba ligando contigo. —Me río—. Lo sé, amor. Solo te estoy picando un poco. Por cierto, estabas guapísima con ese vestido, ¡madre mía!

—Tú también, amor —me dice mirándome.

—Espero que sea con el traje, porque ese vestido no creo que a mí me quede bien. —Me rio a carcajadas.

—Hombre, claro. —Nos reímos los dos—. Estarías raro con mi vestido, aunque se me ocurre una apuesta.

Con esa mira y esa cara de pillina me temo lo peor. Así que me adelanto a sus pensamientos por si las moscas.

—No me voy a poner tu vestido —respondo riéndome, pero totalmente sincero. No pienso ponérmelo.

—Me has leído la mente. —Ella se ríe—. Anda será gracioso, eres un soso yo me pondría tu ropa sin pensarlo.

—Pero si ya lo haces. —Me río a carcajadas.

—Pues por eso. —Me saca la lengua—. ¿Sabes que te quiero verdad?

—Claro que sí. —Le guiño el ojo y la abrazo fuerte—. Ya está todo solucionado. Amor, ahora estás a salvo.

No puedo evitar sentirme aliviado, ahora que está a salvo puedo volver a respirar porque esa angustia de que podían hacerla algo, me mataba solo la idea de perderla. Pero Gracias a que tenemos la corona podemos volver a nuestra vida en San Francisco. A partir de ahora solo me va a importar hacerla feliz y que nunca pierda esa sonrisa y ese brillo en sus preciosos ojos oscuros.

—Estamos a salvo, amor. Aún no me lo creo. —Se arrima más a mí buscando mis brazos, aunque no lo diga sé que está lo está pasando

mal, no es fácil lo que acaba de hacer.

—Pues créelo, ahora solo preocúpate de una cosa —digo con cara de pillín—. De mis cosquillas.

Me abalanzo sobre ella poniéndola debajo de mí y empiezo hacerla cosquillas sé que no se puede resistir a ellas. La forma que tiene de reírse me encanta y que decir que se remueva en mis brazos sintiendo todo su cuerpo.

Se ríe como loca.

—Pero aún no estamos a salvo hasta que no nos vayamos, ¿no crees? —dice con voz de preocupada.

—Sí, ahora tenemos que separarnos de los demás un tiempo —la confieso, es lo más lógico no nos pueden ver a todos juntos, debemos dividirnos como diría el refrán *«Divide y vencerás»*.

—Espero que no se den cuenta del cambio —me habla mirándome preocupada, tengo que decírselo para que esté preparada.

—Se darán cuenta de que es falsa en la próxima limpieza. —Ella se asusta—. Pero para cuando pase eso, estaremos muy lejos.

—¿Y cuándo es la siguiente? —me pregunta angustiada.

—Un año o así, la limpian una vez al año para que la reina la luzca en el aniversario de la coronación.

—Entonces, se la pondrá pronto, ¿no?

—Sí, eso creo —la contesto.

—¡Quééé! Lo notaran. ¡Dios mío! —Ahora sí que veo miedo en sus ojos, la abrazo para tranquilizarla.

—Confía en mí, estaremos muy lejos cuando eso pase. —Noto cómo el abrazo la ha tranquilizado, la miro a los ojos—. ¿Mañana a donde quieres que nos vayamos?

—Pues no lo sé, ¿y tú? —me responde encogiéndose de hombros.

—¿Hacemos eso en Edimburgo? —Bajo la cabeza triste.

—Irnos mañana. ¿Vale? —me confirma abrazándome me conoce muy bien sabe que ese tema es duro para mí, me quedo unos segundos pegada a ella oliendo su pelo ella es la paz que necesito.

—¿Quieres? —pregunto tímido porque para ella tampoco será fácil.

—Claro, ¿acaso no te compré el billete? —me contesta mirándome sorprendida.

—Que buena eres conmigo, amor —la digo totalmente en serio, que vayamos a ver a Alex para mí me demuestra mucho.

—No tanto como tú conmigo. —Me mira a los ojos con amor.

—Pero... lo que vas a hacer, acompañarme a ver la tumba de... siendo mi pareja. —La miro a los ojos sabiendo que a ella eso le mata.

—Eso lo he pensado mucho y deberías ir tú solo, ¿no crees? —dice casi sin poder hablar.

Me quedo sorprendido por lo que me acaba de decir no me lo

puedo creer, piensa dejarme solo en serio, yo solo sé que no iría.

—Pero al menos ven conmigo a Edimburgo, amor. Aunque eso lo haga solo sé que te gustaría ir a Escocia. —Mi voz es como de súplica no puedo ir solo, simplemente no puedo y ella tiene que entenderlo.

—Sí, me gustaría, pero no creo que deba. Prefiero que vayas tú solo y que yo me quede con Arjen en Ámsterdam por si no quieres que esté sola. —Mi cara es de sorpresa, de dolor por qué ella no esté a mi lado.

—¿Por qué? Si me dijiste que me acompañarías, que yo fuera solo hacer eso, pero que después los dos disfrutaríamos de Edimburgo.

—Es que creo que no debería ir, vas a algo importante para ti y no para que yo esté viendo el país, pero si están importante para ti, voy contigo, pero no te pongas así, por favor —me responde viendo cómo me pongo cada vez más triste.

—Es que me dijiste que me ibas a apoyar en esto y me dejas solo. —Mi voz se resquebraja por momentos, la miro a los ojos.

—No, no te voy a dejar solo, por supuesto que te apoyo. Tienes razón, mañana nos vamos. —Me da un abrazo fuerte.

—Entiendo que no me acompañes a la tumba, ¿vale? Pero te necesito allí para que me apoyes. —La abrazo contra mí—. No me dejes solo, por favor.

—Claro que no te dejaré solo, iré contigo. Tranquilo, mi amor. —La abrazo más fuerte contra mí, pero al oírla decir eso me tranquilo y la miro.

—¿De verdad? —La miro triste.

—Sí —afirma sincera.

—Gracias, amor. —Se me caen las lágrimas sin poder evitarlo.

—¿Por qué lloras? —Me abraza.

—Porque no te merezco. —La abrazó aún más fuerte contra mí—. Gracias, cariño. Eres la mejor, ahora más que nunca necesito todo tu apoyo como yo te apoye con lo de tu pasado.

—Claro que sí, eso ni lo dudes, por eso iré contigo a la tumba para darte la mano y mi apoyo.

Dios, definitivamente esta es la persona que andaba buscando.

—Eso no hace falta sería muy duro para ti, bastante ya haces por mí. —Le doy un beso dulce con amor.

—Sí, quiero hacerlo, quiero estar a tu lado, pero bueno me quedaré en el hotel —dice mirándome.

—Vale, amor. Estate a mi lado, te quiero con locura. —La beso con todo el amor que tengo dentro.

—Y yo a ti. —Me acaricia el pelo, me besa—. Tendremos que despedirnos de los demás antes, ¿no?

—Claro que sí, amor. No te preocupes por eso ahora durmamos lo necesitamos.

Los dos nos relajamos, después de todo lo que ha pasado en el día. No puedo evitar abrazar a Elsa no quiero que se vaya nunca de mi lado y pasamos así todo lo que queda de noche dormidos abrazados en uno con el otro.

37. Viendo a Alexandra

NEAL

Cuando entran los rayos del sol por la persiana, me despierto y me quedo mirando a la mujer que quiero con toda mi alma. La miro dormir, me encanta cuando de repente, ella dice en sueños algo alterada.

—Te quiero, Neal. No me dejes nunca —habla moviéndose mucho, alterada y nerviosa.

—Amor, claro que no te voy a dejar bobona. —Le doy un beso tierno.

—¡Mm, eh! ¿Qué pasa? —Abre los ojos asustada.

—Nada, nada, solo que hablas en sueños, amor —respondo para tranquilizarla porque la veo asustada.

—¿Qué decía, amor? —me pregunta mientras se despereza y se despierta un poco más.

—Me decías que no te dejará nunca. A saber, que estarías soñando. —La acaricio la cara.

—Decía eso, ahora me acuerdo. ¡Boo! —Veo que mira al suelo, algo se me pasa. No sé qué está pasando.

—¿Qué pasa, amor? ¿Qué soñaste? Cuéntame —pregunto totalmente curioso.

—Que me dejabas en Edimburgo. —Se le cae unas lágrimas.

—¿Cómo que te dejaba? Explícate. —La miro algo preocupado de verla como se le caen las lágrimas.

—Sí. —Cierra los ojos unos segundos recordando—. Que llegamos a Edimburgo y Alexandra estaba viva, te fuiste con ella. No sé por qué soñé eso. —Llora.

—No llores, tranquila, amor. —La abrazo con cariño y la beso la cabeza para tranquilizarla.

—Qué sueño más malo —contesta alterada, pero poco a poco en mis brazos se empieza a tranquilizar.

—No te preocupes, ¿vale? —Intento tranquilizarla y le doy un beso—. Y no llores más amor. —Ella se seca las lágrimas—. Ves así mejor y más guapa.

Ella se empieza a calmar en mis brazos.

—¡Uff! De verdad que mal lo he pasado. —Me besa.

—Espera un momento, no te muevas.

Me levanto de la cama voy al armario deprisa, lo abro busco algo en el traje que llevaba puesto y saco del bolsillo un precioso anillo. Lo escondo en mi mano.

—Toma, amor. —Abro la mano y ella ve el anillo.

—¿Qué es esto, amor? —pregunta sorprendida mirándome con lo boca abierta.

—Lo vi dando el cambiazo y me gusto para ti, así que lo cogí. —Temo su reacción sé que le dije que nunca más volvería a robar.

—Lo robaste para mí. —Me mira a los ojos muy sorprendida asiento con la cabeza—. Lo malo que no puedo ponérmelo, Gracias.

—Lo siento, amor. Preferiría haberlo comprado, pero… no podía decir nada en el momento. Ahora no podrás ponértelo, pero más adelante sí. —Esta mujer cada vez me sorprende más, no se ha puesto hecha una furia por robarlo, cada vez estoy más enamorado de ella—. ¿Te gusta, amor?

—Me encanta, gracias. —Me besa con cariño.

—Me alegro que te guste. Vamos a desayunar, ¿vale?

—Sí, vamos. —Nos levantamos de la cama.

—¡Uff! Estás guapísima recién levantada. ¡Madre mía! eres… preciosa. —Nunca podré dejar de mirarla, me encanta.

—Tú que me ves con buenos ojos —me responde.

La cojo de la mano, tiro para tumbarla debajo de mí, la beso la acaricio, ella reacciona a mis caricias poniéndose la piel de gallina.

¡Uff! Dios, cómo puedo amarla tanto.

—Sabes ahora mismo solo tengo hambre de ti. —Me besa con pasión.

—¡Mmm! Y yo de ti, mi vida. —Le devuelvo el beso.

Nos empezamos a acariciar, besar. Sin poder evitarlo, cuando nos queremos dar cuenta nos hemos dejado llevar por la pasión y el amor que nos tenemos. Llegamos los dos juntos al clímax, sin darnos cuenta ninguno de los dos, que no hemos usado protección, nos dejamos caer en la cama jadeando sudando. Cuando pasa un tiempo y nos recuperamos nos levantamos, nos duchamos y preparamos las cosas para irnos, cómo la he comentado antes debemos separarnos todos por nuestro bien.

Bajamos a la cocina a desayunar o por lo menos tomar un café,

justo cuando están desayunando aparece Arjen aún adormilado.

—Buenos días, chicos —dice mirándonos, pero sobre todo a Heleen.

—Buenos días, Arjen —respondo dando un sorbo al café.

—Buenos días, Arjen. —Veo cómo Elsa le sonríe y me alegro por ello.

—Chicos venía a despedirme —nos responde Arjen.

—¿Te vas, Arjen? Nosotros también en cuanto desayunamos —habla Elsa mientras que se toma el desayuno.

—Sí, me voy, regreso a Ámsterdam con el cuadro que ha hecho Neal, voy a hacerle una foto y cambiar la de la tumba de tu madre. —La mira con ojos de amor de padre, yo no puedo evitar ponerme triste por no haber conocido a mi padre—. Heleen me gustaría volver a verte y de vez en cuando hablar por teléfono.

—Claro que sí, Arjen. También iremos a Ámsterdam a verte. —Él le sonríe y ella le abraza—. Tienes mi móvil para lo que quieras.

—Y tú el mío, si necesitáis algo me avisas, ¿vale? —La abraza con cariño y la besa en la mejilla—. Te quiero, Heleen.

—Sí, tranquilo. —Le sonríe y le devuelve el beso en la mejilla—. Gracias, Arjen. Cuídate mucho.

Veo que le cambia la cara a Arjen, se le nota lo feliz que es en este instante, pone una sonrisa de oreja a oreja. No es para menos es el primer beso que le da su hija.

Se acerca a mí, me da la mano totalmente feliz.

—Y vosotros. Neal, cuídamela, por favor —me contesta preocupado por ella.

—Sí, Arjen, yo la cuido —digo totalmente sincero

Arjen sale de la cocina después de despedirse. Elsa se queda callada la conozco y sé que en el fondo le da pena que esté solo. Intenta disimularlo, pero no puede me doy cuenta de ello y la miro sorprendido.

—Elsa, estás empezando a cogerle cariño a Arjen —digo contento, me gusta que se lleve bien con su padre, yo no tuve esa oportunidad.

—¿Tú crees? —Su cara es de sorpresa.

—Sí, te levantaste, le abrazaste y le besaste —respondo mirándola —. Si eso no es que le empiezas a querer un poco, no sé qué significa.

—Vaya no me había dado cuenta, solo quería ser amable, aunque en el fondo me da pena que esté solo —afirma con una voz algo triste.

—Y ahora me dices que te da pena que este solo. Amor, que eso es bueno me alegro quede que empieces a quererle y preocuparte por él.

—No sé la verdad, ahora me siento mal es como se traicionará a Roberto, pero en el fondo es mi... Padre, ¿no?

—Otra vez con eso que no le estás traicionando, seguro que él estaría muy contento de esto y estaría mucho más contento sabiendo

que tú eres feliz. Yo daría todo por poder hablar con mi padre y mi madre —hablo triste de pensar en no tenerlos al lado, hubiera sido todo muy diferente en eso estoy seguro. Aunque pensándolo bien no sería quien soy, vale a veces se echa de menos lo reconozco.

—Lo sé, amor. Sé que querrías estar con ellos. —Me abraza.

—Amor, nos tenemos que ir ya. Venga, termina. —Salta contento.

—Sí, vamos. ¿No nos despedimos de Mozzy ni de Rukus?

—Sí, ahora. —La beso.

Terminamos de desayunar y recogemos. Bajamos las maletas a la puerta, vamos a la habitación de Mozzy y ya no está. Rukus pasa con una bolsa de deporte.

—Bueno pareja, me voy —habla Rukus sonriendo—. Y ya sabéis para lo que necesites nos llamáis y cuidaros, ¿vale?

—Hola, Rukus, cuídate. —Elsa se acerca a él y le abraza.

—Elsa, córtate un poco, ¿no? Que Neal se puede poner celoso. —Se ríe dándola un abrazo—. Por cierto, hable con los Yakuza. Todo está bien, nadie irá a por vosotros.

Los miro y me río.

—Anda, Rukus, ¿qué dices? Y gracias por los Yakuza, te debo una grande —contesto mientras Elsa se acerca a mí.

—No pasa nada. No me debéis nada, me voy que tengo cosas que hacer.

Rukus sale por la puerta y se monta en un todoterreno negro, lo miro como se aleja, noto cómo ella se queda pensando, daría lo que fuera por saberlo en este mismo momento.

Nos quedamos solos en la casa, llamamos a un taxi para que nos lleve al aeropuerto. Estoy muy nervioso y preocupado por él viaje, va a ser muy duro y lo sé. Nunca más he vuelto desde que enterré a Alex. Elsa me abraza, supongo que habrá notado mis nervios, se queda a mi lado dándome su apoyo y se lo agradezco en el alma, porque la necesito.

Llega el taxi, nos lleva al aeropuerto de Londres-Heathrow que está situado al oeste de Londres. Entramos en el aeropuerto y nos dirigimos a sacar los billetes para Edimburgo. Vamos a la ventanilla donde se saca los billetes porque los que me regalo Elsa se quedaron en San Francisco, vamos a ver si podemos hacer algo.

Llegamos a la ventanilla sé que siempre hay cancelaciones de última hora, así que esperamos por si tenemos suerte y podamos coger dos billetes. En la ventanilla se encuentra una chica joven, guapísima y pelirroja. Me fijo como la mira Elsa, pero aun así me dirijo a hablar con ella.

—Hola, buenos días. ¿Tiene dos billetes para Edimburgo?

—Buenos días, señor. Sí, tenemos una cancelación —dice mirándome embobada—. Me ha dicho dos, ¿verdad?

—Sí, dos, por favor —afirmo amable.

—Han tenido suerte hay dos billetes disponibles. —Me mira sonriéndome—. Tome, señor. Son 1.555,21 Libras. —Mentalmente cálculo en euros y son 1.800 euros.

—Aquí tiene, muchas gracias, Jessica —hablo leyéndola la placa de identificación.

—De nada, guapo. —Me pone una de sus mejores sonrisas.

—¿Cuándo sale el vuelo? —le pregunto.

—Dentro de dos horas, señor.

—Muy amable, guapa. —Le sonrió y se dirijo a Elsa que me está esperando con las maletas sentada en unos asientos—. Amor, tengo los billetes, en dos horas sale el vuelo.

—Qué bien, amor. ¿Y ahora qué hacemos?

—Esperar. —Me río—. Demos una vuelta que no quiero que mates a la azafata por cómo me mira.

—Sí, será mejor. Además, pelirroja. ¡Ufff! Si la pillo.

—Para amor, sabes que solo pienso en ti. —La beso con amor y ternura.

—Lo sé, pero eso de ver que es pelirroja, mala me ha puesto —responde mirándome y devolviéndome el beso.

—¿Pero por qué? —pregunto confuso.

—Porque te comía con la mirada y me confesaste que te vuelven loco las pelirrojas —me contesta mirando a la azafata.

—No te preocupes por eso, ahora solo me gusta y me pone una morena, expolicía y un poco delincuente. —Me río dándola un beso.

Pasan las dos horas, anuncian que el vuelo a Edimburgo saldrá en unos minutos, así que nos dirigimos al avión. Subimos, noto cómo Elsa se pone nerviosa. Sé que no le gusta nada volar, la abrazo para tranquilizarla. Nos sentamos, los nervios de ella están peor no para de mirar por la ventanilla.

—Que poco me gusta volar, ¡ufff! —me confiesa y la beso.

—Tranquila solo será hoy y de vuelta a San Francisco, a nuestra casa. —La cojo de la mano.

—Que ganas tengo de estar en casa y hacer nuestra vida. —Me abraza fuerte.

—Sí —confieso y nos besamos.

El vuelo es tranquilo, aunque Elsa disimule, sé que lo está pasando mal así que la entretengo como puedo, cuando está más tranquila la acurruco contra mí, se queda dormida y la dejo dormir. Al cabo de una hora y media llegamos a Edimburgo y una vez que hemos aterrizado la despierto con mucha suavidad.

—Amor, despierta. —La beso suave.

—¡Mmm! —Me mira—. Hola, ¿Qué pasa? —me responde adormilada un poco.

—Ya hemos llegamos, amor. Acabamos de aterrizar. —La acaricio la cara con cariño.

Salimos del aeropuerto, la llevo agarrada de la mano, necesito notar que está a mi lado. Alquilamos un coche, después de un par de horas conduciendo, llegamos a un pueblo precioso con un gran castillo.

—Que paisaje más bonito. —Ella mira por todos lados impresionada por el paisaje.

—Sí —afirmo con un gesto triste recordando cosas.

—¿Estás bien? —me dice preocupada de cómo me ve.

—Estoy bien de verdad, solo que me vienen muchas cosas a la cabeza.

Pisar este sitio me trae tantos recuerdos, era uno de los lugares favoritos de Alex y el mío también. Aquí mismo la iba a pedir que se casara conmigo. ¡Joder! ¿Por qué me duele tanto después de tantos años? Ahora estoy con Elsa la mujer más maravillosa del mundo. Sin embargo, estoy aquí temblando por los putos recuerdos que tengo con Alex, es que siempre que podíamos nos escapábamos aquí, si Elsa se entera que la llevó al mismo hotel no sé cómo se lo tomaría.

¡Dios! Si pierdo a esta mujer no sé lo que haría.

No puedo evitar mirar a los lados y es ver a Alex como si estuviera viva, tenía toda la vida por delante y se la quitaron.

—Tranquilo, amor, ¿vale?

—¿Qué te parece este hotel? —preguntando señalando el hotel que es en plan casa rural.

Perdóname, pero es el único que hay por aquí.

—Perfecto, amor —me responde mirando el hotel.

El hotel es de varias plantas, se puede ver dos chimeneas. El tejado es negro, la fachada es blanca con un porche en la entrada con bancos para poder sentarse. La verdad es que el edificio es precioso y acogedor rodeado de hierba y árboles.

Aparcamos el coche, nos dirigimos a dentro en busca de una habitación, enseguida nos la dan y subimos a la segunda planta para dejar nuestras cosas.

—¿Dónde quieres ir, amor? ¿Directamente al cementerio o nos quedamos aquí un rato? —me pregunta mirándome a los ojos.

—Vamos al cementerio, así lo hago contra antes —hablo apenas sin poder hablar.

—Pues vámonos, amor. —Me abraza.

—Toma, conduce tú, por favor —la hablo entre lágrimas sin poder evitarlo.

—Tranquilo, amor. —Y coge las llaves—. Guíame.

Salimos del hotel y montamos al coche. Elsa arranca, la guio solo hablo para indicarla, apenas puedo pensar estoy en shock no he

regresado aquí desde que la enterré y aún no sé qué cojones pasó. Al cabo de unos veinte minutos llegamos a un cementerio pequeño e íntimo.

Aparcamos al lado de la puerta del cementerio, salimos del coche. Elsa me da su mano y entramos en el cementerio, voy mecánicamente hacia la tumba de Alexandra, solo he venido una vez es como si mi mente y mi cuerpo lo recordarán, porque sinceramente voy por inercia.

Cuando estoy a unos metros veo el mausoleo de Alex, me paro en seco no puedo dar un paso hacia delante, noto cómo Elsa tira de mí para que me acerque.

Cuando llego me derrumbo, me pongo de rodillas, toco la foto que puse de Alexandra y rompo a llorar.

Dios, ¿cómo puede doler tanto? Era una persona tan importante y no sé cómo ha llegado acabar así.

La juró una y otra vez en silencio, pienso averiguar qué cojones pasó. Miro a Elsa que tiene cara de preocupación y la entiendo quería evitar a toda costa que me viera derrumbado por Alex.

—Tranquilo, amor, estoy aquí contigo. —Me mira triste, me intento levantar, pero me tiene que ayudar según me levanto me abrazo a ella fuerte—. Tranquilo, amor.

—Gracias, Elsa. Gracias, no sé cómo agradecerte esto —digo llorando derrotado.

—Mira la he comprado rosas, pónselas y no tienes que agradecerme nada —me responde Elsa.

—Gracias, amor. —Cojo las rosas, me agacho y se las pongo.

—Aquí no me llames así, es una falta de respeto, por favor, ¿quieres estar un rato solo? —me pregunta afectada de verme así.

—Sí, déjame cinco minutos por favor, Elsa. —Lloro desconsolado.

—Tranquilo tómate el tiempo que quieras, te veo fuera. —Veo como mira al suelo y sale del cementerio para el coche.

A los casi diez minutos, salgo limpiándome las lágrimas, pero es inútil entro en el coche donde ella me espera.

—¿Estás bien? —habla preocupada

—No, gracias —digo limpiándome las lagrimas

—¿Nos vamos o quieres volver a entrar? —me pregunta.

—Vámonos por favor, no aguanto más —digo sincero.

Elsa arranca, nos alejamos del cementerio en todo el camino no digo nada, solo mirando por la ventanilla, con la mirada perdida. De vez en cuando noto cómo me mira y pone de cara como si el corazón se le estuviera rompiendo en mil pedazos.

Llegamos al hotel, me quedo en el coche sin reaccionar, sentado, pensativo entonces Elsa me saca del coche.

—Amor, ve a la habitación y échate un rato. ¿Vale? —me habla

dándome un abrazo y me lleva a la habitación.

—Vale —me dejo guiar por ella, entramos a la habitación.

—Dime algo, me estás asustando. —Nos sentamos los dos en la cama.

—Lo siento, de verdad. —Es lo único que logro decir.

—Creo que deberías dormir, yo me iré a dar una vuelta y te dejo tranquilo. —Me doy cuenta como se la cae lágrimas, pero se aparta para que no las vea.

—Elsa, espera.

—¿Qué Neal?

—No quería que me vieras así, perdona —hablo destrozado.

—Tranquilo.

—¿Te pasa algo? —Veo sus ojos rojos.

—No, nada. —Aparta la mirada.

—¿De verdad? Porque tus ojos dicen otra cosa —digo triste.

—Sí, estoy bien. Duerme te vendrá bien. —Se dirige a la Puerta casi corriendo—. En un rato vengo.

—Vale —digo tumbándome en la cama y quedándome dormido enseguida estoy hundido.

38. Visita inesperada

ELSA

Dejo a Neal en la habitación tengo el corazón roto, verle así por ella no me ha servido de mucha tranquilidad, la verdad de lo único es para comprobar lo mucho que la quería, bueno quiere aún a esa mujer y no puedo evitar pensar que no sé qué hace conmigo, lo importante ahora es que descanse y se relaje le vendrá muy bien. Porque lo que es para mí no creo que pueda tranquilizarme, la imagen de Neal llorando arrodillado en la tumba de Alexandra, no puedo quitarme la imagen de la cabeza, nunca le había visto así, es cierto que no estamos juntos desde hace mucho, pero pensaba que le conocía un poco, estaba equivocada.

Aún la ama y eso me destroza por dentro.

Elsa, querida, tú quisiste que lo hiciera. Ahora no te hagas la mártir. Me digo a mí misma. *Ya sabías que la ama él mismo ya te lo dijo*.

Aunque es verdad lo que me dice mi conciencia duele y mucho.

Llego al bar del hotel, me siento en la barra no hay mucha gente hospedada en el. Así que puedo estar tranquila tomando una copa mientras Neal descansa en la habitación. No me había detenido a mirar al camarero que está detrás de la barra y se acerca a mí.

—¿Qué quieres tomar preciosa? —Levanto la vista y veo un chico bastante guapo, rubio y con unos ojos verdes esmeralda impresionantes.

—Un Puerto de indias, por favor —le digo mientras no dejo de llorar.

Mientras me prepara la copa, me doy cuenta de que no deja de mirarme, pero ahora mismo no estoy para tonterías no es uno de mis mejores días, así que no le hago nada de caso y me pongo a pensar en mis cosas.

—Aquí tiene. —Me da el gin-tonic el camarero—. ¿Qué le pasa si se puede saber?

—Gracias. Nada, nada. —Le doy un trago grande.

—No se preocupe, todo tiene arreglo —me responde el camarero mientras friega los vasos.

—Gracias. —Le doy otro trago a la copa.

—De nada, guapa. —Me guiña el ojo.

De repente, aparece en el restaurante un hombre de unos 50 años, pelo canoso y muy bien vestido. Se pone al lado mío, pero yo no me doy cuenta estoy tan metida en mis pensamientos que no sé lo que pasa a mi alrededor.

—Disculpe, que la moleste —me habla el Hombre.

—¡Eh!, sí. —Me saca de mis pensamientos y le miro.

—¿Conoce usted al Sr Cafreey?

—¡Qué! ¿Por qué? —Me asusto y me pongo alerta.

—Soy el Sr Gerard.

—¿Y qué quiere? —respondo seria, no me da buena espina este tío.

—Soy abogado y tengo una cosa para el Sr Cafreey —me contesta mirándome.

—¿Qué es? —pregunto preocupada.

—Es un video, que una cliente me dio orden de que le entregase al Sr Cafreey — Me mira.

Qué mal suena.

—¿Qué y por qué tengo que conocerlo? ¿Quién es el cliente? —pregunto con la mosca detrás de la oreja, cada vez me fío menos de este tío.

—Porque la vi bajar de un coche con él y me imaginé que lo conoce.

—Sí, le conozco sí, pero tiene que decirme quien es la cliente.

—Soy el abogado de la señoría Alexandra McQueen, era el abogado, mejor dicho. —Tardo unos segundos.

—Deme el video, yo se lo daré —respondo seria.

—Lo siento, se lo tengo que entregar yo —me dice tajante el abogado.

—Ahora está durmiendo espere un rato, ya que no se fía de mí. —Me bebo la copa.

—No es eso, tengo ordenes específicas de entregar este video al Sr Cafreey en mano, llevo buscándole desde que mi clienta falleció.

—Lo entiendo, pues espere que descanse.

Me termino la copa y pido otra copa al camarero me la pone.

—Gracias. —Le sonrío al camarero.

—Gracias, señorita. Disculpe las molestias, por supuesto está invitada a las dos copas. Aquí le dejo mi tarjeta, cuando despierte que me llame por favor.

—Tranquilo le llamará. —Bebo un buen trago.

—Muchas gracias y disculpa las molestias —dice el abogado marchándose.

—Un video de ella. ¡Diossss! Lo que faltaba.

Mientras me guardo la tarjeta, pienso que debería decírselo ya. Aunque algo feo me huelo de ese tipo, nunca mi instinto me ha fallado, tendremos que estar alerta por si acaso. Voy a decírselo ya, porque si es de Alexandra es importante para él. Así que termino la copa y me subo a la habitación a despertar a Neal.

Abro la puerta y le veo aun dormido, pero se mueve mucho seguro que ha dormido muy mal. Cuando le oigo hablar en sueños, está diciendo Elsa te quiero y nunca te dejaré mi amor, me sorprendo, voy rápido a donde está y le abrazo.

—Amor, aquí estoy —le digo tranquila abrazándole contra mí.

—¡Mmmm! Elsa —responde abriendo los ojos aún dormido.

—Sí, sí, aquí estoy —afirmo cariñosa.

—Amor mío. —Me abraza fuerte contra él—. ¿Qué te paso antes amor? ¿Por qué lloraste? Y no me mientas que te vi —me dice arrimándome más a él.

—Amor, eso no importa. Tengo algo importante que decirte

—hablo sin rodeos, respiro hondo porque sé que va a alucinar y ese tío no me da buena espina.

—Claro que importa. ¿Qué te pasó? —responde sin dejar de abrazarme—. Saber lo que te pasa es lo más importante para mí.

—En el bar un hombre me dio esto. —Le enseño la tarjeta que me ha dado—. Es el abogado de Alexandra, dice que tiene un vídeo. Llámalo me vio contigo antes saliendo del coche.

—¿¡El abogado de Alex!? —pregunta mirándome sorprendido, sin entender nada, la verdad es que ni yo sé lo que está pasando.

—Sí, de Alexandra. Dice que lleva buscándote todos estos años, llámalo. —Estoy nerviosa porque no sé qué pensar.

—Pero... ¿Un video sobre qué? —habla extrañado.

—Eso no lo sé.

—Dame el número que le llamaré. —Le doy la tarjeta—. Pero antes explícame ¿qué te pasa? desde que salimos del cementerio estás muy rara. —Veo que me mira triste sin entender nada.

—Entiéndeme es duro para mí verte así por ella, pero lo entiendo por eso no quería decirte nada, ni que me vieras —confieso con un dolor en el pecho, de ver cómo quiere a esa mujer.

—Lo siento, amor —habla dolido.

—Es alguien importante de tu vida y es normal —digo sin poder mirarlo.

—Era importante como ahora lo eres tú, quiero que sepas que te quiero y que siempre estaré contigo, porque no quiero estar con

ninguna otra persona que no seas tú —me contesta con lágrimas en los ojos.

—Yo nunca he sentido eso por nadie salvo contigo, pero quiero que sepas que Alexandra es parte de tu vida y me alegro. —Le abrazo —. Lo sé, amor, tranquilo.

—Vale. —Me abraza fuerte contra él como si quisiera jamás soltarme.

—Entramos las dos en tu corazón así que llama al abogado.

NEAL

No me puedo creer la suerte de haber encontrado a esta mujer, la abrazo aún más fuerte contra mí. Sé que esta situación la

está matando, yo me moriría de celos si me dice que aún ama a otro, solo de pensarlo se me parte el alma.

Esa idea, ¡uf! Debo de pensar en otra cosa, ahora lo más importante es ella. Lo único que quiero es que se dé cuenta de que ella es lo que más quiero, sé que lo he dicho mil veces, pero por la mujer que tengo ahora mismo entre mis brazos, mataría una y mil veces. Nunca voy a permitir que la pase algo.

Tampoco puedo dejar de lado, lo que me ha contado Elsa del abogado no tenía noticias de que Alex hubiera contratado a uno. Es tan raro no me da muy buena espina, pero no sé por qué se me viene a la cabeza al hijo puta del Escorpión en este momento y eso me pone muy nervioso.

Dejó de estar en mis pensamientos porque noto que llevo unos segundos o quizás minutos sin prestar a atención a Elsa, que me mira como asustada porque no he dicho ni una sola palabra en este rato, así que la miro y la sonrió.

—Sí, pero tú ocupas más espacio en mi corazón y por supuesto ocupas todos mis pensamientos —digo sin dudarlo un minuto.

Sé que a mí todas estas ñoñerías no me pegan. Neal Cafreey siempre he sido un mujeriego no me importaba nada, pero las dos mujeres que de verdad han estado conmigo sin importarles quién era o quién soy. Elsa es una de ellas y por nada del mundo pienso separarme de ella.

—Gracias, amor —me responde aliviada, me quedo sorprendido porque cómo puede pensar que yo no la amo.

Cojo la tarjeta, llamo al abogado, pero noto cómo Elsa mientras hablo se dirige al baño, quiero suponer que es para dejarme solo y hable tranquilamente, más bien no quiero pensar otra cosa.

Tardó solo cinco minutos en hablar y cuelgo. A los poco minutos sale Elsa del cuarto de baño, se acerca a mí y se sienta en la cama conmigo.

—¿Qué te ha dicho? —me pregunta intrigada.

—Me quiere enseñar un video que le dio Alex hace años y que él no sabe de qué se trata —le digo

Ese video me está poniendo cada vez más nervioso, porque no me cuadra nada lo que me ha dicho ese abogado del tres al cuarto.

Conocía muy bien a Alex, tengo que averiguar qué es ese video y que trama ese abogado. Joder no tengo fuerzas para enfrentarme a esto es superior a mí.

—¿No has quedado con él? —Con mi cabeza digo que no.

—No puedo, no me veo con fuerzas para superar esto —respondo nervioso, es superior a mí.

—¡Quééé! Tienes que ir, amor —me dice abrazándome, dándome todo su apoyo y yo se lo agradezco más que nunca, la necesito a mi lado.

—No sé si podré superarlo —contesto con un hilo de voz—. No sé qué hacer.

—Ve, ¿si fuera un vídeo mío también te lo pensarías? Si lo ha hecho es para que lo veas. —Al decirme eso me doy cuenta de que tiene razón debo ver ese video, aunque me mate verlo tengo que hacer lo Alex querría que lo viera.

—Vale, lo veré —digo angustiado—. Necesito un trago.

—Vale. —Veo como se levanta de la cama y se acerca al minibar prepara una copa para cada uno, se acerca a mí—. Creo que estoy bebiendo demasiado, ¡uf! —dice en voz alta sin darse cuenta—. Toma amor.

—¿Cuantas copas llevas? —pregunto cogiendo la copa y bebiéndomela de un trago.

—Pocas, pocas. —me responde, pero yo no me lo creo seguro que mínimo lleva dos.

Cojo el móvil y llamo al abogado quedado con él en la habitación, para que me dé o ver el video, miro de reojo como Elsa se bebe la copa casi de un trago, ella se levanta porque ha oído toda la conversación.

—Estaré abajo. —Se dirige a la puerta para salir.

—No bebas más, por favor. Cuando vea el video te voy a buscar, ¿vale? —le digo.

—Lo siento, pero es lo único que me quita este dolor del pecho. Vale, te veo abajo.

Elsa sale para el bar, no puedo evitar ponerme a dar vueltas por la habitación.

39. Lo que contiene el video

NEAL

Veo cómo Elsa sale de la habitación, no puedo evitar dar vueltas nervioso como un león enjaulado, no hago más que pensar si hago bien o mal en esperar a ese abogado de tres al cuarto, mi sexto sentido me dice PROBLEMAS.

Pero lo que verdaderamente me duele y me parte el alma es el dolor que estoy causando a Elsa, sé que todo esto la está destrozando, si yo estuviera en su lugar estaría ¡uf!, no quiero ni pensarlo.

A los diez minutos de salir Elsa, llaman a la puerta y me paro en seco. Respiro hondo, me miro al espejo tengo un aspecto de cansado, aunque he dormido antes, pero aun así estoy agotado anímicamente todo esto no tiene sentido. Me acerco a la puerta.

—¿Quién es? —pregunto serio, por la verdad sé quién cojones es, pero me hago el interesante.

—Soy el abogado de Alexandra —responden detrás de la puerta.

Abro la puerta y con cara serio le digo.

—Pase, pase.

—Gracias, señor —contesta el abogado entrando a la habitación.

—¿Qué es lo que quiere? —pregunto serio mirándolo.

—Llevo buscándolo mucho tiempo —me responde mirándome, le noto algo nervioso que tramara.

—Pues aquí me tiene —contesto con voz de cabreo porque no entiendo nada.

—Alexandra me dijo que, si le pasaba algo, que le diera este vídeo en la mano. —Veo cómo saca el video de una maleta y me lo muestra —. Tome.

—Pero yo no sabía que ella tenía un abogado —digo cogiendo el video desconfiado.

—Pues me contrató unas semanas antes de fallecer, le dejo que vea el video en privado —habla mientras se va a la puerta.

Me quedo mirando cómo se gira para irse, no puedo dejar que se vaya así que pienso rápido, tengo que saber la verdad son muchos años pasando un infierno, el remordimiento de no saber que paso me está volviendo loco. Sé que la pobre Elsa no tiene la culpa que debería hacerlo por ella, pero para pasar página antes tengo que saberlo.

—Esto es muy raro. ¿Ella le contrata para que me entregue el video si le pasa algo y poco después muere? —pregunto más serio de lo normal no entiendo nada de nada.

—Sí, es lo que pasó de verdad —responde algo nervioso evita mirarme a los ojos.

Chaval, me estás tocando los huevos. Algo me ocultas.

—Me está ocultando algo —digo en tono serio.

—¡Nooooo! De verdad. —Pongo el video, mientras a este abogado le cuesta mantener el tipo habla muy nervioso—. No sé qué es ese video, se lo prometo.

En el video sale Alexandra en un almacén abandonado, sentada y atada en una silla dice que, si estoy viendo el video, es porque ella está muerta. El golpe de las Vegas se puso muy feo, no entiende cómo salió mal, tiene miedo que la pase algo no me dice nada porque me conoce y no quiere que la lie. Me da la libertad y su aprobación para conocer a una buena mujer, me desea que sea feliz. Termina el video. No he podido dejar de llorar en todo el rato, me limpio las lágrimas, le indico al abogado que se vaya no de muy buenas maneras.

Ver a Alex en el video me ha roto en dos, mi respiración es acelerada y mi corazón se me sale del pecho, tengo que respirar profundo para que mis pulmones se llenen de aire. No entiendo nada de porque me dice esas cosas en el video, pero está claro que ese abogado, no dice la verdad. Él sabe más de lo que cuenta así que tengo que llegar al fondo del asunto.

Pero lo primero de todo debo relajarme estoy en un ataque de nervios, Elsa no me puede ver así bastante está pasando la pobre. Me tomo unos minutos respirando hondo relajándome poco a poco, voy al baño y me mojo la cara para bajar a buscar a Elsa.

Ella ya bastante está pasando, viéndome destrozado por mi prometida fallecida, me regaló el venir aquí a verla lo menos que debo hacer es estar entero y hacer que ella sea feliz. Todo el camino al restaurante donde seguro se encuentra ella no dejo de darle vueltas al video y a ese tipo, al entrar veo a Elsa sentada en una mesa bebiendo un puerto de indias.

Al no verme decido ir al bar como un loco necesito un buen trago, para aclararme las ideas y poder pensar, aunque suene irónico dar un buen trago me ayuda a pensar.

—Hola, que puedo servirte —me dice el camarero.

—Bourbon doble sin hielo —respondo más serio de lo que se merece, pero ahora mismo ese es el menor de mis problemas.

—Enseguida —contesta amable me prepara la copa y le doy un buen trago.

Veo por el rabillo del ojo como Elsa se termina la copa, se levanta y viene a la barra. No se da ni cuenta que estoy al lado de ella por lo que veo a bebido más de la cuenta y la está pasando factura.

Y todo esto es culpa mía.

—Un puerto de indias por favor.

—¿¡Elsa!? —digo suspirando porque me duele verla así de mal y más porque es culpa mía.

—¿¡Neal!? —Se acerca a mí y me abraza con cariño—. ¿Estás bien?

—Mejor que tú —La agarro por qué se tambalea—. ¿No te dije que no bebieras más?

La miro verdaderamente preocupado no quiero imaginarme que está pasando por su cabeza. Por suerte no es como yo, si no ya hubiera hecho alguna estupidez y lo estaría lamentando.

—Perdona. —Me suelta y la miro veo que el brillo de sus ojos se ha apagado y me odio por ello.

—Vamos a la habitación anda —hablo calmado, sonriéndola.

—Sí, pero tu copa y mi puerto de indias —me dice dándole un trago.

La quito la copa con delicadeza mientras la miro a los ojos, la levantó y la arrimo a mí no puedo dejar de mirarla cada vez la amo más.

—Tú no estás para beber más, cariño —le digo con cariño abrazándola.

—Vale, pero no te enfades conmigo. —Me mira con lágrimas en los ojos.

—No, amor. Sabes que nunca lo haría.

—Quédate si quieres, tomándote la copa y yo me voy a la habitación. ¿Vale? —Se levanta e intenta ser fuerte.

—No, no quiero estar más tiempo solo. —Me levanto y me pongo a su lado.

—¿Has visto el video? —Se nota que le ha costado preguntármelo, la abrazo necesito que sepa que la amo más que nada en este mundo, más que a mi propia vida.

—Sí, pero vamos a la habitación y te lo cuento allí. ¿Vale? —La cojo de la cintura.

Llegamos a la habitación apenas hemos hablado en todo el camino, pero no la he soltado en ningún momento de la cintura, me moriría sin esta mujer a mi lado.

Nada más entrar nos ponemos cómodos para estar en la

habitación, veo cómo ella se quita la ropa con dificultad y se pone una camiseta mía. Adoro que haga eso así que la miro con ternura.

Me pongo unos pantalones del chándal, una camiseta de tirantes y me siento en la cama.

—¿Qué era el video amor? —Se sienta a mi lado y me mira para que la conteste.

—Alex me decía que el golpe en el que me pillaron, se puso muy feo, tenía miedo de que la pasara algo, pero no me lo quería decir porque sabía que haría alguna locura —respondo apenas sin poder mirarla a la cara.

—¡Quéé! ¿¡Espera sabía que la vigilaban!? —dice sorprendida.

—Por lo visto sí. No sé, esto es muy raro. Cada vez sé menos sobre lo que pasó —respondo mientras me tapo la cara con frustración y tristeza.

—Puedo ayudarte. —Veo que me lo dice sincera, que estará pensando.

—¿¡Cómo... que me puedes ayudar!? —La miro sorprendido.

ELSA

—Si veo el video puede que nos pueda servir para encontrar algo, vamos si quieres.

Se levanta, va a donde tiene el video y me lo pone. Veo que dice exactamente lo que me ha contado Neal, por supuesto veo el final lo que quiere que sea feliz con otra mujer, le miro asustada.

¡Dios mío!

—¿Qué pasa, amor? —Me mira sin entender nada.

—Espera, rebobina —digo mirándole con los ojos muy abiertos—. Creo que he visto algo, no estoy muy segura.

—¿Qué has visto? —pregunta asustado poniéndose blanco.

—He visto algo.

Me acerco a ver el video mejor, en una imagen puedo ver que los ojos de Alexandra miran al lado y en sus ojos se puede ver a alguien.

—¿Qué pasa? —me pregunta desesperando y supernervioso.

Lo reconozco.

—Amor, Alexandra no estaba sola y sé quién está con ella. —Tiemblo sin poder evitarlo.

—¿Quién es? —pregunta serio apretando los puños.

—El... Es...corpión fue quien la mató —respondo temblando muy asustada.

—Yo no veo nada —me dice acercándose y mirando.

—Fíjate bien no tengo duda. —Me callo—. Pero todo es muy raro.

—¡JODERRRR! —pega un grito dándole un puñetazo a la televisión, se pone a llorar su mano le sangra por el golpe, me asusto y me aparto de él—. Primero la mato a ella y después quiso acabar

contigo.

—Neal, me asustas. Nunca te he visto así de furioso, tranquilízate. —Le miro muy asustada, no sé cómo calmarlo.

—No entiendo nada. ¿Por qué? —dice aturdido, furioso.

—Si lo se me callo, es que he visto muchos videos en comisaría y sé ver cosas que nadie ve, pero lo siento. —Me pongo a llorar.

¡Dios, duele! Ni cuando me dispararon se puso así. Sí que la ama con locura, nunca ese amor podrá ser el nuestro. Me quedo callada sin saber qué hacer ni cómo actuar.

—Primero ella y después tú, porque a las dos mujeres de mi vida la quieren matar con Alex lo lograron y contigo casi. Todo es culpa mía —responde tapándose la cara llorando desconsolado, lo único que puedo hacer es abrazarlo.

—Ya no puedes hacer nada, está muerto. Y no digas eso, amor. No es verdad, no es culpa tuya —digo abrazándolo para que sepa que estoy a su lado.

—Porque hasta después de muerto, sigue dando por el culo —responde muy frustrado.

—Eso es lo que me extraña. ¿El abogado no te suena de nada? —Le miro pensando.

—No. ¿A ti sí? —me dice curioso.

—A lo mejor he visto mal, lo siento —digo casi cayéndome al sentarme a la cama, no voy nada bien—. No digo que sea él, pero un hermano o algo. No sé, amor. Voy muy mal, no sé lo que digo.

—Durmamos, ¿vale? Mañana analizas el video y me dices mejor. —Me abraza.

—A lo mejor he visto mal, perdona —contesto abrazándome fuerte a él.

—No, tranquila. Por eso quiero que lo hagamos mañana, que estaremos descansados y no estaremos bebidos. —Me aprieta con él demostrándome que me ama más que nada.

—Lo siento, lo siento, no era mi intención ponerte así.

Me separo de él, sin poder mirarlo a la cara me duele tanto verlo mal, ya no puedo soportar más que este así, debí quedarme quieta con el asunto de Alex, pero sé que le vino bien ir a verla lo malo es este abogado que algo está tramando porque este video no es normal, tengo que verlo mejor cuando esté más despejada. Me tumbo en la cama noto cómo me mira.

—No es culpa tuya. —Se tumba a mi lado—. No quiero que pienses que es culpa tuya. ¿Vale? Porque no lo es.

—Espero que esté equivocada. No quiero verte así —respondo sincera abrazándolo.

—Ahora durmamos, no le demos más vueltas. ¿Vale? Mañana lo solucionaremos —me dice dándome un abrazo con cariño.

—Abrázame y no me sueltes, por favor. —Mi voz es de súplica, no quiero separarme de este hombre.

Neal me abraza y medio llorando se queda dormido en mis brazos, pero me quedo despierta. Cuando veo que está profundamente dormido, con cuidado me separo de sus brazos para no despertarlo.

Me levanto voy a la tele, quito el sonido y veo el video examinándolo una y otra vez todo lo que queda de noche. Cada vez estoy más convencida de lo que le dije a Neal el Escorpión tiene que ver con su muerte.

Noto cómo se despierta, me imagino que es por el brillo de la tele, se levanta y viene a donde estoy. Me abraza por detrás. Me dejo abrazar estar en sus brazos es como mi hogar, mi refugio.

—Amor, ¿qué haces? —habla con voz de dormido.

—No he podido dormir en toda la noche —le confieso mirándolo a los ojos.

—¿Has estado toda la noche viendo el video? —pregunta preocupado por mí.

Miro al suelo y suspiro.

—Fue el Escorpión quien mató a Alexandra, pero tenía un cómplice y no sé quién es, lo siento.

Noto cómo se pone tenso, me mira suspira hondo y aprieta los puños. Pero aún no sabe lo peor, se lo tengo que decir cuanto antes debe saberlo, aunque le duela como mil cuchillos clavándose en el cuerpo. La verdad yo estoy así para qué negarlo, tengo el corazón roto en mil pedazos, pero tengo que ser fuerte por él, no puede verme derrumbada.

—¿Cómo que tiene un cómplice? —Me mira confundido, sin entender nada.

—Te puedo asegurar que el abogado miente, porque según término el video la... lo siento —digo sin poder terminar la frase, se me caen unas lágrimas.

—¿Qué pasa, amor? Dilo —pregunta nervioso.

—La mataron. —Me tapo la boca y empiezo a llorar.

—¿¡QUEE!? —grita separándose de mí muy alterado y furioso.

—Ella sabía que iba a morir, lo sé por lo último que dijo se despedía de ti. —Veo cómo se pone una chaqueta—. ¿Dónde vas?

—A por el abogado.

Voy rápido hacia la puerta, me pongo en medio, para que no salga. Así de nervioso puede hacer una locura y es lo que menos quiero que haga, así que intentó tranquilizarlo antes.

—Voy a sacarle las cosas a hostias si hace falta y después iré a por el cómplice.

Nunca le he visto así de furioso, tiembla y aprieta los puños fuertes. Si no le conociera hasta me daría miedo estar enfrente de él.

—Tranquilo, déjame que hable yo con él, por favor. —Intento que entre en razón.

—Voy a matar a todo el que tenga algo que ver con lo que le pasó a Alex.

Me da un empujón apartándome bruscamente de la puerta. Me quedo llorando sentada en la cama y abre la puerta, pero antes de salir me dice sin mirarme.

—También a toda persona que sepa lo que pasó en las Vegas va a morir.

Sale de la habitación dando un portazo, me quedo paralizada unos segundos, pero enseguida reaccionó. Me visto y salgo corriendo en busca de Neal.

Tengo que evitar que haga una locura ¡Dios mío!

40. Tortura

NEAL

Bajo lo más rápido que puedo, supongo que ese abogado del tres al cuarto se habrá quedado a dormir en este hotel, no puedo permitir que se largue sin saber lo que pasó de verdad y aún más porque sé que me está mintiendo.

Justo cuando llego al vestíbulo, veo al abogado saliendo por la puerta del hotel, sin dudarlo corro aún más deprisa y le paro.

—¿Se acuerda de mí? —pregunto serio y cortante.

—Hola, señor. Claro que sí —me contesta sorprendido.

—Tengo que hablar con usted, venga conmigo.

—Claro, dígame.

Nos vamos con paso rápido, para la habitación. Entramos en ella, cierro la puerta y le miro furioso.

—¿Qué quiere? —habla el abogado asustado.

—Que hables, no me creo que Alex contratara un abogado, porque ya conocía a uno de su confianza que es amigo mío y no eres tú —digo furioso casi estoy fuera de mis casillas.

—Que dice, no diga bobadas —responde nervioso y asustado de cómo me ve.

—¡BOBADAS! —grito.

—Le juro que recibí una carta de ella, diciendo lo que le dije. —Noto cómo me miente este cabrón y eso me enfurece aún más.

—Encima me mientes, habla y dime la verdad esto es muy raro. Tú sabes algo. —La paciencia se me está acabando.

—No sé nada, de verdad. —Está muy nervioso el abogado y eso me encanta.

Habla o te las veras conmigo.

—¿Cómo qué no? Explícame, ¿cómo un abogado pudo dar

conmigo?

—Fue por casualidad, le vi bajando del coche.

—Tú crees que soy tonto, ¿verdad? En este pueblo no hay abogado, así que empieza hablar. —Este tío ha llegado a mi límite y voy a hacer que hable si es necesario con hostias.

ELSA

En ese momento, entro a la habitación. Salí a buscar a Neal como una loca, después de estar unos segundos sentada en la cama respirando. Voy corriendo a él y le abrazo.

—Tranquilo. —Pero me vuelve a empujar y me caigo al suelo.

—¡Que hables joder! —Veo cómo le coge del cuello al abogado—. ¡Habla!

Me he quedado paralizada ya van dos veces que me empuja, le miro confusa, asustada. Aún con el abogado cogido del cuello, me ve tira en el suelo, le suelta y se agacha a mí.

—Amor, ¿estás bien? —Me mira a los ojos.

—Sí, creo que sí. ¿Puedes dejarme a solas con él, por favor? Confía en mí —le digo lo más calmada que puedo.

—Vale, amor.

Sale de la habitación muy enfadado dando un portazo, cuando veo que se ha ido me voy acercando a él.

—O me dices quién eres o te mato, ¿entendido? —Saco mi pistola.

—Soy un abogado —me responde sin dejar de mirar la pistola.

—¿Quién te contrató? Como vea que mientas, te disparo. —Tiemblo mientras hablo.

—Me contrató Alexandra —dice extrañamente tranquilo ante la situación.

—No puede ser, porque he visto el video y murió después —le confieso.

—Sí, lo sé —habla burlón.

—Me estás mintiendo, a la próxima te disparo —digo apuntándole —. Murió, imposible que le diera el video, soy policía y lo sé.

—No creo que seas capaz, veo cómo tiemblas. —Se ríe—. Además, si me matas no sabrás nada. —Se vuelve a reír.

—¡Que no! —Le disparo en la pierna, sin dejar de temblar —. Habla cabrón.

—¡Ah! Hija de puta, zorra —grita de dolor.

No dejo de temblar, pero tengo que ser fuerte debo sacarle la verdad a este tío cueste lo que cueste. Le vuelvo apuntar.

NEAL

Al escuchar el disparo entro muy asustado, no debí dejarla sola.

¡Mierda!

La veo temblando y apuntado al abogado, voy rápido a donde está

ella.

—Elsa, ¿qué hiciste? —La miro asustado, esto nos puede traer problemas.

—¡Dímelo, cabrón!

La cojo.

—¡JODER! ¿Estás loca, Elsa? —la respondo mientras el abogado grita de dolor.

Elsa se gira hacia él y le aprieta la herida al abogado —habla o la próxima a la cabeza.

—Vale, vale, hablaré. Estúpida zorra —la respondo con cara de dolor el puto abogado.

—Ni zorra, ni cojones. —Le doy un puñetazo, me pongo delante de Elsa y le quitó el arma.

—Habla, hijo de puta que te mató —contesta ella con cara de furia.

Al ver lo alterada que esta, la cojo y la saco de la habitación. Esto se nos ha ido de las manos y tiene que tranquilizarse. La miro furioso de mí mismo por haberla dejado sola con ese tipo.

Todo esto es culpa mía, no debí permitirlo.

—¿Qué haces? ¡Estás loca, joder! —La miro a los ojos.

—Joder, estaba a punto de hablar —dice furiosa.

—Pero de qué sirve que hable si vamos a la cárcel, no lo pensaste, joder. Quédate aquí yo hablaré con él.

—¡Qué dices! ¡Nooo! —grita.

—¡Que te quedes, joder! —Veo que se queda parada siento haberla hablado así, pero es la única forma de que se quede—. Qué ya la has hecho buena.

Entro donde el abogado, firme cabreado, mi paciencia se ha acabado.

Hablará sí o sí.

—A ver tú habla —hablo furioso.

—¿Dónde está la zorra? —Se ríe.

—Que más te da.

—Tiene más huevos que tú, la poli. —Veo cómo se ríe, pero me acerco y le aprieto la herida—. ¡AHHH!

—No tenéis ni puta idea de lo que soy capaz. Hablas o lo que te hizo ella no será nada —digo fuera de sí—. ¡Habla!

—No eres capaz, cabrón. Solo hablaré con ella, así que tú mismo —me contesta en tono burlón con una sonrisa de medio lado.

—Tú crees, muy bien. —Me rio.

Voy a una lámpara la rompo, pelo los cables los junto para que vea que hay corriente. Le quito la camisa y lo empiezo a electrocutar mientras me río.

—¡Hablaaa! —digo con cara de loco.

Oigo cómo alguien entra a la habitación, sin mirarla sé que es Elsa me imagino que ha entrado por los gritos de este cabrón.

—¿Qué coño haces, Neal? —Se pone en medio de los dos, mirándome muy asustada—. Estás bobo.

—¡Que hables, hijo de puta! —Lo vuelvo a electrocutar.

Elsa me empuja.

—Quieto Neal, por favor.

—¡Nooo! Hasta que no hable, no voy a parar es cosa mía —contesta sin entrar en razón, ella intenta que pare, pero es inútil.

—¡Ah, sí! —me responde sorprendida.

Le vuelvo a electrocutar.

—¡Hablaaa! ¿Quién te contrato? —Le doy una hostia con ganas.

—Te repito que solo hablaré con la zorra —me dice con una sonrisa de medio lado.

—Aquí me tienes ¿qué quieres habla? —pregunta Elsa.

Le electrocuto un poco más.

—¿Es que no me reconoces? ¡Quieto, ahhh para! —habla el abogado con dolor.

—¿Quién eres? —pregunto fuera de mí.

—Mírame bien, soy Robert. —Me quedo pensando no conozco a ningún Robert.

—¿Qué Robert?

—Para amor, por favor. —Oigo que me dice Elsa desesperada.

—Él que te hizo la púa y te pillaron —suelta Robert y se ríe a carcajadas.

—¡Hijo de puta! —digo loco y le electrocuto—. Habla, ¿por qué lo hiciste?

—¡Ahhh! —grita Robert de dolor.

Elsa se pone en medio de los dos, pero yo ni la miro. Mi cara es de loco sin control, solo tengo ahora una cosa en la cabeza.

Hijo de puta me la vas a apagar.

—Para, por favor, Neal —habla Elsa muy asustada.

—Me pagó mucha pasta el Escorpión, para que os atraparan, pero ella se libró —me confiesa.

—¿Y por qué la mataste? —pregunto rabioso.

—Yo no la mate. —Robert me cuenta la verdad.

—¿Quién lo hizo? —pregunto rabioso, porque quiero la verdad.

—Fue el Clan del Escorpión lo que lo planeo, vamos su familia. Pero quién la mató fue el Escorpión esto lo digo de su boca que a las personas que amarás las mataría —confiesa sincero y serio.

—Liam Heiden no tiene familia.

—Sí, tiene un hermanastro nadie lo sabe, ni siquiera tú. —Se ríe.

—Eso es imposible. —hablo sorprendido.

—No lo es. —Se ríe Robert.

—Sí lo es, no puede ser que nadie lo supiera ni Mozzy ni Arjen —digo dándole vueltas a lo del hermanastro.

—Es la verdad, más no sé —responde Robert.

—Es imposible. ¿Quién es el hermanastro? ¿Dónde está? —me acerco a él.

—Si te lo digo me matará. —Le doy una patada.

—¿Cómo se llama? —Le pego un puñetazo.

—No te lo voy a decir —dice rotundo y mira a Elsa.

Ni la mires, hijo de puta.

—¡Hablaaa! —hablo riéndome con cara de loco y le vuelvo a dar otro puñetazo.

—Vete y hablo —responde desesperado Robert—. ¡Ahhh!

—Hablaaa cabrón o te juro que sigo con cosas peores.

Elsa me agarra separándome de él, la miro a los ojos su cara está desencajada del miedo.

—Se llama Sawyer más no sé, joder dejarme de una puta vez, el Zorro os dará vuestro merecido cuando se entere. —Se ríe a carcajadas.

Elsa se ríe.

—Hijo de puta, ¿sabes quién soy? Heleen Smith, soy su hija, así que habla o te mato.

—¿Qué tiene que ver el Zorro en esto? —pregunto confuso.

—Me conoce y me defenderá —responde Robert.

—El Zorro defenderte a ti —hablo fuera de mí acercándose para volver a electrocutarlo. —¡Habla!

—Más no sé. Joder, de verdad, solo sé que se llama Sawyer.

Le pego una hostia y le dejo inconsciente. Al dejarlo inconsciente me caigo de rodillas y empezó a llorar.

—¿Qué haces? —A Elsa se le cae la pistola de la mano y tiembla sin parar.

—Es culpa mía, todo es culpa mía —contesto con la mirada perdida y llorando.

—¿Qué coño ha pasado? Te has vuelto loco —me dice asustada.

—Lo siento. —Me levanto llorando—. Lo siento. Elsa, perdóname.

Elsa se sienta en el suelo y me pongo a su lado y la abrazo.

¡Dios! No sé qué me ha pasado he perdido el control.

—Amor. lo siento. No sé qué me paso —respondo mirándola.

—No me llames, amor. Soy Elsa nunca te vi así, ni cuando recibí el disparo, estabas loco. Ese Neal no me gusta —me contesta sin parar de llorar.

—Amor, lo siento, perdóname. El que me dijera que va a matar a todas a las que quiera, me hizo pensar que te perdería y me volví loco. —La digo la verdad, sin ella me volvería loco.

—¿Qué hacemos con él? —me pregunta mirando a Robert e

intentando cambiar de tema.

—Ahora me preocupa más que me perdones, Solo lo hice para protegerte, mi amor. —Me doy cuenta de que he dicho amor dos veces —. Perdona, Elsa.

—Tranquilo, lo entiendo —me dice con miedo y ese me está matando por dentro.

—No me tengas miedo, ¿vale? Sigo siendo el mismo del que te enamoraste, sabes que nunca te haría daño.

—Para no tenerte miedo, es hablar Alexandra y te vuelves loco. —Ella se aparta de mí.

—¿Por qué te apartas? —pregunto mirándola asustado por si se va —. Me volví loco porque dijo que iba a matar a todas las mujeres a las que amase. Te amo a ti y no quiero que te pase nada porque quiero pasar mi vida contigo.

—No sé quién eres, no entiendo nada —responde con lágrimas en los ojos.

—Soy él mismo, mira. —Le enseño la pulsera que me regaló la de las esposas, que desde que me la dio no me la he quitado.

—No entiendo nada, pero no pasa nada. —Al ver la pulsera, se empieza a calmar un poco.

—No me está gustando descubrir que la muerte de Alex es por mi culpa, entiéndeme y no quiero que te pase nada amor. —La abrazo fuerte contra mí, sin ella me moriría.

—No me pasara nada, tranquilo —contesta, aunque eso no lo tengo tan claro.

De repente, Robert se despierta e intenta soltarse. Me levanto, le pongo una cinta americana en la boca y le encierro en el baño. Tenemos que hacer algo con él y rápido.

—Elsa, ¿qué hacemos con él? —pregunto yendo a donde está ella.

—Voy a llamar a la policía, que se lo lleven. —Veo cómo llama y la policía viene de camino—. Pero tienes que darme un puñetazo con todas tus fuerzas.

Estás loca, ni de broma.

—No —digo rotundo—. No puedo pegarte.

—Ni te lo pienses, debo tener coartada. Dame y lárgate.

—Un puñetazo no explica la tortura —le respondo confundido no entiendo qué pretende.

—Dámelo y vete confía en mí, Les diré que quiso violarme, pero dame el puñetazo. ¡Yaaa! —Cierro el puño para darla, pero no puedo —. Vamos, piensa que soy el Escorpión. —Vuelvo a cargar otra vez el puño. Lanzo el puñetazo, pero me quedo a dos centímetros de su cara —. Lo siento por lo que voy a decir, Alexandra era una zorra asquerosa.

Cargo el puño, le doy una hostia que da dos pasos para atrás y se

cae al suelo.

Mierda, me pase joder no era mi intención.

Pero es nombrar a Alex o a Elsa y pierdo el control.

—¡Joder, Elsa! Lo siento, perdona, me pase de fuerza —hablo asustado por ella.

—¡Lárgate! Antes que vengan —me dice llorando—. Vete, joder. Luego nos vemos.

Me voy con mal cuerpo, no puede creer lo que he hecho, nunca me lo voy a perdonar. Pegar a Elsa, Dios. ¿Cómo he podido? Si ya me tenía miedo, más lo tendrá hora.

ELSA

A los cinco minutos llega la policía a la habitación, les explicó que intentó forzarme, los agentes me creen y se lo llevan a comisaría, pero antes de irse uno de los agentes me dice.

—¿Quiere que la llevemos al médico? —me pregunta.

—No, gracias. Estoy bien —le contesto sonriendo para disimular.

—¿De verdad? —El agente quiere asegurarse de que estoy bien.

—Sí, sí.

—Pues ya tenemos lo necesario. Gracias, la llamaremos para una declaración.

—A ustedes por venir tan rápido. Sí, cuando quieran —respondo lo más amable posible, aunque intento controlar mis nervios.

La policía se va con Robert, voy al baño me lavo la cara, porque no para de sangrarme el labio, Neal ha debido de rompérmelo. Oigo cómo pican a la ventana del baño, me pego un susto y veo a Neal haciéndome gestos para que abra la ventana, le abro.

—¿Qué haces ahí? —pregunto sorprendida.

—¿Se fue la policía ya? —Me mira.

—Sí —Le miro.

—Deja que entro. —Entra en el baño por la ventana mirando al suelo.

—¿Qué pasa? —Veo cómo que le cuesta mirarme.

—Me siento muy mal y un cerdo —habla sincero.

—¿Por qué?

—Por haberte pegado —dice sin poder mirarme.

—Era necesario —le respondo para que se sienta mejor, me duele donde el puñetazo, pero lo disimulo.

—Lo sé, pero me siento fatal es la primera vez que le pego a una mujer y tienes que ser tú —habla enfadado.

—No es nada, tranquilo. No te preocupes. —Él me abraza con cariño—. Estoy bien.

—Déjame que te limpie la sangre y te cure —me dice con dulzura.

Asiento con la cabeza, él se acerca a mí me mira con miedo por si

me fuera a ir. Me coge de la cara y me mira el golpe, no puede evitar gruñir al verlo.

Va al botiquín que hay en el armario y me lo empieza a curar con mucho cariño, no deja de mirarme a los ojos se le nota arrepentido. No me gusta que se sienta así, era necesario.

—Gracias —respondo sin dejar de mirarlo.

—¿Te duele Elsa? —Se le ve preocupado.

—Un poco —confieso, pero me besa la herida.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —dice tímido.

—Dime. —Le miro a los ojos esperando la pregunta.

—¿Te puedo volver a llamar amor? —pregunta mirando el suelo.

—Claro. —Le beso—. Pero me diste miedo eso es verdad.

—Lo siento, no quería que me tuvieras miedo.

—Nunca te vi así, no reaccionabas, estabas ido —contesto aun con un poco de miedo al recordarlo así.

—Eso de que me digan que te van a hacer daño, me vuelve loco —me confiesa.

—Ves nadie me hará daño, sé defenderme. Amor, tranquilo, ¿vale? —le digo mirándolo.

—Vale, te prometo que lo intentaré.

—Con eso me vale, ¿Tú estás bien? —Le miro.

—Sí, amor, estoy bien. —Nos besamos—. Te quiero, eres la mejor.

—Y yo a ti. —Me abraza fuerte—. Tranquilo que no me voy. —Me río.

—Eso espero. —Nos besamos con pasión.

—Amor, una cosa. ¿Te crees lo que dijo Robert? —le digo, la verdad que yo me creo parte de lo que dijo más bien de lo que le pasó a Alex, lo único que no me creo es lo de mi padre.

—No sé si creerlo. Tendremos que hablar con tu padre no ves que dijo que le conocía y que iba a venir a por nosotros. —Le veo pensativo.

—Es verdad. Si quieres llámalo.

—Sí, buena idea. —Coge el teléfono y llama a Arjen sin alejarse de mí, me abraza aún más fuerte.

NEAL

—Hola, Neal.

—Oye una cosa. ¿Conoces a un tal Robert?

—¡Mmm! Espera, sí. ¿Por qué? ¿Qué ocurre Neal? ¿Estáis bien?

—No.

—¿Qué ha pasado? ¿Y Heleen?

—A Robert, lo contrató el Escorpión.

—¡Qué! No tenía ni idea, no le abra echo nada a Heleen que lo mato.

—No, no le hizo nada, pero el hermanastro del Escorpión, puede

que sí y seguramente tengas noticias de Robert por lo que le hice.

—*¿Qué le hiciste?*

—Nada. Bueno, nos amenazó con que nos ibas a matar por hacerle eso, nosotros también nos reímos.

—*¿Heleen está bien? La ha tocado o algo, porque tardo en matarlo. Tengo que averiguar lo del hermanastro, te llamaré cuando sepa algo, pero antes cuéntame a ver que paso.*

—Elsa está bien y yo también, pero no le mates porque irá a decirte lo que le hicimos, habla con él sobre lo del hermanastro del Escorpión, creo que quiere matar a Elsa por estar conmigo y a mí por matar a su hermanastro. Se hizo pasar por el abogado de Alex, la que era mi prometida me entregó una cinta de video y Elsa descubrió al Escorpión y a un cómplice y al final del video matan a Alex.

—*¿Cómo sabía Heleen eso? ¡Madre mía! No para de sorprenderme esta chica.*

—Así que cogimos a Robert y le obligamos a hablar. No sé cómo lo averiguo, pero me dijo que en la poli vio muchos videos así.

—*Eso es verdad, su madre hacía igual. En los videos se resuelven muchas cosas.*

—Oye, respecto a Robert, déjalo vivo por ahora. Seguro que sabrá muchas más cosas de lo que nos dijo y a ti te lo contara seguro.

—*Sí, sí, que me llamé le sacaré lo que pueda y cuidaros mucho, por favor. Heleen es lo único que tengo.*

—Tranquilo, te prometo que yo la cuido, también es lo único que tengo.

—*Dala un beso y voy a ver si averiguo algo.*

Colgamos los dos el teléfono, pero no puedo dejar de pensar en todo lo que ha pasado con Robert, porque si está por medio el Escorpión, bueno en este caso su hermanastro nada bueno puede suceder, Miro a Elsa la noto nerviosa sin poder estarse quieta en la habitación.

—¿Ahora qué hacemos? —pregunta nerviosa.

—Esperar a que me llame tu padre —le respondo creo que eso es lo mejor.

—Todo el mundo nos quiere hacer daño, ¡madre mía! Y me estoy cansando —me confiesa.

—Arjen conoce a Robert y va a sacarle más cosas sobre el Sawyer. Se puso hecho una fiera tu padre, Robert va a desear que le vuelva a electrocutar. —Me río.

—No te olvides de mí disparo, fue el primero que dio a alguien —me dice un poco temblando, pero me acerco a ella y la abrazo.

—Tu padre me asusto, tuve que convencerle para que no lo matara nada más verlo. —La miro la noto rara como si no estuviera bien.

—Amor, me duele mucho la cabeza, voy a tomarme algo. ¿Dónde

tenemos las pastillas? —dice tocándose la cabeza.

—En el baño. —Voy a por ellas—. Toma, amor. Una pastilla para tu cabecita linda y un vaso de agua.

—Gracias, guapo. —Veo cómo se la toma—. ¿Qué hora es?

—Las 15:00.

—¿Por qué no comes algo? —me dice.

—Sí, voy ahora a comer. Tú acuéstate, ¿vale?

—Vale, amor. Estoy cansada que estoy sin dormir. —Se tumba en la cama.

—Sí, acuéstate. —La tapo y le doy un beso—. Voy a comer algo y vuelvo, ¿vale? Te quiero, amor.

—Vale, yo también te quiero.

Bajo al bar para ver si puedo comer algo, aunque tengo el estómago cerrado. Cuando como algo y estoy un rato en el bar para dejar descansar a Elsa, decido subir a la habitación. Entro con cuidado y la veo dormida así que procuro no hacer ruido.

—¡Mmm! Amor, ¿eres tú? —pregunta aun dormida.

—Sí, nena soy yo. ¿Cómo estás?

—Bien. —Me sonríe.

—Me alegro, mi amor. —Me tumbo a su lado y la beso la frente.

—¿Cuánto tiempo nos vamos a quedar aquí? —pregunta ella curiosa.

—Lo estuve pensando y creo que será mejor ir a Ámsterdam con tu padre. Si quieres, claro.

—¿Otra vez y para qué queremos nuestra casa? Pero si crees que es lo mejor, vamos. —No me lo puedo creer, ha dicho que sí muy pronto.

—Es por seguridad, amor. Además, no quiero que nadie descubra que vivimos en San Francisco —confieso sincero cuanto menos sepan la gente donde vivimos mejor.

—Tienes razón deberíamos irnos ya, porque como suelten a Robert que hacemos —me dice Nerviosa.

—Él seguro irá a ver a Arjen para que nos mate. —Río sin poder evitarlo.

—Entonces, dime tú, pero aun así cómo corra la voz de que estamos aquí será peor. —Pensándolo bien, ella tiene razón no pueden saber que estamos aquí.

—Por eso si estamos con tu padre, no nos pasara nada —murmuro mirándola a los ojos.

—Pues vámonos mañana, si quieres.

—Vale, no salimos de una para meternos en otra amor. ¿Seremos gafes? —hablo en alto y Elsa me mira, pero esa mirada sé que lo que me va a decir no me va a gustar nada.

—No entiendo nada la verdad. ¿Y si estamos un tiempo separados? Tú te vas a casa de Arjen y yo me voy a España con una amiga. —Elsa

mira al suelo—. Hasta que nos dejen de buscar o nos dejen en paz.

—Puede ser —respondo pensando, la idea de separarnos no me hace mucha gracia, pero pensándolo bien así podría estar ella a salvo, yo podría distraerlos.

¿Te parece buena idea?

—Sí, pero lo mejor sería que tú te fueras con tu padre y yo desapareciera. Vamos, yo creo que será lo mejor. ¿Qué opinas?

—No me dices ni dónde vas a ir, pues nada me iré con Arjen. —Veo cómo se levanta de la cama y sé pone a hacer la maleta—. Mañana mismo me voy no te preocupes, voy a llamar a Arjen.

Veo cómo va a coger el móvil, sin mirarme le llama.

ELSA

—*¿Sí?*

—Hola, Arjen.

—*Hola, Heleen. ¿Qué tal hija? ¿Cómo estás?*

—Bueno no muy bien, por eso te quería decir una cosa, ¿te importa que vaya a tu casa y este contigo una larga temporada?

—*Dios no, porque me iba a importar, os recibiré encantado a los dos.*

—Iría yo sola.

—*¿Lo dejaste con Neal?*

—Casi, porque va a desaparecer para que estemos a salvo. Así que mañana que alguien vaya a buscarme al aeropuerto, ¿vale?

—*Vale, hija. No te preocupes, yo me encargo de todo.*

—Saldré de aquí a primera hora y porque no puedo ir antes. Gracias, nos vemos mañana, besos.

—*Hasta mañana, cariño.*

Colgamos los dos, sigo recogiendo mis cosas mientras, noto cómo Neal no puede dejar de mirarme.

—Amor, no te enfades, lo hago porque estés a salvo —habla preocupado.

—Vale —contesto seca.

—Y aunque no sepas dónde este, te llamaré todos los días.

Pongo cara de dolor no soportaría oírlo todos los días me mataría, porque lo único que quiero es estar a su lado y si no lo estoy será mejor que no me dé señales, lo pasaría mucho peor.

—No, gracias será mejor que no piense en ti, ni que te oiga ni nada —respondo sincera.

—¿Me estás dejando? —me pregunta mirando al suelo.

—No soportaría que me llamarás todos los días —confieso.

—Pero me estás dejando, no me digas eso por favor. —Se le rompe la voz y mi corazón en mil pedazos por separarme de él.

—Creo que iré al aeropuerto, por si hay vuelos ya. Cuídate mucho, Neal.

—Espera, Elsa —dice desesperado—. Dime si me estás dejando, no soporto no saberlo.

—Te dije que nunca te dejaré, pero no quiero que me llames. Ya nos veremos algún día. Adiós, Neal.

Duele, duele, sé que no podré soportarlo estar lejos de él. No sé cómo hemos llegado a esto tengo que irme de aquí cuanto antes.

—Espérame, por favor —responde apenas sin poder hablar—. Prométeme que me esperaras. Cuando se solucione esto te buscaré, te lo prometo.

—Adiós, Neal. —No puedo decir nada más, estoy rota por dentro y no quiero que me vea así, cojo mismo cosas y salgo de la habitación.

—Adiós, Elsa. —Oigo que dice mientras me voy con una voz rota de dolor.

Salgo del hotel, pido un taxi en la recepción esperó a que venga, llega y monto.

NEAL

Me quedo en la habitación llorando, mirando por la ventana y veo cómo Elsa monta en el taxi, pongo la mano en la ventana, como queriendo tocarla por última vez y me pongo a llorar desconsolado viéndola marchar de mi lado.

ELSA

—Al aeropuerto, por favor —digo sin poder contener las lágrimas mirando por la ventanilla totalmente destrozada.

—Enseguida, señorita.

Llego al aeropuerto, pago al taxi y me meto a ver si encuentro un vuelo para Ámsterdam. Miro el móvil nada ninguna llamada y lo guardo. Encuentro billete lo pago y espero para poder entrar en el avión, dirección a casa de mi padre. En ningún momento puedo dejar de llorar, estoy destrozada.

Continuará…

Agradecimientos

Si has llegado hasta aquí, no tengo palabras para agradecer tu apoyo. El camino no ha sido fácil.
Sacar este libro significa mucho para mí, una montaña rusa de emociones.
No puedo olvidarme de estas personas que han estado día a día aguantándome en todo este camino.

Mi familia: Os quiero tanto que ni las palabras encuentro, vuestro apoyo ha sido fundamental para mí. David, gracias por tu apoyo, te amo. Papá, Mamá, os amo con locura. Sin vosotros no hubiera sacado fuerzas para hacer esto y mis hermanas Cris y Moni, os quiero con todo mi corazón. No puedo olvidarme de dos de las cosas más importantes para mí, Romeo y Aroa, mis dos preciosos sobrinos, muero por ellos.

Laura Bellido: Mi Úrsulita no sabes el gran apoyo que me has dado, no tengo palabras para darte las gracias. Te has convertido en una de las personas más importantes para mí. Sin ti, sí, léelo bien, este libro no hubiera salido. Tú has estado aguantándome mi genio, mis malos momentos, pero por fin ya tenemos a Neal y a Elsa con nosotras. Este camino juntas nunca lo olvidaré. Te quiero, mi Úrsulita.

Os quiero.
MIL GRACIAS.